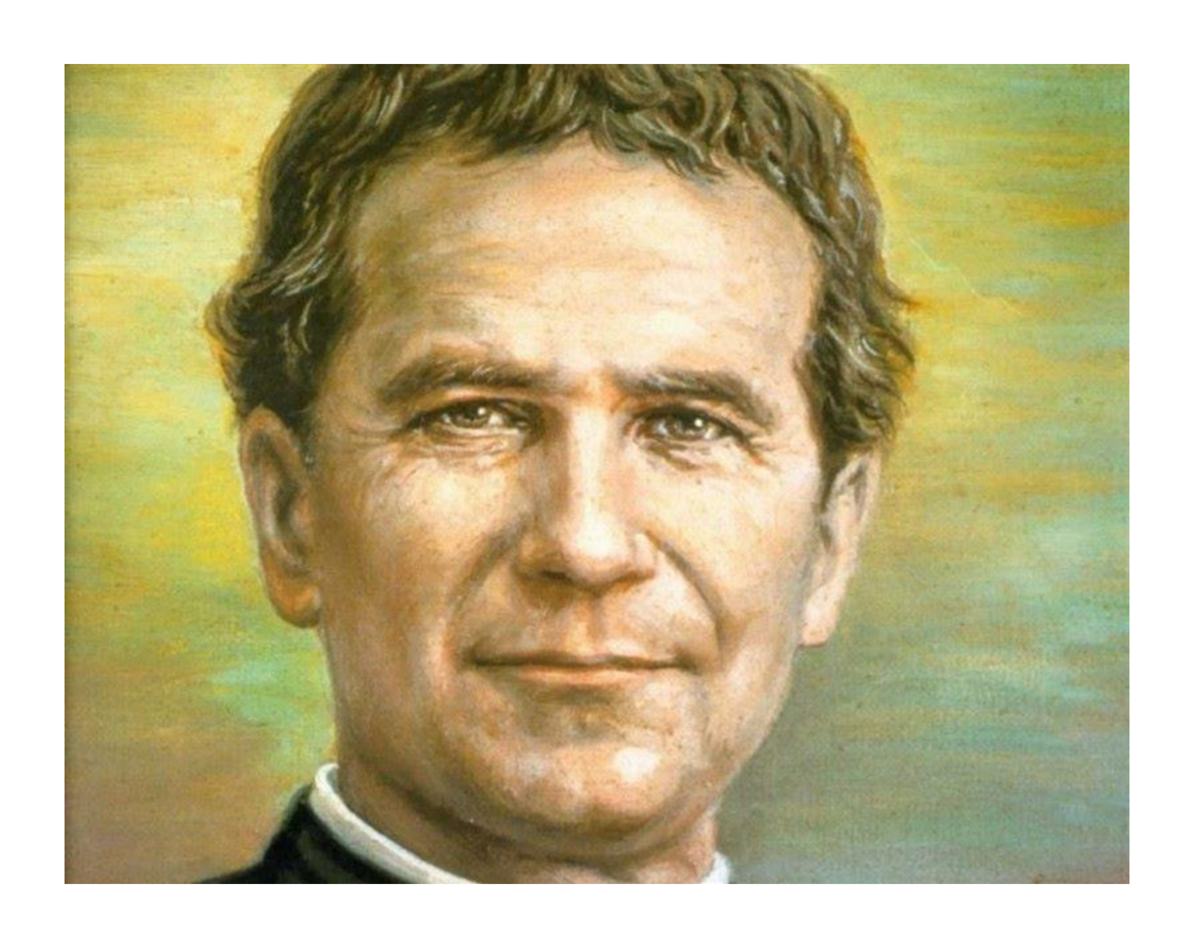
LOS SUEÑOS DE SAN JUAN BOSCO



TRADUCCIÓN DEL
P. FRANCISCO VILLANUEVA, S.D.B.

PARTE I
SUEÑOS 1>49

LA MISIÓN FUTURA[1]

SUEÑO 1.—AÑO DE 1824.[2]

(M. B.[3] Tomo 1, págs. 122-126.—M. O. págs. 22-26)

Este *primer sueño que se ha de considerar como el «gran sueño», como el «sueño-clave», de los muchos con que la Divina Providencia ilustró la vida de San Juan Bosco, tuvo lugar en el año 1824, cuando el santo apenas contaba nueve años de edad; siendo su escenario la aldeíta de Becchi, perteneciente al partido de Castelnuovo de Asti, en el Piamonte. Vivía a la Sazón el niño Juanito Bosco con su madre Margarita Occhiena, con la abuela paterna* y *con dos hermanos más: Antonio, fruto del primer matrimonio del padre difunto,* y *José, primogénito de Margarita* y *de Francisco Bosco.*

He aquí el texto del sueño, tal como nos lo ofrecen las Memorias Biográficas en el tomo y *páginas arriba indicados.*
****

[[1. Como observará el lector, cada «sueño» va dividido en tres partes: La primera es una especie de introducción o ambientación. La segunda, la narración del «sueño», y la tercera, el cumplimiento, explicación, comentarios..., del mismo.

El empleo de los caracteres cursivos en la primera y tercera parte y de los redondos en la segunda, no tiene otro fin que el hacer mas patente la separación de dichas partes. El lector sabrá valorarlas fácilmente, si bien las preciosas enseñanzas de los «sueños» casi siempre van repartidas a lo largo de las tres partes. Naturalmente las palabras de los misteriosos personajes y las de Don Bosco interpretando lo visto u oído en sus «sueños» son las que merecen la máxima atención y estudio por parte del lector.

2. Con la denominación general de «sueño», como ya se advierte en la Introducción, exponemos no sólo los fenómenos extraordinarios que tuvieron lugar durante el sueño, sino también aquellos que se realizaron estando Don Bosco despierto, mientras trabajaba en su despacho, confesaba, viajaba, etc.

3. M. B. Memorias *Biográficas de San Juan Bosco,* dieciocho tomos, por los PP. Lemoyne, Amadei, Ceria, todos ellos salesianos. (Societá Editrice Internazionale, Torino.)

M. O. *Memorias del Oratorio,* por San Juan Bosco.
Las páginas citadas corresponden solamente al texto del sueño.]]

«Apenas contaba nueve años —dice el mismo Don Bosco— cuando

tuve un sueño que me quedó profundamente impreso durante toda la vida.

Me pareció estar cerca de mi casa; en un amplio patio en el que una gran muchedumbre de niños se divertía. Unos reían, otros jugaban y no pocos blasfemaban. Al oír aquellas blasfemias me arrojé inmediatamente en medio de ellos, empleando mis puños y mis palabras para hacerlos callar. En aquel momento apareció un Hombre de aspecto venerado, de edad viril, noblemente vestido. Un manto blanco cubría toda su persona y su rostro era tan resplandeciente, que yo no podía mirarlo con fijeza. Me llamó por mi nombre y me ordenó que me pusiese al frente de aquellos muchachos añadiendo estas palabras:

—No con golpes, sino con la mansedumbre y la caridad deberás ganarte a estos amigos tuyos. Ponte, pues, inmediatamente a hacerles una instrucción sobre la fealdad del pecado y sobre la belleza de la virtud.

Confuso y aturdido le repliqué que yo era un pobre niño ignorante; incapaz de hablar de religión a aquellos jovencitos. En aquel momento los muchachos cesaron en sus riñas, gritos y blasfemias, rodeando al que hablaba. Yo, sin saber lo que me decía, añadí:

—¿Quién es Usted que me manda cosas imposibles?

—Precisamente porque te parecen imposibles, debes hacerlas posibles con la obediencia y con la adquisición de la ciencia.

—¿Dónde y con qué medios podré adquirir la ciencia?

—Yo te daré la Maestra bajo cuya guía podrás llegar a ser sabio y con la cual toda ciencia es necedad.

—Pero ¿quién es Usted que me habla de esa manera?

—Yo soy el Hijo de Aquella a quien tu madre te ha enseñado a saludar tres veces al día.

—Mi madre me ha dicho que no me junte con quien no conozco sin su permiso; por eso, dime tu nombre.

—Mi nombre, pregúntaselo a mi Madre.

En aquel momento vi junto a Él, a una Señora de majestuoso aspecto, vestida con un manto que resplandecía por todas partes como si cada punto de él fuese una fulgidísima estrella. Al verme cada vez más confuso en mis preguntas y respuestas, me indicó que me acercara a Ella; y tomándome de la mano bondadosamente:

—¡Mira! —Me dijo.

Observé a mi alrededor y me di cuenta de que todos aquellos niños habían desaparecido y en su lugar vi una multitud de cabritos, perros, gatos, osos y otros animales diversos.

He aquí el campo en el que debes trabajar —continuó diciendo la Señora—. Hazte humilde, fuerte y robusto, y lo que veas en este momento que sucede a estos animales, tendrás tú que hacerlo con mis hijos.

Volví entonces a mirar y he aquí que, en lugar de los animales feroces aparecieron otros tantos corderillos que, retozando y balando, corrían a rodear a la Señora y al Señor como para festejarles.

Entonces, siempre en sueños, comencé a llorar y rogué a Aquella Señora que me explicase el significado de todo aquello, pues yo nada comprendía. Entonces Ella, poniéndome la mano sobre la cabeza, me dijo:

—A su tiempo lo comprenderás todo.

Dicho esto, un ruido me despertó y todo desapareció.
****

Yo quedé desconcertado. Me parecía que me dolían las manos por los golpes que había dado y *la cara por las bofetadas recibidas de aquéllos golfillos. Además, la presencia de Aquel Personaje* y de *Aquella Señora; las cosas dichas* y oídas, *me absorbieron la mente de tal modo, que en toda la noche no me fue posible volver a conciliar el sueño. A la mañana siguiente conté inmediatamente el sueño, en primer lugar, a mis hermanos, que comenzaron a reír; después, a mi madre y a la abuela. Cada uno lo interpretó* a *su manera. Mi hermano José dijo:*

—*Sin duda serás pastor de cabras, de ovejas* y de *otros animales.*

Mi madre:
—¡Quién sabe si algún día llegarás a ser sacerdote!

Antonio dijo con acento burlón:

—Tal vez llegues a ser capitán de bandoleros.

Pero la abuela, que sabía mucha teología aunque era analfabeta, dio la sentencia definitiva diciendo:

—No hay que hacer caso de los sueños.

Yo era del parecer de la abuela; con todo, no me fue posible borrar de la mente aquel sueño.

Lo que expondré a continuación prestará alguna aclaración a lo que antecede. Nunca más volví a contar este sueño; mis parientes no le dieron importancia; pero cuando en el año 1858 fui a Roma para tratar con el Papa Beato Pío IX de ¡a Congregación Salesiana, él Sumo Pontífice me hizo contarle minuciosamente todo aquello que tuviese, aunque sólo fuese apariencias de sobrenatural. Entonces narré por primera vez el sueño que tuve a la edad de nueve años. El Papa me ordenó que lo consignase todo por escrito en su sentido literal y de forma detallada, para mayor estímulo de los hijos de la Congregación, en cuyo interés había yo realizado aquel viaje a Roma».

AMONESTACIÓN DEL CIELO

SUEÑO 2.—AÑO DE 1830.

(M. B. Tomo I, pág. 218.—M. O. Década 1 -4, págs. 43-44)

El presente sueño está solamente esbozado en las Memorias del Oratorio con estas palabras:
****
«Por aquel tiempo tuve otro sueño, en el cual fui severamente amonestado, por haber puesto mi esperanza en los hombres y no en el Padre Celestial».
****

Para comprender el significado de estas palabras, hemos de recordar un hecho decisivo de la niñez del soñador.

Era una tarde del año 1825; volvía Juan de Butigliera, alegre aldea próxima a Becchi. Había ido sólo con el piadoso fin de asistir a una Misión que allí se daba, para disponer a ¡os fieles a lucrar el Jubileo del Año Santo, concedido por León XII y extendido ya al orbe católico.

Su porte era grave y sereno; su compostura y recogimiento, llamaron poderosamente la atención de un sacerdote que le seguía: Don José Calosso, capellán a la sazón de la aldea de Murialdo. El sacerdote, haciendo al niño señal de que se le acercara, le preguntó quién era, de dónde venía y por qué siendo de tan corta edad acudía a los sermones de la Misión, añadiendo:

—Seguramente tu madre te habría hecho una plática mejor y más adecuada a tu edad y condición.

Juanito afirmó que, en efecto, las pláticas de su madre eran muy provechosas, pero que a él le agradaba oír a los misioneros; a los cuales entendía perfectamente, y para demostrarlo fue repitiendo al sacerdote, casi literalmente, los sermones oídos punto por punto.

Maravillado el virtuoso capellán de las dotes de ingenio del pequeño, le preguntó emocionado:
—¿Te gustaría estudiar?

—¡Mucho! —replicó Juanito—. Pero no puedo.

—¿Quién te lo impide?

—Mi *hermano Antonio, pues dice que estudiar es perder el tiempo; que es mejor que me dedique a las faenas del campo.*

—¿Y tú, para qué querrías estudiar?

—Para ¡legar a ser sacerdote.

—¿Y para qué deseas ser sacerdote?

—Para poder instruir a muchos de mis compañeros que no son malos,

pero que llegarán a serlo si nadie se ocupa de ellos.

Don Calosso, conmovido ante semejante manera de razonar, tomó bajo su protección al niño, dándole clase durante ¡os inviernos de 1827 y 1828.

Mas una mañana de otoño de 1830, mientras Juan se encontraba en su aldea nativa visitando a su madre, recibe aviso de volver rápidamente a Murialdo, pues su buen maestro Don Calosso, atacado repentinamente de enfermedad mortal, le llama con urgencia. Voló Juan al lado de su *bienhechor, al que encontró desgraciadamente en el lecho, perdido ya el uso de la palabra. El moribundo pudo reconocer al amado discípulo a quien hizo señal de aproximarse, y haciendo un esfuerzo supremo le consignó una llave* que *guardaba debajo de ¡a almohada, señalando a ¡a vez la mesa de su escritorio. El discípulo tomó la llave, se arrodilló junto al lecho de su bienhechor y allí permaneció afligido y suplicante hasta que el maestro, el amigo de su alma hubo espirado, sin haber podido articular palabra.*

Muerto Don Calosso, llegaron los sobrinos; Juan les entregó la llave recibida de su maestro diciendo:

—Vuestro tío me entregó esta llave indicándome que no se la diera a nadie. Varias personas me aseguran que es mío cuanto bajo ella se contiene, pero Don Calosso nada me dijo expresamente. Prefiero mi pobreza a ser causa de disgustos. Ellos tomaron la llave y *cuanto bajo ella había.*

La muerte del bienhechor fue un verdadero desastre para Juan. Amaba a Don Calosso tiernamente. Su recuerdo quedó grabado para siempre en su alma, dejando consignados estos sentimientos en sus Memorias con estas palabras:

«Siempre he rogado a Dios por este bienhechor mío, y, *mientras viva, no dejaré de rezar por él».*

Conocido este episodio y *el estado de ánimo del joven estudiante, es fácil comprender el significado* y *alcance de este sueño.*

MIRANDO HACIA EL PORVENIR

SUEÑO 3.—AÑO DE 1831.

(M. B. Tomo I, págs. 243-244.—M. O. Década 1, pág. 4.)

Estando Juan como estudiante en Castelnuovo, entabló relaciones amistosas con un joven llamado José Turco, que lo puso en contacto con su familia. Esta poseía una viña situada en un paraje denominado Renenta, próximo a la aldehuela de Susambrino. A dicha viña solíase retirar Juan con frecuencia, por ser lugar apartado del camino que atravesaba el valle y, *por tanto, más tranquilo. Desde un altozano podía darse cuenta de quién entraba en la viña de los Turco,* y, *sin ser visto, defendía las uvas contra cualquier agresión, sin dejar por eso los libros de ¡a mano.*

El padre de José Turco, que profesaba gran estima al amigo de su hijo, encontrándose en cierta ocasión con Juan, le dijo mientras le ponía una mano sobre la cabeza:

—Animo, Juanito, sé bueno y *estudioso* y *verás cómo la Virgen te protege.*

—En Ella he puesto toda mi confianza —replicó el muchacho— ; *pero me asaltan frecuentes dudas. Desearía seguir los cursos de latín* y *hacerme sacerdote, pero mi madre no tiene medios para ayudarme.*

—No temas, muchacho, ya verás cómo el Señor te allana el camino.

—Así *lo espero —concluyó Juan—.* Y *despidiéndose de su interlocutor fue a ocupar su puesto, en actitud pensativa, mientras iba repitiendo:*

—¿Quién sabe si...?

Mas he aquí que algunos días después, el señor Turco y *su hijito vieron a Juan atravesar la viña* y *venir alegre* y *presuroso al encuentro de ambos dando visibles muestras de satisfacción.*

—¿Qué novedades hay?, —preguntóle el propietario—; pues estás tan alegre, siendo así que hace algunos días te mostrabas tan preocupado.

—¡Buenas noticias! ¡Buenas noticias!, —exclamó Juan—.
****
Esta noche he tenido un sueño, según el cual continuaré mis estudios, llegaré a ser sacerdote y me pondré al frente de numerosos niños, dedicándome a la

educación de los mismos durante toda la vida.
****

—Así que todo está arreglado y pronto seré sacerdote.

—Pero, eso no es más que un sueño —observó el señor Turco— y *ya sabes que del dicho al hecho hay un gran trecho.*

—¡Oh! Lo demás nada me interesa. Sí; —concluyó Juan—, seré sacerdote; me pondré al frente de muchísimos jovencitos, a ¡os que haré mucho bien.

Y así diciendo, muy contento, se dirigió a ocupar su puesto de vigía.

A ¡a mañana siguiente, a¡ regresar de ¡a parroquia, donde había estado oyendo Misa, fue a visitar a ¡a familia de Turco; y la señora Lucía, llamando a sus hermanos, con los cuales Juan solía hablar frecuentemente, preguntó al muchacho sobre el motivo de la alegría que se le reflejaba en el semblante. Juan entonces aseguró a sus oyentes que había tenido un hermoso sueño. Como le pidiesen que lo contase dijo:
****
Que había visto venir hacia sí a una majestuosa Señora que conducía un rebaño numerosísimo y que acercándosele y llamándole por su nombre, le había dicho:

—Juanito, aquí tienes este rebaño; a tus cuidados lo confío.

—¿Y cómo haré yo para guardar y cuidar tantas ovejas y tantos corderillos? ¿Dónde encontraré pastos suficientes?
La Señora le respondió:
—No temas; yo estaré contigo.
Y desapareció.
****
Don Juan Bautista Lemoyne, biógrafo de San Juan Bosco, escribe en las Memorias: «Esta narración la oímos de labios del señor Turco y está perfectamente de acuerdo con la siguiente declaración consignada por Don Bosco en las Memorias del Oratorio:

«A los dieciséis años tuve otro sueño».

Y concluye don Lemoyne: «Tengo la seguridad de que supo y *vio*

muchas cosas de las narradas por él y *que conservaba en su corazón como premio de su perseverante confianza. En efecto: la asistencia que la Madre Celestial le prodigó en este mismo año, hubo de hacerse muy sensible».*

EL TEMA MENSUAL

SUEÑO 4.—AÑO DE 1831.

(M. B. Tomo I, pág. 253)

Durante sus cuatro años de estudiante en Chieri, Juan dio muestras de que, además de su prodigiosa memoria y *de* su *ingenio*, *ayudaba le en sus estudios alguna otra secreta virtud. Tal es la opinión de muchos de sus antiguos condiscípulos que dieron fe del hecho siguiente:*
****

Una noche soñó que el profesor había señalado el tema para determinar los puestos de mérito de la clase y que él estaba haciéndolo.
****

Apenas se despertó, saltó del lecho y escribió el trabajo señalado, que era un dictado en lengua latina; después, comenzó a traducirlo, haciéndose ayudar de un sacerdote amigo suyo. A la mañana siguiente el profesor dictó el tema en la clase para señalar el orden de mérito entre los alumnos, trabajo que era precisamente el mismo con que Juan había soñado; de forma que, sin necesidad del diccionario y en muy breve tiempo, lo escribió inmediatamente tal como recordaba haberlo hecho en el sueño, con las oportunas correcciones que le hiciera el amigo, consiguiendo un completo éxito. Interrogado por el maestro, expuso ingenuamente lo sucedido, causando en éste verdadera admiración.

En otra ocasión Juan entregó la página de su trabajo tan pronto, que al profesor no le parecía posible que hubiese podido superar, en tan breve tiempo, tantas, dificultades de orden gramatical; por eso leyó atentamente el tema que Juan le había entregado. Dudando del origen de aquel trabajo, le pidió que le presentase el borrador. Juan obedeció causando nuevo estupor en el profesor. Este había preparado el tema la tarde anterior y como lo considerase demasiado largo, había dictado a los alumnos solamente la mitad. En el cuaderno de Juan lo encontra completo; ni una sílaba más, ni una sílaba menos. ¿Cómo se podía explicar aquel fenómeno? No era posible que en tan poco tiempo el alumno hubiese copiado el original, ni que hubiese penetrado en su habitación, pues ¡a pensión en que se hospedaba Juan estaba

muy lejos de la casa del profesor. ¿Por tanto? Bosco puso las cosas en claro:

—He tenido un sueño en el que vi el tema.

Por éste y por otros acontecimientos semejantes, los compañeros de la pensión le llamaban el soñador.

ENFERMEDAD DE ANTONIO BOSCO

SUEÑO 5.—AÑO DE 1832.

(M. B. Tomo I, pág. 269)

En una ocasión Don Bosco soñó que su hermano Antonio, mientras hacía el pan en casa de la señora Damevino, próxima a la suya, fue asaltado por la fiebre, y que habiéndolo encontrado en el camino y al preguntarle sobre el particular, le había dicho:

—Hace un momento ha comenzado a darme fiebre; no puedo mantenerme en pie. Tendré que irme a la cama.
****

Al día siguiente contó este sueño a sus compañeros, que exclamaron:

—Puedes tener la seguridad de que ha sucedido como nos has referido.

Y así fue, en efecto. En la tarde siguiente llegó a Chieri el hermano José, al cual preguntó Juan inmediatamente:

—¿Y Antonio, está mejor?

José, maravillado de aquella pregunta, replicó:

—Pero ¿sabías que estaba enfermo?

—Sí, *que lo sabía —contestó Juan.*

—Creo que no es cosa de importancia —continuó José—. Ayer comenzó a darle un poco de fiebre mientras hacía el pan en casa de ¡a señora Damevino; pero ya está mejor.

Sin dar gran importancia a este sueño, haremos notar cómo en él el Santo de Dios pone de manifiesto los sentimientos más íntimos de su corazón; más adelante dio nuevas pruebas interesándose por la familia de su hermanastro, apenas tuvo oportunidad de hacerlo, según atestigua Don Rúa.

SOBRE LA ELECCIÓN DE ESTADO

SUEÑO 6.—AÑO DE 1834.

(M. B. Tomo I, págs. 301-302. —M. O. Década 1,14; págs. 79-81)

Se *acercaba el final del Curso de humanidades 1833-34, época en la que los estudiantes que terminan dichos estudios suelen deliberar sobre el rumbo de su vocación.*

«El sueño de Murialdo —escribe Don Bosco en sus Memorias— perduraba grabado en mi mente, de tal manera que la visión del mismo se renovaba en mí, cada vez con mayor claridad. Por tanto, si quería prestarle fe, debía elegir el estado eclesiástico, al cual sentía verdadera inclinación; mas al encontrarme falto de las virtudes necesarias, mi decisión se hacía difícil y dudosa. ¡Oh, si hubiese tenido entonces un guía que se cuidase de mi vocación! Disponía de un confesor que quería hacer de mí un buen cristiano, pero quejamos quiso mezclarse en los asuntos de mi vocación.

Consultando conmigo mismo y después de leer algún libro que trataba sobre la elección de estado, me decidí a entrar en la Orden Franciscana. Si me hago clérigo secular —me decía a mí mismo— mi vocación corre grande riesgo de naufragio. Abrazaré el estado religioso, renunciaré al mundo, entraré en un claustro, me entregaré al estudio, a la meditación y en el retiro podré combatir las pasiones, especialmente la soberbia, que había echado hondas raíces en mi corazón. Hice, por tanto, la petición al Convento de Reformados; sufrí examen; fui aceptado, quedando todo preparado para mi ingreso en el Convento de La Paz, en Chieri.

Pocos días antes de la fecha establecida para mi entrada, tuve un sueño de lo más extraño».
****

Me pareció ver una multitud de religiosos de dicha Orden con los hábitos sucios y desgarrados, corriendo en sentido contrario unos de otros. Uno de ellos se acercó a mí para decirme:

—Tú buscas la paz y aquí no encontraras la paz. Ya ves la situación de tus hermanos. Dios te tiene preparado otro lugar y otra mies.

Quise hacer algunas preguntas a aquel religioso, pero un ruido me despertó y no volví a ver cosa alguna.

Lo expuse todo a mi director que no quiso oír hablar ni de sueños ni de frailes:

—En este asunto —me dijo— es necesario que cada uno siga sus inclinaciones y no los consejos de los demás.

****

Tal es la traducción del texto de las Memorias de Don Bosco.

Don Lemovne se expresa en estos términos en las Memorias Biográficas al relatar el mismo sueño:

«Aproximándose la fiesta de Pascua, cuenta el mismo Don Bosco, que en aquel año de 1834 cayó en 30 de marzo, hice la petición para ser admitido entre los Franciscanos Reformados. Mientras aguardaba la respuesta y sin *haber manifestado a nadie mis propósitos, he aquí que un buen día se me presenta un compañero llamado Eugenio Meco, con el cual tenía poca familiaridad* y *me pregunta:*

—¿Qué, has decidido hacerte franciscano?

Lo miré maravillado y *le dije:*

—¿Quién te ha dicho eso?

Y enseñándome una carta, replicó:

—Me comunican que te aguardan en Turín para rendir examen juntamente conmigo, pues yo también he decidido abrazar el estado religioso en esta Orden.

Fui pues, al Convento de Santa María de los Ángeles, de Turín; hice el examen y *fui aceptado para la mitad de abril, quedando todo preparado para ingresar en el Convento de La Paz, de Chieri. Pero poco antes de la fecha señalada para mi ingreso en dicho Convento, tuve un sueño de lo más*

extraño».

Y a continuación sigue el relato del mismo tal y *como lo hemos consignado anteriormente, traducido de las Memorias personales de Don Bosco.*

Los Padres Franciscanos conservan un certificado relacionado con este hecho que dice así:

****

«Anno 1834 receptus fuit in conventu S. Mariae Angelorum Ord. Reformat. S. Francisci, juvenis Joannes Bosco, a Castronovo, natus die 17 augusti 1815, baptizatus, et confirmatus. Habet requisita et vota omnia.—Die 18 aprilis.

Ex libro II, in quo describuntur juvenes postulantes ad Ordinem acceptati et aprobati ab anno 1638 ad annum 1838. Padre Constantino de Valcamonica».

SACERDOTE Y SASTRE

SUEÑO 7.—AÑO DE 1836.

(M. B. Tomo I, págs. 381-382)

Mientras se entregaba al ejercicio de las más sólidas virtudes y a *los estudios de la filosofía, Juan sentía crecer siempre más* y *más en su corazón el deseo de dedicarse a los jóvenes que acudían a su alrededor para aprender el Catecismo* y *ejercitarse en la oración; aprovechando para ello las ocasiones en que los superiores lo enviaban a la Catedral para intervenir en las funciones religiosas.*

La divina bondad, que tenía los ojos puestos en él con amorosos designios, comenzó a manifestarle en forma más detallada el género de apostolado que había de ejercer en medio de la juventud.

Así ¡o hizo saber él mismo en el Oratorio, en forma reservada, a algunos de los suyos, entre los que se encontraban Don Juan Turchi y *Don Domingo Ruffino.*

****

—¿Quién iba a imaginar —decía— la manera cómo me vi cuando estudiaba el primer curso de filosofía?

Y uno de los presentes le preguntó:

—¿Dónde, en sueño o en la realidad?

—Eso no hace al caso—replicó Don Bosco.

Lo cierto es que me vi ya sacerdote, con roquete y estola y qué así revestido trabajaba en un taller de sastrería; pero, no haciendo prendas nuevas, sino zurciendo algunas ropas muy deterioradas y uniendo entre sí una gran cantidad de pequeñas piezas de paño. De momento no pude comprender el significado de todo aquello, ni dije nada a nadie de cuanto había visto, hasta que siendo ya sacerdote se lo conté a mi consejero Don Cafasso.
****

Este sueño —escribe Don Lemoyne— quedó indeleble en la mente de Don Bosco. Con él se le quiso significar que su misión no se limitaría simplemente a seleccionar jóvenes virtuosos ayudándoles a conservarse en la virtud, sino que también habría de reunir a su alrededor a otros jovencitos descarriados y *amenazados por los peligros del mundo, los cuales, merced a sus cuidados se trocarían en buenos cristianos, cooperando ellos, después, a la reforma de la sociedad.*

EL SUEÑO A LOS VEINTIÚN AÑOS

SUEÑO 8.—AÑO DE 1831.
(M. B. Tomo I. págs. 423-425)

Hasta llegar al sacerdocio, el clérigo Bosco solía subir todos los días a la colina que dominaba la viña propiedad del señor Turco, pasando muchas horas a la sombra de los árboles que la coronaban.

En dicho lugar se dedicaba a estudiar las materias que no había podido ver durante el año escolástico; especialmente la Historia del Antiguo y *del Nuevo Testamento de Calmet, la Geografía de los Santos Lugares* y *los rudimentos de la lengua hebrea, consiguiendo notables conocimientos sobre cada una de estas disciplinas.*

Aún en el 1884 se recordaba de los estudios hechos sobre dicha lengua y *así lo oímos en Roma, con gran estupor, discutir sobre esta materia con un sacerdote profesor de hebreo* y *hablar sobre el valor gramatical* y *el significado de ciertas frases de los Profetas, confrontando varios textos*

paralelos de diversos libros de la Biblia. Ocupábase también de la traducción del Nuevo Testamento del griego y *de preparar algunos sermones. Previendo la necesidad que tendría en el futuro de las lenguas modernas, se dio en este tiempo al estudio de la lengua francesa. Después del latín* y *del italiano, profesó una predilección especial a los idiomas hebreo, griego* y *francés. Muchas veces le oímos decir:*

—Mis estudios los hice en la viña de José Turco, en la Renenta.

Y la finalidad que perseguía al estudiar, era hacerse digno de su vocación, capacitándose para instruir y *educar a la juventud.*

En efecto, como un día se acercase a José Turco, con el cual le unía una estrecha amistad, mientras trabajaba en la viña, éste comenzó a decirle:

—Ahora eres clérigo y pronto serás sacerdote. ¿Que harás entonces?

Juan le contestó:

—No siento inclinación hacia el cargo de párroco o de vicario-coadjutor; en cambio me gustaría congregar a mí alrededor a muchos jovencitos abandonados para instruirlos y *educarlos cristianamente.*

****

Habiéndose encontrado otro día con el mismo, Juan le confió que había tenido un sueño en el cual se le indicaba que al correr de los años se establecería en cierto lugar, donde recogería un gran número de jovencitos para instruirlos y orientarlos por el camino de la salvación. Nada dijo del sitio que le había sido indicado, pero parece ser que aludiese a cuanto contó por primera vez a sus hijos del Oratorio en el año de 1858, entre los cuales se hallaban presentes Cagliero, Rúa, Francesia y otros. Le pareció ver el valle que se extendía al pie de la granja de Susambrino convertido en una gran ciudad, por cuyas calles y plazas discurrían grupos de muchachos alborotando, jugando y blasfemando.

Como sentía un gran horror a la blasfemia y estaba dotado de un carácter un poco vivo e impetuoso, se acercó a aquellos muchachos echándoles en cara su proceder y amenazándoles con pasar a los hechos si no cesaban de proferir blasfemias. Y como en efecto, aquellos jovenzuelos prosiguiesen en sus insultos contra Dios y contra la Santísima Virgen, Juan comenzó a golpearlos. Más ellos reaccionaron y arrojándose sobre él lo abrumaron a pescozones y puñetazos. Juan entonces se dio a la fuga; pero al

punto le salió al encuentro un Personaje, que le intimó a que se detuviese, ordenándole que volviese entre aquellos rapazuelos y les persuadiese de que fuesen buenos y evitasen el mal. Hizo después referencia a los golpes que había recibido, objetando que si volvía entre aquellos muchachos tal vez le sucediera algo peor. Entonces el Personaje le presentó a una nobilísima Señora, que en aquellos momentos se acercaba hacia ellos, y le dijo:

—Esta es mi Madre; aconséjate con Ella.

La Señora, fijando en él una mirada llena de bondad, le habló así:

—Si quieres ganarte a esos rapazuelos, no debes hacerles frente con los golpes, sino que los has de tratar con dulzura y has de usar de la persuasión.

Y entonces, como en el primer sueño vio a los jóvenes trasformados en fieras y después en ovejas y corderillos, al frente de los cuales se, puso como pastor por encargo de aquella Señora.
****

Este sueño tuvo lugar en las vacaciones del 1838, cuando Juan acababa de terminar el primer curso de Teología; contaba, pues, entonces Don Bosco, veintiún años, por eso a este sueño se le conoce con el nombre de "El sueño de los veintiún años", no siendo otra cosa que ¡a confirmación del que había tenido a los nueve años. Manifestándole así la Providencia de una manera superabundante la finalidad y el carácter de su futura misión.

Don Lemoyne, después de hacer el relato del sueño, añade estas palabras: "Probablemente fue en esta ocasión cuando Don Bosco vio el Oratorio con todas sus dependencias, preparadas para acoger a sus muchachos.

En efecto: Don Bosio, natural de Castagnole, párroco de Levone Canavés, compañero de Don Bosco en el Seminario de Chieri, habiendo visitado por primera vez el Oratorio en 1890, al llegar al patio central del Oratorio y *estando rodeado de los miembros del Capítulo Superior de la Pía Sociedad de San Francisco de Sales, girando la vista a su alrededor* y *observando el conjunto de los edificios, exclamó:*

"De todo esto que ahora estoy viendo, nada me resulta nuevo. Don Bosco, cuando estábamos en el Seminario me lo describió todo, como si estuviese viendo con sus propios ojos cuanto describía y *como yo lo estoy viendo ahora, comprobando al mismo tiempo la exactitud de sus palabras». Y*

al decir esto se sintió presa de una profunda emoción al recordar al compañero y al amigo.

También el teólogo Cinzano aseguraba a Don Joaquín Berto y a otros sacerdotes, que el joven Bosco le había asegurado, plenamente convencido de ello, que en el porvenir tendría a su disposición numerosos sacerdotes, clérigos, jóvenes estudiantes y artesanos y una hermosa banda de música.

He aquí las palabras con que cierra Don Lemoyne el Capítulo XLVII del primer tomo de las Memorias Biográficas:
"Al llegar aquí no podemos por menos de echar una mirada retrospectiva al progresivo y racional sucederse de los varios y sorprendentes sueños. A los nueve años se le da a conocer la grandiosa misión que le será confiada; a los dieciséis se le prometen los medios materiales, indispensables para albergar y *alimentar a innumerables jovencitos; a los diecinueve, una orden imperiosa le hace saber que no es libre de aceptar o rechazar la misión que se le encomienda; a los veintiuno se le manifiesta claramente la clase de jóvenes de cuyo bien espiritual deberá cuidarse; a ¡os veintidós se le señala una gran ciudad, Turín, en la cual deberá iniciar sus apostólicas tareas y sus funciones. No finalizando aquí estas misteriosas indicaciones, sino que continuarán de una manera intermitente hasta que la obra de Dios quede establecida".*

LA PASTORCILLA Y EL REBANO

SUEÑO 9.—AÑO DE 1844.

(Tomo II, págs. 243-245. —M. O. Déc. II, págs. 134-136)

Cuenta Don Bosco en sus Memorias:

«El segundo domingo de octubre de aquel año de 1884, tenía que comunicar a mis muchachos que el Oratorio había de ser trasladado a Valdocco. Pero la incertidumbre del lugar, de las personas, de los medios con que había de contar me tenían grandemente preocupado. La noche precedente fui a descansar con el corazón lleno de inquietud. Durante toda ella tuve un sueño que me pareció como un apéndice del que tuve por primera vez en Becchi cuando apenas contaba nueve años.

Mi deseo es exponerlo aquí literalmente».

«Soñé que me encontraba en medio de una gran cantidad de lobos, de cabras, cabritos, corderos, ovejas, cameros, pájaros, perros... Todos al mismo tiempo hacían un ruido, un estrépito, o mejor dicho, un estruendo diabólico, capaz de infundir espanto al más animoso. Yo quise huir, cuando una Señora, admirablemente vestida de pastorcilla, me indicó que siguiese y acompañase a aquella extraña grey, mientras Ella iba delante. Anduvimos vagando de un lugar a otro: hicimos tres estaciones o paradas; en cada una de ellas muchos de aquellos animales se trocaban en corderos, cuyo número iba progresivamente en aumento. Después de haber caminado mucho, me encontré en un prado, en el que aquellas bestezuelas comenzaron a triscar y a comer al mismo tiempo, sin que las unas molestasen a las otras.

Abrumado por el cansancio, quise sentarme al borde de un camino cercano, pero la Pastorcilla me invitó a que prosiguiese adelante. Después de recorrer un breve espacio de terreno, me encontré en un amplio patio con un pórtico alrededor, en cuyo extremo había una iglesia. Entonces me di cuenta de que las cuatro quintas partes de aquellos animales se habían convertido en corderos. Su número se había hecho grandísimo. En aquel momento llegaron algunos pastorcillos para custodiarlos, pero después de detenerse un poco, se marcharon. Después sucedió algo maravilloso. Muchos corderos se trocaban en pastores, que, al crecer en número, cuidaban de los demás. Al aumentar tan considerablemente el número de los pastores, se dividieron en grupos y marcharon a diversos lugares, para reunir á otros animales extraños y guiarlos a distintos rediles.

Yo quise marcharme porque me parecía que era la hora de celebrar la Santa Misa, pero la Pastorcilla me invitó a dirigir la mirada al mediodía. Entonces vi un campo sembrado de maíz, patatas, repollos, remolachas, lechugas y otras hortalizas.

—Mira otra vez, —me dijo la Pastorcilla.

Y al dirigir mi vista a aquel mismo lugar, vi una magnífica iglesia.

Una orquesta y una banda de música instrumental y una agrupación coral me invitaron a cantar la Misa. En el interior de aquella iglesia se veía una franja blanca, en la cual se leía escrito con caracteres cubitales: *Hic domus mea, inde gloria mea.*

Continuando el sueño, quise preguntar a la Pastora dónde me encontraba; qué significaban aquella caminata, las paradas, la casa, la primera iglesia y la segunda.

—Todo lo comprenderás —me dijo— cuando con los ojos materiales veas cuanto has podido apreciar con los ojos de la mente.

Pero, pareciéndome que estaba despierto, dije:

—Yo lo veo todo claramente con mis ojos materiales; sé adonde voy y lo que hago.

En aquel momento sonó la campana del Ángelus de la iglesia de San Francisco de Asís y me desperté.
****

Este *sueño me ocupó casi toda la noche; vi durante él otros muchos detalles. Entonces comprendí poco de su significado, pues, desconfiando de mí daba poco crédito a cuanto había visto; pero todo ¡o fui comprendiendo cuando se impuso la realidad de los hechos.*

Las tres paradas indicadas en este sueño representan el traslado del Oratorio al Refugio de la Marquesa Barolo, donde se instaló la primera capilla dedicada a San Francisco de Sales; la marcha de este lugar a San Martín de los Molinos Dora y, por último, la ida a la Casa Moretta, alquilada por San Juan Bosco en noviembre del 1845 y ocupada hasta la primavera del año siguiente.

El patio con sus pórticos y con la iglesia que vio en *el sueño,* son *los del Oratorio instalado ya definitivamente en el cobertizo Pinardi; nos referirnos a la primera iglesia contemplada en la visión.*

La segunda iglesia, a laque califica de magnífica, no es otra que lá de San Francisco de Sales, consagrada el 20 de junio de 1852.

La frase latina que aparece en el sueño, fue vista por San Juan Bosco en tres ocasiones y formas distintas.

La primera en la "magnífica iglesia" del sueño que acabamos de narrar en la que pudo ver escrito en caracteres cubitales «HlC DOMUS MEA, INDE GLORIA MEA». *La segunda vez le pareció contemplar un mote parecido en la Capilla Pinardi:* «HAEC EST DOMUS MEA, INDE GLORIA

MEA». *La tercera vez leyó en la fachada de una casa capaz para dar acogida a varios centenares de jovencitos, casa que aún no existía:* «HlC NOMEN MEUM, HINC INDE EXIBIT GLORIA MEA».

EL PORVENIR DEL ORATORIO

SUEÑO 10.--- AÑO DE 1845.

(M. B. Tomo II, págs. 298-300)

Al presente sueño *se le conoce también con el título de "El sueño de ¡a cinta mágica". He aquí el texto del mismo tal como nos lo ofrecen las Memorias Biográficas en el tomo* y *página anteriormente citados:*
****

Pareció encontrarme en una gran llanura ocupada por una inmensa multitud de jóvenes. Unos reñían entre sí, otros blasfemaban.

Acá se robaba, allá se ofendían las buenas costumbres. Una nube de piedras surcaba los aires, lanzadas por los que hacían guerrillas los unos contra los otros. Eran, pues, jóvenes corrompidos, abandonados por sus padres. Yo estaba para alejarme de aquel lugar cuando vi junto a mí a una Señora que me dijo:

—Ponte en medio de esos jóvenes y trabaja.

Yo obedecí, pero ¿qué hacer? No había local alguno para acogerlos; deseaba hacerles un poco de bien y me dirigí a algunas personas que me contemplaban desde lejos y que me habrían podido ayudar muy eficazmente; pero nadie me hacía caso, ni me quería socorrer. Entonces me dirigí a aquella Matrona, la cual me dijo:

—Aquí tienes el local, —y me señaló un prado.

—Pero, esto no es más que un prado —observé yo.
Ella me respondió:

—Mi Hijo y los Apóstoles no tuvieron un palmo de terreno donde reclinar la cabeza.

Comencé, pues, a trabajar en aquel prado, amonestando, predicando, confesando, pero comprobé que con la mayor parte de aquellos jóvenes mis

esfuerzos eran inútiles si no encontraba un lugar cerrado y algunos edificios para albergarlos; sobre todo para los que habían sido abandonados por sus padres y repudiados y despreciados por la sociedad. Entonces aquella Señora me condujo un poco más hacia el septentrión y me dijo:

—¡Mira!

Y al dirigir mi vista hacia el lugar indicado, vi una iglesia pequeña y baja, un trozo de patio y muchos jóvenes. Recomencé mi labor. Pero como la iglesia era insuficiente, recurrí de nuevo a la Señora y Ella me hizo ver un templo mayor y junto a él una casa. Después, llevándome hacia un lado, a un trozo de terreno cultivado, casi frente a la fachada de la segunda iglesia, añadió:

—En este lugar, donde los Santos Mártires de Turín, Aventor y Octavio sufrieron el martirio, sobre esta tierra bañada y santificada ron su sangre, deseo que Dios sea honrado de un modo especialísimo.

Y al decir esto, adelantó un pie señalando el lugar donde dichos santos fueron martirizados, indicándomelo con toda precisión. Yo quise colocar alguna señal para recordarlo cuando volviese a aquel lugar, pero no encontré nada a mi alrededor; ni un palo, ni una piedra; con todo, se me quedó fijo en la memoria con toda precisión. Corresponde dicho lugar exactamente al ángulo interno de la capilla de los Santos Mártires, antes de Santa Ana, situada al lado del Evangelio en la iglesia de María Auxiliadora.

Entretanto me vi rodeado de un número cada vez más creciente de jovencitos; pero dirigiendo la mirada a aquella Señora, aumentaban también los medios y el local. Vi después una grandísima iglesia, precisamente en el lugar en que me había dicho haber sufrido el martirio los santos de la Legión Tebea y alrededor de ella numerosos edificios y un monumento en el centro.

Mientras sucedían estas cosas, yo siempre en sueños, vi que me ayudaban en mi labor algunos sacerdotes y clérigos, que después de estar conmigo algún tiempo, me abandonaban. Yo procuraba con gran empeño atraérmelos, pero ellos poco a poco se marchaban dejándome solo.

Entonces me dirigí a la Señora nuevamente, la cual me dijo:

—¿Quieres saber lo que has de hacer para que no te abandonen? Toma

esta cinta y átales con ella la frente.

Tomé con toda reverencia una cinta blanca de la mano de la Señora y vi que en ella estaba escrita esta palabra: OBEDIENCIA.

Probé a hacer inmediatamente lo que Ella me había indicado y comencé a atar la cabeza de mis auxiliares voluntarios con la cinta, comprobando que se producía seguidamente un efecto maravilloso; efecto que iba en aumento mientras yo continuaba entregado a la misión que me había sido señalada, pues aquellos sacerdotes y clérigos desechaban el pensamiento de marcharse a otra parte, quedándose conmigo ayudándome en mi labor. Así quedó constituida la Congregación.

Vi también otras muchas cosas que no es del caso relatar en estos momentos; baste decir que desde entonces proseguí la ruta emprendida con seguridad, ya respecto al Oratorio, ya respecto a la Congregación; bien sobre la manera de conducirme en mis relaciones con las personas externas revestidas de alguna autoridad. Las grandes dificultades que sobrevendrán están todas previstas y conozco los medios que he de emplear para superarlas. He visto detalladamente cuanto nos sucederá y prosigo adelante a plena luz. Después de haber contemplado iglesias, casas, patios, jóvenes en gran número, clérigos y sacerdotes que me ayudaban y la manera de llevarlo todo adelante, comencé a dar a conocer a algunos ciertas cosas como si ya existiesen, por eso muchos llegaron a creer que yo había perdido la cabeza.

Uno de los detalles que más llama la atención en este sueño es el relacionado con el lugar indicado por la Santísima Virgen como escenario del martirio de ¡os Santos Adventor y Octavio. Nuestra Señora no menciona a Solutor, porque parece ser que este santo mártir al ser herido por una lanza logró escapar, yendo después a morir a Ivrea.

Sobre esta circunstancia de la designación del sitio preciso en que sufrieron el martirio Adventor y Octavio, San Juan Bosco dejó consignado lo siguiente: «Jamás quise contar este sueño a nadie y mucho menos dar a conocer mi fundada opinión sobre el lugar exacto del glorioso martirio de Adventor y Octavio».

«Más tarde, en 1865, sugerí al Canónigo Gastaldi la idea de que escribiese las vidas de los tres santos mártires de la Legión Tebea e hiciese

indagaciones para encontrar el lugar preciso de su martirio, sirviéndose de los datos suministrados por la historia, la tradición y la topografía. El docto eclesiástico aceptó la idea; redactó y dio a la imprenta unas memorias sobre el martirio de los intrépidos confesores de la fe, sacando como conclusión de su documentado estudio que se ignoraba el lugar preciso del mismo, pero que se sabía con toda certeza que se habían refugiado fuera de la ciudad, cerca del río Dora y que fueron descubiertos y sacrificados por sus perseguidores en las proximidades del lugar en que se habían escondido.

El gran trecho existente entre los muros de la ciudad y el río Dora, hacia el occidente del barrio de este nombre, fue conocido en la antigüedad con la denominación latina de Vallis o Vallum occisorum, *que se transformó con el tiempo en Val d'occo, aludiendo quizá a los mártires allí sacrificados.*

Según el Canónigo Gastaldi, teniendo a la vista la topografía de la ciudad de Turín, el Oratorio de San Francisco de Sales se levanta precisamente en el lugar bendito regado con la sangre de los confesores de Cristo».

San Juan Bosco se alegró mucho de esta opinión que venía a confirmar cuanto había visto en el sueño; profesando desde entonces una gran devoción a los santos mártires. Todos ¡os años, en la festividad de San Mauricio, incorporando el nombre y la gloria del jefe al de los componentes de la Legión Tebea y de una manera especial a sus tres esclarecidos soldados, Adventor, Solutor y Octavio, quiso que se celebrase dicha festividad con solemnes actos religiosos.

LOS MÁRTIRES DE TURIN

SUEÑO 11 .—AÑO DE 1845.

(M. B. Tomo I!, págs. 342-343)

Un nuevo sueño había de ilustrar la mente de San Juan Bpsco sobre el fin glorioso de los esclarecidos mártires de Turín, Adventor, Octavio y Solutor, cuyo martirio había tenido como escenario, según lo indicara la Señora de sus pensamientos, el mismo lugar en que sus obras comenzaban a incrementarse prodigiosamente.

He aquí lo que nos dice Lemoyne, que recogió el relato de labios del

Santo:
****

Le pareció encontrarse en el extremo septentrional del Rondó o Círculo Valdocco y dirigiendo la mirada hacia el Dora, entre los esbeltos árboles que en aquel tiempo adornaban, perfectamente alineados, la avenida hoy denominada Regina Margherita, vio hacia la parte baja, a una distancia de unos setenta metros de la contigua calle Cottolengo, en un campo sembrado de patatas, maíz, fréjoles y repollos, a tres bellísimos jóvenes resplandecientes de luz. Estaban a pie firme en el mismo espacio que le había sido indicado en el sueño precedente, como teatro de su glorioso martirio. Los tres le invitaron a bajar y a unirse a ellos. San Juan Bosco se apresuró a hacerlo, y cuando, estuvo en su compañía le condujeron amablemente hasta el extremo del lugar en el que ahora se eleva la majestuosa iglesia de María Auxiliadora. El Santo, después de recorrer un breve espacio, yendo de maravilla en maravilla, se encontró en presencia de una Matrona magníficamente ataviada y de una indecible hermosura, de extraordinario esplendor y majestad, junto a la cual se veía un venerable senado de ancianos con aspecto de príncipes. A Ella como a Reina formábanle cortejo innumerables personajes de una belleza y de una gracia deslumbradoras. La Matrona, que había aparecido en el lugar que hoy ocupa el altar mayor de la iglesia grande, invitó a San Juan Bosco a que se le acercara. Cuando lo tuvo junto a sí, le manifestó que aquellos tres jóvenes que le habían conducido a su presencia, eran los Mártires Solutor, Adventor y Octavio, y con esto parecía quererle indicar que ellos serían los patronos especiales de aquel lugar.

Después, con una encantadora sonrisa y con afectuosas palabras lo animó a que no abandonara a sus jóvenes y a proseguir cada vez con mayor entusiasmo la obra emprendida; le anunció que encontraría obstáculos al parecer insuperables, pero que todos serían vencidos y allanados si ponía su confianza en la Madre de Dios y en su Divino Hijo.

Finalmente le mostró a poca distancia una casa, que realmente existía y que después supo ser propiedad de un tal señor Pinardi, y una pequeña iglesia en el sitio preciso en el que ahora se encuentra la de San Francisco de Sales con los edificios anexos. Levantando la diestra, la Señora exclamó con voz inefablemente armoniosa: «HAEC EST DOMUS MEA: INDE GLORIA MEA».

Al oír estas palabras, San Juan Bosco se sintió tan emocionado que se estremeció y entonces la figura de la Virgen, que tal era aquella Señora y toda

aquella visión desapareció como la niebla en presencia del sol. El, entre tanto, confiado en la bondad y en la misericordia divina, renovó a los pies de la Santísima Virgen la consagración de sí mismo a la obra a la cual había sido llamado.
****

A la mañana siguiente, muy contento por el sueño que había tenido ¡a noche anterior, Don Bosco se apresuró a visitar la casa que la Virgen le había indicado.

Al salir de su habitación dijo al teólogo Borel:

—Voy a ver una casa a propósito para nuestro Oratorio.

Pero, cual no sería su sorpresa cuando, al ¡legar al lugar indicado, en vez de encontrar una casa con una iglesia, halló una morada de gente de mala vida.

Al regresar al Refugio y habiendo sido interrogado por el mismo teólogo, sin más explicación, le dijo que la casa sobre la cual había fundado sus proyectos, no le servía para el fin propuesto.

En otro sueño recibió de la Virgen la explicación, y el sitio le sirvió.

SUERTE DE DOS JÓVENES QUE ABANDONAN EL ORATORIO

SUEÑO 12.—AÑO DE 1846.

(M. B. Tomo II, pág. 511)

Ante los peligros y pérdidas de las almas y frente a la ofensa de Dios, San Juan Bosco nunca pudo permanecer indiferente.
****

En aquellos días San Juan Bosco tuvo un sueño que le causó un dolor profundo. Vio a dos jovencitos, a los cuales conocía, saliendo de Turín para dirigirse a Becchi; pero cuando llegaron al puente del Po se les echó encima una bestia de aspecto feroz. Esta, después de haberlos embadurnado con su baba, los arrojó al suelo y revoleándolos largo tiempo en el fango los dejó recubiertos de tal suciedad que sólo el mirarlos causaba náuseas.

****

San Juan Bosco narró este sueño a algunos de los que estaban con él, diciendo los nombres de los dos jóvenes que había visto en el mismo; y los hechos demostraron que no se trataba de mera fantasía, pues aquellos dos infelices, después de abandonar el Oratorio se dieron a toda clase de desórdenes.

Testigo del relato de este sueño fue el fiel Buzzetti, una de las primeras figuras del Oratorio a pesar de su condición de coadjutor, vocación que siguió por imposición de los hechos.

Nacido en Caronno Ghiringhelio, provincia de Lombardia, el 7 de febrero de 1832, vivió con San Juan Bosco hasta la edad de cincuenta y *nueve años, en que murió en el Oratorio un 13 de julio.*

Fue uno de los cuatro escogidos por el Santo para fundar la Congregación Salesiana, recibiendo el hábito talar el día de la Purificación de Nuestra Señora de 1851, fecha en la que en el Oratorio se celebraba también ¡a fiesta de San Francisco de Sales.

En marzo del año siguiente, como consecuencia de un accidente pirotécnico, perdió el dedo índice de la mano izquierda, accidente que le obligó a dejar la sotana. Continuó viviendo con San Juan Bosco y *durante muchos años, debido a su gran delicadeza de conciencia, no se atrevió a profesar, hasta que en 1878, dio definitivamente su nombre a la Congregación.*

ENTREVISTA CON COMOLLO Y PRECIO DE UN CÁLIZ

SUEÑO 13.—AÑO DE 1847.

(M. B. Tomo III, págs. 30-31)

Luis Comollo fue compañero de San Juan Bosco en el Seminario de Chieri; joven de raras virtudes, pronto entabló estrecha amistad con el Santo.

Luis era el monitor de Juan y *viceversa. Amistad pura, desinteresada, de noble, de verdadera emulación. De salud enfermiza, Comollo ¡legó a desmejorar visiblemente y acentuándose el mal, murió santamente el 2 de abril de 1839. Esto afligió profundamente el corazón sensibilísimo de Juan, causándole al mismo tiempo graves trastornos en la salud.*

Los dos amigos y *émulos en la virtud, discurrieron sobre cosas espirituales, llegaron a prometerse recíprocamente, entre broma* y *serio, el comunicarse después de la muerte la suerte corrida al pasar los umbrales de la eternidad; promesa que conocían muchos otros de sus compañeros.*

Y precisamente la noche del 3 al 4 de abril o la inmediata siguiente al sepelio de Comollo, hacia la madrugada, y *cuando todos dormían, oyóse un estruendo formidable en el dormitorio de Juan, mientras una luz vivísima avanzaba hacia su cama* y *una voz le decía clara* y *distintamente:*

—¡Bosco, Bosco, me he salvado! Cesó seguidamente el ruido y *poco a poco desapareció la luz.*

Juan, incorporado en el lecho y *sobrecogido ante aquella visión, distinguió perfectamente la voz de su amigo, quien había venido a cumplir ¡a palabra empeñada.*

Los seminaristas que ocupaban las camas inmediatas, también lo oyeron.

Los más, aterrados, saltaron del lecho y *agrupados en torno al vigilante pasaron levantados el resto de la noche, no faltando quienes fueron a refugiarse a la Capilla.*

El hecho produjo el consiguiente revuelo, pero todo sirvió para poner de relieve la recia personalidad del seminarista de Becchi.

Este llevó, sin embargo, la peor parte, pues el acontecimiento le costó una enfermedad larga y *penosa. Después, amaestrado por esta experiencia, solía aconsejar que no se hicieran tales pactos; pues no es fácil a la flaqueza humana soportar ¡as relaciones con lo sobrenatural.*

Al producirse, pues, el sueño que vamos a exponer a continuación y *en el que aparece nuevamente Luis Comollo, habían pasado ya más de seis años de la muerte de éste.*

He aquí lo que narra Don Lemoyne:

«La habitación ocupada por San Juan Bosco fue siempre considerada por los jóvenes como el santuario de las más bellas virtudes; como un

tabernáculo en el cual la Santísima Virgen se complacía en manifestarle la voluntad divina; como un vestíbulo que ponía al Oratorio en comunicación con ¡as regiones celestes. Y cuantos se personaban en ella, no podían por menos de experimentar un sentimiento de profunda reverencia.

Mamá Margarita no pensaba diversamente. Ella misma había trasladado su propio lecho a la habitación más próxima a la de su hijo. Estaba persuadida, pues así se lo habían demostrado algunos detalles, de que su hijo pasaba en oración gran parte de la noche y de *que en aquellos días sucedía algo sorprendente que ella no se sabía explicar.*

En efecto: Margarita contaba al joven Santiago Bellia que en cierta ocasión, algunas horas antes del amanecer, había oído hablar a [San] Juan Bosco en su habitación. Unas veces parecía que contestase a las preguntas que se le hacían y *otras, que respondía a su interlocutor. A pesar de la atención de la buena mujer, no pudo entender ni una sola palabra de aquel extraño diálogo. Por la mañana, aunque tenía la seguridad de que nadie podía entrar en la habitación de [San] Juan Bosco sin que ella lo notase, preguntó a su hijo con quién había estado hablando. Este le contestó:*

—He hablado con Luis Comollo.

—Pero Comollo hace años que murió, —replicó Margarita.

—Y *con todo, es así. He hablado con él.*

San Juan Bosco no añadió explicación alguna, dando muestras de que una gran idea le preocupaba. Encendido el rostro como una brasa y *con los ojos extraordinariamente brillantes, fue presa de una emoción que le duró varios días.*

El joven Santiago Bellia, que figura en este relato, fue uno de ¡os afortunados elegidos por San Juan Bosco en 1849 para formar la Congregación Salesiana. Vistió el hábito clerical de manos del fundador el 2 de febrero de.1851.
****

«Poco tiempo después —continúa Don Lemoyne— [San] Juan Bosco necesitaba un cáliz y no sabía cómo adquirirlo, pues no disponía de la cantidad necesaria para comprarlo. Cuando he aquí que una noche le fue indicado en un sueño que en su baúl había una cantidad suficiente para tal objeto. A la

mañana siguiente fue a Turín para varios asuntos y mientras caminaba con la mente fija en el sueño que había tenido la noche precedente, pensaba al mismo tiempo en la satisfacción que sentiría si aquel sueño se hubiese trocado en realidad; de forma que se decidió a volver a casa para registrar el baúl. Al hacerlo, se encontró en él ocho escudos. Precisamente la cantidad que necesitaba para la compra del cáliz. Ningún extraño podía haber puesto aquella suma allí, porque la casa estaba siempre cerrada. Su madre no disponía de dinero como para proporcionarle semejantes sorpresas, quedando también ella gratamente sorprendida cuando supo lo sucedido».

EL EMPARRADO

SUEÑO 14.—AÑO DE 1847.

(M. B. Tomo III, págs. 32-37)

, ■ ■

En 1864, una noche, después de las oraciones, Don Bosco reunía en su habitación para darles una conferencia, según era su costumbre, a los jóvenes que integraban la Congregación, entre los cuales se hallaban Don Victorio Alasonatti, [Beato] Miguel Rúa, Don Juan Cagliero, Don Celestino Durando, Don José Lazzero y *Don Julio Barberis. Después de haberles hablado del desapego de las cosas del mundo* y de *la familia, para seguir el ejemplo de Jesucristo, les contó un sueño que había tenido diecisiete años atrás. He aquí sus palabras:*

****

«Les he contado ya muchas cosas en forma de sueño de las que podíamos deducir lo mucho que la Santísima Virgen nos ama y nos ayuda; mas, ya que estamos reunidos aquí nosotros solos, para que cada uno de los presentes tenga la seguridad de que es la Santísima Virgen la que quiere nuestra Congregación y a fin de que nos animemos cada vez más á trabajar para la mayor gloria de Dios, os contaré, no ya un sueño, sino lo que la misma Madre de Dios me hizo ver. Ella quiere que pongamos en su bondad toda nuestra confianza. Yo os hablo como un padre a sus queridos hijos, pero deseo que guardéis absoluta reserva sobre cuanto os voy a decir y que nada comuniquéis de esto a los jóvenes del Oratorio o a las personas de fuera, para no dar motivos a malas interpretaciones por parte de los malintencionados.

Un día del año 1847, después de haber meditado yo mucho sobre la manera de hacer el bien, especialmente en provecho de la juventud, se me apareció la Reina de los Cielos y me condujo a un jardín delicioso. En él había

un rústico pero al mismo tiempo bellísimo y amplio pórtico construido en forma de vestíbulo. Plantas trepadoras adornaban y cubrían las pilastras, y sus grandes ramas, exuberantes de hojas y de flores, superponiéndose las unas a las otras, se entrelazaban al mismo tiempo, formando un gracioso toldo. Este pórtico daba a un bello sendero, a lo largo del cual se extendía un hermosísimo emparrado, flanqueado y cubierto de maravillosos rosales en plena floración. También el suelo estaba cubierto de rosas. La Santísima Virgen me dijo:

—Avanza bajo ese emparrado; ese es el camino que debes recorrer.

Me descalcé para no ajar aquellas flores.

Me sentí satisfecho de haberme descalzado, pues hubiera sentido tener que pisar unas rosas tan hermosas. Y sin más, comencé a caminar; pero pronto me di cuenta de que aquellas rosas ocultaban punzantes espinas; de forma que mis pies comenzaron a sangrar. Por tanto, después de haber dado algunos pasos, me vi obligado a detenerme y seguidamente a volver atrás.

—Aquí es necesario llevar el calzado puesto, —dije a mi guía.

—¡Cierto! —me respondió— Se necesita un buen calzado.

Me calcé, pues, y volví a emprender el camino con algunos compañeros, los cuales habían aparecido en aquel momento, pidiéndome que les permitiera acompañarme. Accedí y siguieron detrás de mí bajo el emparrado, que era de una hermosura indecible; pero, conforme avanzaba, me parecía más estrecho y más bajo. Muchas ramas descendían de lo alto y subían como festones; otras avanzaban erectas hacia el sendero. De los troncos de los rosales salían algunas ramas acá y acullá horizontalmente; otras formaban un tupido seto, invadiendo gran parte del camino; otras crecían en distintas direcciones a poca altura del suelo. Todas, sin embargo, estaban cuajadas de rosas; yo no veía más que rosas a los lados, rosas encima de mí, rosas delante de mis pasos. Mientras tanto sentía agudos dolores en los pies y hacía algunas contorsiones con el cuerpo al tocar las rosas de una y otra parte, comprobando que entre ellas se escondían espinas aún más agudas. Con todo, proseguí adelante. Mis piernas se enredaban en las ramas tendidas por el suelo produciéndome dolorosas heridas; al intentar apartar una rama atravesada en el camino o al agacharme para pasar por debajo de alguna otra, sentía las punzadas de las espinas, no sólo en las manos, sino en todos mis miembros.

Las rosas que veía por encima de mí, también ocultaban una gran cantidad de espinas que se me clavaban en la cabeza. A pesar de ello, animado por la Santísima Virgen proseguí mi camino. De cuando en cuando experimentaba punzadas aún más intensas y penetrantes que me producían un dolor agudísimo.

Entretanto, todos aquellos, y eran muchísimos, que me veían caminar bajo aquel emparrado, decían:

¡Oh! Vean cómo [San] Juan Bosco camina siempre entre rosas; él sigue adelante sin dificultades; todo le sale bien.

Pero los tales no veían las espinas que desgarraban mis miembros. Muchos clérigos, sacerdotes y seglares, por mí invitados, comenzaron a seguirme con premura, atraídos por la belleza de aquellas flores; pero cuando se dieron cuenta de que era necesario caminar sobre punzantes espinas y que éstas brotaban por todas partes, comenzaron a decir a voz en grito:

¡Nos han engañado!

—El que quiera caminar sin dificultad alguna sobre las rosas — les decía yo— que se vuelva atrás; los demás que me sigan.

No pocos volvieron atrás. Después de haber recorrido un buen trecho de camino, me volví para observar a mis compañeros. Pero ¡cuál no sería mi dolor!, al ver que Una gran parte de ellos había desaparecido y otra parte, volviéndome las espaldas, se alejaba de mi. Inmediatamente volví atrás para llamarlos, pero todo fue inútil, pues ni siquiera me escuchaban. Entonces comencé a llorar desconsoladamente y a querellarme diciendo:

—¿Es posible que tenga que recorrer yo solo este camino tan difícil?

Pero pronto me sentí consolado. Vi avanzar hacia mí un numeroso grupo de sacerdotes, de clérigos y de personas seglares, los cuales me dijeron:

—Aquí nos tienes; somos todos tuyos y estamos dispuestos a seguirte.

Poniéndome entonces al frente de ellos reemprendí el camino. Solamente algunos se desanimaron, deteniéndose, pero la mayoría llegó conmigo a la meta.

Después de haber recorrido el emparrado en toda su longitud, me encontré en un nuevo y amenísimo jardín, rodeado de todos mis seguidores. Todos estaban macilentos, desgreñados, cubiertos de sangre. Entonces se levantó una suave brisa y al conjuro de la misma todos sanaron. Sopló nuevamente otro vientecillo y, como por ensalmo, me encontré rodeado de un inmenso número de jóvenes y de clérigos, de coadjutores y de sacerdotes, que comenzaron a trabajar conmigo guiando a aquella juventud. A algunos no los conocía, otras fisonomías, en cambio, me eran familiares.

Entretanto, habiendo llegado a un paraje elevado del jardín, me encontré con un edificio colosal, sorprendente por su magnificencia artística, y al cruzar el umbral penetré en una espaciosa sala tan rica, que ningún palacio del mundo podría contener otra igual. Estaba completamente adornada con rosas fragantísimas y sin espinas, de las que emanaba un suavísimo olor. Entonces, la Santísima Virgen, que había sido mi guía, me preguntó:

—¿Sabes qué es lo que significa lo que estás viendo ahora y lo que has observado antes?

—No —respondí—, os ruego que me lo expliquéis.
Entonces Ella dijo:

—Has de saber que el camino por ti recorrido entre rosas y espinas significa el cuidado con que has de atender a la juventud; debes caminar con el calzado de la mortificación. Las espinas que estaban a flor de tierra representan los afectos sensibles, las simpatías o antipatías humanas que apartan al educador de su verdadero fin, que lo hieren o lo detienen en su misión, que le impiden avanzar y cosechar coronas para la vida eterna. Las rosas son símbolo de la caridad ardiente que debe ser tu distintivo y el de todos tus seguidores. Las otras espinas son los obstáculos, los sufrimientos, los disgustos que tendréis que soportar. Pero, no te desanimes. Con la caridad y con la mortificación superaras todas las dificultades y llegaras a las rosas sin espinas.

Apenas la Madre de Dios hubo terminado de hablar, volví en mí y me encontré en mi habitación».
****

Notable es la circunstancia y muy digna de señalar, de que San Juan Bosco no habla aquí de un simple sueño, sino de una verdadera y auténtica

visión. Al comenzar a expresarse, el siervo de Dios dice categóricamente: «...A fin de que nos animemos a trabajar cada vez más a la mayor gloria de Dios, ¡es contaré, no ya un sueño, sino lo que la misma Madre de Dios me hizo ver».

Terminando su relato con las siguientes palabras:

«Apenas la Madre de Dios hubo terminado de hablar, volví en mí y *me encontré en mi habitación».*

Tanto una como otra expresión ponen de manifiesto que aquí se trata de una verdadera visión.

ENCUENTRO CON CARLOS ALBERTO

SUEÑO 15.—AÑO DE 1847.

(M. B. Tomo III, págs. 539-540)

La gratitud y el afecto que San Juan Bosco sentía hacia el rey Carlos Alberto fue puesto de manifiesto repetidas veces por el Santo, como lo atestiguan las Memorias Biográficas.

Tras hacer referencia a la liberación de Roma por las tropas francesas y a la entrega de las llaves de la Ciudad Eterna al Papa Beato Pio IX por el general Oudinot, Don Lemoyne continúa:

«Pero si [San] Juan Bosco recibió un gran consuelo al conocer esta noticia, llegó a Turín otra que causó un profundo dolor a él y a sus hijos. Gravemente enfermo de una antigua dolencia, en Oporto y abrumado bajo el peso de la desventura, Carlos Alberto, confortado con los auxilios de nuestra Santa Religión, murió como un buen cristiano el 28 de julio de 1847. [San] Juan Bosco hizo rezar, como era su deber, por un soberano al cual estimaba y amaba sobremanera y que en repetidas ocasiones había ayudado y protegido a su institución. Su dolor iba unido a una gran esperanza, pues el monarca había sido muy devoto de la Consolata y su caridad para con los pobres había sido excepcional. Sobre su féretro no aletearon las angustiosas dudas que a veces atenazan el corazón sobre el destino eterno de un alma, antes como un amable recuerdo que ocupaba la mente de [San] Juan Bosco, de cuando en cuando, la figura de Carlos Alberto, reverdecía en la fantasía de nuestro fundador, y así, algunos años después nos contaba a dos de sus hijos esta gra-

ciosa pesadilla que le había durado toda la noche:
****

Me pareció encontrarme en los alrededores de Turín, paseando por el centro de una gran avenida. Cuando he aquí que viene a mi encuentro el rey Carlos Alberto, el cual, sonriente, se detuvo a saludarme.

—¡Oh, majestad!, —exclamé.

—¿Cómo está usted, [San] Juan Bosco?

—Muy bien, y me alegro mucho de verle.

—Si es así, ¿me quiere acompañar a dar un paseo?

—Con sumo gusto.

—¡Pues, vamos!

Nos pusimos en camino hacia la ciudad. El rey no llevaba puesta ninguna insignia que declarase su dignidad; vestía ropas blancas, aunque no del todo blancas.

—¿Qué piensa de mí?, —me preguntó el monarca.

—Sé que es un buen católico,—le repliqué.

—Para Vos, soy algo más que eso; sabe cómo he amado siempre su obra. Siempre tuve el mayor deseo de verla prosperar. Me habría gustado muchísimo ayudarlo, pero los acontecimientos me lo impidieron.

—Si es así, majestad, me atrevería a hacerle un ruego.

—Hable, hable.

—Le pediría que presidiese la fiesta de San Luis Rey que vamos a celebrar en el Oratorio este año.

—Con mucho gusto: pero tenga presente que la cosa daría mucho que hablar; sería algo inaudito, por lo que parece que no es conveniente una fiesta tan sonada. Con todo, veré la manera de complacerlo, aun sin mi presencia.

Continuamos hablando de otras cosas hasta que llegamos cerca del Santuario de la Consolata. En dicho lugar había como una entrada subterránea en la ladera de una elevada colina y la galería a que daba acceso, en vez de descender, subía.

—Hay que pasar por aquí, —me dijo el rey.

Y doblando las rodillas y tocando casi el suelo con su majestuosa frente, sin cambiar de postura, comenzó a subir y desapareció.

Entonces, mientras yo examinaba aquella entrada y procuraba penetrar con la vista la oscuridad de las tinieblas, me desperté».
****

Compulsando la fecha de este sueño hemos comprobado que poco después, en el Oratorio se recibió un generoso donativo de la Casa Real.

El corazón de Don Bosco latía al unísono con el de Carlos Alberto, Beato Pío Pp. IX y *el San José Benito Cottolengo* y a *sus jóvenes estuvo reservado el honor de cantar muchas veces en la Catedral la Misa de Réquiem en el aniversario de la muerte del monarca.*

EL PORVENIR DE CAGUERO

SUEÑO 16.—AÑO DE 1854.

(M. B. Tomo V, págs. 105 107)

La Santísima Virgen dio una nueva prueba de su especial protección y de *su maternal agrado por cuanto los alumnos del Oratorio habían hecho en favor de los apestados de Turín, otorgando la curación al joven Juan Cagliero, más tarde Eminentísimo Cardenal de la Santa Madre Iglesia.*

«Mientras no existía ya esperanza alguna en los medios humanos —escribe [Beato] Miguel Rúa— Don Bosco recomendó al enfermo que recurriese a la Virgen, anunciándole al mismo tiempo que sanaría, y yo me quedé asombrado al comprobar la realización de aquella profecía».

Vamos a exponer el hecho con todos sus *pormenores:*

Un día, hacia fines del mes de agosto, Juan Cagliero, cansado por el trabajo realizado en la asistencia de los enfermos, al volver del lazareto a casa se sintió mal y hubo de acostarse. [San] Juan Bosco, que lo amaba como un padre, hizo que se le prodigasen todos los cuidados posibles para salvarlo de las terribles fiebres gástricas que padeció durante dos meses casi; pero todo fue inútil. Dada la gravedad del mal, pocos días después de haber comenzado a guardar cama, Cagliero se confesó y recibió la Sagrada Comunión. Pero las fiebres fueron en aumento de tal manera, que en el término de un mes redujeron al enfermo a los extremos. San Juan Bosco había anunciado en público que ninguno de sus hijos moriría de la epidemia reinante en la ciudad, con tal que todos sé mantuviesen en gracia de Dios. Cagliero, que entonces contaba dieciséis años, confiaba plenamente en las palabras de San Juan Bosco; pero lo peor en su caso era que su enfermedad no provenía ni mucho menos del morbo asiático. En el Oratorio todos estaban convencidos de que el paciente pasaría de un día a otro a la eternidad; el joven enfermo, entretanto, estaba tranquilo.

Dos célebres médicos de Turín, Galvano y Bellingeri, después de una consulta, declararon que se trataba de un caso desesperado y aconsejaron a San Juan Bosco que administrase al paciente los últimos sacramentos, pues probablemente nol¡legaría al día siguiente. Entonces el clérigo Buzzetti advirtió a Cagliero del peligro en que se encontraba y *le anunció que [San] Juan Bosco vendría para confesarlo, darle el Viático* y *administrarle la Extremaunción.*

El Santo no tardó en entrar en la habitación del enfermo con la intención de prepararle al gran paso; cuando, habiéndose detenido en el umbral de la puerta, vio ante sus ojos un maravilloso espectáculo:
****

Vio aparecer una hermosísima paloma, la cual, como un objeto luminoso, esparcía a su alrededor destellos de luz vivísima, de forma que toda la habitación estaba intensamente iluminada. Llevaba en el pico una ramita de olivo y volaba una y otra vez alrededor de la habitación. Cuando deteniendo el vuelo sobre el lecho del enfermo, tocó los labios del paciente con el ramito de olivo y después lo dejó caer sobre su cabeza. Y despidiendo una luz más viva aún, desapareció.
****

San Juan Bosco comprendió entonces que Cagliero no moriría, pues le quedaban que hacer muchas cosas para gloria de Dios; que la paz, simbolizada por aquel ramo de olivo, sería anunciada por su palabra; que el

resplandor de la paloma significaba la plenitud de la gracia del Espíritu Santo que algún día lo investiría.

Desde aquel momento el Santo alimentó la idea confusa, pero firme, que perduró siempre en él, de que el joven Cagliero seria Obispo. Y sin más, consideró como realizado aquel pronóstico cuando Cagliero partió por primera vez Para América.
****
A esta primera visión sucedió otra. Al llegar San Juan Bosco al centro de la habitación, desaparecieron como por ensalmo las paredes y alrededor del lecho del enfermo vio una gran multitud de figuras extrañas de salvajes, que tenían la mirada fija en el paciente y que llenos de temor parecían pedirle socorro. Dos hombres que sobresalían entre los demás, uno de aspecto fiero y negruzco y otro de color de bronce, de elevada estatura y porte guerrero, con cierto aspecto de bondad, estaban inclinados sobre el pequeño moribundo.
****
San Juan Bosco comprendió más tarde que aquellas fisonomías correspondían a los salvajes de la Patagonia y *de la Tierra del Fuego.*

Estas dos visiones duraron breves instantes y *ni el joven enfermo ni los allí presentes se dieron cuenta de nada.*

San Juan Bosco, con su acostumbrada serenidad y *su habitual sonrisa, se acercó al lecho lentamente, mientras Cagliero le preguntaba:*

—¿Es acaso ésta mi última confesión? —¿Por qué me haces esa pregunta?, —le replicó San Juan Bosco.

Porqué deseo saber si he de morir.

San Juan Bosco se reconcentró un poco y *le dijo:*

—Dime, Juan ¿te gustaría ir ahora al Paraíso, o quieres mejor curar y *esperar aún?*

—Oh, mi querido [San] Juan Bosco—contestó Cagliero—, elijo lo que sea mejor para mí.

—Para ti sería ciertamente mejor el marcharte ahora mismo al Paraíso, dados tus pocos años. Pero no es ahora tiempo de ello; el Señor no

quiere que mueras ahora. Hay muchas cosas que hacer; sanarás y, *según tu deseo de siempre, vestirás el hábito clerical..., llegarás a ser sacerdote,* y *después... después... — aquí San Juan Bosco dejó de hablar* y *quedó un tanto pensativo—* y *después... con tu breviario bajo el brazo tendrás que dar muchas vueltas...* y *tendrás que hacer llevar el breviario a otros muchos.... sí, tienes que hacer aún muchas cosas antes de morir... e irás lejos, muy lejos.*

Y calló sin decirle adonde iría.

—Si es así —replicó Cagliero— no es necesario que me prepare a recibir los Sacramentos. Yo tengo mi conciencia tranquila. Me confesaré cuando me levante y *cuando todos mis compañeros se acerquen a los Sacramentos.*

—Bien —le contestó San Juan Bosco—, puedes aguardar hasta que te levantes.

Y ni lo confesó ni le habló más de los últimos sacramentos.

Desde aquel momento Cagliero no se preocupó lo más mínimo de su enfermedad, pues tenía la seguridad de que su curación era cosa ciertísima.

Y, en efecto, no tardó en comenzar a mejorar, entrado en una franca convalecencia. Pero cuando parecía alejado todo peligro, como sus parientes le hubiesen mandado en el mes de septiembre un poco de uva, el muchacho la comió con avidez, como un alimento que él consideraba inofensivo, y volvió a recaer, encontrándose al borde del sepulcro.

Se le hubo de avisar a la madre que volviese a verlo, comunicándosele al mismo tiempo el mal cariz que había vuelto a tomar la enfermedad, y la buena mujer se apresuró a retornar de Castelnuovo. Apenas penetró en la habitación y *vio a su hijo en aquel estado, exclamó dirigiéndose a las personas que le asistían:*

—¡Mi Juan está muerto! Por lo que veo, todo ha terminado.

Pero Juan, manifestando la alegría que sentía por la llegada de la madre, sin más comenzó a decirle que pensase en prepararle la sotana de clérigo con todos los demás accesorios, para su vestición clerical. La buena mujer creyó que su hijo deliraba y, en efecto, dijo a [San] Juan Bosco que

llegaba en aquel preciso momento:

—Oh, [San] Juan Don Bosco, ¡cuan cierto es que mi hijo está muy malo! Está delirando y me habla de vestir el traje de sacerdote y me ha dicho que le prepare todo lo necesario.

Y el Santo le contestó:

—¡No, no, mi buena Teresa!, vuestro hijo no delira, se ha expresado muy bien; prepararle, pues, todo lo necesario para vestirlo de clérigo; tiene que hacer aún muchas cosas y no puede ni quiere morir.

Cagliero, que lo oía todo, dijo:

—¡Qué, mamá! ¿No lo habéis oído? Usted me hace la sotana y [San] Juan Don Bosco me la impondrá.

¡Sí, sí —exclamó la madre llorando—, ¡pobre hijo mío! Te pondremos un traje, pero Dios quiera que no sea muy distinto del que deseas.

San Juan Bosco procuró tranquilizarla, asegurándole que vería a su hijo vestido de clérigo, pero la buena mujer seguía diciendo en voz baja:

—Te pondré un traje cualquiera cuando te metan en la caja.

El hijo, en cambio, sin perder la alegría, hablaba con todos los que venían a visitarlo, de la sotana que pronto vestiría. En efecto, porque tal era ¡a voluntad de Dios, cuando recuperó un tanto las fuerzas, la madre se lo llevó al pueblo. Estaba tan delgado que parecía un cadáver, estaba tan debilitado que no sé podía sostener, en pie sino que tenía que caminar apoyado en un bastón; daba compasión verlo. Y entretanto seguía insistiéndole a la madre que le preparase su equipo de clérigo, y la buena mujer decidió complacerle. Las personas que la veían entregada a esta tarea le preguntaban:

—¿Qué hacéis, Teresa?

—Estoy preparando la sotana para mi hijo.

—Pero si está medio muerto, si apenas se puede sostener en pie.

—Y, sin *embargo, él lo quiere así.*

En una carta que San Juan Bosco le había escrito desde Turín, con fecha del 7 de octubre, le decía: «Muy querido Cagliero. Me complace grandemente el saber que mejoras de salud; nosotros te esperamos para cuando puedas venir, lo principal es que te encuentres perfectamente bien; que sigas tan alegre como de costumbre. Me parece muy bien que te vayas preparando para la vestición... Saluda a tus parientes; rogad todos por mí y que el Señor os bendiga y os colme de toda suerte de prosperidades. Créeme tuyo afectísimo: [San] Juan Don Bosco».

Se acercaba el día en que Cagliero tenía que regresar a Turín para la vestición. Sus amigos y parientes intentaban quitárselo de la cabeza dado su estado enfermizo, diciéndole que dejase para otra fecha su toma de sotana. Pero él contestó:

—De ninguna manera. Tengo que tomar la sotana ahora, porque así me lo ha dicho [San] Juan Don Bosco.

Otros decían que era demasiado joven, que todavía tenía que hacer el último curso de bachillerato; pero él les contestaba:

—No importa, [San] Juan Don Bosco me lo ha dicho.

Por mera coincidencia, el día que tenía que partir para el Oratorio era el mismo en que su hermano tenía que contraer matrimonio, por lo que éste le insistía para que se quedase a asistir a *aquella fiesta. Juan le respondió:*

Tú haz lo que quieras, que yo, por mi parte, haré también lo que más me plazca; esto es: recibir el hábito clerical.

Los parientes querían retenerlo, diciéndole que si se marchaba, daba muestras de que la persona que el hermano había escogido para esposa no le era grata.

—Mi hermano que haga lo que quiera; les aseguro que estoy contento, contentísimo de la elección que ha hecho. ¿No les basta esto?, —replicó Juan—. ¿Es que queréis que lo deje consignado en acta notarial que estoy contento?

El 21 de noviembre, Cagliero, perfectamente restablecido, volvía al Oratorio, y el 22, festividad de Santa Cecilia, [San] Juan Don Bosco bendecía el hábito clerical y se lo imponía a su amado hijo. El Rector del Seminario Metropolitano, conónigo A. Vogliotti el 5 de noviembre de 1855 concedía al clérigo Cagliero que viviera con [San] Juan Don Bosco, frecuentando al mismo tiempo las clases del Seminario y dándole el fin de cada curso los correspondientes certificados de estudios para cumplir las disposiciones dadas por su Excia. Rdma. el Señor Arzobispo en una circular publicada el 1 de septiembre de 1834. Idénticos certificados se dieron también a los demás clérigos que vivían en el Oratorio.

San Juan Bosco, entretanto, teniendo siempre ante sí la visión de la paloma y de ¡os salvajes, parece que confió el secreto a Don Alasonatti.

Este, encontrándose un día con Cagliero, le dijo:

—Tienes que hacerte muy bueno, porque Don Bosco asegura cosas muy notables relacionadas contigo.

En el año de 1855, algunos clérigos y jóvenes rodeaban a San Juan Bosco que estaba sentado a la mesa y bromeaban hablando cada uno de su porvenir. El Santo, quedándose un poco silencioso y adoptando una actitud pensativa y grave, como a veces solía, mirando a cada uno de sus alumnos, dijo:

—Uno de vosotros llegará a ser Obispo.

Esta profecía llenó a todos de admiración, y después añadió sonriendo:

—Pero Don Juan Bosco será siempre sólo Don Juan Bosco.

Al oír estas palabras todos comenzaron a reír, pues eran simples clérigos y no podían ni sospechar en quién se cumpliría tal predicción. Ninguno de ellos pertenecía a una clase elevada de la sociedad, sino que, al contrario, pertenecían a una clase modesta, más bien pobre y ¡a dignidad episcopal se elegía, al menos en aquellos tiempos, entre las personas de la nobleza, o al menos entre individuos de rara virtud e ingenio. Por otra parte, la posición de San Juan Bosco y de su Instituto era entonces tan modesta que, humanamente hablando, parecía imposible que uno de sus alumnos fuese

elegido para el Episcopado. Tanto más que entonces no se tenía idea de las Misiones exteriores o extranjeras. Pero la misma improbabilidad de tal acontecimiento mantenía viva la predicción e incluso no faltó quien durante algún tiempo alimentó la idea de ser él el candidato.

Estaban presentes cuando San Juan Bosco dijo estas palabras los clérigos Turchi, Reviglio, Cagliero, Francesia, Anfossi y [Beato] Miguel Rúa. Y estos mismos oyeron al siervo de Dios repetir:

—¿Quién iba a decir que uno de vosotros sería elegido Obispo?,

También repitió no pocas veces:

—¡Oh! Observemos a ver si [San] Juan Don Bosco se equivoca. Veo en medio de vosotros una mitra y no será una mitra sola. Pero aquí ya hay una.

Y los clérigos intentaban, bromeando con San Juan Bosco, adivinar quién de ellos, entonces simples clérigos, llegaría a ser Obispo. El siervo de Dios, por su parte, sonreía y callaba. A veces pareció dejar entender algo de lo que había visto en la visión.

Narra Mons. Cagliero: En los primeros años de mi sacerdocio me encontré con [San] Juan Don Bosco al pie de la escalera un tanto cansado. Con amor filial y en tono de broma:

--- [San] Juan Don Bosco, déme la mano —le dije—, ya verá cómo soy capaz de ayudarle a subir las escaleras.

Y él, paternalmente, me tendió su mano, pero al llegar al último tramo me doy cuenta de que intentaba besar mi mano derecha. Inmediatamente la retiré, pero no lo hice a tiempo.

Entonces le dije:

—*¿Con esto ha pretendido humillarse* o *humillarme?*

—Ni *una cosa ni otra —me respondió—; el motivo lo sabrás a su tiempo.*

En el 1883 ofrecía a Don Cagliero un indicio más claro; porque en el

momento de partir para Francia, después de hacer su testamento y dar los recuerdos a cada uno de los miembros del Capítulo Superior, a Cagliero le entregaba una cajita sellada, diciéndole:

—Esto es para ti.

Y se marchó.

Algún tiempo después Don Cagliero se dejó ¡levar de la curiosidad y *quiso ver el contenido de aquella cajita* y *he aquí que encontró en ella un precioso anillo.*

Finalmente, en octubre de 1884, habiendo sido elegido Don Cagliero Obispo titular de Magida, este le pidió a San Juan Bosco se dignase revelarle el secreto de treinta años atrás, cuando aseguraba que uno de sus clérigos llegaría a ser Obispo.

—Sí— *le respondió, te lo diré la víspera de tu consagración.*

Y en la víspera de aquel día el Santo paseando a solas con Mons. Cagliero por su habitación, le dijo:

¿Recuerdas la grave enfermedad que padeciste cuando eras joven, al principio de tus estudios?

—Sí, *señor, lo recuerdo —respondió Don Cagliero—,* y *recuerdo también que Vos acudisteis a administrarme los últimos sacramentos* y *no me los administró* y *me dijo que sanaría* y *que con mi breviario iría lejos, muy lejos, a trabajar en el sagrado ministerio sacerdotal...* y*... no me dijo más.*

Pues bien, escucha —prosiguió San Juan Bosco—.

Y *le contó las dos visiones con todas sus particularidades* y *detalles.*

Mons. Cagliero, después de haberlo oído todo, le pidió al Santo que narrase aquella misma noche, durante la cena, a los hermanos del Capítulo Superior, aquellas visiones. Y como no sabía negarse, especialmente cuando lo que se le pedía redundaba en mayor gloria de Dios y *bien de las almas, condescendió* y *contó delante del Capítulo las mismas cosas que acabamos de exponer.*

Hemos escrito estas páginas —termina Don Lemoyne— aquella misma noche bajo el dictado de Mons. Cagliero.

EL GLOBO DE FUEGO

SUEÑO 17.—AÑO DE 1854.

(M. B. Tomo V. pág. 64)

Se lee en *las Memorias Biográficas, tomo* y *página anteriormente citados:*

****

«Durante las solemnes fiestas religiosas que se celebraban en el Oratorio de Turín del 21 al 28 de mayo, en uno de esos días no precisado por las crónicas, San Juan Bosco contó a los jóvenes cómo había visto un globo luminoso, de fuego, sobre el lugar en que más tarde se levantó la Iglesia de María Auxiliadora».

****

Parecía que la Santísima Virgen quisiera indicar con esta señal que no había renunciado a la toma de posesión de aquel lugar.

José Buzzeti, testigo del relato, recordaba en 1887 a San Juan Besco, en Lanzo, este relato, preguntándole a renglón seguido:

—¿No sería tal vez ¡a cúpula de María Auxiliadora iluminada?

—¿Y por qué no?, —replicó San Juan Bosco.

Hemos de hacer notar al lector que en el presente trabajo hemos incluido bajo él nombre genérico de sueño algunas auténticas visiones de nuestro santo.

GRANDES FUNERALES EN LA CORTE

SUEÑO 18.—AÑO DE 1854.

(TomoV, págs. 176-181) PRIMERA PARTE

El presente sueño está relacionado con la actitud del Parlamento

Piamontés y del ministro Cavour, que pretendían poner en vigor la ley Ratazzi, sobre supresión de los bienes eclesiásticos y prácticamente de las Ordenes religiosas. San Juan Bosco, previendo los males que con ello se ocasionarían a la Iglesia, deseaba apartar de ¡a Casa Real de Saboya las divinas amenazas que sobre ella se cernían, y a él reveladas.

Y, en consecuencia, he aquí el sueño que tuvo hacia finales del mes de noviembre de 1854.
****

«Le pareció encontrarse en el lugar donde se levanta el pórtico central del Oratorio, obra entonces en construcción, junto a la bomba hidráulica colocada en la pared de la Casita Pinardi. Estaba rodeado de sacerdotes y clérigos. De pronto vio que avanzaba hacia el centro del patio un paje de la Corte vestido de uniforme rojo, el cual, apresuradamente llegó adonde San Juan Bosco se encontraba, pareciéndole al Santo oírle gritar:

—¡Una gran noticia!

—¿Qué noticia?, —le preguntó San Juan Bosco.

—¡Anuncia! ¡Gran funeral en la Corte! ¡Gran funeral en la Corte!

San Juan Bosco, ante esta imprevista aparición y al escuchar aquel anuncio quedó como petrificado, mientras el pajecillo volvía a repetir:

—¡Gran funeral en la Corte!

San Juan Bosco quiso entonces preguntarle algo más sobre su fúnebre anuncio, pero al intentar hacerlo, el paje había desaparecido.
****

Habiéndose despertado, el Santo estaba como fuera de sí, y al comprender el misterio de aquella aparición, tomó la pluma y *comenzó a redactar una carta dirigida a Víctor Manuel, poniendo en ella de manifiesto cuanto le había sido anunciado y relatando en ella el sueño con toda sencillez.*

Después del mediodía llegó al comedor con un poco de retraso. Los jóvenes recuerdan aún cómo siendo aquel año de un frío intensísimo, Don Bosco llevaba puestos unos guantes muy viejos y estropeados y entre las manos un paquete de cartas. Se formó entonces un corro a su alrededor. Estaban presentes Don Alasonatti, Ángel Savio, Cagliero, Francesia, Juan

Turchi, Reviglio, Rúa, Afifossi, Buzzetti, Enría, Tomatis y otros, en su mayoría clérigos. San Juan Bosco comenzó a decir sonriendo: —Esta mañana, queridos hijos, he escrito tres cartas a otros tantos personajes: Al Papa, al Rey y al verdugo.

La risa fue general al sentir pronunciar unidos los nombres de estos tres personajes. En cuanto a la referencia del verdugo, a nadie le cogió de sorpresa, pues todos sabían que el Santo tenía amistad con los empleados de la cárcel y que precisamente el verdugo era un cristiano ejemplar, ejerciendo la caridad para con los pobres lo mejor que podía. Solía escribir las solicitudes que la gente del pueblo quería hace al Rey o a las autoridades y a la sazón le amargaba una pena muy honda, pues había tenido que retirar de las escuelas públicas a un hijo suyo, porque los compañeros huían de él por ser el hijo del verdugo.

En cuanto al Papa Beato Pio IX, nadie ignoraba ¡a correspondencia que San Juan Bosco mantenía con el Vicario de Cristo. Por tanto, lo que intrigaba a los oyentes era el hecho de que el siervo de Dios hubiese escrito al rey, tanto más que todos sabían lo que el santo pensaba sobre la usurpación de los bienes de la Iglesia. San Juan Bosco no tuvo a sus oyentes en vilo mucho tiempo y así les manifestó de inmediato cuanto había escrito al monarca aconsejándole que no permitiese la tramitación de tan infausta ley. Les narró, pues, el sueño que había tenido, terminando el relato con estas palabras:

—Este sueño me ha causado mucho malestar y me ha fatigado mucho,.

San Juan Bosco parecía muy preocupado en aquella ocasión, exclamando de vez en cuando:

¿Quién sabe?... ¿Quién sabe?... Recemos... recemos... Sorprendidos los clérigos, al oír el relato del sueño comenzaron a hacer cabalas y a preguntarse mutuamente si se sabía si en el palacio real había algún noble enfermo; todos concluyeron que nada se podía asegurar sobre el particular.

San Juan Bosco, entre tanto, llamando al clérigo Ángel Savio, le entregó una carta.

—Copíala —le dijo— y *anuncia al rey: ¡Gran funeral en la Corte!*

El clérigo Savio hizo lo que se le había indicado, pero el rey, según se supo después por los confidentes del Monarca, leyó el escrito con indiferencia y no hizo caso de lo que se le decía.

SEGUNDA PARTE

Habían pasado unos cinco días de este sueño y *San Juan Bosco volvió soñar la noche siguiente.*
****
Le pareció estar en su habitación sentado a su escritorio, escribiendo, cuando oyó el ruido de los cascos de un caballo en el patio.

De pronto ve que se abre la puerta y que aparece el pajecillo con su librea roja y que, yendo hasta el centro de la habitación, se detiene y grita:

—¡Anuncia!: No gran funeral en la Corte, sino ¡grandes funerales en la Corte!

Y repitió estas mismas palabras dos veces. Seguidamente se retiró apresuradamente, cerrando la puerta tras de sí. San Juan Bosco deseaba saber algo más, quería interrogarlo, pedirle alguna explicación, para lo cual se levantó de la mesa y corrió al balcón viendo al emisario subir al caballo. Lo llamó, le preguntó por qué había venido para repetirle el mismo anuncio, pero aquél sé alejó gritando:

—¡Grandes funerales en la Corte!
****
Al amanecer, el mismo San Juan Bosco dirigió al rey otra carta, en ¡a que le contaba este segundo sueño y concluía advirtiendo a su majestad que pensase en conducirse de manera de poder conjurar los graves castigos que se cernían sobre la Casa Real, pidiéndole al mismo tiempo se opusiese a la ley en cuestión.

Por la noche, después de la cena, encontrándose San Juan Bosco en medio de los clérigos, les dijo:

—¿No sabéis que tengo que deciros algo más extraño que lo del otro día?

Y seguidamente les contó cuanto había visto en sueños la noche

anterior. Entonces, los clérigos, sin poder disimular su extráñela, le preguntaron qué significarían aquellos anuncios de muerte. Es de suponer la ansiedad general a la espera de que se cumpliesen estos vaticinios.

San Juan Bosco manifestó claramente al clérigo Cagliero y a algunos otros, que se trataba de las amenazas y castigos con que el Señor daría a conocer su indignación contra aquellos que habían acarreado males a su Iglesia y que se estaban preparando otros mayores.

En aquellos días el siervo de Dios se mostraba apenadísimo, oyéndosele exclamar frecuentemente:

—Esta ley atraerá sobre la Casa reinante graves desgracias.

Todas estas cosas se las manifestaba a los suyos para inducirlos a rezar por el Rey, rogando a la misericordia divina impidiese la dispersión de tantos religiosos y la pérdida de tantas vocaciones.

Entretanto, el rey había confiado aquellas cartas al marqués Fassati, qué después de leerlas se personó en el Oratorio y dijo a Don Bosco;

—¡Oh! ¿Le parece esta una bonita manera de poner en vilo a toda la Corte? El rey está profundamente turbado e impresionado, pero, sobre todo, su indignación no tiene límites.

San Juan Bosco le replicó:

—¿Pero, si lo escrito en las cartas es cierto? Siento haber ocasionado este disgusto a mi soberano, pero, en resumidas cuentas, se trata de su bien y del bien de la Iglesia.

Los avisos dados por San Juan Bosco fueron desoídos. El 28 de noviembre de 1854, el ministro Urbano Raítazzi presentaba a los diputados un proyecto de ley para la supresión de las Órdenes religiosas. El ministro de Finanzas, Camilo Cavour, estaba dispuesto a que dicha ley se aprobara a todo trance. Estos señores se basaban en la idea de que fuera del cuerpo civil no hay ni puede darse sociedad a él superior y de él independiente. Que el Estado lo es todo y que, por tanto, ningún ente moral, ni siquiera la Iglesia Católica, puede existir sin el conocimiento y el consentimiento de la autoridad civil. Por eso, dicho poder, al no reconocer a la Iglesia Católica el derecho de

dominio sobre los bienes eclesiásticos y *sobre las corporaciones religiosas, defendía que éstas tenían que depender de la autoridad civil debiendo modificarse su forma de existencia o extinguirse por voluntad de la misma soberanía y, por ende, el Estado, heredero de toda personalidad civil que no tenga sucesión, se convertiría en el propietario único y absoluto de todos sus bienes.*

Error colosal, pues tales patrimonios, cuando una Congregación u Orden religiosa dejase de existir por cualquier motivo, no quedaban sin dueño, debiendo ser devueltos a la Iglesia de Jesucristo, representada por el Sumo Pontífice, aunque los adoradores del Estado se empeñasen en negarlo.

La noticia de la presentación de este proyecto de ley ocasionó un vivísimo dolor a los buenos católicos y a San Juan Bosco. El, para secundar la voluntad del cielo, había amonestado reiteradamente al soberano; proceder justo pero peligroso, cuyas consecuencias se podían prever. Otra persona, por serena y resuelta que fuese, en medio de tantas adversidades, habría vivido necesariamente en un continuo estado de inquietud.

San Juan Bosco, en cambio, permaneció siempre imperturbable, encontrando el vigor necesario en el Corazón Sacratísimo de Jesús Sacramentado y en el auxilio de su celestial Madre.

Mientras se discutía la inicua ley contra los bienes eclesiásticos, un doloroso acontecimiento vino a interrumpir la labor de los diputados.

El 5 de enero de 1855 la reina madre María Teresa enfermó de improviso y aunque toda la noche estuvo atormentada por una gran sed, no quiso beber para poder comulgar el día de la Epifanía; pero no pudo levantarse.

El rey Víctor Manuel escribía al general Alfonso La Marmora. «Mi madre y mi esposa no hacen más que repetirme que morirán de disgusto por mi culpa».

La augusta enferma moría el 12 de enero, poco después del mediodía, a la edad de cincuenta y cuatro años. La Cámara, para manifestar al rey su pesar, suspendió sus trabajos.

Gran desgracia fue para el Piamonte la pérdida de María Teresa, que repartía diariamente entre los necesitados limosnas sin cuenta. El luto fue

universal, como universales fueron las bendiciones que de todas partes se elevaron a su memoria.

Mientras se cerraba aquel féretro llegaba a manos del rey otra carta misteriosa que decía, sin nombrar a nadie: «Persona iluminada a lo alto ha dicho: si la ley prosigue adelante, nuevas desgracias acaecerán a tu familia. Esto no es más que el preludio de los males futuros. Erunt mala super mala in domo tua. Si no vuelves atrás, abrirás un abismo que no podrás salvar».

El soberano, después de leer esta carta quedó aterrado, y presa de la más viva inquietud no hallaba reposo en nada.

Los solemnes funerales por el alma de María Teresa se celebraron en la mañana del 16, el féretro fue transportado a Superga bajo una temperatura extrema que hizo enfermar a muchos soldados y también al conde de Sangicsto, escudero de la Reina. Aún no había regresado la Corte de rendir los últimos honores a la madre de Víctor Manuel, cuando la familia real fue llamada con urgencia para que asistiese al Viático de la nuera de la difunta. La reina María Adelaida, al sobrevenir la muerte de María Teresa estaba en el cuarto día del puerperio, habiendo dado felizmente a luz un niño. Ella, que tanto amaba a la reina madre, sintió un tan vivo dolor al enterarse de su muerte, que, atacada por una metro-gastroenteritis, se vio reducida a los extremos. A las tres de la tarde se le administró el Viático, que fue llevado de la Real Capilla de la Santa Sábana. Una multitud inmensa acudía a todos los templos para impetrar del cielo la salud de la soberana. Todo el Piamonte se asoció al dolor de la familia real cumpliéndose aquel dicho de «que en el Piamonte, las desventuras del rey son las desgracias del pueblo». Pero el día 20 le fue administrada la Extremaunción a la enferma, que entró en agonía, expirando a las seis de la tarde en el beso del Señor, a la temprana edad de treinta y tres años.

Y no terminó aquí el luto de la Casa de Saboya. La misma tarde le fue dado el Viático a S. A. R. Don Fernando, duque de Genova, enfermo desde hacía tiempo; era el duque de Genova el único hermano del rey Víctor Manuel. El soberano se sintió abrumado por este cúmulo de dolores.

El día 21, la Cámara de diputados se reunía a las tres de la tarde, y al comunicársele la noticia de la muerte de la reina, deliberó observar trece días de luto y la suspensión de las reuniones por espacio de diez.

Los funerales de María Adelaida se celebraron el 24 de enero, siendo conducido el féretro a Superga.

Los clérigos del Oratorio estaban aterrados al comprobar cómo se realizaban de una manera tan fulminante las profecías de San Juan Bosco, y la impresión era tanto mayor cuanto que formaban parte de cada uno de los cortejos fúnebres de las personas reales desaparecidas.

Circunstancia particular; el frío era tan intenso que el gran maestro de ceremonias de la Corte, al ser trasladado el féretro de la reina Adelaida, permitió al clero usar abrigos especiales y cubrirse la cabeza.

Para el Oratorio aquellos acontecimientos constituían una gran desgracia y los clérigos decían a San Juan Bosco:

—Ya se ha realizado su sueño. ¡En verdad que han sido grandes funerales, según anunciaba el pajecillo! No sabemos si la justicia divina estará ya satisfecha.

San Juan Bosco, en efecto, debía conocer mucho más de lo que había anunciado.

La condesa Felicita Crabosio-Anfossi —cuenta Don Lemoyne— nos mandó el siguiente testimonio por ella firmado: «Corría el año de 1854 y *rogué a [San] Juan Don Bosco que aceptase en el Oratorio a un hermano de leche de mi hijo, que había quedado huérfano de padres. [San] Juan Bosco lo aceptó con la condición de que, estando yo en la Corte como estaba, me presentase a las soberanas para obtener de su caridad dos mil francos que el siervo de Dios necesitaba para poder pagar una deuda urgente.*

Yo le prometí hacerlo, y en efecto, estaba resuelta a cumplir mi promesa; pero, después surgieron algunas dificultades que me hicieron diferir las visitas a las augustas señoras, las cuales, en aquel tiempo, se habían ausentado de Turín, viviendo en una finca del conde Cays de Giletta.

Habiendo ido yo también al campo, volví a ¡a ciudad ya muy avanzado el otoño y seguidamente fui a entrevistarme con [San] Juan Don Bosco, el cual me dijo inmediatamente:

—He aceptado a su protegido, pero usted no ha cumplido aún su

promesa; no habló a las soberanas de mi deuda con el panadero.

—Es cierto —repliqué un poco confusa—, pero tenga la seguridad de que apenas las augustas señoras estén de regreso en Turín, no dejaré de cumplir lo prometido.

Mientras yo hablaba, [San] Juan Don Bosco hacía con la cabeza un movimiento como indicando que no, y con una sonrisa un tanto triste, me dijo:

—¡Paciencia! Pueden suceder tantas cosas que, a lo mejor, a usted no le es posible hablar más con las soberanas.

—¿Por qué dice eso?

—Porque es así; usted no verá más a las reinas.

Quince días después, encontrándome en la casa de unos nobles, supe el regreso de las soberanas a Turín y que la reina María Teresa estaba tan enferma que le habían administrado los Santos Sacramentos. Pronto recibimos la noticia de su fallecimiento. Ocho días más tarde moría la joven reina María Adelaida, ambas lloradas y veneradas como dos soberanas santas.

Solamente entonces recordé las palabras de [San] Juan Bosco, no dudando de su espíritu verdaderamente profético.

LAS 22 LUNAS

SUEÑO 19.—AÑO DE 1854.

(M. B. Tomo V, págs. 377-378)

En marzo de 1854, día de fiesta, San Juan Bosco, después de la función de Vísperas, reunió a todos los alumnos internos en un local situado detrás de la sacristía y les anunció que les quería narrar un sueño. Estaban presentes, entre otros, el joven Cagliero, Turchi, Anfossi y los clérigos Reviglio y Buzzetti, de cuyos labios oímos la narración que seguidamente vamos a transcribir. Todos estaban persuadidos de que bajo el nombre de sueño, San Juan Bosco solía ocultar las manifestaciones y enseñanzas que recibía del cielo.

He aquí el texto del sueño:
****

Me encontraba en medio de vosotros en el patio y me alegraba en mi corazón al veros tan vivarachos, alegres y contentos. Quiénes saltaban, quiénes gritaban, otros corrían. De pronto veo que uno de vosotros salió por una puerta de la casa y comenzó a pasear entre los compañeros con una especie de chistera o turbante en la cabeza. Era el tal turbante transparente, estando iluminado por dentro, ostentando en el centro una hermosa luna en la que aparecía grabada la cifra 22. Yo, admirado, procuré inmediatamente acercarme al joven en cuestión para decirle que dejase aquel disfraz carnavalesco; pero he aquí que entre tanto el ambiente comenzó a oscurecerse y como a toque de campana el patio quedó desierto, yendo todos los jóvenes a reunirse en fila debajo de los pórticos. Todos reflejaban en sus rostros un gran temor y diez o doce tenían la cara cubierta de mortal palidez. Yo pasé por delante de todos para examinarlos y entre los tales descubrí al que llevaba la luna sobre la cabeza, el cual estaba más pálido que los demás; de sus hombros pendía un manto fúnebre. Me dirijo a él para preguntarle el significado de todo aquello, cuando una mano me detiene y veo a un desconocido de aspecto grave y noble continente, que me dice:

—Antes de acercarte a él, escúchame; todavía tiene 22 lunas de tiempo; antes de que hayan pasado, este joven morirá. No le pierdas de vista y prepáralo.

Yo quise pedir a aquel personaje alguna otra explicación sobre lo que me acababa de decir y sobre su repentina aparición, pero no logré verle más.

El joven en cuestión, mis queridos hijos, me es conocido y está en medio de vosotros.
****

Un vivo terror se apoderó de los oyentes, tanto más siendo la primera vez que San Juan Bosco anunciaba en público y con cierta solemnidad la muerte de uno de los de casa. El buen padre no pudo por menos de notarlo y prosiguió:

—Yo conozco al de las lunas, está en medio de vosotros. Pero no quiero que os asustéis. Como os he dicho, se trata de un sueño y sabéis que no siempre se debe prestar fe a los sueños. De todas maneras, sea como fuere, la cierto es que debemos estar siempre preparados como nos lo recomienda el

Divino Salvador en el Evangelio y no cometer pecados; entonces la muerte no nos causará espanto. Sed todos buenos, no ofendan al Señor y yo entretanto estaré alerta y no perderé de vista al del número 22, el de las 22 lunas o 22 meses, que eso quiere decir, y espero que tendrá una buena muerte.

Esta noticia, si bien asustó mucho al principio a los jóvenes, hizo inmediatamente un grandísimo bien entre ellos, pues todos procuraban mantenerse en gracia de Dios, con el pensamiento de la muerte, mientras contaban las lunas que se iban sucediendo.

San Juan Bosco, de vez en cuando, les preguntaba:
—¿Cuántas lunas faltan aún?

Y los jóvenes respondían:

—Veinte, dieciocho, quince, etc.

A veces, algunos que no perdían una sola de sus palabras, se le acercaban para decirle el número de lunas que habían pasado e intentaban hacer pronósticos, adivinar... pero Don Bosco guardaba silencio.

El joven Piano, que había entrado en el Oratorio en el mes de noviembre, oyó hablar de la luna novena y por los superiores y compañeros vino a saber la predicción de San Juan Bosco. Y también como los demás comenzó a prestar atención a ¡os acontecimientos.

Finalizó el año de 1854; pasaron algunos meses del 1855 y llegó el mes de octubre, esto es, el correspondiente a la luna vigésima. Cagliero, ya clérigo, había sido encargado de vigilar tres habitaciones situadas cerca de la Casa Pinardi, que servían de dormitorio a algunos jóvenes. Entre ellos había un tal Segundo Gurgo que contaba unos diecisiete años, bien desarrollado y robusto, prototipo del joven saludable, que ofrecía garantía por su aspecto de vivir larga vida hasta alcanzar una extrema vejez.

Su padre lo había recomendado a San Juan Bosco para que lo aceptase como pensionista. Pianista excelente y buen organista, estudiaba música desde la mañana hasta la noche y ganaba un buen dinero dando clases en Turín.

San Juan Bosco, a lo largo del año, había pedido de vez en cuando al

clérigo Cagliero informes sobre la conducta de sus asistidos con particular interés. En el mes de octubre ¡o llamó y le dijo:

—¿Dónde duermes?

—En la última habitación y desde ella asisto a las otras dos —replicó Cagliero—.

—¿Y no sería mejor que trasladaras tu cama a la habitación del centro?

—Como usted quiera; pero le hago saber que las otras dos habitaciones no tienen humedad, mientras que una de las paredes de la segunda corresponde al muro del campanario de la iglesia recientemente construido. Por tanto, hay en ella un poco de humedad: se acerca el invierno y podría acarrearme alguna enfermedad. Por otra parte, desde donde estoy instalado ahora, puedo asistir muy bien a todos ¡os jóvenes de mi dormitorio.

—En cuanto a asistirlos, sé que lo puedes hacer Bien; pero es mejor —replicó San Juan Bosco— que te traslades a la habitación del centro.

Cagliero obedeció, pero después de algún tiempo pidió permiso a San Juan Bosco para llevar su cama nuevamente a la primera habitación.

Don Bosco no se ¡o consintió.

—Continúa —le dijo— donde estás y está tranquilo porque tu salud no se resentirá lo más mínimo.

Cagliero se tranquilizó y algunos días después fue llamado nuevamente por Don Bosco.

—¿Cuántos son en tu nueva habitación?

—Tres —replicó—; yo, el joven Segundo Gurgo y Garovaglia, y el piano que hace el número cuatro.

—Bien —dijo Don Bosco— muy bien. Son tres pianistas y Gurgo les podrá dar lecciones de música. Tú procura no perderlo de vista.

Y no añadió nada más. El clérigo, acuciado por la curiosidad y sospechando algo, comenzó a hacerle algunas preguntas, pero San Juan Bosco le interrumpió diciéndole:

—El por qué de todo esto lo sabrás a su tiempo.

El secreto no era otro sino que en aquella habitación estaba el joven de las 22 ¡unas.

A principios de diciembre no había ningún enfermo en el Oratorio y San Juan Bosco, subiendo a su tribuna después de las oraciones de la noche, anunció que uno de los jóvenes presentes moriría antes de la fiesta de Navidad.

Ante esta nueva predicción y el próximo cumplimiento de las 22 lunas en la casa reinaba una gran preocupación; los jóvenes recordaban frecuentemente las palabras de San Juan Bosco y temían el cumplimiento de lo anunciado.

San Juan Bosco en aquellos días llamó nuevamente a Cagliero preguntándole si Gurgo se portaba bien y si después de dar las clases de música en ¡a ciudad, regresaba a casa temprano. Cagliero le respondió que todo procedía normalmente, no habiendo novedad alguna entre sus compañeros.

—Muy bien —añadió el Santo—, estoy contento; procura que todos observen buena conducta y avísame si sucediese cualquier inconveniente.

Y dicho esto no añadió más.

Mas he aquí que hacia la mitad de diciembre Gurgo se siente asaltado por un cólico violento y tan pernicioso que, habiendo ***sido*** *llamado el médico con toda urgencia, por consejo de este, se le administraron al paciente los últimos Sacramentos. Ocho días duró la penosa enfermedad y Gurgo fue mejorando gracias a los cuidados del doctor Debernardi, de forma que pronto pudo levantarse del lecho convaleciente. El mal había sido conjurado y el médico aseguraba que el joven se había librado de buena. Entre tanto se había avisado al padre del muchacho, pues no habiendo muerto hasta entonces nadie en el Oratorio, San Juan Bosco quería librar a sus jóvenes de tan desagradable espectáculo.*

La novena de Navidad había comenzado y Segundo Gurgo pensaba ir su pueblo natal para pasar las Pascuas con sus parientes', puesto que se encontraba casi restablecido de su dolencia. A pesar de ello, cuando se le daban buenas noticias a San Juan Bosco sobre este joven, parecía que el buen padre se resistía a creerlas.

Una vez se hubo personado en el Oratorio el señor Gurgo, al encontrar a su hijo en tan buen estado de salud, obtenido el permiso correspondiente, fue a reservar dos asientos en la diligencia para marchar con él al día siguiente a Novara y de aquí a Pettinengo, donde se repondría del todo, disfrutando de los aires nativos.

Era el domingo 23 de diciembre; Gurgo manifestó aquella tarde deseos de comer un poco de carne, alimento que le había sido prohibido por el médico. El padre por complacerlo fue a buscarla y le hizo cocer en una maquinilla de café. El joven se bebió el caldo y comió ¡a carne, que ciertamente debía estar medio cruda, en cantidad un poco excesiva. El padre se marchó y en la habitación quedaron Cagliero y el enfermo. Mas he aquí que, a cierta hora de la noche el paciente comienza a quejarse de fuertes dolores de vientre. El cólico se le había repetido de un modo más alarmante. Gurgo llamó por su nombre al asistente:

—¡Caghero, Cagliero!. ¡Ya terminé de darte las clases de piano!

—Ten paciencia, ¡ánimo!, —respondió Cagliero—.

—Ya no iré más a casa. Ruega por mí; no sabes lo mal que me siento. Pide por mí a la Santísima Virgen.

—Sí, lo haré; tú invócala también.

Seguidamente Cagliero comenzó a rezar por el enfermo, pero vencido por el sueño se quedó dormido. Mas he aquí que de pronto el enfermero lo zamarrea e indicando a Gurgo corre a llamar inmediatamente a Don Alasonatti, que dormía en la habitación contigua.

La desolación en la casa fue general. Cagliero se encontró a la mañana siguiente a San Juan Bosco que bajaba las escaleras para ir a celebrar; el buen padre estaba hondamente apenado porque ya le habían comunicado la

doloroso noticia.

En el Oratorio se comentó mucho esta muerte. Era la luna vigésima segunda aún no cumplida; y Gurgo, al morir el día 24 de diciembre antes de la aurora, había hecho que se cumpliese la segunda predicción de San Juan Bosco, a saber, que no habría asistido a la fiesta de Navidad.

Después de la comida, jóvenes y *clérigos rodearon silenciosos al Santo.*

De pronto el clérigo Turchi le preguntó si Gurgo era el de las lunas.

—Sí *—replicó San Juan Bosco— él era; e¡ mismo que vi en el sueño.*

Seguidamente añadió:

—Os daríais cuenta de que yo, hace tiempo, lo puse a dormir en una habitación especial, recomendando a uno de los mejores asistentes que llevase su cama a la misma habitación para que lo tuviese bajo su vigilancia, El asistente fue el clérigo Juan Cagliero.

Y volviéndose al aludido, le dijo:

—Otra vez no hagas tantas observaciones a lo que te diga Bosco. ¿Comprendes ahora por qué yo no quería que abandonases la habitación en que estaba aquel pobrecito? Tú me lo pediste insistentemente, pero yo no te atendía porque quería que Gurgo tuviese junto a sí a alguien que velase por él. --- Si él viviese aún, podría dar testimonio de las muchas veces que le hablé, como quien no quiere la cosa, de la muerte y de los cuidados que le prodigué para prepararlo a un feliz tránsito.

«Entonces —escribe Don Cagliero— comprendí el motivo de las especiales recomendaciones que me hizo [San] Juan Don Bosco y aprendí a conocer y apreciar mejor la importancia de sus palabras y de sus paternales avisos».

«La noche anterior a la fiesta de Navidad —narra Pedro Enría— aún me recuerdo que [San] Juan Don Bosco subió a la tribuna mirando a su alrededor como si buscase a alguien. Y dijo:

—Es el primer joven que muere en el Oratorio. Ha hecho las cosas bien

y esperamos que esté ya en el Paraíso. Os recomiendo a todos que estéis siempre preparados... Y no pudo proseguir porque su corazón estaba muy dolido. La muerte le había arrebatado un hijo».

Habiendo sido Gurgo el primer alumno que moría en la casa desde la fundación del Oratorio, San Juan Bosco quiso hacerle un funeral solemne, aun sin llegar al máximo esplendor. En esta ocasión *el siervo de Dios trató con el párroco de Borgo Dora sobre los derechos parroquiales, por si otros jóvenes eran llamados a la eternidad. El preveía con certeza que acaecerían otras defunciones, a las cuales aludía el sueño, aunque no consta que las anunciase a los alumnos.*

El párroco fue muy deferente con el Oratorio al establecer las condiciones para la conducción de nuestros difuntos, señalando el coste de las diferentes clases de funerales y concediendo grandes ventajas en los pagos, que eran sufragados, no por los padres de los fallecidos, sino por San Juan Bosco.

Entretanto, durante las fiestas navideñas, San Juan Bosco recomendaba insistentemente a los jóvenes internos y externos, que aplicasen por el alma del pobre Gurgo todas las comuniones que hiciesen.

LA RUEDA DE LA FORTUNA

SUEÑO 20.—AÑO DE 1856.

(M. B. Tomo V, págs. 456-457)

«Don Bosco—escribe [Beato] Miguel Rúa— estuvo dotado en alto grado del don de profecía. Las predicciones hechas por él sobre cosas futuras libres y contingentes que llegaron a realizarse, son tan variadas y numerosas que hacen suponer que el don profético fue en él una cosa habitual. Frecuentemente nos hablaba de sueños *relacionados con su Oratorio y con su Sociedad.*
Entre otros, recuerdo el siguiente:
****

Era por el año 1856.

Soñando —nos dijo— me pareció encontrarme en una plaza donde vi una gran rueda parecida a la llamada "rueda de la fortuna". Inmediatamente

comprendí que aquel artefacto representaba el Oratorio, El manubrio de dicha rueda lo manejaba un personaje que invitándome a que me acercase me dijo:

—¡Presta atención!

Y así diciendo hizo dar una vuelta a la rueda. Yo sentí un pequeño ruido que ciertamente no se dejó escuchar más allá del límite del lugar en que me encontraba de pié. El personaje me dijo:

—¿Has visto? ¿Has oído? /

—Sí, repliqué; he visto girar la rueda y he oído un pequeño ruido.

—¿Sabes qué significa una vuelta de la rueda?

—No.

—Significa diez años de existencia de tu Oratorio.

Y así repitió cuatro veces el movimiento del manubrio y la misma pregunta.

Pero a cada vuelta, el ruido aumentaba, de forma que al producirse por segunda vez creí que se habría oído en Turín y en todo el Piamonte:

A la tercera, en Italia; a la cuarta, en Europa, llegando a percibirse en todo el mundo a la quinta vuelta. Seguidamente el personaje añadió: —Esta será la suerte del Oratorio.

Considerando los diferentes estados de la Obra de San Juan Bosco —continúa [Beato] Miguel Rúa— la vio en el primer decenio limitada únicamente a la ciudad de Turín; en el segundo, extendida a las diversas provincias del Piamonte; en el tercero, se dilata su fama e influencia a las distintas regiones de Italia; en el cuarto, se extiende por diversas naciones de Europa y, finalmente, en el quinto, es conocida y requerida su implantación en todas las partes del mundo».

MAMA MARGARITA

SUEÑO 21 .—AÑO DE 1860.

(M. B. Tomo V, págs. 567-568)

Era el 25 de noviembre de 1856.

Aquella mañana los jóvenes del Oratorio, apenas levantados, se enteraron de la terrible noticia: ¡Mamá Margarita había muerto! Algunos no lo querían creer. ¡Era una desgracia que les tocaba tan de lleno! ¿Qué podrían hacer sin ella?

San Juan Bosco tenía los ojos enrojecidos. No parecía el mismo... ¡Cuánto debía haber llorado!

Un grupo de jovencitos se acercó al buen Padre. Necesitaba que lo animasen e intentaba animar a los demás. Muchos de aquellos muchachos lloraban. San Juan Bosco dijo algunas palabras de consuelo a los que le rodeaban:

—¡Hemos perdido a nuestra Madre! Pero estoy seguro de que ahora nos ayudará desde el Paraíso. ¡Era una santa! ¡Mi madre era una santa!

«San Juan Bosco —abrumado por el dolor— después de los funerales de su madre, se dirigió a su casa, siendo hospedado por su amigo el canónigo Rosaz, que le había brindado, en tan doloroso trance, el alivio de su compañía. Pero no se detuvo con él más que un día, y al regresar a Turín, continuó rezando fervorosamente y haciendo rezar mucho por el alma de su madre. De ella hablaba siempre con afecto filial, haciendo resaltar, tanto en público como en privado, sus raras virtudes. Dispuso que uno de sus sacerdotes recogiese los hechos edificantes de su vida y los publicase en su recuerdo, para edificación de todos.

En los últimos años de su vida, aun daba muestras el Santo de lo vivo que se conservaba en su corazón el amor hacia la madre, pues al evocarla lloraba de emoción y ¡os que le asistían de noche recordaban que en sus horas de somnolencia, con frecuencia se le oía llamar a la madre.

Varias veces la vio en sueños; sueños que quedaron profundamente grabados en su mente y que a veces nos solía narrar».
****

En el mes de agosto de 1860, le pareció encontrarla cerca del Santuario

de la Consolata, a lo largo de la cerca del Convento de Santa Ana, en la misma esquina de la calle, mientras él regresaba al Oratorio. Su aspecto era bellísimo.

—¿Cómo? ¿Vos aquí?, —le dijo San Juan Bosco—. Pero ¿no habéis muerto?

—He muerto, pero vivo —replicó Margarita—.

—¿Y es feliz?

—Felicísima.

San Juan Bosco, después de algunas otras cosas, le preguntó si había ido al Paraíso inmediatamente después de su muerte. Margarita respondió que no. Después quiso que le dijese si en el Paraíso estaban algunos jóvenes cuyos nombres le indicó, respondiendo Margarita afirmativamente.

—Y ahora dígame —continuó San Juan Bosco—, ¿qué es lo que goza en el Paraíso?

—Aunque te lo dijese no lo comprenderías.

—Déme al menos una prueba de su felicidad. Hágame siquiera saborear una gota de ella.

Entonces vio a su madre toda resplandeciente, adornada con una preciosa vestidura, con un aspecto de maravillosa majestad y seguida de un coro numeroso. Margarita comenzó a cantar. Su canto de amor de Dios, de una inefable dulzura, inundaba el corazón de dicha elevándolo suavemente a las alturas. Era una armonía expresada como por millares y millares de voces que hacían incontables modulaciones, desde las más graves y profundas, hasta las más altas y agudas, con una variedad de tonalidades y vibraciones, desde las más fuertes hasta las casi imperceptibles, combinadas con un arte y delicadeza tal que lograban formar un conjunto maravilloso.

San Juan Bosco, al percibir aquellas finísimas melodías, quedó tan embelesado que le pareció estar como fuera de sí, y ya no supo qué decir ni qué preguntar a su madre.

Cuando hubo terminado el canto, Margarita se volvió a su hijo

diciéndole:

—Te espero en el Paraíso, porque nosotros dos hemos de estar siempre juntos.

Proferidas éstas palabras, desapareció.

LOS PANES

SUEÑO 22.—AÑO 1857.
(M. B. Tomo V, págs. 723-724)

*He aquí —*escribe *Don Lemoyne— lo que nos contaron en cierta ocasión Don Domingo Bongiovanni, [Beato] Miguel Rúa y* Mons. *Cagliero.*

♦ «Un día [San] Juan Don Bosco dijo en público que nos había visto a todos nosotros comiendo, distribuidos en cuatro grupos distintos. Los jóvenes que integraban cada grupo tenían en la mano un pan de diferente calidad. Unos comían un panecillo reciente, fino, sabroso; otros, un pan ordinario; quienes un pan negro, de salvado, y, por último, los postreros un pan cubierto de moho y agusanado.

Los primeros eran los inocentes, los segundos los buenos; los del pan de salvado, los que se encontraban en desgracia de Dios, pero que no estaban habitualmente en pecado, y los del último círculo o grupo, los que, estancados en el mal, no hacían esfuerzo alguno para cambiar de vida».

♦

«[San] Juan Don Bosco, después de *explicar la causa y los efectos de tales alimentos, aseguró que recordaba perfectamente qué clase de pan comía cada uno de nosotros, añadiendo que* si *íbamos a preguntarle nos diría particularmente la forma en que nos vio. Muchos, en efecto, se presentaron a él y el Santo les fue manifestando el lugar que ocupaba en el sueño, dando tales observaciones y detalles sobre el estado de las conciencias de los demandantes, que todos quedaron persuadidos de que lo que [San] Juan Don Bosco había visto no era una ilusión, ni mucho menos una suposición temeraria, sino la mas completa realidad.*

Los secretos más ocultos, los pecados callados en la confesión, las intenciones menos rectas al obrar, las consecuencias de una conducta poco recatada; como las virtudes, el estado de gracia, la vocación, en suma, todo

cuanto se refería a cada una de las almas de sus jóvenes, quedaba manifiesto y profetizado. Los jóvenes al escucharle quedaban como fuera de sí por el estupor, y *después de sus entrevistas con el Santo, exclamaban como la Samaritana:* Dixit mihi omnia quaecumque feci. *Estas afirmaciones ¡as hemos oído repetir mil* y *mil veces durante años* y *años».*

Los jóvenes manifestaban a veces a algún compañero de mayor confianza el aviso o confidencia que San Juan Bosco les hacía-, pero el Santo jamás descubría estos secretos a los demás.

El sueño anteriormente expuesto, que se repitió varias veces en formas diversas, mientras le ocasionaba alguna pena al hacerle ver algún espectáculo desagradable, le ofrecía también la seguridad de que un gran número de sus jóvenes vivía habitualmente en gracia de Dios.

LA MARMOTITA

SUEÑO 23.—AÑO DE 1859.

(M. B. Tomo VI, pág. 301)

Por este tiempo solía San Juan Bosco dirigir todas las tardes unas palabras a la Comunidad, en forma de conferencia.

Un viejo amigo de aquellos tiempos —escribe Don Lemoyne— nos contaba lo siguiente:
****

«Una de las primeras palabras que oí a [San] Juan Don Bosco en 1859, fue sobre la frecuencia de los Santos Sacramentos. Los jóvenes recién-llegados de sus casas no se habituaban a ello. San Juan Bosco entonces les contó un sueño. Le pareció hallarse cerca de la puerta del Oratorio observando a los jóvenes a medida que entraban en él.

Veía el estado de alma en que cada uno se hallaba delante de Dios.

Cuando, he aquí que penetró en el patio un hombre con una cajita metiéndose entre los muchachos. Llegada la hora señalada para las confesiones, saco de la caja un marmotita haciéndola bailar. Los jóvenes, en vez de entrar en la iglesia, formaron un corro a su alrededor, riendo y aplaudiendo sus dicharachos, mientras el tal se iba retirando cada vez más de

la capilla.
****

San Juan Bosco describió en primer término, sin nombrar a nadie, el estado de la conciencia de algunos jóvenes; después puso de relieve los esfuerzos e insidias empleadas por el demonio para distraerlos y apartarlos de la confesión.

Hablando de aquel animalito, el siervo de Dios hizo reír mucho su auditorio, pero también le obligó a reflexionar seriamente sobre las cosas del alma. Tanto más que, después manifestaba privadamente a los que se lo pedían, lo que ellos creían que nadie sabía. Y todo cuanto [San] Juan Bosco decía y manifestaba era cierto».

Este sueño indujo a la mayor parte de los jóvenes a confesarse con frecuencia, llegando a ser las comuniones muy nemorosas.

EL GIGANTE FATAL

SUEÑO 24.—AÑO DE 1859.

(M. B. Tomo VI, pág. 300)

En aquellos días —asegura Don Ruffino-—, refiriéndose a las postrimerías del año anteriormente citado, [San] Juan Don Bosco parecía más preocupado que de costumbre.
****

Santo dijo a algunos de los suyos que había tenido un sueño en el cual había visto a un hombre de elevada estatura, el cual, dando vueltas por las calles de Turín, tocaba con dos de sus dedos el rostro de algunos de los transeúntes. Los así señalados se tornaban negros y caían muertos al suelo.
****

¿Se *trataba quizás de una epidemia moral?*

DOCUMENTOS COMPROMETEDORES

SUEÑO 25.—AÑO DE 1860.

(M. B. Tomo VI, págs. 546-547)

Habiendo escrito desde Lyón una carta a San Juan Bosco Mons. Fransoni, Arzobispo de Turín, dicha carta no llegó a su destino.

Poco tiempo después, le fue entregada al Santo una nota del mismo Arzobispo por mediación de un amigo, en la cual el prelado se lamentaba de que [San] Juan Don Bosco no le hubiese contestado, añadiendo que ya nada necesitaba sobre el favor solicitado, pues se había dirigido a otras personas para hacer llegar a su destino ciertas instrucciones.

Sólo algunos años después pudo conocer San Juan Bosco esta nueva prueba de confianza que le había dado su prelado.

Pero ¿cómo se había perdido aquella carta? La habían reconocido en el Correo, abriéndola y secuestrándola por orden ministerial.

San Juan Bosco, como no tenía idea de semejante carta, estaba tranquilo cuando tres días antes del registro dictado contra él, en la noche del miércoles al jueves, tuvo un sueño, que le fue de mucho provecho. He aquí cómo lo contó él mismo:

****

«Me pareció ver entrar en mi habitación una cuadrilla de salteadores que se adueñaron de mi persona y después de revisar todas mis cartas y papeles, registraron todos los armarios y revolvieron todos los escritos.

Entonces, uno de ellos, con aire bondadoso me dijo: —¿Por qué no quitó de en medio tal y tal escrito? ¿Le gustaría que se encontraran aquellas cartas del Arzobispo, que nos podrían proporcionar serios disgustos a usted y a él? ¿Y aquellas otras de Roma que ya casi olvidadas están aquí —e indicaba el sitio— y aquellas otras que están allá? Si las hubiera hecho desaparecer se habría librado de muchas molestias».

****

«Al hacerse de día —continuaba San Juan Bosco— como en plan de broma conté este sueño, que considero como un engendro de mi fantasía. Mas a pesar de ello, puse en orden algunas cosas y quité de en medio algunos escritos, cuya lectura me podía perjudicar.

Tales escritos eran algunas cartas confidenciales, que en realidad nada tenían que ver con la política ni con el gobierno. Pero los enemigos de la Iglesia podían considerar como delito toda instrucción recibida del Papa o del Arzobispo sobre el modo de conducirse de los sacerdotes en ciertas dudas de conciencia.

Por tanto, cuando comenzaron los registros yo había trasladado ya a otra parte todo cuanto hubiera podido dar el menor matiz de relaciones políticas a nuestros asuntos».

Esta es la causa de la desaparición de ciertas cartas autógrafas de los primeros tiempos del Oratorio —continúa Don Lemoyne—. Para este traslado de papeles [San] Juan Don Bosco hubo de servirse de los jóvenes de su mayor confianza, los cuales, en su precipitación, no habiendo entendido bien las órdenes recibidas, quemaron parte de los escritos, parte los escondieron y *otros ¡os entregaron a personas de confianza de Turín. Por eso, la mayor parte de los preciosos documentos que se refieren a las relaciones con la Sede Apostólica; algunas Cartas de Beato Pío Pp. IX; las copias de ¡as cartas de San Juan Bosco a Papa Beato Pio IX; la correspondencia del 1851 con e¡ Arzobispo de Turín; las relaciones epistolares con algunos hombres de Estado, especialmente con los ministros; las Memorias y apuntes sobre los sueños, que San Juan Bosco solía escribir y conservar para su consuelo; la narración de gracias concedidas por la Virgen, de hechos milagrosos y de acciones extraordinarias de los jóvenes, como también datos de pura curiosidad se perdieron para siempre.*

No hubo tiempo para hacer una juiciosa selección antes del traslado.

Varios de estos documentos más antiguos los conservaba consigo José Buzzetti y, sin pensar en nada más, los destruyó preocupado únicamente de la seguridad personal de [San] Juan Don Bosco.

Se llegó incluso a olvidar el lugar donde fueron escondidos muchos de estos papeles, y años después fueron encontrados bajo una viga de la Iglesia de San Francisco de Sales.

No debe maravillarnos este lamentable despilfarro, pues los hechos nos demuestran que tal celeridad en el obrar fue cosa obligada; y lo que más llamó la atención de [San] juan Don Bosco, fue que los allanadores buscaron y hurgaron especialmente, en aquellos sitios en los que antes habían estado dichas cartas; esto es, en los lugares indicados en el sueño.

LAS CATORCE MESAS

SUEÑO 26.—AÑO DE 1860.

(M. B. Tomo VI, págs. 708-709)

El 5 de agosto de 1860 se celebró en el Oratorio con toda solemnidad la festividad de Nuestra Señora de las Nieves.

San Juan Bosco cerró ¡a jornada narrando después de ¡as oraciones de la noche, el siguiente sueño:
****

«Se encontraban todos mis jóvenes en un lugar tan ameno como el más hermoso de los jardines, sentados ante unas mesas que ascendiendo desde la tierra en forma de gradas, se elevaban tanto que casi no se divisaban las últimas. Dichas mesas, largas y espaciosas, eran catorce, dispuestas en un amplio anfiteatro y divididas en tres órdenes, sostenido cada uno por una especie de muro en forma de terraplén.

En !a parte baja, alrededor de una mesa colocada en el suelo desnudo y desprovista de todo adorno y sin vajilla alguna, vi a cierto número de jóvenes. Estaban tristes; comían de mala gana y tenían delante de sí un pan semejante al de munición que le dan a los soldados, pero tan rancio y lleno de moho que daba asco. Este pan estaba en el centro de la mesa mezclado con suciedades e inmundicias. Aquellos pobrecitos estaban como los animales inmundos en las pocilgas. Yo les quise decir que arrojasen lejos aquel pan, pero me hube de contentar con preguntar por qué tenían ante sí tan nauseabundo alimento.

Me respondieron:

—Hemos de comer el pan que nosotros mismos nos hemos preparado, pues no tenemos otro.

Aquello representaba a los que están en pecado mortal.

Dicen los Proverbios en el Capítulo I: "Odiaron la disciplina y no abrazaron el temor de Dios y no prestaron atención a mis consejos, y se mofaron de todas mis correcciones. Comerán, por tanto, el fruto de sus obras y se saciarán de sus pensamientos".

Más a medida que las mesas subían, los jóvenes se mostraban más alegres y comían un pan de mejor calidad. Eran los comensales hermosísimos; dotados de una belleza cada vez más esplendorosa. Las riquísimas mesas a las cuales estaban sentados, estaban cubiertas de manteles raramente trabajados,

sobre los cuales brillaban candeleros, ánforas, tazas, floreros de un valor indescriptible, platos con viandas exquisitas, objetos de un precio inestimable. El número de estos jóvenes era crecidísimo.

Representaba aquello a los pecadores convertidos.

Finalmente, las últimas mesas colocadas en lo más alto, tenían un pan que no sabría describir. Parecía amarillo... rojo... y el mismo color del pan era el de los vestidos y el de la cara de los jóvenes que resplandecía circundada de una luz suavísima. Estos gozaban de una alegría extraordinaria y cada uno procuraba hacer partícipe de su gozo al compañero. Por su belleza, luminosidad y esplendor superaban en mucho a cuantos ocupaban puestos inferiores.

Esto representaba el estado de inocencia.

De los inocentes y de los convertidos afirma el Espíritu Santo en el Capítulo I de los Proverbios: "El que me escucha gozará de un sereno reposo, vivirá en la abundancia, libre del temor de los malos".

Pero lo más sorprendente es que reconocí a todos aquellos jóvenes, desde el primero al último, de forma que al ver ahora a cada uno de ellos me parece contemplarlo allá sentado en su sitio de la mesa que le correspondía. Mientras no podía ocultar mi maravilla ante tal espectáculo, imposible de comprender, vi a un hombre allá a lo lejos.

Corrí a hacerle algunas preguntas, pero tropecé con algo y me desperté, encontrándome en el lecho.
****

Vosotros me habéis pedido que les contara el sueño y *yo os he complacido, pero al mismo tiempo les recomiendo que no le hagan más caso que el que los sueños se merecen.*

Al día siguiente, San Juan Bosco indicó a cada uno el lugar que ocupaba en las mesas. Al hacerlo comenzaron a contar desde la más alta hasta llegar a la más baja.

Se le preguntó si uno podía subir de una mesa inferior a otra superior. Respondió que sí, menos a aquella que estaba por encima de todas, pues los que *descendían de ella no podían volver a ocupar más aquel lugar de*

privilegio. Era el puesto reservado a los que conservaban la inocencia bautismal. El número de los éstos era tan exiguo como grande el de los segundos y terceros.

Don Domingo Ruffino y Don Juan Turchi que estaban presentes y que oyeron el relato del sueño, nos legaron testimonio *del mismo y los nombres de algunos de los que estaban sentados en la primera mesa.*

Más que agradecidos, consignaremos algunos datos sobre los dos afortunados testigos y *coetáneos de San Juan Bosco, que nos legaron el texto del sueño que acabamos de relatar.*

Don Domingo Ruffino era natural de Giaveno y fue uno de los primeros profesos de la Sociedad de San Francisco de Sales, el 14 de mayo de 1862.

Según datos que nos ofrecen las Memorias Biográficas, Don Juan Turchi fue ordenado de sacerdote en 1861, cantando su primera Misa el 26 de mayo del mismo año.

SOBRE EL ESTADO DE LAS CONCIENCIAS

SUEÑO 27.—AÑO DE 1860.

(M. B. Tomo VI. pág?. 817-822)

Durante las noches correspondientes a las fechas comprendidas entre el 28 y el 30 de diciembre de 1860, San Juan Bosco tuvo tres sueños, como él los llama y que nosotros, por cuanto hemos visto, oído y comprobado, podemos calificar con toda seguridad, de auténticas visiones celestiales.

Se trata de un mismo sueño tres veces repetido, aunque acompañado de circunstancias diuersas.

He *aquí el resumen del mismo, tal como salió de labios del Santo en la noche postrera del año 1860, al relatarlo a todos los jóvenes reunidos para escuchar sus buenas noches.*

****

Me pareció estar durante tres noches en un campo, en Rivalta, en compañía de [San] José Don Cafasso, de Silvio Pellico y del Conde Cays.

La primera noche la pasamos discurriendo sobre ciertos puntos de re-

ligión relacionados con los tiempos actuales. La segunda la dedicamos a conferencias morales en las que proponíamos y resolvíamos diversos casos de conciencia, referentes principalmente a la dirección de la juventud.

Al comprobar que durante dos noches consecutivas había tenido el mismo sueño, determiné contarlo a mis queridos hijos si por acaso volvía a soñar lo mismo por tercera vez.

Y he aquí que en la noche del 30 al 31 de diciembre, me pareció estar nuevamente en el mismo lugar y en compañía de los mismos personajes.

Dejando aparte otra preocupación, me vino a la mente el pensamiento de que el día siguiente, último del año, tenía que dar el aguinaldo, o sea, los recuerdos a mis queridos hijos. Por eso, dirigiéndome a [San] José Don Cafasso, le dije-.

—Vos que sois mi gran amigo, déme el aguinaldo para mis hijos.

El me replicó:

—¡Oh!, despacio. Si quieres que te dé el aguinaldo para tus jóvenes, ve primero y diles que preparen y ajusten bien sus cuentas.

Nos encontrábamos a la sazón en una gran sala, en medio de la cual había una mesa. [San] José Don Cafasso, Silvio Pellico y el Conde Cays fueron a sentarse junto a ella. Yo, para obedecer al primero, salí de la habitación y fui a llamar a mis muchachos, que estaban fuera, haciendo cada uno una suma en un papel que tenían en la mano.

Los jóvenes comenzaron a entrar en la sala uno por uno, llevando consigo sus papeles en los que se veían muchas cantidades para sumar; y presentándose a los mencionados personajes, les enseñaban sus cuentas. Aquellos señores comprobaban el resultado, y si la suma era exacta y los números estaban claros, se los devolvían a cada uno. Pero si las cifras estaban emborronadas ni se dignaban mirarlas.

Los primeros representaban a aquellos que tienen sus cuentas ajustadas; los segundos, los de conciencia embrollada. Estos últimos eran bastante numerosos. Los que salían con sus cuentas aprobadas marchaban contentos de la sala y se dirigían al patio a jugar; los otros, en cambio, se iban tristes y

angustiados.

Una gran multitud de jóvenes esperaba a la puerta de aquel salón con el papel en la mano a que le llegase el turno.

Largo tiempo duró esta tarea, hasta que finalmente no se presentó nadie.

Parecía que habían desfilado por allí todos los jóvenes, cuando [San] Juan Don Bosco, al ver a algunos que estaban esperando y no se presentaban preguntó a [San] José Don Cafasso:

—¿Y éstos qué hacen?

—Estos, replicó [San] José Don Cafasso, no tienen ningún número escrito en el papel, por tanto no pueden hacer ninguna suma; pues aquí se trata de saber el total de lo que se posee, de lo que se ha hecho, por eso estos jóvenes deben ir primero a llenar el papel de números y que vengan después, que entonces podrán hacer la adición.

De esta manera terminó aquella gran revisión de cuentas.

Entonces salí de la sala con los tres personajes, dirigiéndonos al patio, donde vi un gran número de jóvenes: eran aquellos cuyos papeles estaban llenos de cifras colocadas en orden. Se entretenían en correr, saltar y jugar en medio de una alegría extraordinaria. Eran tan felices como otros tantos príncipes. No se pueden imaginar la alegría que yo experimentaba al verlos tan gozosos.

Pero había un cierto número de jóvenes que no participaban de los juegos de los demás sino que se distraían contemplando a sus compañeros. Entre ellos, había unos que tenían una venda en los ojos, otros una densa niebla, otros una nube oscura alrededor de la cabeza. Algunos echaban humo por la cabeza, otros tenían el corazón lleno de tierra, otros vacío de las cosas de Dios. Yo los vi y los conocí perfectamente; de forma que podría nombrarlos uno a uno desde el primero al último.

Entretanto me di cuenta de que en el patio faltaban muchos de mis muchachos y me dije para mí después de haber reflexionado un poco: ¿Dónde están aquellos que tenían el papel completamente en blanco?

Mirando hacia una y otra parte, al fin fijé la vista en un rincón del patio y ¡oh, terrible espectáculo! Vi a uno de los jóvenes tendido en el suelo y pálido como la muerte. Otros estaban sentados sobre un escaño bajo y sucio, otros echados sobre un jergón de paja, otros tirados sobre el desnudo suelo, otros recostados sobre las mismas piedras. Eran todos aquellos que no tenían sus cuentas ajustadas. Les aquejaba una grave enfermedad que les afectaba bien a los ojos, a la lengua, a los oídos; los órganos atacados aparecían roídos de gusanos. Había uno que tenía la lengua completamente podrida, otro con la boca llena de fango y otro de cuya garganta salía un hedor insoportable. Diversas eran las enfermedades de algunos infelices. Quién tenía el corazón carcomido, débil, corrompido; quién padecía una úlcera, quién otra; había uno en un completo estado de descomposición. Aquello parecía un verdadero hospital. En presencia de semejante espectáculo quedé completamente desconcertado, sin poder dar crédito a cuanto estaba viendo. Entonces exclamé:

—¡Oh! Pero ¿qué es esto?

Y acercándome a uno de aquellos desgraciados, le pregunté:

—Pero ¿no eres tú N. N.?

—Sí —me replicó— yo soy.

—¿Y cómo es que te encuentras en un tan deplorable estado?

—¿Qué quieres?, —me dijo—. Harina de mi costal. ¡Ya ves! Este es el fruto de mis desórdenes.

Me acerqué a otro y obtuve la misma respuesta. Tal espectáculo me producía en el corazón el efecto de una agudísima espina, cuyo dolor se me hizo más tolerable al contemplar lo que seguidamente les voy a contar.

Con el corazón lleno de dolor me dirigí a [San] José Don Cafasso y le pregunté en tono de súplica:

—¿Qué remedio debo emplear para curar a estos mis pobres hijos?

—Usted sabe como yo lo que se debe hacer —me replicó [San] José Don Cafasso—. No necesita que se lo diga. Medite un poco. Ingeníese.

Después me hizo señal de que le siguiese y acercándose al palacio del cual habíamos salido, abrió una puerta. He aquí que entonces me encontré en un magnífico salón, adornado de oro, de plata y de toda suerte de filigranas; iluminado por millares de lámparas cada una de las cuales despedía una luz tal que mi vista no podía resistir su resplandor.

Tanto la anchura como la longitud de aquel local eran, considerables. En medio de aquel salón, verdaderamente regio, había una amplia mesa colmada de confituras de todas las especies.

Había almendras recubiertas de azúcar de un tamaño extraordinario; bizcochos descomunales, de manera que uno solo habría sido suficiente para saciar a un joven. Al ver esto intenté salir precipitadamente para llamar a mis jóvenes e invitarles a que viniesen a ver aquella mesa, y para que contemplasen el magnífico espectáculo que ofrecía aquel salón. Pero [San] José Don Cafasso me detuvo inmediatamente exclamando:

—¡Despacio! No todos pueden comer de estos bizcochos y de estas almendras. Llamad solamente a los que tienen sus cuentas en orden.

Así lo hice y en un instante la sala se vio llena de muchachos.

Entonces me dispuse a partir y distribuir aquellos bizcochos y aquellas pastas y almendras artísticamente confeccionados. Pero [San] José Don Cafasso se opuso diciendo:

—¡Calma, calma! No todos los que están aquí son dignos de gustar estos confites; no todos pueden participar de ellos. Y me indicó quiénes eran los indignos.

Entre éstos nombró en primer lugar a los que estaban cubiertos de llagas, los cuales no se encontraban en la sala con los demás porque no tenían sus cuentas ajustadas. Después me indicó los que, a pesar de tener sus cuentas en orden, tenían una niebla delante de los ojos, o el corazón lleno de tierra o vacío de las cosas del cielo.

Yo le dije inmediatamente con aire de súplica:

—Dejad que dé un poco a estos últimos; también son hijos míos muy queridos, tanto más que hay mucha abundancia de confites y no hay peligro

alguno de que lleguen a faltar.

—No, no —continuó diciendo—, sólo los que tienen la boca sana pueden gustarlos; los demás, no; no están en condiciones de saborear tales dulzuras; pues como tienen la boca enferma y llena de amargura, las cosas dulces les producirían repugnancia y, por tanto, no las pueden comer.

Me resigné a hacer lo que me decía y seguidamente comencé a distribuir los dulces sólo entre aquellos que me habían sido indicados. Una vez que hube repartido entre ellos bizcochos y almendrados en abundancia, comencé nuevamente la distribución, dando a cada uno una buena cantidad. Os aseguro que sentía gran complacencia al ver a mis jóvenes comer con tanto gusto aquellas golosinas. En el rostro de cada uno se reflejaba una gran alegría; no parecían los muchachos del Oratorio; tan transfigurados estaban.

Los que permaneciendo en la sala se habían quedado sin dulces, estaban en un rincón de la misma, tristes y disgustados. Lleno de compasión hacia ellos, me dirigí nuevamente a [San] José Don Cafasso y le rogué con insistencia me permitiese distribuir también algunos dulces entre éstos, para que los pudiesen probar.

—No, no —replicó Don Cafasso—, éstos no pueden comerlos. Haced primero que sanen de sus dolencias y los podrán saborear también ellos.

Yo miraba a aquellos pobrecillos. También observaba a los muchos que habían quedado fuera llenos de melancolía y a los cuales no se les había dado nada. Los reconocí a todos y para mayor tormento mío me di cuenta de que algunos tenían el corazón carcomido.

Continué, pues, diciendo a [San] José Don Cafasso:

—Dígame, ¿qué remedio debo emplear; qué debo hacer para curar a estos mis hijitos?

Nuevamente me replicó:

—¡Reflexione, ingeníeselas; Vos sabéis lo que tenéis que hacer!

Entonces le pedí que me diese el aguinaldo prometido para mis jóvenes.

—¡Bien —replicó—, se lo daré!

Y adoptando la actitud de una persona que se dispone a partir, dijo tres veces en tono cada vez más elevado:

—¡Estén atentos, estén atentos, estén atentos!
Y diciendo esto desapareció con sus compañeros y se desvaneció el sueño.
****

Sí en todo esto hay algo que pueda ser útil a nuestras almas —continuó [San] Juan Don Bosco—, aprovechémoslo. No me agradaría con todo, que alguno contara algo fuera de casa. Yo se los he referido a Vosotros porque son mis hijos, pero no quiero que Vosotros lo deis a conocer a los demás. Entretanto os puedo asegurar que os tengo todavía presente a cada uno de Vosotros tal como os vi en el sueño; sabría decir quién estaba enfermo, quién no; quién comía, quién no. Ahora no quiero ponerme a manifestar aquí en público el estado de cada uno, sino que lo diré en particular a quien así lo desee.

El aguinaldo que les doy en general a todos los del Oratorio, es el siguiente: Frecuente y sincera confesión; frecuente y devota Comunión.

Permítasenos —escribe Don Lemoyne— hacer tres reflexiones sobre este sueño.

La primera empleando palabras de Don Ruffino: "[San] Juan Don Bosco —dice— cuenta solamente el resumen de sus sueños, lo que se refiere e interesa a los jóvenes, si hubiese querido narrar el sueño completo en cada circunstancia, habría necesitado de un grueso volumen. Todas las veces que se le preguntó prudentemente sobre alguno de sus sueños o visiones se obtuvieron numerosísimas ideas nuevas y *nuevos detalles que duplicaban o triplicaban la materia. E incluso, cuando no era interrogado, en ciertas ocasiones dejaba escapar palabras que indicaban sus conocimientos sobre muchos acontecimientos futuros, de una manera confusa, sin saber dar más explicaciones sobre los mismos».*
Estas palabras fueron escritas por Don Ruffino en fecha de 30 de enero de 1861 y *de ellas se infiere que anteriormente [San] Juan Don Bosco había narrado otros muchos sueños, cuyos textos originales se perdieron, o, al menos, que los que hemos esbozado en los volúmenes precedentes, fueron por él desarrollados con mucha amplitud y abundancia de pensamientos y*

amonestaciones. Por lo demás, hemos de hacer nuestras estas afirmaciones, pues nosotros mismos, más de cien veces al escuchar estos relatos de labios de [San] Juan Don Bosco, llegamos a las mismas conclusiones.

La segunda sugerencia es de [Beato] Miguel Don Rúa y se refiere a la realidad de los conocimientos que [San] Juan Don Bosco adquiría durante tales sueños, sobre el estado de las conciencias de sus jóvenes.

«Tal vez alguno —escribe— podría suponer que [San] Juan Don Bosco, al poner de manifiesto la conducta de los jóvenes y otras cosas ocultas, pudiese servirse de revelaciones hechas por los mismos jóvenes o por los asistentes. Yo, en cambio, puedo asegurar con toda certeza que jamás, en los muchos años que viví a su lado, que ni yo, ni ninguno de mis compañeros pudimos darnos cuenta de tal cosa. Por otra parte, siendo nosotros entonces jóvenes y estando en medio de los jóvenes, al cabo de breve tiempo podríamos haber descubierto con mucha facilidad que el [Santo] hacía uso de confidencias hechas por alguno de la casa, ya que los muchachos difícilmente saben guardar un secreto.

Era tan común entre nosotros la persuasión de que [San] Juan Don Bosco nos leía los pecados en la frente, que cuando alguno cometía una falta procuraba evitar el encuentro con él, hasta después de haberse confesado; y esto sucedía mucho más frecuentemente después de la narración de un sueño. Tal persuasión nacía en los alumnos del hecho que yéndose a confesar con él, aunque se tratase de jóvenes que le eran desconocidos, encontraba en ellos y ponía de manifiesto culpas en las que no habían reparado o que pretendían ocultar.

Finalmente haré observar que además del estado de las conciencias, [San] Juan Don Bosco anunciaba en los sueños cosas que era imposible conocer naturalmente con sólo los medios humanos; por ejemplo, la predicción de algunas muertes y otros hechos futuros. Por mi parte, a medida que avanzaba en edad, al considerar estos hechos y *revelaciones de [san] Juan Don Bosco, tanto más me convencía de que estuvo dotado por el Señor del espíritu de profecía.*

La tercera reflexión es la nuestra —dice Don Lemoyne— y es *que de este sueño se deduce que [San] José Don Cafasso hacía el papel de juez de todo lo referente a la religión y a la moralidad; Silvio Pellico dictaminaba sobre la diligencia en el cumplimiento de los deberes escolásticos y*

profesionales, y *el Conde Cays, sobre obediencia y disciplina.*

En los dulces nos parece descubrir el alimento de aquellos que comienzan a andar por los caminos del Señor, y en la pasta de almendras a los que están ya en vía de mayor perfección. De unos y de otros se podría decir con el Salmista: "Los alimentó con el mejor de los trigos y los sació con la miel que salía de la piedra".

El sueño que acabamos de ofrecer a los lectores está tomado de la Crónica de Don Ruffino y de las Memorias personales de Don Bonetti.

Causa verdadero estupor —continúa Don Lemoyne— el comprobar los efectos producidos en los alumnos de [San] Juan Don Bosco durante meses y meses, por el sueño que acabamos de transcribir».

Don Ruffino y Don Bonetti conservaron recuerdo de ello en sus respectivas Memorias, las cuales se complementan recíprocamente. Su lectura refleja lo que sucedió entonces en el Oratorio en el terreno espiritual; las luchas continuas mantenidas entre la virtud y *el vicio, entre el espíritu de Dios y el espíritu de las tinieblas; el sucederse alterno en el campo de ¡as almas, de ¡as victorias* y *de ¡as derrotas, de las caídas y del resurgir de las mismas; de la labor de un sacerdote dotado de un celo ardiente y que sostenido por uña luz especial y por una energía divina, en medio de aquellas formidables y misteriosas batallas, infunde valor y fuerza a quienes luchan varonilmente, socorre a los vencidos y aleja al enemigo obstinado.*

He aquí ¡o que nos dice la Crónica de Bonetti en fecha de 1 de enero de 1861.

«[San] Juan Don Bosco no podía quitarse a los jóvenes de encima. El uno quería que le dijese si se encontraba entre los enfermos; el otro, si le había visto con el corazón lleno de tierra; un tercero, si sus cuentas estaban en regla o si se encontraba en el número de aquellos que comían ¡os bizcochos y las pastas de almendra. El, cual padre amoroso, deseoso de complacer a todos, pasó casi todo el día atendiendo a los que, uno tras otro, fueron a preguntarle confidencialmente el estado de la propia alma. Y el [Santo] les indicaba el lugar que ocupaban en e¡ sueño dándoles un aguinaldo particular. El que dio al clérigo Juan Bonetti, fue el siguiente: "Quaere animas, et dabis animan tuam Domino" *¡Cuánto bien produjera este sueño entre los jóvenes no se puede calcular! Baste saber que incluso aquellos que, hasta entonces, no habían cambiado de manera de pensar, ni se habían*

dejado influenciar por los buenos ejemplos de los compañeros, ni por los saludables avisos y consejos de los superiores, ni por varias tandas de ejercicios espirituales, al oír este sueño no pudieron resistir más, y todos fueron con empeño a hacer su confesión general con el mismo [San] Juan Don Bosco, el cual sentía su corazón inundado de alegría a¡ comprobar cómo el Señor favorecía de aquella manera a sus queridos hijos.

En esta ocasión, llevado del deseo de que todos los jovencitos se aprovechasen de aquel favor del cielo, nos dijo tales cosas, que no nos quedó lugar a duda de que aquel sueño misterioso era uno de los que el Señor suele infundir de vez en cuando a ¡as almas elegidas».

Y continúa ¡a Crónica de Don Bonetti en ¡a fecha del 10 de enero.

«En el día de hoy un nuevo acontecimiento ha venido a afirmar a los jóvenes en su creencia de que con aquel sueño misterioso, el Señor quiso revelar a [San] Juan Don Bosco el estado de las conciencias de sus hijos.

He aquí una prueba contundente de ello: "Un joven había callado varias veces un pecado en la confesión. En estos días de salud, atormentado por el pensamiento del estado lamentable de su alma, determinó hacer una confesión general, y para ello se presentó a Don Picco el cual, precisamente en aquellos días comenzaba a acudir al Oratorio para ayudar a [San] Juan Don Bosco en las confesiones de los jóvenes. E¡ muchacho en cuestión hizo una confesión de toda su vida pasada, pero al llegar a aquel pecado que había callado ya varias veces, no se atrevió a confesarlo y lo calló nuevamente. Esta mañana, al bajar [San] Juan Don Bosco de su habitación para ir a la sacristía, se encontró en la escalera al pobre joven y le dijo:

—¿Cuándo vendrás a hacer tu confesión general?

—Ya la he hecho —le respondió—.

—¡No me digas!, —replicó [San] Juan Don Bosco—.

—Sí, *la hice anteayer con Don Picco.*

—No, no has hecho tu confesión general. Y si no dime: ¿Por qué has callado tal pecado?

Al oír estas palabras, el jovencito bajó la cabeza y se le llenaron ¡os ojos de lágrimas; después comenzó a llorar desconsoladamente y habiendo bajado a la sacristía hizo su confesión de la manera más consoladora».

El Clérigo Juan Cagliero, que había estado presente cuando [San] Juan Don Bosco relataba el sueño y era amigo de todos los alumnos, habló con este alumno, el cual, aunque de mala gana, le contó cuanto [San] Juan Don Bosco le había dicho.

El [Santo] jamás revelaba a nadie más que al interesado cuanto sabía o conocía por medio de los sueños; pero de las mutuas confidencias que se hacían los jóvenes que habían sido objeto de su exquisita caridad, se ponía siempre en claro que Dios hablaba por su boca.

En la crónica de Don Ruffino correspondiente al 11 de enero se lee:

«Muchos jóvenes están preocupados; bastantes se preparan para hacer una confesión general. Muchísimos desean hablar con [San] Juan Don Bosco, el cual comunica a cada uno de ellos cosas importantísimas relacionadas con lo más íntimo de sus conciencias. A algunos, yo mismo los he visto llorar, como si se les hubiese comunicado una gran desgracia. Otros están contentos porque han podido oír una palabra de seguridad sobre su estado.

Un clérigo, al cual conozco muy bien, le pidió le dijese algo sobre el estado de conciencia en que se encontraba y [San] Juan Don Bosco se lo expuso así:

—No te desanimes, procura apartar tu corazón de las cosas del mundo. Abre bien los ojos *para alejar las tinieblas de tu mente y para conocer la verdadera piedad que se opone a la propia gloria. Procura con la medicina de la Confesión remover todo obstáculo que pudiera hacerlo enfermar. Reaviva tu fe, la cual te hará conocer y amar la vida de piedad. Aquí tienes descrito tu estado.*

En el Oratorio se siente un gran bienestar. [San] Juan Don Bosco dijo en medio de un gran corro de muchachos en tiempo de recreo:

—Hay jóvenes en la casa que aventajan en piedad a [Santo] Domingo Savio. Uno especialmente, poco conocido, me supo decir después de la Misa, los pensamientos y distracciones que yo tuve durante la misma».

Las crónicas de Bonetti y Ruffino, en fecha 13 de enero continúan:

Un buen número de artesanos, especialmente los encuadernadores, han ido a hacer su confesión general, sin que nadie les incite a ello.

Un alumno, habiéndose encontrado con [San] Juan Don Bosco en el patio, le preguntó:

—Dígame, ¿cómo es que habiéndose confesado casi todos el día de Navidad vio usted a tantos en el sueño en tan deplorable estado?

—Me has preguntado una cosa —replicó el [Santo]— que no te puedo aclarar; yo lo sé, pero, aunque no estoy obligado a secreto, en público no la diré nunca; hay con todo muchas otras que no puedo decirlas ni en privado.

Ese mismo día dijo [San] Juan Don Bosco después de las oraciones:

—Al punto a que han llegado las cosas, me veo obligado a hablar y a descorrer el velo de este sueño. Les dije que ¡o tuve durante tres noches consecutivas. La primera vez en la noche del 28 de diciembre, repitiéndose en las fechas del 29 y del 30. En la primera noche se trataron puntos y cuestiones de teología referentes al tiempo presente, o sea, cosas de actualidad y les aseguro que recibí muchas ilustraciones del cielo.

La segunda noche hablamos sobre diversos temas de moral, también relacionados con casos de conciencia referentes a jóvenes del Oratorio.

La tercera noche se trataron casos prácticos, por los cuales conocí el estado moral de cada joven en particular.

El primer día no quise hacer caso del sueño porque el Señor nos lo prohíbe en la Sagrada Escritura. Pero en estos días pasados, después de haber hecho algunas experiencias, tras haber hablado con varios jóvenes en particular y de haberles expuesto las cosas tal y como las vi, y de que ellos me asegurasen que todo era como yo les decía, ya no pude seguir dudando, llegando a la convicción de que se trataba de una gracia extraordinaria que el Señor concede a todos los hijos del Oratorio.

Por eso me encuentro en la obligación de decirles que el Señor los

llama y les hace sentir su voz y ¡ay de aquellos que cierren sus oídos a sus reclamos!

[San] José Don Cafasso, pues, hizo entrar a todos en una sala y a todos proporcionó un pliego. Algunos tenían sus cuentas ajustadas por completo. Otros nada más que los números, pero les faltaba por hacer la suma.

*—¿Y todos aceptaron el pliego que se les ofrecía?, —preguntó el mismo [San] Juan Don Bosco—. No —*se *respondió a sí mismo— porque muchos se habían quedado fuera, recostados en las yacijas de paja, otros sentados en los escaños; otros tendidos por el suelo o echados sobre el fango: algunos estaban tan cubiertos de heridas y de llagas que causaban repugnancia.*

Los que recibieron el papel de manos de [San] José Don Cafasso con las cuentas aprobadas, salieron a hacer recreo, pero no todos jugaban, pues muchos de ellos tenían los ojos rodeados de una niebla que les impedía ver claro; otros los tenían vendados, no faltando quienes mostraban el corazón carcomido.

Los que tenían sus cuentas ajustadas representan a los de conciencia recta.

Los que tenían el papel con los números escritos, pero sin la suma hecha, con los que tienen la conciencia en regla, pero les falta la adición de la última confesión.

Los que tenían los ojos circundados de niebla o vendados, son los que se dejan dominar por el espíritu de soberbia y por el amor propio. Los que estaban tirados por los suelos podría nombrarlos uno a uno y decirles por qué se encontraban sobre las yacijas de paja, *sentados en los escaños o en el mismo suelo. Vi también el interior de los corazones. Muchos los tenían llenos de cosas bellas: de rosas, de azucenas, de fragantísimas violetas. Estas flores simbolizan ¡as distintas virtudes. ¡Otros en cambio!... El corazón carcomido representa a ¡os que alimentan odios, rencores, envidias, antipatías, etc., etc.*

Algunos tenían el corazón lleno de víboras, símbolo de los pecados mortales; otros lleno de tierra, representación del apego a las cosas del mundo y a los placeres sensuales.
Bastantes eran también los de corazón vacío, o sea los que a pesar de estar en

gracia de Dios y alejados de ¡as cosas del mundo y de ¡os placeres sensuales, al mismo tiempo no procuran llenar e¡ corazón con la piedad y con el santo temor de Dios. Estos tales viven a la buena y si no caen en el primer lazo que les tiende el demonio no tardarán mucho en malearse.

Por tanto, todos aquellos que no tienen aún en orden las cosas de su alma, ¡ah!, que no aguarden más tiempo a ajustarías. Que vengan a mí y me prometan responder sinceramente a cuanto les pregunte y si no se sienten con ánimo para hablar, hablaré yo por ellos. Por fortuna me encuentro en condiciones de poder decir a cada uno su pasado, su presente y algo del futuro.

Les estoy diciendo cosas que no debiera decir. ¡Ah, queridos jóvenes! Hay un pensamiento que me llena de horror. Les aseguro que jamás habría creído que hubiese en nuestra casa un tan crecido número de jóvenes con ¡as conciencias tan desordenadas, tan desarregladas. ¡Jamás lo hubiera creído!

¡Cuántos con el cuerpo cubierto de llagas y tendidos por los suelos! Créanme que pasé noches y días terribles.

Una palabra de pláceme a aquellos que han pensado ya en arreglar su conciencia; pero, aun hay muchos que no se han determinado a hacerlo.

Al decir esto, se notaba en su voz la emoción que le embargaba y gruesas lágrimas rodaban de sus ojos. No pocos de los jóvenes lloraban también. Las palabras del [Santo] consiguieron el efecto deseado.

En su crónica del 15 de enero, Don Ruffino dejó consignado:

«Los artesanos continúan haciendo su confesión general.

Hoy, algunos hicieron a [San] Juan Don Bosco la siguiente pregunta:

—¿Cómo es que habiendo tenido este sueño en vísperas de la fiesta de Navidad, tardó tanto en contarlo en público?

—Repetiré lo que les dije en otra ocasión —replicó [San] Juan Don Bosco—.

Después de tener este sueño, no quise por una parte dar importancia a

cuanto en él había visto, pero por otra me parecía que la tenía, por eso hube de reflexionar durante algunos días sobre la conducta que debía seguir. Después llamé a un joven de los que había visto en el mismo horriblemente cubierto de llagas y le dije:

—Tú te encuentras en tal estado de conciencia. Lo deducía del estado en que lo había visto.

—El tal me respondió que, efectivamente, era así como yo decía. Llamé a otro y me dio la misma respuesta; coincidiendo su contestación con lo que yo había observado. Vi que también se cumplía en un tercero cuanto yo había visto. Entonces no me cupo ya la menor duda. En aquel sueño se me había manifestado el estado de las conciencias de todos los jóvenes; el estado presente y hasta e¡ futuro de muchos de ellos.

[San] Juan Don Bosco aseguró también a algunos de sus íntimos:

—Adquirí mayores conocimientos teológicos en aquellas tres noches, que durante todo el tiempo de estudio en el Seminario».

Don Ruffino prosigue en su crónica correspondiente al 16 de enero:

«Hablando [san] Juan Don Bosco con algunos después de la comida, les decía:

—Cuando se trata de la ofensa de Dios, no hay que tener nada en consideración con tal de que se llegue a impedirla.
[Beato] Miguel Don Rúa entonces le preguntó:

—¿Lo que nos ha contado es sueño o realidad?

—Ni yo mismo lo sabría precisar —replicó el Santo— . Lo cierto es que cuando hubo terminado, me encontraba sentado en la cama y por cierto que sentía mucho frío.

Y al decir esto, sonreía.

Que cuanto [San] Juan Don Bosco contaba no eran simples sueños, lo demuestran los efectos de sus relatos.

Cuando Francisco Dalmazzo llegó al Oratorio, Don Bosco le preguntó:

¿Qué quieres ser cuando hayas terminado aquí tus estudios?

—Farmacéutico o algo parecido —respondió el jovencito—

—¿No te agradaría ser sacerdote?

—No, no.

—Con todo, quiero hacerte sacerdote.

Dalmazzo miró a [San] Juan Don Bosco sonriendo y replicó:

—¡Oh! No lo conseguirá.

Han pasado ya tres largos meses del curso y Dalmazzo es uno de los más aficionados a [San] Juan Don Bosco, al que dice ya reiteradamente:

—Si a Vos le place, me haré sacerdote».

Continúa la crónica de Don Ruffino en fecha del 26 de enero:

«Parece ser que [San] Juan Don Bosco vio en sueños a otros jóvenes que ahora no están en el Oratorio.

Como le rodeasen algunos de sus confidentes, recordando el [Santo] a ciertos jóvenes que habían estado en el Oratorio y que al presente llevaban mala vida, exclamó:

—¡Oh, si les pudiese hablar! Yo creo que al ver sus faltas puestas al descubierto se enmendarían. Por ejemplo, a Ard... jamás lo he conocido y, sin embargo, le podría decir el estado de su conciencia.

Dicho esto, guardó silencio y después de permanecer algún tiempo pensativo, continuó:

—Sí por la noche pudiese ver como por la mañana, confesaría a un triple número de jóvenes. Por la mañana, mientras confieso a uno, tengo a muchos delante de mi aguardando turno. A todos los tengo confesados,

aunque no me hayan hablado.

A este conocimiento sobre el estado de las conciencias, se añadía la bondad con que acogía a los penitentes.

En cierta ocasión fue a confesarse con él cierto joven. Una vez terminada la confesión, el penitente le dijo: \
—Tendría todavía una cosa que decirle.

—¿Qué? ¡Habla!

—Desearía que me permitiera besarle los pies.

—No hace falta. Bésame solamente la mano según se acostumbra al sacerdote.

El joven comenzó a llorar copiosamente añadiendo:

—¡Feliz de mi si en el pasado hubiese abierto los ojos como al presente! Vos me habeis hecho ver claro esta noche.

Y se marchó sollozando. Cuando se serenó volvió para tratar con [San] Juan Don Bosco sobre las cosas de su alma».

MORTAL AMENAZA

SUEÑO 28.—AÑO DE 1860.

(M. B. Tomo VI, pág. 828)

Las crónicas de Ruffino y de Bonetti, en la fecha correspondiente al 12 de enero de 1860, dicen: «Esta mañana [San] Juan Don Bosco llamó a un joven a su habitación y le dijo:
****

Esta noche pasada vi a la Muerte que te amenazaba. Cuando estuvo a tu lado la observé en actitud de descargar un golpe terrible sobre ti con su tremenda guadaña. Al ver esto, corrí inmediatamente a detener su brazo; pero ella, dirigiéndose a mí, me dijo:
—Déjame. Este no es digno de vivir. ¿Por qué se ha de tolerar que siga en el mundo quien no corresponde a tus cuidados y abusa de tal forma de las

gracias del Señor?

Mas yo insistí para que te perdonara y al fin te dejó».
****

Aquel pobrecito, al oír el relato de este sueño, quedó tan preocupado y conmovido que, entre lágrimas y sollozos, hizo su confesión y formuló numerosos propósitos.

[San] Juan Don Bosco contó aquella misma noche el sueño y todo ¡o sucedido a la Comunidad, sin decir que había sido él quien había tenido el sueño ni indicar la relación del mismo con un alumno del Oratorio.

Todo habría quedado en secreto si el joven C, apenas hubo bajado de la habitación de [San] Juan Don Bosco no se hubiese acercado al clérigo Bonetti para comunicarle, en el seno de la confianza, cuanto el buen padre le había dicho; añadiendo, entre otras cosas, que había sido el mismo [San] Juan Don Bosco quien había tenido aquel sueño y *que él era el joven a quien el siervo de Dios había llamado aquella mañana.*

El muchacho terminó asegurando con la mayor candidez que desde que hiciera la primera comunión no se había confesado bien, pero que, afortunadamente, al presente sus cuentas con Dios estaban completamente arregladas.

UN PASEO AL PARAÍSO

SUEÑO 29.—AÑO DE 1861.

(M. B. Tomo VI, págs. 864-878)

Vamos a proceder a la narración de otro hermoso sueño — escribe Don Lemoyne— que tuvo [San] Juan Don Bosco durante las fechas del 3, 4 y 5 de abril del año 1861.

«Varias circunstancias que en él se admiran —comenta Don Bonetti— convencerán plenamente al lector de que se trata de uno de esos sueños que el Señor se complace en infundir de vez en cuando a sus fieles siervos.

Tanto Don Bonetti como Don Ruffino lo describen minuciosamente tal y como nosotros lo exponemos seguidamente:

En la noche del 7 de abril de 1861, después de las oraciones [San] Juan Don Bosco subió a la tribuna desde donde solía hablar, para decir una buena palabra a los jovencitos y comenzó así:

—Tengo algo muy curioso que contarles. Se trata de un sueño. Un sueño no es una cosa real. Se los digo para que no le den mayor importancia de la que merece. Antes de comenzar mi narración debo hacerles algunas observaciones. Yo se los cuento todo, de la misma manera que me agrada me digan todas sus cosas. Sepan que no tengo secretos para Vosotros, pero lo que se dice aquí debe quedar entre nosotros. No me atrevería a asegurar que se haga reo de pecado quien lo cuente a personas extrañas, pero es mejor que estas cosas no pasen del dintel del Oratorio. Coméntenlo entre Vosotros, rían, bromeen sobre cuanto les voy a decir, cuanto les plazca, pero sólo con aquellas personas que sean de su confianza y que crean pueden sacar de ello algún provecho, si las consideran convenientemente capacitadas para ello.

El sueño consta de tres partes; lo tuve durante tres noches consecutivas; por eso, hoy les contaré una parte y las otras dos en las noches siguientes. Lo que más admiración me produjo fue que reanudé el sueño la segunda y tercera noche en el punto preciso en que había quedado la noche precedente al despertarme.

PRIMERA PARTE

Los sueños se tienen durmiendo, por tanto, yo dormía al comenzar soñar.

Algunos días antes había estado fuera de Turín, pasando muy cerca de las colinas de Moncalieri. El espectáculo de aquellas colinas que comenzaban a cubrirse de verdor, me quedó impreso en la mente, y, por tanto, bien pudo ser que las noches siguientes, al dormir, la idea de aquel hermoso espectáculo viniese de nuevo a impresionar mi fantasía y ésta avivase en mí el deseo de dar un paseo.
****

Lo cierto es que, en sueños, contemplé una amplia y dilatada llanura: ante mis ojos se levantaba una alta y extensa colina. Estábamos todos parados cuando, de pronto, hice a mis jóvenes la siguiente propuesta:

—¿Vamos a dar un buen paseo?

—Pero ¿adonde?

Nos miramos los unos a los otros; reflexionamos unos instantes y después, no sé por qué causa extraña alguno comenzó a decir:

—¿Vamos al Paraíso?

—Sí, sí; vamos a dar un paseo al Paraíso —replicaron los demás—.

—¡Bien, bien! ¡Vamos!,—exclamaron todos a una—.

Partiendo de la llanura, después de caminar un poco nos encontramos al pie de la colina. Al comenzar a subir por un sendero ¡qué admirable espectáculo! Sobre toda la extensión que podíamos abarcar con la vista, la dilatada ladera de aquella colina estaba cubierta de bellísimas plantas de todas las especies: frágiles y bajas, fuertes y robustas, con todo, estas últimas no eran más gruesas que un brazo. Había perales, manzanos, cerezos, ciruelos, vides de variadísimos aspectos, etcétera, etcétera. Lo más singular era que en cada una de las plantas se veían flores que comenzaban a brotar y otras plenamente formadas y dotadas de bellísimos colores; frutos pequeños y verdes y otros gruesos y maduros; de forma que en aquellas plantas había cuanto de hermoso producen la primavera, el verano y el otoño. La abundancia de frutos era tal, que parecía que las ramas no podrían resistir el peso.

Los jóvenes se acercaban a mí llenos de curiosidad y me preguntaban la explicación de aquel fenómeno, pues no sabían darse razón de semejante milagro. Recuerdo que para satisfacerles un poco les di la siguiente respuesta:

—Tengan presente que el Paraíso no es como nuestra tierra, donde cambian las temperaturas y las estaciones. Han de saber que aquí no hay cambio alguno; la temperatura es siempre igual, suavísima, adaptada a las exigencias de cada planta. Por eso cada una de éstas recoge en sí cuanto de hermoso y de bueno hay en cada estación del año.

Quedamos, pues, completamente extáticos contemplando aquel jardín encantador. Soplaba una suave brisa; en la atmósfera reinaba la más completa calma, se percibía un sosiego, un ambiente de suavísimos perfumes que penetraba por todos nuestros sentidos haciéndonos comprender que estábamos gustando las delicias de todas aquellas frutas. Los jóvenes tomaban de aquí

una pera, de allá una manzana, de acullá una ciruela o un racimo de uvas, mientras que, al mismo tiempo, seguíamos subiendo todos juntos la colina.

Cuando llegamos a la cumbre creímos estar en el Paraíso; en cambio, estábamos bien distante de él... Desde aquella elevación, y del lado allá de una gran llanura o explanada que estaba en el centro de una extensa altiplanicie, se divisaba una montaña tan alta que su cúspide tocaba a las nubes. Por ella subía trepando trabajosamente, pero con gran celeridad, una gran multitud de gentes y en lo más elevado estaba Quien invitaba a los que subían a que continuasen sin desmayo la ascensión.

Veíamos a otros descender desde la cumbre a lo más bajo para ayudar a los que estaban ya muy cansados, por haber escalado un paraje difícil y escarpado. Los que, finalmente, llegaban a la meta eran recibidos con gran júbilo, con extraordinario regocijo.

Todos nos dimos cuenta de que el Paraíso estaba allá y, encaminándonos hacia la altiplanicie, proseguimos después en dirección a la montaña para intentar la subida. Ya habíamos recorrido un buen trozo de camino, cuando numerosos jóvenes, emprendiendo una veloz carrera, para llegar antes, se adelantaron en mucho a la multitud de sus compañeros.

Mas, antes de llegar a la falda de aquella montaña, vimos en la altiplanicie un lago lleno de sangre, de una extensión como desde el Oratorio a Plaza Castillo. Alrededor de este lago, en sus orilla, había manos, pies y brazos cortados; piernas, cráneos y miembros descuartizados. ¡Qué horrible espectáculo! Parecía que en aquel paraje se hubiese reñido una cruenta batalla.

Los jóvenes que se habían adelantado corriendo y que habían sido los primeros en llegar, estaban horrorizados. Yo, que me encontraba aún muy lejos y que de nada me había dado cuenta, al observar sus gestos de estupor y que se habían detenido con una gran melancolía reflejada en sus rostros, les grité:

—¡Por qué esa tristeza? ¿Qué les sucede? ¡Sigan adelante!

—¿Sí? ¿Qué sigamos adelante? Venga, venga a ver —me respondieron—.

Apresuré el paso y pude contemplar aquel espectáculo.

Todos los demás jóvenes que acababan de llegar y que poco antes estaban tan alegres, quedaron silenciosos y llenos de melancolía.

Yo, entretanto, erguido sobre la playa del lago misterioso, observaba a mi alrededor. No era posible seguir adelante. De frente, en la orilla opuesta, se veía escrito en grandes caracteres: "PER SANGUINEM".

Los jóvenes se preguntaban unos a otros:

—¿Qué es esto? ¿Qué quiere decir todo esto?

Entonces pregunté a uno, que ahora no recuerdo quién era, el cual me dijo:

—Aquí está la sangre vertida por tantos y tantos que alcanzaron ya la cumbre de la montaña y que ahora están en el Paraíso. ¡Esta es la sangre de los mártires! ¡Aquí está la sangre de Jesucristo, con la que fueron rociados los cuerpos de aquellos que dieron testimonio de la fe! Nadie puede ir al Paraíso sin pasar por este lago y sin ser rociado con esta sangre. Esta sangre defensora de la Santa Montaña representa a la Iglesia Católica. Todo aquel que intente asaltarla morirá víctima de su locura. Todas estas manos y todos estos pies truncados, estas calaveras deshechas, los miembros cortados en pedazos que veis diseminados por las orillas, son los restos miserables de los enemigos que quisieron combatir contra la Iglesia. ¡Todos fueron destrozados! ¡Todos perecieron en este lago!

Aquel joven, en el curso de su conversación, nombró a numerosos mártires, entre los cuales también a los soldados del Papa, caídos en el campo de batalla por defender el poder temporal del Pontificado.

Dicho esto, señalando hacia nuestra derecha, en dirección Este, nos indicó un inmenso valle, cuatro o cinco veces más extenso que el valle de sangre y añadió:

—¿Ven allá, aquel valle? Pues allá irá a parar la sangre de aquellos que siguiendo este camino escalarán la montaña; la sangre de los justos, de los que morirán por la fe en los tiempos venideros.

Yo procuraba animar a mis jóvenes, que no podían disimular el terror

que los invadía al ver y escuchar aquellas cosas, diciéndoles que si moríamos mártires, nuestra sangre sería recogida en aquel valle, pero que nuestros miembros no serían arrojados a las orillas como los que habíamos visto.

Entretanto, los muchachos se apresuraron a ponerse en marcha. Bordeando las orillas del lago, teníamos a nuestra izquierda la cumbre de la colina que habíamos cruzado y a la derecha el lago y la montaña. A cierta distancia, donde terminaba el lago de sangre, había un paraje plantado de encinas, laureles, palmeras y otras plantas diversas. Nos introdujimos en él para comprobar si era posible el acceso a la montaña; pero, he aquí que ante nuestra vista se ofreció otro nuevo espectáculo. Vimos otro lago enorme, lleno de agua y en ella una gran cantidad de miembros partidos y descuartizados. En la orilla se veía escrito en caracteres cubitales: "PER AQUAM".

—¿Qué es esto? ¿Quién nos explicará el significado de esto?

—En este lago está —nos dijo UNO— el agua que brotó del costado de Jesucristo; la cual fue poca en cantidad, pero aumentó en forma considerable y sigue aumentado y aumentará en el futuro. Esta es el agua del Santo Bautismo, con el cual fueron lavados y purificados los que escalaron ya esta montaña y con la que deberán ser bautizados y purificados los que han de subir a ella en el porvenir. En ella tendrán que ser bañados todos aquellos que quieran ir al Paraíso» Al Paraíso se llega, o por medio de la inocencia o por medio de la penitencia. Nadie puede salvarse sin haberse bañado en este agua.

Seguidamente, señalando los restos humanos, prosiguió:

—Esos miembros pertenecen a aquellos que atacaron a la Iglesia en el tiempo presente.

Seguidamente vimos mucha gente y también a algunos de nuestros jóvenes caminando sobre las aguas con una celeridad extraordinaria; con tal rapidez, que apenas si tocaban la superficie con la punta de los pies y, casi sin mojarse, llegaban a la otra orilla.

Nosotros contemplábamos atónitos aquel portento cuando nos fue dicho:

—Estos son los justos, porque el alma de los santos, cuando está separada del cuerpo y el mismo cuerpo cuando está glorificado, no sólo puede

caminar ligera y velozmente sobre el agua, sino también volar por el mismo aire.

Entonces, todos los jóvenes desearon correr sobre las aguas del lago, como aquellos a los cuales habían visto. Después me miraron como para interrogarme con la mirada, pero ninguno se atrevía a iniciar la marcha. Yo les dije:

—Por mi parte, no me atrevo; es una temeridad creerse tan justos como para poder cruzar sobre esas aguas sin hundirse.

Entonces todos exclamaron:

—¡Si usted no se atreve, mucho menos nosotros!

Proseguimos adelante, siempre girando alrededor de la montaña, cuando he aquí que llegamos a un tercer lago, amplio como el primero y lleno de fuego, en el cual se veían trozos de miembros humanos despedazados.

En la orilla opuesta se leía un cartel: "PER IGNEM".

—Aquí —nos dijo AQUEL tal— está el fuego de la caridad de Dios y de los santos; las llamas del amor y del deseo, por las que deben pasar los que no lo hicieron por la sangre y el agua. Este es también el fuego con que fueron atormentados y consumidos por los tiranos, los cuerpos de tantos mártires. Muchos son los que tuvieron que pasar por aquí para llegar a la cumbre de la montaña. Estas llamas servirán también de suplicio a los enemigos de la Iglesia.

Por tercera vez veíamos triturados a los enemigos del Señor en el campo de sus derrotas.

Nos apresuramos, pues, a seguir adelante y del lado allá de este lago vimos otro a manera de amplísimo anfiteatro que ofrecía un aspecto aún más horrible. Estaba lleno de bestias feroces, de lobos, osos, tigres, leones, panteras, serpientes, perros, gatos y otros muchísimos monstruos que estaban con sus fauces abiertas prestos a devorar a quien se acercara. Vimos mucha gente caminando sobre sus cabezas. Algunos jóvenes comenzaron a correr sobre ellos, pasando sin temor sobre las cabezas de aquellas alimañas sin sufrir el menor daño. Yo quise llamarlos y les gritaba con todas mis fuerzas:

—¡No! ¡Por caridad! ¡Deténganse! ¡No prosigan! ¿No ven cómo esos animales están dispuestos a destrozarlos y a devorarlos después?

Pero mi voz no fue escuchada y continuaron caminando sobre los dientes y sobre las cabezas de aquellos animales, como sobre la más segura de las sendas.

El intérprete de siempre me dijo entonces:

—Estos animales son los demonios, los peligros y los lazos del mundo. Los que pasan impunemente sobre las cabezas de las alimañas son las almas justas, los inocentes. ¿No recuerdas que está escrito: *Super aspidem et basiliscum ambulabunt et conculcabunt leonem et draconem?* A estas almas se refería el profeta San David. Y en el Evangelio se lee: *Ecce dedi vobis potestatem calcandi supra serpentes et scorpiones et super omnem virtutem inimici: et nihil vobis nocebit.*

Entonces nos preguntamos:

—¿Cómo haremos para pasar al lado de allá?

¿Tendremos que caminar también nosotros sobre esas horribles cabezas?

—¡ Sí, sí, vamos!, —me dijo uno.

—¡Oh! Yo no me siento con valor para hacerlo —respondí—, sería una presunción el suponerse tan justo como para poder pasar ilesos sobre las cabezas de esos monstruos feroces. Vayan Vosotros si querréis; yo no voy.

Y los jóvenes volvieron a exclamar:

—¡Ah, si Vos no se atreve, mucho menos nosotros!

Nos alejamos del lago de las bestias y a poco contemplamos una extensa zona de terreno, ocupada por una gran muchedumbre. Parecía o era realidad que a algunos les faltaba la nariz, a otros las orejas, algunos tenían la cabeza cortada; quiénes estaban sin brazos; éstos sin piernas, aquéllos sin manos o sin pies. Unos no tenían lengua y a otros les habían sacado los ojos.

Los jóvenes estaban maravillados de ver a toda aquella pobre gente tan mal parada, cuando UNO dijo:

—Estos son los amigos de Dios; los que por salvarse mortificaron sus sentidos: el oído, la vista, la lengua, haciendo además muchas obras buenas. Gran número de ellos perdieron las partes del cuerpo de que se ven privados, por las grandes obras de penitencia a que se entregaron o por el trabajo a que se dieron en aras de amor a Dios o al prójimo.

Los de la cabeza cortada son los que se consagraron al Señor de una manera particular.

Mientras considerábamos estas cosas, vimos una gran muchedumbre de personas, parte de las cuales habían atravesado el lago y subían la montaña poniéndose en contacto con otros que, habiendo llegado antes a la cumbre, descendían para darles la mano y les animaban a que subieran. Después, estos últimos aplaudían, exclamando:

—¡Bien! ¡Bravos!

Al oír aquel ruido de aplausos y aquellas voces, me desperté y me di cuenta de que estaba en la cama.

Esta es la primera parte del sueño, esto es, lo que soñé la primera noche.
****

En la noche del 8 de abril [San] Juan Don Bosco se presentó ante los jóvenes que estaban deseosos de oír la continuación del relato.

Antes de comenzar dio algunos avisos disciplinares.

El siervo de Dios se dio cuenta de la impaciencia de los jóvenes y *echando una mirada a su alrededor, prosiguió después de una breve pausa con aspecto sonriente:*

PARTE SEGUNDA

¡Recordarán que había un gran lago que llenar de sangre, al fondo del valle, próximo al primer lago!

Después de haber contemplado las varias escenas anteriormente

descritas y de recorrer la altiplanicie de que les hablé, nos encontramos ante un paso libre por el que podemos proseguir nuestro camino.

Proseguimos, pues, adelante yo y mis jóvenes a través de un valle que nos llevó a una gran plaza. Penetramos en ella; la entrada de dicha plaza era ancha y espaciosa, pero después se iba estrechando cada vez más, de forma que al fondo, cerca ya de la montaña, terminaba en un sendero abierto entre dos rocas por el que apenas si podía pasar un hombre de una vez. La plaza estaba llena de gente alegre que se divertía despreocupadamente, dirigiéndose al mismo tiempo al sendero que llevaba a la montaña.

Nosotros nos preguntábamos unos a otros:

—¿Será este el camino que conduce al Paraíso?

Entretanto, los que se encontraban en aquel lugar se dirigían uno tras otro con la idea de pasar por aquella angostura, y para conseguirlo tenían que recogerse bien las ropas, encoger los miembros cuanto podían e incluso abandonar el equipaje o cuanto llevaban consigo.

Esto me dio a entender que en realidad, aquel era el camino del Paraíso, puesto que para ir al cielo no basta solamente estar libre de pecado, sino también de todo pensamiento, de todo afecto terrenal, según él dicho del Apóstol: *Nihil coinquinatum intrabit in eo.*

Nosotros estuvimos observando a los que pasaban por espacio como de una hora. Pero ¡cuan necio fui! En vez de intentar el paso de aquel sendero, preferimos volver atrás para ver lo que había al otro lado de la plaza. Habíamos divisado otra muchedumbre de gente en aquel lugar y deseábamos saber qué era lo que hacían. Atravesamos, pues, por un camino muy ancho y cuyo fin no podía ser apreciado por el ojo humano. Allí contemplamos un extraño espectáculo. Vimos a numerosos hombres y también a bastantes de nuestros jóvenes uncidos con animales de diversas especies. Algunos estaban aparejados con bueyes.

Yo pensaría:

—¿Qué querrá decir esto?

Entonces recordé que el buey es el símbolo de la pereza y deduje que

aquellos jóvenes eran los perezosos. Los conocía a todos: eran los lentos, los flojos en el cumplimiento de sus deberes. Y al verlos me decía a mí mismo:

—Sí, sí; les está muy bien empleado. No quieren hacer nada y ahora tienen que soportar la compañía de ese animal.

Vi a otros uncidos con asnos. Eran los testarudos. Así aparejados tenían que soportar pesadas cargas o pacer en compañía de aquellos animales. Eran los que no hacían caso de los consejos, ni de las órdenes de los superiores. Vi a otros uncidos con mulos y con caballos y recordé lo que dice el Señor: *Factus est sicut equus et mulus quibus non est intelectus.* Eran los que no quieren pensar nunca en las cosas del alma: los desgraciados sin seso.

Vi a otros que pacían en compañía de los puercos: se revolcaban en las inmundicias y en el fango como esos animales y como ellos hozaban en el cieno. Eran los que se alimentan solamente de cosas terrenas; los que viven entregados a las bajas pasiones; los que están alejados del Padre Celestial. ¡Oh lamentable espectáculo! Entonces me recordé de lo que dice el Evangelio del Hijo pródigo: que quedó reducido al más miserable de los estados *luxuriose vivendo.*

Vi después muchísima gente y a numerosos jóvenes en compañía de gatos, de perros, gallos, conejos, etc., etc.; o sea, a los ladrones, a los escandalosos, a los soberbios, a los tímidos por respeto humano, y así sucesivamente.

Al contemplar esta variedad de escenas, nos dimos cuenta de que el gran valle representaba el mundo. Observé detenidamente a cada uno de aquellos jóvenes y desde allí nos dirigimos a otro lugar también muy espacioso, que formaba parte de la inmensa llanura. El terreno ofrecía un poco de pendiente, de forma que caminábamos casi sin darnos cuenta.

A cierta distancia vimos que el paraje tomaba el aspecto de un jardín y nos dijimos:

—¿Vamos a ver qué es aquello?

—¡Vamos!, —exclamaron todos—.

Y comenzamos a encontrar hermosísimas rosas encarnadas.

—¡Oh, qué bellas rosas! ¡Oh, qué bellas rosas!, —gritaban los jóvenes mientras corrían a cogerlas—. Pero, apenas las tuvieron en sus manos, se dieron cuenta de que despedían un olor desagradable en extremo. Los muchachos no pudieron disimular su desagrado. Vimos también numerosísimas violetas, en apariencia lozanas, y que creímos despedirían agradable fragancia; pero cuando nos acercamos a cogerlas para formar algunos ramilletes, nos dimos cuenta de que sus tallos estaban marchitos y que despedían un olor hediondo.

Proseguimos siempre adelante y he aquí que nos encontramos en unos encantadores bosquecillos cubiertos de árboles tan cargados de frutos que era un placer el contemplarlos. En especial, los manzanos, ¡qué deliciosa apariencia tenían! Un joven corrió inmediatamente y cortó de un rama una hermosa fruta de apariencia fragante y madura, mas apenas le hubo clavado los dientes, la arrojó indignado lejos de sí. Estaba llena de tierra y de arena y al gustarla sintió deseos de vomitar.

—Pero ¿qué es esto?, —nos preguntamos—.

Uno de nuestros jóvenes, cuyo nombre no recuerdo, nos dijo:

—Esto significa la belleza y la bondad aparente del mundo. ¡Todo en él es insípido, engañoso!

Mientras estábamos pensando adonde nos conduciría nuestro sendero, nos dimos cuenta de que el camino que llevábamos descendía casi insensiblemente. Entonces, un jovencito observó:

—Por aquí vamos bajando cada vez más; me parece que no vamos bien.

—Ya veremos, —le respondí—.

Y seguidamente apareció una muchedumbre incalculable que corría por aquel mismo camino que llevábamos nosotros. Unos iban en coche, otros a caballo, otros a pie. Quiénes saltaban, brincaban, cantaban y danzaban al son de la música y al compás de los tambores.

El ruido y la algarabía eran ensordecedores.

—Vamos a detenernos un poco —nos dijimos— y observemos a esta gente antes de proseguir en su compañía.

Entonces un joven descubrió en medio de aquella multitud a algunos que parecían dirigir a cada una de las comparsas. Eran individuos de agradable apariencia, vestidos de una manera elegante, pero por debajo del sombrero asomaban los cuernos. Aquella llanura, pues, era el mundo pervertido dirigido por el maligno. *Est vía quae videtur recta, et novissima ejus ducunt ad morten.*

De pronto UNO dijo:

—Mirad cómo los hombres van a parar al infierno casi sin darse cuenta.

Después de haber contemplado esto y de oír estas palabras, llamé a los jóvenes que iban delante de mí, los cuales vinieron a mi encuentro corriendo y gritando:

—¡Nosotros no queremos seguir por ahí!

Y seguidamente volvieron precipitadamente hacia atrás deshaciendo el camino recorrido y dejándome solo.

—Sí, tenéis razón —les dije cuando me uní a ellos—; huyamos pronto de aquí; volvamos atrás, de otra manera, sin darnos cuenta, iremos también nosotros a parar al infierno.

Quisimos, pues, volver a la plaza de la que habíamos partido y seguir el sendero que nos conduciría a la montaña del Paraíso; pero cual no sería nuestra sorpresa cuando, tras un largo caminar, nos encontramos en un prado. Nos volvimos a una y otra parte sin lograr orientarnos.

Algunos decían:

—Hemos equivocado el camino.

Otros gritaban:

—No; no nos hemos equivocado: el camino es este.

Mientras los jóvenes discutían entre sí y cada uno quería mantener el propio parecer, yo me desperté.
****

Esta es ¡a segunda parte del sueño correspondiente a ¡a segunda noche. Más, antes que se retiren, escuchen. No quiero que den importancia a mi sueño, pero recordad que los placeres que conducen a la perdición no son más que aparentes; sólo ofrecen una belleza exterior. Estén en guardia contra aquellos vicios que nos hacen semejantes a los animales, hasta el punto de emparejarnos con ellos; especialmente ¡cuidado con ciertos pecados que nos asemejan a los animales inmundos! ¡Oh, cuan deshonroso es para una criatura racional, tener que ser comparada a los bueyes y a los asnos! ¡Cuan abominable es para quien fue creado a imagen y semejanza de Dios y constituido heredero del Paraíso, revolcarse en el fango como los cerdos al cometer aquellos pecados que la Escritura señala al decir: Luxuriose vivendo.

Solamente les he contado las circunstancias principales del sueño y de forma resumida; pues, si se los hubiese expuesto tal y como fue, hubiera sido demasiado largo. Igualmente, ayer por la noche solamente les hice un resumen de cuanto vi. Mañana les contaré la tercera parte.

En efecto en la noche del sábado 9 de abril, [San] Juan Don Bosco continuaba:

PARTE TERCERA

No quería contarles mis sueños. Antes de ayer, apenas hube comenzado mi narración, me arrepentí de la promesa que les hice; y hoy habría deseado no haber dado principio a la exposición de lo que desean saber. Pero he de decir que si guardo silencio, conservando mi secreto para mí, sufro mucho, y, en cambio, publicándolo, me proporciono un desahogo que me hace mucho bien. Por tanto, proseguiré el relato.

Mas antes he de advertir que en las noches precedentes tuve que suprimir muchas cosas, de las que no era conveniente hablarles, pasando por alto otras, que se pueden ver con los ojos, pero que no se pueden expresar con palabras.

****

Después de contemplar, pues, como de corrida, todas aquellas escenas ya descritas; después dé haber visto lugares diversos y las maneras de ir al infierno, nosotros queríamos a toda costa llegar al Paraíso. Pero yendo de una parte a otra, nos desviamos del camino atraídos por otras cosas. Finalmente, después de adivinar la senda que debíamos seguir, llegamos a la plaza en la

que había concentrada tanta gente, toda ella dispuesta a llegar a la montaña; me refiero a aquella plaza de tan colosales proporciones que terminaba en un paso estrecho y difícil entre dos rocas. El que lo atravesaba, apenas había salido a la otra parte, debía pasar un puente bastante largo, muy estrecho y sin barandilla, debajo del cual se abría un espantoso abismo.

—¡Oh! Allá está el camino que conduce al Paraíso —nos dijimos—; aquel es. ¡Vamos!

Y nos dirigimos hacia él. Algunos jóvenes comenzaron a correr dejándonos atrás. Yo hubiera querido que me esperaran, pero ellos estaban empeñados en llegar antes que nosotros; mas al llegar al paso estrecho se detuvieron asustados sin atreverse a seguir adelante. Yo les animaba incitándoles a pasar:

—¡Adelante! ¡Adelante! ¿Qué hacen?

—Sí, sí —me replicaron—; vengáis Vos y hagáis la prueba. Nos estremece la idea de tener que pasar por un lugar tan estrecho y después tener que atravesar el puente; si diéramos un paso en falso, caeríamos dentro de aquellas aguas turbulentas encajonadas en el abismo y nadie daría más con nosotros.

Pero, finalmente, hubo uno que se decidió a ser el primero en avanzar, siguiéndole después otro y así, todos pasamos del lado de allá, encontrándonos al pie de la montaña. Dispuestos a emprender la subida no encontramos sendero alguno que nos la facilitase, y al bordear la falda nos salieron al paso multitud de dificultades e impedimentos. Unas veces era una serie de macizos desordenadamente dispuestos; otras, una roca que era necesario salvar; ahora un precipicio, ya un seto espinoso que se oponía a nuestro paso. La subida se ofrecía cada vez más empinada, por lo que nos dimos cuenta de que era grande la fatiga que nos aguardaba. A pesar de ello, no nos desanimamos, comenzando lo escalada con la mayor valentía. Después de un corto espacio de penosa ascensión en la que lo mismo nos servíamos de las manos que de los pies, ayudándonos recíprocamente, los obstáculos comenzaron a desaparecer y, al fin nos encontramos ante un sendero practicable por el que pudimos subir cómodamente.

Cuando he aquí que llegamos a cierto lugar de la montaña en el que vimos a numerosa gente que sufría de manera horrible; grande fue nuestra

sorpresa y compasión al observar tan extraño espectáculo. No les puedo decir lo que vi, porque les causaría una pena demasiado intensa y, por otra parte, no serían capaces de resistir mi descripción. Nada, pues, les diré sobre esto, prosiguiendo adelante mi relato.

Entretanto vimos también a otras numerosas personas que subían por las laderas de la montaña hasta llegar a la cumbre, donde eran acogidas por los que las aguardaban con manifestaciones de júbilo y grandes aplausos. Al mismo tiempo, oímos una música verdaderamente divina: un conjunto de voces dulcísimas que modulaban suavísimos himnos. Esto nos animaba más y más a continuar la subida. Mientras proseguíamos adelante yo pensaba y le decía a mis jóvenes:

—Pero, nosotros que queremos llegar al Paraíso ¿estamos ya muertos? Siempre he oído decir que antes es necesario ser juzgado. ¿Y nosotros hemos sido juzgados?

—No —me respondieron—. Nosotros estamos todavía vivos; aun no hemos sido juzgados. Y reíamos al hacer tales comentarios.

—Sea como fuere —volví a decir—; vivos o muertos prosigamos adelante para poder ver lo que hay allá arriba: algo habrá.

Y aceleramos la marcha.

A fuerza de caminar, llegamos por fin a la cumbre de la montaña. Los que estaban ya en la cima, se aprestaban a festejar nuestra llegada, cuando me volví hacia atrás para comprobar si estaban conmigo todos los jóvenes; pero con gran dolor pude constatar que me encontraba casi solo. De todos mis compañeros, sólo tres o cuatro habían permanecido junto a mí.

—¿Y los demás?, —pregunté mientras me detenía bastante contrariado.

—¡Oh! —me dijeron—; se han quedado por el camino, quiénes en una parte, quiénes en otra; pero tal vez lleguen aquí.

Miré hacia abajo y los vi esparcidos por la montaña, entretenidos unos en buscar caracoles entre las piedras; otros, en hacer ramos de flores silvestres; éstos, en coger frutas verdes; aquéllos, en perseguir mariposas; algunos, en perseguir grillos; no faltando quienes se habían sentado a

descansar sobre un matorral bajo la sombra de una planta.

Entonces comencé a gritar con todas mis fuerzas, mientras me descoyuntaba los brazos por atraer la atención de aquellos muchachos, llamándoles al mismo tiempo a cada uno por su nombre, incitándoles a que se dieran prisa, pues no era aquel el momento más oportuno para detenerse.

Algunos atendieron a mis indicaciones, llegando a ocho los que se juntaron a mí, pero los demás no me hicieron caso y continuaron ocupados en aquellas bagatelas sin preocuparse de momento por escalar la cumbre. Yo no quería de ninguna manera llegar al Paraíso con tan exiguo acompañamiento; por eso, resuelto a ir en busca de los remisos, dije a los que me acompañaban:

—Voy a bajar en busca de aquéllos; ustedes quédense aquí.

Dicho y hecho. A cuantos encontraba en mi bajada les ordenaba proseguir hacia arriba. A unos les hacía una advertencia, a otros un amable reproche; a este, le daba una reprimenda; a aquél, una palmada; al otro, un empujón.
—Sigan para arriba, por caridad —les decía afanosamente—; no se detengan con esas bagatelas.

De esta manera al encontrarme de nuevo al pie de la montaña ya había avisado a casi todos. Vi a algunos que, cansados por la fatiga de la ascensión y desanimados por lo que aún les quedaba por escalar, habían resuelto volver hacia abajo. Por mi parte, determiné emprender de nuevo la subida para reunirme con los jóvenes que habían quedado en la cumbre, pero tropecé con una piedra y me desperté.
****

«Ya tienen hecho el relato del sueño. Sólo deseo de Vosotros dos cosas. Les vuelvo a repetir que no cuenten fuera de casa a ninguna persona extraña, nada de cuanto les he dicho, pues si alguien del mundo oyera estas cosas, tal vez las tomaría a risa. Yo se las cuento para hacerlos pasar un rato agradable. Comenten, pues, el sueño entre Vosotros cuanto quieran, pero deseo que no le den más importancia que la que se puede dar a los sueños. Además quieto recomendarles otra cosa y es, que ninguno venga a preguntarme si estaba o no estaba, quién era o quién no era; qué hacía o qué dejaba de hacer, si se hallaba entre los pocos o entre los muchos, qué lugar ocupaba, etc., etc.; porque sería repetir la música de este invierno. Al contestar a tantas preguntas podría ser para algunos más perjudicial que útil

y yo no quiero inquietar las conciencias.

Solamente les quiero hacer presente que si el sueño no hubiera sido un sueño, sino una realidad y en verdad hubiéramos tenido que morir entonces, entre tantos jóvenes como están aquí reunidos, si nos hubiéramos dirigido al Paraíso sólo un número insignificante habría llegado a la meta. De setecientos o tal vez de ochocientos, quizás tres o cuatro. Pero, no se alarmen; entendámonos. Les explicaré esta exorbitante desproporción: Quiero decir que sólo tres o cuatro habrían llegado directamente al Paraíso sin pasar algún tiempo por las llamas del Purgatorio. Algunos permanecerían en esté lugar de expiación algunos minutos, otros tal vez un día, otros varios días o varias semanas; en resumen, que casi todos tenían que pasar un período más o menos largo allí.

¿Quieren saber qué es lo que hay que hacer para evitar el Purgatorio? Procuren ganar todos ¡as indulgencias que puedan. Si practican aquellas devociones a ¡as que van anexas indulgencias, tras cumplir los requisitos señalados se entiende; si ganan indulgencias plenarias, irán directamente al Paraíso».

[San] Juan Don Bosco no dio de este sueño explicación alguna personal y práctica a cada uno de ¡os alumnos, como en otras ocasiones; haciendo muy contadas reflexiones sobre las distintas escenas presenciadas en el mismo. No era cosa fácil el hacerlo.

He aquí las aclaraciones que de este sueño hace Don Lemoyne como fruto de sus propias reflexiones y sirviéndose a veces de las mismas palabras de [San] Juan Don Bosco.

1. --- La colina que [San] Juan Don Bosco encuentra al principio parece que representa el Oratorio. Prevalece en ella una vegetación joven. No existen árboles añosos de tronco alto y grueso. En todas las estaciones se recogen flores y frutos; lo mismo sucederá en el Oratorio. Este, como todas las obras de Dios, se mantiene de la beneficencia, de la cual dice el Eclesiástico en el Capítulo XL, que es como un jardín bendecido por Dios que da preciosos frutos; frutos de inmortalidad, semejante al Paraíso terrenal, entre los demás árboles estaba el árbol de la vida.

2. --- El que sube a la montaña es el hombre dichoso descrito en el Salmo LXXXIII, cuya fortaleza radica toda en el Señor. A pesar de

encontrarse en esta tierra, en este valle de lágrimas, ascensiones in corde suo disposuit, *está dispuesto a subir continuamente hasta llegar al tabernáculo del Altísimo o sea, al cielo. Y en su compañía otros muchos. Y el legislador Jesucristo le bendecirá, le colmará de gracias celestiales, e irá de virtud en virtud y llegará a ver a Dios en la bienaventurada Sión* y *será eternamente feliz.*

3. --- Los lagos son como el compendio de la historia de la Iglesia. Aquellos miembros innumerables que se veían descuartizados a las orillas de los mismos, pertenecen a los perseguidores de la Iglesia, a los herejes, a los cismáticos y *a los cristianos rebeldes.*

De ciertas palabras del sueño se deduce que [San] Juan Don Bosco había visto algunos acontecimientos presentes y *futuros.*

«A unos cuantos en privado —dice la crónica— al hablarles el [Santo] de aquel valle vacío que estaba del lado allá del lago de sangre, les dijo. Ese valle se ha de llenar especialmente de la sangre de los sacerdotes y pudiera ser que muy pronto».

«Estos días —continúa el cronista— [San] Juan Don Bosco ha ido a visitar al Cardenal De Angelis. Su Eminencia le dijo:

—Cuénteme algo que me cause alegría.

—Le *contaré un sueño, —le replicó [San] Juan Don Bosco—.*

—Le escucharé con sumo gusto.
El [Santo] comenzó a narrar lo que anteriormente hemos descrito pero con mayor número de detalles y *consideraciones; pero al llegar a la descripción del lago de sangre, el Cardenal se tornó serio y melancólico. Entonces [San] Juan Don Bosco interrumpió el relato diciendo:*

—¡Aquí termino!

—Prosiga, prosiga, —le dijo el Cardenal—.

—Basta, ya basta —concluyó [San] Juan Don Bosco— y *prosiguió hablando de cosas amenas.*

La escena que representa el paso estrechísimo entre las dos rocas el puentecillo de madera, símbolo de la Cruz de Jesucristo, la seguridad de pasar a la otra parte en quien está sostenido por la fe, el peligro de caer en el precipicio al avanzar sin rectitud de intención, los obstáculos de toda suerte hasta llegar al lugar en que el sendero se hace más practicable; todo esto, si no estamos en un error, se refiere a las vocaciones religiosas.

Los que estaban en la plaza debían ser jovencitos llamados por Dios a servirle en la Sociedad Salesiana. En efecto, se hace constar que la gente que estaba esperando el momento de entrar por el sendero que conducía al Paraíso, estaba contenta, parecía feliz y se divertía: características todas aplicables de una manera, especial a la juventud. Añadamos que al subir la montaña, unos se detenían y otros volvían atrás. ¿No representa esto el enfriamiento en la propia vocación? [San] Juan Don Bosco dio a esta parte del sueño un significado que indirectamente podía aplicarse a la vocación, pero no creyó oportuno hablar más explícitamente de ello.

5. --- En la montaña, apenas vencidos los obstáculos que se ofrecieron en su falda, el siervo de Dios vio una multitud víctima del sufrimiento.

«Algunos le preguntaron privadamente —escribe Don Bonetti— y *él les respondió: Este lugar representa el Purgatorio. Si tuviese qué hacer una plática sobre dicho tema, no haría otra cosa que describir lo que vi».*

Añadamos una postrera e importante observación, aplicable a este sueño y a todos los demás. En estos sueños o visiones, que así las podemos llamar, entra casi siempre en escena un personaje misterioso que hace de guía y *de intérprete.*

—¿Quién podrá ser?

He aquí la parte más sorprendente y *bella de estos sueños que [San] Juan Don Bosco, tras narrarlos, conservaba en el secreto de su corazón.*

LA LINTERNA MÁGICA

SUEÑO 30.—AÑO DE 1861.

(M. B. Tomo VI, págs. 897-916)

Con singular acuerdo nos ofrecen numerosas crónicas particulares del Oratorio un sueño narrado por el mismo Don Bosco, en el cual vio su Obra de Valdocco y los frutos que produciría en el porvenir; el estado de las conciencias de sus alumnos; los que eran llamados al estado eclesiástico o a servir a Dios en la Pía Sociedad o a llevar vida de seglares y *el porvenir de la naciente Congregación.*
El siervo de Dios soñó, pues, la noche precedente al dos de mayo y el sueño le duró casi seis horas. Apenas amaneció se levantó del lecho para tomar algunos apuntes sobre las escenas principales y *anotar los nombres de algunos personajes que había visto desfilar a través de su fantasía mientras dormía.*

En la narración de dicho sueño *invirtió tres buenas noches consecutivas, hablando a sus jóvenes desde la tribuna que le sollian colocar debajo del pórtico una vez rezadas las oraciones de costumbre.*

El dos de mayo estuvo hablando por espacio, casi, de tres cuartos de hora.

El exordio, como sucedía siempre que comenzaba una de estas narraciones, parece un poco confuso y extraño, lo que juzgamos natural, por razones que hemos expuesto ya en otros lugares y por las que someteremos al juicio de nuestros lectores.

Comenzó, pues, el siervo de Dios a hablar así a los jóvenes después de haberles anunciado el tema de sus buenas noches:

Este sueño se refiere solamente a los estudiantes. Muchísimas cosas de las que vi en él no sería capaz de describirlas, por falta de inteligencia y por insuficiencia de palabras.
****

Me parecía haber salido de mi casa de Becchi. Me dirigía por un sendero que conducía a un pueblo próximo a Castelnuovo, llamado Capriglio. Quería visitar un campo arenoso de nuestra propiedad, que estaba situado en un vallecillo detrás del caserío llamado Valcappone; la cosecha de este campo apenas si produce para pagar los impuestos. En mi niñez estuve varias veces trabajando en aquel sitio.

Había recorrido ya un buen trecho de camino, cuando cerca de aquel campo me encontré con un hombre como de unos cuarenta años, de estatura

ordinaria, barba larga y bien cuidada y de rostro moreno. Vestía un traje que le llegaba hasta las rodillas, llevaba ceñidos los costados y sobre la cabeza una especie de gorrito blanco. Se hallaba en actitud de quien espera a alguien. El tal me saludó familiarmente como si yo fuese para él persona conocida desde mucho tiempo; después me preguntó:

—¿Adonde vas?

Mientras detenía el paso, le repliqué:

—Voy a ver un campo que tenemos por estos contornos. Y tú, ¿qué haces aquí?

—No seas curioso —me contestó—. No necesitas saberlo.

—Bien. Pero al menos haz el favor de decirme tu nombre y quién eres, pues, me he dado cuenta de que me conoces. Yo, en cambio, no te conozco.

—No hace falta que te diga ni mi nombre, ni mis cualidades. Ven. Prosigamos juntos.

Me puse en camino con él y después de avanzar unos pasos me vi en un extenso campo cubierto de higueras. Mi compañero me dijo:

—¿No ves qué hermosos higos hay aquí? Si quieres puedes coger y comer de ellos.

Yo le respondí maravillado:

—En este campo nunca hubo higos.

Y él añadió:

—Pues ahora los hay; ahí los tienes. —Pero no están maduros; todavía no es tiempo de higos. —Pues a pesar de ello, mira: los hay ya muy hermosos y en punto; si quieres probarlos date prisa porque se hace tarde.

Y como yo no me moviese, mi amigo insistió:

—Date prisa; no pierdas tiempo, que se acerca la noche. —Pero ¿por

qué me das tanta prisa? No, no quiero higos; me agrada verlos, regalarlos, pero no me son agradables al paladar.

—Si es así, sigamos adelante; pero recuerda lo que dice el Evangelio de San Mateo, cuando habla de los grandes acontecimientos que sucederán a Jerusalén. Decía Cristo a los Apóstoles: *Ab arbore fici discite parabolam. Cum jam ramus ejus tener fuerit et folia nata, scitis quia prope est aestas.* Y ahora está muy cerca, puesto que los higos comienzan a madurar.

Reemprendimos la marcha y he aquí que apareció otro campo sembrado de viñas. El desconocido me dijo inmediatamente:

—¿Quieres uvas? Si no te agradan los higos, ahí tienes uvas: coge come.

—¡Oh! Ya las cogeremos a su tiempo en la viña.

—Pues aquí también las hay.

—¡A su tiempo!—, le respondí.

—Pero, ¿no ves cuánta uva madura?

-—¿Posible? ¿Y en esta estación?

—Pero date prisa, que se hace tarde y no hay tiempo que perder.

—¿Qué prisa tenemos? Con tal de que al final del día me encuentre en mi casa…

—Te repito que te des prisa, pues pronto se hace de noche.

—Si se hace de noche volverá otra vez el día.

—No es cierto; ya no volverá el día.

—¿Cómo? ¿Qué es lo que quieres decir?

—Que se acerca la noche.

—Pero ¿de qué noche me estás hablando? ¿Quieres decir que debo preparar la mochila para partir? ¿Que debo ir pronto a mi eternidad?

—Se aproxima la noche: dispones de muy poco tiempo.

—Dime al menos si será pronto. ¿Cuándo he de partir?

—No seas tan curioso. *Non plus sápere quam oportet sápere.*

—Así decía mi madre a los entrometidos —pensé para mí—; y después proseguí en alta voz:

—Por ahora no quiero uvas.

Seguimos avanzando lentamente y tras breve caminar llegamos al campo de nuestra propiedad, en el qué encontramos a mí hermano José cargando un carro. Al verme se acercó para saludarme; después saludó a mi compañero, pero viendo que éste no respondía al saludo ni le hacía caso, me preguntó si el tal había sido condiscípulo mío:

—No —le dije—, es la primera vez que lo veo.

Entonces José le dirigió de nuevo la palabra diciéndole:

—Oiga, por favor, dígame su nombre; tenga la bondad de contestarme; que yo sepa con quién hablo.

Pero el guía continuaba sin hacerle caso. Mi hermano, extrañado, se dirigió nuevamente a mí para preguntarme:

—Pero ¿quién es éste?

—No lo sé, no ha querido decírmelo.

Ambos insistimos para que nos dijese de dónde venía, pero el otro volvió a repetir: *Non plus sápere quam oportet sápere.*

Entretanto mi hermano se había alejado y no volví a verle, mientras que el desconocido, dirigiéndose a mí, me dijo:

—¿Quieres ver algo extraordinario?

—De buena gana— respondí.

—¿Quieres ver a tus muchachos tal y como son actualmente? ¿Cómo serán en el futuro? ¿Quieres contarlos?

—¡Oh!, sí, sí.

—Ven, pues.

Entonces sacó no sé de dónde una gran máquina, que no sabría describir, la cual constaba de una gran rueda. Y mientras la colocaba en el suelo le pregunté:

—¿qué significa esa rueda?
—La eternidad en las manos de Dios— me respondió.

Y tomando la manivela de aquella rueda, la hizo girar. Después me dijo:

—Toma el manubrio y dale una vuelta.

Así lo hice y después mi acompañante añadió:

—Ahora mira dentro.

Observé la máquina y vi que tenía un gran cristal en forma de lente, casi de un metro y medio de diámetro, emplazado en el centro de la misma y fijo en la rueda. Alrededor de la lente se leía: *Hic est óculus qui humilia réspicit in coelo et in térra.*

Inmediatamente apliqué la cara a la lente. Miré y ¡oh, espectáculo maravilloso! Vi en el interior de aquel artefacto a todos los jóvenes del Oratorio.

—Pero ¿cómo es posible?—, me decía para mí. Hasta ahora no vi a ninguno de mis hijos en esta región y ahora los contemplo a todos reunidos. ¿Pero no están en Turín?

Miré por encima y a los lados de la máquina, pero fuera de la lente a

nadie veía. Levanté el rostro para expresar mi admiración al compañero, pero apenas pasados unos instantes me ordenó que diese una segunda vuelta a la manivela, y vi una singular y extraña separación de jóvenes. A un lado los buenos y a otro los malos. Los primeros radiantes de felicidad; los otros, que afortunadamente no eran muchos, daban compasión. Yo los reconocí a todos, pero ¡qué distintos eran de lo que los compañeros creían! Unos tenían la lengua agujereada; otros los ojos completamente extraviados; quiénes sufrían dolor de cabeza producido por repugnantes úlceras, no faltando los que tenían el corazón roído por los gusanos. Cuanto más los miraba, más afligido me sentía.

—Pero ¿es posible que estos sean mis hijos?, —exclamé—. No comprendo lo que pueden significar estas extrañas enfermedades.

Al escuchar estas palabras, el que me había conducido a la rueda, me dijo:

—Escúchame: la lengua agujereada significa las malas conversaciones; la vista extraviada, los que interpretan o juzgan de una manera torcida los designios de Dios, prefiriendo la tierra al cielo; la cabeza enferma, representa el menosprecio de tus avisos y consejos y la satisfacción de los propios caprichos; los gusanos son las malas pasiones que corroen el corazón; también están ahí los sordos, los que no quieren escuchar tus palabras para no ponerlas en práctica.

Después me hizo una señal, y yo, dando una tercera vuelta a la rueda, apliqué el ojo a la lente del aparato. Vi entonces a cuatro jóvenes atados con gruesas cadenas. Los observé atentamente y los conocí a los cuatro. Pedí explicación al desconocido y me respondió:

—Lo puedes comprender fácilmente: son los que no escuchan tus consejos y si no cambian de conducta corren el peligro de ir a parar a la cárcel y acabar en ella sus días por sus delitos o graves desobediencias.

—Desearía tomar nota de sus nombres para no olvidarlos —le dije—, pero el amigo me respondió.

—No hace falta; están ya todos anotados; aquí los tienes escritos en este cuaderno.

Entonces me di cuenta de que mi acompañante tenía un cuadernillo en

la mano. Me ordenó que diese otra vuelta al manubrio y después de hacerlo, me puse nuevamente a mirar. Vi a otros siete jóvenes, todos de aspecto huraño y desconfiado, con un candado que les cerraba los labios. Tres de ellos se tapaban también los oídos con las manos. Me separé entonces del cristal y quise anotar con lápiz sus nombres, pero aquel hombre me volvió a decir:

—No hace falta; aquí los tienes escritos en este cuaderno que llevo siempre conmigo. Y se opuso en absoluto a que yo escribiese. Yo, lleno de estupor y dolorido por aquella extraña actitud, pregunté el significado de aquel candado que cerraba los labios de aquellos infelices.
El me respondió:

—¿No lo entiendes? Estos son los que callan.

—Pero ¿qué es lo que callan?

—¡Callan!

Entonces comprendí que se trataba de la Confesión. Eran los que incluso, cuando el confesor les pregunta, no responden, o responden evasivamente, o faltan a la verdad. Dicen sí cuando deben responder no y viceversa.

El amigo continuó:

—¿Ves aquellos tres que además de llevar un candado en la boca se tapan los oídos con las manos? ¡Qué condición tan deplorable la suya! Esos son los que no solamente callan pecados en la confesión, sino que además no quieren escuchar en manera alguna los avisos, los consejos, las ordenes del confesor. Son los que no prestarán oído a tus palabras, aunque parezca que las escuchan y que estaban dispuestos a obrar diversamente. Podrían quitarse las manos de donde las tienen, pero no quieren hacerlo. Los otros cuatro escucharon tus consejos, tus exhortaciones, pero no se aprovecharon de ellas.

—¿Y cómo haría para quitarles ese candado?

—*Ejiciatur superbia e córdibus eorum.*

—Amonestaré a éstos —proseguí—, pero para los que se tapan los oídos con las manos hay pocas esperanzas.

Aquel hombre me dio después un consejo; a saber, que cuando dijese dos palabras desde el pulpito, una fuera sobre la manera de confesarse bien; y por mi parte prometí obedecerle. No diré que solamente hablaré de esto, porque me haría pesado, pero sí que inculcaré con frecuencia una máxima tan necesaria. En efecto, es mucho mayor el número de los que se condenan por confesarse mal que los que van al infierno por no confesarse, porque aun los malos alguna vez se confiesan, pero son muchísimos los que no se confiesan bien.

El personaje misterioso me hizo dar otra vuelta a la manivela.

Miré después y vi a otros tres jóvenes en una situación espantosa.

Cada uno de ellos tenía un mono enorme sobre las espaldas. Al observar atentamente pude comprobar que aquellos animales tenían cuernos. Cada uno de ellos con las patas delanteras apretaban fuertemente las gargantas de sus infelices víctimas de forma que el rostro de aquellos desgraciados muchachos se tomaba de un color rojo sanguinolento, y sus ojos, inyectados en sangre, parecía que iban a saltar de sus órbitas. Con las patas de atrás les apretaban los muslos de manera que a duras penas les consentían moverse y con la cola, que les llegaba hasta el suelo, les enredaban las piernas hasta el punto que les hacían imposible el caminar. Esto representaba a los jóvenes que después de los ejercicios espirituales continúan en pecado mortal, especialmente contra la pureza y la modestia, habiéndose hecho reos en materia grave contra el sexto mandamiento. El demonio les apretaba la garganta para no dejarles hablar cuando debían hacerlo; les hacía enrojecer hasta perder la cabeza, y proceder de una manera irracional, haciéndoles esclavos de una vergüenza fatídica, que, en lugar de conducirlos a la salvación, los lleva a la ruina. Mediante sus estratagemas les hacen saltar los ojos de las órbitas, para que no puedan ver sus miserias y los medios para salir del estado miserable en que se encuentran, haciéndoles víctimas de su aprensión y repugnancia hacia los Santos Sacramentos. Los tienen aprisionados por los muslos y por las piernas., para que no puedan moverse ni dar un paso por el camino del bien; tal es el predominio de la pasión, a causa del hábito contraído, que llegan a creer imposible la enmienda.

Les aseguro, queridos jóvenes, que derramé abundantes lágrimas al contemplar aquel espectáculo. Habría deseado precipitarme a salvar a aquéllos infelices, pero apenas me separaba de la lente, nada veía. Quise entonces

tomar nota de los nombres de los tres desgraciados, pero el amigo me replicó:

—Es inútil, pues están ya escritos en este libro que tengo en la mano.

Entonces, con el corazón lleno de una emoción indecible y con lágrimas en los ojos, me volví al compañero y le dije.

—Pero ¿es posible que se encuentren en semejante estado estos tres pobres jóvenes a los cuales he dado tantos consejos y a los que tantos cuidados he dedicado en la confesión y fuera de ella?

Y seguidamente le pregunté qué es lo que deberían hacer para arrojar de encima a tan horribles monstruos.

Entonces, mi compañero, comenzó a decir muy de prisa y entre dientes estas palabras: Labor, sudor, fervor.

—Es inútil; si hablas así no te entenderé nada.

¡Vaya! Estás acostumbrado al empeño de las gramáticas y al uso de las construcciones en las clases ¿y no comprendes? Presta atención: Labor, punto y coma; sudor, punto y coma; fervor, punto. ¿Has entendido?

—He comprendido el sentido material de las palabras, pero es necesario que tú me digas el significado.

Y el guía continuó:

Labor in assiduis opéribus; sudor in poenitentiis continuis; fervor in oratiónibus fervéntibus et perseverántibus. Pero, por estos es inútil que te sacrifiques; no conseguirás ganártelos, pues no quieren sacudir el yugo de Satanás, del cual son esclavos.

Entretanto, yo seguía mirando por la lente y me atormentaba pensando:

—Pero ¿todos éstos se han de perder irremisiblemente? ¿Es posible? ¿Aun después de haber hecho los ejercicios espirituales? ¿También aquéllos? ¿Y aquellos otros? ¿Después de haber hecho tanto por ellos... después de haber trabajado tanto..., después de tantos sermones... después de tantos consejos como les he dado... ¡y de tantas promesas!..., después de haberles avisado tantas veces? ¡Jamás me habría esperado semejante desengaño! Y no

encontraba punto de reposo.

Entonces mi intérprete comenzó a reprenderme:

—¡Oh, el soberbio! ¿Y quién eres tú para pretender convertir a las almas con tu trabajo? ¿Porque amas a los jóvenes pretendes que correspondan a tus desvelos? ¿Acaso crees que amas más a las almas que Nuestro Divino Salvador y que has sufrido y padecido por ellas más que El? ¿Piensas que tu palabra es más eficaz que la de Jesucristo? ¿Acaso predicas tú mejor que El? ¿Te imaginas que has tenido mayor caridad y que tu solicitud ha sido más grande para con tus jóvenes que la que El empleó para con sus Apóstoles? Tú sabes que vivían con El continuamente, que gozaban ininterrumpidamente del cúmulo de sus beneficios, que oían día y noche sus amonestaciones y los preceptos de su doctrina, que contemplaban sus obras que debían ser un vivo estímulo para la santificación de sus costumbres. ¡Cuánto no hizo y dijo en favor de Judas Iscariotes! Y, con todo, Judas Iscariotes le traicionó y murió impenitente [y ahora esta en infierno – Gehenna]. ¿Eres tú acaso mejor que los Apóstoles? Pues bien, los Apóstoles eligieron siete diáconos, solamente siete, seleccionados con la mayor solicitud, y, con todo, uno prevaricó. ¿Y tú, entre quinientos, te maravillas de este pequeño número que no corresponde a tus cuidados? ¿Pretendes conseguir que entre ellos no haya ninguno malo, ningún pervertido? ¡Oh, el soberbio!

Al oír esto callé, pero no sin sentir mi alma oprimida por el dolor.

—Por lo demás, consuélate— prosiguió aquel hombre, viéndome tan abatido. Y me hizo dar otra vuelta a la rueda, mientras decía:

—¡Admira la generosidad de Dios! Observa cuántas almas te quiere regalar. ¿Ves ese gran número de jóvenes?
Volví a mirar a través de la lente y vi una muchedumbre inmensa de jóvenes, a los cuales desconocía por completo.

—Sí, los veo ■—respondí—, pero no los conozco.

—Pues bien, éstos son los que el Señor te dará en lugar de aquellos que no corresponden a tus cuidados. Ten presente que por cada uno de ellos el Señor te dará cien.

—¡Ah! ¡Pobre de mí!, —exclamé—; tengo la casa llena; ¿dónde

colocaré a todos estos jóvenes nuevos?

—No te preocupes. Por ahora tienes sitio para todos. Más adelante, Aquel que te los envía, te indicará dónde los tienes que albergar. El mismo te proporcionará el sitio.

—No es tanto el lugar donde colocarlos lo que me preocupa, cuanto la manera de darles de comer.

No pienses ahora en eso; el Señor proveerá.

—Si es así, perfectamente— repliqué lleno de consuelo.

Y observando durante largo rato y con gran complacencia a aquellos jóvenes, retuve la fisonomía de muchos de ellos, de forma que ahora los reconocería si los volviese a ver.
****

Y ahí terminó de hablar [San] Juan Don Bosco en la noche del dos de mayo.

II

En la noche del tres de mayo el [Santo] proseguía su relato.

A través de aquel cristal pudo ver la vocación de cada uno de sus alumnos. En esta ocasión fue conciso y categórico en sus palabras. No dio nombre alguno, dejando para otra ocasión las preguntas que hizo a su guía y las explicaciones que oyó de labios de este en relación con ciertos símbolos y alegorías que habían desfilado ante su vista.

El clérigo Ruffino nos legó algunos nombres sirviéndose de las confidencias que le hicieran algunos de los mismos jóvenes a quienes [San] Juan Don Bosco había dicho lo que sobre ellos había visto en el sueño, dejando constancia de ello. Dicha nota llevaba fecha de 1861.

Nosotros entretanto —continúa Don Lemoyne— para mayor claridad en la exposición y para evitar demasiadas repeticiones, formaremos un todo único, introduciendo en el relato los nombres omitidos y las explicaciones consiguientes; pero éstas, en la mayoría de los casos, no serán presentadas en forma dialogada. Con todo seremos exactos, citando literalmente cuanto

escribió el cronista.
[San] Juan Don Bosco, pues, comenzó a decir:
****

El desconocido continuaba junto al aparato de la rueda y de la lente. Yo me sentía muy contento por haber visto a tantos jovencitos que vendrían a vivir con nosotros, cuando me fue dicho:

—¿Quieres contemplar algo más hermoso?

■

—Sí, sí, veamos.

—¡Da una vuelta a la rueda!

Así lo hice, mirando después a través de la lente. Vi a todos mis jóvenes divididos en numerosos grupos, algo distante los unos de los otros y ocupando una amplia extensión. Hacia una parte divisé un terreno sembrado de legumbres y hortalizas y cubierto en parte de pastos, en cuyos linderos crecían algunas hileras de vides silvestres. En dicho campo, los jóvenes de uno de los grupos trabajaban la tierra empleando azadas, palas, bieldos de dos puntas, picos y rastrillos. Estaban además divididos en cuadrillas que tenían sus respectivos jefes. Les presidía el Caballero Oreglia de Sara Esteban, el cual distribuía entre ellos herramientas de labor de toda suerte y obligaba a trabajar a los que no tenían ganas de hacerlo. A lo lejos, al fondo de aquel terreno, vi a algunos jóvenes arrojando la simiente a la tierra.

El segundo grupo se encontraba en la otra parte, en un extenso campo de trigo cubierto de doradas espigas. Un largo foso servía de lindero entre este y los demás campos cultivados que se veían por doquier y cuyos límites se perdían en el horizonte lejano. Los jóvenes que trabajaban en él se dedicaban a recoger las mieses, pero no todos realizaban la misma labor. Unos segaban y hacían grandes gavillas; otros las amontonaban; quiénes espigaban, quién conducía un carro; este trillaba, aquél arreglaba las hoces, el otro las distribuía, el de más allá tocaba la guitarra. Les aseguro que era un hermoso espectáculo de sorprendente variedad.

En aquel campo, a la sombra de añosos árboles, se veían numerosas mesas con el alimento necesario para toda aquella gente; y más allá, a poca distancia, un amplio y magnífico jardín cercado, de abundante sombra y cubierto de macizos de las más bellas y variadas flores.

La separación entre los que labraban la tierra y los segadores representaba a los que abrazan el estado eclesiástico y a los que no siguen esta vocación. Yo, con todo, no entendía aquel misterio y volviéndome a mi guía, le dije:

—¿Qué significa esto? ¿Quiénes son los que cavan?

—¿Aún no lo entiendes?, —me replicó)—. Los que cavan son los que trabajan solamente para sí mismos, esto es, los que no son llamados al estado eclesiástico sino al laical.

Y entonces comprendí inmediatamente que aquellos trabajadores eran los artesanos, a los cuales en su estado, les basta pensar en la salvación de la propia alma, sin que tengan especial obligación de dedicarse a la de los demás.

—¿Y los segadores que se encuentran en la otra parte del campo?—, repliqué.

Y pronto supe que eran los llamados al estado eclesiástico, de forma que ahora sabría decir quién se hará sacerdote y quién seguirá otra carrera.

Mientras contemplaba yo con verdadera curiosidad aquel campo de trigo, vi que Provera distribuía las hoces entre los segadores, lo que significaba que podría llegar a ser Rector de un Seminario o Director de una Comunidad religiosa o de una casa de estudios o algo más. Ha de notarse que no todos los que trabajaban recibían la hoz de sus manos, ya que los que acudían a él eran solamente los que formarían parte de nuestra Congregación; los demás la recibían de otros distribuidores que no eran de los nuestros, lo que quería indicar que estos últimos se harían sacerdotes, pero para dedicarse al Sagrado Ministerio fuera del Oratorio. La hoz es símbolo de la palabra de Dios.

Provera no entregaba la hoz inmediatamente a quienes se la pedían. A algunos les ordenaba que fuesen antes a comer; y, en efecto, estos iban a tomar un bocado aquí y allá: símbolo de la piedad y del estudio.

A Santiago Rossi le mandó que fuese a tomar un bocado. Aquellos a quienes se les daba esta orden se dirigían a un bosquecillo donde estaba el clérigo Durando muy ocupado, entre otras cosas, preparando las mesas para los segadores y dándoles de comer. Esta ocupación indicaba a los destinados

de una manera especial a promover la devoción al Santísimo Sacramento.

Mateo Calliano era el encargado de dar de beber a los segadores.

Costamagna segundo se presentó también pidiendo una hoz, pero Provera lo mandó al jardín por dos flores. Lo mismo sucedió a Quattróccolo. A Rebuffo se le ordenó que fuese por tres flores, prometiéndosele, en cambio, que después se le entregaría la hoz. También estaba allí Olivero.

Entre tanto los jóvenes se habían desparramado por entre las espigas. Muchos estaban alineados; otros, delante de un cantero ancho; algunos, junto a otro más estrecho. Don Ciattino, párroco de Maretto, segaba con la hoz que le había entregado Provera. Lo mismo hacían Francesia y Vibert, Perucati, Merlone, Momo, Garino, Iarach, los cuales habrían de dedicarse a la salvación de las almas mediante el ministerio de la predicación, si correspondían a su vocación.

Quiénes segaban más, quiénes menos. Bondioni trabajaba desesperadamente, pero nada violento puede ser de mucha duración. Otros manejaban las hoces con todas sus fuerzas, sin lograr cortar la mies. Vascheti empuñó una hoz y comenzó a segar hasta que se salió fuera del campo yéndose a trabajar a otra parte. A otros varios les sucedió lo mismo. Entre los que segaban había muchos que no tenían la hoz afilada; a algunas hoces les faltaba la punta. Algunos las tenían tan gastadas que al querer emplearlas destrozaban y estropeaban la mies.

A Domingo Ruffino se le encargó de segar un bancal muy ancho; su hoz cortaba muy bien, pero le faltaba la punta, símbolo de la humildad: era el deseo de ocupar el grado más elevado entre los iguales. Acudió a Francisco Cerrutti para que se la arreglara. En efecto, vi a Cerrutti arreglando algunas hoces; señal de que debía de inculcar en los corazones ciencia y piedad, lo que quería decir que sería enseñante, por eso se le veía manejar diestramente el martillo. Golpear con esta herramienta quería decir dedicarse a la enseñanza del clero. Provera le presentaba las hoces estropeadas. Don Ronchetti y otros recibían las que necesitaban ser afiladas, pues se dedicaban a esto. El oficio de afilar representaba a los que se encargaban de formar al clero en la piedad. Viale fue a coger una hoz que no estaba afilada, pero Provera le dio otra que acababa de ser pasada por la piedra. Vi también a un herrero preparando las herramientas de metal empleadas en la agricultura: era Costanzo.

Mientras todos se entregaban con ardor, cada uno a su trabajo, Fusero hacía las gavillas, lo que indicaba la conservación de las conciencias en la gracia de Dios; pero, detallando aún más y viendo en las gavillas representados a los simples fieles, no destinados al estado religioso, se sobrentendía que ocuparía en el porvenir un puesto de enseñante en la instrucción de los clérigos.

Había algunos que le ayudaban a atar las gavillas y recuerdo haber visto entre otros a Don Turchi y a Ghivarello. Esto representa a los destinados a poner orden en las conciencias, especialmente mediante la práctica del ministerio de la Confesión, entre los adeptos o aspirantes al estado eclesiástico.

Otros transportaban gavillas en un carro, símbolo de la gracia de Dios. Los pecadores convertidos han de montar en este carro para seguir la recta vía de la salvación, que tiene como término el cielo.

El carro comenzó a moverse cuando estuvo completamente cargado de gavillas. Tiraban de él, no los jóvenes, sino dos bueyes, símbolo de la fuerza o esfuerzo perseverante. Algunos iban conduciéndolo. Delante de todos ellos [Beato] Miguel Don Rúa, que era el que guiaba, lo que quiere decir que su misión sería dirigir las almas hacia el cielo. Don Savio seguía detrás con una escoba recogiendo las espigas y las gavillas que se caían.

Esparcidos por el campo estaban los espigadores, entre los cuales Juan Bonetti y José Bongiovanni; esto es: los que atendían a los pecadores obstinados. Bonetti especialmente está designado por el Señor para buscar a los desgraciados que han escapado de la hoz de los segadores.

Fusero y Anfossi amontonaban gavillas en el campo, para que fuesen trilladas a su debido tiempo: esto tal vez quería decir que a su debido tiempo desempeñarían alguna cátedra.

Otros, como Don Alasonatti, ataban las gavillas, representación de los que administran el dinero, vigilan para que se cumplan las reglas; enseñan las oraciones y el canto sagrado, cooperando, en suma, moral y materialmente, a encaminar a las almas hacia la meta de la salvación.

Un espacio de terreno estaba preparado como para trillar las gavillas en él. Don Juan Cagliero, que se había dirigido al jardín en busca de algunas

flores, las distribuía entre los compañeros y él con un ramito en la mano se encaminó hacia la era para comenzar la faena. Esta labor simboliza a los destinados por Dios para la instrucción del pueblo llano.

A lo lejos se divisaban algunas negras humaredas que levantaban sus penachos al cielo. Era el efecto de la labor de los que recogían los rastrojos y sacándolos fuera del campo sembrado de espigas, los amontonaban y les prendían fuego. Esto simboliza a los destinados a separar a los buenos de los malos, labor reservada a los directores de nuestras futuras casas. Entre éstos estaban Don Francisco Cerrutti, Tamietti, Domingo Belmonte, Pablo Albera y otros que actualmente cursan sus primeros estudios, siendo aún muy jóvenes.

Todas las escenas anteriormente descritas se desarrollaban al mismo tiempo. Entre aquella multitud de jóvenes vi a algunos que llevaban unas antorchas encendidas para alumbrar a los demás a pesar de que era pleno mediodía. Eran los que habían de servir de ejemplo a los demás obreros del Evangelio, iluminando al clero con su conducta. Entre ellos estaba Pablo Albera, el cual, además de llevar la antorcha, tocaba también la guitarra, indicio de que indicaría el camino a seguir a los sacerdotes animándoles al cumplimiento de su misión. Se aludía a algún otro cargo que ocuparía en la Iglesia.

Mas, en medio de tanto movimiento, no todos los jóvenes al alcance de mi vista se ocupaban de algún trabajo. Uno de ellos tenía una pistola en la mano, esto es, tenía vocación de militar, pero aún no se había decidido a seguirla.

Algunos otros, con las manos en la cintura, observaban a los segadores, dispuestos a seguir su ejemplo; otros parecían indecisos, pero al considerar la dureza del trabajo, no se resolvían a empuñar la hoz. No faltaban tampoco quienes acudían presurosos a la faena. Algunos, al llegar el momento de tener que comenzar a segar, permanecían ociosos; otros empuñaban la hoz al revés, entre ellos Molino: símbolo de los que hacen lo contrario de lo que deben hacer. Muchísimos se alejaban para coger uvas silvestres, representando a los que pierden el tiempo en cosas extrañas a su ministerio.

Mientras yo contemplaba lo que sucedía en el campo del trigo, vi un grupo de jóvenes cavando la tierra; ofrecían un espectáculo singular. La mayor parte de aquellos muchachos trabajaba con singular interés, mas tampoco faltaban los negligentes. Algunos manejaban la azada al revés; otros golpeaban la tierra, pero la herramienta no penetraba en ella; no faltaban

quienes a cada azadonada se les salía el hierro del mango. El mango representa la rectitud de intención.

Observé entonces que algunos que al presente son artesanos, estaban en el campo de los que segaban, y, en cambio, otros que ahora son estudiantes se encontraban entre los que cavaban la tierra. Intenté tomar nota de cuanto veía, pero mi intérprete me mostraba siempre el cuaderno y no me permitía escribir.

Al mismo tiempo vi también a muchos jóvenes que estaban sin hacer nada, no sabían resolverse a ponerse a segar o a cavar la tierra.

Los dos Dalmazzo, Primo Ganglio y Monasterolo con otros muchos, estaban mirando, pero ya habían tomado una decisión.

También me di cuenta de que algunos, saliendo del grupo de los cavadores, mostraban deseos de ir a segar. Uno corrió al campo de trigo tan decidido que no se preocupó antes de adquirir una hoz. Avergonzado de aquel necio proceder, volvió atrás para pedirla. El que las distribuía no quería dársela y el tal le urgía para que se la proporcionase.

—Aún no es tiempo— le respondió el distribuidor.

—Sí que lo es, dámela.

—No; ve antes a coger dos flores del jardín.

—¡Ah!, —exclamó el solicitante encogiéndose de hombros—; iré a coger todas las flores que quieras.

—No, solamente dos.

Se dirigió seguidamente al jardín, pero al llegar a él se dio cuenta de que no había preguntado qué flores eran las que tenía que coger, y se apresuró a desandar él camino.

—Has de cortar —le dijeron— la flor de la caridad y la flor de la humildad.

—Ya las tengo.

—Eso es lo que te dice tu presunción, pero en realidad no las tienes.

Y aquel joven se revolvía en un acceso de cólera y daba saltos impulsado por la ira que le dominaba.

—No es este el momento más oportuno par enfadarse de esa manera —le dijo el distribuidor—, negándose resueltamente a entregarte la herramienta que le había pedido. Ante tal actitud, el infeliz se mordía los puños de rabia.

Al contemplar semejante espectáculo, aparté la vista de la lente a través de la cual había contemplado tantas cosas, sintiéndome lleno de emoción por las aplicaciones morales que me había sugerido mi amigo.
Quise rogarle aún que me diera algunas explicaciones más y él añadió:

—El campo sembrado de trigo representa a la Iglesia: la mies es el fruto de la cosecha; la hoz es el símbolo de los medios empleados para conseguir dicho fruto, sobre todo la palabra de Dios; la hoz sin punta representa la falta de piedad, y sin filo la carencia de humildad; salirse del campo mientras se siega, quiere decir abandonar el Oratorio o la Pía Sociedad.

III

La noche del cuatro de mayo [San] Juan Don Bosco se disponía a finalizar la narración del sueño en el que había visto representados en el primer grupo a los alumnos estudiantes del Oratorio y en *el segundo a los que eran llamados al estado eclesiástico.*

Hemos llegado, pues, al tercer cuadro o visión en la que, en apariciones sucesivas [San] Juan Don Bosco vio a todos los que en 1861 dieron su nombre a la Pía Sociedad de San Francisco de Sales; el prodigioso engrandecimiento de la misma y el lento ocaso de los primeros salesianos a los que habían de seguir los continuadores de la Obra.

El siervo de Dios aquella noche habló así:
****

Después de haber contemplado a mi placer la escena de la siega, tan rica en detalles, el amable desconocido me dijo:

—Ahora dale diez vueltas a la rueda; cuéntalas y después mira a través de la lente.

Me puse a hacer lo que me había sido ordenado y tras haber dado la décima vuelta, me puse a mirar tras el cristal. Y he aquí que vi a los mismos jóvenes a los que recordaba haber contemplado días antes en edad adolescente, convertidos en adultos de aspecto viril; a otros con larga barba o con los cabellos blancos.

—Pero ¿cómo puede ser esto? Hace apenas unos días aquél era un niño al que casi se le podía tomar en brazos, ¿y hoy es ya tan mayor?

El amigo me contestó:

—Es natural; ¿cuántas vueltas has dado?

—Diez.

—Pues bien: del 61 al 71. Todos tienen ya diez años más de edad.

—¡Ah! ¡Comprendido!

Y como continuase observando a través d la lente pude ver panoramas desconocidos, casas nuevas que nos pertenecían y a muchos jóvenes dirigidos por mis queridos hijos del Oratorio, convertidos ya en sacerdotes, en maestros, en directores, que se dedicaban a instruirles y proporcionarles honestas diversiones.

—Vuelve a dar otras diez vueltas —me dijo el personaje— y llegaremos al 1881. Tomé el manubrio y la rueda dio otras diez vueltas. Miré y solamente vi a la mitad de los jóvenes que había contemplado la primera vez, casi todos ya con el pelo blanco y algunos un poco encorvados.

—¿Y los otros, dónde están?—, pregunté.

—Ya forman parte del número de los más— me respondió el guía.

Esta considerable disminución del número de mis muchachos me causó un vivo desasosiego, pero me consoló el contemplar en un cuadro inmenso, países nuevos y regiones desconocidas y una gran multitud de jóvenes bajo la custodia y dirección de nuevos maestros que dependían aún de mis primeros alumnos.

Después di otras diez vueltas a la rueda he aquí que solamente vi una cuarta parte de los jóvenes que había contemplado pocos momentos antes; todos ellos se habían trocado en ancianos de barbas y cabellos blancos.

—¿Y todos los demás?—, pregunté.

—Forman parte ya del número de los más. Estamos en 1891.

Y he aquí que ante mi vista se desarrolló una escena conmovedora.

Mis hijos sacerdotes, agotados por la fatiga, estaban rodeados de niños, a los cuales yo no había visto nunca; muchos de fisonomía y de color distinto de los que habitualmente viven en nuestros países.

Di aún otras diez vueltas a la rueda y solamente pude ver un tercio de mis primitivos jóvenes, ya decrépitos, cargados de espaldas, desfigurados, macilentos, en los últimos años de su vida. Entre otros, me recuerdo haber visto a [Beato] Miguel Don Rúa, tan viejo y desfigurado que era difícil reconocerlo, ¡tanto había cambiado!

—¿Y los demás?—, pregunté.

—Pertenecen ya al número de los más. Estamos en 190Í.

En algunas casas no encontré a ninguno de los antiguos; maestros y directores me eran completamente desconocidos; la muchedumbre de los jóvenes era cada vez más numerosa; las casas aumentaban cada vez más y el personal directivo había crecido también de una manera admirable.

—Ahora —continuó mi amable intérprete— darás otras diez vueltas y verás cosas que te llenarán de consuelo las unas, y otras que te proporcionarán una gran angustia.

Y di otras diez vueltas.

—¡Estamos en 1911!—, exclamó el misterioso amigo.

—¡Ah, mis queridos jóvenes! Vi nuevas casas, jóvenes nuevos, directores y maestros con hábitos y costumbres nuevas.

¿Y mis jóvenes del Oratorio de Turín? Busqué una y otra vez entre una gran muchedumbre de muchachos y solamente pude ver a uno de Vosotros con los cabellos blancos, consumido por la edad, rodeado de una hermosa corona de jóvenes, a los cuales contaba los comienzos de nuestro Oratorio, recordándoles y repitiéndoles las cosas aprendidas de labios de [San] Juan Don Bosco; y les señalaba una fotografía que estaba colgada de la pared del locutorio. ¿Y los otros alumnos ancianos, los superiores de las casas que había visto ya envejecidos?

Tras una nueva señal tomé el manubrio y di algunas vueltas más. Después, solamente vi una llanura desolada sin ser viviente alguno:

—¡Oh!, —exclamé aterrado—. ¡Ya no veo a ninguno de los míos! ¿Dónde están, pues, ahora todos los jóvenes a los cuales acogí y que eran tan vivarachos y robustos y los que se encuentran actualmente conmigo en el Oratorio?

—Pertenecen ya al número de los más. Has de saber que han pasado diez años cada vez que hacías girar la rueda otras tantas veces.

Hice la cuenta y resultó que habían transcurrido cincuenta años y que alrededor del 1911 todos los alumnos actuales del Oratorio habrían muerto.

—¿Quieres ver ahora otro espectáculo sorprendente?—me dijo aquel buen hombre.

—Sí— le respondí.

—Entonces presta atención si te agrada ver y saber algo más. Da una vuelta a la rueda en sentido contrario, y ahora cuenta tantas vueltas cuantas has dado anteriormente.

La rueda giró.

—¡Ahora, mira!—, me dijo el guía.

Miré y he aquí que vi ante mí una cantidad inmensa de jovencitos, todos desconocidos, de una infinita variedad de costumbres, pueblos, fisonomías y lenguas, de forma que por mucho que me esforcé sólo pude apreciar una

mínima parte de ellos con sus superiores, directores, maestros y asistentes.

—A éstos, en realidad, no los conozco— dije a mi guía.

—Pues a Pesar de ello —me respondió—, son hijos tuyos. Escúchalos hablan de ti y de tus primeros hijos que fueron sus superiores y que ya no existen; recuerdan las enseñanzas que de ti y de ellos recibieron.

Seguí observando con atención, pero cuando aparté la vista de la lente, la rueda comenzó a girar por sí sola a tanta velocidad y haciendo tal ruido, que me desperté, encontrándome en el lecho presa de un cansancio mortal.
****

«A hora que ¡es he contado estas cosas, Vosotros pensaráis:

—¡Quién sabe! A lo mejor [San] Juan Don Bosco es un hombre extraordinario, un personaje, tal vez un santo. Mis queridos jóvenes, para impedir que se susciten conversaciones necias en torno a mi persona, les dejo en plena libertad de creer o no creer en estas cosas, de darles más o menos importancia; sólo les ruego que no tomen nada de cuanto les he referido a risa al comentarlo, ya con los compañeros ya con personas de fuera. Me complace el decirles que el Señor dispone de muchos medios para manifestar a los hombres su voluntad. A veces se sirve de los instrumentos más ineptos e indignos, como se sirvió en otro tiempo de la burra de Balaán haciéndola hablar y del falso profeta del mismo nombre, que predijo muchas cosas referentes al Mesías.

Por eso, lo mismo puede suceder conmigo. Les digo además que no se fijen en mis obras para regular las suyas. Lo que deben hacer es tomar en cuenta lo que les digo, pues tengo la certeza de que de esa forma cumplirán la voluntad de Dios y todo redundará en provecho de sus almas. Respecto a lo que hago, no digan nunca: Lo ha hecho [San] Juan Don Bosco y, por tanto, está bien; no. Observen primero mis acciones, si ven que son buenas, imítenlas; si acaso me ven hacer algo que no está bien, guárdense mucho de imitarlo: deséchenlo como cosa mal hecha».

El efecto que produjo en el Oratorio el relato de este sueño lo sabremos por los que escucharon su relato de labios de Don Bosco.

El canónigo Jacinto Ballesio en su obrita: "Vita intima di Don Giovanni Bosco", añadiendo algunos detalles omitidos por la crónica, escribe

al comentar el sueño precedente: «[San] Juan Don Bosco era todo para nosotros e incluso durante el brevísimo tiempo que dedicaba al descanso, su pensamiento estaba fijo en sus hijos. El poeta cantó que "sogna il guerrier le schiere"; *[San] Juan Don Bosco soñaba con sus jóvenes. Pero ¿qué digo soñar?, las de [San] Juan Don Bosco eran visiones celestiales. El las narraba como sueños, pero yo y todos estábamos persuadidos de que se trataba de auténticas, de sorprendentes visiones. Recuerdo aquella en la que vio a los 400 muchachos del Oratorio, estudiantes y artesanos, en diversas actitudes y en circunstancias diferentes, que representaban el estado moral de cada uno. El [Santo] contó cuanto había visto, durante varias noches consecutivas, después de los oraciones, y lo hizo con tal viveza de colorido y con tal fuerza expresiva, que parecía un anuncio profético. A algunos los vio resplandecientes de luz; a otros, con el alma y el corazón lleno de tierra; a otros, asediados, acompañados o atacados por animales diversos, símbolo de las tentaciones, de las ocasiones peligrosos y de los pecados. Este relato expuesto por [San] Juan Don Bosco con sencillez, gravedad y afecto paterno, dando al mismo tiempo mucha importancia a lo que decía, causó en todos la mayor y más saludable impresión. Todos los presentes, uno después de otro, quisieron saber de labios del siervo de Dios lo que sobre cada uno había visto, pudiendo comprobar con gran admiración que cuanto el buen padre les decía se adaptaba perfectamente a la más estricta realidad.*

En el Oratorio fue tan grande el saludable efecto de este relato, según se pudo apreciar por la conducta de los jóvenes, que mayor no se habría podido esperar de la más fructífera de las misiones. Todas estas cosas extraordinarias que apenas si he mencionado, no se pueden achacar a una atenta observación de la vida ordinaria o a los conocimientos que el mismo [San] Juan Don Bosco hubiese podido recabar de ¡as confidencias que le hacían ¡os jóvenes o a las relaciones con sus colaboradores. El [Santo] hablaba y obraba estas maravillas de tal modo, que a nosotros, que ya no éramos niños; no se nos ocurría otra explicación plausible o razonable, sino que se trataba de dones extraordinarios que el cielo le concedía. Y refiriéndonos simplemente al sueño o *visión que acabamos de indicar, ¿cómo habría podido ver y recordar con tal exactitud el estado de cada uno de los cuatrocientos jóvenes, entre los cuales se hallaban los que acababan de ingresar en el Oratorio y otros muchos que no se confesaban con él, los cuales al oír de labios del [Santo], la descripción viva e íntima de sus almas, de sus inclinaciones y pasiones, de sus actos más ocultos, reconocían que les había dicho la verdad?»*

Escribe Mons. Cagliero: «Yo me encontraba presente cuando [San] Juan Don Bosco, en el año 1861, contó el sueño de la rueda, en el cual dio el porvenir de nuestra naciente Congregación. Narraba estos sueños, porque habiéndose aconsejado con [San] José Don Cafasso, éste le había dicho que siguiese adelante tuta concientia, *en darles importancia, pues juzgaba que era para gloria de Dios y bien de las almas. Tal opinión la supimos de labios de [San] Juan Don Bosco sus amigos más íntimos, poco antes de la muerte de [San] José Don Cafasso.*

La atención que prestaban los jóvenes a sus palabras causaba sorpresa e imponía en gran manera.

Entretanto [San] Juan Don Bosco, haciendo gala de una prodigiosa memoria y de una extraordinaria lucidez mental, al ser interrogado sobre el particular reservadamente, sabía indicar el nombre del interesado y *el oficio que en el campo de trigo desempeñábamos muchísimos de nosotros, dando al mismo tiempo la oportuna explicación.*

Empleó el [Santo] en contar este sueño tres noches consecutivas, sirviendo su relato para nuestros comentarios generales y dando pie para frecuentes conversaciones entre los jóvenes del Oratorio y nuestro buen padre, quedando todos persuadidos de que en él se le había manifestado, no sólo el porvenir del Oratorio, sino también de toda la Congregación. [San] Juan Don Bosco se complacía en repetir a sus íntimos las descripciones del campo cubierto de mieses ondulantes, de las diversas actitudes de los segadores y de los que distribuían las herramientas.

Aseguraba entonces que nuestra Pía Sociedad, tan combatida y obstaculizada, sería aprobada a pesar de todas las probabilidades en contra y que contra el parecer de muchos, considerados como personas doctas y prudentes, subsistiría, progresaría grandemente alcanzando un gran incremento; cosas todas que yo oí a mis compañeros y repetidas veces al mismo [Santo].»
****

Respecto a los tres jóvenes que tenían el monazo sobre las espaldas, Don Francisco Dalmazzo atestiguaba con juramento: «Recuerdo muy bien que [San] Juan Don Bosco, hablando de éstos, añadía que si deseaban saber algo más concreto, se apresurasen a entrevistarse con él. Más de cincuenta muchachos del Oratorio se presentaron al buen padre, temerosos de tener en la conciencia alguna cosa oculta; pero [San] Juan Don Bosco dijo a cada uno de

ellos:
****

—No eres tú.

Habiéndose encontrado después, casualmente, en el patio, en ocasiones distintas, con aquellos tres infelices, les advirtió de la realidad del desgraciado estado en que se encontraban. Uno de ellos era condiscípulo mío y me lo dijo a mí confidencialmente, manifestándome su admiración de que [San] Juan Don Bosco pudiese conocer aquellas cosas.

Por otra parte, yo también tuve algunas pruebas personales sobre la facilidad con que [San] Juan Don Bosco escudriñaba los corazones, pues repetidas veces me reveló el estado de mi conciencia sin que yo le hubiese preguntado nada. La misma impresión tenían algunos de mis compañeros, los cuales confesaron ingenuamente que, a pesar de haber callado en la confesión pecados graves, [San] Juan Don Bosco había sabido ponerles de manifiesto con toda precisión, el estado en que se *encontraban.»*

De uno de los cuatro encadenados tuvimos noticias por el teólogo Borel.

Habiendo ido dicho teólogo en 1866 a ejercer su ministerio a las cárceles, al regresar al Oratorio traía a [San] Juan Don Bosco un encargo de parte del joven Bec... di...; condenado por desertor del ejército. El prisionero pedía al [Santo] "El joven instruido" y al mismo tiempo le mandaba a decir:

—¿Recuerda que me dijo que en el sueño de la rueda me había visto encadenado? Ciertamente yo era uno de los cuatro; pero he de comunicarle para su consuelo, que me encuentro en la prisión, no por haber cometido un delito, sino por haber huido del cuartel por serme insoportable la rigidez de la vida militar.

[San] Juan Don Bosco fue a visitarlo llevándolo al mismo tiempo el libro que le había pedido.

Además de la prisión, el [Santo], después de aquel sueño, le pronosticó que sufriría otras vicisitudes. Al terminar sus estudios se había despedido del buen padre, diciéndole que tenía intención de entrar en una Congregación religiosa.

—¡Quédate con nosotros!, —le aconsejó Don Bosco, queriéndole inducir a formar parte de la familia del Oratorio—. No te alejes de mí; aquí tendrás lo que deseas.

Pero el joven estaba resuelto a marcharse.

Si es así, márchate —concluyó el [Santo]—. Te harás jesuita, pero te mandarán a tu casa. Entrarás en los Capuchinos y no perseverarás. Finalmente, acuciado por el hambre y después de varias peripecias, volverás al Oratorio en demanda de un trozo de pan.

Todo esto parecía poco verosímil, pues el joven en cuestión disponía de un patrimonio de unas 60,000 liras y su familia era la más acomodada del pueblo. Mas a pesar de todo, sucedió al pie de la letra cuanto [San] Juan Don Bosco le había predicho.

Habiendo entrado primeramente en los jesuitas y *después en los Capuchinos, no pudo adaptarse a las reglas siendo despedido tras un breve lapso de tiempo. Gastó el dinero de que disponía y después de algunos años apareció en el Oratorio en un estado de la más extrema miseria. Fue amablemente acogido, permaneció en él un año y se volvió a marchar, pues era muy amante de la vida bohemia. El mismo interesado contaba el cumplimiento de esta profecía en e¡ año 1901.*

Entretanto, clérigos y alumnos habían comenzado a asediar a [San] Juan Don Bosco desde el cuatro de mayo, preguntándole en qué parte del campo les había visto, si entre los que cavaban o entre los segadores y la ocupación que desempeñaban. El buen padre satisfizo a todos. Al exponer el sueño hemos dado a conocer algunas de sus respuestas; no pocas de ellas, como se pudo constatar después, fueron verdaderas predicciones.

[San] Juan Don Bosco había visto a¡ clérigo Molino, ocioso, con la hoz en la mano, observando cómo trabajaban los demás; después pudo apreciar cómo se acercaba al foso que rodeaba el campo y después de saltarlo y arrojar el sombrero, le vio salir corriendo. Molino pidió a [San] Juan Don Bosco explicación de todo aquello y escuchó de sus labios esta respuesta:

—Tú cursarás, no cinco, sino seis años de teología y después dejaras la sotana.

Molino quedó estupefacto al escuchar estas palabras, que le parecieron

extrañas y lejos de la realidad; pero los hechos comprobaron que [San] Juan Don Bosco tenía razón. Dicho joven cursó cuatro años de teología en el Oratorio y otros *dos en Asti y después de hacer los ejercicios espirituales para la ordenación, habiendo ido a San Damián de Asti, que era su pueblo natal para pasar solamente un día y poner en claro cierto asunto, dejó la sotana y no volvió más.*

El clérigo Vaschetti era considerado con toda razón como una de las columnas del Colegio de Giaveno. Cuando [San] Juan Don Bosco le dijo que lo había visto salir del campo y saltar el foso, le respondió con despecho:

—*¡Se ve que ha soñado!*

En efecto, por entonces no pensaba abandonar a [San] Juan Don Bosco. Habiendo salido del Oratorio, pues era libre de hacerlo, y como *visitase a [San] Juan Don Bosco siendo ya joven sacerdote, el siervo de Dios le recordó su respuesta brusca pero filial.*

—*¡Me recuerdo, es cierto?*—, *replicó Vaschetti.*

Y [San] Juan Don Bosco:

—*Era aquí al Oratorio adonde Dios te llamaba. Por lo demás espero que el Señor te dará sus gracias; pero tendrás que luchar.*

Y en efecto, Dios ayudó a Vaschetti, el cual hizo mucho bien como párroco.

El clérigo Fagnano no quería preguntar a [San] Juan Don Bosco el lugar que ocupaba en el sueño, bien por cortedad, bien porque habiendo llegado al Oratorio hacia pocos meses del Seminario de Asti, no creía mucho en aquellas revelaciones. Acuciado, sin embargo, por los compañeros, se acercó al siervo de Dios y *le preguntó qué había visto a través de aquella lente relacionado con él.*

—*Te vi en el campo, pero tan distante que apenas si te podía reconocer. Estabas trabajando en medio de hombres desnudos.*

El clérigo Fagnano no dio demasiada importancia a aquellas palabras, pero las recordó cuando en un día de María Auxiliadora se vio en una playa

en el Estrecho de Magallanes comiendo moluscos durante dos días y con el barco a la vista que no se podía aproximar a causa de la tempestad. Y vio a los hombres desnudos de la Tierra del Fuego, lugar en que plantó la Cruz y *levantó su misión.*

A Don Ángel Savio, [San] Juan Don Bosco le aseguró que le había visto en países muy lejanos.

A las preguntas de Domingo Belmonte, contesto:

—Tú darás gloria a Dios con la música.

Y seguidamente añadió una palabra que causó en el joven profunda impresión; pero después que se hubo alejado unos pasos se borró por completo de su memoria, y, por mucho que recapacitó, no volvió a recordarla. [San] Juan Don Bosco lo había visto conduciendo un carro tirado por cinco mulos. El fruto de sus fatigas sería prodigioso. Maestro y asistente general en el Colegio de Mirabello, profesor en el de Atassio, primeramente prefecto y después director en Borgo San Martino; director y párroco en Sampierdarena, con todos estos cargos también desempeñó el de maestro de música, contribuyendo al esplendor y decoro de las funciones religiosas. Finalmente, fue prefecto general de la Sociedad y director del Oratorio de Turín, contando siempre con el afecto y *la confianza de los hermanos y de ¡os alumnos.*

[San] Juan Don Bosco —leemos en la Crónica— dijo también a Avanzino el oficio que desempeñaba en el sueño; después añadió:

—Dios quiere que hagas eso.

Avanzino, que no manifestó a nadie el oficio o misión a que según el sueño estaba destinado, porque no quería someterse a ella, decía después confidencialmente a algunos de sus íntimos:

—[San] Juan Don Bosco me descubrió cosas que yo no había dicho a nadie en el mundo.

A Go... le dijo también [San] Juan Don Bosco:

—Tú serías llamado al estado eclesiástico, pero te faltan tres virtudes:

humildad, caridad, castidad.

Añadió que la hoz no se la proporcionaría Don Provera.

El joven Ferrari, que decía querer abrazar el estado eclesiástico, no fue a preguntar el porvenir que le aguardaba según el sueño; por el contrario, seguía tomándolo a broma a pesar de que muchos le insistían para que se presentase al [Santo]. Al fin, se encontró en circunstancias tales que no pudo evitar el encuentro con [San] Juan Don Bosco, el cual le dijo que lo había visto en el campo de trigo y que a despecho de aquellos que lo habían enviado a coger flores, comenzó a segar con entusiasmo, pero que al final volvió la vista atrás y pudo comprobar que no había hecho nada.

—¿Qué quiere decir esto?—, preguntó entonces el joven.

—Pues, quiere decir —replicó [San] Juan Don Bosco— que si no cambias de estilo, esto es, si sigues obrando según tu capricho, llegarás a ser un sacerdote negligente o un religioso despreocupado.

Pero los jóvenes del Oratorio no se contentaban con las noticias dadas a cada uno en particular. Deseaban tener más amplias explicaciones del sueño, que se les resolviesen ciertas dificultades que no habían comprendido, que se les satisficiese plenamente la curiosidad que sentían, cosas todas que les mantenía en cierto estado de nerviosismo.

Había algunos dotados de gran ingenio, inteligencia y tan listos que habrían puesto en un gran aprieto a otro que no hubiese estado tan seguro de la realidad de su relato, como el [Santo].

[San] Juan Don Bosco, por su parte, no temía caer en contradicción y en la noche del cuatro de mayo —dice la Crónica— habló dando facultad a cada uno de los alumnos para que preguntaran cuanto quisieran, pues él mismo deseaba aclarar algunas cosas referentes al sueño, que no hubieran entendido bien.

En la noche del cinco de mayo muchos manifestaron sus dificultades.

—En primer lugar: ¿qué representa la noche?, preguntaron algunos.

[San] Juan Don Bosco respondió:

—La noche representa la muerte que se acerca: Venit nox quando nemo potest operari, ha dicho Nuestro Señor.

Los jóvenes entendieron que estaban próximos los últimos días del buen padre y, después de unos minutos de penoso silencio, requirieron de él que les dijera los medios que tenían que poner en práctica para que aquella noche se alejase lo más posible.

Hay dos medios para conseguirlo —replicó [San] Juan Don Bosco—. El primero sería no tener más esta clase de sueños, pues me arruinan extraordinariamente la salud. Y el segundo, que los empedernidos en el mal no obligaran en cierta manera al Señor a obrar de una forma violenta para librarlos del pecado.

—Y los higos y las uvas, ¿qué simbolizan?

—Las uvas y los higos, que en parte estaban maduros y en parte no, quiere decir que algunos hechos que precedieron a la noche se cumplieron ya y que otros se cumplirán. A su tiempo les diré cuáles son los hechos ya cumplidos. Los higos indican grandes acontecimientos que tendrán lugar muy pronto en el Oratorio. A este respecto tendría muchas cosas que decirles, pero no es conveniente que se las comunique por ahora, lo haré más adelante. Les puedo añadir que los higos, como símbolo de los jóvenes, pueden significar también dos cosas: o maduros por haberse ofrecido a Dios en el sagrado ministerio, o maduros para ofrecerse a Dios en la eternidad.

Séanos permitido —comenta Don Lemoyne— exponer una idea nuestra personal, a saber, que entre los higos ciertamente habría algunos amargos al paladar, por eso [San] Juan Don Bosco no los quiso escoger aunque se excusase de hacerlo aduciendo un pretexto diferente.

Que el Valle de Valcappone representase el Oratorio nos parece muy lógico, pues en él tuvo origen, o al menos en la región en que está enclavado, la Obra de [San] Juan Don Bosco. Lo mismo representan el carro del hermano José que fue siempre un generoso bienhechor del siervo de Dios y la rueda con la lente a través de la cual el siervo de Dios vio todo lo anteriormente descrito.

****

Los alumnos continuaron haciendo sus preguntas.

****

Prosigue Don Ruffino:

—¿Y los que tenían los monos sobre las espaldas, qué quiere decir?

—Representa —respondió [San] Juan Don Bosco— el demonio de la deshonestidad. Este demonio, cuando quiere arrojarse encima de alguno, no se presenta por delante, sino por la espalda, esto es, oculta la fealdad del pecado, no la deja ver, lo hace aparecer como cosa de nada. Estos monos gigantescos aprietan el cuello de sus víctimas, ahogando la palabra cuando los tales desgraciados quisieran confesarse. Aquellos infelices tenían ¡os ojos desorbitados para indicar que, quien es victima de este pecado, no puede ver las cosas del cielo. Mis queridos jóvenes: No olviden aquellas tres palabras: Labor, sudor, fervor, y podrán alcanzar la más completa victoria sobre todos los demonios que les vengan a tentar contra la virtud de la modestia.

—¡Y qué medios hay para quitar el candado de la boca?

[San] Juan Don Bosco respondió las misma palabras que le había dicho aquel amigo misterioso: Auferatur superbia de cordibus eorum.

Le hicieron otras preguntas respecto el trabajo que cada uno realizaba, pidiéndole las correspondientes explicaciones:

—¿Qué más nos puede decir sobre el campo de trigo?

—Los que en el trabajan son ¡os llamados al estado eclesiástico; de forma que sé quién se hará sacerdote y quién no. Mas no piensen que los que estaban cavando eran los excluidos absolutamente del ministerio. ¡Oh, no! Vi a algunos artesanos segar el trigo con los demás. A los tales los reconocí y los dedicaré a estudiar. Algún otro iba a coger la hoz, pero el que las distribuía no se la quiso dar, porque le faltaba alguna virtud. Si la adquiere, el Señor le llamará si no se hace indigno de la vocación. Pero, tanto los que cavaban como los que segaban, cumplían la voluntad de Dios y estaban en el camino de la salvación.

—¿Qué significaban los bocados de comida y las flores?

—Había quienes iban al campo y deseaban segar, pero Provera no les quería proporcionar la herramienta, porque no estaban aún capacitados para trabajar y, en cambio, les decía:

—A ti te falta una flor. O bien: te faltan dos flores. Debes tomar todavía un par de bocados.

Estas flores simbolizaban, bien la virtud de la caridad, bien la virtud de la humildad, bien la pureza. Los bocados de alimento significan el estudio y la piedad. Al oír esto, los jóvenes iban a coger las flores indicadas o a comer los bocados que les habían dicho y después volvían en busca de la hoz.

También le preguntaron sobre las escenas que había visto cada vez que daba diez vueltas a la rueda, relacionadas con el desarrollo de la Pía Sociedad.

[San] Juan Don Bosco respondió:

—Un largo intervalo de tiempo separaba a cada diez vueltas de la rueda, para que yo pudiera examinar tranquilamente todos los detalles de las escenas que se ofrecían a mi vista. Desde el principio, después de las primeras vueltas, contemplé a la Congregación ya formada y bien ordenada y a un buen número de hermanos y de jóvenes ocupando las distintas casas. Al sucederse las vueltas, apreciaba vez por vez un nuevo espectáculo. Ya no veía a muchos de los que había contemplado anteriormente; después aparecían otros individuos para mi completamente desconocidos, y los que una vez viera jóvenes, los veía más tarde viejos y decrépitos. El número de los muchachos crecía cada vez de una manera más rápida y desorbitada.

Los alumnos le recordaron también que el personaje del sueño le había dicho:

—Verás cosas que te servirán de consuelo y otras que te llenarán de angustia. Por eso le preguntaron si a cada diez vueltas había visto a sus hijos en la misma condición, en el mismo oficio, siguiendo una misma línea de conducta o si habían cambiado a peor en las escenas sucesivas. [San] Juan Don Bosco no quiso decirlo; con todo, exclamó:

—Causa pena y llena el alma de desolación el ver las muchas vicisitudes a que uno ha de someterse en el curso de la vida. Les aseguro que si en mi juventud hubiera previsto las peripecias que habría tenido que soportar desde hace algunos años a esta parte, me habría dejado ganar por la desanimación.

Los alumnos se mostraban también maravillados por el número de casas y colegios que el [Santo] aseguró tendría en el futuro, ya que al presente sólo contaba con el Oratorio de Valdocco. Pero el buen padre repetía:

—¡Ya verán, ya verán!

[San] Juan Don Bosco hablaba de esta forma tan familiar a toda la comunidad, pero se reservó algunas cosas para decirlas solamente a sus clérigos. En efecto, les manifestó que entre los que estaban trabajando en el campo de trigo, había visto a dos que llegarían a ser obispos. Esta noticia cundió por el Oratorio en un abrir y cerrar de ojos. Los alumnos comenzaron a hacer cabalas, intentando adivinar los nombres de los candidatos. [San] Juan Don Bosco no había querido ser más explícito, mientras ¡os muchachos pasaban revista a los nombres de todos los clérigos. Al fin se pusieron de acuerdo en que el primer obispo sería el clérigo Juan Cagliero, y manifestaron sus sospechas de que el segundo fuese Pablo Albera. Estas voces corrieron por la casa durante mucho tiempo. Hasta aquí Don Ruffino.

Nosotros podemos añadir que nadie pensó en el estudiante Santiago Costamagna, ni sospechó lo más mínimo que a él le reservaba el Señor una mitra.

[San] Juan Don Bosco, entretanto —continúa la Crónica— dijo que pondría a estudiar a algunas artesanos que había visto segando o recogiendo espigas en el campo, y, en efecto, desde el día que contó el sueño el joven artesano Craverio comenzó a estudiar. Otro artesano, a la sazón encuadernador, pasó también a la sección de los estudiantes.

El [Santo] no dio a conocer su nombre.

El cuarto fue un alumno que había entrado en el Oratorio como artesano y que estaba aprendiendo el oficio de sastre; a este lo vio [San] Juan Don Bosco en el sueño arrancando la hierba nociva. El mismo joven manifestó confidencialmente al clérigo Ruffino que su conducta pasada había dejado algo que desear, pero que en poco tiempo demostró tal espíritu de piedad que fue propuesto como modelo y se le vio practicar actos de virtud difíciles de olvidar, sobresaliendo especialmente por su profunda humildad. Estando en los estudiantes sucedió por dos veces que habiendo otro joven que

llevaba el mismo nombre, en la nota semanal del estudio, por error del encargado, recibió un bene y *un* fere optime**.** *Cuando se dan estas casos de equivocación, sucede casi siempre que los jóvenes, incluso los mejores, suelen reclamar contra la injusticia involuntaria, y si no se lamentan, al menos procuran hacer reconocer su inocencia y la rectificación de la nota.*

Pero nuestro jovencito, sin inmutarse por nada, a los que le manifestaban su extrañeza, pues el error había sido manifiesto, induciéndole, por tanto, a reclamar, les decía simplemente:

—¡Me lo mereceré!

Y nada hizo para que se rectificase aquella nota; estando dispuesto a someterse a la privación del premio prometido a quienes a largo del año hubiesen sacado óptime todas las semanas.

Como complemento de cuanto nos brindan las Memorias Biográficas y ¡as Crónicas particulares sobre el sueño que acabamos de exponer, ofrecemos a continuación algunos datos biográficos sobre los personajes más importantes que intervienen en él.

El profesor Oreglia, de San Esteban, profesó en la Sociedad Salesiana el 14 de mayo de 1862. Habiendo hecho los Ejercicios Espirituales según el método Ignaciano en 1860, abrazó el estado religioso, permaneciendo con [San] Juan Don Bosco hasta 1869, en que entró en la Compañía de Jesús.

Don Francisco Provera, natural de Mirabello, entró en el Oratorio el 14 de octubre de 1858. [San] Juan Don Bosco, al recibirle entre sus jóvenes, exclamó: "El Señor nos ha mandado otro [Santo] Domingo Savio".

El año que tuvo lugar el sueño de la rueda era simple clérigo, ocupando el cargo de Consejero del Capítulo Superior dos años antes de su muerte, ocurrida el 13 de abril de 1874.

Figura destacada en el campo literario fue el clérigo Juan Francesia. Emitió su primera profesión el 14 de mayo de 1862. Al erigirse las tres primeras inspectorías de ¡a Congregación, Don Francesia se encargó de ¡a Piamontesa, permaneciendo en el cargo de Inspector durante veinticuatro años.

El 29 de octubre de 1865 fue nombrado Director Espiritual de la Congregación. Murió el 17 de enero de 1930, a la edad de noventa y un años. Asistió, en 1929, a la Beatificación de [San] Juan Don Bosco. Y en esa ocasión varios Antiguos Alumnos, colombianos y argentinos especialmente, le presentaron varios retratos del Beato, rogándole les dijera cuál era el más parecido. El se decidió por el de Rollini. Y, entretanto, se cumplía al pie de la letra el pronóstico de cómo lo había visto en el Sueño. El Cardenal Cagliero había muerto poco antes.

Don Francisco Cerrutti entró en el Oratoria de Valdocco el 11 de noviembre de 1856 hizo los votos perpetuos en manos de [Beato] Miguel Don Rúa el 11 de enero de 1886. Fue Prefecto General de la Congregación desde el 7 de noviembre de 1886. Murió en Alasio el 25 de marzo de 1917, a los setenta y tres años de edad. Estuvo dotado de extraordinaria cultura y *esclarecido ingenio.*

Don José Bongiovani ingresó en el Oratorio en 1854; fue contemporáneo de [Santo] Domingo Savio, con el que trabó estrecha amistad. Fue, además, uno de los primeros en dar su nombre a la Compañía de la Inmaculada, siendo fundador de la del Santísimo Sacramento y del Clero Infantil. Ordenado sacerdote, murió a la temprana edad de treinta y tres años.

Don Domingo Belmonte nació en Genola el siete de septiembre de 1843, ingresando en el Oratorio a ¡os diecisiete años de edad. Hizo la profesión perpetua el 29 de octubre de 1871. Al celebrarse el IV Capítulo General de la Congregación Salesiana sucedió a [Beato] Miguel Don Rúa en el cargo de Prefecto General el 1º de octubre de 1871. Murió el 18 de febrero de 1901.

Don Pablo Albera fue recibido por el mismo [San] Juan Don Bosco en el Oratorio, a la edad de trece años. Sucedió a Don Francesia en el cargo de Director Espiritual de la Congregación en 1869. En el año 1892 es elegido Catequista General, visitando las Casas de América desde el 1900 al 1903. En 1910 es nombrado segundo sucesor de [San] Juan Don Bosco, visitando las Casas de Europa de 1911 a 1915.

Ocupando el cargo de Rector Mayor, fue elevado a la Púrpura Cardenalicia Mons. Cagliero.

LAS DOS CASAS

SUEÑO 31 .—AÑO DE 1861.

(M. B. Tomo VI, pág. 947)

En él mes de mayo de 1861 se hizo una vez más palpable la protección de María Auxiliadora sobre el Oratorio.

Carlos Buzzetti estaba ultimando las últimas construcciones que le habían sido confiadas y llevaba los trabajos con tal rapidez que, en el mes de noviembre, las obras estaban terminadas. Con todo, había que dar los últimos retoques al subterránea que serviría de cantina; estando en estos trabajos, uno de los arcos cedió. Era pleno día y los albañiles estaban quitando la armadura del mismo. Uno de los obreros quedó suspendido en el aire por un travesaño, pero deslizándose sobre el mismo pudo llegar al vano de una ventana. Otro quedó sostenido por un trozo de arco que no llegó a desprenderse. Un tercero estuvo a punto de ser alcanzado por una viga, pero esta, al caer, quedó apoyada en el muro a poca distancia del afortunado. El cuarto quedó sepultado bajo un montón de escombros. Al oír el ruido producido por el derrumbamiento acudió personal de todas partes de la casa. Se temía que uno de los albañiles estuviese malherido o muerto bajo el peso de los ladrillos. Con gran inquietud se comenzó el desescombro. ¡Gracia singular de María! El obrero fue extraído sin herida grave alguna. Las pocas contusione sufridas desaparecieron pronto y *su salud no sufrió quebranto alguno.*

Según cuenta Anfossi, también [San] Juan Don Bosco al oír lo ocurrido acudió inmediatamente, pero al encontrarse con Buzzetti; que venía a comunicarle que no había sucedido desgracia alguna, sonriendo, según su costumbre, dijo:

—El demonio ha querido meter el rabo una vez más, pero ¡adelante!, nada hay que temer.

Algunas noches después de este incidente, [San] Juan Don Bosco tuvo un sueño que le recordó otro habido en 1856 cuando se derrumbó parte del edificio en construcción.
****

Le pareció encontrarse en su habitación preocupado por aquella catástrofe, cuando vio entrar al Canónigo Gastaldi, que le dijo:

—No se aflija porque se le haya caído la casa.

[San] Juan Don Bosco lo miró fijamente, extrañado de aquellas palabras, y el canónigo, después de mirarle a él, continuó:

—No se aflija porque se le haya caído la casa; surgirán dos: una para los sanos y otra para los enfermos.
****

El [Santo] recordó siempre este sueño y esta promesa, persuadido de que con el tiempo se levantaría cerca del Oratorio una Casa hospital, grande o pequeña, no importa, provista de todo lo necesario para atender a los salesianos y a ¡os alumnos enfermos.

Carlos Buzzetti comenzó a frecuentar el Oratorio en 1842, era entonces peón de albañil y con el tiempo llegaría a ser maestro de obras.

Era natural de Caronno Ghiringhello y en ese mismo tiempo llevó a su hermano José a Turín para que aprendiese también el oficio de albañil; pero el muchacho se aficionó tanto con [San] Juan Don Bosco y a su Oratorio que, a veces, prefería quedarse con el [Santo] en vez de ir a pasar los primeros días del invierno con su familia, como hacían sus hermanos y sus amigos.

El Canónigo Gastaldi nació en Turín e¡ mismo año que [San] Juan Don Bosco. Habiendo sido elevado a la Sede Arzobispal de San Máximo a propuesta del [Santo], este nombramiento fue causa de una de las más dolorosas pruebas con que la Providencia quiso acrisolar la virtud de [San] Juan Don Bosco.

Murió el 25 de marzo de 1883.

LOS DOS PINOS

SUEÑO 32.—AÑO DE 1861.

(M. B. Tomo VI, págs. 954-955)

Don Ruffino nos dejó consignado en su Crónica personal, entre otros, el siguiente sueño:

Por aquellos días —escribe—[San] Juan Don Bosco nos habló así:
****

Parecióme encontrarme en Castelnuovo, en medio de unos prados, en compañía de algunos jóvenes esperando algo con qué obsequiar a [Beato] Pío Pp. IX en su fiesta onomástica, cuando he aquí que vemos venir por el aire de la parte de Buttigliera un gran pino de un grosor imponente y de una altura extraordinaria.

El pino se acercaba a nosotros en posición horizontal, después se enderezó, adoptando la vertical, osciló y pareció que iba a caer encima de los que lo contemplábamos. Asustados, quisimos huir e hicimos la señal de la cruz, cuando he aquí que soplo un viento impetuoso que transformó a aquel árbol en un temporal de relámpagos, truenos, rayos y granizo.

Poco después vimos otro pino menos grueso que el anterior, avanzando en la misma dirección, y que se colocaba encima de nosotros; después, siempre en posición horizontal, comenzó a descender. Nosotros huimos temiendo ser aplastados, mientras tanto hacíamos la señal de la cruz. El pino descendió casi a ras del suelo, permaneciendo suspendido en el aire; sólo sus ramas tocaban la tierra. Mientras estábamos observándolo, he aquí que sopló un vientecillio que lo transformó en lluvia. No comprendiendo el significado de aquel fenómeno, nos preguntábamos unos a otros:

—¿Qué quiere decir esto?

Y he aquí que uno, a quien no conocía, dijo:

—Haec est pluvia quam dabit Deus tempore suo.

Después, otro desconocido, añadió:

—Hic est pinus ad ornandum locum habitationis meae.

Y me citó el lugar de la Sagrada Escritura en el que se lee este versículo, pero no lo recuerdo.
****

Yo creo que el primer pino era símbolo de las persecuciones, de las tempestades que caen sobre aquellos que permanecen fieles a la Iglesia.

El segundo representa a la misma Iglesia, que será como lluvia fecunda y *benéfica para aquellos que le sean fieles.*

El siervo de Dios no añadió más explicación —continúa Don Lemoyne— y nosotros no vamos a discutir si el sueño admite o no otro sentido, limitándonos a hacer una comparación.

El pino de tamaño colosal y de un diámetro excepcional que se levanta erguido en medio de la tierra ¿no se asemeja al árbol que vio Nabucodonosor y *que describe el profeta San Daniel, cuya altura llegaba al cielo, tan rico en ramas verdes* y *frondosas que desde lejos parecía una floresta?* ¿No es *símbolo de un poderío extraordinario, de una actitud de desafío y de rebelión contra Dios y de una amenaza de exterminio dirigida a sus siervos? Pero desaparece de la tierra herido por la ira del Señor: Un viento ardiente e impetuoso seca sus ramas, lo envuelve en la tempestad* y *lo consume con el fuego.*

El pino segundo, que también era alto y *esbelto, pero no en tanto grado como el anterior, representaba tal vez, no tanto a la Iglesia en general cuanto a una porción elegida de la misma, como sería una congregación religiosa, por ejemplo, la Sociedad de San Francisco de Sales. Esto parece indicar el lugar que sirvió de escenario a este espectáculo. La posición horizontal de este árbol en contraposición con la vertical del primero, es símbolo de la humildad, virtud fundamental. El versículo a que alude [San] Juan Don Bosco es el 13 del capítulo LX de San Isaías: Gloria Libani ad te veniet, abies et buxus et pinus simul, ad ornandum locum sanctificationis meae; et locum pedum meorum glorificabo.*

EL PAÑUELO DE LA VIRGEN

SUEÑO 33.—AÑO DE 1861.

(M. B. Tomo VI, págs. 972-975)

En la noche del 18 de junio, [San] Juan Don Bosco contó a los jóvenes la siguiente historia o sueño, como lo definió en otra ocasión. Su forma de narrar era siempre tal que bien pudo decir el clérigo Ruffino al recordarla lo que Baruch de las visiones de San Jeremías: «Pronunciaba con la boca estas palabras como si las estuviese leyendo y yo las escribía en el libro con la tinta» (Baruch XXXVI).

[San] Juan Don Bosco, pues, habló así:

«Era la noche del 14 al 15 de junio. Después que me hube acostado, apenas había comenzado a dormirme, siento un gran golpe en la cabecera, algo así como si alguien diese en ella con un bastón. Me incorporé rápidamente y me acordé de seguida del rayo; miré hacia una y otra parte y nada vi. Por eso, persuadido de que había sido una ilusión y de que nada había de real en todo aquello, volví a acostarme.

Pero apenas había comenzado a conciliar el sueño cuando, he aquí que el ruido de un segundo golpe hiere mis oídos despertándome de nuevo. Me incorporo otra vez, bajo del lecho, busco, observo debajo de la cama y de la mesa de trabajo, escudriño los rincones de la habitación; pero nada vi.

Entonces, me puse en las manos del Señor, tomé agua bendita y me volví a acostar. Fue entonces cuando mi imaginación, yendo de una parte a otra, vio lo que ahora os voy a contar.

Me pareció encontrarme en el pulpito de nuestra iglesia dispuesto a comenzar una plática. Los jóvenes estaban todos sentados en sus sitios con la mirada fija en mí, esperando con toda atención que yo les hablase. Mas yo no sabía de qué tema tratar o cómo comenzar el sermón. Por más esfuerzos de memoria que hacía, esta permanecía en un estado de completa pasividad. Así estuve por espacio de un poco de tiempo, confundido y angustiado, no habiéndome ocurrido cosa semejante en tantos años de predicación. Mas, he aquí que poco después veo la iglesia convertida en un gran valle. Yo buscaba con la vista los muros de la misma y no los veía como tampoco a ningún joven. Yo estaba fuera de mí por la admiración, sin saberme explicar aquel cambio de escena.

—Pero ¿qué significa todo esto?, —me dije a mí mismo—. Hace un momento estaba en el pulpito y ahora me encuentro en este valle. ¿Es que sueño? ¿Qué hago?

Entonces me decidí a caminar por aquel valle. Mientras lo recorría busqué a alguien a quien manifestarle mi extrañeza y pedirle al mismo tiempo alguna explicación. Pronto vi ante mí un hermoso palacio con grandes balcones y amplias terrazas o como se quieran llamar, que formaban un conjunto admirable. Delante del palacio se extendía una plaza. En un ángulo de ella, a la derecha, descubrí un gran número de jóvenes agrupados, los cuales rodeaban a una Señora que estaba entregando un pañuelo a cada uno de ellos.

Aquellos jóvenes, después de recibir el pañuelo subían y se disponían en fila uno detrás de otro en la terraza que estaba cercada por una balaustrada.

Yo también me acerqué a la Señora y pude oír que en el momento de entregar los pañuelos, decía a todos y a cada uno de los jóvenes estas palabras:

—No lo abran cuando sople el viento, y si este los sorprende mientras lo están extendiendo, vuélvanse inmediatamente hacia la derecha, nunca a la izquierda.

Yo observaba a todos aquellos jóvenes, pero por el momento no conocí a ninguno. Terminada la distribución de los pañuelos, cuando todos los muchachos estuvieron en la terraza, formaron unos detrás de otros una larga fila, permaneciendo derechos sin decir una palabra. Yo continué observando y vi a un joven que comenzaba a sacar su pañuelo extendiéndolo; después comprobé cómo también los demás jóvenes iban sacando poco a poco los suyos y los desdoblaban, hasta que todos tuvieron el pañuelo extendido. Eran los pañuelos muy anchos, bordados en oro con unas labores de elevadísimo precio y se leían en ellos estas palabras, también bordadas en oro: *Regina virtutum.*
Cuando he aquí que del septentrión, esto es, de la izquierda, comenzó a soplar suavemente un poco de aire, que fue arreciando cada vez más hasta convertirse en un viento impetuoso. Apenas comenzó a soplar este viento, vi que algunos jóvenes doblaban el pañuelo y lo guardaban; otros se volvían del lado derecho. Pero una parte permaneció impasible con el pañuelo desplegado. Cuando el viento se hizo más impetuoso comenzó a aparecer y a extenderse una nube que pronto cubrió todo el cielo. Seguidamente se desencadenó un furioso temporal, oyéndose el fragoroso rodar del trueno; después comenzó a caer granizo, a llover y finalmente a nevar.

Entretanto, muchos jóvenes permanecían con el pañuelo extendido, y el granizo, cayendo sobre él, lo agujereaba traspasándolo de parte a parte; el mismo efecto producía la lluvia, cuyas gotas parecía que tuviesen punta; el mismo daño causaban los copos de nieve. En un momento todos aquellos pañuelos quedaron estropeados y acribillados perdiendo toda su hermosura.

Este hecho despertó en mí tal estupor que no sabía qué explicación dar a lo que había visto. Lo peor fue que habiéndome acercado a aquellos jóvenes a los cuales no había conocido antes, ahora, al mirarlos con mayor atención, los

reconocí a todos distintamente. Eran mis jóvenes del Oratorio. Aproximándome aún más, les pregunté:

—¿Qué haces tú aquí? ¿Eres tú fulano?

—Sí, aquí estoy. Mire, también está fulano, y el otro y el otro.

Fui entonces adonde estaba la Señora que distribuía los pañuelos; cerca de Ella había algunos hombres a los cuales dije:

—¿Qué significa todo esto?

La Señora, volviéndose a mí, me contestó:

—¿No leíste lo que estaba escrito en aquellos pañuelos?

—Sí: *Regina virtutem.*

—¿No sabes por qué?

—Sí que lo sé.

—Pues bien, aquéllos jóvenes expusieron la virtud de la pureza al viento de las tentaciones. Los primeros, apenas se dieron cuenta del peligro huyeron, son los que guardaron el pañuelo; otros, sorprendidos y no habiendo tenido tiempo de guardarlo, se volvieron a la derecha; son los que en el peligro recurren al Señor volviendo la espalda al enemigo. Otros, permanecieron con el pañuelo extendido ante el ímpetu de la tentación que les hizo caer en el pecado.

Ante semejante espectáculo me sentí profundamente abatido y estaba para dejarme llevar de la desesperación al comprobar cuan pocos eran los que habían conservado la bella virtud, cuando prorrumpí en un doloroso llanto.

Después de haberme serenado un tanto, proseguí:

—Pero ¿cómo es que los pañuelos fueron agujereados no sólo por la tempestad, sino también por la lluvia y por la nieve? ¿Las gotas de agua y los copos de nieve no indican acaso los pecados pequeños, o sea, las faltas veniales?

—Pero ¿no sabes que en esto *non datur parvitas materiae?* Con todo,

no te aflijas tanto, ven a ver.

Uno de aquellos hombres avanzó entonces hacia el balcón, hizo una señal con la mano a los jóvenes y gritó:

—¡A la derecha!

Casi todos los muchachos se volvieron a la derecha, pero algunos no se movieron de su sitio y su pañuelo terminó por quedar completamente destrozado. Entonces vi el pañuelo de los que se habían vuelto hacia la derecha disminuir de tamaño, con zurcidos y remiendos, pero sin agujero alguno. Con todo, estaban en tan deplorable estado que daba compasión el verlos; habían perdido su forma regular. Unos medían tres palmos, otros dos, otros uno.

La Señora añadió:

—Estos son los que tuvieron la desgracia de perder la bella virtud, pero remedian sus caídas con la confesión. Los que no se movieron son los que continúan en pecado y, tal vez, tal vez, caminan irremediablemente a su perdición.

Al fin, dijo: *Nemini dicito, sed tantum ádmone.*
****

La desgracia a que alude [San] Juan Don Bosco en el sueño es el rayo que cayó en el dormitorio de San Luis del Oratorio, en el que descansaban unos sesenta jóvenes artesanos, en ¡a noche del 15 de mayo de 1851.

LAS DISTRACCIONES DE LA IGLESIA

SUEÑO 34.—AÑO DE 1861.

(M. B. Tomo VI, págs. 1060-1061)

En la noche del 24 de noviembre de 1861, según refiere Don Ruffino. [San] Juan Don Bosco contó un sueño o apólogo, comenzando así:
****

Los sueños se tienen durmiendo; por tanto, yo estaba durmiendo. Mi imaginación me llevó a la iglesia donde estaban reunidos todos los jóvenes. Comenzó la Misa y he aquí que vi a muchos criados vestidos de rojo y con

cuernos, esto es, a numerosos diablillos que daban vueltas entre los jóvenes como ofreciéndoles sus servicios.

A unos le presentaban el trompo; delante de otros la hacían bailar; a éste le ofrecían un libro, a aquél castañas asadas. A quién, un plato de ensalada o un baúl abierto en el que había guardado un trozo de mortadela; a algunos le sugerían el recuerdo del pueblo natal, a otros les susurraban al oído las incidencias del último partido de juego, etcétera, etcétera.

Algunos eran invitados con los hechos a tocar el piano, los cuales accedían a la invitación; a otros le llevaban el compás de la música; en suma, cada joven tenía su propio sirviente que le invitaba a realizar actos ajenos a la iglesia. Algunos diablillos estaban también encaramados sobre las espaldas de ciertos jóvenes y se entretenían en acariciarles y lisarles los cabellos con las manos.

Llegó el momento de la Consagración. Al toque de la campanilla todos los jóvenes se arrodillaron desapareciendo los diablillos, a excepción de los que estaban sóbre los hombros de sus víctimas. Unos y otros volvieron la cara hacia la puerta de la iglesia sin hacer acto alguno externo de adoración.

Terminada la Elevación, he aquí que se vuelve a repetir la escena anterior, reanudándose los pasatiempos y volviendo a desempeñar cada criado su papel.

****

Si quieren que les dé una explicación de este sueño, hela aquí: creo que en él están representadas las diversas distracciones a las que, por sugestión del demonio está expuesto cada joven en la iglesia. Los que no desaparecieron en el momento de ¡a Elevación, simboliza a los jóvenes víctimas del pecado. Estos no necesitan que el demonio les presente motivos de distracción, porque ya le pertenecen; por eso, el enemigo les acaricia, lo que quiere decir que sus víctimas son incapaces de hacer oración.

LOS JUGADORES

SUEÑO 35.—AÑO DE 1862.

(M. B. Tomo Vil, págs. 50-51)

En el Oratorio estaba ordenado que el dinero enviado por los padres

de los alumnos fuese entregado al Prefecto, el cual lo administraría prudentemente según las necesidades y *deseos de sus dueños respectivos. Medida muy razonable para evitar numerosos desórdenes.*

He aquí lo que leemos en la Crónica de Don Bonetti: El día 31 de enero, paseaba [San] Juan Don Bosco después del almuerzo bajo los pórticos, con algunos jóvenes, cuando de repente se detuvo y llamando al Diácono Juan Cagliero le dijo en voz baja:

—Oigo sonido de dinero y no sé dónde se está jugando. Ve y busca a estos tres jóvenes —y *les dijo sus nombres*— y *los encontrarás jugando.*

—Inmediatamente comencé a hacer lo que me había sido indicado --- prosigue el mismo Cagliero—, buscando por una parte y otra, sin lograr localizar a los muchachos que [San] Juan Don Bosco me había indicado; cuando he aquí que veo ante mí a uno de los tres.

—¿De dónde vienes? ¿Dónde te habías escondido, pues hace mucho tiempo que te estoy buscando sin poderte encontrar?

—Estaba en tal y en tal lugar.

—¿Y qué hacías allí?

*—Jugaba a los dados. * —¿Con quién?*

—Con N y *con R.*

—Estabas jugando dinero, ¿verdad?

El joven dijo alguna palabra de excusa sin negar que, en efecto, había estado jugando dinero.

Entonces me dirigí al lugar que me había indicado, que era muy escondido, pero no encontré a los otros dos.
Continué buscando y llegué a saber con toda exactitud que los tales, diez minutos antes, habían estado jugándose acaloradamente una buena cantidad.

Seguidamente fui a comunicar a [San] Juan Don Bosco el resultado de mi gestión.

****
El [Santo] contó que la noche precedente había visto durante el sueño a aquellos tres jóvenes jugando apasionadamente el dinero.

PREDICCIÓN DE UNA MUERTE

SUEÑO 36.—AÑO DE 1862.

(M. B. Tomo Vil, págs. 123-125)

Escribe Don Bonetti:

«El 21 de marzo por la noche, [San] Juan Don Bosco subió a su pequeña tribuna para dar las buenas noches a los jóvenes. Después de hacer una breve pausa, como para tomar aliento, comenzó:
****
Tengo que contarles un sueño. Figúrense la hora del recreo en el Oratorio en la que se oyen animadísimos gritos de júbilo por todas partes. Me parecía estar apoyado en la ventana de mi habitación observando a mis jóvenes, que iban y venían por el patio y se divertían alegremente jugando, corriendo y saltando.

Cuando de pronto oí un gran estrépito a la entrada de la portería y dirigiendo allá la mirada vi entrar en el patio a un personaje, de elevada estatura, de frente espaciosa, con los ojos extrañamente hundidos, larga barba y unos cabellos también blancos y ralos que desde la cabeza calva le caían sobre los hombros. Apareció envuelto además en un lienzo fúnebre que apretaba contra el cuerpo con la mano izquierda, mientras que en la derecha llevaba una antorcha de una llama de un color azul oscuro. Este personaje caminaba lentamente, con gravedad. A veces se detenía y con la cabeza y el cuerpo inclinado miraba a su alrededor como si buscase algo que se le hubiese perdido.

En esta actitud recorrió el patio dando algunas vueltas y pasando por entre los jóvenes que continuaban su recreo.
Yo me encontraba estupefacto, pues no sabía quién fuese, por lo que no le quitaba la vista de encima.

Al llegar al sitio por donde ahora se entra en el taller de carpintería, se detuvo delante de un joven que estaba para lanzarse contra otro del bando

contrario de la partida de marro y extendiendo su largo brazo acercó la tea a la cara del muchacho.

—Este es— dijo, e inclinó y levantó dos o tres veces la cabeza.

Sin más, lo detuvo en aquel ángulo y le presentó un papelito que sacó de entre los pliegues del manto.

El joven tomó el billetito, lo desdobló y comenzó a leer mientras cambiaba de color, quedándose completamente pálido y preguntando seguidamente:

—¿Cuándo? ¿Pronto o tarde?

Y el viejo, con voz sepulcral, le replicó:

—Ven. Ya ha sonado la hora para ti.
—¿Puedo al menos continuar el juego?

—Aun durante el juego puedes ser sorprendido.

Con esto aludía a una muerte repentina.

Tal joven temblaba, quería hablar, excusarse, pero no podía.

Entonces el espectro, dejando caer una punta de su manto, señaló con la mano izquierda el pórtico.

—¿Ves allí? —dijo al joven—. Aquel ataúd es para ti. Pronto, ven.

Se veía la caja mortuoria colocada en el centro del portal que da entrada a la huerta.

—No estoy preparado; soy aún demasiado joven— gritaba el muchacho.

Pero el otro, sin proferir una palabra más, salió de prisa del Oratorio, de forma más precipitada de la que había entrado.

Cuando se ausentó el espectro y mientras pensaba yo quién pudiera ser,

me desperté».
****

«De lo que les acabo de decir pueden deducir que uno de vosotros debe prepararse, porque el Señor le llamará muy pronto a la eternidad.

Yo, que contemplé aquella escena, sé quién es, pues lo vi cuando el espectro le presentó el papelito; está aquí presente, escuchándome, pero no diré su nombre a nadie hasta que haya muerto.

Con todo, haré cuanto esté de mi parte para prepararlo a bien morir. Ahora que cada uno reflexione, pues a lo mejor mientras se va repitiendo: tal vez sea fulano, le podría tocara quien esto dice.

Yo les he dicho ya las cosas tales y como son, pues de no haberlo hecho, el Señor podría pedirme cuenta el día de mañana diciéndome:

—¡Perro! ¿Por qué no ladraste a su tiempo? Que cada uno piense en ponerse bien con Dios especialmente en estos tres días que restan para la Novena de la Anunciata.

Hagamos con este fin oraciones especiales y que cada uno, en éste tiempo, rece al menos una Salve a María Santísima, por el que tiene que morir. Así al partir de esta vida se encontrará con algunos centenares de Salves que le serán de gran provecho».

Al bajar de su tribuna, algunos jóvenes le preguntaron privadamente más detalles sobre el sueño que acababa de referir, rogándole que, ya que no quería decir el nombre del que había de morir, al menos indicase si la muerte anunciada sería pronto o tarde. El siervo de Dios contestó que tal vez no pasarían dos solemnidades que comenzasen con P sin que aquel vaticinio se cumpliese.

—Podría suceder —dijo— que no pasasen ni siquiera una y que el tal muriese dentro de dos o tres semanas.

Este relato hizo estremecer a todos, pues cada uno temía ser el jovencito indicado en el sueño.

Como en otras ocasiones, la narración de [San] Juan Don Bosco causó un gran bien y *como cada uno pensaba en sus asuntos, desde el día siguiente*

las confesiones comenzaron a ser más numerosas que de costumbre; muchos jóvenes durante varios días asediaron a [San] Juan Don Bosco preguntándole por cuenta propia, si eran ellos los que debían morir en breve.

Insistentes fueron ¡as preguntas, pero el buen padre cambiaba de conversación y *nada decía sobre el particular.*
Dos ideas quedaron fijas en la mente de todos, a saber: que la muerte sería repentina; que la predicción se verificaría antes de que se celebraran dos solemnidades que comenzaran por P, esto es: Pascua y *Pentecostés. La primera caía aquel año el 20 de abril.*

La expectación en el Oratorio era enorme cuando el 16 de abril —continúa la Crónica de Don Bonetti— moría en su casa el joven Luis Fornasio.

Hay algunas cosas que notar a este respecto.

Cuando [San] Juan Don Bosco dijo que uno había de morir, este joven que en un principio no era de mala conducta, comenzó a vivir como un verdadero modelo.

En los primeros días le pidió a [San] Juan Don Bosco le permitiera hacer su confesión general. El siervo de Dios no quería acceder porque la había hecho ya una vez, pero como el muchacho insistió, el buen padre determinó complacerlo.

La hizo dos o tres veces. El mismo día que pidió este favor o en la misma fecha en que comenzó su confesión, empezó a sentirse mal.
Permaneció unos días en el Oratorio algo molesto. Habiendo venido dos de sus hermanos a visitarlo y *enterados de su malestar, pidieron a [San] Juan Don Bosco que dejara a Luis ir a casa durante algún tiempo.*

[San] Juan Don Bosco concedió el permiso.

Aquel mismo día o el día anterior, Fornasio había terminado de hacer su confesión general, recibiendo ¡a Sagrada Comunión.

Fue a su casa, estuvo unos días levantado, pero después guardó cama.

La gravedad del mal se acentuó atacándole a la cabeza, privándole de

la razón y del uso de la palabra, de forma que ya no pudo ni confesar ni comulgar más.

[San] Juan Don Bosco fue a Borgaro a visitarlo; Fornasio lo reconoció, quería hablarle pero no podía, siendo tal el sentimiento que se apoderó de él que comenzó a llorar y con él toda la familia. Al día siguiente moría.

Al saberse en el Oratorio la noticia de este fallecimiento, varios clérigos preguntaron a [San] Juan Don Bosco si Fornasio era el joven que había visto en el sueño recibiendo el papelito de manos del espectro, y el siervo de Dios dio a entender que no era él.

Con todo, muchos estaban convencidos de que la profecía se había cumplido en la persona de Fornasio.

Aquella misma noche del 16 de abril, [San] Juan Don Bosco dio a conocer a ¡os alumnos la triste noticia, describiendo la muerte de Luis Fomasio haciendo observar, al mismo tiempo, que aquel acontecimiento daba a todos una gran lección.

—El que tiene tiempo que no aguarde a más adelante. No nos dejemos engañar por el demonio con la esperanza de ajustar las cosas de nuestra alma en punto de muerte.

Como le preguntaran públicamente si Fornasio era e¡ que debía morir, respondió que por entonces no quería decir nada. Añadió, sin embargo, que era costumbre en el Oratorio que ¡os jóvenes muriesen de dos en dos y que uno llamase al otro, que por eso todos debían estar en guardia poniendo en práctica el aviso del Señor de estar preparados: Estote parati quia qua hora non putatis Filius hominis veniet.

Al bajar de la tribuna dijo claramente a algún sacerdote y a un clérigo, que no era Farnasio quien en el sueño había recibido el billetito de manos del espectro.

El 17 de abril, durante el recreo después del almuerzo, [San] Juan Don Bosco se encontraba en el patio rodeado de cierto número de jóvenes, los cuales le preguntaron con interés:

—Díganos el nombre del que tiene que morir.

El siervo de Dios sonriendo hizo señal con la cabeza de que no lo diría, pero los jóvenes insistieron.

—Si *no nos lo quiere decir a nosotros, dígaselo al menos a [Beato] Miguel Don Rúa.*

[San] Juan Don Bosco seguía resistiéndose.

—Díganos al menos la inicial del nombre— presionaban algunos.

—¿Quieren saberlo? —dijo al fin—. Pues se los diré: El que recibió el papelito de manos del personaje tiene un nombre que comienza con la misma letra que el nombre de María.

Lo que [San] Juan Don Bosco acababa de decir no tardó en saberse en toda la casa.

Los jóvenes pretendían esclarecer el misterio, mas era cosa difícil, pues había más de treinta alumnos cuyo apellido comenzaba por M. No faltaron, sin embargo, los espíritus desconfiados. Había en casa un enfermo gravé llamado Luis Marchisio, de cuya curación se dudaba mucho; y, *en efecto, el 18 de abril fue llevado a casa de sus familiares.*

Algunos, sospechando que [San] Juan Don Bosco aludiese a Marchisio, decían: —Si es Marchisio, también yo sabría adivinar que uno tiene que morir y que su nombre comienza por la misma letra que el nombre de María.

Don Bonetti, después de rellenar en la Crónica las lagunas de los meses de marzo y abril, prosigue su narración haciendo notar la realidad de la predicción hecha por [San] Juan Don Bosco al contar el sueño del 21 de marzo.

Había pasado ya un mes de tal vaticinio, mermando en algunos la saludable impresión que las palabras del siervo de Dios habían producido en sus ánimos. Muchos, en cambio, continuaban preguntándose:

—¿Quién morirá? ¿Cuándo morirá? La primera P correspondiente a la fiesta de Pascua ha pasado.

Y he aquí que el 25 de abril muere improvisadamente de un ataque apoplético, el joven Victorio Maestro, de trece años de edad, natural de Viora, Mondoví.

Hasta el día de la predicción había gozado este joven —que era de extraordinaria virtud y encendida piedad Eucarística—, de una perfecta salud; pero desde hacía un par de semanas padecía una fuerte afección a los ojos, quedando por la noche privado por completo de la vista, desde hacía dos o tres días padecía también un ligero dolor de estómago.

El médico le ordenó que por la mañana no se levantase con los demás, sino que descansase hasta más tarde.

[San] Juan Don Bosco, una mañana, habiéndoselo encontrado por la escalera le preguntó:

—¿Quieres ir al Paraíso?

—Sí, sí,—, *replicó Maestro.*

—Pues bien; prepárate— añadió el siervo de Dios.

El joven miró a [San] Juan Don Bosco un poco turbado, pero creyendo que hablaba en broma, reaccionó inmediatamente.

Por lo demás, el buen padre, que estaba sobre aviso, iba preparando al joven con prudentes consejos induciéndole a hacer su confesión general, después de la cual Maestro quedó contentísimo.

El 24 de abril un jovencito, al ver a Maestro sentado en un escaño de la enfermería, tuvo una singular idea y acercándose a [San] Juan Don Bosco le preguntó:

—¿Es cierto que el que se quiere morir es Maestro?

—¡Y yo qué sé! —replicó el[Santo]—, pregúntaselo a él.

El jovencito subió a la enfermería y lo preguntó a Maestro.

Este comenzó a reír y fue a pedirle a [San] Juan Don Bosco le dejase pasar unos días con la familia.

Con mucho gusto —replicó el buen padre—; pero antes de marchar es necesario que el médico extienda un certificado de tu enfermedad.

Esta respuesta sirvió de gran consuelo al joven que razonaba de esta manera:

—Tiene que morir uno en el Oratorio; si me marcho a mi casa es señal de que yo no soy; pasaré unas vacaciones más largas y volveré curado.

El viernes 25, Maestro se levantó con los demás y después de asistir a la Santa Misa, volvió a su habitación; pero sintiéndose muy cansado se acostó, manifestando antes a los compañeros su satisfacción por marchar a casa.

Entretanto a las nueve sonó la señal para la clase, y los compañeros, después de despedirse de Maestro y desearle unas felices vacaciones y un buen regreso, marcharon a sus aulas mientras el enfermo quedó solo en el dormitorio. A las diez vino a verle el enfermero para comunicarle que el médico llegaría dentro de unos instantes, que se levantara y fuera a la enfermería para hablar con él y *pedirle el certificado que le había dicho [San] Juan Don Bosco.*

Poco después se oyó la señal de la llegada del médico y *un joven de la habitación contigua a la del muchacho, que también estaba indispuesto, se acercó a la puerta del dormitorio de Maestro* y *dijo en alta voz:*

—Maestro, Maestro, es hora de ir a la visita del médico

Lo llama una y *otra vez* y *Maestro no responde. El compañero creyó que se hubiera quedado dormido.*

Entonces se acercó al lecho, lo toma por un brazo, lo vuelve a llamar, lo sacude, pero todo inútil: estaba inmóvil.

Imposible explicar el espanto del compañero; inmediatamente comenzó a gritar:

—¡Maestro ha muerto, Maestro ha muerto!

Corrió a comunicar la noticia a la enfermería y el primero con quien tropezó fue con [Beato] Miguel Don Rúa, el cual aun llegó a tiempo de darle la absolución al moribundo mientras exhalaba el último suspiro, se le comunicó después la desgracia a Don Alasonatti, y yo —dice Don Bonetti— fui a llamar a [San] Juan Don Bosco.

La noticia de aquel fallecimiento se esparció como un relámpago por clases y *talleres. Muchos acudieron al dormitorio* y se *arrodillaron ante el cadáver, rezando por el alma del difunto. Algunos esperaban que estuviese aún vivo, y se acercaron al lecho con tisanas y licores fuertes. Pero todo fue inútil. Cuando llegó [San] Juan Don Bosco apenas lo vio perdió toda esperanza: aquella vida se había apagado.*

El pesar era general, especialmente porque Maestro se había ido de este mundo sin tener al lado ni un solo compañero.

[San] Juan Don Bosco, al contemplar la consternación que se había apoderado de los jóvenes, los tranquilizó sobre la salvación eterna de Maestro.

Había comulgado el miércoles, y *desde la festividad de los Santos hasta la fecha había observado una conducta tal, que daba a entender que aquel jovencito estaba preparado para morir.*

Clérigos y *jóvenes desfilaron ante el cadáver* y *al llorar su muerte, reconocían que con ella se había cumplido el sueño de [San] Juan Don Bosco.*

El [Santo] habló por la noche a todos de tal forma, que arrancó lágrimas de los ojos de su auditorio. Hizo resaltar cómo Dios se había llevado a dos jóvenes del Oratorio en el espacio de nueve o diez días, sin que ninguno de los dos hubiese podido recibir los auxilios de la Religión».

—¡Cuan engañados están -—exclamaba— los que dicen que ajustarán sus cuentas al fin de la vida! Pero, demos gracias al Señor que se ha dignado llamar a la eternidad a dos compañeros, los cuales, tenemos la seguridad de ello, se encontraban preparadas para este paso. ¡Cuánto mayor sería nuestro dolor si el Señor hubiese permitido que partiesen de nuestro lado otros que

observan en casa una conducta poco satisfactoria!

Esta muerte fue una bendición del Señor. Durante la mañana y la noche del sábado los jóvenes pedían en gran número hacer su Confesión general. [San] Juan Don Bosco los tranquilizaba dirigiéndoles algunas palabras.

Después dijo claramente:

—A Maestro fue al que vi en el sueño recibiendo el papelito de manos del espectro. Lo que me consuela grandemente es que él, como varios me aseguraron, se acercó a los Sacramentos en la misma mañana del viernes, de forma que su muerte fue repentina, pero no imprevista.

En la mañana del domingo 27 de abril, fue conducido al cementerio el cadáver del infortunado joven.

Cuando el siervo de Dios vio en el sueño al espectro presentando el billetito a Maestro, pudo apreciar que la escena se desarrollaba delante del portón que conducía al huerto; desde allí el misterioso personaje indicó al joven el ataúd colocado debajo de dicho portón, a pocos pasos de distancia.

Cuando llegaron los empleados de pompas fúnebres, pasando por la escalera central, transportaron el féretro hacia el lugar en que [San] Juan Don Bosco había visto al espectro y a su víctima; allí los funerarios pidieron unos banquillos para colocar el ataúd, esperando al sacerdote y a ¡os alumnos que habían de acompañar al cadáver al cementerio.

Hemos de añadir que al llegar Don Cagliero y ver el féretro en aquel lugar, siendo así que en circunstancias análogas la costumbre había sido colocar el ataúd al final de los pórticos junto a la puerta de la escalera próxima a la iglesia, se mostró contrariado por aquella novedad, y tanto más al saber que los de la funeraria habían hecho llevar allí los banquillos que estaban colocados con anterioridad en el lugar tradicional. Por tanto Don Cagliero insistió para que la caja fuese llevada al sitio de costumbre, pero aquellos hombres después de decir algunas palabras entre dientes, no quisieron mover el féretro de donde estaba.

En aquel instante [San] Juan Don Bosco salía de la iglesia y mirando conmovido la escena:

—¡Miren!, —dijo a Don Francesia y a algunos otros que estaban cerca de él— ¡qué coincidencia!... En el sueño vi la caja en ese mismo lugar.

Sobre este hecho nos dejó también una relación Don Segundo Merlone.

Según él, aunque ninguno de los alumnos había llegado a saber que el compañero que había de morir era Maestro, dos de la casa conocían el nombre del infortunado y algo más.

A fines de febrero murió un joven que hacía algún tiempo había salido del Oratorio. Dos clérigos veteranos, ordenados in sacris, *uno de los cuales era Don Juan Cagliero, al enterarse de lo ocurrido, una mañana al subir las escaleras* y *al encontrarse con [San] Juan Don Bosco que bajaba al patio, le anunciaron esta pérdida para él siempre doloroso. [San] Juan Don Bosco respondió:*

—No será ese solo; antes que pasen dos meses, deberán morir otros dos.
****

Y añadió los nombres.
****
Con frecuencia el siervo de Dios hacía semejantes confidencias bajo secreto, a quien sabía dotados de prudencia, para que, sin que los jóvenes indicados se dieran cuenta, fueron por ellos amigablemente estimulados a observar buena conducta, a frecuentar los Sacramentos; y *para que al mismo tiempo los vigilasen teniéndolos apartados de todo peligro.*

Ambos clérigos asumieron de buena gana este encargo de aquel custodio celestial, pero al mismo tiempo, tomando un trozo de papel escribieron la profecía, la fecha en que [San] Juan Don Bosco la había anunciado, los nombres de los interesados y *después firmaron. Seguidamente fueron a la Prefectura* y, *sellando el escrito, lo depositaron en ella para que fuese celosamente guardado.*

Mons. Cagliero, cuarenta y siete años después, confirmó cuanto hemos dicho y recordaba la compasión que sintió a raíz de la revelación de [San] Juan Don Bosco, al ver a aquellos dos jovencitos correr alegremente de una parte a otra del patio entregados a sus juegos, sin sospechar lo más mínimo, sobre la muerte, aunque no desgraciada, que les estaba reservada; y *el cumplimiento de la profecía en el tiempo señalado* y *la emoción que experi-*

mentó el mismo Prefecto cuando se quitaron los sellos al papel escrito dos meses antes.

LAS DOS COLUMNAS

SUEÑO 37.—AÑO DE 1862.

(M. B. Tomo Vil, págs. 169-171)

>> Sigue imagen en siguiente página>>



El 26 de mayo de 1862 [San] Juan Don Bosco había prometido a sus jóvenes que les narraría algo muy agradable en los últimos días del mes.

El 30 de mayo, pues, por la noche les contó una parábola o semejanza según él quiso denominarla.

He aquí sus palabras:

****

«Les quiero contar un sueño. Es cierto que el que sueña no razona; con todo, yo que les contaría a Vosotros hasta mis pecados si no temiera que salieran huyendo asustados, o que se cayera la casa, les lo voy a contar para su bien espiritual. Este sueño lo tuve hace algunos días.

Figúrense que están conmigo a la orilla del mar, o mejor, sobre un escollo aislado, desde el cual no ven más tierra que la que tienen debajo de los pies. En toda aquella superficie líquida se ve una multitud incontable de naves dispuestas en orden de batalla, cuyas proas terminan en un afilado espolón de hierro a modo de lanza que hiere y traspasa todo aquello contra lo cual llega a chocar. Dichas naves están armadas de cañones, cargadas de fusiles y de armas de diferentes clases; de material incendiario y también de libros, y se dirigen contra otra embarcación mucho más grande y más alta, intentando clavarle el espolón, incendiarla o al menos hacerle el mayor daño posible.

A esta majestuosa nave, provista de todo, hacen escolta numerosas navecillas que de ella reciben las órdenes, realizando las oportunas maniobras para defenderse de la flota enemiga. El viento le es adverso y la agitación del mar favorece a los enemigos.

En medio de la inmensidad del mar se levantan, sobre las olas, dos robustas columnas, muy altas, poco distante la una de la otra. Sobre una de ellas campea la estatua de la Virgen Inmaculada, a cuyos pies se ve un amplio cartel con esta inscripción: *Auxilium Christianorum.*

Sobre la otra columna, que es mucho más alta y más gruesa, hay una Hostia de tamaño proporcionado al pedestal y debajo de ella otro cartel con estas palabras: *Salus credentium.*

El comandante supremo de la nave mayor, que es el Romano Pontífice, al apreciar el furor de los enemigos y la situación apurada en que se encuentran sus leales, piensa en convocar a su alrededor a los pilotos de las naves subalternas para celebrar consejo y decidir la conducta a seguir. Todos los pilotos suben a la nave capitaneada y se congregan alrededor del Papa. Celebran consejo; pero al comprobar que el viento arrecia cada vez más y que la tempestad es cada vez más violenta, son enviados a tomar nuevamente el mando de sus naves respectivas.

Restablecida por un momento la calma, el Papa reúne por segunda vez a los pilotos, mientras la nave capitana continúa su curso; pero la borrasca se

torna nuevamente espantosa.

El Pontífice empuña el timón y todos sus esfuerzos van encaminados a dirigir la nave hacia el espacio existente entre aquellas dos columnas, de cuya parte superior todo en redondo penden numerosas áncoras y gruesas argollas unidas a robustas cadenas.

Las naves enemigas dispónense todas a asaltarla, haciendo lo posible por detener su marcha y por hundirla. Unas con los escritos, otras con los libros, con materiales incendiarios de los que cuentan gran abundancia, materiales que intentan arrojar a bordo; otras con los cañones, con los fusiles, con los espolones: el combate se torna cada vez más encarnizado. Las proas enemigas chocan contra ella violentamente, pero sus esfuerzos y su ímpetu resultan inútiles. En vano reanudan el ataque y gastan energías y municiones: la gigantesca nave prosigue segura y serena su camino.

A veces sucede que por efecto de las acometidas de que se le hace objeto, muestra en sus flancos una larga y profunda hendidura; pero apenas producido el daño, sopla un viento suave de las dos columnas y las vías de agua se cierran y las brechas desaparecen.

Disparan entretanto los cañones de los asaltantes, y al hacerlo revientan, se rompen los fusiles, lo mismo que las demás armas y espolones. Muchas naves se abren y se hunden en el mar. Entonces, los enemigos, encendidos de furor comienzan a luchar empleando el arma corta, las manos, los puños, las injurias, las blasfemias, maldiciones, y así continúa el combate.

Cuando he aquí que el Papa cae herido gravemente. Inmediatamente los que le acompañan acuden a ayudarle y le levantan. El Pontífice es herido una segunda vez, cae nuevamente y muere. Un grito de victoria y de alegría resuena entre los enemigos; sobre las cubiertas de sus naves reina un júbilo indecible. Pero apenas muerto el Pontífice, otro ocupa el puesto vacante. Los pilotos reunidos lo han elegido inmediatamente; de suerte que la noticia de la muerte del Papa llega con la de la elección de su sucesor. Los enemigos comienzan a desanimarse.

El nuevo Pontífice, venciendo y superando todos los obstáculos, guía la nave hacia las dos columnas, y al llegar al espacio comprendido entre ambas, la amarra con una cadena que pende de la proa a un áncora de la columna que ostenta la Hostia; y con otra cadena que pende de la popa la sujeta de la parte

opuesta a otra áncora colgada de la columna que sirve de pedestal a la Virgen Inmaculada. Entonces se produce una gran confusión. Todas las naves que hasta aquel momento habían luchado contra la embarcación capitaneada por el Papa, se dan a la huida, se dispersan, chocan entre sí y se destruyen mutuamente. Unas al hundirse procuran hundir a las demás. Otras navecillas que han combatido valerosamente a las órdenes del Papa, son las primeras en llegar a las columnas donde quedan amarradas.

Otras naves, que por miedo al combate se habían retirado y que se encuentran muy distantes, continúan observando prudentemente los acontecimientos, hasta que, al desaparecer en los abismos del mar los restos de las naves destruidas, bogan aceleradamente hacia las dos columnas, llegando a las cuales se aseguran a los garfios pendientes de las mismas y allí permanecen tranquilas y seguras, en compañía de la nave capitana ocupada por el Papa. En el mar reina una calma absoluta.

****

Al llegar a este punto del relato, [San] Juan Don Bosco preguntó a [Beato] Miguel Don Rúa:

—¿Qué piensas de esta narración?

[Beato] Miguel Don Rúa contestó:

—Me parece que la nave del Papa es la Iglesia de la que es Cabeza: las otras naves representan a los hombres y el mar al mundo. Los que defienden a la embarcación del Pontífice son los leales a la Santa Sede; los otros, sus enemigos, que con toda suerte de armas intentan aniquilarla. Las dos columnas salvadoras me parece que son la devoción a María Santísima y al Santísimo Sacramento de la Eucaristía.

[Beato] Miguel Don Rúa no hizo referencia al Papa caído y muerto y [San] Juan Don Bosco nada dijo tampoco sobre este particular. Solamente añadió:

—Has dicho bien. Solamente habría que corregir una expresión. Las naves de los enemigos son las persecuciones. Se preparan días difíciles para ¡a Iglesia. Lo que hasta ahora ha sucedido es casi nada en comparación a lo que tiene que suceder. Los enemigos de la Iglesia están representados por las naves que intentan hundir la nave principal y aniquilarla si pudiesen. ¡Sólo quedan dos medios para salvarse en medio de tanto desconcierto! Devoción a

María. Frecuencia de Sacramentos: Comunión frecuente, empleando todos los recursos para practicarlos nosotros y para hacerlos practicar a los demás siempre y en todo momento. ¡Buenas noches!

Las conjeturas que hicieron los jóvenes sobre este sueño fueron muchísimas, especialmente en lo referente al Papa; pero [San] Juan Don Bosco no añadió ninguna otra explicación.

Cuarenta y ocho años después —en 1907— el antiguo alumno, canónigo Don Juan Ma. Bourlot, recordaba perfectamente las palabras de [San] Juan Don Bosco.

Hemos de concluir diciendo que César Chiala y sus compañeros, consideraron este sueño como una verdadera visión o profecía, aunque [San] Juan Don Bosco al narrarlo parece que no se propuso otra cosa que, inducir a los jóvenes a rezar por la Iglesia y por e¡ Sumo Pontífice inculcándoles al mismo tiempo la devoción al Santísimo Sacramento y a María Santísima.

EL SACRILEGIO

SUEÑO 38.—AÑO DE 1862.

(M. B. Tomo Vil, págs. 193-194)

En la primera semana de julio de 1862, hablando [San] Juan Don Bosco a sus sacerdotes les recomendaba una gran caridad y paciencia al confesar a los jóvenes para no perder su confianza; y al mismo *tiempo les aseguraba que la prudencia necesaria y la eficacia de palabra para ganar los corazones, eran dones del Señor que se obtenían con la oración frecuente, con la más perfecta pureza de intención y con actos de penitencia y sacrificio, como hacen los confesores celosos.*

Después, siguió hablando de las confesiones sacrílegas de los jóvenes al callar de propósito cosas que se han de manifestar necesariamente y les contaba el siguiente hecho que le había sucedido a él mismo.

***♦

Una noche soñé y vi en el sueño a un joven que tenía el corazón roído por los gusanos y que él mismo se quitaba y arrojaba de sí aquellos animales con la mano. No hice caso del sueño. Mas he aquí que a la noche siguiente veo al mismo joven, que tenía junto a sí un perro que le mordía el corazón. No

dudé de que el Señor quería conceder alguna gracia a aquel muchacho y que el pobrecito tenía algún embrollo en la conciencia.

****

«Cierto día le dije de improviso:

—*¿Quieres hacerme un favor?*

—Sí, sí... Si *de mí depende.*

—-*Si quieres, puedes hacérmelo.*

—Pues *bien; dígame lo que desea, que lo haré.*

—*¿Estás seguro?*

—*¡Seguro!*

—Dime: *¿no has callado ningún pecado en la confesión?*

Quiso negármelo, pero inmediatamente añadí: —¿Y esto y *esto otro, por qué no lo confesaste? Entonces me miró al rostro, comenzó a llorar* y *me dijo: —Tiene usted razón: hace dos años que me quiero confesar de eso* y *dejándolo de una vez para otra no me he atrevido a hacerlo.*

Entonces lo animé y *le dije lo que tenía que hacer para ponerse en paz con Dios».*

Así habló [San] Juan Don Bosco en aquella ocasión dando sabios consejos a sus colaboradores, para que ejerciesen con éxito el difícil arte de salvar las almas; por su parte se dedicaba en cuerpo y *alma a hacer de sus jóvenes otros tantos hijos de Dios.*

EL CABALLO ROJO

SUEÑO 39.—AÑO DE 1862.

(M. B. Tomo Vil, págs. 217-218)

Las crónicas del mes de julio relatan nuevas maravillas sobre [San] Juan Don Bosco.

Don Ruffino escribió en la suya: «1 de julio. [San] Juan Don Bosco dijo a algunos que le rodeaban después del almuerzo:

—Este *mes tendremos que asistir a un funeral.*

En distintas ocasiones repitió lo mismo una y *otra vez, pero siempre ante un reducido número de oyentes.*

Estas confidencias despertaban en los clérigos una gran curiosidad, de forma que, en las horas de recreo, cuando las ocupaciones se lo permitían, rodeaban al [Santo] con la esperanza de oír de sus labios alguna novedad, y *una de ellas fue, como lo comprendieron más tarde, la intención de [San] Juan Don Bosco de fundar un instituto para atender a las niñas. En efecto, así lo consignaron por escrito Don Bonetti* y *Don César Chiala.*

El 6 de julio el buen padre narró a algunos de sus hijos el siguiente sueño que tuvo en la noche del 5 al 6 de dicho mes. Estaban presentes Francesia, Savio, [Beato] Miguel Rúa, Cerrutti, Fusero, Bonetti el Caballero Oreglia, Anfossi, Durando, Provera y *algún otro.*
****

Esta noche —comenzó [San] Juan Don Bosco— tuve un sueño singular. Soñé que me encontraba con la marquesa Barolo y que paseábamos por una placita situada delante de una llanura extensísima. Veía a los jóvenes del Oratorio correr, saltar, jugar alegremente. Yo quería dar la derecha a la marquesa, pero ella me dijo: —No; quédese donde está.

Después comenzó a hablar de mis jóvenes y me decía:

—¡Es tan buena cosa que se ocupe de los jóvenes! Pero déjeme a mí el cuidado de las jóvenes; así iremos de acuerdo. Yo le repliqué:

—Pero, dígame: ¿Nuestro Señor Jesucristo vino al mundo para redimir solamente a los jovencitos o también a las jovencitas?

—Sé —replicó— que nuestro Señor ha redimido a todos: niños y niñas.

—Pues bien; yo debo procurar que su sangre no se haya derramado inútilmente, tanto para las jóvenes como para los jóvenes.

Mientras estábamos ocupados en esta conversación, he aquí que entre

mis jóvenes que estaban en la placita comenzó a reinar un extraño silencio. Dejaron todos sus entretenimientos y se dieron a la huida, quiénes hacia una parte, quiénes hacia otra, llenos de espanto.

La marquesa y yo detuvimos el paso y quedamos durante unos momentos inmóviles. Buscando la causa de aquel terror dimos unos pasos hacia adelante. Levanto un poco la vista y he aquí que al fondo de la llanura veo descender hasta la tierra un caballo grande... tremendamente grande... La sangre se me heló en las venas. —¿Sería como esta habitación?—, preguntó Francesia. —¡Oh, mucho más grande! —replicó [San] Juan Don Bosco—. Sería de grande y de alto como tres o cuatro veces más que este local, y más que el palacio Madama. En resumidas cuentas, que era una bestia descomunal. Mientras yo quería huir temiendo la inminencia de una catástrofe, la marquesa Barolo perdió el sentido y cayó al suelo. Yo casi no podía tenerme de pie, tanto me temblaban las rodillas. Corrí a esconderme detrás de una casa que había a mucha distancia, pero de allá me echaron diciéndome:

—¡Márchese, márchese; aquí no tiene que venir!

Entre tanto yo me decía a mí mismo:

—¡Quién sabe qué diablo será este caballo! No huiré, me adelantaré para examinarlo más de cerca. Y aunque temblaba de pies a cabeza, me armé de valor, volví atrás y me acerqué.

—¡Ah! ¡Qué horror! ¡Aquellas orejas tiesas! ¡Aquel hocico descomunal!

A veces me parecía ver mucha gente encima de él; otras veces, que tenía alas, de forma que exclamé:

—Pero ¡esto es un demonio!

Mientras lo contemplaba, como estaba en compañía de algunos, pregunté a uno de los presentes:

—¿Qué quiere decir este enorme caballo?

El tal me respondió:

—Este es el caballo rojo: *Equus rufus,* del Apocalipsis.

Después me desperté y me encontré en la cama muy asustado y durante toda la mañana, mientras decía Misa; en el confesionario tenía delante a aquel animal.
Ahora deseo que alguno averigüe si este *"equus rufus",* se nombra verdaderamente en las Sagradas Escrituras, y cuál es su significado.
****

Y encargó a Durando de que buscase la manera de resolver el problema. [Beato] Miguel Don Rúa hizo observar que, realmente en el Apocalipsis, capítulo VI, versículo IV, se habla del caballo rojo, símbolo de ¡a persecución sangrienta contra la Iglesia, como explica en las notas de la Sagrada Escritura, Mons. Martini. He aquí las palabras textuaíes del libro sagrado:

Et cum aperuisset sigillum secundum, audivi secundum animal, dicens: Veni et vide. Et exivit alius equus rufus: et qui sedebat super illum datum est ei ut sumeret pacem de térra, et ut invicem se interficiant et datus est ei gladius magnus.

En el sueño de [San] Juan Don Bosco parece que el caballo representase a la democracia sectaria, que procediendo furiosamente contra ¡a Iglesia avanzaba alentando contra el orden social, sin detenerse ni un solo paso; se imponía a los gobiernos, en las escuelas, en los municipios, en los tribunales, anhelando realizar la obra destructora comenzada con el apoyo y *complicidad de las autoridades constituidas, en perjuicio de la sociedad religiosa* y de todo *piadoso instituto y del derecho común de propiedad.*

[San] Juan Don Bosco dijo:

—Sería necesario que todos los buenos y nosotros en nuestra pequeñez procurásemos con celo y entusiasmo poner un freno a esta bestia que irrumpe por doquier alocadamente.

¿De qué manera? Poniendo en guardia a los pueblos mediante el ejercicio de la caridad y con la buena prensa que contrarreste las falsas doctrinas de semejante monstruo, orientando el pensamiento de los pueblos y *los corazones hacia la Cátedra de Pedro. En ella está el fundamento indudable de toda autoridad que procede de Dios, la llave maestra que conserva todo orden social; el código inmutable de los deberes* y *los derechos de los hombres; la luz divina que disipa los errores de las más enconadas*

pasiones; aquí el fiel guardián y *el defensor poderoso de la moral evangélica y de la ley natural; aquí la confirmación de la sanción inmutable de los premios eternos reservados a quienes observan la ley del Señor y las penas igualmente eternas para los transgresores de la misma.*

Pero la Iglesia, la Cátedra de San Pedro y el Papa, son una misma cosa. Por tanto, para que estas verdades fuesen acatadas por todos, [San] Juan Don Bosco quería que se hiciesen toda suerte de esfuerzos por deshacer las calumnias contra el Pontificado y que se diesen a conocer los inmensos beneficios que Roma reporta a la vida social y se procurase avivar en todos los corazones, sentimientos de gratitud, fidelidad y amor hacia la Cátedra de Pedro.

LA SERPIENTE Y EL AVE MARÍA

SUEÑO 40.—AÑO DE 1862.

(M. B. Tomo Vil, págs. 238-239)

En su crónica particular escribe Don Provera en fecha correspondiente a la última semana de agosto:

«[San] Juan Don Bosco tuvo una nueva prueba de los continuos asaltos promovidos por el demonio contra las almas, de los perjuicios que ocasiona, de la necesidad de emplearse en continuas batallas para rechazarlo y arrancarle sus víctimas. Militia est vita hominum super terram.

Un centenar de alumnos habían regresado de casa para prepararse, después de los exámenes de reparación, al nuevo curso escolar.

El 20 de agosto de 1862, después de rezadas las oraciones de la noche y de dar algunos avisos relacionados con el orden de la casa, el buen padre dijo:

Quiero contarles un sueño que tuve hace algunas noches.

Tal vez se trata de la noche precedente a la festividad de la Asunción —observa Don Lemoyne—.
****
Soñé que me encontraba en compañía de todos los jóvenes en

Castelnuovo de Asti, en casa de mi hermano. Mientras todos hacían recreo, viene hacia mí un desconocido y me invita a acompañarle. Le seguí y me condujo a un prado próximo al patio y allí me indicó entre la hierba una enorme serpiente de siete u ocho metros de longitud y de un grosor extraordinario. Horrorizado al contemplarla, quise huir.

—No, no, —me dijo mi acompañante—; no huya; venga conmigo.

—¡Ah!, —exclamé—, no soy tan necio como para exponerme a un tal peligro.

—Entonces —continuó mi acompañante—, aguarde aquí.

Y seguidamente fue en busca de una cuerda y con ella en la mano volvió nuevamente junto a mí y me dijo:

—Tome esta cuerda por una punta y sujétela bien; yo cogeré el otro extremo y me pondré en la parte opuesta y así la mantendremos suspendida sobre la serpiente.

—¿Y después?

—Después se la dejaremos caer sobre la espina dorsal.

—¡Ah! No; por caridad. Pues ¡ay de nosotros si lo hacemos! La serpiente saltará enfurecida y nos despedazará.

—No, no; déjeme a mi —añadió el desconocido—, yo sé lo que me hago.

—De ninguna manera; no quiero hacer una experiencia que me puede costar la vida.

Y ya me disponía a huir, cuando el tal insistió de nuevo, asegurándome que no había nada que temer; y tanto me dijo que me quedé donde estaba dispuesto a hacer lo que me decía.

El, entretanto, pasó del lado de allá del monstruo, levantó la cuerda y con ella dio un latigazo sobre el lomo del animal. La serpiente dio un salto volviendo la cabeza hacia atrás para morder al objeto que la había herido, pero

en lugar de clavar los dientes en la cuerda, quedó enlazada en ella mediante un nudo corredizo. Entonces el desconocido me gritó:

—Sujete bien la cuerda, sujétela bien, que no se le escape.

Y corrió a un peral que había allí cerca y ató a su tronco el extremo que tenía en la mano; corrió después hacia mí, cogió la otra punta y fue a amarrarla a la reja de una ventana.

Entretanto la serpiente se agitaba, movía sus espirales y daba tales golpes con la cabeza y con sus anillas en el suelo, que sus carnes se rompían saltando en pedazos a gran distancia. Así continuó mientras tuvo vida; y, una vez que hubo muerto, sólo quedó de ella el esqueleto pelado y mondado.

Entonces, aquel mismo hombre desató la cuerda del árbol y de la ventana, la recogió, formó con ella un ovillo y me dijo:

—¡Preste atención!

Metió la cuerda en una cajita, la cerró y después de unos momentos la abrió. Los jóvenes habían acudido a mi alrededor. Miramos el interior de la caja y nos quedamos maravillados. La cuerda estaba dispuesta de tal manera, que formaba las palabras: ¡Ave María!

—Pero ¿cómo es posible?, —dije—. Tú metiste la cuerda en la cajita a la buena de Dios y ahora aparece de esa manera.

—Mira —dijo él—: la serpiente representa al demonio y la cuerda el Ave María, o mejor, el Rosario, que es una serie de Avemarias con la cual y con las cuales se puede derribar, vencer, destruir a todos los demonios del infierno.

Hasta aquí —concluyó [San] Juan Don Bosco— llega la primera parte del sueño. Hay otra segunda parte más interesante para todos. Pero ya es tarde y por eso la contaremos mañana por la noche. Entretanto tengamos presente lo que dijo aquel desconocido respecto al Ave María y el Rosario. Recemos devotamente ante cualquier asalto de la tentación seguros de que saldremos siempre victoriosos. Buenas noches.

****

«Séanos permitido —dice Don Lemoyne— hacer algún comentario, ya

que [San] Juan Don Bosco no dio ninguna interpretación a esta escena.

El peral que aparece en el sueño es el mismo al que el [Santo] amarrara una cuerda asegurando el otro tramo de la misma a otro árbol poco distante, para entretener con juegos de destreza a sus coterráneos, obligándoles de esta manera a escuchar sus lecciones de catecismo. Nos parece poder comparar este peral con aquella planta de la cual se lee en "El Cantar de los Cantares", capítulo 11, versículo 3: Sicut malus ínter ligna silvarum, sic dilectus meus ínter filios.

El comentarista Tirino y otros renombrados intérpretes de la Sagrada Escritura, hacen notar que el peral representa aquí a cualquier árbol frutal. Dicha planta, productora de una sombra agradable y salutífera, es símbolo de Jesucristo, de su cruz, de la virtud de la cual dimana la eficacia de la oración y *la seguridad de la victoria. ¿Será este el motivo por el que un extremo de la cuerda fatal para la serpiente, fue atada al peral? Y la otra punta amarrada al enrejado de la ventana podría simbolizar que al morador de aquella casa* y a sus *hijos les había sido confiada la misión de propagar el Rosario por todas partes.*

A sí parece que lo comprendió [San] Juan Don Bosco.

En Becchi instituyó la fiesta anual del Santo Rosario; quiso que los alumnos de sus casas rezasen todos los días la tercera parte del mismo; en sus pláticas y *mediante la publicación de numerosos folletos procuró resucitar esta devoción en el seno de la familia. Defendía siempre que el Rosario era un arma capaz de proporcionar la victoria, no sólo a los individuos, sino a toda la Iglesia. Por eso sus discípulos publicaron todas ¡as Encíclicas de León XIII sobre esta oración tan del agrado de María.*

Expuesta a nuestros lectores —continúa Don Lemoyne— nuestras pobres ideas sobre el significado de la casita de Murialdo y *del árbol visto por [San] Juan Don Bosco en el sueño, hagamos uso de la Crónica de Don Provera, que nos ofrece otras diversas circunstancias del sueño, citando algunas palabras de [San] Juan Don Bosco.*

Dice así: «El 21 de agosto por la noche estábamos todos impacientes por oír la segunda parte del sueño que [San] Juan Don Bosco había anunciado proclamando de gran interés y provecho para todos, pero nuestros deseos no quedaron satisfechos. [San] Juan Don Bosco subió, como de

costumbre, a su tribuna y *dijo:*

—Ayer noche les anuncié que hoy les iba a contar la segunda parte del sueño, pero muy a pesar mío creo que no debo mantener mi palabra.

Seguidamente, de todas partes se elevó un murmullo que indicaba la contrariedad y el disgusto general. El [Santo], después de dejar que se serenasen los ánimos, prosiguió:

—¿Qué quieres? Lo pensé ayer noche, lo he pensado hoy y me he convencido de que no es conveniente contar la segunda parte de¡ sueño, pues contiene cosas que no querría se supiesen fuera de casa. Conténtense, pues, con sacar algún provecho de lo que les dije al narrarles la primera parte.

Al día siguiente, que era 22 de agosto, le rogamos insistentemente que si no quería hacerlo en público, al menos nos contase en privado la segunda Parte del sueño. Se resistía a condescender con nuestros deseos, mas después de reiteradas súplicas accedió y nos aseguró que por la noche continuaría el relato. Así lo hizo. Rezadas las oraciones, continuó:
****

«Dadas sus continuas peticiones, contaré la segunda parte del sueño. Si no todo, al menos les diré aquello que puedo referirles. Pero antes es necesario que señale una condición, a saber, que nadie escriba ni diga fuera de casa lo que voy a contar. Comentadlo entre Vosotros, tomadlo a risa si quieren, hagáis lo que os plazca, pero sólo entre Vosotros».

Mientras hablábamos el personaje aquel y yo sobre el significado de la cuerda y de la serpiente, me volví hacia atrás y vi algunos jóvenes que cogiendo los pedazos de la carne de la serpiente, se los comían. Entonces les grité inmediatamente:

—Pero ¿qué es lo que hacen? ¿Están locos? ¿No saben que esa carne es venenosa y que les hará mucho daño?

No, no —me respondían los jóvenes—, está muy buena.

Pero, después de haberla comido, caían al suelo, se hinchaban y se tornaban duros como una piedra.

Yo no sabía darme paz, porque a pesar de aquel espectáculo, cada vez era mayor el número de los jóvenes que comían de aquellas carnes. Yo gritaba al uno y al otro; daba bofetadas a éste, un puñetazo a aquél, intentando

impedir que comiesen; pero era inútil. Aquí caía uno, mientras que allá comenzaba a comer otro. Entonces llamé a los clérigos en mi auxilio y les dije que se mezclaran entre los jóvenes y se organizaran de manera que ninguno comiera aquella carne. Mi orden no obtuvo el efecto deseado, sino que algunos de los mismos clérigos se pusieron también a comer las carnes de la serpiente cayendo al suelo al igual que los demás. Yo estaba fuera de mí cuando vi a mi alrededor a un tan gran número de muchachos tendidos por el suelo en el más miserable de los estados.

Me volví entonces al desconocido y le dije:

—Pero ¿qué quiere decir esto? Estos jóvenes saben que esta carne les ocasiona la muerte, y con todo la comen.
¿Cuál es la causa?

El me contestó:

—Ya sabes que *animalis homo non pércipit ea quae Dei sunt.*

—Pero ¿no hay remedio para que estos jóvenes vuelvan en sí?

—Sí que lo hay.

—¿Y cuál sería?

—No hay otro más que el yunque y el martillo.

—¿El yunque? ¿El martillo? ¿Y cómo hay que emplearlos?

—Hay que someter a los jóvenes a la acción de ambos instrumentos.

—¿Cómo? ¿Acaso debo colocarlos sobre el yunque y luego golpearlos con el martillo?

Entonces mi compañero, explicando su pensamiento, dijo:

—Mira: el martillo significa la Confesión; el yunque, la Comunión; es necesario hacer uso de estos dos medios.

Puse manos a la obra y comprobé que eran los indicados unos remedios

eficacísimos, aunque para algunos resultasen inútiles; tales eran los que no hacían buenas confesiones.
****

«Cuando los jóvenes se hubieron retirado a los dormitorios — continúa Don Provera— pregunté a [San] Juan Don Bosco por qué sus órdenes a los clérigos de que impidiesen a los jóvenes comer las carnes de la serpiente no habían conseguido el efecto deseado.

El siervo de Dios me respondió:

—No todos obedecieron; por el contrario, vi a algunos de los clérigos, como ya dije, comer también de aquellas carnes».

Estos sueños —continúa Don Lemovne— representan en resumidas cuentas la realidad de la vida. Con las palabras y con los hechos [San] Don Bosco refleja la realidad de la vida, el estado de una comunidad en la que en medio de grandes virtudes, también existen miserias humanas. Y no hay que maravillarse de ello, tanto más que el vicio por su propia naturaleza tiende a expandirse más que la virtud, de aquí la necesidad de una vigilancia continua.

Alguien podrá objetar que habría sido más conveniente atenuar u *omitir algunas descripciones un tanto enojosas; pero nuestro parecer no es el mismo. Si la historia ha de cumplir su noble oficio de maestro de la vida, debe describir el pasado tal y como fue en realidad, para que las generaciones futuras puedan animarse ante el ejemplo del fervor y de la virtud de los que les precedieron y, al mismo tiempo, conocer sus faltas y errores deduciendo de ellos la prudencia con que debe regular los propios actos. Una narración que sólo presentase un lado de la realidad histórica, conducirá irremisiblemente a un falso concepto de la misma. Errores y defectos repetidas veces cometidos, al no ser reconocidos como tales, volverán a ser causa de nuevas transgresiones sin gran esperanza de enmienda. Una mal entendida apología, de nada sirve a los benévolos, ni convierte ajos mal dispuestos; en cambio, una franqueza ilimitada engendra crédito y confianza.*

Por tanto, nosotros, al exponer nuestra manera de pensar, diremos, además, que [San] Juan Don Bosco dio del sueño las explicaciones más adecuadas a las inteligencias de los jóvenes, dejando entrever otras de no menor importancia, no presentándolas con toda claridad, porque no creyó llegado el momento oportuno para hacerlo. En efecto: en los sueños vemos que el [Santo] habla no solamente del presente, sino también del porvenir

lejano, como sucede en el de la rueda y en otros que iremos exponiendo.

Las carnes podridas del monstruo ¿no podrían significar el escándalo que hace perder la fe; la lectura de los libros inmorales, irreligiosos? ¿Qué indican la caída al suelo, la hinchazón, la dureza de los miembros, sino la desobediencia al superior, la soberbia, la obstinación en el mal, la malicia?

El veneno es el mismo con que ha contaminado aquella comida maldita el dragón descrito por Job en el capítulo XLI, que aseguran los Santos Padres ser figura de Lucifer. El versículo 15 de dicho capítulo, dice así:

«Su corazón es duro como la piedra». Y así se trueca el corazón de los miserables envenenados, de los rebeldes obstinados en el mal.

¿Y cuál será el remedio contra tal dureza? [San] Juan Don Bosco emplea un símbolo un tanto oscuro, pero que en sustancia señala un remedio sobrenatural. A nosotros se nos ocurre esta explicación: Es necesario que la gracia preveniente, obtenida mediante la oración y con *los sacrificios de los buenos, encienda los corazones endurecidos y los haga maleables; que los dos Sacramentos, esto es, el martillo de la humildad y el yunque de la Eucaristía sobre el cual el hierro recibe una forma decisiva, artística, para que después de ser templada, pueda ejercer su eficacia divina. Que el martillo que golpea* y *el yunque que sostiene concurran a realizar la obra que en nuestro caso no es otra que la reforma del corazón llagado, pero dócil al mismo tiempo. Será entonces cuando éste, rodeado de un nimbo de espléndidos rayos de luz, vuelva a ser lo que fuera en otro tiempo.*

LOS COLABORADORES DE DON BOSCO

SUEÑO 41 .—AÑO DE 1862.

(M. B. Tomo Vil, págs. 336-337)

[San] Juan Don Bosco aseguraba, con mucha frecuencia, que el Señor realizaría todos sus designios sobre el Oratorio sirviéndose de los jóvenes a él pertenecientes.

Don Pablo Albera recuerda una de las conferencias de aquel tiempo dada al personal, perteneciente a la incipiente Sociedad Salesiana, la cual produjo un efecto extraordinario entre los oyentes.

En ella contó [San] Juan Don Bosco a sus hijos que había tenido un sueño.
****

Un sueño en el cual pareció verse rodeado de jóvenes y de sacerdotes. Habiéndoles propuesto que se pusiesen en camino para subir a una alta montaña que se encontraba poco distante, todos se manifestaron conformes. En la cumbre de la misma estaban preparadas las mesas para un espléndido banquete que había de ser realzado con música y otros festejos. Se pusieron, pues, todos en viaje; la subida era empinada y fatigosa, sembrada de dificultades a veces difíciles de superar y otras casi impracticables a causa del cansancio, de forma que al llegar a determinado lugar todos se sentaron.

[San] Juan Don Bosco también se sentó, y después de animar a sus compañeros a continuar la subida, se puso de pie y reemprendió la marcha a un paso apresurado. Pero habiéndose vuelto para ver a los que le seguían, comprobó que todos le habían abandonado, dejándolo solo. Bajó inmediatamente y fue en busca de ellos y después de reunirlos nuevamente, los encaminó otra vez hacia la cumbre áspera; pero pronto le abandonaron.

Entonces pensó que tenía que subir a aquella altura, no solo, sino en compañía de otros muchos. Aquella es mi meta... esta es mi misión... ¿Cómo haré para llevarla a cabo? ¡Ya comprendo!

Los primeros en seguirme fueron personas recogidas, virtuosas, de buena voluntad, pero a las cuales no había probado y que, por tanto, no tenían mi espíritu, no estaban acostumbrados a superar los senderos difíciles, no estaban unidos entre sí ni conmigo mediante la práctica de especiales virtudes... Por eso, me abandonaron... Pero yo pondré remedio a este fracaso... Este desengaño me causó gran amargura... Ya veo lo que tengo que hacer... Sólo puedo contar con los que fueren formados por mí... Por eso, volveré a las faldas del monte... Reuniré a muchos niños; me haré amar de ellos; los adiestraré para que sepan soportar sin desmayo pruebas y sacrificios... Me obedecerán de buena gana... subiremos juntos al monte del Señor.
****

Y dirigiéndose de una manera especial a los que estaban allí congregados, les aseguró que había puesto en ellos sus esperanzas y durante un buen espacio de tiempo, les estuvo animando con palabra encendida, a que fuesen fieles a su vocación, en vista de las incontables gracias que la Virgen les concedería y *del premio seguro que el Señor les tenía preparado.*

Entre aquellos jóvenes que habían respondido prontamente y con devoto entusiasmo a la llamada de [San] Juan Don Bosco, estaba el diácono José Bongiovanni, el promotor de la Compañía de la Inmaculada, fundador y presidente de la Compañía del Santísimo Sacramento y del Clero Infantil, que fue ordenado sacerdote en las témporas del 20 de diciembre de aquel año.

ASISTENCIA A UN NIÑO MORIBUNDO

SUEÑO 42.—AÑO DE 1862.

(M. B. Tomo Vil, págs. 345-346)

He aquí el relato que nos legó en su crónica el joven Jerónimo Sutil. «El sábado, 20 de diciembre, [San] Juan Don Bosco, después de las oraciones de costumbre, dijo a los jóvenes estas precisas palabras:

—Para la fiesta de Navidad, uno de nosotros irá al Paraíso.

La enfermería estaba completamente vacía y cada uno de los presentes pensaba con cierta inquietud en sus asuntos particulares. El domingo 21 transcurrió sin novedad alguna; la enfermería continuaba vacía; muchos fueron a visitarla para asegurarse de ello. Por la noche, en el teatro se representaba el drama "Cosme II visitando las cárceles".

El día 22, después de la función de iglesia, celebrábase la Novena de Navidad; José Blangino, ejemplar alumno de diez años, natural de San Albano, comenzó a sentirse mal y *marchó a la enfermería. En pocas horas el mal se agravó* y *el médico perdió toda esperanza de curación».*

Don Francisco Provera continúa en su crónica: «La noche del 23 de diciembre se le administró el Santo Viático al jovencito Blangino. Hacia las diez [San] Juan Don Bosco estaba en la enfermería y *hablaba del peligro de muerte en que se encuentra el enfermito. [Beato] Miguel Don Rúa dijo:*

—Si [San] Juan Don Bosco quiere que yo pase aquí la noche, por si el enfermo necesita los últimos auxilios de la Religión, estoy dispuesto a hacerlo.

-—No es necesario —replicó [San] Juan Don Bosco—; hasta las dos de la noche no habrá peligro; vete a dormir tranquilo, deja ordenado que a esa

hora te vayan a llamar, pues entonces deberás estar aquí.

En efecto, a la hora indicada, el jovencito recibió la Extremaunción y media hora después había entregado su alma a Dios».
****
Por la mañana [San] Juan Don Bosco contó que la noche precedente había soñado con Blangino, al cual había visto moribundo. He aquí sus palabras:

«Soñé que el Prefecto Don Alasonatti estaba arrodillado rezando; mi madre, muerta hacía seis años y yo, asistíamos al enfermo. Ella estaba arreglando algunas cosas alrededor de la cama y yo estaba sentado a cierta distancia del paciente. Mi madre se acercó al lecho y dijo:

—Está muerto.

—¿Está muerto?, —pregunté yo—.

—Sí, está muerto.

—Mirad a ver qué hora es.

—Pronto serán las tres.

Don Alasonatti entretanto exclamó:

—¡Oh! Quisiera el Señor que todos nuestros jóvenes tuviesen una muerte tranquila.

Después de esto me desperté. Seguidamente sentí un golpe fortísimo, como si alguien golpease en la pared. Inmediatamente exclamé:

—Blangino parte ahora para la eternidad.

Abro los ojos para comprobar si había luz; pero no vi nada. Recé entonces el *De profundis,* persuadido de que el joven había muerto, y mientras lo rezaba oí que sonaban en el reloj las dos y media».
****
En la noche de Navidad un número muy consolador de comuniones sufragaba el alma del querido difunto y los jóvenes, como sucedía en casos

semejantes, se estrechaban cada vez más alrededor de [San] Juan Don Bosco.

He aquí lo que dicen las crónicas sobre el joven Jerónimo Sutil, que nos legó la primera parte de este relato:

«Vino también a buscar refugio en el Oratorio el joven y *buen músico Jerónimo Sutil, que era buscado en Venecia por la policía por haber pronunciado algunas palabras imprudentes. Este tal se aficionó a [San] Juan Don Bosco y durante muchos años alegró la vida del Oratorio con sus canciones venecianas, y habiendo marchado a Francia, regresó después a Valdocco. Vivió siempre como fervoroso cristiano».*

EL ELEFANTE BLANCO

SUEÑO 43.—AÑO DE 1863.

(M. B. Tomo Vil, págs. 356-360)

No habiendo podido dar [San] Juan Don Bosco el aguinaldo el ultimo día del año a todos ¡os alumnos, por no encontrarse en casa, al regresar de Borgo Cornalese, el día cuatro de enero, que era domingo, les prometió que se lo daría en la noche de la fiesta de la Epifanía.

Era, pues, el 6 *de enero de 1863* y *todos los jóvenes, artesanos* y *estudiantes, reunidos en el mismo lugar, esperaban con ansiedad el suspirado aguinaldo.*

Rezadas las oraciones, el buen padre subió a su tribuna y *comenzó a decir así:*

«Esta es la noche del aguinaldo. Todos los años cuando se aproximan las fiestas de Navidad suelo dirigir al Señor oraciones especiales, para que me inspire algún aguinaldo, que pueda servir para vuestro bien espiritual.

Pero este año he redoblado mis súplicas, puesto que el número de los jóvenes que me escuchan es mucho mayor. Pasó, sin embargo, el último día del año, llegó el jueves, el viernes y... nada de nuevo. En la noche del viernes fui a acostarme, cansado de las fatigas del día, pero no pude pegar un ojo en toda ella, de forma que por la mañana me encontraba medio muerto de cansancio. No perdí la serenidad por eso, antes bien, me alegré, pues sabía que

cuando el Señor me va a manifestar algo, suelo pasar muy mal la noche precedente.

Continué mis ocupaciones en Borgo Cornalese y en la noche del sábado llegué entre vosotros. Después de confesar me fui a dormir, y *debido al cansancio motivado por las pláticas* y *por las confesiones de Borgo* y *por lo poquísimo que había descansado las noches precedentes, me quedé dormido. Y aquí comienza el sueño que me ha de servir para daros el aguinaldo.*
****
Mis queridos jóvenes: Soñé que era día festivo, la hora del recreo después del almuerzo y que se divertían de mil maneras. Me pareció encontrarme en mi habitación con el caballero Vallauri, profesor de bellas letras. Habíamos hablado de algunos temas literarios y de otras cosas relacionadas con la religión; de pronto oigo a la puerta el tac-tac de alguien que llama.

Corro a abrir; era mi madre, muerta hacía seis años, que me dice asustada:

—Ven a ver, ven a ver.

—¿Qué hay?, —le pregunté—.

Sin más me condujo al balcón y he aquí que veo en el patio en medio de los jóvenes un elefante de colosal tamaño.

—Pero ¿cómo puede ser eso?, —exclamé—. ¡Vamos, vamos!

Y lleno de pavor miraba al caballero Vallauri y éste a mí como si nos preguntásemos la causa de la presencia de aquella bestia descomunal en medio de los muchachos. Sin pérdida de tiempo bajamos los tres al patio.

Muchos de Vosotros, como es natural, se habían acercado a ver al elefante. Este parecía de índole dócil; se divertía correteando con los jóvenes; los acariciaba con la trompa; era tan inteligente, que obedecía los mandatos de sus pequeños amigos como si hubiera sido amaestrado y domesticado en el Oratorio desde sus primeros años, de forma que numerosos jóvenes le acariciaban con toda confianza y le seguían por doquier. Mas no todos estaban alrededor de aquella bestia. Pronto vi que la mayor parte huían asustados de

una parte a otra buscando un lugar de refugio, y que al fin entraban en la iglesia.

Yo también intenté penetrar en ella por la puerta que comunica con el patio, pero al pasar junto a la estatua de la Virgen, colocada cerca de la bomba, toqué la extremidad del manto de Nuestra Señora como para invocar su patrocinio, y entonces Ella levantó el brazo derecho. Vallauri quiso imitarme haciendo lo mismo por la otra parte y la Virgen levantó el brazo izquierdo.

Yo estaba sorprendido sin saber explicarme un hecho tan extraño.

Llegó entretanto la hora de las funciones sagradas y Vosotros se dirigieron todos a la iglesia. También yo entré en ella y vi al elefante de pie al fondo del templo cerca de la puerta.

Se cantaron las Vísperas y después de la plática me dirigí al altar acompañado de Don Alasonatti y de Don Savio para dar la bendición con el Santísimo Sacramento. Pero en el momento solemne en el que todos estaban profundamente inclinados para adorar al Santo de los Santos, vi, siempre al fondo de la iglesia en el centro del pasillo, entre las dos hileras de los bancos, al elefante arrodillado e inclinado, pero en sentido inverso, esto es, con la trompa y los colmillos vueltos en dirección a la puerta principal.

Terminada la función, quise salir inmediatamente al patio para ver lo que sucedía; pero como tuve que atender en la sacristía a alguien que me quería comunicar una noticia, hube de detenerme un poco.

Mas he aquí que poco después me encuentro bajo los pórticos mientras ustedes reanudaban en el patio sus juegos. El elefante, al salir de la iglesia, se dirigió al segundo patio, alrededor del cual están los edificios en obra. Tengan presente esta circunstancia, pues en aquel patio tuvo lugar la escena desagradable que voy a contarles seguidamente.

De pronto vi aparecer allá al final del patio un estandarte en el que se veía escrito, con caracteres cubitales: *Sancta María, succurre míseris.* Los jóvenes formaban detrás procesionalmente. Cuando de repente y sin que nadie lo esperara, vi al elefante que al principio parecía tan manso, arrojarse contra los circunstantes dando furiosos mugidos y cogiendo con la trompa a los que estaban más próximos a él, los levantaba en alto, los arrojaba al suelo, piso-

teándolos y haciendo un estrago horrible. Mas a pesar de ello, los que habían sido maltratados de esa manera no morían, sino que quedaban en estado de poder sanar de las heridas espantosas que les produjeran las acometidas de la bestia.

La dispersión entonces fue general: unos gritaban; otros lloraban; otros, al verse heridos pedían auxilio a los compañeros, mientras, cosa verdaderamente incalificable, algunos jóvenes a los que la bestia no había hecho daño alguno, en lugar de ayudar y socorrer a los heridos, hacían un pacto con el elefante para proporcionarle nuevas víctimas.

Mientras sucedían estas cosas (yo me encontraba en el segundo arco del pórtico junto a la bomba), aquella estatuita que ven allá ([San] Juan Don Bosco indicaba la estatua de la Santísima Virgen) se animó y aumentó de tamaño; se convirtió en una persona de elevada estatura, levantó los brazos y abrió el manto, en el cual se veían bordadas, con exquisito arte, numerosas inscripciones. El manto alcanzó tales proporciones que llegó a cubrir a todos los que acudían a guarnecerse debajo de él: allí todos se encontraban seguros. Los primeros en acudir a tal refugio fueron los jóvenes más buenos, que formaban un grupo escogido, pero al ver la Santísima Virgen que muchos no se apresuraban a acudir a Ella, les gritaba en alta voz:

—Venite ad me omnes!

Y he aquí que la muchedumbre de los jóvenes seguía afluyendo al amparo de aquel manto, que se extendía cada vez más y más.

Algunos, en cambio, en vez de acogerse a él, corrían de una parte otra, resultando heridos antes de ponerse en seguro. La Santísima Virgen, angustiada, con el rostro encendido, continuaba gritando, pero cada vez eran más raros los que acudían a Ella.

El elefante proseguía causando estragos, y algunos jóvenes, manejando una y dos espadas, situándose en una y otra parte, dificultaban a los compañeros que se encontraban en el patio, amenazándolos o impidiéndoles que acudiesen a María. A los de las espadas el elefante no les molestaba lo más mínimo.

Algunos de los muchachos que se habían refugiado cerca de la Virgen animados por Ella comenzaron a hacer frecuentes correrías; y en sus salidas

conseguían arrebatar al elefante alguna presa, y trasportaban al herido bajo el manto de la estatua misteriosa, quedando los tales inmediatamente sanos. Después, los emisarios de María volvían a emprender nuevas conquistas. Varios de ellos, armados con palos, alejaban a la bestia de sus víctimas, manteniendo a raya a los cómplices de la misma. Y no cesaron en su empeño aun a costa de la propia vida, consiguiendo poner a salvo a casi todos.

El patio aparecía ya desierto. Algunos muchachos estaban tendidos en el suelo, casi muertos. Hacia una parte, junto a los pórticos, se veía una multitud de jóvenes bajo el manto de la Virgen. En otra, a cierta distancia, estaba el elefante con diez o doce muchachos que le habían ayudado en su labor destructora, esgrimiendo aún insolentemente en tono amenazador sus espadas. Cuando he aquí que el animal, irguiéndose sobre las patas posteriores, se convirtió en un horrible fantasma de largos cuernos; y tomando un amplio manto negro o una red, envolvió en ella a aquellos miserables que le habían ayudado, dando al mismo tiempo un tremendo rugido. Seguidamente los envolvió a todos en una espesa humareda y abriéndose la tierra bajo sus pies desaparecieron con el monstruo.

Al finalizar esta horrible escena miré a mi alrededor para decir algo a mi madre y al caballero Vallauri, pero no los vi.

Me volví entonces a María, deseoso de leer las inscripciones bordadas en su manto, y vi que algunas estaban tomadas literalmente de las Sagradas Escrituras, y otras un poco modificadas. Leí estas entre otras muchas:

Qui elucidant me, vitam aetemam habebunt: qui me invenerit, inveniet vitam; si quis est parvulus veniat ad me; refugium peccatorum; salus credentium; plena omnis pietatis, mansetúdinis et misericordiae. Beati qui custodiunt vias meas.

Tras la desaparición del elefante todo quedó tranquilo. La Virgen parecía como cansada por su mucho gritar. Después de un breve silencio dirigió a los jóvenes la palabra, diciéndoles bellas frases de consuelo y de esperanza; repitiendo la misma sentencia que ven bajo aquel nicho, mandadas escribir por mí: *Qui elucidant me, vitam aetemam habebunt.* Después dijo:

—Vosotros que habéis escuchado mi voz y han escapado de los estragos del demonio, han visto y podido observar a sus compañeros pervertidos. ¿Quieren saber cuál fue la causa de su perdición? *Sunt colloquia prava:* las malas conversaciones contra la pureza, las malas acciones a que se

entregaron después de las conversaciones inconvenientes. Vieron también a sus compañeros armados de espadas: son los que procuran su ruina alejándolos de Mí; los que fueron la causa de la perdición de muchos de sus condiscípulos. Pero *quos diutius expectat durius damnat.* Aquellos a los cuales espera Dios durante más largo tiempo, son después más severamente castigados; y aquel demonio infernal, después de envolverlos en sus redes, los llevó consigo a la perdición eterna. Ahora ustedes, márchense tranquilos, pero no olviden mis palabras: Huyan de los compañeros que son amigos de Satanás; eviten las conversaciones malas, especialmente contra la pureza; pongan en Mí una ilimitada confianza, y mi manto les servirá siempre de refugio seguro.

Dichas estas y otras palabras semejantes, se esfumó y nada quedó en el lugar que antes ocupara, a excepción de nuestra querida estatuita.

Entonces vi aparecer nuevamente a mi difunta madre; otra vez se alzó el estandarte con la inscripción: *Sancta María, succurre míseris.* Todos los jóvenes se colocaron en orden detrás de él y así procesionalmente dispuestos, entonaron la loa: Alaba a María ¡oh, lengua fiel!

Pero pronto el canto comenzó a decaer; después desapareció todo aquel espectáculo y yo me desperté completamente bañado en sudor. Esto es cuanto soñé.
****

*«¡Oh hijos míos! Deduzcan ustedes mismos el aguinaldo: los **que** estaban bajo el manto, los que fueron arrojados por los aires, los que manejaban la espada se darán cuenta de su situación si examinan sus conciencias. Yo solamente les repetiré las palabras de la Santísima Virgen:* Venite ad me, omnes. *recurrid todos a Ella; en toda suerte de peligros invoquen a María,* y *les aseguro que serán escuchados. Por lo demás, los que fueron tan cruelmente maltratados por la bestia, hagan el propósito de huir de las malas conversaciones, de los malos compañeros; y los que pretendían alejar a los demás de María, que cambien de vida o **que** abandonen esta casa. Quien desee saber el lugar que ocupaba en el sueño, que venga a verme a mi habitación* y *yo se lo diré. Pero lo repito: los ministros de Satanás, que cambien de vida o que se marchen. ¡Buenas noches!»*

Estas palabras fueron pronunciadas por [San] Juan Don Bosco con tal unción y *con tal emoción, que los jóvenes, pensando en el sueño, no le dejaron en paz durante más de una semana. Por las mañanas las confesiones*

fueron numerosísimas y después del desayuno un buen número se entrevistó con el siervo de Dios, para preguntarle qué lugar ocupaba en el sueño misterioso.

Que no se trataba de un sueño, sino más bien de una visión, lo había afirmado indirectamente [San] Juan Don Bosco mismo, al decir: «Cuando el Señor quiere manifestarme algo, paso..., etc.... Suelo elevar a Dios especiales plegarias, para que me ilumine...»

Y después, al prohibir que se bromease sobre el tema de esta narración.

Pero aún hay más.

En esta ocasión el mismo siervo de Dios escribió en un papel los nombres de los alumnos que en el sueño había visto heridos, de los que manejaban la espada y *de los que esgrimían dos;* y *enseñó la lista a Don Celestino Durando, encargándole de vigilarlos. Don Durando nos proporcionó dicha lista, que tenemos ante la vista, los heridos son 13, a saber: los que probablemente no se refugiaron bajo el manto de la Virgen; los que manejaban una espada eran 17; los que esgrimían dos, se reducían a tres. Una nota al lado de un nombre indica un cambio de conducta. Hemos de observar también que el sueño, como veremos más adelante, no se refería solamente al tiempo presente, sino también al futuro.*

Sobre la realidad del sueño, los mismos jóvenes fueron los mejores testigos. Uno de ellos decía: «No creía que [San] Juan Don Bosco me conociese tan bien; me ha manifestado el estado de mi alma, y las tentaciones a que estoy sometido, con tal precisión, que nada podría añadir».

A otros dos jóvenes, a los cuales [San] Juan Don Bosco aseguraba haberlos visto con la espada, se les oyó exclamar: «¡Ah, sí, es cierto; hace tiempo que nos hemos dado cuenta de ello; lo sabíamos!» Y cambiaron de conducta.

Un día, después del desayuno, hablaba de su sueño y tras haber manifestado que algunos jóvenes se habían marchado y otros tendrían que hacerlo, para alejar las espadas de la casa, comenzó a comentar la astucia de los tales, como él la llamaba; y a propósito de ello refirió el siguiente hecho:

Un joven escribió hace poco tiempo a su casa endosando a las

personas más dignas del Oratorio, como superiores y sacerdotes, graves calumnias e insultos. Temiendo que [San] Juan Don Bosco pudiese leer aquella carta, estudió y encontró la manera de que llegase a manos de sus parientes sin que nadie lo pudiese impedir. Después del desayuno lo llamé; se presentó en mi habitación y tras de hacerle recapacitar sobre su falta, le pregunté el motivo que le había inducido a escribir tantas mentiras. El negó descaradamente el hecho; yo le dejé hablar, después, comenzando por la primera palabra, le repetí toda la carta.

Confundido y *asustado, se arrojó llorando a mis pies, diciendo:*

—Entonces ¿mi carta no ha salido?

—Sí, *—le respondí—*; *a esta hora está en tu casa; debes pensar en la reparación.*

Algunos preguntaron al [Santo] cómo lo había sabido; pero [San] Juan Don Bosco respondió sonriendo con una evasiva.

He aquí lo que nos dicen las Memorias Biográficas sobre uno de los personajes que intervienen en este sueño: el caballero Vallauri:

Otro personaje celoso, defensor de los propios méritos, incapaz de admitir opiniones contrarias a las suyas, era el célebre Tomás Vallauri, doctor en Bellas letras. Pariente del difunto médico Vallauri, había conocido en el domicilio de este a [San] Juan Don Bosco.

El profesor había hecho públicas algunas ideas propias, algún juicio, sobre los autores latino-cristianos, injuriándoles al asegurar que, siendo la finalidad de los mismos la enseñanza y defensa de la religión, habían descuidado e incluso adulterado la lengua. Este artículo cayó en manos de [San] Juan Don Bosco, el cual estudió la manera de rectificar el criterio de su autor. La ocasión no se hizo esperar, habiendo venido el profesor Vallauri a visitarle, el [Santo] comenzó a hablarle en estos términos:

—Me satisface grandemente el haber llegado a conocer un escritor, cuyo nombre es famoso ya en toda Europa y que honra tanto a la Iglesia con sus obras.

Vallauri, observando la mirada bonachona de [San] Juan Don Bosco,

le interrumpió diciéndole:

—¿Quiere acaso darme un zurriagazo?

—Mire, señor profesor -—continuó [San] Juan Don Bosco-—, basándome en su criterio, quiero manifestarle simplemente mi pensamiento: Vos sostenéis que ¡os autores latino-cristianos no escribieron con elegancia sus obras; mientras que a San Jerónimo se le compara por su modo de escribir con Tito Livio, a Lactancio con Cicerón y a otros con Salustio y con Tácito. [San] Juan Don Bosco no añadió más: Vallauri reflexionó un poco y después añadió:

—[San] Juan Don Bosco, tiene razón; dígame qué es lo que debo corregir; obedeceré ciegamente. Es la primera vez que someto mi juicio al de otro.

Y desde aquel día solía repetir al hablar de [San] Juan Don Bosco:

—¡Estos son los sacerdotes que me agradan! ¡Gente sincera!

EL BOLSO DE LA VIRGEN

SUEÑO 44.—AÑO DE 1863.

(M. B. Tomo Vil, págs. 472-473)

En la mente y en el corazón de [San] Juan Don Bosco ocupaba siempre un lugar de preferencia la figura amabilísima de la Santísima Virgen.
****

Una noche de los primeros días de julio, el [Santo] decía a sus oyentes que había tenido un sueño en el que había visto a una persona (y parece que fuese la Virgen) que pasaba entre los jóvenes a los que presentaba un bolso ricamente bordado, para que cada uno sacase a suerte un billetito de los muchos que había en el interior del mismo.

[San] Juan Don Bosco se puso al lado de la aparición. A medida que los jóvenes iban sacando los papelitos, el [Santo] iba anotando la frase o palabras en cada uno de ellos escrita. Terminó su breve relato añadiendo que todos sacaron su billete, a excepción de un joven que permaneció apartado de los demás, y como [San] Juan Don Bosco hubiese querido ver lo que había escrito en el papelito correspondiente al tal que había quedado en el fondo del bolso,

leyó esta palabra: Muerte.
****

Después del relato invitó a cada uno de los muchachos a que se presentasen a él para comunicarles lo que había escrito en sus respectivos billetes. Los alumnos eran en casa unos 700 y a cada uno les fue diciendo una palabra ó una frase profética o de consejo, variadísima y adaptada a las propias necesidades espirituales. Y lo más sorprendente es, que después de muchos años se recordaba de cuanto había dicho a cada uno de los jóvenes.

Don Sebastián Mussetti, de la Colegiata de Carmagnola, a la sazón jovencito del Oratorio, supo de labios de [San] Juan Don Bosco que en su billete se hallaba escrita esta palabra: Constancia.

Habiéndose encontrado con el [Santo] después de muchos años, oyó que Don Bosco le decía en tono solemne:

~¡Qh! Recuérdate: ¡Constancia!

Pero aún hay más, asegura el Canónigo. Un grupo de jóvenes se puso en guardia llevando nota de cuantos se presentaban a [San] Juan Don Bosco para preguntarle sobre el contenido del propio billetito, y no hubo nada más que uno que no lo hiciera. Este tal fue un joven de Ivrea que terminaba aquel año los estudios de bachillerato.

UNA MUERTE PROFETIZADA

SUEÑO 45.—AÑO DE 1863.

(M. B. Tomo Vil, pág. 550)

Copiamos de la crónica de Don Ruffino:

«El 1 de noviembre, por la noche, [San] Juan Don Bosco contó a los jóvenes de una manera un tanto jocosa, un breve sueño que había tenido, con estas palabras:
****

No sé si fue motivado por el pensamiento de la festividad de los Santos y de la conmemoración de los fieles difuntos, lo cierto es que la noche pasada soñé que se había muerto un joven y que yo lo acompañaba a la sepultura.

No les quiero decir con esto que alguno de Vosotros debáis morir

inmediatamente; pero puedo asegurar que he tenido varios de estos sueños y todos se han realizado..
****

Dos días después [San] Juan Don Bosco volvió a hablar sobre la muerte y dijo:

—Nosotros estamos acostumbrados a hacer un poco de bien y a preparar un fondo de oraciones en favor de aquel que muera primero en la casa. También ahora debemos hacer lo mismo. No quiero decir que en breve tendremos que lamentar el paso a la eternidad del que deba gozar de este depósito espiritual, pero más tarde esto tendrá que suceder. Por eso, al tal, preparémosle un capital que produzca mucho fruto.

El que se quede en este mundo se alegrará de permanecer entre los vivos; y el que muera se sentirá contento de encontrarse con los sufragios preparados de antemano».

«[San] Juan Don Bosco —continúa la crónica de Don Ruffino— proponía a los jovencitos todas las noches una florecilia para practicar. La primera en aquella ocasión fue el sufragar a las almas del Purgatorio.

El 25 de noviembre había muerto en el Colegio de Mirabello el joven Antonio Boriglione, de oficio zapatero, de dieciocho años de edad, el cual había sido enviado desde el Oratorio a Mirabello para que se restableciese en su quebrantada salud y *para que al mismo tiempo se ocupase de algún trabajo manual.*

[San] Juan Don Bosco aseguró públicamente que no era Boriglione al que había hecho referencia en el sueño y que el que tendría que morir según había indicado a principios de noviembre en su relato, estaba ya avisado, al menos de una manera indirecta, de que se preparase».

La crónica de Don Ruffino continúa en otro lugar:

«Hasta hoy no supimos en el Oratorio la muerte de Luis Prete, natural de Agliano, a la edad de veinte años. Desde hacía algún tiempo se encontraba enfermo en su casa. Pasó a la eternidad el cinco de diciembre.

Al comunicar la infausta nueva a la comunidad, [San] juan Don Bosco dijo:

—¿No será el joven Prete el indicado en el sueño? Ni lo afirmo ni lo niego. Lo único que les aseguro es que en esta casa los muchachos mueren de dos en dos; lo que no quiere decir que ahora vaya a suceder lo mismo, pero sí hemos de admitir que así ha sucedido siempre. Cuando fallece un alumno, a los quince o veinte días se nos va a la eternidad otro. Ahora veremos si sucede lo mismo.

Tal vez este segundo joven fue Francisco Besucco, que falleció santamente el 9 de enero de 1864».

EL FOSO Y LA SERPIENTE

SUEÑO 46.—AÑO DE 1863.

(M. B. Tomo Vil, págs. 550-551)

En la noche del 13 de noviembre [San] Juan Don Bosco habló así: » Ayer por la mañana hicimos el Ejercicio de la Buena Muerte. Durante todo el día estuve obsesionado por la idea del buen fruto producido por semejante práctica. Mas temo que alguno de Vosotros no lo haya hecho bien; esta noche pasada tuve un sueño que les voy a contar:
****

Me encontraba en el patio con todos los jóvenes de la casa, que se entretenían en saltar y correr por él. Salimos del Oratorio para ir de paseo y después de algún tiempo nos detuvimos en un prado. En él los muchachos reanudaron sus juegos y cada uno iba en competencia con los demás para ver quién era el que más saltaba; cuando descubrí en medio del prado un pozo sin brocal. Me acerco para examinarlo y asegurarme de que no ofrecía peligro alguno, cuando veo en el fondo una horrible serpiente. Su grosor era como el de un caballo, mejor dicho, como el de un elefante; su cuerpo informe y todo recubierto de manchas amarillentas. Inmediatamente me retiré lleno de horror y comencé a observar a los jóvenes que en buen número habían comenzado a saltar de una a otra parte del pozo y ¡cosa extraña!, sin que me viniese a la mente la idea de prohibírselo o de avisarles del peligro a que se exponían. Vi a algunos pequeños tan ágiles que lo saltaban sin dificultad alguna. Otros, mayores, como eran más pesados, iniciaban el salto con mayor brío, pero alcanzaban menor altura y a veces iban a caer en el mismo borde; y he aquí que entonces asomaba y volvía a desaparecer la cabeza de serpiente de aquel horrible monstruo mordiendo a unos en un pie, a otros en una pierna, a otros

en diversos miembros del cuerpo. A pesar de esto, aquellos incautos eran tan temerarios que seguían saltando sin parar, no quedando nunca ilesos. Entonces un joven me dijo, señalando a un compañero:

—Mira, este saltará una vez y lo hará mal; saltará la segunda y se quedará ahí.

Me daba lástima entretanto ver a muchos jóvenes tendidos por los suelos, este con una llaga en una pierna, aquél con un brazo malherido y otro con la misma dolencia en el corazón. Yo les pregunté:

—¿Por qué corrían a saltar sobre aquel pozo exponiéndose a tan gran peligro? ¿Por qué después de haber sido mordidos una y otra vez volvían a repetir ese juego funesto?

Y ellos respondieron mientras suspiraban:

—No estamos todavía acostumbrados a saltar.

Y yo:

—No había necesidad alguna de hacerlo.

Y ellos replicaron:

—¿Qué quieres? No estamos acostumbrados. No creíamos que íbamos a padecer este mal.

Pero entre todos me llamó la atención uno que me hizo temblar de horror: era el que me había sido señalado. Intento saltar y cayó dentro del pozo. Después de unos instantes el monstruo lo escupió fuera, negro como el carbón, pero aun no estaba muerto, pues continuaba hablando. Yo y otros estábamos allí haciéndole preguntas mientras temblábamos de espanto.
****

Hasta aquí Don Ruffino, cuya crónica no añade más sobre el particular.

Nada dice sobre la interpretación del sueño ni de los avisos dados por [San] Juan Don Bosco a buen seguro a los jóvenes en general y a algunos en particular, avisos tanto más necesarios cuanto que comenzaba el curso. Y

¿qué diremos nosotros? ¿Nos aventuraremos a dar una explicación? —Añade Don Lemoyne—.

El pozo es el mismo lugar al que el libro de los Proverbios denomina: Fovea profunda, puteus angustus y *que termina **en*** puteum interitus, *como asegura el Salmo LIV. Fosa profunda, pozo estrecho, pozo de perdición. En él el demonio de la impureza, como explica San Jerónimo en la Homilía XI* in *Corinthios.*

En el sueño no parece que se trate de almas esclavas ya del pecado, sino de las que se exponen al peligro de cometerlo. Comienza con la bagatela y con la alegría de una recreación, pero pronto cambia la escena.

Los pequeños saltan sin dificultad y con toda seguridad, porque en ellos aún no están vivas las pasiones, nada entienden del mal, la diversión absorbe todos sus pensamientos y el Ángel del Señor protege su inocencia y sencillez. Pero no se dice que volvieran a saltar, pues tal vez oyeron sumisos el aviso de un amigo. Los otros jóvenes mayores se disponían también a saltar. No tenían experiencia. No eran ágiles como los pequeños; sentían el peso de las primeras luchas para conservar la virtud: la serpiente está escondida. Parece que se preguntaran: ¿acaso existe un peligra mortal en pretender saltar el pozo? Y sin más, comienzan a saltar. Un primer brinco consiste en contraer ciertas amistades particulares; en aceptar un libro no aprobado por la censura; en dar cabida en el corazón a un afecto demasiado vehemente. Es un salto, acostumbrarse a ciertos tratos demasiado libres; el alejarse de los buenos compañeros; el faltar a ciertas reglas o avisos a los que los superiores conceden mucha importancia para las buenas costumbres.

Pero el primer salto ocasiona la primera herida de la serpiente venenosa. Algunos saltan incólumes, y adoctrinados por la prudencia no repetían la prueba; pero había también quienes, despreciando el peligro, volvían a afrontarlo, para su daño, de una manera temeraria.

El que cayó en el pozo y fue arrojado fuera, parece simbolizar la caída en pecado mortal, quedando la esperanza de volver á sanar mediante los Sacramentos.

Del que queda en el pozo sólo hay que decir: qui amat periculum in illo peribit.

LOS CUERVOS Y LOS NIÑOS

SUEÑO 47.—AÑO DE 1864.

(M. B. Tomo Vil, págs. 649-650)

Cuenta la Crónica de Don Ruffino:

«El día 14 de abril, [San] Juan Don Bosco habló por la noche a los estudiantes y, al día siguiente, a los artesanos, también después de las oraciones.

Relató en tal ocasión los dos sueños siguientes que tuvo, el uno antes y *el otro después de los Ejercicios Espirituales. Aseguraba el [Santo] que aquellos sueños le produjeron un profundo terror.*
****
Érala noche precedente a la *Dominica in Albis,* y me pareció encontrarme en el balcón de mi habitación viendo cómo los jóvenes se divertían. Cuando he aquí que veo aparecer un enorme lienzo blanco que cubría todo el patio, debajo del cual los jóvenes continuaban sus juegos. Mientras contemplaba aquella escena, veo una gran cantidad de cuervos que comenzaron a volar sobre el lienzo, a girar por una parte y por otra hasta que introduciéndose por la extremidad del mismo, se arrojaron sobre los muchachos para picarles.

El espectáculo que se ofreció a mi vista fue desolador: a unos les sacaban los ojos; a otros les picaban la lengua, haciéndosela mil pedazos; a éste le daban picotazos en la frente y a aquel otro le herían el corazón. Pero, lo que más admiración causaba, era, como yo me decía a mí mismo, que ninguno de los jóvenes gritaba o se lamentaba, sino que todos permanecían indiferentes, como insensibles, sin intentar siquiera defenderse.

—¿Estoy soñando —me decía a mí mismo— o estoy despierto? ¿Es posible que éstos se dejen herir sin lanzar un grito de dolor?

Pero al rato sentí un clamor general y después veo a los heridos que comienzan a agitarse, que gritan, que haciendo gran ruido se separan los unos de los otros. Maravillado ante aquel espectáculo, comencé a pensar en el significado de cuanto veía.

—Tal vez, —pensaba entre mí— como es el sábado *in Albis,* el Señor me quiere dar a entender su deseo de cubrirnos a todos con su gracia. Esos cuervos serán los demonios que asaltan a los jóvenes.

Pero, cuál no sería mi sorpresa, al comprobar que el lunes disminuían las Comuniones, el martes mucho más y el miércoles de una manera alarmante; hasta el punto de que, mediada la Misa, ya había terminado de confesar.

Nada quise decir, pues estando próximos los Ejercicios Espirituales esperaba que todo quedaría solucionado.

Ayer, 13 de abril, tuve otro sueño. A lo largo del día había estado confesando; por tanto, mi imaginación estaba ocupada con el pensamiento de las almas de los jóvenes, como lo está casi siempre. Por la noche fui a descansar, pero no podía lograrlo; estaba medio dormido, medio despierto, hasta que al fin me quede dormido.

Entonces, me pareció encontrarme otra vez en el balcón siguiendo con la vista el recreo de los jóvenes.

Vi a todos aquellos que habían sido heridos por los cuervos y los observé atentamente. Más, de pronto, apareció un personaje con un vasito lleno de un bálsamo en una mano. Iba acompañado de otro que llevaba un pañito. Ambos se dedicaron a curar las heridas de los jóvenes, las cuales, al contacto con el bálsamo, quedaban inmediatamente cicatrizadas. Hubo, sin embargo, algunos que al ver a aquellos dos personajes acercarse, se apartaron de ellos y no quisieron ser curados. Y, lo que más me desagradó, fue que los tales formaban un número bastante respetable. Me preocupé de escribir sus nombre en un trozo de papel, pues los conocía a todos, pero mientras lo hacía me desperté y me encontré sin el papel.
***♦

Con todo, hice un esfuerzo para retenerlos en la memoria, y *al presente los recuerdo a casi todos. Tal vez me podría olvidar de alguno, pero creo que serían contados. A hora iré hablando, poco a poco, con los interesados* y *procuraré inducirles a sanar de sus heridas.*

Denle la importancia que queráis a este sueño; lo que les puedo asegurar es que si le prestan plena fe no causarán perjuicio alguno a sus almas.

Les recomiendo encarecidamente que estas cosas no salgan del Oratorio.

Yo se lo cuento todo, pero deseo que todo permanezca en casa.

El Cronista no hace comentario alguno sobre este sueño, ni ofrece ninguna otra explicación, tal vez considerando que las palabras del relato expuesto por [San] Juan Don Bosco ofrecen ya en sí una interpretación.

LAS DIEZ COLINAS

SUEÑO 48.—AÑO DE 1864.

(M. B. Tomo VIl, págs. 796-800)

Se lee en el Libro de San Daniel Profeta —escribe Don Lemoyne— en el Capítulo I, versículo 17, que cuatro jóvenes de familias nobles que habían sido llevados esclavos de Jerusalén a Babilonia por el Rey Nabucodonosor, como permanecieran fieles a las leyes del Señor, pueris his dedit Deus scientiam et disciplinam in omni libro et sapientia; Danieli autem intelligentiam omnium visionum et somniorum. Daniel recibió de Dios la gracia de saber distinguir los sueños inspirados por el Señor de los que eran accidentales y fortuitos y de conocer lo que Dios quería decirle en ellos.

Tal, y por el mismo motivo, fue, en gran parte al menos, la gracia que el cielo concedió a [San] Juan Don Bosco, con los sueños que hasta aquí hemos narrado; como también evidentemente, según nuestro parecer, con el que seguidamente vamos a exponer y que fue narrado por el [Santo] en la noche del 22 de octubre de 1864.

[San] Juan Don Bosco había soñado la noche precedente. Al mismo tiempo, un joven llamado C... E..., de *Casal Monferrato, tuvo también el mismo sueño, pareciéndole que se encontraba con [San] Juan Don Bosco y que hablaba con él. Al levantarse estaba tan impresionado que fue a contar cuanto había soñado a su profesor, el cual le aconsejó que se entrevistara con el [Santo]. El joven obedeció inmediatamente y se encontró con [San] Juan Don Bosco que bajaba las escaleras en su busca para hacer lo mismo.*
****

Le pareció encontrarse en un extensísimo valle ocupado por millares y

millares de jovencitos; tantos eran, que el [Santo] no creyó nunca hubiese tantos muchachos en el mundo. Entre aquellos jóvenes vio a los que estuvieron y a los que están en la casa y a los que un día estarían en ella. Mezclados con ellos estaban los sacerdotes y los clérigos de la misma.

Una montaña altísima cerraba aquel valle por un lado. Mientras [San] Juan Don Bosco pensaba en lo que haría con aquellos muchachos, una voz le dijo:

---¿Ves aquella montaña? Pues bien, es necesario que tú y los tuyos ganen su cumbre.

Entonces, él dio orden a todas aquellas turbas de encaminarse al lugar indicado. Los jóvenes se pusieron en marcha y comenzaron a escalar la montaña a toda prisa. Los sacerdotes de la casa corrían delante animando a los muchachos a la subida, levantaban a los caídos y cargaban sobre sus espaldas a los que no podían proseguir a causa del cansancio. [San] Juan Don Bosco, con los puños de la sotana vueltos, trabajaba más que ninguno y tomando a los muchachos de dos en dos los lanzaba por el aire en dirección a la montaña, sobre la cual caían de pie, correteando después alegremente por una y otra parte.

Don Cagliero y Don Francesia recorrían las filas gritando:

—¡Animo, adelante! ¡Adelante; ánimo!

En poco más de una hora aquellos numerosos grupos de jóvenes habían alcanzado la cumbre: [San] Juan Don Bosco también había ganado la meta.

—¿Y ahora qué haremos?— dijo.

Y la voz añadió:

—Debes recorrer con tus jóvenes esas diez colinas que contemplas delante de tu vista, dispuestas una detrás de otra.

—Pero ¿cómo podremos soportar un viaje tan largo, con tantos jóvenes tan pequeños y tan delicados?

—El que no pueda servirse de sus pies, será transportado —se le

respondió—.

Y he aquí que, en efecto, aparece por un extremo de la colina un magnífico carruaje. Tan hermoso era que resultaría imposible el describirlo, pero algo se puede decir. Tenía forma triangular y estaba dotado de tres ruedas que se movían en todas direcciones. De los tres ángulos partían tres astas que se unían en un punto sobre el mismo carruaje formando como la techumbre de un emparrado. Sobre el punto de unión se levantaba un magnífico estandarte en el que estaba escrita con caracteres cubitales, esta palabra: INOCENCIA. Una franja corría alrededor de todo el carruaje formando orla y en la cual aparecía la siguiente inscripción: *Adjutorio Dei Altissimi Patris et Filii et Spiritus Sancti.*

El vehículo, que resplandecía como el oro y que estaba guarnecido de piedras preciosas, avanzó llegando a colocarse en medio de los jóvenes. Después de recibida una orden, muchos niños subieron a él. Su número era de unos quinientos. ¡Apenas quinientos entre tantos millares y millares de jóvenes, eran inocentes!

Un vez ocupado el carro, [San] Juan Don Bosco pensaba por qué camino habría de dirigirse, cuando vio ante su vista una larga y cómoda senda, sembrada al mismo tiempo de espinas. De pronto aparecieron seis jóvenes que habían muerto en el Oratorio, vestidos de blanco y enarbolando una hermosísima bandera en la que se leía: POENUENTIA. Estos fueron a colocarse a la cabeza de todas aquellas falanges de muchachos que habían de continuar el viaje a pie.

Seguidamente se dio la señal de partida. Muchos sacerdotes se lanzaron al varal del carruaje, que comenzó a moverse tirado por ellos. Los seis jóvenes vestidos de blanco les siguieron. Detrás iba toda la muchedumbre de los muchachos. Acompañados de una música hermosísima indescriptible; los que iban en el carruaje entonaron el *Laúdate, pueri, Dominum.*

[San] Juan Don Bosco proseguía su camino como embriagado por aquella melodía de cielo, cuando se le ocurrió mirar hacia atrás para comprobar si todos los jóvenes le seguían. Pero ¡oh doloroso espectáculo! Muchos se habían quedado en el valle y otros muchos se habían vuelto atrás. Presa de indecible dolor decidió rehacer el camino ya hecho para persuadir a aquellos insensatos de que continuaran en la empresa y para ayudarlos a seguirlo. Pero se le prohibió terminantemente.

—Si no les ayudo, estos pobrecitos se perderán— exclamó lleno de dolor.

—Peor para ellos, —le fue respondido—. Fueron llamados como los demás y no quisieron seguirte. Conocen el camino que hay que recorrer y eso basta.

[San] Juan Don Bosco quiso replicar; rogó, insistió, pero todo fue inútil.

—También tú tienes que practicar la obediencia— le dijeron.

Y sin decir más, prosiguió su camino.

Aun no se había rehecho de este dolor, cuando sucedió otro lamentable incidente.

Muchos de los jóvenes que se encontraban en el carruaje, poco a poco, habían caído a tierra. De los quinientos apenas si quedaban ciento cincuenta bajo el estandarte de la inocencia.

A [San] Juan Don Bosco le parecía que el corazón le iba a estallar en el pecho por aquella insoportable angustia. Abrigaba, con todo, la esperanza de que aquello fuese solamente un sueño; hacía toda clase de esfuerzos para despertarse, pero cada vez se convencía más de que sé trataba de una terrible realidad. Tocaba las palmas y oía el ruido producido por sus manos: gemía y percibía sus gemidos resonando en la habitación; quería disipar aquella terrible pesadilla y no podía.

—¡Ah, mis queridos jóvenes!— exclamó al llegar a este punto de la narración del sueño. Yo he visto y he reconocido a los que se quedaron en el valle; a los que volvieron atrás y a los que cayeron del carruaje. Los reconocí a todos. Pero no duden que haré toda suerte de esfuerzos a mi alcance para salvarlos. Muchos de Vosotros por mí invitados a que se confesaran, no respondieron a mi llamada. Por caridad, salven sus almas.

Muchos de los jovencitos que cayeron del carro fueron a colocarse poco a poco entre las filas de los que caminaban detrás de la segunda bandera.

Entretanto, la música del coche continuaba, siendo tan dulce, que el

dolor de [San] Juan Don Bosco fue desapareciendo.

Habíamos pasado ya siete colinas y al llegar a la octava, la muchedumbre de jóvenes llegó a un bellísimo poblado en el que se tomaron un poco de descanso. Las casas eran de una riqueza y de una belleza indescriptibles.

Al hablar a los jóvenes sobre aquel lugar, exclamó:

—Les diré con Santa Teresa lo que ella afirmó de las cosas del Paraíso: son cosas que si se habla de ellas pierden valor, porque son tan bellas que es inútil esforzarse en describirlas. Por tanto, sólo añadiré que las columnas de aquellas casas parecían de oro, de cristal y de diamante al mismo tiempo, de forma que producían una grata impresión, saciaban a la vista e infundían un gozo extraordinario. Los campos estaban repletos de árboles en cuyas ramas aparecían, al mismo tiempo, flores, yemas, frutos maduros y frutos verdes. Era un espectáculo encantador.

Los jovencitos se desparramaron por todas partes; atraídos unos por una cosa, otros por otra, y deseosos al mismo tiempo de probar aquellas frutas.

Fue en este poblado donde el joven de Cásale, del que hemos hablado, se encontró con [San] Juan Don Bosco, entablando con él un prolongado diálogo. Ambos recordaban después las preguntas y respuestas de la conversación que habían mantenido. ¡Singular combinación de dos sueños!

[San] Juan Don Bosco experimentó aquí otra extraña sorpresa. Vio de pronto a sus jóvenes como si se hubiesen tornado viejos; sin dientes, con el rostro lleno de arrugas, con los cabellos blancos; encorvados, caminando con dificultad, apoyados en bastones. El siervo de Dios estaba maravillado de aquella metamorfosis, pero la voz le dijo:

—Tú te maravillas; pero has de saber que no hace horas que saliste del valle, sino años y años. Ha sido la música la que ha hecho que el camino te pareciera corto. En prueba de lo que te digo, observa tu fisonomía y te convencerás de que te estoy diciendo la verdad.

Entonces a [San] Juan Don Bosco le fue presentado un espejo. Se miró en él y comprobó que su aspecto era el de un hombre anciano, de rostro cubierto de arrugas y de boca desdentada.

La comitiva, entretanto, volvió a ponerse en marcha y los jóvenes manifestaban deseos de cuando en cuando de detenerse para contemplar algunas cosas que eran para ellos completamente nuevas. Pero [San] Juan Don Bosco les decía:

—Adelante, adelante, no necesitamos de nada; no tenemos hambre, no tenemos sed, por tanto, prosigamos adelante.

Al fondo, en la lejanía, sobre la décima colina despuntaba una luz que iba siempre en aumento, como si saliese de una maravillosa puerta. Volvió a oírse nuevamente el canto, tan armonioso, que solamente en el Paraíso se puede oír y gustar una cosa igual. No era una música instrumental, sino más bien producida por voces humanas. Era algo imposible de describir, y tanto fue el júbilo que inundó el alma de [San] Juan Don Bosco, que se despertó encontrándose en el lecho.
****

He aquí la explicación que el [Santo] hizo del sueño.

—El valle es el mundo. La montaña, los obstáculos que impiden *despegarnos de él. El carro, lo entienden. Los grupos de jóvenes a pie, son los que, perdida la inocencia, se arrepintieron de sus pecados.*

[San] Juan *Don Bosco añadió también que las diez colinas representaban los diez Mandamientos de la Ley de Dios, cuya observancia conduce a la vida eterna.*

Después añadió que si había necesidad de ello estaba dispuesto a decir confidencialmente a algunos jóvenes el papel que desempeñaban en el sueño, si se quedaron en el valle o si se cayeron del carruaje.

Al bajar [San] Juan Don Bosco de la tribuna, el alumno Antonio Ferraris se acercó a él y le contó delante de nosotros, que oímos sus palabras, que en la noche anterior había soñado que se encontraba en compañía de su madre, la cual le había preguntado que si para la fiesta de Pascua iría a casa a pasar unos días de vacaciones, y que él había dicho que antes de dicha fecha habría volado al Paraíso... Después, confidencialmente dijo algunas palabras al oído de [San] Juan Don Bosco. Antonio Ferraris murió el 16 de marzo de 1865.

Nosotros —continúa Don Lemoyne— escribimos el sueño inmediatamente y la misma noche del 22 de octubre de 1864, le añadimos al final la siguiente apostilla: «Tengo la seguridad de que [San] Juan Don Bosco en sus explicaciones procuró velar lo que el sueño tiene de más sorprendente, al menos respecto a algunas circunstancias. La explicación de los diez Mandamientos no me satisface. La octava colina sobre la cual [San] Juan Don Bosco hace una parada y el contemplarse en el espejo tan anciano, creo que quiere indicar que el [Santo] moriría pasados los setenta años. El futuro hablará».

Este tiempo ha pasado y nosotros tenemos que ratificar nuestra opinión. El sueño indicaba a [San] Juan Don Bosco la duración de su vida. Confrontemos con éste el de la Rueda, que sólo pudimos conocer algunos años después.

Las vueltas de la rueda proceden por decenios: se avanza de una a otra colina de diez en diez años. Las colinas son diez, representando unos cien años que es el máximo de la vida del hombre.

En el primer decenio vemos a [San] Juan Don Bosco, aún niño, comenzando su misión entre sus compañeros de Bechi, dando así principio a su viaje; después comprobamos cómo recorre siete colinas, esto es, siete decenios, llegando, por tanto, a los setenta años de edad; sube a la octava colina y en ella descansa: contempla casas y campos maravillosos, o mejor dicho, su Pía Sociedad, que ha crecido y *producido frutos por la bondad infinita de Dios. El camino a recorrer en la octava colina es aún largo y el [Santo] emprende la marcha; pero no llega a la novena colina porque se despierta antes. Y así finalizó su carrera en el octavo decenio, pues murió a los setenta y dos años y cinco meses de edad.*

¿Qué opina el lector de todo esto? Añadiremos que la noche siguiente, habiéndonos preguntado [San] Juan Don Bosco a nosotros mismos, cuál era nuestro pensamiento sobre este sueño, le respondimos que nos parecía que no se refería solamente a los jóvenes, sino que también quería significar la dilatación de la Pía Sociedad por todo el mundo.

Pero ¿cómo? —replicó uno de nuestros hermanos—; *tenemos ya Colegios en Mirabello y en Lanzo* y se *abrirá algún otro más en el Piamonte. ¿Qué más quiere?*

—Son muy diferentes los destinos anunciados por el sueño— dijimos.

Y [San] Juan Don Bosco aprobaba sonriente nuestra opinión.

LA VINA

SUEÑO 49.—AÑO DE 1865.

(M. B. Tomo VIII, págs. 11-15)

El 16 de enero, [San] Juan Don Bosco habló así a los jóvenes del Oratorio, después de las oraciones de la noche:

La mitad de enero ha pasado ya. ¿Cómo hemos empleado el tiempo? Esta noche, si les parece bien, les contaré un sueño que tuve anteayer.
****

Me pareció encontrarme de viaje en compañía de todos los jóvenes del Oratorio y de otros muchos a los cuales no conocía. Nos detuvimos a desayunar en una viña y todos mis acompañantes se desparramaron por acá y por allá para comer fruta. Unos comían higos, otros uvas; quiénes albaricoques, quiénes guindas. Yo estaba en medio de mis muchachos y cortaba racimos de uva, cogía higos y los distribuía entre todos, diciendo:

—Para ti; toma y come.

Me parecía que estaba soñando y sentía que así fuese, pero al fin me dije:

—Sea lo que fuere, dejemos que los jóvenes coman.

Entre las hileras de las vides estaba el dueño.

Cuando restauramos nuestras fuerzas, proseguimos la marcha atravesando la viña; el camino era difícil. La viña, como acontece ordinariamente, ofrecía en toda su amplitud profundos surcos, de manera que unas veces había que subir, otras teníamos que bajar y, de cuando en cuando, menudeaban los saltos. Los más fuertes lo hacían con facilidad, pero los más pequeños al intentarlo caían al foso. Esto me disgustaba sobre manera, por lo que mirando a mi alrededor encontré un camino que bordeaba la viña. Entonces me dirigí hacia él en compañía de todos mis jóvenes.

Pero el dueño de la viña me detuvo y me dijo:

—Mire, no vaya por ese camino; es impracticable, está cubierto de piedras, de espinas, de fango y de fosos; continúe por el camino que había elegido anteriormente.

Yo le repliqué:

—Tiene razón; pero estos pequeños no pueden andar a través de esos surcos.

—¡Oh!, eso pronto se arregla —continuó el otro—; que los mayores lleven a cuestas a los menores y podrán saltar aunque vayan cargados con tal peso.

No me convencí de lo que me acababa de decir y me dirigí con todos mis jóvenes al límite de la viña, junto al camino que había visto y comprobé que mi interlocutor me había dicho la verdad. El camino era infame, impracticable. Vuelto a Don Francesia. le dije: *—Incidit in Scyllam qui vult vitare Charibdim.*

Y fue forzoso, tomando por un sendero, atravesar de la mejor manera posible toda la viña, siguiendo el consejo del dueño de la misma.

Al llegar al final nos encontramos con un tupido vallado de espinas y nos abrimos en él un paso con mucha dificultad; bajando por una pendiente nos hallamos después en un valle amenísimo, lleno de árboles y cubierto de jugosos pastos. En medio de aquel prado vi a dos jóvenes antiguos alumnos del Oratorio, los cuales, apenas me divisaron se dirigieron a mí y me saludaron. Nos detuvimos a hablar y uno de ellos, después de cambiar conmigo algunas impresiones:

—¡Mira qué hermosura!— me dijo, enseñándome dos pájaros que tenía en la mano.

—¿Qué pájaros son esos?—, le pregunté.

—Una perdiz y una codorniz que he cogido.

—¿Está viva la perdiz?—, le pregunté nuevamente.
—¡Claro! ¡Mírala!—, me dijo mientras me entregaba una hermosísima perdiz de algunos meses.

—¿Come sola?

—Ya empieza a hacerlo.

Y mientras le daba de comer me di cuenta de que tenía el pico dividido en cuatro partes. Le manifesté mi extrañeza, preguntando a aquel joven el motivo de aquel fenómeno.

—¿Cómo? —me replicó—. ¿[San] Juan Don Bosco no sabe eso? Lo mismo significa el pico de la perdiz dividido en cuatro partes, que la misma perdiz.

—No comprendo.

—¿Que no comprendes habiendo estudiado tanto? ¿Qué nombre se le da a la perdiz en latín?

—*Perdix.*

—Pues ahí tiene la clave del misterio.

—Hazme el favor de hablar claro.

—Mire: fíjese en las letras que componen el vocablo perdix. P quiere decir *perséverantia;* E, *Aeternitas te expectat;* R, *Referí unusquisque secundum opera sua, prout gessit, sive bonum, sive malum;* D, *Dempto nomine.* Echada a un lado la fama, la gloria, la ciencia, la riqueza. I, significa *¡bit.* He aquí lo que representan las cuatro partes del pico: los novísimos.

—Tienes razón, he comprendido; pero, dime: ¿Y la X dónde la dejas? ¿Qué quiere decir?

—¿Cómo? ¿Habiendo estudiado tantas matemáticas no sabe qué quiere decir la X?

—Sé que la X representa la incógnita.

—Pues bien, cambie el término y llámelo lo desconocido: Irá a un lugar desconocido *(in locum suum).*

Sin salir de mi asombro y mientras atendía a estas explicaciones, fe pregunté:

—¿Me regalas esta perdiz?

—Sí; con mucho gusto. ¿Quiere ver también la codorniz?

—Sí; enséñamela.

E inmediatamente me presentó una hermosa codorniz, al menos eso parecía. La tomé en mis manos, le levanté las alas y vi que estaba toda cubierta de llagas y, poco a poco, se fue tornando tan fea y asquerosa, despidiendo un hedor tan pestilente que provocaba náuseas.

Entonces pregunté al joven qué significaba aquel cambio.

Y me respondió:

—¡Vos sois sacerdote y no sabéis estas cosas! ¡Vos que habéis estudiado Sagrada Escritura! ¿Recordad cuando los hebreos, estando en el desierto, murmuraron de Dios y él Señor les mandó codornices y comieron de ellas, y aún las estaban gustando, cuando millares de ellos fueron castigados por la mano divina? Por tanto, este animal quiere decir que mata más gente la gula que la espada y que el origen de la mayor parte de los pecados proviene de este vicio.

Entonces di las gracias al joven por sus explicaciones.

Entretanto, en los vallados, sobre los árboles, entre la hierba, iban apareciendo perdices y codornices en gran número; unas y otras semejantes a las que tenía en la mano mi joven acompañante. Los muchachos comenzaron a cazar procurándose así la comida.

Después continuamos el viaje. Todos los que comieron perdices se tornaron robustos y pudieron seguir adelante. Cuantos comieron codornices se quedaron en el valle, dejaron de seguirme y, a poco, los perdí de vista, no

volviéndoles a ver más.

Pero de pronto, mientras caminaba, la escena cambió por completo.

Me pareció estar en un inmenso salón más grande que el Oratorio, comprendido el patio; todo aquel local estaba ocupado por una gran multitud de personas. Miré a mi alrededor y no conocí a nadie, no había allí ni un solo individuo del Oratorio.

Mientras estaba contemplando todo aquello sin poder salir de mi extrañeza, se me acercó un hombre diciéndome que había un pobrecito que estaba gravemente enfermo, en peligro de muerte, que tuviese la bondad de ir a confesarlo. Yo le respondí que con sumo gusto lo haría; y sin más lo seguí.

Entramos en una habitación y me acerqué al paciente; comencé a confesarlo, pero viendo que se iba debilitando poco a poco y temiendo que se muriese sin la absolución, corté por lo sano y se la di. Apenas lo hube hecho, el desgraciado murió. Su cadáver comenzó inmediatamente a despedir mal olor, hasta tal punto que era imposible soportarlo. Entonces dije que era necesario enterrarlo cuanto antes y pregunté por qué hedía de aquel modo. Me fue respondido:

—El que muere tan pronto, pronto es juzgado.

Salí de allí. Me sentía muy cansado y pedí que me dejasen descansar.

Me aseguraron que inmediatamente sería complacido y me hicieron subir por una escalera que conducía a otra habitación.

Al entrar en ella vi a dos jóvenes del Oratorio que hablaban entre sí; uno de ellos tenía un envoltorio. Les pregunté:

—¿Qué tienes ahí? ¿ Qué haces aquí?

Me pidieron excusas por encontrarse en aquel lugar, pero no me respondieron a lo que les había preguntado. Yo les volví a decir:

—Les he preguntado que por qué se encuentran aquí.

Ellos se miraron y después me dijeron que prestase atención.

Seguidamente abrieron el envoltorio y sacaron de él, extendiéndolo, un paño fúnebre. Yo miré a mi alrededor y vi en un rincón tendido y muerto a un joven del Oratorio. Pero no lo reconocí.

Pregunté a los dos jóvenes quién era, pero se excusaron y no me lo quisieron decir. Me acerqué al cadáver; observé su rostro: por un lado me parecía conocerlo, y por otro, no; así que no pude identificarlo.

Decidido entonces a saber quién era, fuere como fuere, bajé de nuevo la escalera y me encontré en el gran salón. La multitud de gente desconocida había desaparecido y en su lugar estaban los jóvenes del Oratorio. Apenas éstos me vieron se apiñaron a mi alrededor diciéndome:

—Don Bosco, Don Bosco, ¿no sabe? Ha muerto un joven del Oratorio.

Yo les pregunté el nombre del difunto y ninguno quiso contestarme; los unos me mandaban a los otros, nadie quería hablar. Pregunté con mayor insistencia, pero se excusaban y no me lo querían decir. En tal estado de inquietud, después de haber fracasado en mi intento, me desperté encontrándome en mi lecho.

El sueño había durado toda la noche, y por la mañana me encontré tan cansado y maltrecho que en realidad parecía que había estado viajando toda la noche.

Deseo que las cosas que les cuento no salgan del Oratorio; hablen de ellas entre Vosotros todo cuanto quieran, pero que queden siempre en casa.
****

Al día siguiente de haber contado este sueño, [San] Juan Don Bosco marchó a Lanzo para visitar el Colegio allí existente, y habiendo regresado el 18 al Oratorio, después de las oraciones, dijo a los jóvenes, entre otras cosas:

«Ciertamente que desearán saber algo sobre el sueño que les conté antes de mi marcha. Solamente les voy a explicar el significado de la perdiz y *de la codorniz. La perdiz es la representación de la virtud, y la codorniz, del vicio. Esto último lo pueden deducir del hecho de que la codorniz fuera tan bella exteriormente* y *después, vista de cerca, apareciera cubierta de llagas debajo de las alas* y *despidiera un hedor insoportable: todas estas cosas representan las acciones deshonestas. Entre los jóvenes, unos comían con*

avidez y glotonería la carne de la codorniz, a pesar de estar en mal estado; son los que se entregan al vicio del pecado. Los que preferían la perdiz son los que tienten temor a la virtud y la practican. Algunos tenían en una mano la perdiz y *en la otra la codorniz,* y *comían de esta última; son los que conociendo la belleza de la virtud no quieren aprovecharse de la gracia de Dios para hacerse buenos. Otros, teniendo en una mano la perdiz y en la otra la codorniz, comían la perdiz, lanzando miradas codiciosas a la codorniz; tales son los que siguen la virtud pero con desgana, como por fuerza; de éstos se puede asegurar que si no cambian de proceder, una vez u otra caerán. Otros comían la perdiz mientras veían a la codorniz saltar delante de ellos sin darle importancia ni hacer caso; son ¡os que siguen la senda de la virtud y aborrecen el vicio, considerándolo con desprecio. Otros comían un poco de codorniz* y *un poco de perdiz,* y *son los que alternan entre el vicio* y *la virtud y así se engañan con la esperanza de no ser tan malos.*

Vosotros me diréis: ¿Quién de nosotros comió la codorniz y quién la perdiz? A muchos ya se lo he dicho; los demás, si quieren saberlo, que vengan a verme y *se lo diré».*

He aquí el comentario de Don Lemoyne:

«¿Qué diremos nosotros del sueño anteriormente referido?

[San] Juan Don Bosco, según su costumbre, no refirió todas sus circunstancias; no dio todas las explicaciones, limitándose a lo relacionado con la conducta de sus jovencitos y a *alguna previsión sobre el porvenir. Y, con todo, estudiando sus palabras, si no nos equivocamos, vemos que en ellas resaltan tres ideas; El Oratorio, la Pía Sociedad y las Ordenes Religiosas.*

Vamos a exponer algunos de nuestros pensamientos, remitiéndonos al juicio de los más expertos:

1º —La viña es el Oratorio. [San] Juan Don Bosco, en efecto, distribuye como dueño, toda suerte de frutas a los jóvenes. Se trata de una de aquellas viñas espirituales predichas por Isaías en el Capítulo XLV: "Plantarán las viñas y *comerán el fruto.* <u>Plantabunt vineas et comedent fructus earum</u>**.** *La escena sucede evidentemente en plena vendimia.*

2º —El viaje de [San] Juan Don Bosco; el consejo del dueño de la viña, a saber, que los más robustos, o sea los Salesianos, llevasen sobre sus

hombros a los más pequeños, ¿no podría indicar la necesidad de que el tirocinio espiritual de los congregantes no estuviese del todo separado de la vida activa?

Y el sendero de la viña que bordea el camino, siguiendo la misma dirección e idéntica meta, ¿no puede simbolizar el nuevo instituto fundado por [San] Juan Don Bosco?

3º —La perdiz. Uno de los caracteres de este animal es la astucia. Cornelio a Lapide comentando el capítulo XVII de Jeremías, cita la epístola XLVII de San Ambrosio, en la que se describen la astucia y *artes, a veces afortunadas, de la perdiz para huir del cazador y para salvar su nido. La frase que con frecuencia solía [San] Juan Don Bosco repetir a sus hijos, era precisamente ésta ¡Sed astutos! Con esto les quería indicar, como medio para huir de los lazos del demonio, el recuerdo de la eternidad.*

4º —La codorniz. El vicio de la gula es la muerte de las vocaciones.

5º —La gran sala y la multitud que la ocupaba, personas todas desconocidas para el [Santo], debían tener un significado especial y alguna particularidad interesante. [San] Juan Don Bosco no creyó oportuno decir palabra alguna sobre ello. ¿No podría tener relación con la futura obra de los Cooperadores Salesianos?

6º —En cuanto al enfermo moribundo, [San] Juan Don Bosco nos dijo algún tiempo después a nosotros los sacerdotes: «Era un ex alumno del Oratorio de! que quiero pedir informes para ver si en realidad ha muerto».

7º —¿Y el joven muerto? Parece que se trata de Don Ruffino, tan amado por [San] Juan Don Bosco; lo que explicaría la actitud de los jóvenes al no querer comunicar la noticia. El [Santo] no lo reconoció; en cambio, el sueño lo preparaba para tan sentida pérdida, sin amargarle con una doloroso realidad. Don Ruffino era un ángel de virtud y en aquellos días se encontraba bien. Pero murió el 16 de julio de aquel mismo año. Expuestas nuestras opiniones —concluye Don Lemoyne—, dejando que unusquisque abundet in sensu suo, *continuemos* fe *lectura de cuanto nos ofrecen las crónicas.*

LOS SUEÑOS PROFÉTICOS

DE SAN JUAN BOSCO

Parte II
SUEÑOS 50>101

EL ÁGUILA

SUEÑO 50.—AÑO 1865.

(M. B. Tomo VIII. págs. 52-53)

El 1 de febrero anunció [San] Juan Don Bosco que un joven moriría antes de que se hiciese el ejercicio de la Buena Muerte y que, supuesto que llegase a hacerlo una vez, sería para el tal el tiempo máximo que se le concedería de vida.

Este anuncio fue consecuencia de un sueño.
****

Una noche le pareció al [Santo], mientras dormía, que entraba en el patio encontrándose en medio de sus jóvenes en tiempo de recreo. A su lado estaba el guía de costumbre; el mismo que le había acompañado durante sueños anteriores. De pronto, apareció en el espacio un águila maravillosa y de bellísimas formas, la cual trazando círculos en el aire descendía cada vez más sobre los jóvenes. Mientras [San] Juan Don Bosco la contemplaba maravillado, el guía le dijo:

—¿Ves aquella águila? Quiere arrebatarte a uno de tus hijos.

—¿A quién?—, preguntó [San] Juan Don Bosco.
—Observa atentamente a aquel sobre cuya cabeza se pose el ave.

[San] Juan Don Bosco contemplaba al animal con los ojos desmesuradamente abiertos, observando que después de dar algunas vueltas más, fue a posarse sobre el joven de trece años Antonio Ferraris, de Castellazzo Bórmida.

El siervo de Dios lo reconoció perfectamente y después se despertó.

****

Apenas despierto, para cerciorarse de que no dormía, [San] Juan Don Bosco comenzó a batir palmas y, *mientras reflexionaba sobre lo que había visto, hacía este ruego:*

—Señor, si esto no es un sueño, sino *una realidad, ¿cuándo deberá verificarse?*

****

Se durmió nuevamente y he aquí que en el sueño reapareció el mismo personaje, el cual le dijo:

—El joven Ferraris, que es el que debe morir, no hará dos veces más el Ejercicio de la Buena Muerte.

Y desapareció.

Entonces [San] Juan Don Bosco se persuadió de que aquello no era un sueño sino una realidad. Por eso puso sobre aviso a los jóvenes.

****

Ferraris, por entonces, se encontraba bien.

[San] Juan Don Bosco renovaba de vez en cuando el recuerdo de su predicción.

El día 1 de marzo había sido llevado a su casa un jovencito de trece años, llamado Juan Bautista Savio, natural de Cambiano, como se lee en un libro-registro del Oratorio. El pequeño artesano era víctima de una grave enfermedad y se *había corrido la voz de que era él precisamente el individuo cuyo fin había anunciado [San] Juan Don Bosco.*

Pero el [Santo] refutó aquella opinión al hablar en los buenas noches el viernes 3 de marzo:

Les he anunciado ya —dijo— que uno de nosotros tiene que morir. Vosotros me diréis:

—¿Acaso no se referirá al pequeño Savio? ¿Quién es, pues?

Solamente el Señor lo sabe. El tal está entre Vosotros, ha oído mi aviso y *espero que habrá hecho bien su último Ejercicio de la Buena Muerte.*

¡Están, pues, todos preparados! Sin que yo lo dijera, ya lo había dicho Nuestro Señor hace dieciocho siglos: Estote parati, *que la muerte vendrá como un ladrón, cuando menos la esperemos.*

Al día siguiente, habiéndosele interrogado privadamente, respondió:
—El apellido del primero que debe morir para la eternidad comienza por la letra F.

Es de notar que unos treinta alumnos tenían un apellido que comenzaba por esta letra y, por otra *parte, en la casa todos gozaban de buena salud.*

Encontrándose a la sazón en la habitación de [San] Juan Don Bosco el joven Juan Bisio, oyó decir al [Santo]:
—Siento que el Señor se lleve siempre a los jóvenes mejores. —¿Es, pues, uno de los más buenos el que debe morir?—, le preguntó Bisio en el seno de la confianza.

—Sí, uno que se llama Antonio Ferraris. Mas estoy tranquilo, porque es muy virtuoso y está preparado.

Bisio le preguntó cómo había conocido aquel misterio, y [San] Juan Don Bosco le narró el sueño con toda sencillez, sin hacer ver que se trataba de un don sobrenatural, y al final añadió:

—Con todo, tú está atento y *avísame para que pueda ir a asistirlo en los últimos días de la enfermedad.*

Entretanto, Ferraris comenzó a sentir un malestar que le obligaba a ir de cuando en cuando *a la enfermería. Al principio pareció que se trataba de una ligera* indisposición, *pero no tardó en manifestarse la gravedad del mal. Entonces [San] Juan Don Bosco fue a visitar al enfermo en compañía del doctor Gribaudo, el cual diagnosticó tratarse de un caso extremo. Mas el paciente parecía haber olvidado el sueño que él mismo había tenido el año anterior y que nosotros expusimos ya en su lugar.*

[San] Juan Don Bosco escuchó sin dar muestras de extrañeza las palabras del médico y animó al muchacho como si nada supiese sobre su porvenir; proporcionándole un gran consuelo con sus *frecuentes visitas.*

La madre del paciente había acudido al Oratorio, a pesar de que el

estado del enfermo no parecía alarmante. Después de prestarle su asistencia durante varios días, la buena señora, que consideraba a [San] Juan Don Bosco como a un Santo, tomando aparte a Bisio le preguntó:

—¿Qué dice [San] Juan Don Bosco de mi hijo? ¿Morirá o viuirá?

—¿Por qué me pregunta eso?—, *replicó Bosio.*

—Para saber si *debo quedarme o volver a mi casa.*

—¿Y Vos en qué disposición de ánimo se encuentra?

—Soy madre y, naturalmente, quiero que mi hijo sane. Por lo demás, que el Señor haga de él lo que juzgue mejor.

—¿Le parece estar resignada a la voluntad de Dios?

—Lo que haga el Señor, bien hecho está.

—¿Y si su hijo muriese?

—¡Paciencia! ¿Qué íbamos a hacer?

Bisio, al ver aquellas disposiciones de ánimo, después de dudar un poco, añadió:

—Entonces, quédese; [San] Juan Don Bosco ha asegurado que su hijo es un buen muchacho y que está bien preparado.

Aquella madre cristiana comprendió; derramó algunas lágrimas sin hacer ninguna escena desagradable y después de aquel desahogo natural a su dolor, dijo:

—Si es así, me quedaré.

Bisio le había dicho anteriormente que no se marchase, porque calculando sobre el día para el cual se había fijado el Ejercicio de la Buena Muerte, según la profecía de [San] Juan Don Bosco, no le quedaban al enfermo más que cinco o seis jornadas de vida.

Antonio Ferraris murió el jueves 16 de marzo, por la mañana. Había

recibido todos los auxilios de la Religión. Estaba para entrar en agonía cuando he aquí que aparece [San] Juan Don Bosco, se le acerca al lecho y le sugiere algunas jaculatorias, le da la última absolución y *le recomienda el alma.*

Esta muerte tuvo lugar antes de que se hiciese en el Oratorio el segundo Ejercicio de la Buena Muerte a partir del anuncio hecho por el [Santo].

Juan Bisio, que expuso bajo juramento la intervención que tuvo en este hecho, concluye su relato con estas palabras: «[San] Juan Don Bosco nos contó otros muchos sueños sobre futuras muertes de jóvenes del Oratorio, y *sus predicciones fueron siempre consideradas por nosotros como verdaderas profecías que se cumplieron siempre al pie de la letra. En siete años que yo estuve en el Oratorio, no falleció ningún joven sin que él lo hubiese anunciado con anterioridad. Estábamos todos persuadidos, además, de que quien moría en el Oratorio bajo la vigilancia y con la asistencia del [Santo], tenía que ir necesariamente al Paraíso».*

Aquella misma noche del 16 de marzo, [San] Juan Don Bosco hablaba así a los jóvenes:

«Los veo a todos deseosos de saber algo sobre los últimos momentos de nuestro Ferraris y aquí me tenéis para satisfacer vuestro justo anhelo. Murió resignado; en su breve enfermedad sufrió mucho, pero no perdió la serenidad. Al entrar en el Oratorio me dijo:

—[San] Juan Don Bosco, yo estoy en todo dispuesto a hacer su voluntad: le obedeceré plenamente; si ve que falto en algo, avíseme, castigúeme y verá que me enmendaré.

Yo le prometí que haría cuanto pudiese por el bien de su alma y de su cuerpo. Muchas veces me repitió el mismo ruego y siempre que hube de avisarle de algo, se corrigió inmediatamente. Se puede decir que no tenía voluntad propia, tan obediente era. Su profesor me asegura que en la clase estaba entre los primeros por su aplicación al estudio. Cuando enfermó fui inmediatamente a visitarle, diagnosticando el médico desde el primer momento la gravedad del mal. Le pregunté si el día de Santo Tomás quería recibir la Comunión. Me respondió:

—Tendría que vestirme para ir a la iglesia con los demás. Me encuentro muy débil para hacerlo.

—Eso tiene remedio, te traeremos a tu habitación a Jesús Sacramentado. ¿Estás contento?

—Sí, muy bien.

Yo le pregunté:

—¿No tienes nada que te turbe la conciencia?

¿Tendrías algo que decirme?

Y después de reflexionar durante algunos instantes, respondió:

—¡No tengo nada!

¡Qué hermosa respuesta! Un joven que se avecina a la muerte, que sabe que tiene que morir y puede responder con la mayor serenidad y tranquilidad de espíritu: —¡No tengo nada!

Le volví a preguntar:

—Dime: ¿vas de buena gana al Paraíso?

—Seguro —me replicó—, así veré cara a cara cómo es el Señor, del cual he oído decir cosas tan maravillosas, y comprenderé cómo está hecha mi alma.

En otra ocasión le dije:

—¿No quieres nada de mí?

—Solamente una cosa: que me ayude a ir al Paraíso.

—Sí. *Pero ¿no me pides nada más?*

—Que ayude también a todos mis compañeros a ganarse el cielo.

Le prometí que haría cuanto estuviese de mi parte. Esta mañana lo

encontré muy grave, no podía hablar, el catarro lo sofocaba.

Habiéndole dicho ya a Rossi que apenas el enfermo diese señal de entrar en agonía me avisase, acudí junto a su lecho. Tenía los ojos cerrados; estaba muy falto de fuerzas, pero apenas había dado yo un paso para ausentarme, pues el fin no me parecía inminente, abrió los ojos y comenzó a mover los brazos y todo el cuerpo gritando con voz sofocada:

—¡Ah, ah, ah!

Volví atrás, le pregunté qué era lo que quería y haciendo un gran esfuerzo me dijo que deseaba morir teniéndome a su lado. Le respondí que se tranquilizase, que iba a mi habitación para despachar algunas cartas y que volvería apenas me avisasen que había llegado su último momento.

Fui a mi habitación y después de haber trabajado un rato, vinieron a decirme que el enfermo empeoraba por momentos. Acudí inmediatamente y pude comprobar que se había agravado mucho más, pero no me pareció que su muerte fuese cosa inminente. Por tanto, me dispuse a volver otra vez a mi habitación. Pero el enfermo volvió a abrir los ojos emitiendo el mismo grito:

—¡Ah, ah, ah!

El pobrecillo, siempre que me alejaba se daba cuenta.

Después de unos instantes vino Rossi a llamarme. Corrí al lecho del moribundo: efectivamente, había entrado en agonía; ya no respiraba, pero su pulso latía aún. Unos minutos después, dando un suspiro, entregaba su alma al Señor.

Ferraris había contraído un resfriado que degeneró en la pulmonía que lo llevó a la tumba. Sufrió muchos dolores con verdadera resignación, sin proferir un lamento. La muerte no le infundía temor, no tenía nada que le causase remordimiento.

Cada uno de nosotros, mis queridos hijos, debería desear haberse encontrado en el lugar de Ferraris. Tengo la seguridad de que fue derecho al Paraíso y de buena gana cambiaría mi puesto por el suyo. A pesar de ello, mañana se rezará el Rosario de difuntos en sufragio de su alma.

Los compañeros de clase acompañarán mañana por la tarde sus

despojos a la Parroquia.

Termino con un aviso. Cuando yo anuncie desde aquí que algún otro tiene que morir, por caridad guardad secreto, pues hay algunos que se ajustan demasiado ante estos avisos y escriben a sus padres para que se los lleven del Oratorio, porque [San] Juan Don Bosco anuncia continuamente que alguien tiene que morir...

Pero, díganme: si yo no lo hubiese anunciado, ¿se habría preparado Ferraris tan bien para presentarse ante el tribunal de Dios?

Es cierto que era un excelente muchacho, pero, en el trance de la muerte, ¿quién puede creerse absolutamente preparado para sufrir el riguroso juicio del Señor? Vuestro compañero tuvo la suerte de que se le avisara. Pero desde ahora en adelante no diré nada.

(Muchas voces: No, no. Dígalo, dígalo).

Y a los que tanto temen a la muerte les digo: Hijitos míos, cumplan con su deber, no tengáis malas conversaciones, frecuenten los Sacramentos, sean sobrios y la muerte no los asustará.

EL LIRIO Y EL GATAZO

SUEÑO 51 .—AÑO DE 1865.

(M. B. Tomo VIII, págs. 33-34)

El 6 *de febrero de 1865, [San] Juan Don Bosco, después de las oraciones de la noche, al dirigirse a sus jóvenes se expresó en los siguientes términos:*

Hace dos o tres días tuve un sueño. ¿Quieren que se los cuente?

Como los amo tanto, siempre sueño que me encuentro en su compañía.
****

Pareció, pues, encontrarme en medio del patio, rodeado de mis queridos hijitos, cada uno de los cuales tenía en la mano una flor.

Quién una rosa, quién una azucena, quién una violeta, quién una rosa y

un lirio al mismo tiempo. En suma: unos tenían una flor y otros otra. Cuando de pronto aparece un enorme gatazo con cuernos, completamente negro, grande como un perro, de ojos encendidos como brasas y cuyas uñas eran gruesas como un clavo y su vientre descomunalmente abultado.

La horrible bestia se acercaba cautelosamente a los jóvenes y dando vueltas alrededor de ellos, ahora daba un zarpazo a la flor del uno arrojándosela al suelo, ahora hacía lo mismo con la de otro y así sucesivamente.

Ante la aparición de este animal, yo me sentí lleno dé espanto y muy maravillado al comprobar que los jóvenes no se inmutaban lo más mínimo, sino que continuaban como si nada sucediese.

Cuando me di cuenta de que el gato se dirigía hacia mí para arrebatarme mi flor, comencé a huir.

Pero me detuvieron y oí que me decían:

—No huyas y di a tus muchachos que levanten el brazo y así el gato no logrará arrebatarles las flores de las manos.

Yo me detuve y levanté el brazo: el gatazo hacía inauditos esfuerzos por arrebatarme las flores; saltaba una y otra vez, pero como era tan pesado no lograba conseguir su intento.
****

El lirio, la azucena, mis queridos hijos, representan la bella virtud de la modestia a la cual el diablo hace continua guerra. ¡Ay de aquellos jóvenes que no mantienen la flor en alto! El demonio se la lleva haciéndola caer al suelo. Los que así se conducen son los que halagan su cuerpo comiendo desordenadamente y fuera de tiempo; los que rehuyen del trabajo; el estudio, entregándose al ocio; aquellos a los cuales agradan ciertas conversaciones; los que leen ciertos libros; los que no quieren saber nada de mortificación. Por caridad, combatid a este enemigo; de otra manera, él se enseñoreará de Vosotros.. Tales victorias son difíciles, pero la eterna sabiduría nos ha sugerido el medio para conseguirlas: Hoc genus daemoniorum non ejicitur nisi per orationem et jejunium.

Levanten su brazo, levanten en alto su flor y estarán seguros. Las modestia es una virtud celestial y el que quiera conservarla es necesario que

se eleve hacia el cielo.

Sálvense, pues, con la oración.

La oración que los levanta a¡ cielo es la de la mañana y de la noche bien rezadas; oración es la meditación y la Misa; oración es la Confesión frecuente y la Comunión; oración son las pláticas y las exhortaciones de los superiores; oración es la Visita a Jesús Sacramentado; oración es el Santo Rosario; oración es el estudio.

Con la oración su corazón se ensanchará y *se elevará al cielo y así podrán decir con el rey [San] David:* Viam mandatorum tuorum cucurri, cum dilatasti cor meum.

Así pondrán a salvo la más bella de las virtudes y su *enemigo, por más esfuerzos que haga, no se la podrá arrebatar.*

LOS MONSTRUOS Y LOS NIÑOS

SUEÑO 52.—AÑO DE 1865.

(M. B. Tomo VIII, pág. 48)

El 24 de febrero [San] Juan Don Bosco decía a sus jóvenes en las buenas noches: Durante algunos días he estado lejos de vosotros, mis queridos jóvenes, y mi más vivo deseo es el de encontrarme siempre en su compañía, para hacerles el mayor bien posible, porque quiero consagrarme y *sacrificarme en todo en beneficio suyo. Pero también cuando estoy ausente, trabajo por la casa y les puedo asegurar que en estos días he realizado más labor estando ausente, que la que habría hecho permaneciendo en el Oratorio. Tenía muchos asuntos que arreglar, muchas cartas a las que contestar, y ¿cómo podría haber hecho todo esto asediado por las mil audiencias y consultas a las que tengo que atender cuando me encuentro en casa?*

Pero aun estando lejos de vosotros he pensado siempre en mis queridos hijos rezando por ellos. ¿Habéis acordado vosotros de mí? ¿Habéis rezado por mis intenciones? Algunos, sí. ¿Y los otros? Pero... hagamos las paces. Los que no han rezado por [San] Juan Don Bosco, que lo hagan en adelante.

Me marché, pues, días pasados a Cúneo invitado por el señor Obispo, el cual me trató magníficamente; la primera noche, después de haber comido bien y bebido mejor (risas generales), llegó la hora de marcharse a dormir. Después de la cena, una buena cama, gusta, ¿no es cierto?

Yo le pedí permiso al señor Obispo para quedarme a la mañana del día siguiente un poco descansando, y él me respondió:

—Sí, sí, y desearía que no se levantase antes de las ocho y , media.

—¡Oh!, —repliqué—; me *quedaré solamente hasta las seis y media; es suficiente para descansar.*

—No, no; desearía que se levantase más tarde: a las ocho.

Y al fin determinamos que lo haría a las siete. Y así me marché a descansar a eso de las once. Me quedé dormido inmediatamente.

Y ¿qué quieren? Comencé a soñar según mi costumbre, y como donde está tu tesoro allí está tu corazón...
****
...Soñé que me encontraba en el Oratorio, en medio de mis queridos hijos.

Me pareció estar en mi habitación, sentado a mi mesa de trabajo, mientras los jóvenes jugaban en el patio. El recreo estaba muy animado, mejor dicho, animadísimo: los jóvenes gritaban, chillaban, saltaban de tal forma que aquello parecía el fin del mundo. Yo estaba contentísimo, pues me satisface ver a los muchachos entregados al recreo de esta forma, convencido de que cuando se enfrascan en el juego, el demonio, a pesar de sus argucias, nada tiene que hacer.

Mientras gozaba, pues, al oír tal estrépito, noto que se hace un gran silencio, sin que yo supiera explicarme el motivo.

Me levanto asustado de la mesa para comprobar la causa de aquel cambio y apenas llego a la antesala, veo entrar por la puerta a un monstruo horriblemente feo, caminando con el hocico hacia el suelo y con los ojos clavados en la tierra. Parecía que no se hubiese dado cuenta de mi presencia, avanzando siempre en la actitud que adopta una bestia feroz cuando intenta lanzarse sobre alguno.

Temblé entonces pensando en mis queridos hijos y desde la ventana observé el patio para comprobar lo que había sido de ellos.

Entonces vi todo el patio lleno de monstruos semejantes al que había entrado en mi habitación, pero más pequeños. Mis jóvenes habían sido obligados a guarecerse muy lejos, junto a los muros y bajo los pórticos. Muchos estaban tendidos por el suelo, acá y acullá, pareciendo que estuvieran muertos.

Ante aquel tan doloroso espectáculo lancé un grito de espanto tal que me desperté.
****
Al oírme se despertaron los criados del señor Obispo, se despertó el señor Vicario y *el mismo señor Obispo, que se habían asustado al escuchar aquel grito.*

Mis queridos jóvenes: a los sueños en general no se les debe prestar fe alguna, pero cuando de ellos se puede sacar una conclusión moral, es provechoso hacer alguna reflexión sobre ellos. Yo procuro buscar siempre una aplicación a todas las cosas, por eso lo hago también así con los sueños.

Aquel monstruo parece que quiere significar el demonio, el cual procura continuamente nuestra ruina. De los jóvenes, unos caen y *otros huyen. ¿Quieren que les enseñe a no tenerle miedo* y *a resistir sus asaltos? ¡Escuchen! No hay cosa que más tema Satanás que estas dos prácticas:*

1- La Comunión bien hecha.

2- Las visitas al Santísimo Sacramento.

¿Queréis que el Señor les conceda muchas gracias?, visítenlo frecuentemente. ¿Queréis que les conceda pocas?, visítenlo pocas veces. ¿Queréis que el demonio los asalte?, visiten pocas veces a Jesús Sacramentado. ¿Queréis que huya de vosotros?, visiten frecuentemente a Jesús. ¿Queréis vencer al demonio?, acudan frecuentemente a los pies de Jesús. ¿Queréis ser vencidos?, dejen de visitar a Jesús. ¡Mis queridos jóvenes! La visita al Santísimo Sacramento es un medio muy necesario para vencer al demonio. Acudan, pues, frecuentemente a visitarlo y el demonio no les podrá vencer.

LA LINTERNA MÁGICA

SUEÑO 53.—AÑO DE 1865.

(M. B. Tomo VIII, págs. 115-116)

El día 1 de mayo de 1865, [San] juan Don Bosco narraba a los jóvenes del Oratorio el siguiente sueño:

****

Me pareció encontrarme en la iglesia llena de jóvenes, observando que eran muy pocos los que se acercaban a la Sagrada Comunión. Próximo a la balaustrada del altar mayor había un hombre alto, de color negro y de cuya cabeza salían dos cuernos. Tenía en la mano una linterna mágica y se entretenía en hacer ver a los muchachos a través de ella, cosas diversas. A unos les hacía contemplar un recreo muy animado y entre los juegos el que mas les agradaba; a otros, los partidos perdidos o las futuras victorias; a éstos, el pueblo natal con sus paseos, sus campos, con aquella casa determinada; a aquéllos les hacía ver en su linterna el estudio, los libros, los temas mensuales; a algunos, las más diversas frutas, los dulces más variados, el vino que tenían guardado en el baúl; no faltaban quienes veían a sus padres, los amigos, escenas pecaminosas, el dinero no entregado. Por tanto, así entretenidos, eran pocos los que se acercaban a la Sagrada Mesa. Muchos al ver los paseos, las vacaciones, lo dejaban todo a un lado y se detenían a contemplar con avidez a sus antiguos compañeros y sus pasatiempos de otros días.

****

¿Saben lo que significa este sueño? Que el demonio hace cuanto puede para distraer a los jóvenes en la iglesia; para alejarlos de los Santos Sacramentos. Y los jóvenes son tan ingenuos que caen en la red y se pasan el tiempo mirando a través de la lente.

Hijos míos: es necesario romper esa linterna del diablo. ¿Saben cómo?

Levantando la mirada a la Cruz y *pensando que alejarse de la Comunión es lo mismo que arrojarse en los brazos del demonio.*

LAS OFRENDAS SIMBÓLICAS

SUEÑO 54.—AÑO DE 1865.

(M. B Tomo VIII, págs. 129-132)

Después de tratar de la enfermedad de Don Alasonatti y de *cómo este virtuoso sacerdote había pedido a [San] Juan Don Bosco el señalado favor de morir en el Oratorio de Valdocco, Don Lemoyne prosigue en sus Memorias:*

Entre estas pena el [Santo] buscaba su consuelo en la devoción a la Santísima Virgen, honrada en el mes de mayo por toda la comunidad de una manera especial. De sus numerosas buenas noches la Crónica nos ha conservado la del día 30 de mayo, que *es hermosa en extremo.*
****

«Vi un gran altar dedicado a María y magníficamente adornado y a todos los jóvenes del Oratorio avanzar hacia él procesionalmente; iban cantando loas a la Madre Celestial, si bien no todos de la misma manera, aunque todos cantaban la misma letrilla. Muchos lo hacían realmente bien; otros desentonaban; otros permanecían en silencio y se salían de la fila; otros bostezaban y parecían como aburridos; otros se empujaban y reían entre sí. Pero todos llevaban ofrendas a María. Cada uno portaba un ramo de flores; unos, grandes; otros, más pequeños y diferentes los unos de los otros. Quiénes llevaban rosas, quiénes claveles, violetas, etc., etc. Algunos llevaban ofrendas verdaderamente extrañas: una cabeza de cerdo, un gato, un plato de sapos, un conejo, un cordero y otras cosas diversas.

Un hermoso joven, que estaba delante del altar, era sin duda el Ángel Custodio del Oratorio, pues al observarlo atentamente pude apreciar que tenía alas. Este celestial mensajero apenas los jóvenes ofrecían sus dones, los recibía y los colocaba sobre el altar.

Los primeros ofrendaron a María magníficos ramos de flores y el Ángel, sin decir nada, los colocó delante de la imagen. Muchos otros fueron presentando sus ramos. El los examinó, los deshizo e hizo quitar algunas flores marchitas que arrojó, lejos de sí y después de rehacer el ramo de unos y de otros, los fue colocando sobre el altar. A otros que tenían en sus ramos flores muy hermosas pero sin olor, como dalias, camelias, etc., el Ángel se las hizo quitar, porque la Virgen quiere realidades y no apariencias. Muchos, entre las flores, presentaban espinas más o menos numerosas y clavos: el Ángel quitó las unas y los otros.

Le llegó finalmente el turno al que llevaba la cabeza de cerdo y el Celestial mensajero le dijo:

—¿Cómo te atreves a presentar esta ofrenda a la Virgen. ¿No sabes qué significa el cerdo? Representa el feo vicio de la impureza. María, que es toda pureza, no puede soportar este pecado. Retírate, pues, que no eres digno de estar en su presencia.

Siguieron después los que traían por toda oferta un gato y el Ángel les dijo:

—¿También vosotros se atrevéis a traer estas ofrendas? ¿No sabéis qué simboliza el gato? Es figura del hurto, ¿y vosotros lo ofrecéis a María? Son ladrones los que se apoderan del dinero ajeno, de las cosas, de los libros de los compañeros: los que roban comestibles en el Oratorio: los que destrozan las ropas por despecho; los que malgastan el dinero de los padres no estudiando. Y los hizo retirar también a ellos.

Llegaron después los que traían los platos de sapos y el Ángel mirándolos con indignación, les dijo:

—Los sapos significan los pecados vergonzosos de escándalo, y ¿ustedes vienen a ofrecérselos a la Virgen? Retírense vayan a formar con los indignos. Y se apartaron llenos de confusión.

Algunos avanzaban con un cuchillo clavado en el corazón. Aquel cuchillo representaba los sacrilegios. El Ángel les dijo:

—¿No veis que llevan la muerte en el alma; que si aún viven es por una particular misericordia de Dios? De otra manera estarían irremisiblemente perdidos. Por caridad: Háganse sacar ese cuchillo. Y también los tales fueron rechazados.

Poco a poco se fueron aproximando todos los demás jóvenes. Quiénes ofrecían corderos, quiénes conejos, quiénes peces, nueces, uvas, etcétera. El Ángel aceptó todas aquellas ofrendas poniéndolas sobre el altar y después de haber separado a los buenos de los malos, hizo poner en fila a todos aquellos cuyas ofrendas habían sido aceptadas por María. Entonces pude comprobar, con dolor de mi corazón, que el número de los rechazados era superior al de éstos.

Seguidamente, por una y otra parte del altar, aparecieron otros dos

ángeles, portadores de dos riquísimas cestas llenas de magníficas coronas, hechas de rosas fragantísimas. Dichas flores no eran propiamente como las de la tierra, sino como artificiales, símbolo de la inmortalidad.

El Ángel Custodio fue tomando aquellas coronas una por una y las fue poniendo sobre las cabezas de los jóvenes que estaban en fila delante del altar. Entre dichas coronas, las había más grandes y más pequeñas, pero todas ellas eran de una belleza extraordinaria.

Les he de advertir que allí no estaban solamente los jóvenes del Oratorio; sino también otros muchos a los cuales no había visto nunca. Seguidamente contemplé algo verdaderamente sorprendente: Había unos jóvenes de rostro tan feo, que su vista producía casi asco y repugnancia; a éstos les correspondieron las más bellas coronas, símbolo de que a un exterior tan poco agradable suplía el don, la virtud de la castidad en grado eminente. Otros también poseían esta virtud, pero en grado menos elevado. Otros muchos se distinguían por otras diversas virtudes, como la obediencia, la humildad, el amor de Dios y todos ellos, según el grado en que la poseían, así eran proporcionalmente coronados.

El Ángel dijo:

—María ha querido que fueran hoy coronados con tan bellas rosas. Procuren conducirse de tal manera que no se vean nunca privados de ellas. Tres son los medios para conservarlas. Practiquen: 1º la humildad; 2º la obediencia; 3º la castidad. Tres virtudes que los harán siempre agradables a los ojos de María de manera que un día llegarán mediante la práctica de las mismas a ser merecedores de una corona infinitamente más hermosa que esta.

Seguidamente los jóvenes comenzaron a cantar delante del altar *el Ave, maris stella.*

Y después de entonada la primera estrofa, se dispusieron a salir de la iglesia en procesión y cantando como al entrar la letrilla: «Load a María», haciéndolo con voces tan recias que yo quedé maravillado. Los seguí aún durante un buen rato y después me volví atrás para ver a los que el Ángel había puesto aparte; pero ya no estaban aquí.

****

Mis queridos hijos. Sé cuáles fueron los que recibieron la corona y quiénes los rechazados por el Ángel. Lo comunicaré a cada uno en particular,

paro que procure ofrecer a la Virgen dones dignos de Ella.

A hora les voy a hacer algunas observaciones. La primera: Todos llevaban flores a la Virgen, de diversas especies mezcladas con espinas. Insistentemente reflexioné sobre el significado de estas espinas y saqué como conclusión que representaban la desobediencia. Tener dinero sin permiso y no haberlo querido entregar al Prefecto; pedir permiso para ir a un lugar determinado y luego marcharse a otro; llegar a la clase cuando los demás hace ya tiempo se encuentran en ella; preparar ensaladas y meriendas clandestinamente; entrar en las habitaciones de los demás estando rigurosamente prohibido y hacerlo bajo algún pretexto; levantarse después de la hora señalada; no cumplir las prácticas de piedad prescritas; hablar cuando es tiempo de guardar silencio; comprar libros sin hacerlos revisar; mandar cartas sin permiso por medio de tercera persona para que no sean leídas por la dirección y recibirlas de la misma manera; hacer contratos de compra y venta; he aquí lo que representan las espinas.

Muchos de vosotros preguntaréis: ¿es, pues, pecado faltar a las reglas de la casa? Lo he pensado seriamente y les respondo taxativamente que sí. No les digo si es pecado grave o leve; habría que tener presente las circunstancias, pero pecado lo es. Alguno objetará: la ley de Dios no dice que hemos de obedecer al reglamento de la casa. Escuchen: Uno de los Mandamientos dice Honra al padre y a la madre. ¿Saben qué quieren decir las palabras padre y madre? Comprenden también a quienes hacen sus veces. ¿No dice acaso la Sagrada Escritura: Obaedite praepósitis vestris? Sí *vosotros tienen que obedecer, es lógico que ellos tengan que mandar. He aquí el origen del reglamento del Oratorio, quedando demostrado que las reglas que lo integran son obligatorias.*

Segunda observación: Algunos tenían clavos entre las flores; clavos que habían servido para clavar al buen Jesús. ¿Y cómo? Se comienza siempre por cosas pequeñas y después se llega a otras mayores. El tal deseaba tener dinero para satisfacer sus caprichos, por lo que para gastarlo a su manera no quiso entregarlo; (después comenzó a vender sus libros de clase y continuó robando y *sigue robando a los compañeros. Otro quería satisfacer su gula, y para ello necesitaba botellas de vino, etc. Después se permitió cosas más graves; en suma, que incurrió en pecado mortal. Por eso los ramilletes aparecían infectados de clavos* y *el buen Jesús fue de nuevo crucificado. Ya decía el Apóstol que los pecados vuelven a poner al Salvador en la cruz:* Rursus crucifigentes Filium Dei.

Tercera observación: Muchos jóvenes llevaban en sus ramilletes de flores frescas y *olorosas, algunas que estaban marchitas* y *desprovistas de olor.*

Las flores marchitas representan las obras hechas en pecado mortal las cuales no sirven para adquirir méritos para el cielo.

Las flores sin olor simbolizan las obras buenas hechas con miras humanas, por ambición, para agradar solamente a los maestros y *superiores. Por eso el Ángel echaba en cara a los que las llevaban el que se atreviesen presentar a María semejantes ofrendas y los mandaba retirar para que rehiciesen el ramo, hecho lo cual las colocaban sobre el altar. Estos tales no seguían orden alguno, sino que conforme iban terminando de hacer lo que se les había mandado se unían a los que estaban ya preparados para recibir la corona.*

En este sueño vi lo que fue y *lo que será de mis jóvenes. A muchos se lo he comunicado ya; a los demás también se lo diré. Vosotros, entretanto, procurad que la Virgen celestial reciba de su generosidad dones que jamás tengan que ser rechazados.*

LA INUNDACIÓN

SUENO 55.—AÑO DE 1866.
(M. B. Tomo VIII, págs. 275-282)

En los comienzos del 1866, [San] Juan Don Bosco contaba con doce sacerdotes. El número total de los socios de la Pía Sociedad era de unos 90. Diecinueve de ellos habían emitido los votos perpetuos, veintinueve los trienales. Los demás eran simples novicios.

Orgulloso de esta bella corona de afectuosos colaboradores, el dulce amigo de las almas de los jóvenes les había prometido que el primer día del año les contaría un sueño, que le serviría al mismo tiempo para darles el tradicional aguinaldo.

El siervo de Dios había contemplado en una visión, así nos pareció entonces, el porvenir de la Pía Sociedad y *el de otras Congregaciones religiosas y algo relacionado con el presente y el futuro de sus alumnos.*

Pero lo que deseaba manifestar a cada uno de ellos era el estado de sus conciencias en la presencia de Dios; pues todas sus palabras, como hemos comprobado centenares de veces, no tenían otro fin que combatir el pecado con una espontaneidad libre de todo respeto humano.

De esta forma no hacía otra cosa que obedecer al precepto dado por el Espíritu Santo en el Eclesiástico (Capítulo IV, versículos 27 y 28): Ne verearis proximum in casu suo; ne retineas verbum in tempore salutis. *Esto es, según explica Mons. Martini: "No disimules por falsa vergüenza los fallos de tu prójimo; no ahorres palabras, no calles cuando con tu corrección puedes salvarlo: haz uso entonces de la sabiduría que Dios te ha dado y no la ocultes cuando con ella debes dar gloria a Dios procurando la enmienda* y *conversión del hermano que pecó".*

[San] Juan Don Bosco, pues, ante la muchedumbre de sus jóvenes, habló así el lunes por la noche, primer día del año 1866:
****

Me pareció encontrarme a poca distancia de un pueblo que por su aspecto parecía Castelnuovo de Asti, pero que no lo era. Los jóvenes del Oratorio hacían recreo alegremente en un prado inmenso; cuando he aquí que se ven aparecer de repente las aguas en los confines de aquel campo, quedando bien pronto bloqueados por la inundación. El Po se había salido de madre e inmensos y desmandados torrentes fluían de sus orillas.

Nosotros, llenos de terror, comenzamos a correr hacia la parte trasera de un molino aislado, distante de otras viviendas y de muros gruesos como los de una fortaleza. Me detuve en el patio del mismo en medio de mis queridos jóvenes, que estaban aterrados. Pero las aguas comenzaron a invadir aquella superficie, viéndonos obligados primeramente a entrar en la casa y después a subir a las habitaciones superiores. Desde las ventanas se apreciaba la magnitud del desastre. A partir de las colinas de Superga hasta los Alpes, en lugar de los campos cultivados, de los prados, de los bosques, caseríos, aldeas y ciudades, sólo se descubría la superficie de un lago inmenso. A medida que el agua crecía, nosotros subíamos de un piso a otro.
Perdida toda humana esperanza de salvación, comencé a animar a mis queridos jóvenes, aconsejándoles que se pusieran con toda confianza en las manos de Dios y en los brazos de nuestra querida Madre, María.

Pero el agua había llegado ya casi al nivel del último piso. Entonces, el

espanto fue general, no viendo otro medio de salvación que ocupar una grandísima balsa, en forma de nave, que apareció en aquel preciso momento y que flotaba cerca de nosotros.

Cada uno, con la respiración entrecortada por la emoción, quería ser el primero en saltar a ella; pero ninguno se atrevía, porque no la podíamos acercar a la casa, a causa de un muro que emergía un poco sobre el nivel de las aguas. Un solo medio nos podía facilitar la entrada en la providencial embarcación, a saber, un tronco de árbol, largo y estrecho; pero la cosa resultaba un tanto difícil, pues un extremo del árbol estaba apoyado en la balsa que no dejaba de moverse al impulso de las olas.

Armándome de valor pasé el primero y para facilitar el transbordo a los jóvenes y darles ánimo, encargué a algunos clérigos y sacerdotes de que desde el molino sostuviesen a los que partían y desde la barca tendiesen la mano a los que llegaban. Pero ¡cosa singular! Después de estar entregados a aquel trabajo un poco de tiempo, los clérigos y los sacerdotes se sentían tan cansados, que unos en una parte, otros en otra, caían exhaustos de fuerzas; y los que los sustituían corrían la misma suerte. Maravillado de lo que ocurría a aquellos mis hijos, yo también quise hacer la prueba y me sentí tan agotado que no me podía tener de pie.

Entretanto, numerosos jóvenes, dejándose ganar por la impaciencia, ya por miedo a morir, ya por mostrarse animosos, habiendo encontrado un trozo de viga bastante largo y suficientemente ancho, establecieron un segundo puente, y sin esperar la ayuda de los clérigos y de los sacerdotes, se dispusieron precipitadamente a atravesarlo sin escuchar mis gritos:

—¡Deténganse, deténganse, que se caerán!— les decía yo.

Y sucedió que muchos, o empujados por otros o al perder el equilibrio antes de llegar a la balsa, cayeron y fueron tragados por aquellas pútridas y turbulentas aguas sin que se volvieran a ver más.

También el frágil puente se hundió con cuantos estaban encima de él.

Tan grande fue el número de las víctimas que la cuarta parte de nuestros jóvenes sucumbió al secundar sus propios caprichos.

Yo, que hasta entonces había tenido sujeta la extremidad del tronco del árbol mientras los jóvenes pasaban por encima, al darme cuenta de que la

inundación había superado la altura del muro, me esforcé para impulsar la balsa hacia el molino. Allí estaba Don Cagliero, el cual, con un pie en la ventana y con otro en el borde de la embarcación, hizo saltar a ella a los jóvenes que habían permanecido en las habitaciones, ayudándoles con la mano y poniéndoles así en seguro.

Pero no todos los muchachos estaban aún a salvo. Cierto número de ellos se habían subido a los desvanes y desde éstos a los tejados, donde se agruparon permaneciendo los unos arrimados a los otros, mientras que la inundación seguía creciendo sin cesar cubriendo el agua los aleros y una parte de los bordes del mismo tejado.

Al mismo tiempo que las aguas, había subido también la balsa y yo al ver a aquellos pobrecitos en tan terrible situación, les grité que rezasen de todo corazón; que guardasen silencio, que bajasen unidos, con los brazos entrelazados los unos con los otros para no rodar. Me obedecieron y como el flanco de la nave estaba pegado al alero, con el auxilio de los compañeros pasaron ellos también a bordo. En la balsa había además una buena cantidad de panes colocados en numerosas canastas.

Cuando todos estuvieron en la barca, inseguros aún de poder salir de aquel peligro, tomé el mando de la misma y dije a los jóvenes:

—María es la estrella del mar. Ella no abandona a los que confían en su protección; pongámonos todos bajo su manto: la Virgen nos librará de los peligros y nos guiará a un puerto seguro.

Después, abandonamos la nave a las olas; la balsa flotaba y se movía serenamente alejándose de aquel lugar. *Facta est quasi navis institoris, de longe portans panem suum.*

El ímpetu de las aguas agitadas por el viento la impulsaban a tal velocidad, que nosotros, abrazándonos los unos a los otros, formamos un todo para no caer.

Después de recorrer un gran espacio en brevísimo tiempo, la embarcación se detuvo de pronto y se puso a dar vueltas sobre sí misma con extraordinaria rapidez, de manera que parecía que se iba a hundir. Pero un viento violentísimo la sacó de aquella vorágine. Luego comenzó a bogar en forma regular, produciéndose de cuando en cuando algún remolino, hasta que

al soplo del viento salvador fue a detenerse junto a una playa seca, hermosa y amplia, que parecía emerger como una colina en medio de aquel mar.

Muchos jóvenes estaban como encantados y decían que el Señor había puesto al hombre sobre la tierra, no sobre las aguas; y sin pedir permiso a nadie salieron jubilosos de la balsa e invitando a otros a que hicieran lo mismo, subieron a aquella tierra emergida. Breve fue su alegría, porque alborotándose de nuevo las aguas a causa de la repentina tempestad que se desencadenó, éstas invadieron la falda de aquella hermosa ladera y en breve tiempo, lanzando gritos de desesperación, aquellos infelices se vieron sumergidos hasta los costados y después de ser derribados por las olas, desaparecieron. Yo exclamé entonces: —¡Cuan cierto es que el que sigue su capricho lo paga caro!

La embarcación, entretanto, a merced de aquel turbión amenazaba de nuevo con hundirse. Vi entonces los rostros de mis jóvenes cubiertos de mortal palidez:

—¡Animo!, —les grité—, María no nos abandonará.

Y todos de consuno rezamos de corazón los actos de fe, esperanza, caridad y contrición; algunos Pater, Ave y la Salve Regina. Después, de rodillas, cogidos de las manos continuamos rezando nuestras oraciones particulares. Pero algunos insensatos, indiferentes ante aquel peligro, como si nada sucediese, se ponían de pie, se movían continuamente, iban de una parte a otra, guiñándose entre sí y burlándose de la actitud suplicante de sus compañeros.

Y he aquí que la nave se detiene de improviso, girando con gran rapidez sobre sí misma, mientras que un viento impetuoso lanzó al agua a aquellos desventurados. Eran unos treinta; y como el agua era muy profunda y densa, apenas cayeron a ella no se les volvió a ver más. Nosotros entonamos la Salve Regina y más que nunca invocamos de todo corazón la protección de la Estrella del mar.

Siguió después la calma. Y la nave, a guisa de un pez, continuó avanzando sin saber nosotros adonde nos conduciría. A bordo se desarrollaba un continuo y múltiple trabajo de salvamento. Se hacía todo lo posible por impedir que los jóvenes cayesen al agua y se intentaba, por todos los medios, socorrer a los que a ella caían. Pues había quienes asomándose imprudentemente a los bajos bordes de ¡a embarcación se precipitaban al lago, mientras que algunos muchachos desalmados y crueles, invitando a los compañeros a que se asomasen a la borda, los empujaban precipitándolos al

agua; por eso algunos sacerdotes prepararon unas cañas muy largas y muy fuertes y unas cuerdas muy recias y anzuelos de varias clases. Otros amarraban los anzuelos a las cañas y entregaban éstas a unos y otros, mientras que algunos ocupaban ya sus puestos con las cañas levantadas, con la vista fija en las aguas y atentos a las llamadas de socorro. Apenas caía un joven bajaban las cañas y el náufrago se agarraba a la cuerda o bien quedaba prendido por el anzuelo por la cintura, o por los vestidos y así era puesto a salvo.

Pero también entre los dedicados a la pesca había quienes entorpecían la labor de los demás e impedían su trabajo a los que preparaban y distribuían los anzuelos. Los clérigos vigilaban para que los jóvenes, muy numerosos aún, no se acercasen a la borda de la embarcación. Yo estaba al pie de un alto mástil que había en el centro, rodeado de muchísimos muchachos, sacerdotes y clérigos que ejecutaban mis órdenes. Mientras fueron dóciles y obedientes a mis palabras, todo marchó bien; estábamos tranquilos, contentos, seguros. Pero no pocos comenzaron a encontrar incómoda la vida en aquella balsa; a tener miedo de un viaje tan largo, a quejarse de las molestias y peligros de la travesía, a discutir sobre el lugar en que debíamos atracar, a pensar en la manera de hallar otro refugio, a ilusionarse con la esperanza de encontrar tierra a poca distancia y en ella un albergue seguro, a lamentarse de que en breve nos faltarían las vituallas, a discutir entre ellos, a negarme su obediencia. En vano intentaba yo persuadirles con razones.

Y he aquí que aparecieron ante nuestra vista otras balsas, las cuales, al acercarse, parecían seguir una ruta distinta de la nuestra; entonces aquellos imprudentes determinaron secundar sus caprichos, alejándose de mí y obrando según su propio parecer. Echaron al agua algunas tablas que estaban en nuestra embarcación y al descubrir otras bastante largas que flotaban no muy lejos, saltaron sobre ellas y se alejaron en compañía de las otras balsas que habían aparecido cerca de la nuestra. Fue una escena indescriptible y dolorosa para mí al ver a aquellos infelices que iban en busca de su ruina. Soplaba el viento; las olas comenzaron a encresparse; y he aquí que algunos quedaron sumergidos bajo ellas; otros, aprisionados entre los espirales de la vorágine y arrastrados a los abismos; otros chocaban con objetos que había a flor de agua y desaparecían; algunos lograron subir a otras embarcaciones, pero éstas pronto se hundieron también. La noche se hizo negra y oscura: en lontananza se oían los gritos desgarradores de los náufragos. *Todos perecieron. In mare mundi submerguntur omnes ilii quos non súscipit navis ista,* esto es: la nave de María Santísima.

El número de mis queridos hijos había disminuido notablemente; a pesar de ello, con la confianza puesta en la Virgen, después de una noche tenebrosa, la nave entró finalmente como a través de una especie de paso estrechísimo, entre dos playas cubiertas de limo, de matorrales, de gruesos maderos, de tablas, de troncas, de mástiles destrozados, de remos. Alrededor de la barca pululaban las tarántulas, los sapos, las serpientes, los dragones, cocodrilos, escualos, víboras y mil otros repugnantes animalejos. Sobre unos sauces llorones, cuyas ramas caían sobre nuestra embarcación, había unos gatazos de forma singular que devoraban trozos de miembros humanos y muchos monos de gran tamaño, que columpiándose de las mismas ramas intentaban tocar y arañar a los jóvenes; pero éstos, atemorizados, se agachaban salvándose de aquellas insidias.

Fue allí, en aquel fangal, donde volvimos a ver con gran sorpresa y dolor a los pobres compañeros que habíamos perdido o que habían desertado de nuestras filas. Después del naufragio fueron arrojados por las olas a aquella playa. Los miembros de algunos estaban destrozados como consecuencia del choque violento contra los escollos. Otros habían quedado sepultados en la laguna y sólo se les veía los cabellos y la mitad de un brazo. Aquí sobresalía del fango un torso, más allá una cabeza; en otra parte flotaba a la vista de todos un cadáver.

De pronto se oyó la voz de un joven de la barca que gritaba:

—Aquí hay un monstruo que está devorando las carnes de fulano y de zutano.

Y repetía los nombres de los desgraciados, señalándoselo a los compañeros que contemplaban la escena con horror.

Pero otro espectáculo no menos horrible se presentó a nuestros ojos.

A poca distancia se levantaba un horno gigantesco en el cual ardía un fuego devorador. En él se veían formas humanas, pies, brazos, piernas, manos, cabezas que subían y bajaban entre las llamas confusamente, como los garbanzos en la olla cuando esta está hirviendo.

Miramos atentamente y vimos allí a muchos de nuestros jóvenes y al reconocerlos quedamos aterrados. Sobre aquel fuego había como una tapadera encima de la cual estaban escritas con gruesos caracteres estas palabras: "El

sexto y el séptimo conducen aquí".

Cerca de allí había una alta y amplia prominencia de tierra o promontorio con numerosos árboles silvestres desordenadamente dispuestos, entre los que se agitaban gran número de nuestros jóvenes de los que habían caído a las aguas o de los que se habían alejado de nosotros en el curso del viaje. Yo bajé a tierra, sin hacer caso del peligro a que me exponía, me acerqué y vi que tenían los ojos, las orejas, los cabellos y hasta el corazón llenos de insectos y de asquerosos gusanos que les roían aquellos órganos causándoles atrocísimos dolores. Uno de ellos sufría más que los demás; quise acercarme a él, pero huía de mí escondiéndose detrás de los árboles. Vi a otros que entreabriendo sus ropas, mostraban la persona ceñida de serpientes; otros, llevaban víboras en el seno.

Señalé a todos ellos una fuente que arrojaba agua fresca en gran cantidad, aquella agua era al mismo tiempo ferruginosa; todo el que iba a lavarse en ella curaba al instante y podía volver a la barca. La mayor parte de aquellos infelices obedeció mis mandatos; pero algunos se negaron a secundarlos. Entonces yo, decididamente, me volví a los que habían sanado, los cuales, ante mis instancias, me siguieron sin titubear, mientras los monstruos desaparecían. Apenas estuvimos en la embarcación, ésta, impulsada por el viento, atravesó aquel estrecho saliendo por la parte opuesta a la que había entrado, lanzándose de nuevo a un mar sin límites.

Nosotros, compadecidos del fin lastimoso y de la triste suerte de nuestros compañeros abandonados en aquel lugar, comenzamos a cantar: "¡Load a María, oh lenguas fieles!, en acción de gracias a la Madre celestial, por habernos protegido hasta entonces"; y al instante, como obedeciendo a un mandato de la Virgen, cesó la furia del viento y la nave comenzó a deslizarse con rapidez sobre las plácidas olas, con una suavidad imposible de describir. Parecía que avanzase al solo impulso que le diesen los jóvenes al jugar echando el agua hacia atrás con la palma de la mano.

He aquí que seguidamente aparece en el cielo un arco iris, más maravilloso y esplendoroso que una aurora boreal; al pasar bajo el cual leímos escrito con gruesos caracteres de luz, la palabra MEDOUM sin entender su significado. A mí me pareció que cada letra era la inicial de estas palabras: *Mater Et Domina Omnis Universi María.*

Después de un largo trayecto he aquí que despunta la tierra en el

horizonte; al acercarnos a ella, sentíamos renacer poco a poco en el corazón una alegría indecible. Aquella tierra maravillosa, cubierta de bosques, de toda clase de árboles, ofrecía el panorama más encantador que imaginarse puede, iluminada por la luz del sol naciente que subía tras las colinas que la formaban. Era una luz que brillaba con una inefable suavidad, semejante a la de un espléndido atardecer de verano, infundiendo en el ánimo una sensación de tranquilidad y de paz.

Finalmente, dando contra las arenas de la playa y deslizándose sobre ella, la balsa se detuvo en seco al pie de una hermosísima viña.

Bien se pudo decir de esta embarcación: *Eam tu, Deus, pontem fecisti quo a mundi flúctibus trajicientes ad tranquillum portum tuum devéniamus.*

Los jóvenes estaban deseosos de penetrar en aquella viña y algunos, más curiosos que otros, de un salto se pusieron en la playa. Pero, apenas avanzaron unos pasos, al recordar la suerte desgraciada de los que quedaron fascinados por la colina que se levantaba en medio del mar borrascoso, volvieron apresuradamente a la balsa.

Las miradas de todos se habían vuelto hacia mí y en la frente de cada uno se leía esta pregunta:

—[San] Juan Don Bosco: ¿es hora ya de que bajemos y nos paremos? Primero reflexioné un poco y después les dije: ¡Bajemos! Ha llegado el momento: ahora estamos seguros. Fue un grito general de alegría; y cada uno de los muchachos, frotándose las manos de júbilo, penetró en la viña, en la cual reinaba el orden más perfecto. De las vides pendían racimos de uva semejantes a los de la tierra prometida y en los árboles había toda clase de frutos; cuantos se pueden desear en la bella estación y todos de un sabor desconocido.

En medio de aquella extensísima viña se elevaba un gran castillo rodeado de un delicioso y regio jardín cercado de fuertes murallas. Nos dirigimos a aquel edificio, permitiéndosenos la entrada.

Estábamos cansados y hambrientos y en una amplia sala adornada toda de oro, había preparada para nosotros una gran mesa abastecida de los más exquisitos manjares, de los que cada uno se podía servir a su placer.

Mientras terminábamos de refocilarnos, entró en la sala un noble joven, ricamente vestido y de una hermosura singular, el cual, con afectuosa y familiar cortesía nos saludó llamándonos a todos por nuestros nombres. Al vernos estupefactos y maravillados ante su belleza y por las cosas que habíamos visto, nos dijo:

—Esto no es nada; venid a ver.

Todos nosotros le seguimos y desde los balcones de las habitaciones nos hizo contemplar los jardines, diciéndonos que éramos dueños de todos ellos y que los podíamos usar para nuestros recreos.

Nos llevó después de una en otra sala; cada una superaba a la anterior por la riqueza de su arquitectura, por sus columnas y decorados de toda espacie. Abriendo después una puerta que comunicaba con una capilla, nos invitó a entrar. Por fuera la capilla parecía pequeña, pero apenas cruzamos el dintel, comprobamos que era tan amplia que de un extremo a otro apenas si nos podíamos ver. El pavimento, los muros, las bóvedas estaban guarnecidas de mármoles artísticamente trabajados, de piezas de plata y oro, de piedras preciosas, por lo que yo, profundamente maravillado, exclamé:

—¡Esto es una belleza de Paraíso! No tendría inconveniente en quedarme aquí para siempre.

En medio de este gran templo, se alzaba sobre un rico basamento, una magnífica estatua de María Auxiliadora. Llamando a muchos de los jóvenes que se habían dispersado por una y otra parte para encaminar las bellezas de aquel sagrado edificio, logré concentrarlos a todos ante la imagen de Nuestra Señora para darle gracias por tantos favores como nos había otorgado. Entonces me di cuenta de la enorme capacidad de aquella iglesia, pues aquellos millares y millares de jóvenes parecían formar un pequeño grupo que ocupase el centro de la misma.

Mientras contemplaban aquella estatua cuyo rostro era de una hermosura inefable, la imagen pareció animarse de pronto y sonreír. Y he aquí que se levantó un murmullo entre los muchachos, apoderándose de sus corazones una emoción indecible.

—¡La Virgen mueve los ojos!—, exclamaron algunos.

Y en efecto: María Santísima recorría con su maternal mirada aquel grupo de hijos.

Seguidamente se oyó una nueva y general exclamación: —¡La Virgen mueve las manos!

Y en efecto, abriendo lentamente los brazos levantaba el manto como para acogernos a todos debajo de él.

Lágrimas de emoción surcaban nuestras mejillas.

—¡La Virgen mueve los labios!—, dijeron algunos.

Se hizo un silencio profundo; y la Virgen abrió la boca y con una voz argentina y suavísima, dijo:

—Si ustedes son para Mí hijos devotos, yo seré para vosotros una Madre piadosa.

Al oír estas palabras, todos caímos de rodillas y entonamos el canto sagrado: "Load a María, oh lenguas fieles".

Los jóvenes cantaban tan fuerte y al mismo tiempo tan suave, que gratamente impresionado me desperté, terminando así la visión.
****

[San] Juan Don Bosco concluyó su relato con estas palabras:

¿Ven, mis queridos hijos? En este sueño se nos presenta el mar borrascoso de esta vida. Si son dóciles y obedientes a mis palabras y no hacen caso de los que les aconsejan mal, después de habernos esforzado por hacer el bien y huir del mal; después de vencidas todas nuestras malas tendencias, llegaremos felizmente al término de nuestra vida, al puerto seguro del cielo. Entonces vendrá a nuestro encuentro la Virgen Santísima, que en nombre de nuestro buen Dios, nos introducirá para restaurarnos de nuestras fatigas, en su regio jardín, esto es, en el Paraíso, donde gozaremos de su amabilísima presencia divina. Pero, si por el contrario, quieren obrar, no según yo les digo, sino siguiendo su capricho y desoyendo mis consejos, entonces naufragarán miserablemente.

[San] Juan Don Bosco —continúa Don Lemoyne— daba en circunstan-

cias diversas y privadamente alguna explicación específica de este sueño, relacionado, según parece, no sólo con el Oratorio, sino también con la Pía Sociedad.

«El prado es el mundo; el agua que amenaza ahogarnos, los peligros del mundo. La inundación tan terriblemente extendida, los vicios y las máximas irreligiosas y las persecuciones contra ¡os buenos.

El molino, esto es, un lugar aislado y tranquilo, pero también amenazado, la casa del pan, la Iglesia Católica. Los canastos del pan, la Santísima Eucaristía que sirve de viático a los navegantes. La embarcación, el Oratorio. El tronco del árbol que forma el puente entre el molino y la balsa es la Cruz, o sea, el sacrificio de sí mismo a Dios, mediante la mortificación cristiana. El leño empleado por los jóvenes, como un puente más ligero para entrar en la embarcación, es el reglamento conculcado. Muchos vienen con fines rastreros y bajos: hacer una carrera; con deseos de lucro, de honores, de comodidades, de cambiar de condición y de estado; éstos son los que no rezan y se burlan de la piedad de los demás.

Los sacerdotes y los clérigos simbolizan la obediencia y las portentosas obras de salvación que por medio de ellos se consiguen.

Los remolinos, las varias y tremendas persecuciones que se suscitan y se suscitarán. La isla sumergida, los desobedientes que no quieren permanecer en la embarcación y vuelven al mundo despreciando la vocación. Lo mismo habría que decir de los que se refugian en las otras balsas.

Muchos de los que caían al agua o tendían la mano a los que estaban en la embarcación y con la ayuda de los compañeros subían nuevamente a ella, eran los dotados de buena voluntad; los cuates, habiendo caído desgraciadamente en pecado, vuelven a adquirir la gracia de Dios mediante la penitencia. El estrecho, los gatazos, los monos y demás monstruos, son ¡os revolucionarios, las ocasiones y las incitaciones a la culpa, etcétera. Los insectos en los ojos, en la lengua, en el corazón: las miradas peligrosas, las conversaciones obscenas, los afectos desordenados. La fuente de agua ferruginosa que tenía la virtud de matar todos los insectos y de curar instantáneamente, son los sacramentos de la Confesión y de la Comunión. El lodazal y el fuego, los lugares del pecado y de la condenación.

Con todo, hay que observar que no quiere decir que cuantos cayeron en

el fuego y no se volvieron a ver más y los que ardían en las llamas tienen que ir a parar irremisiblemente al infierno: ¡No! Dios nos libre de afirmar semejante cosa. Sino que indica que los que se encontraban en desgracia de Dios, si hubiesen muerto entonces, se habrían condenado para siempre. La sala, el templo, representan la Sociedad Salesiana, feliz y *triunfante. El joven garrido que acoge a los demás* y *los acompañan a visitar el palacio y la iglesia, parece que fuera un alumno muerto en el Oratorio, tal vez [Santo] Domingo Savio».*

De esta última frase se deduce, que en éste, como en otros sueños de [San] Juan Don Bosco, hay un significado escondido que se *refiere principalmente a la Sociedad Salesiana.*

Hemos de hacer constar que contemporáneamente a cada frase del sueño, tanto de este como de los demás, correspondían otras tantas apariciones que diríamos paralelas y *complementarias de las cosas descritas.*

Nos autoriza a juzgar así el hecho de haber recordado [San] Juan Don Bosco a Don Julio Barberis en el año 1879, que en este sueño había visto a Don Cagliero atravesar una gran extensión de agua, ayudando a otros a cruzarla y que tanto él como sus compañeros habían hecho diez estaciones. De esta forma veía anticipadamente sus viajes a América.

Así también, en el año 1885 dijo que este sueño guardaba relación con la elevación al episcopado de Mons. Cagliero.

En la mañana del dos de enero, los jóvenes deseosos de conocer el estado de la propia conciencia, se apresuraron a confesarse con él en la sacristía. A cierto joven, el cual después de la confesión le preguntaba, dónde y en qué estado ¡o había visto en aquel sueño misterioso, le respondió:

—Estabas en la embarcación y te dedicabas a pescar y caíste varias veces al agua, pero yo te saqué y te devolví a la barca.

—Y cuando llegó al templo ¿recuerda haberme visto?

—Sí, sí— le respondió sonriente.

A un clérigo vercellés que le preguntó en el patio sobre su estado: Tú estorbabas a los demás —le replicó— y *así impedías la pesca.*

A un sacerdote que deseaba saber el papel que desempeñaba en aquella escena:

—Te vi —le dijo— apartado de los demás--- solo, serio, en un rincón de la embarcación, ocupado en preparar anzuelos con sus cuerdas correspondientes que los demás venían a coger para pescar.

Y añadió algunas cosas más que veinte años después se cumplieron de una manera maravillosa y que no es necesario exponer aquí.

Los alumnos no olvidaron este sueño que tanta impresión les había causado, y el joven Agustín Semeria de Moltedo Superiore nos lo recordaba en una carta fechada en 24 de septiembre de 1883, confirmando en su descripción cuanto hemos expuesto anteriormente y añadiendo

«Recuerdo también que en una de las noches siguientes, cosa insólita, [San] Juan Don Bosco nos hizo rezar bajo los pórticos la tercera parte del Rosario por las necesidades de nuestra Santa Madre la Iglesia. Terminada esta oración, mientras avanzaba entre nosotros, acogido con grandes muestras de alegría y numerosos vivas, nos permitió que le ayudásemos a subir a la cátedra o tribuna desde la cual nos hablaba. Esto era muy frecuente. Una vez que hubieron terminado los aplausos, hizo alusión a la alegría que experimentarán los justos al llegar a las playas de la felicidad eterna; a la paz que disfruta un cristiano viviendo siempre en gracia de Dios y al augurarnos unas buenas noches, nos dijo:

—Cuando se despojen de las ropas para acostarse, háganlo con toda modestia; pensando que Dios los ve; después métanse en la cama; crucen las manos sobre el pecho y abandonados en los brazos de Jesús y de María, entregúense al descanso».

UNA VISITA A LOS DORMITORIOS

SUEÑO 56.—AÑO DE 1866.

(M. B. Tomo VIII. págs. 314-315)

Una carta de un ex alumno llamado Agustín Semeria, a [Beato] Miguel Don Rúa, fechada en Liguria en 1883, dice entre otras cosas:

Era el año del Señor de 1866, unos quince días antes de la fiesta de San José; [San] Juan Don Bosco nos contó lo siguiente:

****

Soñé que me encontraba en la cama y que se presentaba un individuo o fantasma con una lámpara encendida en la mano, diciéndome:

—[San] Juan Don Bosco ¡levántate inmediatamente y ven conmigo!

Sin temor alguno, bajé del lecho, me vestí y me encaminé detrás de aquel individuo el cual no permitió ni por un solo momento que le viese el rostro. Me hizo atravesar varios dormitorios por el centro del pasillo a cuyos lados estaban las camas de los jóvenes entregados al descanso. Al pasar me di cuenta de que sobre algunos lechos había unos gatos agarrados a los hierros con las patas de atrás y con las de delante en actitud de arañar el rostro de los muchachos dormidos.

Yo seguía siempre detrás de aquel fantasma, el cual se detuvo finalmente comenzando a dar vueltas alrededor de la cama de un joven que estaba profundamente dormido. También yo me detuve y le pregunté por qué hacía aquello. El me contestó:

—Para la fiesta de San José este joven debe venir conmigo.

Yo comprendí que el muchacho indicado moriría para aquella fecha. Entonces, pregunté a mi guía con tono resuelto:

—Necesito saber quién eres y en nombre de quién hablas.

El me dijo nuevamente:

—Si quieres saber quién soy: ¡Mira!

Y desapareció él y la linterna, de forma que me quedé a oscuras. Entonces me dispuse a ir nuevamente a mi lecho, pero en el camino tropecé no sé si con un baúl o con otra cosa y me desperté.

****

Hecha esta narración, [San] Juan Don Bosco explicó que aquellos gatos en actitud de arañar a los jóvenes que dormían tranquilamente, significan los enemigos de nuestra alma, que están siempre a nuestro alrededor para hacemos caer si estamos en gracia de Dios o para destrozarnos si

estamos en desgracia, cuando el Señor, cansado de nosotros, lo permitiese.

Conocí —añadió el [Santo]— a aquel que según me dijo el desconocido tenía que morir para ¡a fiesta de San José; pero no diré a nadie quién es para no causar demasiado espanto. Veremos si este sueño se realiza.

Entretanto, estemos todos preparados a bien morir. A los que vengan a confesarse conmigo les diré algo en particular.

Pasada la festividad de San José nos dijo *que precisamente el día 19 de marzo, un joven del Oratorio había muerto en su pueblo natal.*

En la Crónica del Oratorio se lee: "El 19 de marzo de 1866 muere Simón Lupotto, a los dieciocho años de edad. Por su extraordinaria piedad fue siempre de edificación para sus compañeros. Frecuentaba con gran devoción los Santos Sacramentos; participaba con gran recogimiento de las funciones religiosas; era un enamorado de Jesús Sacramentado; cuando rezaba parecía un San Luis. Soportó con heroica resignación su larga enfermedad".

Según la predicción de [San] Juan Don Bosco, Simón Lupotto fue a pasar la fiesta de San José, del cual era muy devoto, a su lado en el Paraíso.

LOS CABRITOS

SUEÑO 57.—AÑO DE 1866.

(M. B. Tomo VIII, pág. 315)

La carta de Agustín Semeria, a la cual hemos aludido en el sueño anterior, continúa:

«Otro día [San] Juan Don Bosco nos contó lo siguiente:
****

Soñé que me encontraba en la sacristía abarrotada de jovencitos que se estaban confesando conmigo. Y he aquí que de pronto entra un cabrito por la puerta de la misma, y después de dar unas vueltas entre los muchachos se puso a jugar ahora con uno, ya con otro, de forma que los jóvenes perdieron el buen deseo que tenían de confesarse y se marcharon unos después de otros. El animal, por último, se acerca a mí y tuvo el atrevimiento de apartar de mi lado

con sus incitaciones engañosas al joven que se estaba confesando conmigo, a pesar de que yo lo tenía fuertemente estrechado contra el pecho. Airado propiné al bicho un puñetazo en la cabeza y rompiéndole un cuerno le obligué a huir. También deseaba dar una buena reprimenda al sacristán por haberlo dejado entrar en aquel lugar sagrado.

Después me levanté y revistiéndome con los paramentos sagrados me dispuse a celebrar la Santa Misa. Al llegar a la Comunión he aquí que veo entrar por la puerta principal de la iglesia, no un cabrito, sino una inmensa manada de ellos, que metiéndose entre los muchachos procuraban desenfervorizar de mil maneras a los que, hasta entonces habían estado deseosos de recibir el Pan de los ángeles. Algunos se habían levantado ya para acercarse al altar; pero cautivados por las zalamerías de aquellos animales, desistieron de su intento y se volvieron a sus puestos. Otros estaban ya próximos a la balaustrada; algunos incluso arrodillados en ella, pero tanto éstos como aquéllos regresaron a su sitio sin haber comulgado.
****

Estos animales representan a los enemigos de las almas, que con las distracciones y con los afectos desordenados procuran mantener a los jóvenes alejados de los Sacramentos.

Con estas y con *otras narraciones —termina Don Lemoyne— preparaba [San] Juan Don Bosco a los alumnos del Oratorio a celebrar las fiestas pascuales.*

LAS ESPADAS Y LOS NÚMEROS

SUEÑO 58.—AÑO DE 1864.

(M. B. Tomo VIII, pág. 469)

En el año de 1864 —cuenta Don Lemoyne— al anunciar la muerte de los jóvenes Aiacini y Vicini, [San] Juan Don Bosco dijo a Domingo Tomatis, compañero de ambos, que comería mucho pan con [San] Juan Don Bosco; esto es, que viviría muchos años y que se haría salesiano.

Una noche Tomatis tuvo un sueño que recordó siempre y *que le sirvió de consuelo en todas las circunstancias penosas de la vida.*

Se le apareció resplandeciente y *de bellísimo aspecto, el ya difunto Vicini, el cual tomándole de la mano* y *llevándole a una balaustrada le señaló*

la estatua de María Auxiliadora que campeaba sobre la cúpula de su templo. Hay que notar que de dicha iglesia sólo existían entonces los cimientos; y a *pesar de ello, la mostró entonces completamente terminada, en toda su grandiosa majestad.*

Vicini le dijo:

—¿Ves allá arriba? Esa es tu vida. Sigue fielmente los consejos de [San] Juan Don Bosco y después vendrás al Paraíso conmigo.

Mientras hablaba, Tomatis le miraba al rostro y *le parecía leer en su alma cuánto le agradecía el compañero aparecido el afecto que aún le profesaba.*

Días después, habiendo ido a confesarse con [San] Juan Don Bosco, el [Santo] dijo a su penitente frases equivalentes a las que le había dicho en el sueño Vicini, causando esto gran admiración al muchacho.
****
En otra ocasión [San] Juan Don Bosco narró el sueño de las espadas que pendían sobre el lecho de cada uno de los alumnos y de los números escritos sobre la frente de los mismos, que indicaban los años que restaban de vida a cada uno de ellos.
****
Todos los jóvenes fueron a preguntar al buen padre el misterio del presente y el porvenir que les aguardaba. También Tomatis pidió a [San] Juan Don Bosco ¡e informara sobre ¡o que le interesaba, a saber, si según el sueño qué había tenido el [Santo], viviría mucho o poco.

[San] Juan Don Bosco le replicó:

—Te podría indicar el tiempo exacto, pero no sería conveniente el hacerlo. No te preocupes por eso; piensa en ser bueno, pues ¡legarás a ser sacerdote de [San] Juan Don Bosco y tendrás que ayudarle a salvar muchas almas.

Esta respuesta fue el germen de la vocación del muchacho, pues nunca anteriormente había pensado en abrazar el estado religioso.

Continuando con entusiasmo sus estudios, en el tercer curso de bachillerato consiguió el primer premio en retórica; pero al terminar sus

estudios de latín, le asaltaron ciertas dudas, llegando casi a olvidar el pasado y las palabras que le dirigiera Vicini en el sueño, como también las de [San] Juan Don Bosco.

Habiendo ido a pasar las vacaciones a Trinitá de Mondouí, su pueblo natal, determinó entrar en la Compañía de Jesús, a la cual pertenecían ya dos tíos suyos. Consultó con uno de ellos, el cual le aconsejó que reflexionara bien sobre el paso que se proponía dar; el joven lo pensó, rezó mucho, se proveyó de la documentación necesaria, hizo la solicitud de admisión y fue aceptado en la Compañía, esperando se le fijara la fecha en que había de dirigirse al Principado de Monaco. Le acompañaría un joven del Cottolengo.

Tomatis fue a Turín y antes de marcharse para su destino fue a hacer un visita a [San] Juan Don Bosco para confesarse con él y despedirse. El [Santo] lo escuchó y después de la absolución le dijo:

—¿Has ido ya a tomarte la medida de la sotana?

—No, [San] Juan Don Bosco. He pensado hacerme jesuita; ya he hecho todas las diligencias necesarias.

—Pues debes ir al sastre— continuó [San] Juan Don Bosco para que te tome la medida.

—Pero, es que hoy tengo que salir para Monaco.

—Mira, haz lo que te digo —continuó el [Santo]—. Dentro de unos días se colocará el último ladrillo de la cúpula de la iglesia y haremos una hermosa fiestecita. Entonces bendeciré tu sotana y te la impondré. Quédate hoy a comer con nosotros y esta tarde irás al sastre para que te tome la medida.

El [Santo], adoptando entonces un ademán solemne, continuó:

—¿Es que acaso te has olvidado de cuanto hemos hablado y de lo que te dije hace tiempo y de las numerosas almas que tienes que ayudarme a salvar?

Y repitió unas palabras semejantes a las que en el sueño le había dicho Vicini, de forma que a Tomatis se le presentó en la Imaginación la figura

queridísima del amigo, sintiendo en aquel momento su voluntad completamente cambiada. Se quedó a comer con [San] Juan Don Bosco y he aquí que poco después llegó el Padre Porcheddu con gran premura, pues era ya tiempo de partir.

—Ya no me marcho— le dijo Tomatis.

—¿Por qué?, le preguntó el Padre.

—Porque [San] Juan Don Bosco me ha cambiado la cabeza.

—¿Entonces?

—Yo me quedo con [San] Juan Don Bosco.

-—¿Y las cartas que hemos mandado?

—Lo siento, pero... yo no me marcho.

—Y ¿qué le digo al Padre Tomatis, su tío?

—Dígale lo que quiera, pues yo no me muevo de aquí.

—Si es así, haga lo que quiera— terminó diciendo el Padre Porcheddu. Y sin más, se marchó.

En la noche del 23 de septiembre, Tomatis recibió la sotana de manos de [San] Juuan Don Bosco. Desde aquel momento cesaron las dudas sobre su vocación, a pesar de las contrariedades y disgustos que hubo de soportar.

LAS REGLAS

SUEÑO 59.—AÑO DE 1867.

(M. B. Tomo VIII, pág. 569)

En 1867 [San] Juan Don Bosco había dado a la imprenta un opúsculo titulado: "Vida de San José, Esposo de María Santísima y Padre adoptivo de Jesucristo".

Habiendo tenido que salir para Roma a fin de solventar algunos importantísimos asuntos, dio orden de que le enviasen a la Ciudad Eterna las pruebas de dicha obrita.

El principal motivo que llevaba al [Santo] a la capital del Orbe Católico, era obtener ¡a aprobación definitiva de la Sociedad de San Francisco de Sales y, si era posible, conseguir al menos la facultad de conceder las dimisorias a sus clérigos para las sagradas órdenes y *de poderlos admitir a las mismas* título mensae communis.

Por eso llevaba a Roma consigo las Reglas redactadas en lengua latina, y *por él corregidas una y otra vez para adaptarlas a las Animadversiones, sin menoscabo de las necesidades futuras de la Sociedad Salesiana y sin dejar de seguir el contenido de un ejemplar, que le había sido mostrado «en sueño».*

LOS REBAÑOS

SUEÑO 60.—AÑO DE 1867.

(M. B. Tomo VIII, págs. 840-844)

El domingo de la Santísima Trinidad, 16 de junio, en cuya festividad, hacía veintisiete años, había celebrado [San] Juan Don Bosco su primera Misa, los jóvenes esperaban con impaciencia que les contara un sueño, según les había prometido el día 13 del mismo mes.

Su ardiente deseo era buscar el bien espiritual de su rebaño y *su norma, las amonestaciones* y *promesas del capítulo XXVII, versículo 23-25 del libro de los Proverbios:* [23] Diligenter agnosce vultum pecoris tui, tuosque greges considera : [24] non enim habebis jugiter potestatem, sed corona tribuetur in generationem et generationem. [25] Aperta sunt prata, et apparuerunt herbæ virentes, et collecta sunt fœna de montibus.

En sus oraciones pedía al cielo el conocimiento exacto de sus ovejas; la gracia de vigilar atentamente; de asegurar la custodia del redil aún después de su muerte y *de proveerle de fácil alimento material* y *espiritual.*

[San] Juan Don Bosco, pues, después de las oraciones de la noche, habló así:

«En una de las últimas noches del mes de María, el 29 o el 30 de mayo, estando en la cama y no pudiendo dormir, pensaba en mis queridos jóvenes y *me decía a mi mismo:*

—¡Oh si pudiese soñar algo que les sirviese de provecho!

Después de reflexionar durante un rato añadí:

—¡Sí! Ahora quiero soñar algo para contarlo a mis jóvenes.

Y he aquí que me quedé dormido.
****
Apenas el sueño se apoderó de mí, me pareció encontrarme en una inmensa llanura cubierta de un número extraordinario de ovejas de gran tamaño, las cuales, divididas en rebaños, pacían en los extensos prados que se ofrecían ante mi vista. Quise acercarme a ellas y se me ocurrió buscar al pastor, causándome gran maravilla que pudiese haber en el mundo quien pudiera poseer un tan crecido número de animales de aquella especie. Después de breves indagaciones me encontré ante un pastor apoyado en su cayado. Inmediatamente comencé a preguntarle:

—¿De quién es este rebaño tan numeroso?

El pastor no me contestó.

Volví a repetir la pregunta y entonces me dijo:

—¿Y a ti qué te interesa?

—¿Por qué —repliqué— me contesta de esa manera?

—Pues bien —dijo el pastor— este rebaño es de su dueño.

—¿De su dueño? Eso ya me lo suponía— dije para mí. Y continué en alta voz:

—¿Y quién es el dueño?

—No te preocupes —me dijo— ya lo sabrás.

Después, recorriendo en su compañía aquel valle, comencé a ver el rebaño y la región en que nos encontrábamos.

Algunas zonas estaban cubiertas de rica vegetación; numerosos árboles extendían sus ramas proporcionando agradable sombra, y una hierba fresquísima servía de alimento a gran número de ovejas de hermosa y lucida presencia.

En otros parajes la llanura era estéril, arenosa, llena de piedras, recubierta de espinos desprovistos de hojas y de cardos amarillentos; no había en toda ella ni un hilo de hierba fresca; a pesar de ello, también allí había numerosas ovejas paciendo, pero su aspecto era miserable.

Hice algunas preguntas a mi guía referentes aeste rebaño, pero él, sin contestarme a ninguna, dijo:

—Tú no estás destinado a cuidarlas. En éstas no debes pensar. Te voy a llevar a que veas el rebaño que te ha sido reservado.

—Pero ¿tú quién eres?

—Soy el dueño; ven conmigo; vamos hacia aquella parte y verás.

Y me condujo a otro lugar de la llanura donde había millares y millares de corderillos. Tan numerosos eran, que no se podían contar y estaban tan flacos que apenas si se podían sostener en pie.

El prado en que estaban era seco, árido y arenoso, no descubriéndose en él ni un hilo de hierba fresca, ni un arroyuelo, sino nada más que algunos cardos secos y bastante matorrales escuálidos. Todo el pasto había sido destruido por los mismos corderos.

A primera vista se podía deducir que aquellos pobres animales, que estaban además cubiertos de llagas, habían sufrido mucho y continuaban sufriendo. ¡Cosa extraña! Cada uno tenía dos cuernos largos y gruesos que le salían de la frente, como si fuesen borregos viejos y en la punta de cada cuerno tenían un apéndice en forma de ese. Contemplé maravillado aquella rara particularidad, causándome gran inquietud el no saberme explicar por qué aquellos animales tenían los cuernos tan largos y tan gruesos y la causa de que hubiesen agotado tan pronto la hierba del prado.

—Pero ¿cómo puede ser esto? —dije al pastor—. ¿Unos corderos tan pequeños y ya tienen unos cuernos tan grandes?

—Mira bien —me dijo—, observa atentamente.

Y al hacerlo pude comprobar que aquellos animales tenían grabado el número tres en todas las partes del cuerpo: en el dorso, en la cabeza, en el hocico, en las orejas, en la nariz, en las patas, en las pezuñas.

—¿Qué quiere decir esto?—pregunté a mi guía—. A la verdad que no entiendo nada.

—¿Cómo? ¿Qué no comprendes nada? —me replicó el pastor—. Escucha, pues, y todo lo comprenderás: Esta extensa llanura es figura del mundo. Los lugares cubiertos de hierba significan la palabra de Dios y la gracia. Los parajes estériles y áridos, aquellos sitios en los cuales no se escucha la palabra divina, en los que sólo se procura agradar al mundo. Las ovejas son los hombres hechos y derechos; los corderos, los jovencitos, para atender a los cuales ha mandado Dios a [San] Juan Don Bosco. Este rincón de la llanura que contemplas, representa el Oratorio y los corderos en él reunidos, tus hijos. Este lugar tan árido es símbolo del estado de pecado. Los cuernos son imagen de la deshonra. La letra S quiere decir el escándalo. Los escandalosos, por la fuerza del mal, marchan a su perdición. Entre los corderos observarás algunos que tienen los cuernos rotos; fueron escandalosos, pero después cesaron en sus escándalos. El número tres quiere decir que soportan la pena de su culpa; esto es, que tendrán que sufrir tres grandes carestías: una carestía espiritual, otra moral y otra material.

1º La carestía de los auxilios espirituales; pedirán estos auxilios y no los tendrán. 2º La carestía de la palabra de Dios. 3º La carestía del pan material.

El que los corderos hayan agotado toda la hierba quiere decir que no les queda más que el deshonor y el número tres, o sea, las carestías. Este espectáculo significa también los sufrimientos que padecen actualmente muchos jóvenes en medio del mundo. En el Oratorio, en cambio, incluso los que son indignos de ello, no carecen del pan material.

Mientras yo escuchaba y observaba todas aquellas cosas con verdadera perplejidad, he aquí que pude contemplar algo no menos maravilloso que

cuanto había visto hasta entonces. Vi que de pronto todos aquellos corderos cambiaban de aspecto.

Levantándose sobre las patas posteriores adquirían una estatura elevada y las formas de otros tantos jóvenes. Yo me acerqué para comprobar si conocía a alguno. Eran todos muchachos del Oratorio. A muchísimos no los había visto nunca, pero todos aseguraban que pertenecían a nuestro Oratorio. Y entre los que eran desconocidos para mí había algunos que están actualmente aquí, entre los que me escuchan. Son los que no se presentan nunca a [San] Juan Don Bosco; los que no acuden a pedirle un consejo; los que, por el contrario, huyen de él; en una palabra: los jóvenes a los cuales [San] Juan Don Bosco aún no conoce... Pero la inmensa mayoría de los desconocidos estaba integrada por los que no están ni han estado en el Oratorio.
Mientras observaba con pena aquella multitud, el que me acompañaba me tomó de la mano y me dijo:

—Ven conmigo y verás otras cosas.

Y así diciendo me condujo a un extremo apartado del valle rodeado de pequeñas colinas y cercado de un vallado de plantas esbeltas, en el cual había un gran prado cubierto de verdor, lo más riente que imaginarse puede y embalsamado por multitud dé plantas aromáticas, esmaltado de flores silvestres y en el que, además, se descubrían frondosos bosquecillos y corrientes de agua limpísimas. En él me encontré con una gran multitud de hijos, todos alegres, dedicados a formar un hermosísimo vestido con flores del prado.

—Al menos, tienes a estos que te proporcionan grandes consuelos.

—¿Quiénes son?—, pregunté.

—Son los que están en gracia de Dios.

—¡Ah! Les puedo asegurar que jamás vi criaturas tan bellas y resplandecientes y que nunca habría podido imaginar tanta hermosura. Sería imposible que me pusiese a describirlo, pues sería echar a perder lo que no se puede imaginar si no se le ve.

Pero me estaba reservado un espectáculo aún más sorprendente. Mientras estaba yo contemplando con inmenso placer a aquellos jóvenes, entre los que había muchos a los cuales no conocía, el guía me dijo:

—Ven, ven conmigo y te haré ver algo que te proporcionará una alegría y un consuelo aún mayor.

Y me condujo a otro prado todo esmaltado de flores más bellas y olorosas que las que había visto anteriormente. Parecía un jardín real. En él pude ver un número menor de jóvenes que en el prado anterior, pero de una tan extraordinaria belleza y de un esplendor tal que anulaban por completo a los que había contemplado poco antes. Algunos de éstos están en el Oratorio, otros lo estarán con el tiempo.

Entonces el pastor me dijo:

—Estos son los que conservan la bella azucena de la pureza. Estos están revestidos aún con la estola de la inocencia.

Yo contemplaba estático aquel espectáculo. Casi todos llevaban en la cabeza una corona de flores de una belleza indescriptible. Dichas flores estaban compuestas por otras flores pequeñísimas de una gallardía sorprendente y sus colores eran tan vivos y tan variados que encantaban al que las miraba. Había más de mil colores en una sola flor y en cada flor se veían más de mil flores.

Hasta los pies de aquellos jóvenes descendía una vestidura de fascinante blancura, toda entretejida de guirnaldas de flores, semejantes a las que formaban las coronas.

La luz encantadora que partía de las flores iluminaba toda la persona haciendo reflejar en ella la propia belleza. Las flores se reflejaban también las unas en las otras y las de las coronas en las que formaban las guirnaldas reverberando cada una los rayos emitidos por las otras. Un rayo de un color al encontrarse con otro de otro color daba origen a nuevos rayos, diversos entre sí y, por consiguiente, cada nuevo rayo producía otros distintos, de manera que yo jamás habría creído que en el Paraíso hubiese un espectáculo tan múltiple y encantador. Pero esto no es todo. Los rayos de las flores y de las coronas de unos jóvenes se espejaban en las flores y en los de las coronas de todos los demás; lo mismo sucedía con las guirnaldas y con las vestiduras de

cada uno. Además, el resplandor del rostro de un joven al expandirse, se fundía con el resplandor del rostro de los compañeros y al reflejarse sobre aquellas facciones angelicales e inocentes producían tanta luz que deslumbraba la vista e impedía fijar los ojos en ellas.

Y así, en uno solo, se concentraban las belleza de todos los compañeros de una forma tan armónica e inefable que sería imposible el describirlo. Era la gloria accidental de los santos. No hay imagen humana capaz de dar una idea aunque pálida de la belleza que adquiría cada uno de aquellos jóvenes, en medio de un tan inmenso océano de esplendor.

Entre ellos pude ver a algunos que están actualmente en el Oratorio y estoy seguro de que si pudiesen apreciar aunque sólo fuese la décima parte de la hermosura de que los vi revestidos, estarían dispuestos a sufrir el tormento del fuego, a dejarse descuartizar, a afrontar el más cruel de los martirios, antes que perderla.

Apenas pude reaccionar un poco después de haber contemplado semejante espectáculo, me volví a mi guía y le dije:

—Pero ¿en tan crecido número de jóvenes, son tan pocos los inocentes? ¿Tan contados son los que nunca han perdido la gracia de Dios?

El pastor respondió:

—¿Cómo? ¿Te parece pequeño su número? Por otra parte, ten presente que los que han tenido la desgracia de perder el hermoso lirio de la pureza, y, por tanto, la inocencia, pueden seguir a sus compañeros por el camino de la penitencia. ¿Ves allá? En aquel prado hay muchas flores, con ellas pueden tejer una corona y una vestidura hermosísima y seguir también a los inocentes en la gloria.

—Dime algo más que yo pueda comunicar a mis jóvenes— añadí entonces.

—Insísteles y diles que si supiesen cuan bella y preciosa es a los ojos de Dios la inocencia y la pureza, estarían dispuestos a hacer cualquier sacrificio para conservarla. Diles que se animen a cultivar esta bella virtud, la cual supera a las demás en hermosura y esplendor. Por algo los castos son los que *crescunt tanquam lilia in conspectu Domini.*

Yo quise entonces introducirme en medio de aquellos mis queridos hijos tan bellamente coronados, pero tropecé al marchar y me desperté encontrándome en la cama.
****

Hijos míos: ¿son todos inocentes? Tal vez entre vosotros hay algunos que lo son y a ellos van dirigidas estas mis palabras de una manera especial. Por caridad: no pierdan un tesoro de un tan inestimable valor. ¡La inocencia es algo que vale tanto como el Paraíso. ¡Si hubieran podido admirar la belleza de aquellos jovencitos recubiertos de flores! El conjunto de aquel espectáculo era tal, que yo habría dado cualquier cosa por seguir gozando de él, y si fuese pintor, consideraría como una gracia extraordinaria el poder plasmar en el lienzo, de alguna manera, lo que vi.

Si conocieran la belleza de un inocente, les someterían a las pruebas más penosas, incluso a la misma muerte, con tal de conservar el tesoro de la inocencia.

El número de ¡os que habían recuperado la gracia, aunque me produjo un gran consuelo, creí, con todo, que sería mayor. También me maravillé de ver a algunos que aquí parecen buenos jóvenes y en el sueño tenían unos cuernos muy grandes y *muy gruesos.*

[San] Juan Don Bosco terminó haciendo una cálida exhortación a los que habían perdido la inocencia para que se empeñasen voluntariosamente en recuperar la gracia por medio de la frecuencia de los Sacramentos.

Dos días después, el 18 de junio, el [Santo] subía a su tribuna y daba algunas nuevas explicaciones del sueño.

«No sería necesario —dijo— explicación alguna respecto al sueño, pero volveré a repetir lo que ya ¡es dije. La gran llanura es el mundo, y los distintos parajes, el estado a que es llamado cada uno de nuestros jóvenes. El rincón donde estaban los corderos es el Oratorio. Los corderos son todos ¡os jóvenes que estuvieron, están y estarán en el Oratorio. Los tres prados de esta zona, el árido, el verde y el florido, indican los estados de pecado, de gracia y *de inocencia. Los cuernos de los corderos son los escándalos dados en el pasado. Había, además quienes tenían los cuernos rotos, o sea los que fueron escandalosos y después se enmendaron por completo. Todas aquellas cifras que representaban el número tres y que se veían grabadas en las distintas*

partes de¡ cuerpo de cada cordero, simbolizan, según me dijo el pastor, tres castigos que Dios enviará a los jóvenes: 1º Carestía de auxilios espirituales. 2º Carestía moral, o sea, falta de instrucción religiosa y de la palabra de Dios. 3º Carestía material, o sea, carencia incluso del alimento.

Los jóvenes resplandecientes son los que se encuentran en gracia de Dios y, sobre todo, los qué conservan la inocencia bautismal y la bella virtud de la pureza. ¡Qué gloria tan grande les espera a los tales!

Entreguémonos, pues, queridos jóvenes, con el mayor entusiasmo a la práctica de la virtud. El que no esté en gracia de Dios, que la adquiera con la mayor buena voluntad y que después emplee todos los medios necesarios para conservarse en ella hasta la muerte; pues, si es cierto que no todos podemos estar en compañía de los inocentes y formar corona a Jesús, Cordero Inmaculado, al menos podemos seguir detrás de ellos.

Uno de vosotros me preguntó si estaba entre los inocentes y yo le dije que no, que tenía los cuernos rotos.

Me preguntó también si tenía llagas y le dije que sí.

—¿Y qué significan esas llagas?-—, me preguntó.
Yo le respondí:

—No temas. Tus llagas están ya casi cicatrizadas y *desaparecerán con el tiempo; tales llagas no son deshonrosas, como no lo son las cicatrices de un combatiente, el cual, a pesar de las heridas* y *de tos ataques de¡ enemigo, supo vencer y conseguir la victoria. ¡Por tanto, son cicatrices gloriosas! Pero aún es más honroso combatir en medio del enemigo sin ser herido. La incolumidad del que lo consigue es causa de admiración para todos».*

Explicando este sueño [San] Juan Don Bosco dijo también que no pasaría mucho tiempo sin que se dejasen sentir estos tres males:

Pestes, hambres y también falta de medios para hacer bien a las almas.

Añadió que no pasarían tres meses sin que sucediese algo de particular.

Este sueño produjo en los jóvenes la impresión y los frutos que había

conseguido otras muchas veces con relatos semejantes.

EL PURGATORIO

SUEÑO 61 .—AÑO DE 1867.

(M. B. Tomo VIII, pág. 853-858)

El 25 de junio [San] Juan Don Bosco habló a la Comunidad, después de las oraciones de la noche, en estos términos:

«Ayer noche, mis queridos hijos, me había acostado, y *no pudiéndome dormir, pensaba en la naturaleza y modo de existir del alma; cómo estaba hecha; cómo se podía encontrar en la otra vida separada del cuerpo; cómo se trasladaría de un lugar a otro; cómo nos podremos conocer entonces los unos a los otros siendo así que, después de la muerte sólo seremos espíritus. Y cuanto más reflexionaba sobre esto, tanto más misterioso me parecía todo.*

Mientras divagaba sobre éstas y *otras semejantes fantasías me quedé dormido* y...

****

...me pareció estar en el camino que conduce a (y nombró la ciudad) y que a ella me dirigía. Caminé durante un rato; atravesé pueblos para mí desconocidos, cuando de pronto sentí que me llamaban por mi nombre. Era la voz de una persona que estaba parada en el camino.

—Ven conmigo —me dijo—; ahora podrás ver lo que deseas.

Obedecí inmediatamente. El tal se movía con tal rapidez que ni el mismo pensamiento le podía aventajar; lo mismo yo. Caminábamos sin que nuestros pies tocasen el suelo. Al llegar a una región que no sabría precisar, mi guía se detuvo. Sobre un lugar eminente se elevaba un magnífico palacio de admirable estructura. No sabría puntualizar dónde estaba, ni sobre qué altura; no recuerdo si sobre una montaña o en el aire, sobre las nubes. Era un edificio inaccesible, pues no se veía camino alguno que a él condujese. Sus puertas estaban a una altura considerable.

—¡Mira! ¡Sube a aquel palacio!— me dijo mi guía.

—¿Cómo podré hacerlo? —exclamé—. ¿Qué es lo que tengo que hacer? Aquí abajo no veo camino alguno y yo no tengo alas. —¡Entra!—, me

dijo el otro en tono imperativo.
Y viendo que yo no me movía, añadió:

—Haz lo que yo; levanta los brazos con buena voluntad y subirás. Ven conmigo.

Y diciendo esto levantó en alto las manos hacia el cielo. Yo abrí entonces los brazos y al instante me sentí elevado en el aire a guisa de ligera nube. Y heme aquí a la entrada de palacio. El guía me había acompañado.

—¿Qué hay ahí dentro?—, le pregunté.

—Entra; visítalo y verás. En una sala, al fondo, encontrarás quien te aleccione.

El guía desapareció y yo, habiéndome quedado sólo y como guía de mí mismo, entré en el pórtico, subí las escaleras y me encontré en un departamento verdaderamente regio. Recorrí salas espaciosas, habitaciones riquísimamente decoradas y largos corredores. Yo caminaba a una velocidad fuera de lo natural. Cada sala brillaba al conjuro de los sorprendentes tesoros en ellas acumulados y con gran rapidez recorrí tantos departamentos que me hubiera sido imposible enumerarlos.

Pero, lo más admirable fue lo siguiente: A pesar de que corría a la velocidad del viento, no movía los pies, sino que permaneciendo suspendido en el aire y con las piernas juntas, me deslizaba sin cansancio sobre el pavimento sin tocarlo, como si se tratase de una superficie de cristal. Así, pasando de una sala a otra, vi finalmente al fondo de una galería una puerta. Entré y me encontré en un gran salón, magnífico sobre toda ponderación... Al fondo del mismo, sobre un sillón, vi majestuosamente sentado a un Obispo, en actitud de recibir audiencia. Me acerqué con respeto y quedé maravillado al reconocer en aquel prelado a un amigo íntimo. Era Monseñor... (y dijo el nombre), Obispo de... muerto hacía dos años. Parecía que no sufriese nada. Su aspecto era saludable, afectuoso y de una belleza qué no se puede expresar.

—¡Oh, Monseñor! ¿Usted aquí?—, le dije con alegría.

—¿No me ves?—, replicó.

—¿Cómo es esto? ¿Está vivo todavía? Pero ¿no murió?

—Sí, que he muerto.

—Y si murió, ¿cómo es que está ahí sentado, con ese aspecto tan saludable y de tan buena apariencia? Si es que está vivo todavía, dígamelo, pues de lo contrario nos veremos en graves aprietos. En A... hay otro Obispo, Monseñor... ¿cómo arreglaremos este asunto?

—Esté tranquilo, no se preocupe, que yo estoy muerto —me contestó—.

—Más vale así, pues ya hay otro puesto en su lugar.

—Lo sé. ¿Y Vos, [San] Juan Don Bosco, está vivo o muerto?

—Yo estoy vivo. ¿No me ve aquí en cuerpo y alma?

—Aquí no se puede venir con el cuerpo.

—Pues yo lo estoy.

—Eso le parece, pero no es así.

Y al llegar a este punto de la conversación comencé a hablar muy de prisa, haciendo pregunta tras pregunta, sin obtener contestación alguna.

—¿Cómo es posible —decía— que estando yo vivo pueda estar aquí con Vuecencia que está muerto?

Y tenía miedo de que el prelado desapareciese; por eso comencé a decirle en tono suplicante:

—Monseñor, por caridad, no se vaya. ¡Necesito saber tantas cosas!

El Obispo, al verme tan preocupado:

—No se inquiete de ese modo —me dijo—; está tranquilo, no dude de mí; no me iré; hable.

—Dígame, Monseñor, ¿se ha salvado?

—Míreme— contestó; observe cuan lozano resplandeciente me encuentro.

Su aspecto me daba cierta esperanza de que se hubiera salvado; pero no contentándome con eso, añadí: \
—Dígame si se ha salvado: ¿sí o no?

—Sí; estoy en un lugar de salvación— me respondió.

—Pero ¿está en el Paraíso gozando de Dios o en el Purgatorio?

—Estoy en un lugar de salvación; pero aún no he visto a Dios y necesito aún que rece por mi.

—¿Y cuánto tiempo tendrá que estar todavía en el Purgatorio?

—¡Mire aquí!— Y me mostró un papel, añadiendo: —¡Lea!

Yo tomé el papel en la mano, lo examiné atentamente, pero no viendo en él nada escrito, le dije:

—Yo no veo nada.

—Mire lo que hay escrito; lea—. Me volvió a decir.

—Lo he mirado y lo estoy mirando, pero no puedo leer nada, porque nada hay escrito.

Mire mejor.

—Veo un papel con dibujos en forma de flores celestes, verdes, violáceas, pero cifras no veo ninguna.

—Pues esas son mis cifras.

—Yo no veo ni cifras, ni números.

El prelado miró el papel que yo tenía en la mano y después dijo:

—Ya sé por qué no comprende, ponga el papel al revés.

Examiné la hoja con mayor atención, la volví de un lado y de otro, pero ni al derecho ni al revés la pude leer. Solamente me pareció apreciar que entre los trazos de aquellos dibujos se veía el número dos.

El Obispo continuó:

¿Sabe por qué es necesario leer al revés? Porque los juicios de Dios son diferentes de los juicios del mundo. Lo que los hombres juzgan como sabiduría es necedad para Dios.

No me atreví a pedirle me diera una más clara explicación, y dije:

—Monseñor, no se marche; tengo que preguntarle algunas cosas más.

—Pregunte, pues; yo le escucho.

—¿Me salvaré?

—Tenga esperanza en ello.

—No me haga sufrir; dígame si me salvaré.

—No lo sé.

—Al menos, dígame si estoy o no en gracia de Dios.

—No lo sé.

—¿Y mis jóvenes, se salvarán?

—No lo sé.

—Por favor, le suplico que me lo diga.

—Ha estudiado Teología, por tanto lo puede saber y darse la respuesta a sí mismo.

—¿Cómo? ¿Está en un lugar de salvación y no sabéis nada de estas cosas?

—Mire; el Señor se las hace saber a quien quiere; y cuando quiere que se den a conocer estas cosas, concede el permiso y da la orden. De otra manera nadie puede comunicarlo a los que viven aún.

Yo me sentía impulsado por un deseo vehemente de preguntar más y más cosas ante el temor de que Monseñor se marchase.

—Ahora, dígame algo de su parte para comunicarlo a mis jóvenes.

—Vos sabéis tan bien como yo qué es lo que tiene que hacer. Tenéis la Iglesia, el Evangelio, las demás Escrituras que lo contienen todo; dígales que salven el alma, que lo demás nada interesa.

—Pero, eso lo sabemos ya; debemos salvar el alma. Lo que necesitamos es conocer los medios que hemos de emplear para conseguirlo. Déme un consejo que nos haga recordar esta necesidad. Yo se lo repetiré a mis jóvenes en vuestro nombre.

—Dígales que sean buenos y obedientes

—¿Y quién no sabe esas cosas?

—Dígales que sean modestos y que recen.

—Pero, dígame algo más práctico.

—Dígales que se confiesen frecuentemente y que hagan buenas comuniones.

—Algo más concreto, más particular.

—Se lo diré puesto que así lo quiere. Dígales que tienen delante de si una niebla y que simplemente el distinguirla es ya una buena cosa. Que se quiten ese obstáculo de delante de los ojos, como se lee en los Salmos: *Nubem dissipa.*

—¿Y qué significa esa niebla?

—Todas las cosas del mundo, las cuales impiden ver la realidad de los bienes celestiales.

—¿Y qué deben hacer para que desaparezca esa niebla?

—Considerar el mundo tal cual es: *mundus totus in maligno positus est;* y entonces salvarán el alma: que no se dejen engañar por las apariencias mundanas. Los jóvenes creen que los placeres, las alegrías, las amistades del mundo pueden hacerles felices y, por tanto, no esperan más que el momento de poder gozar de ellas; pero que recuerden que todo es vanidad y aflicción de espíritu. Que
se acostumbren a ver las cosas del mundo, no según sus apariencias, sino como son en realidad.

—¿Y de dónde proviene principalmente esta niebla?

—Así como la virtud que más brilla en el Paraíso es la pureza; también la oscuridad y la niebla es producida por el pecado de la inmodestia y de la impureza. Es como un negro y densísimo nubarrón que priva de la vista e impide a los jóvenes ver el precipicio que les amenaza con tragárselos. Dígales, pues, que conserven celosamente la virtud de la pureza, pues los que la poseen, *florebunt sicut lilium in civitate Dei.*

—¿Y qué se precisa para conservar la pureza?
Dígamelo, que yo se lo comunicaré a mis jóvenes de su parte.

—Es necesario: el retiro, la obediencia, la huida del ocio y la oración.

—¿Y después?

—Oración, huida del ocio, obediencia, retiro.

—¿Y qué más?

—Obediencia, retiro, oración y huida del ocio.

Recomiéndeles estas cosas que son suficientes.

Yo deseaba preguntarle algunas cosas más, pero no me acordaba de nada.

De forma que, apenas el prelado hubo terminado de hablar, en mi deseo

de repetirles aquellos mismos consejos, abandoné precipitadamente la sala y corrí al Oratorio. Volaba con la rapidez del viento y, en un instante me encontré a las puertas de nuestra casa. Seguidamente me detuve y comencé a pensar:

—¿Por qué no estuve más tiempo con el Obispo de...?

¡Me habría proporcionado nuevas aclaraciones! He hecho mal en dejar perder tan buena ocasión. ¡Podría haber aprendido tantas cosas hermosas!

E inmediatamente volví atrás con la misma rapidez con que había venido, temeroso de no encontrar ya a Monseñor. Penetré, pues, de nuevo en aquel palacio y en el mismo salón.

Pero, ¡qué cambio se había operado en tan breves instantes! El Obispo, palidísimo como la cera, estaba tendido sobre el lecho; parecía un cadáver; a los ojos le asomaban las últimas lágrimas; estaba agonizando. Sólo por un ligero movimiento del pecho agitado por los postreros estertores se comprendía que aún tenía vida. Yo me acerque a él afanosamente:

—Monseñor, ¿qué es lo que le ha sucedido?

—Déjeme—, dijo dando un suspiro.

—Monseñor, tendría aún muchas cosas que preguntarle.

—Déjeme solo; sufro demasiado.

—¿En qué puedo aliviarle?

—Rece y déjeme ir.

—¿Adonde?

—Donde la mano omnipotente de Dios me conduce.

—Pero, Monseñor, se lo suplico, dígame dónde.

—Sufro demasiado; déjeme.

—Al menos dígame qué puedo hacer en su favor.

—Rece.

—Una palabra nada más, ¿no tiene que hacerme algún encargo para el mundo? ¿No tiene nada que decir a su sucesor?

—Vaya con el actual Obispo de... y dígale de mi parte esto y esto.

Las cosas que me dijo a vosotros no les interesan, mis queridos jóvenes, por tanto las omitiremos.

El prelado prosiguió diciendo:

—Dígale también a tales y tales personas, estas y estas otras cosas en secreto.

—¿Nada más?—, continué yo.

—Diga a sus jóvenes que siempre los he querido mucho; que mientras viví, siempre recé por ellos y que también ahora me recuerdo de ellos. Que ellos rueguen también por mí.

—Tenga la seguridad de que se lo diré y de que comenzaremos inmediatamente a aplicar sufragios. Pero, apenas se encuentre en el Paraíso, acuérdese de nosotros.

El aspecto del prelado denotaba entretanto un mayor sufrimiento. Daba pena el contemplarlo; sufría muchísimo, su agonía era verdaderamente angustiosa.

—Déjeme —me volvió a decir—; déjeme que vaya donde el Señor me llama.

—¡Monseñor!... ¡Monseñor!...—, repetía yo lleno de indecible compasión.

—¡Déjeme!... ¡Déjeme!...

Parecía que iba a expirar mientras una fuerza superior se lo llevaba de allí a las habitaciones más interiores, hasta que desapareció de mi vista.

Yo, ante una escena tan dolorosa, asustado y conmovido me volví para retirarme, pero habiendo dado al bajar la escalera con la rodilla en algún objeto, me desperté y me encontré en mi habitación y en el lecho.
****

Como ven, mis queridos jóvenes, este es un sueño como todos los demás, y en lo relacionado con vosotros no necesita explicación, porque todos lo han entendido.

[San] Juan Don Bosco terminó diciendo:

«En este sueño aprendí tantas cosas relacionadas con el alma y con el Purgatorio, que antes no había llegado a comprender y que ahora las veía tan claras que no las olvidaré jamás».

Así termina la narración que nos ofrecen nuestras Memorias. Parece que [San] Juan Don Bosco haya querido exponer en dos cuadros distintos el estado de gracia de las almas del Purgatorio y el de sus sufrimientos expiatorios.

El [Santo] no hizo comentario alguno sobre el estado de aquel buen prelado. Por lo demás, por revelaciones dignísimas de fe y por los testimonios de los Santos Padres se sabe que personajes de santidad suma, lirios de pureza virginal, ricos en méritos, por faltas ligerísimas hubieron de permanecer largo tiempo en el Purgatorio.

La justicia divina exige que antes de entrar en el cielo, cada uno pague hasta el último cuadrante de sus deudas.

Habiendo preguntado algún tiempo después a [San] Juan Don Bosco — continúa Don Lemoyne— si había cumplido los encargos que se le habían dado por parte de aquel Obispo, con aquella confianza con la cual me honraba, le oí responder:

—Sí, *he observado fielmente lo que se mandó.*

EL JARDÍN

SUEÑO 62.—AÑO DE 1867.

(M. B. Tomo IX, págs. 11-17)

En la noche del 31 de diciembre de 1867, [San] Juan Don Bosco reunió a los jóvenes en la iglesia y subiendo al pulpito, después de las oraciones, les habló así:

«Suelen, en estos días, los padres dar el aguinaldo a sus hijos; lo mismo hacen los amigos recíprocamente. También yo acostumbro hacerlo todos los años, dando en esta noche a mis queridos jóvenes un recuerdo que les sirva de aguinaldo para el año próximo.

Estaba pensando desde hace algunos días qué aguinaldo les daría, mis queridos hijos, y *a pesar de mis esfuerzos no encontraba un pensamiento a propósito para ello. También la noche pasada, estando ya acostado, pensaba una y otra vez en lo que les debería decir como consejo saludable para el 1868, pero no me fue posible concentrarme. Cuando, después de un buen rato, agitado siempre por la más viva preocupación me encontré como semidormido, en un estado intermedio entre el sueño* y *la vigilia.*

Era un sueño que me permitía darme cuenta de lo que hacía, oyendo lo que se me decía y *respondiendo a lo que se me preguntaba. O sea estaba en un estado muy parecido al sueño, pero que no lo era.*
****

Me parecía hallarme en mi habitación. Hice por salir y en lugar de la baranda me encontré delante de un hermoso jardín en el que había innumerables rosales; el jardín estaba rodeado de una muralla y a la entrada del mismo se veía escrito con caracteres cubitales el número 68.

Un portero me introdujo en aquel vergel y en él vi a nuestros jóvenes que se entretenían alegremente, gritando y saltando. Muchos, al verme, se apiñaron a mi alrededor hablando conmigo de muchas cosas. Comenzamos a recorrer juntamente el jardín y después de un breve trayecto a lo largo del muro, vi a un lado a numerosos muchachos agrupados cantando y rezando en compañía de algunos sacerdotes y clérigos. Me acerqué más a ellos; los miré y no los reconocí del todo; gran parte me eran desconocidos; pude darme cuenta que cantaban el Miserere y otras preces de difunto. Acercándome más aún, les dije:

—¿Qué hace aquí? ¿Por qué reza el *Miserere?* ¿Cuál es la causa de su luto? ¿Se ha muerto acaso alguno?

—¡Oh!, —me dijeron—, ¿usted no lo sabe?

—Yo no sé nada.

—Estamos rezando por el alma de un joven que murió tal día y a tal hora.

—Pero ¿quién es?

—¿Cómo?, —replicaron—. ¿No sabe quién es?

—¡No, no!

—¿Acaso no le hemos avisado?—, se dijeron mutuamente. Y después, dirigiéndose a mí:

—Pues bien, ha de saber que ha muerto el tal— y me dijeron el nombre.

—¡Cómo! ¿Ha muerto ése?

—Sí; pero ha tenido una buena muerte; una muerte envidiable. Recibió con gran satisfacción y edificación nuestra los Sacramentos. Resignado a la voluntad de Dios, dio muestras de los más vivos sentimientos de piedad. Ahora al acompañarlo a la sepultura rezamos por su alma, pero tenemos la esperanza de que esté ya en el cielo y en él interceda por nosotros. Aun más: estamos seguros de que se halla ya en el Paraíso.

—¿Tuvo, pues una buena muerte? ¡Que se cumpla siempre la voluntad de Dios! Imitemos sus virtudes y pidamos al Señor que nos conceda también a nosotros la gracia de tener una santa muerte.

Y dicho esto me alejé de ellos, rodeado siempre de una gran muchedumbre de jóvenes. Seguimos, pues, paseando por el jardín, y tras haber recorrido un buen trecho de camino, llegamos a un prado bellísimo cubierto de verdor. Yo, entretanto, me decía a mí mismo:

—Pero ¿cómo es esto? ¿Ayer noche me acosté en mi cama y ahora me encuentro con todos los jóvenes esparcidos acá y acullá por este jardín?

Cuando he aquí que veo a otra numerosa turba de muchachos dispuestos en círculo, en el centro del cual había algo que no podía distinguir bien. Me di

cuenta, sin embargo, de que estaban arrodillados; unos rezaban y otros cantaban. Me acerqué y pude comprobar que rodeaban un ataúd diciendo las preces de difuntos y entonando el *Miserere.* Entonces les pregunté:

¿Por quién rezan?

Todos ellos, con semblante melancólico, me respondieron:

—Ha muerto otro joven y ha tenido una buena muerte. Ha recibido con edificante piedad los Santos Sacramentos y ha dado muestras de sólida piedad. Ahora le llevan ya a la sepultura. Estuvo enfermo ocho días y vinieron a verlo sus padres.

Les pregunté el nombre del difunto y me lo dijeron; me sentí muy apesadumbrado al oírlo y exclamé:

—¡Oh, lo lamento! Era uno que me quería mucho y no he podido darle el último adiós tampoco al otro pude verlo antes de que muriese... ¿Es que ahora se van a morir todos?... Un muerto aquí, otro allá...

—¿Qué dice?, —me respondieron—. ¿Un muerto hace poco y otro ahora? ¿Le parece poco tiempo y han pasado ya tres meses que falleció el primero en tal día y a tal hora?

Al oír esto pensé entre mí:

—¿Sueño o estoy despierto?

Me parecía no soñar y, por otra parte, no sabía qué pensar de lo que estaba oyendo.

Comenzamos después a internarnos por aquellos bosquecillos, y tras un buen rato de estar caminando he aquí que oigo cantar nuevamente el *Miserere.* Retengo el paso y tanto yo como los que me acompañaban divisamos un numeroso grupo de jóvenes que se acercaba a nosotros. Entonces pregunté a los que estaban junto a mí:

—¿Qué hacen éstos? ¿Adonde van?

Venían de un lugar próximo y estaban todos desconsolados y con los

ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué tienen?—, les pregunté, apresurándome a salirles al encuentro.

—¡Ah! Si supiese...

—¿Qué ha sucedido?

—Ha muerto un joven.
—¿Cómo? ¿Pero, he de ver muertos por todas partes?

¿A quién han acompañado a la sepultura?

Y los jóvenes, dando muestras de extrañeza, exclamaron:

—¡Cómo! Pero ¿no sabe nada? ¿No se ha enterado de que ha muerto fulano?

—¿También ése ha muerto?—, pregunté.

—Sí; pobrecillo... Sus padres no han venido a verlo... pero...

—¿Pero qué? ¿Acaso no ha tenido una buena muerte?

—No. Ha tenido una muerte nada deseable.

—¿No recibió los Sacramentos?

—Al principio no quería recibirlos; después accedió a hacerlo, pero de mala gana y sin dar muestras de arrepentimiento; así que hemos quedado poco edificados e incluso dudamos mucho de su eterna salvación, sintiendo mucho que un joven del Oratorio haya tenido una muerte tan mala.

Entonces yo procuré consolarlos diciéndoles:

—Si ha recibido los Sacramentos esperemos que se haya salvado. No hay que desesperar de la misericordia de Dios. ¡Es tan grande!

Pero no logré consolarles al intentar infundirles esta esperanza.

Entretanto, lleno de dolor y con la mente turbada, pensaba en las fechas en que aquellos jóvenes habían muerto; cuando apareció un personaje desconocido para mí, el cual acercándose me dijo:

—Mira: son tres.

Yo le interrumpí:

—¿Y tú quién eres que me hablas con tanta familiaridad, tuteándome sin haberme visto nunca?

—Escúchame —respondió— y después te diré quién soy. ¿Quieres que te dé una explicación de cuanto has visto?

—Sí. ¿Qué significan estos números?

—Has visto —me replicó— el número 68 escrito sobre la puerta del jardín. Esto significa el año 1868. Durante él, tres de los jóvenes que te han sido indicados deberán morir. Como has visto, los dos primeros están bien preparados; al tercero debes prepararlo tú.

Y pensando si, en efecto, sería cierto que en el año 1868 morirían tres de mis queridos hijos, añadí:

—Pero ¿cómo puedes decirme eso?

—Observa atentamente si se cumple lo que te he dicho y verás —me respondió—.

Ante la seguridad y amabilidad de sus palabras comprendí que aquel personaje me hablaba como amigo y proseguí con él el camino, absorto en las palabras que le había oído decir.

—¿Acaso estoy soñando?, —exclamé—. Aquí no hay nada de sueños que bien despierto estoy. Veo, oigo, conozco...

Y mi acompañante me dijo: —Sí, sí; todo esto es realidad.

Y yo:

—¿Realidad? Te ruego que me atiendas. Me has hablado del porvenir; ahora háblame del presente. Lo que deseo es que me digas algo para repetírselo a mis jóvenes como aguinaldo mañana por la noche.

Y él:

—Diles a tus jóvenes que así como los primeros en morir estaban preparados porque frecuentaban con las debidas disposiciones la Santa Comunión durante la vida, también en punto de muerte la recibieron con gran edificación de todos; el último, en cambio, no comulgaba en vida, cuando gozaba de salud, y por eso en el trance supremo la recibió con poca devoción. Diles que si quieren tener una buena muerte, frecuenten la sagrada Comunión con las debidas disposiciones, siendo la primera de todas, una Confesión bien hecha. El aguinaldo sea pues, éste: *La Comunión devota* y *frecuente es el medio más eficaz para tener una buena muerte* y *así salvar el alma.* Ahora sígueme y presta atención. Y se adentró un poco más en el sendero del jardín.

Yo le seguía cuando, de pronto, veo concentrados en un largo espacio abierto a mis jóvenes. Me detuve a observarlos. Los conocía a todos y me parecía que no faltaba ninguno; los veía como tantas veces, sin notar en ellos ninguna particularidad. Pero, examinándolos más de cerca, vi algo que me llenó de admiración y de horror. De debajo de la gorra de muchos, y partiendo de la frente, salían dos cuernos. Unos los tenían más largos, otros más cortos; éstos enteros, aquellos partidos; algunos sólo conservaban la señal de haberlos tenido en la misma raíz, otros, a pesar de tenerlos rotos, no podían impedir que continuasen desarrollándose, aumentando incesantemente de grosor. No faltaban quienes no sólo tenían cuernos sino que, además, parecía que sentían orgullo de tenerlos, dando continuas cornadas a los compañeros. Me llamaron la atención los que tenían un solo cuerno en mitad de la cabeza, pero de grosor extraordinario, siendo éstos los más peligrosos. Finalmente vi a otros cuya frente candida y serena jamás se había visto afeados por semejante deformidad.

Les quiero hacer presente que podría indicar a cada uno de vosotros el estado en que os vi en el jardín.

Habiéndome alejado después un poco de los jóvenes y acompañado solamente de mi guía, al llegar a cierto paraje un poco elevado, vi una extensa región ocupada por una muchedumbre de gente que guerreaban entre sí, eran militares.

Durante largo espacio de tiempo combatieron encarnizadamente sin compasión alguna hacia nadie. Mucha era la sangre vertida. Yo veía a los infelices que caían al suelo grave o mortalmente heridos.

Entonces pregunté a mi compañero:

—¿Cómo es que estos hombres se matan de esta manera tan terrible?

—Gran guerra —exclamó mi guía— en el año 1868, y esta no terminará sino después de haberse derramado mucha sangre.

—¿Esta guerra tendrá como escenario nuestra país?

¿Qué gente es esta? ¿Son italianos o extranjeros?

—Observa a aquellos soldados y por sus uniformes sabrás a qué nacionalidad pertenecen.

Los observé atentamente y comprendí que eran individuos pertenecientes a distintas naciones. La mayor parte no vestían como nuestros soldados, pero también había allí italianos.

—Esto significa —añadió el personaje— que en esta guerra tomarán parte los hijos de Italia.

Nos retiramos de aquel campo de muerte y caminando un breve espacio de tiempo llegamos a otra parte del jardín; cuando he aquí que oigo gritar a voz en cuello:

—¡Huyamos de aquí! ¡Huyamos de aquí! Huyamos, de lo contrario moriremos todos.

Y vi una gran multitud de gente que huía y, en medio de ella, a muchos de complexión robusta que caían muertos al suelo.

—¿Por qué huyen?—, pregunté a uno de los fugitivos.

—El cólera causa muchas víctimas —me respondió—; y si no huimos, moriremos también nosotros.

—Pero ¿qué es lo que veo?, —dije a mis compañero—.

Por todas parte reina la muerte.

—¡Gran epidemia en el 1868!—, exclamó.

—¿Cómo es posible? ¿El cólera en invierno? Es posible que mueran del cólera haciendo tanto frío?

—En Reggio Calabria se cuentan hasta cincuenta defunciones diarias.

Seguimos adelante, más adelante aún, y vimos una inmensa multitud de gente, pálida, abatida, exánime, consumida, con las ropas destrozadas.

Yo no podía explicar el motivo de aquel decaimiento y del estado miserable de aquella multitud y por eso pregunté a mi amigo:

—¿Qué sucede a éstos? ¿Qué significa esto?

Gran carestía en el 1868 —me respondió—. ¿No sabes que estos infelices no tienen con qué saciar su hambre?

—¿Cómo? ¿El estado en que se encuentran es consecuencia del hambre que padecen?

—Así es en realidad.

Yo, entretanto, seguía contemplando a aquella multitud que gritaba sin cesar: ¡Hambre, hambre, tenemos hambre!

Y buscaban pan para comer y no lo encontraban, y buscaban agua para apagar la sed que les abrasaba y no la hallaban.

Entonces, lleno de angustia, dije a mi compañero:

—Pero ¿es que durante este año lloverán todos los males sobre esta miserable tierra? ¿No habría algún medio para alejar de los hombres tantas desventuras?

—Sí que lo habría. El remedio sería que todos los hombres se pusieran de acuerdo en abstenerse de pecar; que dejasen de blasfemar; que honrasen a Jesús Sacramentado; que dirigieran sus plegarias a la Santísima Virgen, hoy tan ingratamente olvidada por ellos.

—¿Y esa hambre y esa sed, es por falta de alimento corporal o espiritual?

El guía me contestó:

—Tanto lo uno como lo otro. A unos les faltará porque no quieren tenerlo y a otros porque no pueden.

—¿Y el Oratorio, tendrá que padecer también estos males? ¿Serán mis hijos también víctimas del cólera?

El guía me miró de pies a cabeza y después me dijo:

—Según. Es decir: si tus jóvenes se ponen de acuerdo en tener alejada de ellos la ofensa de Dios, honrando al mismo tiempo a Jesús Sacramentado y a la Santísima Virgen, se librarán de estos males, pues con semejantes salvaguardias se consigue todo, y sin ellas nada. Si proceden de otro modo, morirán. Que tengan presente que uno sólo que cometiera el pecado, sería suficiente para atraer la indignación de Dios y el cólera sobre el Oratorio.

Pregunté aún:

—¿Tendrán que padecer también mis hijos la falta de alimentos?

—¡Seguro! También ellos tendrán que sentir los efectos de la carestía.

—A mí me parece que esta calamidad debería caer solamente sobre mí, pues soy yo quien debo proveerles de alimento. Si falta el pan en casa, no son ellos los que se deben preocupar de remediar este mal.

—El hambre la sentirás tú y también tus hijos. Sus padres y bienhechores tendrán que sacrificarse mucho para pagar las pensiones y suministrarles otras muchas cosas necesarias. Serán numerosos los que no podrán pagar nada y la casa, falta de medios, no podrá atenderles en sus necesidades; por tanto, también ellos tendrán que padecer.

—¿Les faltará también el alimento espiritual?

—Sí; a unos porque no querrán tenerlo y a otros porque no podrán.

Y mientras hablábamos seguíamos avanzando por aquel jardín. Pero de pronto observé que el cielo se cubría de negros nubarrones que presagiaban una próxima tormenta. Al mirar a mi alrededor vi a los jóvenes que se habían dado a la huida. Abandonando a mi guía eché a correr tratando de alcanzarlos para ponerme a salvo con ellos; pero bien pronto los perdí de vista; relámpagos y truenos se sucedían sin cesar. Cayó después una lluvia torrencial y violentísima. Jamás había presenciado un tan recio temporal. Yo daba vueltas por el jardín buscando a mis muchachos y un lugar donde guarecerme, pero no encontraba ni a los unos ni lo otro. Toda aquella región aparecía desierta. Busqué la puerta para salir, y debido a mi precipitación no la encontraba; al contrario, cada vez me alejaba más de ella. Al fin cayó una granizada tan espantosa que en mi vida había visto granizos de un grosor semejante. Algunos que me cayeron sobre la cabeza, lo hicieron con tal violencia que, a consecuencia de los golpes recibidos, me desperté, encontrándome en el lecho. Les aseguro que me hallaba más falto de fuerzas que cuando me retiré a descansar.
****

Todas estas cosas las vi, como les he dicho, en sueño, y no se las cuento para que las crean realidades, sino para que saquen de ellas algún provecho si es posible. Consideremos como sueño lo que no nos interesa, pero aceptemos como realidades lo que nos puede servir de alguna utilidad, tanto más que podemos asegurar que así como sucedieron ciertas cosas que anunciamos en otras ocasiones, al presente podría ocurrir ¡o mismo. Aprovechémonos, pues; estemos preparados para la muerte; recemos a la Santísima Virgen y mantengamos el pecado alejado de nosotros.

Por último les dejo como aguinaldo la siguiente máxima: La Confesión y *la Comunión frecuente* y *devota, son los grandes medios para salvar el alma.*

¡Buenas noches!»

[San] Juan Don Bosco narró este sueño durante dos noches consecutivas. El texto del relato que acabamos de dar procede de la crónica particular del estudiante de teología Esteban Burlot, que dejó copia del mismo por él

firmada en fecha del 29 de enero de 1868. Y escribió al pie de ella: «Del sueño de [San] Juan Don Bosco hago una sencilla relación tal y como me parece haberla oído de sus labios, y *siguiendo el mismo orden; sin repetir exactamente las mismas palabras por él proferidas porque no las recuerdo bien. Pero tengo la certeza de que el sentido es el mismo y esto es suficiente».*

Para demostrar la importancia de este testimonio y el valor de la capacidad mental del mismo, diremos que a Esteban Burlót, ordenado de sacerdote y enviado por el [Santo] como misionero a América, le fue confiada la inmensa y turbulenta parroquia de la Boca, en Buenos Aires, a la sazón guarida de las sectas anticristianas. Y él, con su actividad, con su firmeza de carácter, con su palabra franca y *leal, animada siempre por la fe, y con su ardiente caridad, sometió a las más rebeldes voluntades. Logró reformar la población; siendo amado de los buenos* y *temido del adversario, especialmente cuando con su periódico Cristóforo Colombo se hizo el arbitro de la opinión pública en la Boca, donde levantó un grandioso templo, un colegio para jovencitos, otro para niñas con Oratorios festivos, estableciendo asociaciones católicas de socorros mutuos* y *la sociedad de San Vicente de Paúl. Contando su parroquia con sesenta mil y más italianos, aprendió los distintos dialectos, celebrando solemnemente las festividades de cada uno de los Patronos de las diversas regiones italianas, despertando así en sus connacionales el entusiasmo patriótico, atrayéndolos a la Iglesia con procesiones religiosas en las que desplegaba el mayor esplendor, actos que evocaban las costumbres* y *tradiciones patrias. En el ejercicio del ministerio parroquial fue infatigable y heroico en la asistencia a los enfermos.*

Don Bourlot, pues, joven, serio y sagaz, hacía poco que había entrado en el Oratorio dispuesto a dar su nombre a la Pía Sociedad. Sentía cierta repugnancia en prestar fe a los sueños de [San] Juan Don Bosco que le contaron sus compañeros más antiguos y, por tanto, con espíritu de crítica estuvo a la espera de lo que sucedería respecto a la desaparición de los tres jóvenes vistos por [San] Juan Don Bosco en el sueño y a las circunstancias que debían acompañar a estas defunciones. De forma que, con Don Joaquín Berto y con Don José Bologna, comenzó a consignar por escrito los acontecimientos según iban sucediendo y los tres firmaron el verbal cuando se cumplieron las profecías, quedando maravillados de la admirable precisión con que se llevaba a cabo cuanto [San] Juan Don Bosco había anunciado.

Pero estos testimonios escritos se perdieron en un traspapeleo de cartas y documentos, hecho por quien nada entendía sobre el valor de los

mismos, habiéndose salvado solamente del naufragio una hoja que habla de la muerte del primero de los jóvenes. Por suerte, al regresar Don Bourlot de América por algún tiempo, mientras nos facilitó algunos datos que añadir al sueño, nos dio también noticias sobre el fin de los otros dos jóvenes, dejándonos la siguiente declaración fechada en 12 de octubre de 1889: «Puedo asegurar con juramento que la anunciada muerte de los tres hijos de [San] Juan Don Bosco como también podrían testificarlo Don Berto y Don Bologna». Y añadía que si bien no recordaba los apellidos del segundo y del tercero, podía asegurar que uno de ellos comenzaba por la letra B, que era herrero de oficio y que murió en el hospital asistido por [San] Juan Don Bosco.

Hemos de hacer notar cómo el anuncio de la muerte de aquellos tres jóvenes, no excluye el que también otros fuesen llamados a la eternidad aquel mismo año.

En efecto: nos aseguró Agustín Parigi que [San] Juan Don Bosco dijo algunos días después que otros seis jóvenes del Oratorio pasarían de esta vida a la eternidad, y *que, a un compañero que temía ser del número de estos, le había dicho el [Santo]:*

—Está tranquilo, el Señor no te quiere aún.

Y así fue, en efecto.

Fueron, pues, nueve los que murieron entre las ochocientas personas que se encontraban en la casa.

Pero ¿por qué el sueño hacía referencia solamente a tres?

La desaparición de éstos de la escena de este mundo había de realizarse en el espacio casi de un año completo, y *la de los demás, o sea ¡a de los otros seis, a intervalos, ignorándose sus circunstancias, lo que haría como de despertador, obligando a los jóvenes del Oratorio a reflexionar frecuentemente sobre el sueño* y *sobre la descripción hecha por [San] Juan Don Bosco respecto al estado de las conciencias.*

El cumplimiento de las tres muertes indicadas en el sueño es motivo suficiente para testimoniar la veracidad y *cumplimiento del anuncio de ¡os tres flagelos.* [Bueno es también tener presente que, además de los centenares

de internos y externos, de estudiantes y artesanos que pertenecían a la Casa, por el Oratorio pasaban miles y miles de chicos de diversas procedencias. Eso explica el número de muertos, sobre todo si se tiene también en cuenta las condiciones sociales de entonces. La mortalidad del Oratorio no era mayor que la de las otras escuelas y colegios.]

SALTANDO SOBRE EL TORRENTE

SUEÑO 63.—AÑO DE 1868.

(M. B. Tomo IX, págs. 133-134)

[San] Juan Don Bosco había marchado a Lanzo para descansar un poco. Se encontraba muy quebrantado de salud y esto le impedía estar en comunicación directa con sus jóvenes. Por la noche no podía descansar, pues una serie ininterrumpida de sueños no le daban punto de reposo. Se retiraba a las once de la noche con la esperanza de poder dormir profundamente después de una prolongada vigilia, pero de nada servía tal precaución. Uno de dichos sueños se *refería a el Colegio de Lanzo y el [Santo] lo contó al Director de dicho centro la mañana de su partida, que fue el día 17, encargándole que él, a su vez, lo contase a la comunidad.*

El Director acompañó a [San] Juan Don Bosco hasta Turín, pues tenía que ir a predicar ejercicios a Mirabello, y *desde la capital del Piamonte envió a sus alumnos la relación de cuanto [San] Juan Don Bosco le había dicho.*

He aquí la copia literal de la carta: El 18 de abril de 1868.
Mis queridos hijos del Colegio de Lanzo: Por lo apresurado de mi marcha no me pude despedir de ustedes como hubiera sido mi deseo, pero desde Turín les escribo lo que me hubiera gustado decirles. Escúchenme, pues, con atención porque les habla el Señor por boca de [San] Juan Don Bosco.

La última noche que estuvo [San] Juan Don Bosco en Lanzo pasé horas de verdadera inquietud durante el descanso. Vosotros sabéis que mi habitación está próxima a la suya; pues bien, dos veces me hube de despertar sobresaltado sin saber el motivo, me parecía haber escuchado un grito prolongado que infundía pavor. Me senté en el lecho, presté atención y me di cuenta de que aquel ruido procedía de la habitación de [San] Juan Don Bosco. Por la mañana, pensando en lo que había oído, decidí hablar de ello a

nuestro padre.

—Es cierto, me respondió, que esta noche he tenido unos sueños que me causaron profunda tristeza.
****
Me pareció encontrarme a las orillas de un torrente no muy ancho pero sí de aguas turbias y espumosas. Todos los jóvenes del Colegio de Lanzo me rodeaban e intentaban pasar a la orilla opuesta.

Muchos tomaban carrera, saltaban y conseguían caer de pie en la parte seca de la orilla contraria. ¡Magníficos gimnastas! Pero otros fracasaban; unos caían de pie al borde mismo del torrente y perdiendo el equilibrio se precipitaban de espaldas dentro del agua: otros, después de caer en el centro del torrente, desaparecían; algunos caían de bruces o daban con la cabeza en las piedras que sobresalían de las aguas, manándoles la sangre de la frente y de la boca.

[San] Juan Don Bosco contemplaba esta dolorosa escena, gritaba y advertía a los jóvenes que fuesen prudentes, pero, todo inútilmente. El torrente estaba sembrado de cuerpos que, yendo de catarata en catarata, terminaban por estrellarse contra una roca que se alzaba en un recodo del río, donde el agua era más profunda, desapareciendo después tragados por un remolino. *Abyssus abyssum invocat.*

¡Cuántos pobres hijos míos, que escuchan ahora la lectura de mi carta, se encuentran sumergidos en el agua y *en peligro de perderse para siempre! ¿Cómo jóvenes tan listos, tan alegres, tan valientes* y *decididos al saltar fracasaban en su intento?*

Porque al hacerlo tenían siempre detrás a algún compañero mal intencionado que les echaba la zancadilla o les tiraba de la ropa, de manera que al perder el ímpetu fallaban el salto.

Y también esos pobres desgraciados, pocos afortunadamente, que hacen el oficio de diablos y buscan la ruina de sus compañeros, también están escuchando en estos momentos mi carta. A éstos les diré las mismas palabras de [San] Juan Don Bosco: ¿Por qué buscan encender con sus malas conversaciones en el corazón de sus compañeros la llama de ¡as pasiones que después los han de consumir eternamente? ¿Por qué enseñan el mal a algunos que a lo mejor son todavía inocentes? ¿Por qué con sus burlas y con ciertos pactos hechos entre vosotros se apartan de los santos Sacramentos negándose

a escuchar las palabras de quienes los quieren poner en el camino de ¡a salvación? Lo único que conseguirán es la maldición de Dios. Recuerden las amenazas fulminadas por Jesucristo que tantas veces les he recordado. Mis queridos hijos escuchen también vosotros, los que son causa del mal de los demás, son mis queridos amigos. Incluso les aseguro que tienen en mi corazón un puesto de preferencia, porque son los más necesitados de ello. Dejen el pecado, salven su alma. Si yo supiera que uno de vosotros llegaría a perderse, no encontraría un momento de paz en todo el resto de mi vida. Pues mi único pensamiento es su salvación, como el único afecto de mi corazón y el afán exclusivo de mis días hacer de vosotros buenos cristianos. Ayúdense a ganar el Paraíso. Tengo la seguridad de que me escucharán, ¿no es cierto?

No es necesario que les explique el sueño. Ya lo han entendido. La orilla sobre la cual se encuentra [San] Juan Don Bosco es la vida perdurable. El agua del torrente que envuelve y causa la muerte a ¡os jóvenes, es el pecado que conduce al infierno.

[San] Juan Don Bosco, pues, al contemplar semejante espectáculo, vencido por la angustia, gesticuló, gritó y, al fin, se despertó pensando para sí:

—¡Oh! si pudiera avisar a algunos a los cuales conocí, ¡cuan de buena gana ¡o haría!, pero mañana tengo que marchar.

Y diciendo estas palabras se volvió a dormir.

LAS FIERAS DEL PRADO

SUEÑO 64.—AÑO DE 1868.

(M . B . Tomo IX. págs. 134-135)

Y la carta en ¡a cual se relata el sueño anterior, escrita por Don Juan B. Lemoyne, a la sazón Director del Colegio de Lanzo, desde Turín, continúa:
****

Y a Don Bosco le pareció encontrarse en un gran prado donde estaban todos vosotros, entretenidos en jugar y saltar; pero ¡horrible espectáculo! Leones de ojos encendidos como brasas; tigres que afilaban sus garras en el suelo; lobos que rondaban taimados alrededor de los grupos de los jóvenes; osos de aspecto repugnante que, sentados sobre las extremidades traseras

abrían las patas delanteras para abrazarlos; en suma, animales de todas las especies recorrían en todas direcciones aquel prado. ¡Qué terrible compañía la suya! Más aún. ¡Qué inicuo proceder el de aquellos animales! Aquellas alimañas se arrojaban sobre vosotros furiosamente. Muchos de vosotros estaban tendidos en el suelo teniendo encima a aquellos monstruos que con las uñas los arañaban y les destrozaban las carnes a mordiscos causándoos la muerte. Muchos corrían desesperadamente perseguidos por tales alimañas, acudiendo a [San] Juan Don Bosco en demanda de auxilio. Ante él las bestias feroces retrocedían. No faltaban quienes pretendían valerse por sí solos, pero no lo conseguían, pues la fuerza de los animales era enorme, despedazando entre sus garras a sus víctimas. Otros, miren qué insensatos, en vez de huir se detenían a contemplar a aquellos monstruos y les sonreían, y hasta pretendían jugar con ellos, como si les importase poco ser destrozados por los osos. El pobre [San] Juan Don Bosco corría de un lado para otro, se esforzaba en llamar a unos y a otros para que se acercasen a él, gritaba hasta enronquecer. Pero en vano; mientras algunos le obedecían, otros no le hacían caso.

El prado estaba sembrado de cadáveres de los pobres jóvenes víctimas de aquellos animales y de cuerpos heridos. Los gemidos de éstos, los rugidos y los gritos de los animales feroces, las voces que daba [San] Juan Don Bosco, se mezclaban de una manera extraña. Y en medio de aquella tremenda barahúnda, [San] Juan Don Bosco se despertó por segunda vez.

****

Este fue el sueño de [San] Juan Don Bosco y vosotros sabéis qué clase de sueños son los suyos. Vosotros se podréis imaginar la angustia de mi corazón al escuchar semejante relato. Si antes sentía grandemente separarme de vosotros, al escuchar este sueño, habría vuelto al instante sobre mis pasos, si la obediencia no me lo hubiera impedido. ¡Si no los quisiera tanto estaría más tranquilo!

¿Qué representan estos leones, tigres y osos? Son las diversas tentaciones del demonio. Algunos las vencen porque recurren al guía; otros terminan por ser víctimas de ellas, porque condescienden con ¡as malignas sugestiones de Satanás; otros aman al demonio y al pecado y se *ofrecen insensatamente como blanco de sus asaltos. ¡Hijos míos! ¿Obrarán como valientes? ¿Recordarán siempre que tienen un alma qué salvar?*

[San] Juan Don Bosco me dijo también:

—Yo vi a todos esos jóvenes: he conocido a ciertos zorros. Pero

conservaré el secreto para mi y a nadie lo manifestaré. La primera ocasión en que vuelva a Lanzo diré a cada uno lo que le interesa. Esta vez el dolor de muelas no me ha permitido hablar a todos: otra vez que vuelva amonestaré a los que deben ser amonestados.

Por tanto, mis queridos hijos, yo nada sé porque [San] Juan Don Bosco nada me ha dicho; pero si ahora no sé nada, llegará un día en que lo sabré. Este será el día del juicio. Será muy doloroso para mí después de haber trabajado tanto, después de haber consumido mi juventud en medio de Vosotros, después de haberlos amado con todo mi corazón, tener que vivir, tal vez, separado de alguno de Vosotros por toda la eternidad. Si ahora no comienzan a amar al Señor, ciertamente que cuando sean mayores no le amarán: Adolescens iuxta viam suam, etiam cum senuerit, non recedet ab ea.

Hijitos míos, no despreciéis mis palabras, que son las del querido [San] Juan Don Bosco. Empleen los pocos días que dura la vida en ganarse el Paraíso.

Recen para que mis ejercicios proceden bien y para que ¡as pláticas reporten mucho fruto a las almas.

EL MONSTRUO

SUEÑO 65.—AÑO DE 1868.

(M. B. Tomo IX, págs. 155-156)

El 29 de abril [San] Juan Don Bosco anunció a los jóvenes:

Mañana por la noche y el viernes y el domingo, tengo algo que decirles, pues si no lo hiciera, creo que moriría antes de tiempo. Tengo algo desagradable que comunicarles. Y deseo que estén presentes también los artesanos.

En la noche del 30 de abril, jueves, después de las oraciones, los artesanos desde el pórtico que solían ocupar vinieron a unirse a sus compañeros los estudiantes para oír las buenas noches del [Santo], que comenzó a decir:

Mis queridos jóvenes: Ayer noche les dije que tenía algo desagradable

que contarles. He tenido un sueño y estaba decidido a no decirles nada, ya porque dudaba de que se tratara de un sueño, ya porque siempre que conté alguno, hubo algo que objetar o que observar por parte de alguien. Pero otro sueño me obliga a hablarles del primero, tanto más que desde hace algunos días he vuelto a ser molestado de nuevo por ciertas visiones o fantasmas, especialmente hace tres noches. Pues bien: saben que marché a Lanzo en busca de un poco de tranquilidad; la última noche que pasé en el Colegio, al ir a la cama y cuando comenzaba a dormirme vi en mi imaginación cuanto voy a decirles:

****

Me pareció ver entrar en mi habitación un gran monstruo que, adelantándose, fue a colocarse a los pies de la cama. Tenía una forma asquerosísima de sapo y era grueso como un buey.

Yo lo miraba fijamente, conteniendo la respiración. El monstruo poco a poco iba aumentando de volumen; le crecían las patas, el cuerpo, la cabeza y cuanto más aumentaba su grosor más horrible era. Era de un color verde con una línea roja alrededor de la boca y del pescuezo que le hacían aún más terriblemente espantoso. Sus ojos eran de fuego y sus orejas muy pequeñas. Yo decía entre mí mientras lo observaba: Pero el sapo no tiene orejas.

De su hocico partían dos cuernos y de los costados dos grandes alas de un color verduzco. Sus patas se parecían a las del león y por detrás tenía una larga cola que terminaba en dos puntas.

En aquel momento me pareció no tener miedo, pero aquel monstruo comenzó a acercarse cada vez más a mí, alargando su boca amplia y guarnecida de fuertes dientes. Yo entonces me sentí invadido de un terror indecible. Lo creí un demonio del infierno, pues de ello tenía todas las trazas. Hice entonces la señal de la Cruz, pero de nada sirvió; toqué la campanilla, mas a aquella hora nadie acudió, nadie la oyó; comencé a gritar, pero todo fue en vano; el monstruo permanecía impasible.

—¿Qué quieres de mí —dije entonces—, demonio infernal?

Pero él se acercaba cada vez más enderezando y alargando las orejas. Después puso las patas anteriores sobre el borde de mi lecho y aferrándose con las patas posteriores a los barrotes, permaneció inmóvil un momento tras de haber saltado encima, con su mirada fija en mí. Después, alargando el cuerpo, puso su hocico cerca de mi cara. Yo sentí tal escalofrío, que de un

salto me senté en el lecho estando dispuesto a arrojarme al suelo; pero el monstruo abrió la boca. Hubiera querido defenderme, apartarlo de mí, pero era tan asqueroso que ni en aquellas circunstancias me atreví a tocarlo. Comencé a gritar, eché la mano hacia atrás buscando la pila del agua bendita, pero sólo lograba tocar la pared sin encontrar lo que buscaba, y el monstruo me aferró con su boca por la cabeza de tal forma que durante unos instantes la mitad de mi persona permaneció dentro de aquellas horribles fauces.

Entonces grité:

—En el nombre de Dios. ¿Por qué haces esto conmigo?

El sapo al escuchar mi voz se retiró un poco, dejando libre mi cabeza. Hice nuevamente la señal de la Santa Cruz y habiendo logrado meter los dedos en el agua bendita rocié con ella al monstruo. Entonces aquel demonio, lanzando un grito horrible, saltó hacia atrás y desapareció, pero mientras lo hacía, pude oír una voz que desde lo alto pronunció claramente estas palabras:

—¿Por qué no hablas?
****

El Director de Lanzo, Don Lemoyne, se despertó aquella noche al escuchar mis ayes prolongados y *oyó también cómo yo golpeaba la pared con lás manos. Por la mañana me preguntó:*

—[San] Juan Don Bosco, ¿ha soñado esta noche?

—¿Por qué me lo preguntas?

—Porque he oído sus gritos.

De esta manera supe que era la voluntad de Dios que les contara lo que había visto, por lo que he determinado narrarles todo el sueño; de lo contrario traicionaría a mi conciencia; de esta forma creo también que me veré libre de ¡a presencia de ciertos fantasmas o apariciones que me atormentan.

Demos gracias al Señor por su misericordia y procuremos poner en práctica ¡os avisos que se nos den y servirnos de los medios que nos sean sugeridos para ayudarnos a conseguir la salvación de nuestras almas. En esta ocasión pude conocer el estado de la conciencia de cada uno de vosotros.

Y dichas estas palabras [San] Juan Don Bosco se dispuso a narrar a sus muchachos el sueño siguiente.

LA MUERTE, EL JUICIO, EL PARAÍSO

SUEÑO 66.—AÑO DE 1868.

(M. B. Tomo IX, págs. 156-157)

Deseo que cuanto les voy a decir —continuó el [Santo] la misma noche en que comenzara ¡a narración del sueño anterior—, que cuanto les voy a contar quede entre nosotros. Les ruego que nada escriban sobre esto, ni que hablen de ello fuera de casa, pues no son cosas que se han de tomar a broma, como algunos podrían hacer; no quiero pensar que serían capaces de originar inconvenientes que sirvieran de disgusto a [San] Juan Don Bosco. A vosotros os cuento estas cosas con toda confianza porque son mis queridos hijos y *por eso las deben escuchar como dichas por un padre.*

He aquí el primero de los sueños que yo *quise pasar por alto* y *que me veo obligado a contarles:*
****
Desde los primeros días de la Semana Santa comencé a tener unos sueños que ocuparon mi imaginación y me molestaron durante varias noches. Estos sueños me producían además un gran cansancio, de forma que a la mañana siguiente de haber soñado me sentía tan falto de fuerzas como si hubiera pasado trabajando las horas del descanso, sintiéndome al mismo tiempo turbado e inquieto.
♦
La primera noche soñé que había muerto. La segunda, que estaba en el juicio de Dios, dispuesto a dar cuenta de mis obras al Señor; pero en aquel momento me desperté y comprobé que estaba aún vivo y que, por tanto, disponía de un poco de tiempo todavía para prepararme mejor a una santa muerte. La tercera noche soñé que me encontraba en el Paraíso, donde me pareció estar muy bien y gozando mucho. Al despertarme por la mañana desapareció una tan agradable ilusión; pero me sentía resuelto a ganarme, a costa de cualquier sacrificio, el reino eterno que había contemplado mientras dormía.
****
Hasta aquí se trata de cosas que no tienen importancia para vosotros ni

de significado alguno que les pueda interesar. Se va uno a descansar preocupado por una idea, y es natural que, durante el sueño, se reproduzcan escenas relacionadas con las cosas en las cuales se ha estado pensando.

LA VID

SUEÑO 67.—AÑO DE 1868.

(M. B. Tomo IX, págs. 157-164)

PRIMERA PARTE

La misma noche que [San] Juan Don Bosco contara a sus hijos del Oratorio los dos sueños precedentes que hemos ofrecido al lector bajo los títulos de: "El monstruo" y *"La muerte, el juicio* y *el paraíso", el siervo de Dios prosiguió expresándose en estos términos:*

Soñé, pues, por cuarta vez, lo que les voy a narrar.
****
La noche del jueves santo (9 de abril), apenas un leve sopor comenzó a invadirme, me pareció encontrarme bajo estos mismos pórticos, rodeado de nuestros sacerdotes, clérigos, asistentes y jóvenes. Después creí observar cómo vosotros desaparecían mientras que yo avanzaba un poco hacia el patio.

Me acompañaban [Beato] Miguel Don Rúa, Don Cagliero, Don Francesia, Don Savio, el jovencito Preti y un poco apartados José Buzzetti y Don Esteban Rumi, profesor del Seminario de Genova y gran amigo nuestro.

De pronto vi que el Oratorio actual cambió de aspecto asemejándose a nuestra casa tal como era en los primeros tiempos, cuando en ella vivían sólo mis acompañantes.

Tengan presente que el patio confinaba con amplios campos sin cultivar, completamente deshabitados que se extendían hasta los prados de la ciudadela, en los que los primeros jóvenes, jugaban frecuentemente.

Yo estaba debajo de las ventanas de mi habitación, en el mismo lugar ocupado hoy por el taller de carpintería y que entonces era un huerto.

Mientras estábamos sentados hablando de nuestras cosas y de la conducta de los jóvenes, he aquí que delante de esta pilastra (donde estaba

apoyada la cátedra o tribuna desde la que hablaba el [Santo]) que sostiene la bomba y junto a la cual estaba la puerta de la Casa Pinardi, vimos brotar de la tierra una hermosísima vid, la misma que durante mucho tiempo estuvo en ese lugar. Nosotros estábamos maravillados de la aparición de la vid después de tantos años y nos preguntábamos recíprocamente qué clase de fenómeno sería aquel.

Aquella planta crecía ante nuestros ojos elevándose de la tierra casi a la altura de un hombre. Cuando he aquí que comienza a extender sus sarmientos en número extraordinario por una parte y por otra y a cubrirse de pámpanos por doquier. En poco tiempo creció tanto que llegó a ocupar todo nuestro patio y mucho más. Lo más admirable era que sus sarmientos no apuntaban hacia arriba sino que seguían una dirección paralela a la del suelo formando un inmenso emparrado, quedando suspendida sin que hubiera nada que la sostuviera. Sus hojas eran verdes y hermosas y sus sarmientos de un vigor y lozanía verdaderamente sorprendentes; pronto aparecieron también hermosos racimos, que crecieron rápidamente ofreciendo la uva su bello color.

[San] Juan Don Bosco y los que con él estaban, contemplaban maravillados todo aquello y se decían:

—¿Cómo ha podido crecer esta vid en tan poco tiempo? ¿Cuál será la causa de este fenómeno?

Y el mismo [San] Juan Don Bosco dijo a los demás:

—Esperemos a ver lo que sucede.

Yo seguía mirando con los ojos desmesuradamente abiertos y sin pestañear, cuando de pronto todos los granos de uva cayeron al suelo convirtiéndose en otros tantos jóvenes vivarachos y alegres que llenaron en un momento todo el patio del Oratorio y todo el espacio cubierto por la vid: aquellos muchachos saltaban, jugaban, gritaban, corrían por debajo de aquel singular emparrado, de forma que producía honda satisfacción el contemplarlos tan contentos. Allí estaban todos los jóvenes que estuvieron, están y estarán en el Oratorio, y en los demás colegios, pues a muchísimos de ellos ni los conocía.

Entonces, un personaje, que al principio no conocí —y vosotros sabéis que [San] Juan Don Bosco tiene siempre en sus sueños un guía—, apareció a

mi lado contemplando él también a los muchachos. Pero de pronto un velo misterioso se extendió ante nosotros y dejamos de ver aquel agradable espectáculo.

Aquel velo, no mucho más alto que la viña, parecía adherido a los sarmientos de la vid en toda su longitud y bajaba al suelo a guisa de telón. Sólo se veía la parte superior de la vid, que parecía un amplio tapete verde.

Toda la alegría de los jóvenes había desaparecido en un momento trocándose en un melancólico silencio.

—¡Mira!—, me dijo el guía señalándome la vid.

Me acerqué y vi aquélla hermosa vid que parecía cargada de uva cubierta nada más qué de hojas, sobre las cuales aparecían grabadas éstas palabras del Evangelio: *Nihil invenit in ea!*

Yo no sabía explicarme el significado de aquello y dije a aquel personaje:

—¿Quién eres tú? ¿Qué significa esta vid?

El tal quitó el velo que había delante de la vid y debajo apareció solamente un cierto número de los muchísimos jóvenes que había visto antes, en gran parte desconocidos para mí.

—Estos son —añadió— los que teniendo mucha facilidad para hacer el bien no se proponen como fin el agradar al Señor, Son aquellos que hacen el bien para no desmerecer delante de sus compañeros. Los que observan con exactitud el reglamento de la casa, para librarse de las reprimendas y para no perder la estima de los superiores con los cuales se muestran deferentes, pero sin sacar fruto alguno de sus exhortaciones y de los estímulos y cuidados de que serán objeto en esta casa. Su ideal es procurarse una posición honrosa y lucrativa en el mundo. No se preocupan de estudiar la propia vocación, desoyen la voz del Señor si les llama y al mismo tiempo disimulan sus intenciones temiendo algún daño. Son, en suma, los que hacen las cosas como a la fuerza, por eso sus obras de nada les sirven para la eternidad.

Esto dijo.

¡Oh, cuánto me disgustó ver en el número de aquellos a algunos a los cuales yo los creía muy buenos, amantes de nuestras cosas y sinceros!

Y el amigo añadió:

—El mal no está todo aquí— y dejó caer el velo dejando al descubierto la parte superior de toda la vid.

—Ahora, mira de nuevo— me dijo.

Miré aquellos sarmientos; entre las hojas había muchos racimos de uva que a primera vista me parecieron presagiar una buena vendimia. Y esto comenzaba a producirme honda satisfacción, pero al acercarme pude convencerme de que los racimos eran defectuosos y raquíticos; unos estaban cubiertos de una especie de moho, llenos de gusanos y de insectos que los devoraban; otros, habían sido picados por los pájaros y por las avispas; otros, estaban podridos y marchitos. Fijándome mucho me convencí de que nada de bueno se podía sacar de aquellos racimos; que lo único que hacían era impregnar el aire con el hedor fétido que de ellos emanaba.

Entonces el personaje levantó de nuevo el velo y:

—¡Mira!—, exclamó. Y debajo de él apareció, no el número extraordinario de jóvenes que había visto al principio del sueño, sino muchísimos de ellos. Sus rostros, antes tan agradables, se habían tornado feos, torvos, llenos de asquerosas llagas. Paseaban encorvados, encogidos y melancólicos. Ninguno de ellos hablaba. Había allí algunos de los que estuvieron en esta casa y en los colegios, otros que actualmente están aquí presentes y muchísimos a los cuales yo no conocía. Todos estaban avergonzados sin atreverse a levantar la mirada.

Yo, los sacerdotes y algunos de los que me rodeaban estábamos atónitos, sin poder pronunciar palabra. Por fin pregunté a mi guía:

—¿Cómo es esto? ¿Por qué estos jóvenes que al principio estaban tan contentos y tenían un aspecto tan agradable, se ven ahora tan tristes y con esos rostros tan desagradables?

El guía contestó:

—¡Estas son las consecuencias del pecado!

Los muchachos pasaban entretanto por delante de mí y el guía me dijo:

—¡Obsérvalos detenidamente!

Hice lo que me había sido indicado y vi que todos llevaban escrito sobre la frente y en la mano el nombre de su pecado. Entre ellos reconocí a algunos que me llenaron de estupor. Siempre los había creído verdaderas flores de virtud y, en cambio, al presente veía que tenían el alma manchada con culpas gravísimas.

Mientras los jóvenes desfilaban, yo leía en sus frentes: Inmodestia, escándalo, malicia, soberbia, ocio, gula, envidia, ira, espíritu de venganza, blasfemia, irreligión, desobediencia, sacrilegio, hurto.

El guía me hizo observar:

—No todos están ahora como los ves, pero llegarán a estarlo si no cambian de conducta. Muchos de estos pecados no son graves de por sí, pero son causa y principio de caídas terribles y de eterna perdición. *Qui spernit módica, paulatim décidet.* La gula engendra la impureza; el desprecio a los superiores conduce al menosprecio de los sacerdotes y de la Iglesia; y así sucesivamente.

Desconsolado a la vista de semejante espectáculo tomé la libreta, saqué el lápiz para anotar los nombres de los jóvenes que me eran conocidos y sus pecados o al menos la pasión dominante de cada uno, para avisarles e inducirles a que se corrigiesen. Pero el guía me tomó por el brazo y me preguntó:

—¿Qué haces?

—Voy a anotar los nombres que veo escritos en las frentes de esos muchachos, para poderles avisar y que se corrijan.

—Eso no te está permitido— respondió el amigo.

—¿Por qué?

—No faltan los medios para vivir libres de estas enfermedades. Tienen el reglamento: que lo observen; tienen a los superiores: que les obedezcan; tienen los Sacramentos, que los frecuenten. Tienen la confesión: que no la profanen callando pecados. Tienen la Sagrada Comunión: que no la reciban con el alma manchada por el pecado mortal. Que vigilen sus miradas, que huyan de los malos compañeros, que se abstengan de las malas lecturas y de las conversaciones inconvenientes, etcétera, etcétera. Están en esta casa y el reglamento de la misma los puede salvar. Cuando oigan la campana, que obedezcan prontamente. Que no se valgan de subterfugios para engañar a los maestros y entregarse al ocio. Que no sacudan el yugo de los superiores, considerándolos como vigilantes importunos, como consejeros interesados, como enemigos, y que no canten victoria cuando consiguen encubrir sus faltas consiguiendo la impunidad de las mismas. Que sean respetuosos y que recen de buena gana en la iglesia y en los demás lugares destinados a la oración sin distraer a los demás ni charlar. Que en el estudio, estudien; que trabajen en el taller y que observen una compostura conveniente. Estudio, trabajo y oración: he aquí lo que los conservará buenos, etcétera.

A pesar de habérmelo prohibido, yo continué rogando insistentemente a mi guía que me dejase escribir los nombres. Y entonces él me arrebató resueltamente el cuaderno de las manos y lo arrojó al suelo diciendo:

—Ya te he dicho que no hace falta que los escribas. Tus jóvenes, con la gracia de Dios y con la voz de la conciencia, pueden saber lo que tienen que hacer y lo que han de evitar.

—Entonces —dije— ¿no puedo yo manifestarles nada de todo esto? Dime al menos lo que les debo decir; que avisos he de darles.

—Podrás decirles, lo que recuerdes y desees.

Y dejó caer el velo y nuevamente apareció ante nuestros ojos la vid, cuyos sarmientos, casi desprovistos de hojas, ofrecían una hermosa uva coloreada y madura. Me acerqué, observé atentamente los racimos y vi que en realidad eran como me habían parecido a distancia. Daba gusto el contemplarlos, causando un verdadero placer a la vista. Esparcían alrededor una fragancia exquisita.

El amigo levantó inmediatamente el velo. Bajo aquel extenso emparrado había muchos de nuestros jóvenes que estuvieron, están y estarán

con nosotros. Sus rostros eran muy bellos y todos estaban radiantes de felicidad.

—Estos —me dijo el guía— son y serán aquellos que mediante tus solícitos cuidados producen y producirán buenos frutos, los que practican la virtud y te proporcionarán muchos consuelos.

Yo me alegré al oír esto; pero al mismo tiempo me sentí un poco afligido, porque dichos jóvenes no eran tantos como yo esperaba.

Mientras los contemplaba sonó la campana para el almuerzo y aquellos muchachos se marcharon. También los clérigos se dirigieron a sus obligaciones. Miré a mi alrededor y no vi a nadie. Hasta la vid con sus sarmientos y con sus racimos había desaparecido. Busqué al guía y no lo encontré. Entonces me desperté y pude descansar algo.

SEGUNDA PARTE

El viernes, 1 de mayo, [San] Juan Don Bosco continuó el relato: Como les dije ayer noche —prosiguió diciendo— me desperté pareciéndome haber oído el sonido de la campana, pero volví a amodorrarme y descansaba tranquilamente, cuando me sentí sacudido por segunda vez y me pareció encontrarme en mi habitación, en actitud de despachar mi correspondencia. Salí al balcón y durante un rato estuve contemplando la gigantesca cúpula de la nueva iglesia y seguidamente bajé a los pórticos. Poco a poco regresaban de sus ocupaciones los sacerdotes y los clérigos que me formaron corona. Entre otros estaban presentes [Beato] Miguel Don Rúa, Don Cagliero, Don Francesia y Don Savio. Estaba hablando con ellos de cosas diversas, cuando la escena cambió por completo. Desapareció la iglesia de María Auxiliadora, desaparecieron todos los edificios actuales del Oratorio y nos encontramos delante de la antigua casa Pinardi. Y he aquí que nuevamente comienza a brotar del suelo y en el mismo lugar que la anterior, una vid que parecía salir de las raíces de la otra, elevándose a igual altura, produciendo numerosos sarmientos horizontales, los cuales se cubrieron de hojas y de racimos de uva madura. Pero no apareció la turba de los jóvenes. Los racimos eran tan grandes como los de la tierra prometida. Habría sido necesaria toda la fuerza de un hombre para levantar uno solo. Los granos eran extraordinariamente gruesos y de forma oblongada y de un color amarillo oro, dando una sensación de completa madurez. Uno solo de aquellos granos hubiera sido suficiente para llenar la boca. Su aspecto era tan agradable que la boca se hacía agua y parecía que estaban diciendo: ¡Cómeme!

También Don Cagliero contemplaba maravillado con [San] Juan Don Bosco y sus compañeros aquel espectáculo. [San] Juan Don Bosco exclamó:
—¡Qué uva tan estupenda!

Y Don Cagliero, sin más cumplidos, se acercó a la viña, cogió algunos granos de uva y se echó uno a la boca y comenzó a masticarlo; pero al hacerlo sintió náuseas y lo arrojó fuera con fuerza. La uva tenía un gusto tan desagradable como el de un huevo podrido.

—¡Contad, —exclamó Don Cagliero después de haber escupido varias veces—, esto es un veneno capaz de causar la muerte a un cristiano.

Todos miraban y ninguno hablaba, cuando salió por la puerta de la antigua capilla un hombre de aspecto serio y resuelto, que se acercó a nosotros y se paró junto a [San] Juan Don Bosco. [San] Juan Don Bosco le preguntó:

—¿Cómo es que una uva tan hermosa tiene un gusto tan malo?

Aquel hombre no contestó, sino que sin decir palabra fue a coger un haz de varas, eligiendo una nudosa y presentándosela a Don Savio se la ofreció diciéndole:

—¡Toma y golpea esos sarmientos!

Don Savio se negó a hacerlo, dando un paso hacia atrás.

Entonces aquel hombre se volvió a Don Francesia, le ofreció la vara o bastón y le dijo: —¡Toma y golpea!

Y como a Don Savio le indicó el lugar que tenía que golpear. Don Francesia, encogiéndose de hombros y sacando un poco la barbilla, movió un poco la cabeza diciendo que no.

Aquel hombre se dirigió entonces a Don Cagliero y tomándolo de un brazo, le presentó el bastón diciéndole:

—¡Toma, golpea, hiere y abate!—, y al mismo tiempo le indicaba el lugar donde lo tenía que hacer.

Don Cagliero, contrariado, dio un salto hacia atrás y dando una palmada exclamó:

—¡Lo único que faltaba!

El guía le reiteró la misma invitación, repitiendo:

—¡Toma y golpea!

Pero Don Cagliero, recalcando las palabras, comenzó a decir:

—Yo, no; yo, no.

Y lleno de miedo corrió a esconderse detrás de mí.

Al ver esto aquel personaje, sin inmutarse se presentó de la misma manera a [Beato] Miguel Don Rúa y le dijo: —

Toma, golpea.

Pero [Beato] Miguel Don Rúa, al igual que Don Cagüero, corrió a ocultarse detrás de mí.

Entonces me encontré frente a aquel hombre singular que, deteniéndose delante de mí, me dijo:

—Toma y golpea tú esos sarmientos.

Yo hice un gran esfuerzo para comprobar si estaba soñando o si estaba en mi pleno conocimiento, y pareciéndome que todo cuanto sucedía era real, dije a aquel personaje:

—¿Quién eres tú que me hablas de esta manera? Dime el motivo por el que he de golpear esos sarmientos. ¿Es esto un sueño; algo irreal? ¿Qué significa todo esto? ¿En nombre de quién hablas? ¿Acaso lo haces en nombre del Señor?

—Acércate a la vid —me respondió— y lee lo que hay escrito sobre las hojas.

Hice lo que se me había ordenado. Observé con atención las hojas y leí estas palabras: *Ut quid terram óccupat.*

—¡Son palabras del Evangelio!—, exclamó mi guía.

Lo había comprendido todo, pero me atreví a objetar:

—Antes de golpear recuerda que en el Evangelio se lee también cómo el Señor, atendiendo a los ruegos del labrador, permitió que se estercolase la planta inútil y que se cavase a su alrededor, reservando el arrancarla para después de haber empleado sin resultado alguno todos los medios para hacerla fructificar.

—Bien; se podrá conceder una tregua al castigo, mas entretanto sigue observando. Y me señaló la vid. Yo miraba pero no entendía nada.

—Ven y observa —me replicó—; lee: ¿Qué es lo que hay escrito en los granos de uva?

[San] Juan Don Bosco se acercó y pudo comprobar que éstos llevaban todos escrito el nombre de uno de los alumnos y el de su culpa.

Yo leí y entre tan múltiples imputaciones recuerdo con horror las siguientes: Soberbio, Infiel a sus promesas, Incontinente, Hipócrita, Descuidado en todos sus deberes, Calumniador, Vengativo, Despiadado, Sacrílego, Despreciador de la autoridad de los superiores, Piedra de escándalo, Seguidor le falsas doctrinas. Vi los nombres de aquellos *quorum Deus vénter est;* de aquellos otros a los cuales *scientia inflat;* de los que *quaerunt quae sua sunt, non quae Jesu Christi;* de los que juzgan al reglamento y a los superiores. Vi también los nombres de ciertos desgraciados que estuvieron o que están actualmente con nosotros; y un gran número de nombres nuevos para mí, o sea, los de aquellos que con el tiempo estarán con nosotros.
—He aquí los frutos que produce esta viña —dijo el personaje con continente serio—; son frutos amargos, malos, nocivos para la eterna salvación.

Y sin más saqué el cuaderno y tomando el lápiz quise escribir los nombres de algunos, pero el guía me tomó del brazo como la vez anterior y me dijo:

—¿Qué haces?

—Déjame escribir los nombres de los que conozco, a fin de poderles avisar en privado para que se corrijan.

Fue inútil mi ruego. El guía no me lo consintió, y yo añadí:

—Si yo les digo la situación y estado en que se encuentran, reaccionarán.

Y él a mí:

—Si no creen al Evangelio, menos te creerán a ti.

Continué insistiendo que me dejase tomar nota y disponer de algunas normas para el porvenir; pero aquel hombre no me respondió ni palabra, sino que se puso delante de [Beato] Miguel Don Rúa con el haz de los bastones invitándole a que cogiera uno:

—¡Toma y golpea!

[Beato] Miguel Don Rúa, cruzando los brazos, bajó la cabeza y exclamó:

—¡Paciencia!—, después dirigió una mirada a [San] Juan Don Bosco. [San] Juan Don Bosco hizo una señal de asentimiento y [Beato] Miguel Don Rúa, tomando una vara en sus manos, se acercó a la viña y comenzó a golpear en el lugar indicado. Pero había dado los primeros golpes, cuando el guía le hizo señas de que se detuviese, gritando a todos:

—¡Retírense!

Entonces, todos nos alejamos. Nos quedamos observando y vimos que los granos de uva aumentaban de volumen, se hacían cada vez más gruesos y se tornaban repugnantes. Parecían caracoles sin la concha, pero conservaban el color amarillo y no perdían la forma de la uva.

El guía gritó nuevamente:

—¡Miren! Dejen que el Señor descargue su venganza.

Y he aquí que el cielo comienza a nublarse apareciendo una niebla tan densa que no se veía ni a poca distancia, quedando cubierta la vid por completo. Todas las cosas se tornaron oscuras. Comenzaron a brillar los relámpagos, sonaban los truenos y caían los rayos con tanta frecuencia en el patio, que nos sentimos llenos de pavor. Se doblaban los sarmientos al impulso de un viento huracanado y las hojas volaban por los aires. Finalmente una horrible tempestad comenzó a azotar la viña. Yo quise huir pero el guía me detuvo diciendo:

—¡Mira el granizo!

Miré y vi que el granizo era del grosor de un huevo; parte negro y parte rojo; por un lado era puntiagudo y por el otro achatado en forma de maza. El granizo negro caía cerca de donde yo estaba con violencia y más atrás caía el granizo rojo.

—¿Cómo es esto?, —dije—. En mi vida he visto un granizo parecido a este.

—Acércate —me dijo el desconocido— y verás. Me acerqué un poco al granizo negro, pero despedía un hedor tan nauseabundo, que poco faltó para que cayera de espaldas. El guía insistía cada vez más para que me acercara. Por lo que cogí un grano para examinarlo, pero pronto hube de arrojarlo al suelo: ¡tan pestilente era el olor que despedía!

Y dije:
—No me es posible ver nada.

Y el otro:

—Mira bien y verás.

Y yo, haciéndome una violencia aún mayor, vi escrito sobre cada uno de aquellos pedacitos negros de hielo: Inmodestia. Me dirigí entonces hacia donde estaba el granizo rojo, que a pesar de su frialdad quemaba cuanto tocaba. Tomé en mis manos uno que hedía como el otro y pude leer un poco más fácilmente lo que sobre él estaba escrito: Soberbia. A la vista de esto me dije lleno de vergüenza:

—¿Son, pues, estos los dos vicios principales que amenazan a ésta

casa?

—Estos son los dos vicios capitales que arruinan mayor número de almas, no sólo en tu casa, sino en todo el mundo. A su tiempo verás cuántos irán a parar al infierno impulsados por estos dos vicios.

—¿Qué he de decir, pues, a mis hijos para que los aborrezcan?

—Lo que has de decirles lo sabrás en breve.

Y al decir esto se alejó de mí.

Entretanto, el granizo, al resplandor de los relámpagos y de los rayos, continuaba asolando furiosamente la viña. Los racimos quedaban aplastados, deshechos como si hubieran estado en el lagar bajo los pies de los pisadores, y soltaban todo el jugo. Un hedor horrible se esparció por el aire haciéndole irrespirable. De cada grano salía un olor diferente, pero uno era más soportable que el otro, según la diversidad de los pecados. No pudiendo resistir más me llevé el pañuelo a la nariz. Seguidamente me volví para dirigirme a mi habitación, pero no vi a ninguno de mis compañeros, ni a Don Francesia, ni a [Beato] Miguel Don Rúa, ni a Don Cagliero. Habían huido dejándome solo. Todo había quedado desierto y silencioso. Yo también me sentí presa entonces de tal espanto, que me di a la fuga y al intentarlo me desperté.
****

«Como ven este sueño es en extremo desagradable, pero lo que sucedió la tarde y *la noche posteriores a la aparición del sapo, lo diremos pasado mañana domingo, tres de* mayo, *y les aseguro que se trata de algo aun más desagradable. Ahora no pueden conocer las consecuencias, pero como no hay tiempo para hablar de ellas, para no quitarnos más tiempo de descanso les dejo que vayan a dormir, reservándome el comunicárselos en otra ocasión».*

Hay que tener presente —continúa Don Lemoyne— que las faltas graves reveladas a [San] Juan Don Bosco no se refieren todas a aquellos tiempos, sino que se relacionan escalonadamente a una serie de años futuros. En efecto, el [Saanto] vio no solamente a los alumnos que habían estado y que estaban en la actualidad en el Oratorio, sino también a una infinidad de ellos cuyas fisonomías le eran completamente desconocidas y *que pertenecían a sus Institutos diseminados por todo el mundo. La parábola de la viña estéril que se lee en él libro de Isaías abarca muchos siglos de historia.*

Además, no conviene y no sería justo echar en olvido lo que dijo el guía a [San] Juan Don Bosco: «No todos estos jóvenes están ahora en el estado en que los ves, pero un día lo estarán si no cambian de conducta». Por la senda del mal se llega al precipicio.

Notemos, además, cómo ante la viña aparece un personaje del que el [Santo] asegura que le era desconocido, pero que después se convierte en su guía e intérprete. En el relato de este sueño como en el de otros muchos, el [Santo] solía darle a veces el nombre de desconocido para ocultar, tal vez, la parte más grandiosa de cuanto había contemplado, indicio claro de la intervención sobrenatural en estos sueños.

Como le preguntásemos en distintas ocasiones, basados en la confianza íntima con que nos distinguía, sobre la naturaleza de este desconocido, aunque sus respuestas no fuesen explícitas, pudimos deducir de ciertos indicios que el guía no era siempre el mismo, siendo unas veces un Ángel del Señor, o algún alumno difunto, bien San Francisco de Sales, bien San José u *otro santo...*

En algunas ocasiones dijo de una manera concreta que había sido acompañado por Luis Comollo, por [Santo] Domingo Savio o por Luis Colle.

EL INFIERNO

SUEÑO 68.—AÑO DE 1860.

(M. B. Tomo IX, págs. 166-181)

En la noche del domingo tres de mayo, festividad del Patrocinio de San José, [San] Juan Don Bosco prosiguió el relato de cuanto había visto en los sueños:

—Debo contarles otra cosa —comenzó diciendo— que puede considerarse como consecuencia o continuación de cuanto les referí en las noches del jueves y del viernes, que me dejaron tan quebrantado que apenas si me podía tener en pie. Vosotros los pueden llamar sueños o como quieran; en suma, le pueden dar el nombre que les parezca.

Les hablé de un sapo espantoso que en la noche del 17 de abril

amenazaba tragarme y cómo al desaparecer, una voz me dijo:

—¿Por qué no hablas?

—Yo me volví hacia el lugar de donde había partido la voz y vi junto mi lecho a un personaje distinguido.

Como hubiese entendido el motivo de aquel reproche, le pregunté:

—¿Qué debo decir a nuestros jóvenes?

—Lo que has visto y cuanto se te ha indicado en los últimos sueños y lo que deseas conocer, que te será revelado ¡a noche próxima.

Y se retiró.

Yo, pues, al día siguiente pensaba continuamente en la mala noche que tendría que pasar y al llegar la hora no me determinaba a irme a acostar. Y así estuve en mi mesa de trabajo entretenido en algunas lecturas hasta la medianoche. Me llenaba de terror la idea de tener que contemplar nuevos espectáculos espantosos. Al fin, haciéndome violencia, me acosté.

Para no dormirme tan pronto, y por temor a que la imaginación me enfrascara en los sueños acostumbrados, dispuse la almohada de tal forma que estaba en el lecho casi sentado. Pero pronto, cansado como estaba, me dormí sin darme cuenta.
****

Y he aquí que de pronto veo en la habitación, cerca de la cama, al hombre de la noche precedente, el cual me dijo:

—¡Levántate y vente conmigo!

Yo le contesté:

—Se lo pido por caridad. Déjeme tranquilo, estoy cansado. ¡Mire! Hace varios días que sufro de dolor de muelas. Déjeme descansar. He tenido unos sueños, espantosos y estoy verdaderamente agotado.

Y decía estas cosas porque la aparición de este hombre es siempre indicio de grandes agitaciones, de cansancio y de terror.

El tal me respondió:

—¡Levántate, que no hay tiempo que perder! Entonces me levanté y lo seguí. Mientras caminábamos le pregunté:

—¿Adonde quiere llevarme ahora? —Ven y lo verás.

Y me condujo a un lugar en el cual se extendía una amplia llanura. Dirigí la mirada a mi alrededor, pero aquella región era tan grande que no se distinguían los confines de la misma. Era un vasto desierto. No se veía ni un alma viviente, ni una planta, ni un riachuelo; un poco de vegetación seca y amarillenta daba a aquella desolación un aspecto de tristeza. No sabía ni dónde me encontraba, ni qué era lo que iba a hacer. Durante unos instantes no vi a mi guía. Me pareció haberme perdido. No estaban conmigo ni [Beato] Miguel Don Rúa ni Don Francesia ni ningún otro. Cuando he aquí que diviso a mi amigo que me sale al encuentro. Respiré y dije:

—¿Dónde estoy?

—Ven conmigo y lo sabrás.

—Bien; iré contigo.

El iba delante y yo le seguía sin chistar. Después de un largo y triste viaje, Don Bosco, al pensar que tenía que atravesar una tan dilatada llanura pensaba para sí:

—¡Ay mis pobres muelas! Pobre de mí, con las piernas tan hinchadas...

Pero, de pronto, se abrió ante mí un camino.

Entonces interrumpí el silencio preguntando a mi guía:

—¿Adonde vamos a ir ahora?

—Por aquí— me dijo.

Y penetramos por aquel camino. Era una senda hermosa, ancha, espaciosa y bien pavimentada. De un lado y de otro la flanqueaban dos

magníficos setos verdes cubiertos de hermosas flores. En especial despuntaban las rosas entre las hojas por todas partes. Aquel sendero, a primera vista, parecía llano y cómodo, y yo me eché a andar por él sin sospechar nada. Pero después de caminar un trecho me di cuenta de que insensiblemente se iba haciendo cuesta abajo y aunque la marcha no parecía precipitada, yo corría con tanta facilidad que me parecía ir por el aire. Incluso noté que avanzaba casi sin mover los pies. Nuestra marcha era, pues, veloz. Pensando entonces que el volver atrás por un camino semejante hubiera sido cosa fatigosa y cansada, dije a mi amigo:

—¿Cómo haremos para regresar al Oratorio?

—No te preocupes —me dijo—, el Señor es omnipotente y querrá que vuelvas a él. El que te conduce y te enseña a proseguir adelante, sabrá también llevarte hacia atrás.

El camino descendía cada vez más. Proseguíamos la marcha entre las flores y las rosas cuando vi que me seguían por el mismo sendero todos los jóvenes del Oratorio y otros numerosísimos compañeros a los cuales ya jamás había visto. Pronto me encontré en medio de ellos.

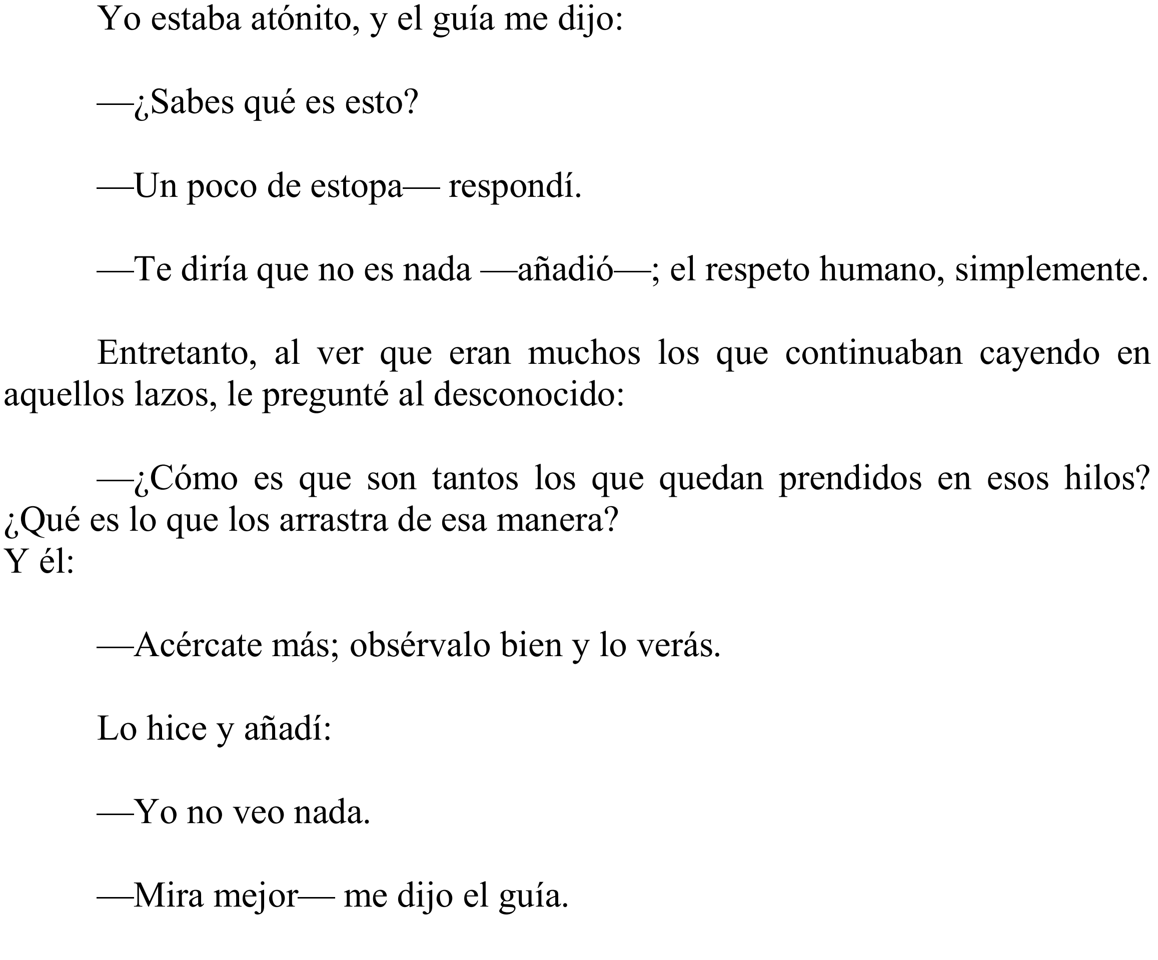
Mientras los observaba veo que de repente, ora uno otra otro, comienzan a caer al suelo, siendo arrastrados por una fuerza invisible que los llevaba hacia una horrible pendiente que se veía aún en lontananza y que conducía a aquellos infelices de *cabeza* a un horno.

—¿Qué es lo que hace caer a estos jóvenes?— pregunté al guía.

—Acércate un poco— me respondió.

Me acerqué y pude comprobar que los jóvenes pasaban entre muchos lazos, algunos de los cuales estaban al ras del suelo y otros a la altura de la cabeza; estos lazos no se veían. Por tanto, muchos de los muchachos al andar quedaban presos por aquellos lazos, sin darse cuenta del peligro, y en el momento de caer en ellos daban un salto y después rodaban al suelo con las piernas en alto y cuando se levantaban corrían precipitadamente hacia el abismo. Algunos quedaban presos, prendidos por la cabeza, por una pierna, por el cuello, por las manos, por un brazo, por la cintura, e inmediatamente eran lanzados hacia la pendiente.

Los lazos colocados en el suelo parecían de estopa, apenas visibles, semejantes a los hilos de la araña y, al parecer, inofensivos. Y con todo, pude observar que los jóvenes por ellos prendidos caían a tierra.



Yo estaba atónito, y el guía me dijo:

—¿Sabes qué es esto?

—Un poco de estopa— respondí.

—Te diría que no es nada —añadió—; el respeto humano, simplemente.

Entretanto, al ver que eran muchos los que continuaban cayendo en aquellos lazos, le pregunté al desconocido:

—¿Cómo es que son tantos los que quedan prendidos en esos hilos? ¿Qué es lo que los arrastra de esa manera?
Y él:

—Acércate más; obsérvalo bien y lo verás.

Lo hice y añadí:

—Yo no veo nada.

—Mira mejor— me dijo el guía.

Tomé, en efecto, uno de aquellos lazos en la mano y pude comprobar que no daba con el otro extremo; por el contrario, me di cuenta de que yo también era arrastrado por él. Entonces seguí la dirección del hilo y llegué a la boca de una espantosa caverna. Y me detuve porque no quería penetrar en aquella vorágine y tiré hacia mí de aquel hilo y noté que cedía, pero había que hacer mucha fuerza. Y he aquí que después de haber tirado mucho, salió fuera, poco a poco, un horrible monstruo que infundía espanto, el cual mantenía fuertemente cogido con sus garras la extremidad de una cuerda a la que estaban ligados todos aquellos hilos. Era este monstruo quien apenas caía uno en aquellas redes lo arrastraba inmediatamente hacia sí.

Entonces me dije:

—Es inútil intentar hacer frente a la fuerza de este animal, pues no lograré vencerlo; será mejor combatirlo con la señal de la santa cruz y con jaculatorias.

Me volví, por tanto, junto a mi guía, el cual me dijo:

—¿Sabes ya quién es?

—¡Oh, sí que lo sé!, —le respondí—. Es el demonio quien tiende estos lazos para hacer caer a mis jóvenes en el infierno.

Examiné con atención los lazos y vi que cada uno llevaba escrito su propio título: el lazo de la soberbia, de la desobediencia, de la envidia, del sexto mandamiento, del hurto, de la gula, de la pereza, de la ira, etc. Hecho esto me eché un poco hacia atrás para ver cual de aquellos lazos era el que causaba mayor número de víctimas entre los jóvenes, y pude comprobar que era el de la deshonestidad, la desobediencia y la soberbia. A este último iban atados otros dos. Después de esto vi otros lazos que causaban grandes estragos, pero no tanto como los dos primeros. Desde mi puesto de observación vi a muchos jóvenes que corrían a mayor velocidad que los demás. Y pregunté:

—¿Por qué esta diferencia?

—Porque son arrastrados por los lazos del respeto humano— me fue respondido.

Mirando aún con mayor atención vi que entre aquellos lazos había esparcidos muchos cuchillos, que manejados por una mano providencial cortaban o rompían los hilos. El cuchillo más grande procedía contra el lazo de la soberbia y simbolizaba la meditación. Otro cuchillo, también muy grande, pero no tanto como el primero, significaba la lectura espiritual bien hecha. Había también dos espadas. Una de ellas representaba la devoción al Santísimo Sacramento, especialmente mediante la comunión frecuente; otra, la devoción a la Virgen. Había, además, un martillo: la confesión; y otros cuchillos símbolos de las varias devociones a San José, a San Luis, etc., etc.

Con estas armas no pocos rompían los lazos al quedar prendidos en ellos, o se defendían para no ser víctimas de los mismos.

En efecto, vi a dos jóvenes que pasaban entre aquellos lazos de forma que jamás quedaban presos en ellos; bien lo hacían antes de que el lazo estuviese tendido, y si lo hacían cuando éste estaba ya preparado, sabían sortearlo de forma que les caía sobre los hombros, o sobre las espaldas, o en otro lado diferente sin lograr capturarlos.

Cuando el guía se dio cuenta de que lo había observado todo, me hizo continuar el camino flanqueado de rosas; pero a medida que avanzaba, las rosas de los linderos eran cada vez más raras, empezando a aparecer punzantes espinas. Finalmente, por mucho que me fijé no descubrí ni una rosa y, en el último tramo, el seto se había tornado completamente espinoso, quemado por el sol y desprovisto de hojas; después, de los matorrales ralos y secos, partían ramajes que al tenderse por el suelo lo cubrían, sembrándolo de espinas de tal forma que difícilmente se podía caminar.

Habíamos llegado a una hondonada cuyos acantilados ocultaban todas las regiones circundantes; y el camino, que descendía cada vez de una manera más pronunciada, se hacía tan horrible, tan poco firme y tan lleno de baches, de salientes, de guijarros y de piedras rodadas, que dificultaba cada vez más la marcha.

Había perdido ya de vista a todos mis jóvenes; muchísimos de ellos habían logrado salir de aquella senda insidiosa, dirigiéndose por otros atajos.

Yo continué adelante. Cuanto más avanzaba más áspera era la bajada y más pronunciada, de forma que algunas veces me resbalaba, cayendo al suelo, donde permanecía sentado un rato para tomar un poco de aliento. De cuando en cuando el guía acudía en mi auxilio y me ayudaba a levantarme. A cada paso se me encogían los tendones y me parecía que se me iban a descoyuntar los huesos de las piernas.

Entonces dije anhelante a mí guía:

—Querido, las piernas se niegan a sostenerme. Me encuentro tan falto de fuerzas que no será posible continuar el viaje.

El guía no me contestó, sino que, animándome, prosiguió su camino, hasta que al verme cubierto de sudor y víctima de un cansancio mortal, me llevó a un pequeño promontorio que se alzaba en el mismo camino.

Me senté, lancé un hondo suspiro y me pareció haber descansado suficientemente. Entretanto observaba el camino que había recorrido ya; parecía cortado a pico, cubierto de guijarros y de piedras puntiagudas.

Consideraba también el camino que me quedaba por recorrer, cerrando los ojos de espanto, exclamando:

—Volvamos atrás, por caridad. Si seguimos adelante, ¿cómo haremos para llegar al Oratorio? ¡Es imposible que yo pueda emprender después esta subida!

Y el guía me contestó resueltamente:

—Ahora que hemos llegado aquí, ¿quieres quedarte solo?

Ante esta amenaza repliqué en tono suplicante: —¿Sin ti cómo podría volver atrás o continuar el viaje? —Pues bien, sígueme— añadió el guía.

Me levanté y continuamos bajando. El camino era cada vez más horriblemente pedregoso, de forma que apenas si podía permanecer de pie.

Y he aquí que al fondo de este precipicio, que terminaba en un oscuro valle, aparece un edificio inmenso que mostraba ante nuestro camino una puerta altísima y cerrada. Llegamos al fondo del precipicio. Un calor sofocante me oprimía y una espesa humareda, de color verdoso, se elevaba sobre aquellos murallones recubiertos de sanguinolentas llamas de fuego. Levanté mis ojos a aquellas murallas y pude comprobar que eran altas como una montaña y más aún.

[San] Juan Don Bosco preguntó al guía: .—¿Dónde nos encontramos? ¿Qué es esto? —Lee lo que hay escrito sobre aquella puerta —me respondió—, y la inscripción te hará comprender dónde estamos. Miré y sobre la puerta se leía: *Ubi non est redemptio.* Me di cuenta de que estábamos a las puertas del infierno. El guía me acompañó a dar una vuelta alrededor de los muros de aquella horrible ciudad. De cuando en cuando, a una regular distancia, se veía una puerta de bronce, como la primera, al pie de una peligrosa bajada, y cada una de ellas tenía encima una inscripción diferente.

Discédite, maledicti, in ignem aeternum qui paratus est diabolo et ángelis eius... Omnis arbor quae non facit fructum bonum excidetur et in

ignem mittetur.

Yo saqué la libreta para anotar aquellas inscripciones, pero el guía me dijo:

—¡Detente! ¿Qué haces? —Voy a tomar nota de esas inscripciones. —No hace falta: las tienes todas en la Sagrada Escritura; incluso tú has hecho grabar algunas bajo los pórticos.

Ante semejante espectáculo habría preferido volver atrás y encaminarme al Oratorio, pero el guía no se volvió, a pesar de que yo había dado ya algunos pasos en sentido contrario al que habíamos llevado hasta entonces.

Recorrimos un inmenso y profundísimo barranco y nos encontramos nuevamente al pie del camino pendiente que habíamos recorrido y delante de la puerta que vimos en primer lugar. De pronto el guía se volvió hacia atrás con el rostro demudado y sombrío, me indicó con la mano que me retirara, diciéndome al mismo tiempo:

—¡Mira!

Tembloroso, miré hacia arriba y, a cierta distancia, vi que por aquel camino en declive bajaba uno a toda velocidad. Conforme se iba acercando intenté identificarlo y finalmente pude reconocer en él a uno de mis jóvenes. Llevaba los cabellos desgreñados, en parte erizados sobre la cabeza y en parte echados hacia atrás por efecto del viento y los brazos tendidos hacia adelante, en actitud como de quien nada para salvarse del naufragio. Quería detenerse y no podía. Tropezaba continuamente con los guijarros salientes del camino y aquellas piedras servían para darle un mayor impulso en la carrera.

—Corramos, detengámoslo, ayudémosle— gritaba yo tendiendo las manos hacia él.

Y el guía:

—No; déjalo.

—¿Y por qué no puedo detenerlo?

—¿No sabes lo tremenda que es la venganza de Dios? ¿Crees que podrías detener a uno que huye de la ira encendida del Señor?

Entretanto aquel joven, volviendo la cabeza hacia atrás y mirando con los ojos encendidos si la ira de Dios le seguía siempre, corría precipitadamente hacia el fondo del camino, como si no hubiese encontrado en su huida otra solución que ir a dar contra aquella puerta de bronce.

—¿Y por qué mira hacia atrás con esa cara de espanto?, — pregunte yo—.

—Porque la ira de Dios traspasa todas las puertas del infierno e irá a atormentarle aún en medio del fuego.

En efecto, como consecuencia de aquel choque, entre un ruido de cadenas, la puerta se abrió de par en par. Y tras ella se abrieron al mismo tiempo, haciendo un horrible fragor, dos, diez, cien, mil, otras puertas impulsadas por el choque del joven, que era arrastrado por un torbellino invisible, irresistible, velocísimo.

Todas aquellas puertas de bronce, que estaban una delante de otra, aunque a gran distancia, permanecieron abiertas por un instante y yo vi, allá a lo lejos, muy lejos, como la boca de un horno, y mientras el joven se precipitaba en aquella vorágine pude observar que de ella se elevaban numerosos globos de fuego. Y las puertas volvieron a cerrarse con la misma rapidez con que se habían abierto. Entonces yo tomé la libreta para apuntar el nombre y el apellido de aquel infeliz, pero el guía me tomó del brazo y me dijo: —Detente —me ordenó—y observa de nuevo. Lo hice y pude ver un nuevo espectáculo. Vi bajar precipitadamente por la misma senda a tres jóvenes de nuestras casas que en forma de tres peñascos rodaban rapidísimamente uno detrás del otro. Iban con los brazos abiertos y gritaban de espanto. Llegaron al fondo y fueron a chocar con la primera puerta. [San] Juan Don Bosco al instante conoció a los tres. Y la puerta se abrió y después de ella las otras mil; los jóvenes fueron empujados a aquella larguísima galería, se oyó un prolongado ruido infernal que se alejaba cada vez más, y aquellos infelices desaparecieron y las puertas se cerraron. Muchos otros cayeron después de éstos de cuando en cuando... Vi precipitarse en el infierno a un pobrecillo impulsado por los empujones de un pérfido compañero. Otros caían solos, otros acompañados; otros cogidos del brazo, otros separados, pero próximos. Todos llevaban escrito en la frente el propio pecado. Yo los llamaba

afanosamente mientras caían en aquel lugar. Pero ellos no me oían, retumbaban las puertas infernales al abrirse y al cerrarse se hacía un silencio de muerte.

—He aquí las causas principales de tantas ruinas eternas —exclamó mi guía—: los compañeros, las malas lecturas y las perversas costumbres.

Los lazos que habíamos visto al principio eran los que arrastraban a los jóvenes al precipicio. Al ver caer a tantos de ellos, dije con acento de desesperación:

—Entonces es inútil que trabajemos en nuestros colegios, si son tantos los jóvenes que tienen este fin. ¿No habrá manera de remediar la ruina de estas almas?

Y el guía me contestó:

—Este es el estado actual en que se encuentran y si mueren en él vendrán a parar aquí sin remedio.

—¡Oh, déjame anotar los nombres para que yo les pueda avisar y ponerlos en la senda que conduce al Paraíso!

—¿Y crees tú que algunos se corregirían si les avisaras? Al principio el aviso les impresionará; después no harán caso, diciendo: se trata de un sueño. Y se tornarán peores que antes. Otros, al verse descubiertos, frecuentarán los Sacramentos, pero no de una manera espontánea y meritoria, porque no proceden rectamente. Otros se confesarán por un temor pasajero a caer en el infierno, pero seguirán con el corazón apegado al pecado.

—¿Entonces para estos desgraciados no hay remisión? Dame algún aviso para que puedan salvarse.

—Helo aquí: tienen los superiores, que los obedezcan; tienen el reglamento, que lo observen; tienen los Sacramentos, que los frecuenten.

Entretanto, como se precipitase al abismo un nuevo grupo de jóvenes, las puertas permanecieron abiertas durante un instante y:

—Entra tú también— me dijo el guía.

Yo me eché atrás horrorizado. Estaba impaciente por regresar al Oratorio para avisar a los jóvenes y detenerles en aquel camino; para que no siguieran rodando hacia la perdición. Pero el guía me volvió a insistir:

—Ven, que aprenderás más de una cosa. Pero antes dime: ¿Quieres proseguir solo o acompañado?

Esto me lo dijo para que yo reconociese la insuficiencia de mis fuerzas y al mismo tiempo la necesidad de su benévola asistencia; a lo que contesté:

—¿Me he de quedar solo en ese lugar de horror? ¿Sin el consuelo de tu bondad? ¿Y quién me enseñará el camino del retorno?

Y de pronto me sentí lleno de valor pensando para mí:

—Antes de ir al infierno es necesario pasar por el juicio y yo no me he presentado todavía ante el Juez Supremo. Después exclamé resueltamente: —¡Entremos, pues!

Y penetramos en aquel estrecho y horrible corredor. Corríamos con la velocidad del rayo. Sobre cada una de las puertas del interior lucía con luz velada una inscripción amenazadora. Cuando terminamos de recorrerlo desembocamos en un amplio y tétrico patio, al fondo del cual se veía una rústica portezuela, cuyas hojas eran de un grosor como jamás había visto y encima de la cual se leía esta inscripción: *Ibunt impii in ignem aeternum.* Los muros en todo su perímetro estaban recubiertos de inscripciones. Yo pedí a mi guía permiso para leerlas y éste me contestó:

---Haz como te plazca.

Entonces lo examiné todo. En cierto sitio vi escrito lo siguiente: *Dabo ignem in carnes eorum ut comburantur in sempiternum. Cruciabuntur die ac nocte in saecula saeculorum.* Y en otro lugar: *Hic univérsitas malorum per omnia saecula saeculorum.* En otros: *Nullus est hic ordo, sed horror sempiternus inhabitat. — Fumus tormentorum suorum in aeternum ascendit. —Non est pax impiis. —Clamor et stridor dentium.*

Mientras yo daba la vuelta alrededor de los muros leyendo estas inscripciones, el guía, que se había quedado en el centro del patio, se acercó a

mí y me dijo:

—Desde ahora en adelante nadie podrá tener un compañero que le ayude, un amigo que le consuele, un corazón que le ame, una mirada compasiva, una palabra benévola: hemos pasado la línea. ¿Tú quieres ver o probar?

—Quiero ver solamente— respondí.

—Ven, pues, conmigo— añadió el amigo, y tomándome de la mano me condujo ante aquella puertecilla y la abrió. Esta ponía en comunicación con un corredor en cuyo fondo había una gran cueva cerrada por una larga ventana con un solo cristal que llegaba desde el suelo hasta la bóveda y a través del cual se podía mirar dentro. Atravesé el dintel y avanzando un paso me detuve presa de un terror indescriptible.

Vi ante mis ojos una especie de caverna inmensa que se perdía en las profundidades cavadas en las entrañas de los montes, todas llenas de fuego, pero no como el que vemos en la tierra con sus llamas movibles, sino de una forma tal que todo lo dejaba incandescente y blanco a causa de la elevada temperatura. Muros, bóvedas, pavimento, herraje, piedras, madera, carbón; todo estaba blanco y brillante. Aquel fuego sobrepasaba en calores millares y millares de veces al fuego de la tierra sin consumir ni reducir a cenizas nada de cuanto tocaba. Me sería imposible describir esta caverna en toda su espantosa realidad.

Mientras miraba atónito aquel lugar de tormento veo llegar con indecible ímpetu un joven que casi no se daba cuenta de nada, lanzando un grito agudísimo, como quien estaba para caer en un lago de bronce hecho líquido, y que precipitándose en el centro, se torna blanco como toda la caverna y queda inmóvil, mientras que por un momento resonaba en el ambiente el eco de su voz mortecina.

Lleno de horror contemplé un instante a aquel desgraciado y me pareció uno del Oratorio, uno de mis hijos.

—Pero ¿este no es uno de mis jóvenes?, —pregunté al guía—. ¿No es fulano?

—Sí, sí— me respondió.

—¿Y por qué no cambia de posición? ¿Por qué está incandescente sin consumirse?

Y él:

—Tú elegiste el ver y por eso ahora no debes hablar; observa y verás. Por lo demás *omnis enim igne salietur et omnis uictima sale salietur.*

Apenas si había vuelto la cara y he aquí otro joven con una furia desesperada y a grandísima velocidad que corre y se precipita a la misma caverna. También éste pertenecía al Oratorio. Apenas cayó no se movió más. Este también lanzó un grito de dolor y su voz se confundió con el último murmullo del grito del que había caído antes. Después llegaron con la misma precipitación otros, cuyo número fue en aumento y todos lanzaban el mismo grito y permanecían inmóviles, incandescentes, como los que les habían precedido. Yo observé que el primero se había quedado con una mano en el aire y un pie igualmente suspendido en alto. El segundo quedó como encorvado hacia la tierra. Algunos tenían los pies por alto, otros el rostro pegado al suelo.

Quiénes estaban casi suspendidos sosteniéndose de un solo pie o de una sola mano; no faltaban los que estaban sentados o tirados; unos apoyados sobre un lado, otros de pie o de rodillas, con las manos entre los cabellos. Había, en suma, una larga fila de muchachos, como estatuas en posiciones muy dolorosas. Vinieron aún otros muchos a aquel horno, parte me eran conocidos y parte desconocidos. Me recordé entonces de lo que dice la Biblia, que según se cae la primera vez en el infierno así se permanecerá para siempre: *Lignum, in quocumque loco cecíderit, ibi erit.*

Al notar que aumentaba en mí el espanto, pregunté al guía:

—¿Pero éstos, al correr con tanta velocidad, no se dan cuenta que vienen a parar aquí?

—¡Oh!, sí que saben que van al fuego; les avisaron mil veces, pero siguen corriendo voluntariamente al no detestar el pecado y al no quererlo abandonar, al despreciar y rechazar la misericordia de Dios que los llama a penitencia, y, por tanto, la justicia divina, al ser provocada por ellos, los empuja, les insta, los persigue y no se pueden parar hasta llegar a este lugar.

—¡Oh, qué terrible debe de ser la desesperación de estos desgraciados que no tienen ya esperanza de salir de aquí!—, exclamé.

—¿Quieres conocer la furia íntima y el frenesí de sus almas? Pues, acércate un poco más—, me dijo el guía.

Di algunos pasos hacia adelante y acercándome a la ventana vi que muchos de aquellos miserables se propinaban mutuamente tremendos golpes, causándose terribles heridas, que se mordían como perros rabiosos; otros se arañaban el rostro, se destrozaban las manos, se arrancaban las carnes arrojando con despecho los pedazos por el aire. Entonces toda la cobertura de aquella cueva se había trocado como de cristal a través del cual se divisaba un trozo de cielo y las figuras luminosas de los compañeros que se habían salvado para siempre.

Y aquellos condenados rechinaban los dientes de feroz envidia, respirando afanosamente, porque en vida hicieron a los justos blanco de sus burlas.

Yo pregunté al guía:

—Dime, ¿por qué no oigo ninguna voz?

—Acércate más— me gritó.

Me aproximé al cristal de la ventana y oí cómo unos gritaban y lloraban entre horribles contorsiones; otros blasfemaban e imprecaban a los santos. Era un tumulto de voces y de gritos estridentes y confusos que me indujo a preguntar a mi amigo:

—¿Qué es lo que dicen? ¿Qué es lo que gritan?

Y él:

—Al recordar la suerte de sus buenos compañeros se ven obligados a confesar: *Nos insensatam vitam illorum aestimabamus insaniam et finem illorum sine honore. Ecce quómodo computati sunt inter filios Dei et ínter sanctos sors illorum est. Ergo errávimus a vía veritatis.*

Por eso gritan: *Lassati* sumus *in via iniquitatis et perdifionis. Erravimus per vias difficiles, viam autem Domini ignoravimus. Quid nobis profuit superbia? Transierunt omnia illa tamquam umbra.*

Estos son los cánticos lúgubres que resonarán aquí por toda la eternidad. Pero gritos, esfuerzos, llantos son ya completamente inútiles. *Omnis dolor irruet super eos!* Aquí no cuenta el tiempo, aquí sólo impera la eternidad.

Mientras lleno de horror contemplaba el estado de muchos de mis jóvenes, de pronto una idea floreció en mi mente.

—¿Cómo es posible —dije— que los que se encuentran aquí estén todos condenados? Esos jóvenes, ayer por la noche estaban aún vivos en el Oratorio.

Y el guía me contestó:

—Todos ésos que ves ahí son los que han muerto a la gracia de Dios y si les sorprendiera la muerte y si continuasen obrando como al presente, se condenarían.

Pero no perdamos tiempo, prosigamos adelante.

Y me alejó de aquel lugar por un corredor que descendía a un profundo subterráneo conduciendo a otro aún más bajo, a cuya entrada se leían estas palabras: *Vermis eorum non moritur, et ignis non extinguitur... Dabit Dominus omnipotens ignem et vermes in carnes eorum, ut urantur et sentiant usque in sempiternum.* Aquí se veían los atroces remordimientos de los que fueron educados en nuestras casas.

El recuerdo de todos y cada uno de los pecados no perdonados y de la justa condenación; de haber tenido mil medios y muchos extraordinarios para convertirse al Señor, para perseverar en el bien, para ganarse el Paraíso. El recuerdo de tantas gracias y promesas concedidas y hechas a María Santísima y no correspondidas. ¡El haberse podido salvar a costa de un pequeño sacrificio y, en cambio, estar condenado para siempre! ¡Recordar tantos buenos propósitos hechos y no mantenidos! ¡Ah! De buenas intenciones completamente ineficaces está lleno el infierno, dice el proverbio.

Y allí volví a contemplar a todos los jóvenes del Oratorio que había visto poco antes en el horno, algunos de los cuales me están escuchando

ahora, otros estuvieron aquí con nosotros y a otros muchos no los conocía. Me adelanté y observé que todos estaban cubiertos de gusanos y de asquerosos insectos que les devoraban y consumían el corazón, los ojos, las manos, las piernas, los brazos y todos los miembros, dejándolos en un estado tan miserable que no encuentro palabras para describirlo. Aquellos desgraciados permanecían inmóviles, expuestos a toda suerte de molestias, sin poderse defender de ellas en modo alguno. Yo avancé un poco más, acercándome para que me viesen, con la esperanza de poderles hablar y de que me dijesen algo, pero ellos no solamente no me hablaron sino que ni siquiera me miraron. Pregunté entonces al guía la causa de esto y me fue respondido que en el otro mundo no existe libertad alguna para los condenados: cada uno soporta allí todo el peso del castigo de Dios sin variación alguna de estado y no puede ser de otra manera. Y añadió:

—Ahora es necesario que desciendas tú a esa región de fuego que acabas de contemplar.

—¡No, no!, —repliqué aterrado—. Para ir al infierno es necesario pasar antes por el juicio, y yo no he sido juzgado aún. ¡Por tanto no quiero ir al infierno!

—Dime —observó mi amigo—, ¿te parece mejor ir al infierno y libertar a tus jóvenes o permanecer fuera de él abandonándolos en medio de tantos tormentos?

Desconcertado con esta propuesta, respondí: —¡Oh, yo amo mucho a mis queridos jóvenes y deseo que todos se salven! ¿Pero, no podríamos hacer de manera que no tuviésemos que ir a ese lugar de tormento ni yo ni los demás?

—Bien —contestó mi amigo—, aún estás a tiempo, como también lo están ellos, con tal que tú hagas cuanto puedas.

Mi corazón se ensanchó al escuchar tales palabras y me dije inmediatamente: Poco importa el trabajo con tal de poder librar a mis queridos hijos de tantos tormentos.

—Ven, pues —continuó mi guía—, y observa una prueba de la bondad y de la misericordia de Dios, que pone en juego mil medios para inducir a penitencia a tus jóvenes y salvarlos de la muerte eterna.

Y tomándome de la mano me introdujo en la caverna. Apenas puse el pie en ella me encontré de improviso transportado a una sala magnífica con puertas de cristal. Sobre ésta, a regular distancia, pendían unos largos velos que cubrían otros tantos departamentos que comunicaban con la caverna.

El guía me señaló uno de aquellos velos sobre el cual se veía escrito: Sexto Mandamiento; y exclamó:

—La falta contra este Mandamiento: he aquí la causa de la ruina eterna de tantos jóvenes.

—Pero ¿no se han confesado?

—Se han confesado, pero las culpas contra la bella virtud las han confesado mal o las han callado de propósito. Por ejemplo: uno, que cometió cuatro o cinco pecados de esta clase, dijo que sólo había faltado dos o tres veces. Hay algunos que cometieron un pecado impuro en la niñez y sintieron siempre vergüenza de confesarlo, o lo confesaron mal o no lo dijeron todo. Otros no tuvieron el dolor o el propósito suficiente. Incluso algunos, en lugar de hacer el examen, estudiaron la manera de engañar al confesor. Y el que muere con tal resolución lo único que consigue es contarse en el número de los réprobos por toda la eternidad. Solamente los que, arrepentidos de corazón, mueren con la esperanza de la eterna salvación, serán eternamente felices. ¿Quieres ver ahora por qué te ha conducido hasta aquí la misericordia de Dios?

Levantó un velo y vi un grupo de jóvenes del Oratorio, todos los cuales me eran conocidos, que habían sido condenados por esta culpa. Entre ellos había algunos que ahora, en apariencia, observan buena conducta.

—Al menos ahora —le supliqué— me dejarás escribir los nombres de esos jóvenes para poder avisarles en particular.

—No hace falta— me respondió.

—Entonces, ¿qué les debo decir?

—Predica siempre y en todas partes contra la inmodestia. Basta avisarles de una manera general y no olvides que aunque lo hicieras

particularmente, te harían mil promesas, pero no siempre sinceramente. Para conseguir un propósito decidido se necesita la gracia de Dios, la cual no faltará nunca a tus jóvenes si ellos se la piden. Dios es tan bueno que manifiesta especialmente su poder en el compadecer y en perdonar. Oración y sacrificio, pues, por tu parte. Y los jóvenes que escuchen tus amonestaciones y enseñanzas, que pregunten a sus conciencias y éstas les dirán lo que deben hacer.

Y seguidamente continuó hablando por espacio de casi media hora sobre las condiciones necesarias para hacer una buena confesión.

El guía repitió después varias veces en voz alta:

—*Avertere!... Avertere!...*

—¿Qué quiere decir esos?

—¡Que cambien de vida!... ¡Que cambien de vida!...

Yo, confundido ante esta revelación, incliné la cabeza y estaba para retirarme cuando el desconocido me volvió a llamar y me dijo:
—Todavía no lo has visto todo.

Y volviéndose hacia otra parte levantó otro gran velo sobre el cual estaba escrito: *Qui volunt dívites fieri, íncidunt irt tentationem et láqueum diáboli.*

Leí esta sentencia y dije:

—Esto no interesa a mis jóvenes, porque son pobres, como yo; nosotros no somos ricos ni buscamos las riquezas. ¡Ni siquiera nos pasa por la imaginación semejante deseo!

Al correr el velo vi al fondo cierto número de jóvenes, todos conocidos, que sufrían como los primeros que contemplé, y el guía me contestó:

—Sí, también interesa esa sentencia a tus muchachos.

—Explícame entonces el significado del término divites.

Y él:

—Por ejemplo, algunos de tus jóvenes tienen el corazón apegado a un objeto material, de forma que este afecto desordenado le aparta del amor a Dios, faltando, por tanto, a la piedad y a la mansedumbre. No sólo se puede pervertir el corazón con el uso de las riquezas, sino también con el deseo inmoderado de las mismas, tanto más si este deseo va contra la virtud de la justicia. Tus jóvenes son pobres, pero has de saber que la gula y el ocio son malos consejeros. Hay algunos que en el propio pueblo se hicieron culpables de hurtos considerables y a pesar de que pueden hacerlo no se han preocupado de restituir. Hay quienes piensan en abrir con las ganzúas la despensa y quien intenta penetrar en la habitación del Prefecto o del Ecónomo; quienes registran los baúles de los compañeros para apoderarse de comestibles, dinero y otros objetos; quien hace acopio de cuadernos y de libros para su uso...

Y después de decirme el nombre de estos y de otros más, continuó: —Algunos se encuentran aquí por haberse apropiado de prendas de vestir, de ropa blanca, de mantas y manteles que pertenecían al Oratorio, para mandarlas a sus casas. Algunos, por algún otro grave daño que ocasionaron voluntariamente y no lo repararon. Otros, por no haber restituido objetos y cosas que habían pedido a título de préstamo, o por haber retenido sumas de dinero que les habían sido confiadas para que las entregasen al Superior.

Y concluyó diciendo:

—Y puesto que conoces el nombre de los tales, avísales, diles que desechen los deseos inútiles y nocivos; que sean obedientes a la ley de Dios y celosos del propio honor, de otra forma la codicia los llevará a mayores excesos, que les sumergirán en el dolor, en la muerte y en la perdición.

Yo no me explicaba cómo por ciertas cosas a las que nuestros jóvenes daban tan poca importancia hubiese aparejados castigos tan terribles. Pero el amigo interrumpió mis reflexiones diciéndome:

—Recuerda lo que se te dijo cuando contemplabas aquellos racimos de la vid echados a perder—, y levantó otro velo que ocultaba a otros muchos de nuestros jóvenes, a los cuales conocí inmediatamente por pertenecer al Oratorio.

Sobre aquel velo estaba escrito: *Radix omnium maíorum.* E inmediatamente me preguntó:

—¿Sabes qué significa esto? ¿Cuál es el pecado designado por esta sentencia?

—Me parece que debe ser la soberbia. —No, me respondió.

—Pues yo siempre he oído decir que la raíz de todos los pecados es la soberbia.

—Sí; en general se dice que es la soberbia; pero en particular, ¿sabes qué fue lo que hizo caer a Adán y a Eva en el primer pecado, por lo que fueron arrojados del Paraíso terrenal? —La desobediencia.

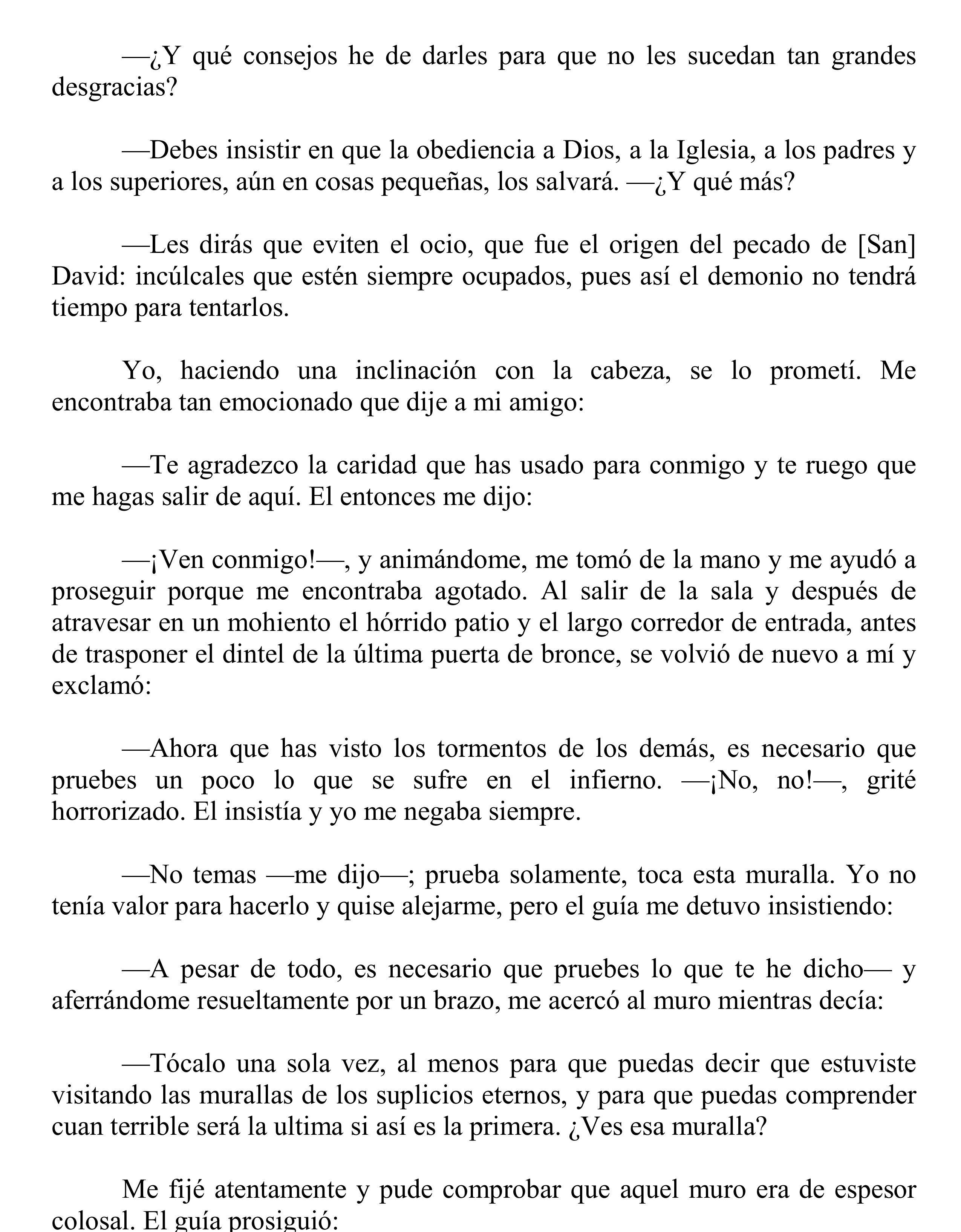
—Cierto; la desobediencia es la raíz de todos los males. —¿Qué debo decir a mis jóvenes sobre esto? —

Presta atención. Aquellos jóvenes los cuales tú ves que son desobedientes se están preparando un fin tan lastimoso como éste. Son los que tú crees que se han ido por la noche a descansar y, en cambio, a horas de la madrugada se bajan a pasear por el patio, sin preocuparse de que es una cosa prohibida por el reglamento; son los que van a lugares peligrosos, sobre los andamios de las obras en construcción, poniendo en peligro incluso la propia vida. Algunos, según lo establecido, van a la iglesia, pero no están en ella como deben, en lugar de rezar están pensando en cosas muy distintas de la oración y se entretienen en fabricar castillos en el aire; otros estorban a los demás. Hay quienes de lo único que se preocupan es de buscar un lugar cómodo para poder dormir durante el tiempo de las funciones sagradas; otros crees tú que van a la iglesia y, en cambio, no aparecen por ella. ¡Ay del que descuida la oración! ¡El que no reza se condena! Hay aquí algunos que en vez de cantar las divinas alabanzas y las Vísperas de la Virgen, se entretienen en leer libros nada piadosos, y otros, cosa verdaderamente vergonzosa, pasan el tiempo leyendo obras prohibidas. Y siguió enumerando otras faltas contra el reglamento, origen de graves desórdenes.

Cuando hubo terminado, yo le miré conmovido y él clavando sus ojos en mí, prestó atención a mis palabras.

—¿Puedo referir todas estas cosas a mis jóvenes?—, le pregunté.

—Sí, puedes decirles todo cuanto recuerdes.



—¿Y qué consejos he de darles para que no les sucedan tan grandes desgracias?

—Debes insistir en que la obediencia a Dios, a la Iglesia, a los padres y a los superiores, aún en cosas pequeñas, los salvará. —¿Y qué más?

—Les dirás que eviten el ocio, que fue el origen del pecado de [San] David: incúlcales que estén siempre ocupados, pues así el demonio no tendrá tiempo para tentarlos.

Yo, haciendo una inclinación con la cabeza, se lo prometí. Me encontraba tan emocionado que dije a mi amigo:

—Te agradezco la caridad que has usado para conmigo y te ruego que me hagas salir de aquí. El entonces me dijo:

—¡Ven conmigo!—, y animándome, me tomó de la mano y me ayudó a proseguir porque me encontraba agotado. Al salir de la sala y después de atravesar en un mohiento el hórrido patio y el largo corredor de entrada, antes de trasponer el dintel de la última puerta de bronce, se volvió de nuevo a mí y exclamó:

—Ahora que has visto los tormentos de los demás, es necesario que pruebes un poco lo que se sufre en el infierno. —¡No, no!—, grité horrorizado. El insistía y yo me negaba siempre.

—No temas —me dijo—; prueba solamente, toca esta muralla. Yo no tenía valor para hacerlo y quise alejarme, pero el guía me detuvo insistiendo:

—A pesar de todo, es necesario que pruebes lo que te he dicho— y aferrándome resueltamente por un brazo, me acercó al muro mientras decía:

—Tócalo una sola vez, al menos para que puedas decir que estuviste visitando las murallas de los suplicios eternos, y para que puedas comprender cuan terrible será la ultima si así es la primera. ¿Ves esa muralla?

Me fijé atentamente y pude comprobar que aquel muro era de espesor colosal. El guía prosiguió:

—Es el milésimo primero antes de llegar adonde está el verdadero fuego del infierno. Son mil muros los que lo rodean. Cada muro es mil medidas de espesor y de distancia el uno del otro, y cada medida es de mil millas; este está a un millón de millas del verdadero fuego del infierno y por eso apenas es un mínimo principio del infierno mismo.

Al decir esto, y como yo me echase atrás para no tocar, me tomo la mano, me la abrió con fuerza y me la acercó a la piedra de aquel milésimo muro. En aquel instante sentí una quemadura tan intensa y dolorosa que saltando hacia atrás y lanzando un grito agudísimo, me desperté.
****

Me encontré sentado en el lecho y pareciéndome que la mano me ardía, la restregaba contra la otra para aliviarme de aquella sensación. Al hacerse de día, pude comprobar que mi mano, en realidad, estaba hinchada, y la impresión imaginaria de aquel fuego me afectó tanto que cambié la piel de la palma de la mano derecha.

Tengan presente que no les he contado las cosas con toda su horrible crueldad, ni tal como las vi y de la forma que me impresionaron, para no causar en vosotros demasiado espanto. Nosotros sabemos que el Señor no nombró jamás el infierno sino valiéndose de símbolos, porque aunque nos lo hubiera descrito como es, nada hubiéramos entendido. Ningún mortal puede comprender estas cosas. El Señor las conoce y las puede manifestar a quien quiere.

Durante muchas noches consecutivas, y siempre presa de la mayor turbación, no pude dormir a causa del espanto que se había apoderado de mi ánimo. Les he contado solamente el resumen de lo que he visto en sueños de mucha duración; puede decirse que de todos ellos les he hecho un breve compendio. Más adelante les hablaré sobre el respeto humano, y de cuanto se relaciona con el sexto y *séptimo Mandamiento* y *con la soberbia. No haré otra cosa más que explicar estos sueños, pues están de acuerdo con la Sagrada Escritura, aún más, no son otra cosa que un comentario de cuanto en ella se lee respecto a esta materia. Durante estas noches les he contado ya algo, pero de cuando en cuando vendré a hablarles* y *les narraré lo que falta, dándoles la explicación consiguiente.*

Como lo prometió, así lo hizo —continúa Don Lemoyne—. Seguidamente expuso este mismo sueño a los jóvenes de Mirabello y de Lanzo, pero resumiendo la narración.

Repitió cuanto había visto sin hacer cambios notables, no faltando tampoco algunas variantes. Al narrarlo privadamente a sus sacerdotes y clérigos, añadía algunos detalles más. En muchas ocasiones omitía algunas cosas y en otras ponía de manifestó otras. En la descripción de los lazos introdujo una nueva idea sobre la argucia del demonio y de la manera de arrastrar a los jóvenes hacia el infierno, hablando de las malas costumbres. De muchas escenas no dio explicación: por ejemplo, de los personajes de agradable aspecto que se encontraban en la sala magnífica y que nosotros nos atreveríamos a decir que simbolizan: El tesoro de la misericordia de Dios, para salvar a los jóvenes que de otra manera habrían perecido. Tal vez eran los principales ministros de innumerables gracias.

Ciertas variantes provenían de la multiplicidad de ¡as cosas vistas al mismo tiempo, las cuates el reproducirse en su imaginación le hacían escoger lo que el [Santo] juzgaba más oportuno para sus oyentes.

Por lo demás, la meditación de los novísimos era cosa familiar en [San] Juan Don Bosco y como fruto de ella su corazón se encendía en una vivísima compasión hacia los pobres pecadores amenazados por el peligro de una eternidad tan horrible. Este sentimiento de caridad le hacía sobreponerse al respeto humano, invitando a la penitencia con una prudente franqueza incluso a personajes distinguidos, siendo de tal eficacia sus palabras que conseguía numerosas conversiones.

Nosotros hemos ofrecido fielmente aquí cuanto escuchamos de labios del mismo siervo de Dios y cuanto nos refirieron de viva voz o por escrito numerosos sacerdotes, formando con el conjunto una sola narración. Ha sido un trabajo arduo, porque deseábamos reproducir con exactitud matemática cada una de las palabras, cada unión de una escena con la otra, el orden de los diferentes hechos, los avisos, los reproches, todas las ideas expuestas y no explicadas, entre las cuales no faltará alguna de las que se dejan sobrentender. ¿Hemos conseguido nuestro propósito?

Podemos asegurar a los lectores que hemos buscado una sola cosa con la mayor diligencia, a saber: exponer con la mayor fidelidad posible las palabras de [San] Juan Don Bosco.

VOCACIÓN DE UNA JOVEN

SUEÑO 69.—AÑO DE 1868.

(M. B. Tomo IX, pág. 331)

Escribe Don Joaquín Berto:

«Era el año de 1868, cuando una mañana se me presentaron dos señoras desconocidas pidiendo hablar con [San] Juan Don Bosco. Entraron en su habitación y apenas las vio el [Santo], sin dejarlas hablar, dijo sonriendo a una de ellas:

—Hágase monja y esté tranquila, porque tal es la voluntad del Señor.

Poco después, al verlas salir con lágrimas en los ojos, pregunté a [San] Juan Don Bosco la razón, el cual me dijo confidencialmente:

—Mira, esas dos señoras son hermanas, una de las cuales se quería hacer religiosa oponiéndose a ello la otra. Y entonces determinaron venir a pedir consejo a [San] Juan Don Bosco.

Yo repliqué:

—Pero ¿por qué lloraban?

—Porque sin dejarlas hablar les dije el motivo de su visita y ello les conmovió.

—¿Y cómo hizo usted para saber esas cosas?

---¡Qué curioso eres!
****

Mira, esta noche soñé que habían venido estas dos señoras a pedirme mi parecer sobre la vocación de una de ellas, y al verlas, las reconocí, y por eso lo único que he hecho ha sido repetirles el consejo que les di en el sueño.

EL PORVENIR DE UN JOVEN

SUEÑO 70—AÑO DE 1868.

(M.B. Tomo IX, pág. 331)

Una noche, después de las confesiones, mientras cenaba, el [Santo] contó el siguiente sueño a los que le rodeaban, entre los cuales estaba el citado Don Joaquín Berto.
****

Vi un joven del Oratorio tendido en el suelo en medio de una habitación. A su alrededor había cuchillos sin punta, pistolas, carabinas y miembros humanos descuartizados. Parecía estar agonizando. Yo le pregunté:

—¿Cómo es que te encuentras en este estado tan miserable?

—¿No lo deduce de los instrumentos que me rodean? Soy un asesino y muy pronto seré condenado a muerte.
****

Después añadió: Conozco a ese joven y estaré sobre aviso para corregirle de sus defectos e infundirle sentimientos de piedad y mansedumbre, pero tiene una índole tan mala que me temo en verdad que su fin sea verdaderamente trágico.

Dicho joven, militando más tarde en las filas del ejército, fue fusilado por haber dado muerte al propio oficial. Por fortuna, antes de morir, cumplió con gran edificación de todos con sus deberes de cristiano.

LA NOVENA DE LA NATIVIDAD DE LA VIRGEN

SUEÑO 7.1 .—AÑO DE 1868.

(M. B. Tomo IX, pág. 337)

El 2 de septiembre de 1868, [San] Juan Don Bosco habló así después de las oraciones de la noche:

¡Parece verdaderamente imposible! Cuando comenzamos alguna novena hay siempre jóvenes que desean marcharse de casa, o bien quieren ser despedidos. Había uno, el más culpable de ciertos desórdenes, que por varios motivos no podía ser despedido y, con todo, como impulsado por una fuerza misteriosa, se marchó.

Pasemos a otra cosa.
****

Supongamos que [San] Juan Don Bosco entra en casa por la portería y que llegue hasta aquí bajo los pórticos y que vea una gran señora que tiene un cuaderno en la mano y se lo alargue sin que él diga nada, diciéndole:

—Toma y lee.

Yo lo tomé y leí en la cubierta: Novena de la Natividad de María.

Abro la primera página y veo escritos los nombres de un número limitadísimo de jóvenes grabados en oro. Vuelvo la otra página y veo un número un poco mayor de nombres escritos con tinta ordinaria. Sigo volviendo páginas y observo que todas están en blanco hasta el final.
****

Ahora pregunto a uno de vosotros qué quiere decir esto.

Y en efecto, preguntó a un joven, ayudándole al mismo tiempo a contestar así:

—En aquel libro estaban escritos los nombres de los que hacían la novena. Los poquísimos grabados en oro son los que la hacen bien y con fervor. La otra parte, son los que la hacen con menos fervor. ¿Y los demás por qué no tenían sus nombres escritos en aquellas páginas? ¿Cuál será el motivo? Yo creo que son los paseos largos que han distraído tanto a los jóvenes que no son capaces de reconcentrarse. Si volviesen entre nosotros [Santo] Domingo Savio, Besucco, Magone, Saccardi, ¿qué dirían? ¡Oh, cómo ha cambiado el Oratorio!

Por tanto, para agradar a la Virgen hagamos por frecuentar los Sacramentos y practiquemos las florcillas que yo o Don Francesia les daremos. La flor para mañana es ¡a siguiente: Hacer todas las cosas con diligencia.

LOS DOS SEPULTUREROS

SUEÑO 72,—AÑO DE 1868.

(M. B. Tomo IX, págs. 398-399)

La noche del 30 de octubre el [Santo] narró el siguiente sueño:
****

El motivo de haberos reunido a todos aquí es porque les quiero contar alguna cosilla, tanto a los estudiantes como a los artesanos.

Imagínense ver a todos los jóvenes en el patio divirtiéndose. De pronto comienza a oscurecer, cesan los juegos y los gritos; se forman numerosos corrillos esperando que la campana dé la señal de ir al estudio: todavía hay algunos paseando; entretanto la noche avanza y apenas se puede distinguir a un joven de otro a no ser que uno se acerque mucho. Y he aquí que entran por la portería dos sepultureros que, caminando acompasadamente, llevan sobre los hombros una caja de muerto. Los jóvenes, al verlos pasar se retiran. Aquellos dos hombres prosiguen adelante y colocan el ataúd en el suelo en medio del patio que está ante la Prefectura interna del Oratorio. Los muchachos se colocan alrededor en forma de círculo, pero todos tienen miedo de hablar.

Los sepultureros quitan la tapadera del ataúd.

En aquel momento aparece la luna con su luz clara y penetrante, lentamente da una vuelta alrededor de la cúpula de la Iglesia de María Auxiliadora; da una segunda vuelta y después comienza una tercera, pero no la llega a terminar parándose sobre la iglesia y como si estuviese para caer.

Entretanto, apenas la luna hubo comenzado a iluminar el patio, uno de los sepultureros dio una vuelta, después otra ante las filas de los alumnos, mirando fijamente el rostro de cada uno, hasta que al ver a uno en cuya frente estaba escrita la palabra: Morirás, lo tomó para meterlo en la caja.

—A ti te toca— le dijo.

Pero el muchacho comenzó a gritar:

—Soy aún muy joven; quisiera prepararme; hacer las obras buenas que aún no he hecho.

—Yo no debo contestar a esto.

—Al menos déjeme que pueda ir a ver a mis padres.

—Yo no puedo responder a esto. ¿Ves allí la luna? Pues ya ha dado una vuelta, y después otra y después un poco más de media. Apenas desaparezca

tendrás que venir conmigo.

Poco después, la luna desapareció en el horizonte y el sepulturero cogió al muchacho por la cintura, lo tendió en la caja, le puso a ésta la tapadera y sin más se la llevó con la ayuda del compañero.

****

Ya han oído mi relato, ahora tómenlo como si fuera una fábula o cosa semejante, o bien un sueño; lo que quieran.

En una ocasión conté un sueño en el que había visto el ataúd de un joven colocado allá bajo los pórticos. Aquel muchacho murió y se *observó que, a pesar de que se le había advertido a los sepultureros que tenían que pasar por cierta parte, éstos al bajar al patio dijeron que les faltaba algo y para no dejar la caja en medio del patio, la colocaron debajo de los pórticos, en el mismo lugar en que yo la vi durante el sueño.*

Que cada uno se pregunte a sí mismo: ¿No seré yo? Y que viva contento y alegre. Pero estemos todos preparados, para que después de las dos vueltas y media de la luna, esto es, cuando pasen dos meses y un poco más de medio, aquel a quien le toque morir esté preparado, Recuerden que la muerte se acerca como un ladrón nocturno. Y por eso aprovechémonos de este aviso celebrando bien la festividad de los Santos. Se puede ganar indulgencia plenaria, y para lucrarla no es necesario confesarse el domingo, con tal de que uno se haya acercado a este sacramento dentro de los ocho días es suficiente. Después de ganar ¡a indulgencia plenaria, se está delante del Señor como si se acabara de recibir el Bautismo.

«Mañana es también ayuno: practiquen alguna mortificación».

De este sueño nos dejó una copia Don Joaquín Berto, que lo oyó de labios del [Santo].

Esta predicción debería haberse cumplido hacia la mitad de enero de 1869. Los alumnos, en su inmensa mayoría así lo creían. Nosotros añadiremos aquí una observación que hace el mismo Don Berto y es la siguiente: «Nosotros estábamos ya acostumbrados a constatar el cumplimiento de tales predicciones, de forma que nos habría causado estupor, considerándolo como una excepción de la regla, el ver que alguna no se realizaba. Me acuerdo de un solo caso en el que sucedió esto y fue en relación con el joven C, el cual cayó gravemente enfermo, pero después de haber

recibido el Santo Viático y quizás también la Extremaunción, mejoró; vive todavía y es sacerdote. El [Santo] me dijo entonces que el tal era uno de los que debían morir, pero añadió:

—El Señor ha sido misericordioso con él, debido a las oraciones que se han rezado según su intención, y tal vez también porque no estaba preparado.

RECORRIENDO LOS DORMITORIOS

SUEÑO 73.—AÑO 1869.
(M. B. Tomo IX, pág. 581)

El joven Evasio Rabagliati, que había entrado en el Colegio de Mirabello el ocho de enero, se encontró por primera vez con el [Santo] con ocasión de la visita que éste hiciera en aquellos días a dicho Colegio, habiéndole oído narrar el siguiente sueño.
****

Soñó la primera noche de su llegada que se encontraba en la habitación en que se celebraban los exámenes, viendo venir hacia sí dos personas. Una con una caña o bastón en el que llevaba colgado un farol, y la otra llevaba un cartapacio debajo del brazo. Le invitaron a subir a los dormitorios y al recorrerlo en su compañía se detuvieron a los pies de cada uno de los lechos. Uno bajaba la luz para que [San] Juan Don Bosco pudiese reconocer el rostro del que dormía, y la otra sacaba una hoja del cartapacio y la colocaba sobre la colcha. Sobre este papel estaba escrito el número de años que a cada uno de los durmientes le quedaba de vida.
****

El relato de este sueño causó una impresión enorme. El mismo Rabagliati fue a preguntar a [San] Juan Don Bosco qué tiempo le quedaba de vida. El [Santo] le dijo sonriendo:

—¿Conoces la aritmética?

—Sí— *le contestó el joven.*

Y con los dedos de la mano le hizo sumar, restar y *barajar una gran cantidad de números hasta que obtuvo el 27. Rabagliati no se olvidó de esta cifra. A los veintisiete años se encontraba de Misionero en América y aquel mismo año tuvo una enfermedad gravísima en Buenos Aires, de forma que todos creían que no saldría de ella. Por la noche no podía dormir, porque*

presa de un continuo ataque de nervios iba empeorando cada vez más, de forma que el último mes ya no podía resistir. Don Costamagna, que conocía el secreto, invitó a todas las casas salesianas a que rezasen por él y *el enfermo sanó.*

Rabagliati había pedido a [San] Juan Don Bosco, antes de partir para las Misiones, alguna explicación sobre aquel sueño, y *una vez el siervo de Dios le contestó:*

—No creas en agüeros.

Y en otra ocasión:

—¿Pero qué importa? Los años pueden comenzar a contarse no sólo desde la época del sueño, sino también desde el día que te hiciste salesiano, o también desde cualquier otra fecha.

[San] Juan Don Bosco le contestó de esta forma porque lo había visto demasiado preocupado con esta idea. Por lo demás, todos quedaron persuadidos de que fueron las oraciones de los compañeros las que le prolongaron la vida.

Don Evasio Rabagliati fue el apóstol y *el padre de los leprosos de Colombia —escribe Don Lemoyne—,* y *ahora está de misionero en Chile* y *da testimonio de nuestro relato con Mons. Costamagna».* [Murió luego en Santiago de Chile el dos de mayo de 1920, a los sesenta y seis años].

LA CONFESIÓN Y LOS LAZOS DEL DEMONIO

SUEÑO 74.—AÑO DE 1869.

(M. B. Tomo IX, págs. 593-596)

El día cuatro de *abril [San] Juan Don Bosco contó el siguiente sueño a todos los jóvenes reunidos en el estudio después de las oraciones de la noche:*
****

Me encontraba cerca de la puerta de mi habitación, y al salir miro a mi alrededor y me veo en la iglesia en medio de una muchedumbre tal de jóvenes que el templo aparecía completamente abarrotado. Estaban allí los alumnos

del Oratorio de Turín, los de Lanzo, los de Miraballo y otros muchos a los cuales no conocía. No rezaban, sino que parecía que se estaban preparando para confesar. Una cantidad inmensa de ellos asediaba mi confesionario esperándome debajo del pulpito. Yo, después de haber observado un poco, me puse a considerar cómo conseguiría confesar a tantos muchachos. Pero después temí estar dormido, soñando, y para cerciorarme de que no lo estaba comencé a palmotear y sentía el ruido, y para asegurarme aún más alargué el brazo y toqué la pared, que está detrás de mi pequeño confesionario. Seguro ya de que estaba despierto, me dije:

—Ya que estoy aquí, confesemos— y comencé a confesar.

Pero pronto, al ver a tantos jóvenes, me levanté para ver si había otros confesores que me ayudasen; y no encontrando a ninguno, me dirigí a la sacristía en busca de algún sacerdote que quisiese escuchar confesiones. Y he aquí que vi por una parte y por otra a algunos jóvenes que tenían una cuerda al cuello que les apretaba la garganta.

—¿Por qué tienen esa cuerda al cuello? Quítensela —les dije—. Pero sin responderme se quedaban mirándome con fijeza.

—Vamos —repetí a alguno—, quítate esa cuerda.

El joven al cual yo había dado esta orden obedeció, pero después me dijo:

—No me la puedo quitar; hay uno detrás que la sujeta.

Venga a ver.

Volví entonces la mirada con mayor atención hacia aquella multitud de muchachos y me pareció ver sobresalir por detrás de las espaldas de muchos de ellos dos larguísimos cuernos. Me acerqué un poco más para ver mejor y dando la vuelta por detrás del que tenía más cerca, vi un horrible animal de hocico monstruoso, forma de gatazo y largos cuernos, que apretaba aquel lazo. La bestia aquella bajaba el hocico y lo escondía entre las patas delanteras, y se encogía como para que no le viesen. Yo me dirigí a aquel joven víctima del monstruo y a algunos otros preguntándoles sus nombres, pero no me quisieron responder; al preguntarle a aquel feo animal se encogió aún más. Entonces dije a un joven:

—Mira, ve a la sacristía y dile a Don Merlone que te dé el acetre del agua bendita.

El muchacho volvió pronto con lo que yo le había pedido, pero entretanto yo había descubierto que cada uno de los jóvenes tenía a sus espaldas un servidor tan poco agraciado cómo el primero y que, éste, también procuraba pasar desapercibido. Yo temía aún estar dormido. Tomé entonces el hisopo y pregunté a uno de aquellos gatazos:

—Dime: ¿quién eres?

El animal, que no dejaba de mirarme, alargó el hocico, sacó la lengua y después se puso a rechinar los dientes como en actitud de arrojarse sobre mí.

—Dime inmediatamente qué es lo que haces aquí ¡bestia horrible! Ya puedes enfurecerte todo lo que quieras, que no te temo. ¿Ves? Con este agua te voy a dar un buen baño.

El monstruo me miraba como agazapado; después comenzó a hacer contorsiones con el cuerpo de tal forma, que las patas de atrás le llegaban a tocar los hombros por delante. Y nuevamente quiso arrojarse sobre mí. Al mirarlo detenidamente vi que tenía en la mano varios lazos.

—¡Vamos! Dime qué es lo que haces aquí.

Y al decir esto, levanté el hisopo.

El bicho entonces pareció resuelto a emprender la huida.

—No te escaparás —continué diciendo—, yo te ordeno que te quedes aquí.

Lanzó una especie de gruñido y después me dijo:

—¡Mira!—, y me enseñó los lazos.

—Dime qué son esos tres lazos —añadí—, ¿qué significan?

—¿No lo sabes? Desde aquí —me dijo— con estos tres lazos obligo a

los jóvenes a que se confiesen mal; de esta manera llevo conmigo a la perdición a la décima parte del género humano.

—¿Cómo? ¿De qué manera?

—¡Oh! No te lo diré porque tú lo descubrirás a ellos.

—¡Vamos! Quiero saber qué significan estos tres lazos.

¡Habla! De lo contrario te echaré encima el agua bendita.

—Por piedad, envíame al infierno pero no me eches ese agua.

—En nombre de Jesucristo, habla pues.

El monstruo, contorsionándose espantosamente, respondió:

—El primer modo con que aprieto este lazo es, haciendo callar a los jóvenes los pecados en la confesión.

—¿Y el segundo?

—El segundo, incitándoles a que se confiesen sin dolor.

—¿Y el tercero?

—El tercero no te lo quiero decir.

—¿Cómo? ¿No me lo quieres decir? Entonces te rociaré con agua bendita.

—No, no; hablaré —y comenzó a gritar desaforadamente—.

¿Cómo? ¿No te basta? ¡Ya te he dicho demasiado!, —y tomó a enfurecerse—.

—Quiero que me lo digas para comunicárselo a los Directores.

Y repitiendo la amenaza levanté el brazo. Entonces comenzó a despedir llamas por sus ojos y algunas gotas de sangre y dijo:

—El tercero es no hacer propósito firme y no seguir los avisos del confesor.

—¡Bestia horrible!—, le grité por segunda vez, y mientras quise preguntarle otras cosas e intimarle a que me descubriera la manera de remediar un tan gran mal y hacer vanas todas sus artimañas, todos los demás horribles gatazos que hasta entonces habían procurado pasar desapercibidos, comenzaron a producir un sordo murmullo, después prorrumpieron en lamentos y gritos contra aquel que había hablado provocando una sublevación general.

Yo, al contemplar aquella revuelta y convencido de que no sacaría ya ventaja alguna de aquellos animales, levanté el hisopo y arrojando el agua bendita sobre el gatazo que había hablado:

—¡Ahora, vete!—, le dije. Y desapareció.

Después eché agua bendita por todas partes. Entonces, haciendo un grandísimo estrépito todos aquellos monstruos se dieron a una precipitada fuga, unos por una parte, otros por otra. Y al producirse aquel ruido me desperté y me encontré en mi lecho.
****

¡Oh, queridos jóvenes, cuántos de los que yo jamás había sospechado, tenían el lazo y el gatazo en las espaldas! Ya saben qué simbolizan esos tres lazos. El primero, que sujeta a los jóvenes por el cuello, simboliza el callar pecados en la confesión. El lazo les obliga a cerrar la boca para que no se confiesen del todo: o bien para que digan de ciertos pecados que cometieron cuatro veces que solamente incurrieron en ellos tres. El que tal hace, falta contra la sinceridad de la misma manera que el que calla pecados. El segundo lazo es la falta de dolor; y el tercero la falta de propósito. Por tanto, si queremos romper estos lazos y arrebatarlos de las manos del demonio, confesemos todos nuestros pecados y procuremos sentir un verdadero dolor de ellos y hagamos un firme propósito de obedecer al confesor.

Aquel monstruo, poco antes de montar en cólera, me dijo también.

—Observa el fruto que los jóvenes sacan de las confesiones. El fruto principal de ellas debe ser la enmienda; si quieres conocer si yo tengo a los jóvenes sujetos con los lazos, observa si se enmiendan o no.

Debo añadir que quise también que el demonio me dijera por qué se ponía detrás, sobre las espaldas de ¡os jóvenes, y me respondió:

—Para que no me vean y poderlos arrastrar más fácilmente a mi reino.

Pude comprobar que los que tenían detrás aquellos monstruos eran muchísimos, más de los que yo hubiera sospechado.

Den a este sueño el alcance que quieran, lo cierto es que he querido observar y comprobar si era cierto cuanto he soñado y he sacado como consecuencia que todo era una verdadera realidad. Aprovechemos, pues, la ocasión que se nos ofrece de ganar la indulgencia plenaria haciendo una buena Confesión y una santa Comunión. Hagamos lo posible por vernos libres de estos lazos del demonio.

CASTIGOS SOBRE ROMA Y PARÍS

SUEÑO 75.—AÑO DE 1870.

(M. B. Tomo IX. págs. 779-783; Tomo X, págs. 59-63)

El seis de enero, fiesta de la Epifanía o de la manifestación del Señor, se celebró la segunda Sesión del Concilio Vaticano I, m la cual los Padres, según el rito, hicieron uno después de otro, comenzando por el Sumo Pontífice, la solemne profesión de fe.

La víspera de aquella memorable solemnidad [San] Juan Don Bosco vio en sueño cuanto vamos a exponer a continuación: fue el mismo [Santo] quien escribió lo que vio y oyó.
****

Sólo Dios lo puede todo, lo conoce todo y lo ve todo. Dios no tiene ni pasado ni futuro, para Dios no hay nada oculto; todas las cosas le son presentes y para El no hay distancia de lugar o de persona. Sólo El en su infinita misericordia y para su gloria puede manifestar las cosas futuras a los hombres.

La víspera de la Epifanía del corriente año de 1870 desaparecieron todos los objetos materiales de mi habitación y me encontré ante la consideración de cosas sobrenaturales. Fue algo que duró breves instantes,

pero fueron muchas las cosas que vi. Aunque de forma y de apariencias sensibles, no se pueden comunicar a los demás sino con mucha dificultad con signos exteriores o sensibles. Cuanto sigue podrá dar una idea de ello. En todo esto se encuentra la palabra de Dios acomodada a la palabra del hombre.

«Del Sur viene la guerra, del Norte viene la paz.

Las leyes de Francia no reconocen ya al Creador y el Creador se hará conocer y la visitará tres veces con la vara de su furor.

La primera abatirá su soberbia, con las derrotas, con el saqueo y con los estragos en las cosechas, en los animales y en los hombres.

En la segunda, la gran prostituta de Babilonia, aquella a la que los buenos llaman, suspirando, el prostíbulo de Europa, será privada del jefe y entregada al desorden.

¡París! ¡París! En vez de armarte con el nombre del Señor te rodeas de casas de inmoralidad. Estas serán por ti misma destruidas: tu ídolo, el Panteón, será reducido a cenizas, para que se cumpla lo que está escrito: *mentita est iniquitas sibi.* Tus enemigos te colmarán de angustias, de hambre, de espanto y quedarás convertida en la abominación de las naciones. Pero ¡ay de ti si no reconoces la mano qué te hiere! Quiero castigar la inmoralidad, el abandono, el desprecio de mi ley, dice el Señor.

En la tercera caerás bajo una mano extranjera: tus enemigos verán desde lejos tus palacios incendiados, tus casas convertidas en montones de ruinas, bañadas en la sangre de tus héroes, que ya no existen. Pero he aquí que un gran guerrero del Norte llevará un estandarte; sobre la diestra que lo sustenta está escrito: "Irresistible es la mano del Señor". En aquel instante el Venerando Anciano del Lacio le salió al encuentro flameando una antorcha de luz vivísima. Entonces el estandarte se extendió y de negro que era se trocó blanco como la nieve. En el centro del estandarte estaba escrito con caracteres de oro el nombre de Quien todo lo puede.

El guerrero y los suyos hicieron una profunda inclinación al Anciano y se estrecharon la mano.

Ahora la voz del cielo se dirige al Pastor de los pastores. Tú ahora estás en la gran conferencia con tus asesores; pero el enemigo del bien no guarda un

momento de reposo; estudia y practica toda clase de argucias contra ti. Sembrará la discordia entre tus asesores; suscitará enemigos entre mis hijos. Las potencias del siglo vomitarán fuego y querrían que las palabras fuesen ahogadas en las gargantas de los custodios de mi ley. Pero esto no sucederá. Harán el mal, pero en perjuicio de sí mismos. Tú date prisa; si las dificultades no se resuelven, corta por lo sano. Si te sientes angustiado, no te detengas, sino al contrario, continúa adelante hasta que le sea cercenada la cabeza a la hidra del error. Este golpe hará temblar a la tierra y al infierno, pero el mundo recobrará la seguridad y todos los buenos se alegrarán. Conserva, pues, junto a ti solamente a dos asesores, pero a cualquier parte que vayas, continúa y termina la obra que te fue confiada.

Los días corren velozmente y tus años se acercan al número establecido; pero la gran Reina será siempre tu auxilio y como en los tiempos pasados, también en el porvenir será siempre *magnum et singulare in Ecclesia proesidium.*

Y a ti, Italia, tierra de bendiciones, ¿quién te ha sumergido en la desolación?... No digas que tus enemigos, sino tus amigos. ¿No oyes a tus hijos pidiendo el pan de la fe sin encontrar quien se lo parta? ¿Qué haré? Heriré a los pastores, ahuyentaré el rebaño, a fin de que los que se sientan sobre la cátedra de [San] Moisés busquen buenos pastos y la grey escuche dócilmente y se alimente.

Pero sobre la grey y sobre los pastores caerá mi mano; la carestía, la peste, la guerra, harán de manera que las madres lloren la sangre de los hijos y de los esposos muertos en tierra enemiga.

¿Y de ti, Roma, qué será? ¡Roma ingrata, Roma afeminada, Roma soberbia! Has llegado a tal punto de insensatez que no buscas y no admiras otra cosa en tu Soberano, más que el lujo, olvidando que tu gloria está en el Gólgota. Ahora él es anciano, decrépito, inerme, despojado; mas con su palabra esclavizada hace temblar a todo el mundo.

¡Roma... yo vendré cuatro veces sobre ti!

En la primera heriré tus tierras y sus habitantes.

En la segunda llevaré el estrago y el exterminio hasta tus murallas.

¿No abrirás aún los ojos?

Vendré por tercera vez, abatiré las defensas y a los defensores y al mandato del Padre comenzará el reinado del terror, del espanto y de la desolación.

Pero mis sabios huyen, mi ley es todavía conculcada, por eso haré una cuarta visita. ¡Ay de ti si mi ley continúa siendo letra muerta para ti! Habrá prevaricaciones entre los doctos y entre los ignorantes. Tu sangre y la sangre de tus hijos lavarán las manchas que has echado sobre la ley de tu Dios.

La guerra, la peste, el hambre son los flagelos con que será castigada la soberbia y la malicia de los hombres. ¿Dónde están, oh ricos, sus magnificencias, sus villas, sus palacios? Se han convertido en la basura de las plazas y de las calles.

Y vosotros, sacerdotes, ¿por qué no corren a llorar entre el vestíbulo y el altar, invocando la suspensión de los flagelos? ¿Por qué no toman el escudo de la fe y no suben a los tejados, y en las casas, y en las calles, y en las plazas, e incluso en los lugares inaccesibles, no desparraman la semilla de mi palabra? ¿Ignoran que esta es la terrible espada de dos filos que abate a los enemigos y que deshace la ira de Dios y de los hombres?

Estas cosas tendrán que suceder inexorablemente una después de otra.

Las cosas se proceden demasiado lentamente.

Pero la Augusta Reina del Cielo está presente.

El poder de Dios está en sus manos; disipa como la niebla a sus enemigos. Reviste al Venerando Anciano de todos sus antiguos hábitos.

Se producirá además un violento huracán.

La iniquidad se ha consumado, el pecado tendrá fin y antes de que transcurran dos plenilunios en el mes de las flores, el iris de la paz aparecerá sobre la tierra.

El gran Ministro verá a la esposa de su Rey vestida de fiesta.

En todo el mundo aparecerá un sol, tan luminoso, que jamás existió desde las llamas del Cenáculo hasta hoy, ni se verá otro semejante hasta el fin

de los días».
****

[San] Juan Don Bosco hizo sacar una copia de este escrito a Don Julio Barberis, que fue la que llevó consigo a Roma.

Hizo hacer otra copia algunas semanas después, a Don Joaquín Berto, el cual dejó consignado en su Memoria:

«[San] Juan Don Bosco me comunicó el texto de una profecía por escrito que comenzaba con estas precisas palabras: Dios todo lo puede, Dios lo conoce todo, etc., recomendándome el más riguroso secreto y que no hablara de ello con nadie a no ser con el propio autor. Entre otras cosas se refería a la guerra entre Francia y Prusia, a las condiciones de la Iglesia y a la desolación que azotaba a Italia, como me explicó a mí al preguntarle sobre el particular. El [Santo] me hizo sacar una copia para enviarla a Roma a cierto prelado».

La Civiltá Cattolica, *año XXIII, volumen VI, serie octava, año 1872, en las páginas 299 y 303, hace referencia a este vaticinio y trascribe algunos párrafos del texto del mismo haciéndolos preceder de estas autorizadas palabras: «Nos complacemos en recordar un recientísimo vaticinio que no ha sido anteriormente impreso y que es completamente desconocido para el público, vaticinio que fue comunicado desde una ciudad de Italia a un personaje de Roma el 12 de febrero de 1870. Nosotros ignoramos su procedencia. Pero podemos dar fe de que lo hemos tenido en nuestras manos, antes de que París fuese bombardeada por los alemanes e incendiada por los comunistas. Y añadiremos que nos causó gran maravilla el ver anunciada en él también la caída de Roma, cuando no se creía próxima ni probable».*

Hemos conservado varias copias de esta profecía. La más autorizada es un manuscrito de Don Berto. Ofrece al principio la siguiente nota: «Fue comunicada el 12 de febrero de 1870 al Santo Padre», al margen se leen algunas notas o apostillas autógrafas del mismo [San] Juan Don Bosco y al final algunas aclaraciones, evidentemente escritas o dictadas con anterioridad a los hechos y revisadas nuevamente después por el [Santo]. Dichas apostillas y aclaraciones explicaban o determinaban los acontecimientos predichos, los cuales, como veremos, se cumplieron en gran parte poco después y parte de ellos, al menos hasta hoy, no se han cumplido.

Francia perdió su jefe y fue vencido por Prusia en 1870.

En París tuvieron lugar los horrores que todos conocen.

Es de notarse que interrogado inmediatamente sobre el cumplimiento de dichos hechos, [San] Juan Don Bosco contestó que tal vez no se llegaran a realizar jamás, porque el Señor en su misericordia, suele a veces indicar simplemente a los hombres el camino que podrían seguir en tal y en tal circunstancia para vencer ciertas dificultades y nada más; por tanto, cuando no se siguen las directrices trazadas, es evidente que no puede verificarse lo que ha sido indicado.

Las Memorias Biográficas en el tomo X nos ofrecen los siguientes datos relacionados con el sueño o visión precedente: «En 1870, exponía [San] Juan Don Bosco al Papa Beato Pio IX en audiencia que le fue concedida el 12 de febrero, un resumen de la primera visión. Llevaba consigo el relato escrito para presentarlo al Santo Padre, pero como no se atreviese a hacerlo, se limitó a leer un trozo que llevaba ya preparado relacionado con la Augusta Persona del Pontífice... También en la última audiencia que le concediera Beato Pío Pp. IX en el mismo año, volvió el [Santo] a hacer referencia a los sucesos políticos con tal precisión, que el Papa no pudo disimular la impresión y el dolor que aquellos pronósticos producían en su ánimo.

Poco después de la toma de Roma, al recordar la entrevista celebrada con el [Santo], por medio del Cardenal Berardi, mandó a decir a [San] Juan Don Bosco que hablase clara y positivamente. Y [San] Juan Don Bosco, que antes no había insertado en el escrito la parte leída en presencia del Romano Pontífice, la incluyó en la copia hecha por Don Berto, enviándola a Roma por conducto de un Cardenal; documento que fue conservado por Beato Pío Pp. IX junto con una carta anónima en la que se hacia constar que procedía de una "persona que en otras ocasiones ha demostrado tener ilustraciones sobrenaturales" y *que sucederían "otras cosas que no se podían consignar por escrito sino verbalmente por lo delicado de ¡a materia"; añadiendo: "y si algo es demasiado oscuro veré si es posible dar alguna explicación"; terminando con estas palabras: "Sírvase de estos datos como le plazca, solamente le rogaría no aludiese a mi nombre en manera alguna, por la razón que puede suponer».*

[San] Juan Don Bosco impuso también al secretario que hizo la copia del documento la obligación del más riguroso silencio.

MUERTE DE UN SALESIANO

SUEÑO 76.—AÑO DE 1870.

(M. B. Tomo IX, pág841)

En aquellos días —dicen las Memorias Biográficas— [San] Juan Don Bosco asistía a dos de sus queridos hijos gravemente enfermos, que murieron en el Oratorio los primeros días de abril.

En el Necrologio se lee:

«Don Augusto Croserio, natural de Condove, murió el 1 de abril a la edad de veintiséis años. Los rasgos más salientes de su vida se encuentran en la Oración fúnebre pronunciada por el profesor Don Francisco Cerrutti».
****

La víspera de la muerte de Don Croserio, [San] Juan Don Bosco lo vio en sueño en actitud de ir a la bendición. Tenía un aspecto hermosísimo e iba revestido con una magnífica capa pluvial, recamada de oro y piedras preciosas y tachonada de refulgentes estrellas.

—¿Cómo es esto?, —se decía [San] Juan Don Bosco—. ¿Croserio aquí? ¿Entonces no está enfermo? ¡Ah! Ya comprendo. Esto indica que está próximo a marchar al Paraíso.
♦

En efecto: el enfermo visto en el sueño murió a la mañana siguiente.

TRIUNFO DE LA IGLESIA

SUEÑO 77.—AÑO DE 1873.

(M. B. Tomo IX, págs. 999-1000)

El manuscrito que contiene la profecía de [San] Juan Don Bosco sobre los castigos de París y *Roma* y *otros diversos acontecimientos nos ofrece otra segunda revelación del [Santo] sobre el triunfo de la Iglesia.*

He aquí el texto de la misma tomado de dicho documento:
****

Era una noche oscura, los hombres no podían distinguir el camino a seguir para regresar a sus pueblos, cuando apareció en el cielo una espléndida luz que iluminaba los pasos de los caminantes como si fuese mediodía. En aquel instante apareció una inmensa multitud de hombres, dé mujeres, de ancianos, de niños, de monjes, de monjas y sacerdotes que, llevando a la cabeza al Pontífice, salían del Vaticano disponiéndose para la marcha procesionalmente.

Mas he aquí que un furioso temporal entenebrece el ambiente como si se entablase una lucha entre la luz y las tinieblas. Entretanto, la inmensa comitiva llega a una plaza cubierta de muertos y heridos; muchos de estos pedían auxilio en voz alta.

Las filas que formaban la procesión se redujeron bastante. Después de haber caminado por un espacio de tiempo correspondiente a doscientas salidas del sol, todos se dieron cuenta de que no estaban ya en Roma. El desaliento fue general y cada uno fue a agruparse alrededor del Pontífice para defender su augusta persona y asistirlo en sus necesidades.

En aquel momento aparecieron dos ángeles, que llevando un estandarte, fueron a presentarlo al Vicario de Cristo, diciendo:

—Recibe el estandarte de Aquel que combate y dispersa los más aguerridos ejércitos de la tierra. Tus enemigos han desaparecido, tus hijos imploran tu retorno con lágrimas y suspiros.

Fijando la mirada en el estandarte se veía escrito por una parte:

Regina sine labe concepta.

Y por la otra:

Auxilium Christianorum.

El Pontífice tomó con alegría el estandarte, pero al contemplar el numero de los que habían quedado a su alrededor, que era reducidísimo, se sintió lleno de aflicción.

Los dos ángeles añadieron:

—Ve inmediatamente a consolar a tus hijos. Escribe a tus hermanos dispersos por las diferentes partes del mundo que es necesaria una reforma en las costumbres de los hombres. Esto no se puede conseguir sino repartiendo entre los pueblos el Pan de la Divina Palabra. Catequiza a los niños; predica el despego de las cosas de la tierra. Ha llegado el tiempo —concluyeron los ángeles— en que los pobres serán los evangélizadores de los pueblos. Los sacerdotes serán buscados entre el azadón, la pala y el martillo, a fin de que se cumplan las palabras de [San] David: "Dios levantó al pobre de la tierra para colocarlo en el trono de los príncipes de su pueblo".

Oído esto, el Pontífice comenzó a caminar y la fila de la procesión fue en aumento. Cuando llegó a la Ciudad Santa comenzó a llorar al ver la desolación en que estaban sumidos sus ciudadanos, muchos de los cuales habían desaparecido.

Entrando después en San Pedro, entonó el Te Deum, al cual respondió un coro de ángeles cantando:

---Gloria in excelsis Deo, et in terra pax homínibus bonae voluntatis.

Terminado el canto, cesó la oscuridad por completo, luciendo un sol esplendoroso.

Las ciudades y los pueblos y los campos habían disminuido de población; la tierra se hallaba arrasada como por un huracán, por una tormenta de agua y de granizo y las gentes iban al encuentro unas de otras diciendo conmovidas:

—Est Deus in Israel.

Desde el comienzo del exilio hasta el canto del Te Deum el sol se levanto doscientas veces. Todo el tiempo que transcurrió mientras sucedían estas cosas corresponde a cuatrocientas salidas del sol.

UNA VISITA AL COLEGIO DE LANZO

SUEÑO 78.—AÑO DE 1871.

(M. fi Tomo X. págs. 42-43)

En fecha del 11 de febrero de 1871, [San] Juan Don Bosco escribía al personal y alumnos del Colegio de Lanzo, la siguiente carta:

Mis queridos y *amadísimos hijos:*

Deseo, oh queridos hijos, ir a celebrar el Carnaval con vosotros. Cosa insólita porque en estas fechas no suelo ausentarme de Turín. Pero el afecto que tantas veces me han manifestado y las cartas que me han escrito me llevaron a tomar esta determinación. Con todo, existe un motivo aún más grave que me obliga a proceder así, y es *una visita que les hice hace pocos días sin que lo vosotros advirtieran. Escuchen qué relato tan triste* y *doloroso. Como les he dicho, sin que vosotros y sus superiores lo notasen estuve ahí.*
****

Al llegar a la placilla que hay delante de la iglesia vi un monstruo verdaderamente horrible. Sus ojos eran saltones y brillantes, el hocico grueso y chato, la boca grande, el mentón puntiagudo, las orejas semejantes a las de los perros, con dos cuernos de macho cabrío que le sobresalían de la cabeza. Este animal reía y bromeaba con algunos de sus compañeros que saltaban de acá para allá.

—¿Qué haces tú aquí, monstruo infernal?—, le dije asustado.
—Me divierto —contestó—; no sé qué hacer.

—¡Cómo! ¿No sabes qué hacer? ¿Entonces has determinado ya dejar en paz a mis queridos hijos?

—No es necesario que me ocupe de ellos, pues tengo dentro del Colegio a unos amigos que hacen mis veces estupendamente. Una selección de alumnos que se han alistado y se mantienen fieles a mi servicio.

—¡Mientes, padre de la mentira! Tantas prácticas de piedad, tantas lecturas, meditaciones, confesiones...

Me miró con una sonrisa sarcástica y haciéndome señas de que le siguiese, me condujo a la sacristía y me señaló al Director que estaba confesando:

—¿Ves?, —me dijo—. Algunos son mis enemigos; pero muchos me sirven también aquí y son los que prometen y no cumplen; se confiesan siempre de las mismas cosas y yo me gozo de sus confesiones.

Después me llevó a un dormitorio y me hizo observar a algunos que fingiéndose enfermos procuran no ir a la iglesia. Después me señaló a uno diciendo:

—Este estuvo ya en punto de muerte y entonces hizo mil promesas al Creador, pero ¡cuánto peor es ahora que antes!

Me condujo después a otros lugares de la casa y me hizo ver cosas que me parecían imposibles y que no les quiero escribir y que les diré de palabra. Entonces me llevó al patio y seguidamente con sus compañeros que estaban delante de la iglesia y le pregunté:

—¿Qué es lo que te presta un mejor servicio entre estos jóvenes?

—Las conversaciones, las conversaciones, las conversaciones. Todo viene de ahí. Cada palabra es una semilla que produce maravillosos frutos.

—¿Quiénes son tus mayores enemigos?

—Los que frecuentan la Comunión.

—¿Qué es lo que te produce mayor disgusto?

—Dos cosas: la devoción a María... Y al llegar aquí calló como si no quisiese seguir hablando.

—¿Cuál es la segunda?

Entonces no pudo disimular su turbación: adquirió las apariencias de un perro, de un gato, de un oso, de un lobo. Unas veces tenía tres cuernos, otras cinco, otras diez; tres cabezas, cinco, siete. Y esto casi al mismo tiempo. Yo temblaba y el monstruo quería huir; yo quería hacerlo hablar, hasta que le dije:

—Quiero que me digas qué es lo más que temes de todo cuanto se hace aquí. Y esto te lo ordeno en nombre de Dios Creador, tu Señor al cual todos debemos obedecer.

Al oír esto, tanto él como sus compañeros hicieron mil contorsiones, adoptaron unas formas que no querría ver más en la vida; después comenzaron a gritar haciendo un ruido horrible, terminando con estas palabras:

—Lo que mayor mal nos proporciona, lo que tememos más que nada es la observancia de los propósitos que se hacen en la confesión.

Estas palabras fueron dichas en medio de gritos tan espantosos y tan penetrantes, que todos aquellos monstruos desaparecieron como rayos y yo me encontré en mi habitación sentado junto a mi mesa de trabajo.

Lo demás se los narraré de viva voz con las consiguientes explicaciones.

EL ESTANDARTE FÚNEBRE

SUEÑO 79.—AÑO DE 1871.

(M. B. Tomo X, pág. 44)

En los comienzos del mes de noviembre de 1871, [San] Juan Don Bosco daba el aviso de que antes de finalizar el año, uno de los alumnos del Oratorio pasaría a la eternidad.

Habiéndole preguntado alguien de la casa cómo había llegado a saberlo, contestó:

****

Me pareció ver en sueño un estandarte desplegado al viento llevado por algunas personas; parecían ángeles, pero no lo recuerdo bien.

Por una parte se veía pintada la muerte con su mortífera guadaña, en actitud de cortar el hilo de la vida de alguno; por la otra parte, aparecía escrito el nombre de un joven. En la parte inferior de aquella enseña, se leía: «1871-72», con lo que se quería indicar que aquel joven pasaría a la eternidad antes de que terminase el año.

Parece que este sueño se cumplió en la persona del jovencito Eugenio Lechi, de Felizzano.

POR LOS DORMITORIOS EN COMPAÑÍA DE LA VIRGEN

SUEÑO 80.—AÑO DE 1871.

(M. B. Tomo X, pág. 44)

En el año de 1871 Don Barberis tomó algunas notas sobre las muertes predichas por [San] Juan Don Bosco en aquellos años, haciendo resaltar que en la visita hecha a los dormitorios fue acompañado por la Santísima Virgen.
****

En el año de 1871 la Virgen bendita acompañó a [San] Juan Don Bosco a recorrer los dormitorios para indicarle que entre los jóvenes había uno que tendría que morir muy pronto, amonestándole al mismo tiempo para que lo preparase al gran paso.
****

Estas visitas a los dormitorios eran frecuentes.

A veces, a la cabecera de cada joven se veía un cartel en el que se ponía de manifiesto el estado de su conciencia; otras veces, sobre la frente del durmiente, aparecía la calidad de su culpa; en una ocasión vio pendiente de la cabeza de uno una espada sujeta al techo de un hilo sutilísimo próximo a romperse, mientras que el tal se agitaba en el lecho angustiosamente, como quien es víctima de sueños espantosos. A veces vio también a los demonios en el dormitorio rodeando a ciertos jóvenes; a un solo demonio aguardando el permiso de ¡a divina justicia para matar a otro.

Indudablemente, Don Barberis hace referencia a diversos sueños que [San] Juan Don Bosco tuvo en aquellos años.

EL DEMONIO EN EL PATIO

SUEÑO 81.—AÑO DE 1872.

(M. B. Tomo X, págs. 45-47)

Estando enfermo en Varazze, en diciembre de 1871 y enero de 1872, [San] Juan Don Bosco soñó varias veces con los alumnos del Oratorio. Así lo atestiguan varias cartas del salesiano Don Pedro Enria, que estaba siempre al lado del [Santo], y *el Director de dicho Colegio, Don Juan Bautista Francesia.*

Al regresar al Oratorio, una noche, no sabríamos precisar la fecha, en los comienzos de marzo, contó a los alumnos uno de aquellos sueños a los

cuales se hacía pública referencia y que todos deseaban oír de sus labios; y *pocos días después, el cuatro del mismo mes, volvía a exponer algunos detalles sobre el mismo.*

Don Berto hizo también por escrito un extracto de este relato, pero por fortuna, llegó hasta nosotros uno más detallado, escrito evidentemente en aquellos días, no sabemos por quién, pero sí muy interesante.

Lo ofreceremos al lector literalmente.

Algún detalle es algo oscuro, es decir, que podría haber sido expuesto con mayor claridad; pero el conjunto deja entrever la importancia del documento.

He aquí el texto original.
****

A alguien le hablé en cierta ocasión de un sueño que había tenido; y varios me pidieron les dijese el significado del mismo. No faltó quien me escribiese desde otras casas habiéndome sobre esto. Ahora escuchen, porque les lo voy a contar a vosotros para que riáis un poco; pues ya se sabe que cuando uno sueña es porque está durmiendo, y, por tanto, démosle sólo la importancia que merece.

Yo, aun durante mi enfermedad, siempre estaba en medio de vosotros con el pensamiento. Allá hablaba siempre de vosotros de día, de noche y en todo momento, porque mi corazón estaba aquí. Por tanto, hasta cuando soñaba, soñaba con vosotros y con las cosas del Oratorio. Vine, pues, varias veces a visitarlos; y sabría referir las cosas relacionadas con muchos de los que me escuchan mejor que ellos mismos.

Es cierto que no venía con el cuerpo a hacerles estas visitas, porque si así hubiera sido me habrían visto.

Una noche, apenas me quedé dormido, he aquí que me pareció inmediatamente estar en medio de vosotros. Creí salir de la iglesia antigua encontrándome con uno que estaba en este rincón del patio.

El tal tenía un cuaderno en la mano en el cual estaban escritos los nombres de todos los jóvenes. El me miraba e inmediatamente se ponía a escribir. Abandonando este sitio, se fue al rincón de las clases antiguas,

después al fondo de la escalera donde están actualmente y en menos tiempo del que yo tardo en decirlo, había dado una vuelta a todo el patio, observando y escribiendo sin perder tiempo.

Deseoso dé saber quién era y qué era lo que escribía, fui detrás de él: pero iba tan de prisa que yo tenía que correr para que no se separase demasiado de mí. Pasó también al patio de los artesanos y con una celeridad extraordinaria, seguía observando y escribiendo. Sentí nuevo deseo de saber lo que escribía. Me acerqué y vi que escribía en el renglón en el cual estaba anotado el nombre de un joven y luego en otro. Mientras él miraba hacia una y otra parte, yo me aproximé aún más, volví algunas hojas y vi que en una parte estaban los nombres de los jóvenes y que en otras páginas del cuaderno, de cuando en cuando, se veían figuras de animales. Al lado de algunos había un cerdo con estas palabras: *Conparatus est iumentis insipiéntibus, et símilis factus est illis.* Junto a otros había pintada una lengua con dos puntas, con la inscripción: Sussurones, detractores... *digni sunt morte; et non solum qui ea faciunt sed etiam qui consentiunt faciéntibus.* Junto a otros había dos orejas de asno bien largas que, significaban las malas conversaciones, y estas palabras: *Corrumpunt bonos mores colloquia prava.* Otros tenían pintado un jabalí y algún otro animal diverso. Yo recorría las páginas con mucha rapidez, y pude observar cómo algunos nombres estaban grabados en el papel y no escritos con tinta, por lo que apenas si se podían entender.

Entonces miré con atención a aquel tal y vi que tenía dos orejas largas y muy rojas; y le brillaban en la frente dos ojos que destilaban sangre y despedían fuego.

—¡Ah! Ya te conozco— dije para mí.

Dio otras dos o tres vueltas por el patio y mientras se ocupaba con el mayor interés en su misión de observar y escribir, sonó la señal de la campana para ir a la iglesia. Yo me dirigí hacia ella y él se puso inmediatamente cerca de la puerta por donde tenían que pasar los jóvenes; desde allí los observaba a todos. Después que todos hubieron penetrado en el sagrado recinto, él también lo hizo colocándose en el centro del mismo cerca del cancel de la balaustrada y desde allí tenía la vista clavada en los jóvenes que escuchaban la Santa Misa. Yo lo quería ver todo, y al comprobar que la primera puerta de la sacristía estaba semicerrada, me dirigí a ella para poder seguir cada uno de los actos del intruso. Celebraba la Misa Don Cibrario. Al llegar el momento de la elevación los jóvenes entonaron la jaculatoria: «Sea alabado y reverenciado en

todo momento el Santísimo y divinísimo Sacramento». Y al mismo tiempo se oyó un fragor en la iglesia como si ésta se desplomase; desapareció el individuo y desapareció también, entre una humareda y algunos trozos de papel convertidos en ceniza, el cuaderno que tenía en las manos.

Di gracias al Señor, que se había dignado vencer y arrojar fuera de su iglesia a aquel demonio. Comprendí que la asistencia **a** la Misa echa por tierra todas las ventajas que puede lograr el diablo y que los momentos de la Elevación son terribles para el enemigo de las almas.

Terminada la Misa salí, convencido de que no me encontraría más con aquel individuo; pero he aquí que apenas traspuse la puerta, veo a uno completamente encogido y con la espalda pegada a un rincón de la iglesia. Tenía en la cabeza un gorro rojo; observé atentamente y vi que de aquel gorro salían dos cuernos muy largos.

—¡Ah! ¿Todavía estás aquí, mala bestia?—, le grité con tal fuerza que asusté al pobre Enria que estaba junto a mi lechó, y entretanto me desperté.
****

Y prosiguió:

Aquí tienen el relato del sueño que tuve y aunque no es más que un sueño, por él pude conocer una cosa en la cual jamás había pensado. Y es que el demonio no se contenta con anotar en su libro el mal que ve hacer, pues el Señor en el juicio no le creería; sino que escribe también la sentencia de condenación tomada de la Escritura y de la ley de Dios; así, él mismo pronuncia el veredicto.

Ahora habrá muchos que desearán saber si tenían algo escrito, lo que tenían escrito y *si sus nombres estaban anotados con tinta o no. Pero aquí no conviene que lo digamos en público; en particular podré contestar a quien así lo desee.*

Otras muchas casas *vi en este sueño; hay otros muchos episodios con las palabras de indignación que dijo contra mí y contra algún otro, pero esto sería muy largo de contar; lo iremos diciendo poco a poco.*

El día cuatro de marzo, después de las oraciones de la noche, [San] Juan Don Bosco volvió a hablar a los estudiantes y a los artesanos. He aquí sus palabras:

Tendría esta noche muchas cosas que decirles, pasadas y presentes; pero como hay tantos que preguntan continuamente algún detalle de aquel bendito sueño, hoy les diré algunas particularidades, pues contarlas todas sería el cuento de nunca acabar.

Alguno me preguntaba que si después de haberse quemado el cuaderno que llevaba aquel caballerete, no vi nada más. He aquí lo que vi entonces. Apenas aquel libro quedó reducido a cenizas y aquel horrible animal desapareció, se levantó una especie de nubécula en medio de la cual vi como una bandera o estandarte en el que aparecía esta inscripción: "¡Gracia obtenida!", y había además otras cosas que yo no les quería decir para que no les enseñorearan un poco; pero se las manifestaré porque todos son buenos y virtuoso. Pude ver que sus conciencias, durante el tiempo que yo estuve ausente, se conservaron todas en buen estado.

Puedo asegurarles que han conseguido muchas gracias en favor de sus almas y también la que pediste para mí, a saber: mi curación.

Pero no fue esto todo lo que vi en el sueño. Mientras que yo y algún otro seguíamos a aquel demonio para ver lo que hacía y lo que escribía, pude ver que en el cuaderno estaban escritos los nombres de todos los jóvenes, pero después de cada dos o tres páginas, siguiendo la línea del nombre sobre el que se leía "72-73-74-75-76", al llegar a esta cifra en lugar del nombre había estas palabras: Réquiem aeternam: *pasaba a otra página y otra vez se leía:* Réquiem aeternam *faltando el nombre de otro individuo que estaba en la primera.*

Sólo pude ver hasta el "76"; conté los Réquiem aeternam y *eran 22, de ¡os cuales "6" correspondían al "72", pero hasta llegar al "76" eran 22.*

Intenté interpretar esto, pues han de saber que los sueños hay que interpretarlos; y comprendí que antes del 76 se deberían haber cantado ya 22 Réquiem aeternam. *Dudé un poco en aceptar esta interpretación, pareciéndome una cosa exagerada que entre nosotros antes del 76 tuvieran que morir tantos, estando todos sanos y robustos, pero no supe darme otra explicación. Esperemos que se puedan cantar también las otras palabras que vienen detrás, esto es,* et lux perpetua luceat eis y *nosotros podamos decir que tal luz resplandece ante nuestros ojos.*

Ahora ni quiero, ni conviene que yo diga, cuántos y quiénes de entre

vosotros tuvieran escritos el Réquiem aeternam; *dejemos esto en el dominio de los juicios insondables de Dios; nosotros pensemos sólo en conservarnos en su gracia, para que cuando llegue nuestro día podamos presentarnos confiados al Divino Juez.*

Por mi parte, habiendo obtenido por mediación de vuestras oraciones la curación, aunque no deseaba sanar —mas *siendo la vida un don de Dios, y si El nos la conserva, es una gracia que nos concede ininterrumpidamente— procuraré emplearla siempre en su servicio y para bien suyo, pues sois vosotros quienes me han conseguido la salud, a fin de que podamos todos un día ir a gozar de Dios en el cielo, que tantos favores nos prodiga en este valle de lágrimas».*

De las pacientes investigaciones hechas en los registros de la casa, tanto en los de la Prefectura como en los de las clases, como también en el de Necrología de [Beato] Miguel Don Rúa, resulta que los muertos fueron realmente 22, y precisamente 6 en el 1872, 7 en el 73, 5 en el 74 y *5 en el 75. También Don Berto tomó apuntes de este sueño, pero posteriormente, por lo que no debe causarnos extrañeza alguna inexactitud; y ateniéndose a sus memorias declaraba también en el Proceso Informativo que [San] Juan Don Bosco había predicho seis muertos para el 72 y veintiuno para los tres años siguientes, concluyendo: «Habiendo visto con mis ojos... exactamente cumplida la predicción del primer año de 1872, no me preocupé de tomar nota de los demás, creyendo que sería inútil, pues según lo acostumbrado, morirían ciertamente en el tiempo predicho otros veintiuno, como en efecto sucedió, por lo que recuerdo».*

En el cómputo realizado hemos excluido a los que murieron fuera del Oratorio, como Cavazzoli en Lanzo, otros en Borgo San Martino, en el hospital de San Giovanni, en familia, de forma que todos, comprendido el número, llegaría a igualar y tal vez a alcanzar el indicado por Don Berto.

EL RUISEÑOR

SUEÑO 82.—AÑO DE 1872.

(M. B. Tomo X, págs. 49-50)

Del 3 al 7 de julio de 1872, en el Oratorio tuvieron lugar los Ejercicios Espirituales para los alumnos, que fueron predicados por Don Lemoyne y por

Don Corsi, y [San] Juan Don Bosco después de haber pedido al Señor que le diese a conocer si todos los habían hecho bien, tuvo este sueño que contó a toda la comunidad:
****

Me pareció estar en un patio mucho más espacioso que el del Oratorio todo rodeado de casas, de plantas, de matorrales. En las ramas de los árboles y entre las espinas de las malezas había de trecho en trecho algunos nidos, con los polluelos a punto de emprender el vuelo en distintas direcciones. Mientras me complacía oyendo piar a aquellos pajarillos, he aquí que se cae delante de mí un animalillo que por su canto conocí que era un ruiseñor.

—¡Oh!, —dije—, si te has caído es que las alas no te sirven aún para volar y por tanto te podré coger.

Y diciendo esto avancé y alargué el brazo para apoderarme del animalillo.

—Pero ¿qué?, estaba ya casi rozándole las alas, lo tenía en mi poder como quien dice, cuando el pajarillo, haciendo un esfuerzo, comienza a volar llegando hasta la mitad del patio.

—Pobre animal —dije para mí—; es inútil todo esfuerzo; es inútil que intentes escapar, pues te perseguiré hasta capturarte. Y dicho esto comencé a correr detrás de él y cuando estaba para atraparlo me hace la misma jugada, y concentrando todas sus fuerzas consigue volar aún más lejos.

—¡Vaya con el animalejo!, —exclamé—; quiere salirse con la suya; pues bien, veremos quién gana la partida.

Y he aquí que me acerco a él por tercera vez y como si persistiese en la idea de burlarse de mí, cuando lo tenía casi en mi poder, se levanta como a la distancia de un tiro de escopeta y más aún.

Yo lo sigo con la vista, maravillado de su atrevimiento, cuando de pronto veo caer sobre aquel ruiseñor un enorme gavilán que, aferrándolo con sus potentes garras, se lo lleva para devorarlo.

Al ver aquella escena sentí que la sangre se me helaba en las venas, y deplorando el infortunio del incauto, lo seguí con la mirada.

Yo me decía entretanto:

—Quise salvarte y no te dejaste prender, antes bien, te burlaste de mí tres veces seguidas y ahora pagas el precio de tu testarudez.

Entonces el ruiseñor con una voz muy débil, dirigiéndome la palabra, lanzó tres veces este grito:

—Somos diez... Somos diez... Somos diez...

Me desperté sobresaltado y, naturalmente, con la mente fija en el sueño y reflexionando sobre aquellas misteriosas palabras, pero no me fue posible deducir el sentido.

A la noche siguiente he aquí que continuó el mismo sueño.

Me pareció estar en el mismo patio, que parecía también rodeado de casas, de plantas y de matorrales, y he aquí que veo el terrible gavilán que con una mirada feroz, con los ojos sanguinolentos, vuela cerca de mí. Maldiciendo la crueldad que había usado para con aquella pobre bestezuela, levanto la mano en señal de amenaza; el pajarraco huye entonces despavorido y, al hacerlo, deja caer a mis pies un papel en el que había diez nombres escritos. Lo recojo con ansiedad, lo devoro con la vista y leo en él los nombres de diez jóvenes que están aquí presentes.
****

Me *desperté,* y *sin gran esfuerzo comprendí inmediatamente el secreto, a saber: que aquellos eran los jóvenes que no habían querido saber nada de ejercicios* y *que no habían ajustado las cuentas de sus conciencias* y *que en lugar de darse al Señor por mediación de [San] Juan Don Bosco habían preferido entregarse al demonio.*

Me arrodillé, di gracias a María Auxiliadora que se había dignado darme a conocer de una manera tan singular los nombres de aquellos hijos que habían desertado de las filas, prometiéndole al mismo tiempo no cejar hasta que me fuese posible mi intento de reducir al redil a aquellas ovejas descarriadas.

Este relato es de Don Berto, retocado por Don Lemovne. Don Berto hizo relación del mismo en el Proceso Informativo para la causa de Beatificación y *Canonización del amadísimo Padre, terminando con estas*

palabras: «Recuerdo que dichos jóvenes fueron avisados privadamente en nombre de [San] Juan Don Bosco y que uno de ellos, no habiendo querido cambiar de conducta, fue despedido del Oratorio».

AL VOLVER DE VACACIONES

SUEÑO 83.—AÑO DE 1872.

(M. B. Tomo X. págs. 51-52)

He aquí lo que cuenta Don Evasio Rabagliati, entonces clérigo en el Oratorio, por habérselo oído a [San] Juan Don Bosco al principio del año escolar 1872-73.
****

Me pareció ver lo que todos los años sucede en esta estación. Las vacaciones estaban para terminar y los jóvenes acudían en grandes grupos al Oratorio; Sucedió entonces, por casualidad, que como saliese de casa para algunos asuntos míos, me encontré a uno que regresaba de las vacaciones. Lo observé un momento y al ver que no me saludaba lo llamé por su nombre, y cuando lo tuve junto a mí, le dije:

—Y bien, querido, ¿cómo has pasado las vacaciones?

—Bien— me respondió.

—Dime, ¿has observado los propósitos que me dijiste al marchar que cumplirías?

—¡Oh!, no: era algo muy difícil; aquí tiene sus recuerdos y mis propósitos, los he puesto en esta caja.

Y al decir esto me mostraba una cajita que llevaba debajo del brazo.

—¿Y por qué has mentido así —le dije— y has engañado a [San] Juan Don Bosco y al Señor? ¡Qué desgraciado! ¡Ah! Al menos procura ahora arreglar las cosas de tu alma.

—¡Oh, sí!... ¡El alma!... ¡Ah, sí; hay tiempo! Después... después...

Y así diciendo se marchaba a otra parte. Pero yo le volví a llamar y le

dije:

—Pero ¿por qué haces eso? Escúchame y recobrarás la alegría.

—¡Uff!—, exclamó encogiéndose de hombros por toda respuesta, y se alejó.

Yo, siguiéndole con una mirada llena de tristeza, le dije:

—Pobre muchacho, te has buscado tu propia ruina y no ves la fosa que te has abierto a tus pies.

Y al decir esto siento un ruido como de un cañonazo y me desperté asustado, encontrándome sentado en mi lecho.

Entonces, durante un buen rato, estuve meditando sobre lo que había visto, sintiéndome hondamente preocupado por la suerte de aquel joven.

Después, como me volviese a dormir, he aquí que continuó el sueño interrumpido.

Me pareció hallarme solo en medio del patio y al dirigirme hacía la portería me encuentro con dos sepultureros que venían a mi encuentro. Fuera de mí por la sorpresa, me acerqué a ellos para preguntarles:

—¿Qué buscan?

—¡Al muerto!—, me respondieron.

—Pero ¿qué dicen? Aquí no hay ningún muerto. Se han equivocado de puerta.

—Oh, no, de ninguna manera. ¿No es esta la casa de [Saan] Juan Don Bosco?

—¡Cierto!—, respondí.

—Pues bien, nos avisaron que un joven de [San] Juan Don Bosco se había, muerto y que teníamos que enterrarlo.

—Pero, ¿cómo es esto? ¿Es que estoy soñando? Yo no sé nada.

Entretanto miraba a mi alrededor buscando a alguno.

El patio estaba desierto. Y continuaba diciéndome a mí mismo:

—¿Cómo es que no veo a nadie? ¿Dónde están todos mis hijos? ¡Además es de día!

Nos dirigimos hacia los pórticos y allí cerca encontramos una caja sobre la cual de un lado estaba escrito el nombre del joven muerto con la fecha del año 1872. En otra parte se leían estas terribles palabras: Vitia *eius cum pulvere dormient.* \

Como los sepultureros se lo quisiesen llevar, yo me opuse diciendo:

—No permitiré qué se lleven a uno de mis hijos sin que yo le hable aún una vez.

Y me acerqué a la caja con intención de romperla; pero no me fue posible a pesar de todos los esfuerzos que hice. Y como yo siguiese en mis trece y los sepultureros se impacientasen, comenzaron a discutir conmigo, y uno en un arrebato de furor dio un tan gran golpe al ataúd que al romperlo me despertó, dejándome por todo el resto de la noche triste y melancólico.
****

A la mañana siguiente, lo primero que hice fue preguntar si el tal individuo estaba ya en el Oratorio y me dijeron que estaba jugando en el patio. Entonces me sentí aliviado en mi dolor.

Aquel desgraciado, a lo que parece artesano, fue el mismo a que se refirió también Don Luis Piscetta, que era alumno del Oratorio en el curso 1872-73, en el Proceso Informativo.

En el año de 1873 [San] Juan Don Bosco reunió una noche a todos los artesanos y *a los estudiantes, y en las buenas noches, predijo, estando yo presente, que moriría un joven cuya muerte debía servir de lección, pero no de ejemplo que imitar. Un mes después murió el joven de quince años G... O..., que estaba completamente sano en la época de la predicción del [Santo].*

Habiendo enfermado se le acercaron varios sacerdotes recomendándole calurosamente que pensase en su alma, pero el paciente se

negó obstinadamente aduciendo diversos pretextos. Perdió el oído y la palabra y si bien los volvió a adquirir, aunque no plenamente, no quiso saber nada de Confesión y murió sin Sacramentos. A su muerte estuvo presente Santiago Ceva y fueron testigos de su obstinación Carlos Fontana y Miguel Vigna.

Sin duda [San] Juan Don Bosco no dejó de hacer cuanto pudo para prepararlo al gran paso; pero después, en aquellos días, hubo de ausentarse del Oratorio. El pobre joven, que se encontraba muy bien de salud, enfermó de improviso, siendo llamado para confesarlo Don Cagliero, que con las más suaves maneras lo invitó a que pensase en su alma; pero el infeliz, que apenas contaba quince años, le dijo repetidas veces que no era todavía tiempo, que no tenía ganas y que le dejase tranquilo. Don Cagliero se le acercó nuevamente y quiso hablar familiarmente con él, después le hizo algunas preguntas sobre su vida pasada, pero el pobrecillo que le había contestado ya algo, al darse cuenta de la intención del sacerdote, calló y se volvió hacia la otra parte. Don Cagliero insistió nuevamente, pero el enfermo persistió en su mutismo, muriendo sin Sacramentos el mismo día que [San] Juan Don Bosco regresaba al Oratorio.

La impresión de terror que causó esta muerte en el corazón de los jóvenes duró mucho tiempo».

LA PATAGONIA

SUEÑO 84.—AÑO DE 1872.

(M. B. Tomo X, págs. 54-55)

He *aquí el sueño que decidió a [San] Juan Don Bosco a iniciar el apostolado misionero en la Patagonia.*

Lo contó por vez primera a Beato Pío Pp. IX en el mes de marzo de 1876. Seguidamente repitió el relato del mismo a algunos salesianos en privado. Al primero a quien hizo esta confidencia fue a Don Francisco Bodrato el 30 de julio del mismo año, y *Don Bodrato aquella misma noche lo contó a Don Julio Barberis, en Lanzo, donde había ido a pasar algunos días de vacaciones con un grupo de clérigos novicios.*

Tres días después, Don Barberis se dirigía a Turín, y encontrándose en

la biblioteca conversando con el Santo, mientras paseaban, oyó de sus labios el mismo relato. Don Barberis nada dijo de esto, habiendo experimentado una gran satisfacción por haber oído directamente de labios de [San] Juan Don Bosco la narración de este sueño, pues el [Santo] siempre solía añadir algún detalle nuevo.

También Don Lemoyne lo oyó del mismo [San] Juan Don Bosco, y tanto Barberis como Don Lemoyne lo pusieron por escrito.

[San] Juan Don Bosco —declaraba Don Lemoyne— les dijo que habían sido los primeros a los cuales había expuesto detalladamente esta especie de visión, que ofrecemos aquí repitiendo las mismas palabras casi, del [Santo].
****

Me pareció encontrarme en una región salvaje y por completo desconocida. Era una inmensa llanura completamente inculta, en la cual no se descubrían ni montes ni colinas. Pero en sus lejanísimos confines se perfilaban escabrosas montañas. Vi en ella una turba de hombres que la recorrían. Estaban casi desnudos, su altura y estatura eran extraordinarias, su aspecto feroz, los cabellos largos y erizados, el color bronceado y negruzco e iban vestidos con largas pieles de animales que les caían por las espaldas. Usaban como armas una especie de lanza larga y la honda o lazo.

Estas turbas de hombres, esparcidos por acá y por allá, ofrecían a los ojos del espectador escenas diversas: unos corrían detrás de las fieras para darles caza; otros llevaban clavados en las puntas de sus lanzas trozos de carne ensangrentada. Por una y otra parte los unos luchaban contra los otros, otros peleaban con soldados vestidos a la europea, quedando el terreno cubierto de cadáveres. Yo temblaba al contemplar semejante espectáculo, y he aquí que en el límite de la llanura aparecen numerosos personajes, en los cuales, por sus ropas y por la manera de conducirse, reconocí a los Misioneros de varias Ordenes. Estos se aproximaron para predicar a aquellos bárbaros la religión de Jesucristo. Los observé atentamente, pero no reconocí a ninguno. Se mezclaron con los salvajes, pero aquellos bárbaros, apenas los tenían cerca, con un furor infernal y con una alegría diabólica se arrojaban encima de ellos, los mataban y con una saña feroz los descuartizaban y clavaban los pedazos de sus carnes en las puntas de sus largas picas. Después se volvían a repetir las luchas entre ellos y con los pueblos vecinos.

Después de haber observado aquellas horribles matanzas, me dije para mi:

—¿Cómo hacer para convertir una gente tan salvaje?
Entretanto vi en lontananza un grupo de nuevos misioneros que se acercaban a aquellos bárbaros con rostro alegre, precedidos por un número determinado de jovencitos.

Yo temblaba pensando:

—Vienen para hacerse matar.

Y me acerqué a ellos; eran clérigos y sacerdotes. Los miré atentamente y vi que eran nuestros salesianos. Los primeros me eran conocidos y si bien no pude conocer personalmente a otros muchos que seguían a éstos, me di cuenta de que eran también Misioneros salesianos, misioneros de los nuestros.

—Pero ¿cómo es esto?—, exclamé.

Estaba decidido a no dejarlos avanzar y me dispuse a hacerles que se detuvieran. Estaba seguro de que correrían la misma suerte que los anteriores. Quise hacerles volver atrás, cuando noté que su aparición había provocado la alegría entre todas las turbas de los bárbaros, los cuales depusieron las armas y su ferocidad y acogieron a nuestros Misioneros con las mayores muestras de cortesía.

Maravillado de esto me decía a mí mismo:

—¡Ya veremos cómo termina todo esto!

Y vi que nuestros misioneros avanzaban hacia aquellas hordas de salvajes; les instruían mientras ellos escuchaban atentamente sus palabras; les enseñaban y aprendían prontamente; les amonestaban y ellos aceptaban y ponían en práctica sus avisos.

Seguí observando y me di cuenta de que los misioneros rezaban el santo Rosario, mientras que los salvajes corriendo por todas partes se agrupaban alrededor de ellos y contestaban a aquellas oraciones.

Después los salesianos se colocaron en el centro de aquella muchedumbre y se arrodillaron. Los salvajes, después de deponer las armas a los pies de los misioneros, también se arrodillaron. Y he aquí que uno de los

salesianos entonó el: «Alabad a María, oh lenguas fieles», aquellas turbas, todas a una voz, continuaron la letrilla tan al unísono y en tono tan fuerte que yo, asustado, me desperté.
****

Este sueño lo tuve hace cuatro o cinco años y me causó mucha impresión, quedando convencido de que se trataba de un aviso del cielo. Con todo, no comprendí su particular significado. Vi claramente que hacía referencia a Misiones extranjeras, en las que ya hacía tiempo había pensado con gran ilusión.

El sueño, pues, continúa Don Lemoyne, tuvo lugar hacia el 1872. Al principio, [San] Juan Don Bosco creyó que se trataba de ¡os pueblos de Etiopía, después pensó en los alrededores de Hong-Kong y en los habitantes de Australia y de las Indias; sólo en el 1874, cuando recibió las más apremiantes invitaciones para que enviase los salesianos a la Argentina, comprendió claramente que los salvajes que había visto eran los habitantes de la inmensa región, entonces casi desconocida y conocida hoy con el nombre de Patagonia.

LOS PROPÓSITOS EN LA CONFESIÓN

SUENO 85.—AÑO DE 1873.

(M. B. Tomo X. pág. 56)

En la noche del 31 de mayo de 1873, después de las oraciones, al dar las buenas noches a los alumnos, el [Santo] les hizo esta importante declaración, llamándola "resultado de sus pobres plegarias" y que lo que iba a decir "provenía del Señor".

Durante todo el tiempo de la novena de María Auxiliadora, mejor dicho, durante todo el mes de mayo, en la Misa y en mis oraciones particulares pedí al Señor y a la Virgen la gracia de que me hiciesen conocer qué era lo que más contribuía a la ruina eterna de las almas.
****

Ahora no me atrevo a decirles si esto proviene o no del Señor; pero sí les puedo afirmar que casi todas las noches soñaba con que el motivo fundamental de la condenación eterna de los *más,* era la falta de propósitos en las Confesiones. Y así me pareció ver a algunos jóvenes que salían de la iglesia después de confesarse y que tenían cuernos.

—¿Cómo es esto?, —me decía para mí—. ¡Ah, esto proviene de la falta de propósitos en la Confesión! Este es el motivo por el que son tantos los que vienen a confesarse con frecuencia, sin enmendarse jamás; se confiesan siempre de las mismas cosas. Son los que (y hablo de casos hipotéticos, pues no puedo servirme de nada de lo que he oído en confesión porque es secreto), son los que al principio del año tuvieron un voto desfavorable y continúan con el mismo voto; los que murmuraban al comienzo del año y ahora continúan murmurando.
****

He creído oportuno decirles esto, porque es el resultado de las pobres oraciones de [San] Juan Don Bosco y procede del Señor.

De este sueño no dijo más en público, pero privadamente hizo uso de otros detalles que en él le fueron revelados para animar y amonestar a los jóvenes.

Para nosotros lo poco que dijo y la forma como lo dijo constituye una grave advertencia, que se ha de recordar con frecuencia a los alumnos.

LOS PECADOS EN LA FRENTE

SUEÑO 86.—AÑO DE 1873.

(M. B Tomo X. págs. 69-70)

La noche del 11 de noviembre de 1873, después de las oraciones, al dar las buenas noches, [San] Juan Don Bosco narraba este sueño que tuvo el 8 y el 10 del mismo mes.

El relato es de Don Berto.
****

Me parecía estar visitando los dormitorios y que los jóvenes estaban sentados en las camas, cuando he aquí que apareció un desconocido que tomándome la lámpara de la mano, me dijo:

—¡Ven y verás!

Yo le seguí. El se acercó entonces al lecho de cada uno de los alumnos y elevando la luz a la altura de la frente me invitaba a observar. Yo me fijé

atentamente en la frente de cada uno de los muchachos y vi escritos en ella todos sus pecados. El desconocido me dijo entonces que escribiese, pero yo, creyendo que podría recordar todo, seguí adelante sin tomar nota de aquellas cosas que veía escritas. Pero reflexionando después sobre la imposibilidad de retener en la memoria todo cuanto había visto, volví atrás y lo anoté en mi libreta de apuntes.

Después de recorrer un dormitorio muy largo, mi guía me condujo a un rincón en el cual se encontraba un numeroso grupo de jóvenes con el rostro y la frente blancos y nítidos como la nieve. Entonces manifesté mi alegría, y él, siguiendo adelante, me señaló uno que tenía todo el rostro lleno dé manchas negras, y después, prosiguiendo la marcha, vi a otros muchos y mientras tomaba nota de cuanto veía me decía a mí mismo:

—Así podré avisarles.

Por fin, al llegar al extremo del corredor, siento en un ángulo del mismo un gran ruido y después que entonaban en voz alta el *Miserere.*

Me volví a mi compañero preguntándole quién se había muerto y él me dijo:

—Se ha muerto el que viste cubierto de manchas negras.

—Pero ¿cómo, si ayer por la noche estaba todavía vivo; yo lo he visto pasear, y ¿dices que ha muerto?

El guía tomó un almanaque, lo abrió y después dijo:

—Mira aquí la fecha.

Miré y estaba escrito: día 5 de diciembre de 1873.

Dicho esto se volvió hacia una parte y yo hacia la otra y me encontré despierto en mi lecho.

****

Es cierto que esto es un sueño, pero ya en otras ocasiones estos sueños se cumplieron fatalmente; por tanto, nosotros, sin hacer caso de los sueños ni de otras cosas, recordemos la sentencia del Divino Salvador, el cual nos aconsejaba que estemos preparados.

Cuando hubo terminado de hablar el [Santo], todos, jóvenes, clérigos y *sacerdotes, se le acercaron deseosos de saber lo que había visto escrito en la frente de cada uno, y a muchos de ellos, entre los cuales numerosos clérigos, no fue posible enviarlos a dormir antes de que les dijese confidencialmente lo que deseaban.*

Al acompañarlo a su habitación —contaba Don Berto— me dijo que la lámpara que llevaba en el sueño era la misma que solía usar por la noche.

Y al llegar a su cuarto, mientras paseábamos juntos me dijo: —Qué poco se necesita para poner a los jóvenes en movimiento; tengo la seguridad de que un sermón no les habría impresionado tanto. Es necesario que les cuente estas cosas con frecuencia.

Y yo añadí:

—¡Oh, sí; haría un gran bien! ¡Verá mañana cuántos acuden a confesarse! Oí a uno que decía:

—Esta noche no quiero preguntarle qué es lo que vio sobre mi frente, pues mañana no me atrevería a ir a confesarme.

En efecto, al día siguiente lo vi confesándose.

[San] Juan Don Bosco continuó hablando del que tenía la cara cubierta de manchas negras:

—Ya vino uno esta noche... Y me preguntó qué era lo que había visto y *yo le dije dos o tres cosas; después me interrumpió:*

—Basta, basta —dijo—, sabe demasiadas cosas. Y por la mañana lo vi confesándose.

El joven que tenía el rostro cubierto de manchas negras, el 4 de diciembre estaba aún jugando en el patio y hacia las cinco de la tarde sufrió un ataque de gripe. Fue conducido a la enfermería, por la noche se confesó y recibió la Extremaunción, por la mañana estaba en las últimas. Vinieron sus parientes y lo condujeron en coche al hospital de San Juan, y aquel día —precisamente el 5 de diciembre— a las once de la noche pasaba a la

eternidad.

[San] Juan Don Bosco entretanto se encontraba en Lanzo, regresando al Oratorio el día 6, cuando la tía del enfermo, llorando, le comunicaba la doloroso noticia, que se difundió como un relámpago por toda la casa, despertando un espanto universal.

—¿Cómo?, —decían los alumnos—. ¿Ya ha muerto? ¡Si anteayer fue de paseo!

Y *el [Santo], la noche siguiente, al dar los buenas noches consolaba a sus oyentes diciendo que el difunto, antes de enfermar, había hecho su confesión general.*

Don Berto, que en sus cuadernos anotó los nombres de los que interrogaron a [San] Juan Don Bosco sobre el estado de sus conciencias inmediatamente después de las buenas noches, y de aquél que también le preguntó interrumpiéndole al oír algunas palabras, y del que no se le quiso acercar aquella noche y se *confesó a la mañana siguiente, y del propio difunto, hacía esta declaración en el Proceso Informativo:*

«La noche del 7 de diciembre de 1873, acompañando al [Santo] a su habitación, al llegar a esta le pedí me manifestase de una manera confidencial, cómo hacía para conocer el interior de los jóvenes, especialmente sus pecados.

—Mira —me dijo—, casi todas las noches sueño que vienen a mí los jóvenes pidiéndome confesarse y que al hacer su confesión general me descubren todos sus enredos de conciencia, y después, a la mañana siguiente, cuando se acercan en realidad a hacerlo, yo no tengo más que manifestarles todos los embrollos que tienen en la conciencia.

—Escriba esas cosas que son tan útiles.

—¡Oh, de ninguna manera! Tales cosas pueden y deben servir solamente al que ejercita el sagrado ministerio... y cuando uno es favorecido por Dios con estos dones singulares»...

PREDICCIÓN DE UNA NUEVA MUERTE
SUEÑO 87.—AÑO DE 1873.

(M. B. Tomo X, págs. 71-72)

Durante la visita que hiciera el [Santo] en el mes de diciembre de 1873 al colegio de Lanzo, contó un sueño semejante al anterior, haciendo referencia a una visita a los dormitorios, al canto del Miserere y *a una muerte inminente.*

Un joven llamado Julio Cavazzoli, de Fabbrico, diócesis de Guastalla, recomendado del Arcipreste de Campagnola, entró en el Oratorio en el 1870, pasando poco después a Lanzo, regresando al Oratorio en 1871; pero habiendo enfermado hacia fines de 1873 fue enviado nuevamente a Lanzo con la esperanza de que el clima de su nueva residencia le hubiese ayudado a recobrar la salud. Y en Lanzo estaba cuando [San] Juan Don Bosco hizo al colegio la visita a que hemos aludido, contando al mismo tiempo el presente sueño que quedó muy grabado en la mente de los alumnos. Carlos María Baratía, que hacía pocos días había entrado en el colegio de Lanzo, recordaba muchos años después al director del mismo, Don Lemoyne, que no había tomado nota alguna del hecho, ciertos detalles que ofrecemos al lector.
****

Le pareció a [San] Juan Don Bosco que un joven misterioso lo conducía a un dormitorio del Colegio. Todos los jóvenes descansaban en sus lechos. El guía, con una luz en la mano proyectándola sobre el rostro de los que dormían, daba a conocer al [Santo] los rostros de los muchachos. Los primeros tenían la frente blanca, otros surcada por una raya negra, otros tenían dos rayas negras (pecados veniales); otros tenían el rostro oscurecido como la niebla o como las tinieblas (pecados mortales). [San] Juan Don Bosco sacó un papel y con un lápiz apuntaba los nombres y el estado en que se encontraba cada uno. Al llegar al fondo del dormitorio fue cuando sintió cantar en el otro extremo, donde estaban los del rostro blanco, el *Miserere.*

—¿Qué significa este canto fúnebre?—, preguntó al joven misterioso que le acompañaba.

Y recibió esta respuesta:

—Ha muerto fulano de tal, el día tal.

—Pero ¿cómo es posible si hace poco estaba vivo?

—Ante Dios, el futuro es como el presente.

****

[San] Juan Don Bosco terminó diciendo que el hecho se verificaría de allá a un mes, pero no dio nombre alguno. Al mismo tiempo recordó a todos que estuviesen preparados.

Los jóvenes aseguraban que el [Santo] había dicho el nombre del tal al director.

Pasaron quince días y Cavazzoli cayó enfernio, muriendo poco después.

También Don Juan Gresino, que había entrado en el Colegio en 1872 nos exponía escuetamente el hecho, afirmando que [San] Juan Don Bosco había revelado al Director el nombre del que tenía que morir en breve.

Y el tal, joven de dieciocho años (había nacido en 1855) quince días después estaba a las últimas. "Fue confortado — como se lee en los registros parroquiales— con la Confesión, el Viático y la Bendición Papal", pero no quería morir. El director le hizo observar que era una suerte morir bien preparado, pues ¿quién podía asegurar que más tarde se encontraría en las mismas disposiciones?

—Bien; si es así, quiero morirme, pero ¿qué tengo que hacer para morirme?

Se le sugirieron algunas jaculatorias para obtener una buena muerte y *las repitió con toda devoción.*

—¡Ahí, querido Jesús... José y *María... les doy el corazón* y *el alma mía... Jesús, José* y *María... asístanme en mi última agonía... (comenzaba el estertor)... Jesús... José...* y *María... expire... en vuestros brazos... en paz... el alma mía.*

Y murió serenamente el 21 de diciembre a las diez y *media. En Lanzo —recordaba Don Gresino— [San] Juan Don Bosco dijo que aquel sueño lo había tenido la noche precedente y esto no nos debe causar extrañeza, puesto que él mismo había asegurado que casi todas las noches soñaba que escuchaba a sus hijos en confesión. En su inmensa caridad paterna bien merecía que el Señor le anunciase las muertes inminentes para que pudiese preparar a los que habían de morir, al gran paso.*

LA MISERICORDIA DIVINA

SUEÑO 88.—AÑO DE 1873.

(M. B. Tomo X. págs. 73-76)

El 29 de noviembre de 1873, al regresar de su visita a las casas de Sampierdarena, Varazze y Alassio, después de las oraciones de la noche, [San] Juan Don Bosco narraba a sus oyentes este otro sueño del que Don Berto nos legó esta detallada relación:

****

En los pasados días, mis queridos jóvenes, en los cuales me encontré fuera de casa, tuve un sueño verdaderamente espantoso. Una noche me fui a acostar pensando en quién sería aquel que, en el sueño que hace poco les narré, me había acompañado con la linterna en la mano a visitar los dormitorios, haciéndome observar sobre la frente de los jóvenes las negras manchas que embadurnaban sus conciencias; esto es, si era el desconocido un hombre como nosotros, o bien un espíritu en forma humana. Y preocupado con esta idea me quedé dormido.

Cuando he aquí que me vi transportado al Oratorio, pero con gran sorpresa pude comprobar que no se hallaba situado en el mismo sitio. Estaba emplazado a la entrada de un inmenso y amplio valle flanqueado de dos montículos en forma de hermosas colinas.

Yo me encontraba en medio de los jóvenes allí concentrados, todos los cuales permanecían silenciosos y pensativos. Cuando, de pronto, veo aparecer en el cielo un sol tan luminoso y brillante que con su luz deslumbraba de tal manera la vista que para no quedar enceguecidos teníamos que permanecer con la mirada fija en el suelo. Así estuvimos durante un buen rato, hasta que la luz de aquel sol tan esplendoroso comenzó a disminuir poco a poco hasta llegar a extinguirse casi por completo, dejándonos envueltos en la más profunda oscuridad, de forma que los jóvenes, incluso los que estaban más próximos unos a otros apenas si podían verse y reconocerse recíprocamente.

Este repentino paso de la más viva de las luces a las más profundas tinieblas nos llenó a todos de un gran terror. Pero mientras yo pensaba en la forma de librarnos de aquella tétrica oscuridad, vi aparecer por una esquina del valle una luz verdosa que extendiéndose en forma de amplia faja venía a

colocarse sobre el mismo valle y describiendo un bellísimo arco tocaba con ambas extremidades ligeramente las dos colinas. Entonces, en medio de tanta oscuridad, apareció un poco más de luz y el referido arco iris, que era semejante a los que se ven después de la lluvia o de un furioso temporal, o como suele suceder al producirse una aurora boreal, dejando caer torrentes de luces de los más variados colores.

Mientras permanecíamos todos allí admirando y gozando de aquel agradable espectáculo, descubro allá en el fondo del valle un nuevo portento que hizo desaparecer al primero. Era un globo eléctrico de extraordinarias dimensiones, que parecía suspendido en el aire entre el cielo y la tierra, el cual despedía por todas partes haces de luz tan vivos que ninguno podía tener la vista fija en él sin peligro de caer sin sentido al suelo. Dicho globo bajaba hacia nosotros y convertía el valle en un lugar tan resplandeciente, que diez de nuestros soles en pleno cenit no habrían logrado un efecto semejante. Y a medida que se aproximaba, veía yo cómo los jóvenes caían de bruces al suelo deslumbrados por su resplandor, como si hubiesen sido heridos por un rayo.

Al ver aquello quedé al principio tan lleno de terror que no sabía qué partido tomar; pero después, reaccioné y haciendo un gran esfuerzo posé la mirada fija e impávidamente en el globo siguiendo todos sus movimientos, hasta que al llegar encima de nosotros se detuvo como a unos 300 metros de altura.

Entonces dije entre mí:

—¡Quiero ver en qué consiste este maravilloso e inaudito fenómeno!

Lo examiné, pues, detenidamente, a pesar de encontrarse tan alto, y pude descubrir que por la parte de arriba terminaba en forma de gruesa pelota sobre la cual estaban grabadas en grandes caracteres estas palabras: «El que todo lo puede». Todo alrededor estaba dotado de varias filas de balconcillos ocupados por una inmensa multitud de personas de toda edad y condición, todas de aspecto glorioso y feliz, adornadas con vestiduras resplandecientes por la infinita variedad de los colores más diversos y de belleza indescriptible, que con sus sonrisas y actitud amistosa parecían invitarnos a tomar parte de su gozo y triunfo.

Del centro de aquel globo celeste partía una tupida lluvia de haces y de dardos de luz tan viva que, yendo a herir directamente a los jóvenes en los ojos, los dejaba sin sentido, haciéndoles vacilar y, finalmente, no pudiendo

mantenerse en pie, se veían obligados a tirarse de bruces al suelo. Por mi parte, no pudiendo resistir un tan gran esplendor, comencé a exclamar:

—¡Oh Señor, te ruego o que hagas cesar este divino espectáculo o que me hagas morir, pues me es imposible resistir la vista de una tan extraordinaria belleza!

Al terminar de decir esto y como sintiese que las fuerzas me faltaban, me arrojé yo también al suelo gritando:

—¡Invoquemos la misericordia de Dios!

Después de unos instantes, un tanto repuesto de la emoción, me levanté y di una vuelta por el valle para ver qué había sido de nuestros jóvenes; y con gran sorpresa y admiración por mi parte, pude comprobar que estaban todos tendidos por el suelo, inmóviles y en actitud de rezar. Para cerciorarme de si estaban vivos o muertos comencé a tocarles con el pie, diciéndoles:

—¡Ea! ¿Qué haces aquí? ¿Están vivos o muertos?

Y uno me dijo:

—Estoy invocando la misericordia de Dios.

Y sucesivamente fui recibiendo la misma respuesta de todos los que estaban tendidos por tierra.

Pero al llegar a cierta zona del valle, vi con gran dolor a algunos que estaban de pie, derechos, en actitud de rebeldía, con la cabeza erguida y vuelta hacia el globo, como si quisieran desafiar la majestad de Dios y con el rostro negro como un carbón. Me acerqué a ellos, los llamé por sus nombres, pero no daban señal alguna de vida. Estaban fríos como el hielo y como fulminados por los rayos y por los dardos que emitía el globo por su obstinación en no quererse someter e invocar con sus compañeros la misericordia divina. Lo que me causó mayor desagrado fue, como dije, comprobar que aquellos desgraciados eran bastante numerosos.

Mas he aquí que entretanto veo aparecer por el fondo del valle, como brotado del suelo, un monstruo de extraordinaria corpulencia y de una indecible deformidad. Era más horrible y deforme que cualquier monstruo de la tierra que yo jamás hubiera visto. Aquel endriago se venía acercando hacia

nosotros a grandes pasos. Entonces hice levantar a todos los muchachos, los cuales, al ver aquella horrible aparición, se sintieron también llenos de pavor. Yo entonces, preocupado y anhelante, me puse a buscar por allí cerca para ver si había algún superior que me ayudase a acompañar a los muchachos al montículo más próximo y ponerlos así a salvo de las zarpas de aquella bestia feroz, si por acaso intentaba asaltarles; pero no encontré a nadie.
Entretanto, el monstruo se acercaba cada vez más, y ya estaba a poca distancia de nosotros, cuando aquel globo que hasta entonces había permanecido inmóvil en el aire sobre nuestras cabezas, comenzó a moverse a toda velocidad y saliendo al encuentro de aquel monstruo llegó a colocarse precisamente entre nosotros y la bestia, bajando casi hasta el suelo como para impedirle que nos hiciera algún daño.

En aquel instante se oyó resonar en el valle como el retumbar de un trueno, esta voz:

—*Nulla est conventio Christi cum Belial!* No puede haber acuerdo posible entre Cristo y Belial, entre los hijos de la luz y los hijos de las tinieblas...; esto es, entre los buenos y los malos, que son llamados en la Sagrada Escritura precisamente hijos de Belial.

Al oír aquellas palabras me desperté todo tembloroso y como pasmado de frío, y aunque sólo eran las doce de la noche, no pude conciliar el sueño ni entrar en calor en toda ella.
****

Y si por una parte me sentí muy consolado al comprobar que casi la totalidad de nuestros jóvenes invocaban con humildad la misericordia de Dios y correspondían fielmente a los divinos favores, por otra parte les debo decir que me causó un gran dolor el número no pequeño de los ingratos que por maldad y dureza de corazón en resistir a todas las invitaciones de la gracia, habían sido castigados por la divina justicia quedando privados de vida.

A algunos los he llamado ya ayer noche y a otros hoy mismo, a fin de que se pongan en paz con el Señor y cesen de abusar de la Misericordia Divina, de ser piedra de escándalo para sus compañeros, pues no puede existir alianza alguna entre los hijos de Dios y los secuaces del demonio:

—Nulla est conventio Christi cum Belial.

Este es el último aviso que se les da.

Como ven, mis queridos jóvenes, mis recomendaciones proceden de un sueño como todos los demás; con todo, hemos de dar gracias al Señor, que se sirve de este medio para hacernos conocer el estado de nuestra alma y cómo prodiga generosamente sus luces y sus gracias a aquellos que invocan con humildad su auxilio y asistencia en las necesidades de alma y cuerpo, quia Deus superbis resistit, humilibus autem dat gratiam.

[San] Juan Don Bosco —escribe Don Berto— no dio otras explicaciones particulares del sueño; pero es fácil comprender las enseñanzas en él encerradas. Dios, mientras estamos in hac lacrymarum valle, *de la misma manera que el día alterna con la noche, tambien en la vida espiritual permite el paso de la luz a las tinieblas, y quien soporta con fe y humildad las épocas de oscuridad y de aparente abandono, ve también tornar la luz más viva y brillante en un espléndido arco iris tendido sobre el horizonte. Y si permanece constante en la fe y en la humildad más profunda, el pensamiento orientado hacia Dios, llega a comprender cada vez con mayor claridad la propia nulidad y la sublime majestad de Dios y la belleza inefable del premio que nos tiene preparado, sintiendo siempre la necesidad de estar continuamente postrado ante su presencia implorando su infinita misericordia.*

En cambio, el que, lleno de sí, descuida la vida interior, no pensando más que en las cosas terrenas y sin preocuparse de nada, pronto muere a la gracia y cae una y otra vez entre las garras del monstruo infernal, que da vueltas continuamente como un león rugiente, para arrebatar las almas a Dios. Mientras que el que habitualmente vive unido a Dios en las pruebas más graves, permanece en su gracia, porque Dios lo defiende con la espada desenvainada y goza de su auxilio acá abajo asegurándose el premio en el Paraíso.

La humildad, por tanto, es el camino del cielo. Donde hay humildad dice San Agustín, allí hay grandeza, porque el humilde está unido a Dios. Y la humildad no consiste en aparecer mezquino en el vestido, en el obrar, en el hablar; sino en estar postrado, con toda la mente, con todo el corazón, con toda el alma, en la presencia de Dios, convencidos de la propia nulidad e implorando de continuo la misericordia divina.

LOS SENDEROS

SUEÑO 89.—AÑO DE 1874.

(M. B. Tomo X, págs. 77-79)

La relación de este sueño es de Don Berto y *lo ofrecemos al lector tal* y *como se encuentra en el Proceso Informativo.*

«El martes 17 de noviembre de 1874, después de las oraciones, el [Santo] nos anunció que al día siguiente serían las confesiones del Ejercicio de la Buena Muerte que harían los estudiantes el jueves próximo. Nos exhortó, según sus costumbre, a que lo hiciéramos bien, diciendo:

—Yo no soy ni quiero ser profeta, pero podría decirles que uno de nosotros aquí presente, no digo quién, no volverá a hacer más este piadoso ejercicio.

Al bajar de la cátedra, como en otras ocasiones en que había hecho idénticas predicciones, fue inmediatamente rodeado por los jóvenes que se manifestaban deseosos de saber particularmente del [Santo] si les tocaba en aquella ocasión presentarse ante el tribunal del Señor.

Fueron suficientes estas contadas palabras para que al día siguiente, mañana y *noche, su confesionario se viese rodeado de una turba de jovencitos, deseosos de hacer con él la confesión general, como supe de labios de numerosos muchachos.*

Como yo estaba entonces casi siempre presente a estas piadosas escenas, puedo asegurar que estas predicciones hacían más bien a nuestros jovencitos que no diez tandas de ejercicios espirituales. Y este era el único fin que inducía al [Santo] a hacerlas, especialmente en público. Nos recomendaba, sin embargo, que no comunicásemos por escrito estas cosas a nadie, sino que todo quedase entre nosotros.

Para asegurarme aún más de que estos vaticinios no eran una piadosa estratagema para hacer el bien a los alumnos, en la noche del jueves 19 de noviembre de 1874, hablando con el [Santo] en su habitación, le pregunté en el seno de la confianza cómo hacía para anunciar con tanta espontaneidad la muerte de tantos jóvenes estando aún sanos y *robustos, especialmente del que había hecho referencia hacía dos días, pronosticando que no volvería hacer más el Ejercicio de la Buena Muerte. [San] Juan Don Bosco me contestó*

aunque con cierto reparo:
****

Me pareció ver a todos nuestros jóvenes dando un paseo hacia un prado. En él vi que cada uno caminaba por un sendero trazado para él solo, por el que no podía transitar ningún otro. El sendero que se abría ante algunos era muy largo, y al borde del mismo, de trecho en trecho, se leía el número progresivo del año de nuestra Redención. El de otros era menos largo, y el de otros más corto aún. El de unos avanzaba un largo trecho y luego quedaba cortado, por tanto, el joven que caminaba por él al llegar a aquel lugar caía muerto al suelo.

Vi algunos que estaban sembrados de lazos y que eran sumamente cortos.

Finalmente vi a uno que delante de sí no tenía trazado alguno de sendero, terminaba a sus mismos pies y en él apenas si se distinguía el número 1875. Este es el que no volverá a hacer más el Ejercicio de la Buena Muerte, pues morirá en el 1874, o tal vez apenas llegue a ver el 1875, pero no podrá hacer más dicho ejercicio.
****

No hace falta decir que, según recuerdo, la predicción se cumplió plenamente. Sino que he de añadir que nosotros estábamos ya acostumbrados a ver cómo se realizaban estos vaticinios, y que nos habría causado asombro, como si se tratase de una excepción a la regla, el poder comprobar el que alguna vez no fuese así».

Sobre la realización de las predicciones de [San] Juan Don Bosco, Don Lemoyne escribe:

«En el año 1872 o en el 1873 o en el 74, anunció que antes de terminar el año moriría un joven. Finalizo el año sin que ninguno pasara a la eternidad. Había, sin embargo, en casa un joven gravemente enfermo, el cual se negaba obstinadamente a recibir los Santos Sacramentos. Todos habían intentado hacerle deponer su actitud, pero en vano. En todos los institutos de Turín se había rezado por esta intención. Finalmente, el enfermo moría en el mes de enero después de haberse confesado con [San] Juan Don Bosco y de haber recibido ¡os Santos Sacramentos».

Los jóvenes le hicieron notar cómo su predicción no se había cumplido, pero es que no conocían plenamente lo que había sucedido.

[San] Juan Don Bosco les respondió:

—¿Es que querían que lo dejase morir sin haber recibido antes los Santos Sacramentos? ¿Iba a permitir semejante escándalo en casa?

Hubo, pues, una predicción, la gracia de una muerte retardada y una conversión. Parece que el difunto era un joven de veinticuatro años, al parecer mandado al Oratorio por la masonería para que actuase en medio de los compañeros.

Así lo aseguraba Don Evasio Rabagliati, testigo presencial del hecho.

MONSEÑOR GASTALDI

SUEÑO 90.—AÑO DE 1873.

(M. B. Tomo X, pág. 723)

Mons. Gastaldi, que antes de ocupar la sede de Turín había sido gran amigo de [San] Juan Don Bosco, elevado a esta, creyendo sin duda que defendía sus derechos in pontificalibus *y la autoridad episcopal, fue causa de no pocas dificultades y penas para [San] Juan Don Bosco.*

El Señor, para animar a su siervo, como de costumbre, le hizo ver en sueños cómo terminaría aquella penosa situación.
****

Le pareció al [Santo] que había tenido que salir para sus asuntos del Oratorio, a pesar de que llovía torrencialmente. Pasando por delante del palacio Arzobispal se encontró con Mons. Gastaldi, que vestido con sus más ricos paramentos episcopales, con la mitra en la cabeza y con el báculo en la mano, quería salir del palacio a pesar de aquella lluvia torrencial y de estar las calles llenas de barro.

[San] Juan Don Bosco le salió al encuentro y amablemente le pidió que se retirase a tiempo pues de otra manera quedaría todo cubierto de barro. Monseñor se volvió a él lanzándole una mirada burlona y sin decir una palabra se puso en camino. [San] Juan Don Bosco no se dio por vencido y le siguió rogándole insistentemente que le escuchase. Monseñor le contestó entonces:

—Vos métase en sus cosas.

Pero mientras decía esto resbaló, cayó al suelo ensuciándose todo de barro.

El [Santo] le ayudó a levantarse insistiendo nuevamente para que volviese atrás. Pero el Arzobispo le replicó:

—Vos sigáis su camino, que yo seguiré el mío.

Y no le hizo caso.

[San] Juan Don Bosco le seguía llorando, a cierta distancia, y continuaba suplicándole que no siguiese por aquel camino. Y he aquí que el Arzobispo cayó por segunda y por tercera vez, enlodándose cada vez más. Se levantó después a duras penas.

Cayó por cuarta vez para no levantarse más. Sus preciosas vestiduras estaban tan sucias que de todo su cuerpo no se veía otra cosa que una gruesa capa de barro. En vano intentó levantarse, sucumbiendo al fin.
****

Este sueño lo tuvo [San] JuanDon Bosco "apenas comenzaron las dificultades con Su Excelencia" y lo contó confidencialmente a algunos hermanos, entre los cuales estaba Don Bonora.

LA GUERRA CARLISTA DE ESPAÑA

SUEÑO 91.—AÑO DE 1874.

(M. B. Tomo X, pág. 1249)

He aquí un hecho singular dice Don Lemoyne en las Memorias Biográficas.

En el año de 1872, poco antes de que el partido carlista tomase las armas en España y proclamase rey, bajo el nombre de Carlos VII, al hijo del Infante Don Juan de Borbón, que en el 1868 había abdicado en su favor todos sus derechos, Don Carlos, que iba a ponerse al frente de sus partidarios, pasó por Turín acompanado del Conde Servanzi, Guardia Noble de Su Santidad, llegando ambos al Oratorio. El Conde, sin decir el nombre de su acompañante, se acercó a [San] Juan Don Bosco e hizo recaer la conversación sobre ¡a insurrección española, diciendo: —¿Qué dice [San] Juan Don Bosco de Don Carlos?

Y el [Santo]:

—Que si es voluntad de Dios que ocupe el trono, lo ocupará; pero solamente con los medios humanos es casi imposible que triunfe en su empresa.

El Conde prosiguió:

—¿Conoce a Don Carlos?

Nadie había dicho a [San] Juan Don Bosco quién fuese el acompañante del Conde, pero contestó rápidamente:

—Este es Don Carlos.

Y Don Carlos, rompiendo el silencio, dijo:

—O ahora o nunca. Tengo muchos amigos y además me asiste el derecho.

—Bien —le replicó el *[Santo]—*; *si quiere tener esperanza de éxito, proceda con recta intención para merecer las bendiciones de Dios.*

Siguieron hablando de otras cosas y cuando Don Carlos se retiró, [San] Juan Don Bosco le acompañó hasta la puerta, donde encontrándose con Don Lemoyne le dijo con la acostumbrada sonrisa:

—Te presento a Don Carlos, aspirante al trono de España.

Don Carlos tendió la diestra a Don Lemoyne, le estrechó la mano y así terminó la visita.

Pero [San] Juan Don Bosco no se olvidó del joven guerrero.

Don Carlos llegó a España, donde comenzó la tercera guerra carlista, que duró cuatro años, primero contra Amadeo de Saboya, que abdicaba el 11 de febrero de 1873, después contra los republicanos; en el 1874 contra Alfonso XII... y *el 29 de abril de 1874; escribe Don Berto:*
****

«[San] Juan Don Bosco se encontraba en la iglesia confesando; eran las

ocho de la mañana, cuando se puso de pie y le pareció encontrarse en medio de una gran batalla entre republicanos y carlistas. Sentía frecuentes cañonazos de una parte y de otra y quería llamar a alguno para saber qué era lo que sucedía», cuando aquella escena desapareció...
****

La lucha duró aún dos años, y en el 1876, Don Carlos abandona España, muriendo después en Italia, en Várese, el 18 de julio de 1909.

VOCACIONES TARDÍAS

SUEÑO 92.—AÑO DE 1875.
(M. B. Tomo XI, págs. 32-34)

En el año de 1875 tuvo origen una obra nueva a la que [San] Juan Don Bosco se entregó impulsado por su celo sacerdotal y por ilustraciones de lo alto.

Sabemos cómo aquellos tiempos eran contrarios a ¡as vocaciones eclesiásticas. Aberraciones políticas, escuelas laicas, prensa desenfrenada, vilipendio de la Iglesia y de sus ministros, grave situación económica del clero eran otras tantas causas que habían contribuido a diezmar las filas entre los alumnos de los Seminarios.

Para salir al paso a tan angustiosa situación, el [Santo] no ahorró sacrificio. Además, viendo el cariz que tomaban las cosas, no se cansaba de repetir que los futuros ministros del culto se habían de buscar "en medio de los que manejaban la azada y el martillo". Pero ni aun esto era suficiente; pues los jóvenes son siempre jóvenes y a pesar de prodigarles los más solícitos cuidados, muchos de ellos, encaminados al sacerdocio, se pierden por el camino. [San] Juan Don Bosco había comprobado que apenas una minoría llegaba al sacerdocio.

¿Qué hacer, pues? La necesidad era cada vez más apremiante: si se continuaba al mismo ritmo, la escasez de sacerdotes ocasionaría ¡a desolación de la viña del Señor. [San] Juan Don Bosco, siendo un simple estudiante de bachillerato, se había prestado amablemente a ayudar a un buen hombre que a despecho de la edad quiso hacerse sacerdote y que gracias acta caridad del [Santo] había conseguido entrar en el Seminario, haciendo sus estudios y recibiendo las órdenes sagradas.

De otras vocaciones tardías [San] Juan Don Bosco se ocupó seguidamente, sobre todo en el Oratorio, donde admitió a las clases elementales a algunos individuos ya maduros, deseosos de entrar en la carrera eclesiástica. Así tuvo ocasión de constatar que tales sujetos se daban al estudio con ardor, manifestaban una sólida piedad y excelentes disposiciones para ayudar a los compañeros más jóvenes. Por tanto, mientras pedía insistentemente al Señor sobre la manera de proporcionar numerosos sacerdotes a la Iglesia, he aquí que le viene a la mente la idea de recoger jóvenes adultos bien dispuestos, de dotarles de un régimen especial preparándolos adecuadamente para ascender las gradas del altar.

Mientras reflexionaba sobre este santo designio, en los comienzos del 1875 sucedió algo que lo impulsó decididamente a la empresa.

El relato hecho por él mismo ante los miembros del Capítulo Superior fue inmediatamente consignado por escrito y nosotros lo reproducimos aquí ad litteram. *Helo, pues:*

****

Un sábado por la noche —dijo [San] Juan Don Bosco— me encontraba confesando en la sacristía; y pensaba en la escasez de sacerdotes y de vocaciones y en la manera de acrecentar su número. Veía ante mí un tan gran número de jóvenes buenos e inocentes que venían a confesarse y me decía a mí mismo:

—Quién sabe cuántos alcanzarán la meta y el tiempo que se necesita aún para que lleguen al sacerdocio los que perseveren; y la necesidad de la Iglesia es urgente.

Mientras me encontraba muy distraído con este pensamiento, aun sin dejar de confesar me pareció encontrarme en mi habitación sentado a mi mesa de trabajo, teniendo entre mis manos el registro donde están anotados los nombres de todos los que se hallan en casa. Y me decía entre mí:

—¿Cómo es esto? ¿Estoy confesando en la sacristía y en mi habitación al mismo tiempo? ¿Estaré soñando? No; éste es el registro de los jóvenes: ésta es mi mesa de trabajo.

Entretanto oí una voz detrás de mí que me decía:

—¿Quieres saber la manera de poder aumentar y pronto el número de

los buenos sacerdotes? Examina ese registro y de él deducirás lo que tienes que hacer.

Yo examiné el registro y después dije:

—Estas son las listas de los nombres de los jóvenes de este año y de años precedentes y nada más.

Yo me encontraba muy preocupado, leía los nombres, seguía reflexionando, miraba aquellas listas por abajo, por arriba, por todas partes, para ver si encontraba algo, pero nada.

Entonces me dije:

—¿Sueño o estoy despierto? ¿Me encuentro realmente aquí junto a mi mesa y la voz que he oído es una voz real?

Y de pronto quise levantarme para ver Quién había sido Aquella que me había hablado y en efecto: me levanté.

Los jóvenes que estaban a mi alrededor dispuestos a confesarse, al ver que me levantaba de una forma tan imprevista y un tanto nervioso, creyeron que me había sucedido algo, que me sentía mal y acudieron a sostenerme, pero yo, después de tranquilizarles asegurándoles que no me ocurría nada, seguí confesando.

****

Terminadas las confesiones y habiendo vuelto a mi habitación, miré sobre mi mesa y vi realmente el registro con los nombres de los jóvenes que están en casa, pero no encontré nada más. Examiné aquel libro, pero no me explicaba cómo de aquella observación podría deducir la manera de tener pronto muchos sacerdotes a mi disposición. Examiné otros registros que tenía en la habitación, pero al principio no saqué consecuencia alguna. Pedí más registros atrasados a Don Ghivarello; pero todo fue inútil. Seguí reflexionando sobre esto y ojeando los registros antiguos para obedecer el mandato de aquella voz misteriosa, y pude sacar como conclusión que de tantos jóvenes como emprenden los estudios en nuestros colegios para darse a la vida eclesiástica, apenas el 15 por 100, esto es, ni siquiera 2 de cada 10 llegan a vestir el hábito talar, alejándose del Santuario, bien por asuntos familiares, por los exámenes liceales o por cambio de idea que suele suceder frecuentemente en el año de retórica. En cambio, los que comiénzanos

estudios en edad adulta, casi todos, esto es, un 8 por cada 10, visten el hábito clerical, lo que consiguen en menos tiempo y con menos, trabajo. Me dije entonces:

—De éstos puedo estar más seguro y terminan antes; esto es lo que buscaba. Es necesario, pues, que me ocupe de ellos, que abra colegios especialmente para ellos y que vea la manera de cultivarlos de una forma especial.

Los resultados darán a conocer si se trata de un sueño o de una realidad.

Desde aquel momento —continúa Don Lemoyne— la idea de abrir colegios, en los que los jóvenes adultos, llamados al estado eclesiástico, pudiesen hacer estudios intensivos a ellos apropiados, tomó cuerpo convirtiéndose en un firme propositó.

UN ÁRBOL PRODIGIOSO

SUEÑO 93.—AÑO DE 1875.

(M. B. Tomo XI, pág. 34)

El 15 de marzo tuvo [San] Juan Don Bosco un sueño estando en Roma, por medio del cual la Providencia hacia desaparecer muchas sombras del camino del [Santo]. Lo contó en la Ciudad Eterna en casa de los señores Sigismondi, estando q la mesa en compañía de su secretario Don Berto, que le había acompañado en aquel viaje, de quien es ¡a siguiente relación.

He aquí cuanto dijo el [Santo] en esta ocasión:
****

Esta noche pasada pude descansar muy poco. Tuve un sueño que me impresionó bastante y es el siguiente:

Me pareció encontrarme en un jardín junto a un árbol frutal cargado de unas frutas de un tamaño tal que causaba admiración. Aquel árbol estaba cargado de frutas de tres clases: higos, melocotones y peras. Más he aquí que, de pronto, comenzó a soplar un Viento impetuoso y empezó a granizar de tal forma que sobre mis espaldas caían gruesos granizos mezclados con piedras. Entonces intenté retirarme, pero apareció Uno que me dijo:

—¡Pronto, coge!

Y busqué inmediatamente un canasto, pero era demasiado pequeño, por lo que el otro me gritó:

—¡Busca otro canasto más grande!

Y en efecto, cambié el anterior por otro de mayor tamaño; pero apenas hube puesto en él dos o tres de aquellas frutas cuando quedó completamente lleno.

El otro me volvió a gritar, diciéndome que cogiera otro canasto aun más grande y cuando lo tuve, añadió:

—Pronto, de lo contrario el granizo lo echará todo a perder.

Entonces me puse a coger de aquellas frutas. Pero cuál no sería mi sorpresa cuando al coger de aquellos higos de excepcional tamaño, me di cuenta de que estaban podridos por una parte.

El desconocido, entonces, se puso a gritar:

—¡Pronto, escógelos!

Me puse al instante a separar los buenos e hice tres divisiones en el cesto: en una puse los higos, en otra los melocotones y en otra las peras, pero aquellas frutas, a saber, los higos, los melocotones y las peras eran tan grandes (más que los dos puños de un hombre), que yo no me cansaba de admirarlas, tan gruesas y hermosas eran.

Entonces, el desconocido me dijo:

—Los higos son para los Obispos, las peras son para ti y los melocotones para América.

Y dicho esto comenzó a dar palmadas repitiendo: —

¡Animo, bien, bien, muy bien!

Y desapareció.

Yo me desperté quedándome este sueño tan impreso en la mente que no lo pude desechar.
****

No nos consta que [San] Juan Don Bosco estableciese inmediatamente una relación entre el sueño y la obra de las vocaciones tardías que entonces acariciaba; pero en el curso de los acontecimientos tal relación se puso de manifiesto. Se necesitaba una acertada elección, especialmente al principio, no fuera a ser que individuos poco preparados diesen al traste con la empresa.

El canasto grande de gran capacidad, simbolizaba la amplitud de los locales destinados a tal fin; los higos para los Obispos eran los jóvenes para sus seminarios; los melocotones para América, los misioneros salesianos, y las peras los hermanos para la sede central de la Congregación.

¿Y la tempestad de granizos y de piedra que cayó sobre las espaldas del [Santo]? Las dificultades que llovieron sobre él provenientes especialmente de las alturas, como de dos Ordinarios de los cuales se conservan cartas en Roma enviadas para impedir la aprobación de la Obra.

EL CORCEL MISTERIOSO
SUEÑO 94.—AÑO DE 1875.

(M. B. Tomo XI. págs. 257-260)

En las buenas noches del 30 de abril, [San] Juan Don Bosco, exhortando a sus oyentes a hacer bien el mes de mayo, después de haber recomendado el fiel cumplimiento de los propios deberes y la elección de alguna práctica devota en honor de María, añadió que tenía un sueño que contar; pero que no habiendo entonces tiempo por ser demasiado tarde, lo haría el domingo siguiente, 2 de mayo.

Los jóvenes estaban impacientes y a aumentar esta expectación contribuyó el haber tenido que prorrogar el relato del sueño hasta el día 4 por no estar el [Santo] en condiciones de hacerlo. Finalmente en la noche de dicha fecha, [San] Juan Don Bosco pudo satisfacer los deseos generales.

Después de las oraciones y desde la cátedra de siempre se expresó así:

Aquí me tienen dispuesto a cumplir mi palabra. Saben que los sueños se tienen durmiendo. Acercándose, pues, el tiempo de los Ejercicios espirituales, pensaba en la forma que debía emplear para que mis jóvenes los hiciesen bien y qué había de aconsejarles para que sacasen el fruto consiguiente. Y así me fui a descansar con este pensamiento la noche del domingo 25 de abril, víspera de los ejercicios. Apenas me acosté comencé a soñar...
****

Me pareció encontrarme completamente solo en un valle extensísimo: por una parte y otra se veían altas colinas. Al fondo del valle, por una parte, el terreno se elevaba y en ella resplandecía una luz vivísima y en la otra parte el horizonte se presentaba muy oscuro.

Mientras contemplaba esta llanura, vi venir hacia mí a Buzzetti con Gastini, los cuales me dijeron:

—[San] Juan Don Bosco, suba a caballo, ¡pronto!

Yo les contesté:

—¿Se quieren burlar de mí? Saben que hace mucho tiempo que no subo a caballo.

Los dos jóvenes insistían; pero yo me resistía diciendo:

—No quiero montar a caballo; lo hice una vez y me caí.

Buzzetti y Gastini continuaban presionando cada vez con mayor tesón diciendo:

—Pronto, suba a caballo, que no tenemos tiempo que perder.

—Pero, en resumidas cuentas, después de montar a caballo, ¿dónde quieren conducirme?

—Vamos, vamos, dése prisa.

—Pero ¿dónde está el caballo? Yo no veo ninguno.

—¡Allá está!—, exclamó Gastini señalando hacia una parte de aquel valle. Yo me puse a mirar hacia el lugar indicado y, en efecto, vi un brioso y

hermosísimo caballo. Tenía las patas gruesas y largas, la crin espesa y el pelo brillantísimo.

—Y bien —continué—, puesto que quieren que monte a caballo, lo haré; pero si me caigo...

—Esté tranquilo —me respondieron—, estamos nosotros aquí para ayudarle en cualquier circunstancia.

—Si me rompo el cuello —dije a Buzzetti—, tú tendrás que ponérmelo en su sitio.

Buzzetti comenzó a reír.

—No es hora de reír—, murmuró Gastini.

Y así nos acercamos al animal. Monté a la grupa con mucho trabajo ayudado por ellos y al fin heme caballero en mi caballo. ¡Cuan alto me pareció entonces aquel animal! Creí estar como sobre un elevado pedestal desde el cual divisaba todo aquel valle hasta sus más lejanos confines.

Cuando he aquí que mi caballo se pone en movimiento despertando en mí nueva admiración: me pareció entonces encontrarme en mi propia habitación, por lo que me pregunté a mí mismo:

—¿Dónde estamos?

Y veía venir en mi busca, sacerdotes, clérigos y otras muchas personas, todos asustados y anhelantes.

Después de recorrer un buen trecho, el caballo se detuvo. Entonces vi venir hacia mí a todos los sacerdotes del Oratorio en compañía de numerosos clérigos, los cuales rodearon al animal. Entre ellos vi a [Beato] Miguel Don Rúa, a Don Cagliero, a Don Bologna. Al llegar se pusieron firmes contemplando a aquel enorme animal sobre el cual estaba yo sentado; pero ninguno decía palabra. Yo los veía a todos con aspecto melancólico, que reflejaba una turbación que jamás había contemplado en ellos. Llamé junto a mí a Don Bologna y le dije:

—Don Bologna, tú que estás en la portería, ¿sabes decirme si hay

alguna novedad en casa? ¿Cuál es la causa de la turbación que veo en todos los rostros?

Y él me contestó:

—Yo no sé ni dónde estoy, ni lo que hago... Estoy aturdido... Vinieron algunos, hablaron, se marcharon; la portería es un continuo ir y venir que yo no comprendo.

—¡Oh! ¿Es posible, —me decía yo a mí mismo— que hoy tenga que suceder alguna cosa extraordinaria?

Entonces uno me entregó una trompeta, diciéndome que me quedara con ella que la necesitaría. Yo le pregunté:

—¿Dónde estamos?

—Toque la trompeta— me dijo.

Soplé en ella y se oyeron estas palabras: Estamos en el país de la prueba...

Después se vio descender de lo alto de la colina una cantidad de jóvenes tal, que creo pasasen de los cien mil. Ninguno de ellos hablaba. Todos armados de una horquilla, avanzaban a toda marcha hacia el valle. Entre ellos vi a todos los jóvenes del Oratorio y de otros colegios nuestros y a muchísimos a los cuales no conocía.

Entretanto, por una parte del valle comenzó a oscurecerse el cielo de tal manera que parecía de noche y apareció un número inmenso de animales semejantes a los tigres y a los leones. Estos monstruos feroces, de cuerpo descomunal y de patas robustas y cuello largo, tenían la cabeza más bien pequeña. Su hocico producía espanto; con los ojos enrojecidos y casi fuera de las órbitas, se lanzaron contra los jóvenes, los cuales, al verse asaltados por aquellos animales, se aprestaron para la defensa. Los muchachos tenían en la mano una horca de dos puntas con la que hacían frente a aquellas alimañas, levantándola o bajándola según la dirección del ataque de las mismas.

Los monstruos, no pudiendo vencer a sus víctimas al primer asalto, mordían el hierro de la herramienta, se rompían los dientes y desaparecían.

Había algunos cuya horca sólo tenía una punta y los tales sufrían heridas por parte de las fieras atacantes; otros la tenían con el mango roto; otros carcomido por la polilla; otros eran tan presuntuosos, que se arrojaban contra aquellos animales sin arma alguna siendo víctimas de su temeridad, y no pocos encontraron la muerte en la lucha. Muchos conservaban la horquilla con el mango nuevo y con dos puntas.

Entretanto mi caballo fue rodeado desde un principio de una cantidad extraordinaria de serpientes. Pero con sus saltos y dando coces a diestra y siniestra, las aplastaba o las alejaba, elevándose cada vez a mayor altura y ganando en corpulencia.

Entonces pregunté a alguno qué significaban aquellas horcas de dos puntas. Me trajeron uno de aquellos instrumentos y vi escrito sobre uno de sus apéndices: «Confesión» y en el otro: «Comunión».
—¿Qué significan esas dos puntas?—, pregunté.

—Toca la trompeta— me fue respondido.

Soplé y de la trompeta salió esta voz: La confesión y la Comunión bien hechas.

Soplé de nuevo y se oyó lo siguiente: El mango roto: Confesiones y Comuniones mal hechas. Mango carcomido: Confesiones defectuosas.

Terminado este primer asalto, di con el caballo una vuelta por el campo de batalla y vi muchos heridos y muchos muertos.

Observé que algunos yacían por el suelo estrangulados; con el cuello horriblemente inflamado y deforme; otros con el rostro desfigurado de una manera horrible, y otros muertos de hambre a pesar de que tenían junto a sí un plato de riquísimos confites.

Los estrangulados son los que habiendo tenido la desgracie de haber cometido de pequeños algún pecado, no se confesaron nunca de él; los de la cara deforme, eran los golosos; los muertos de hambre, los que se confiesan, pero después no ponen en práctica los avisos y amonestaciones del confesor.

Junto a cada uno de aquellos que tenían el mango carcomido, se veía escrita una palabra. Uno tenía escrito: «Soberbia»; otro, «Pereza»; otro,

«Inmodestia», etc. Hay que hacer notar que los jóvenes al caminar pasaban sobre una alfombra de rosas y se sentían jubilosos de tal circunstancia; pero apenas habían avanzado unos pasos, después de lanzar un grito, caían muertos o quedaban heridos, pues bajo las rosas había abundantes espinas. Otros, en cambio, pisando aquellas rosas valerosamente, caminaban sobre ellas y se animaban recíprocamente saliendo victoriosos.

Pero de nuevo se oscureció el cielo y en un momento apareció una cantidad de animales y monstruos superiores a los de la primera vez, todo lo cual sucedió en menos de tres o cuatro segundos y hasta mi caballo se vio asediado por aquellas alimañas. Los monstruos siguieron creciendo sin medida, de forma que también yo comencé a sentir miedo, pareciéndome ya que aquellas zarpas habían arañado todo mi cuerpo. Suerte la mía que en aquel momento me proporcionaron a mí también una horquilla; entonces comencé a combatir y los monstruos se dieron a la fuga. Todos desaparecieron: se daban a la fuga, vencidos en la primera acometida.

Entonces soplé en la trompeta y resonó por todo el valle esta **VOZ:**

—¡Victoria, victoria!

—Pero ¡cómo!, —dije yo—, ¿hemos conseguido la victoria? ¿Y a pesar de ello hay tantos muertos y tantos heridos?

Entonces tocando nuevamente la trompeta oí esta voz:

Tregua a los vencidos.

Después el cielo se serenó y apareció un arco iris tan bello, de tantos colores, que es imposible el describirlo. Era de tal magnitud como si apoyándose en Superga y describiendo una curva llegase a caer sobre el Moncenisio. He de hacer notar que los vencedores tenían sobre sus cabezas coronas tan brillantes, de tantos y tales colores, que causaba maravilla el contemplarlas; además sus rostros resplandecían con una belleza incomparable.

Hacia el fondo, en una zona del valle y en la mitad del arco iris, se veía una especie de tribuna ocupada por gente llena de júbilo y de una hermosura tal, imposible de imaginar. Una nobilísima Señora regiamente vestida se acercó a la orilla de aquel balcón diciendo:

—Hijos míos, vengan, cobíjense bajo mi manto. Y al mismo tiempo extendió un anchísimo manto y todos los jóvenes corrieron a colocarse bajo él; noté que algunos en vez de correr volaban y eran los que llevaban escrito en sus frentes: «Inocencia»; otros caminaban a pie y otros se arrastraban; también yo comencé a correr y en el instante que duró mi carrera, díjeme para mí:

—O esto termina o si continua aún un poco más moriremos todos. Y al decir esto, mientras continuaba corriendo, me desperté.
****

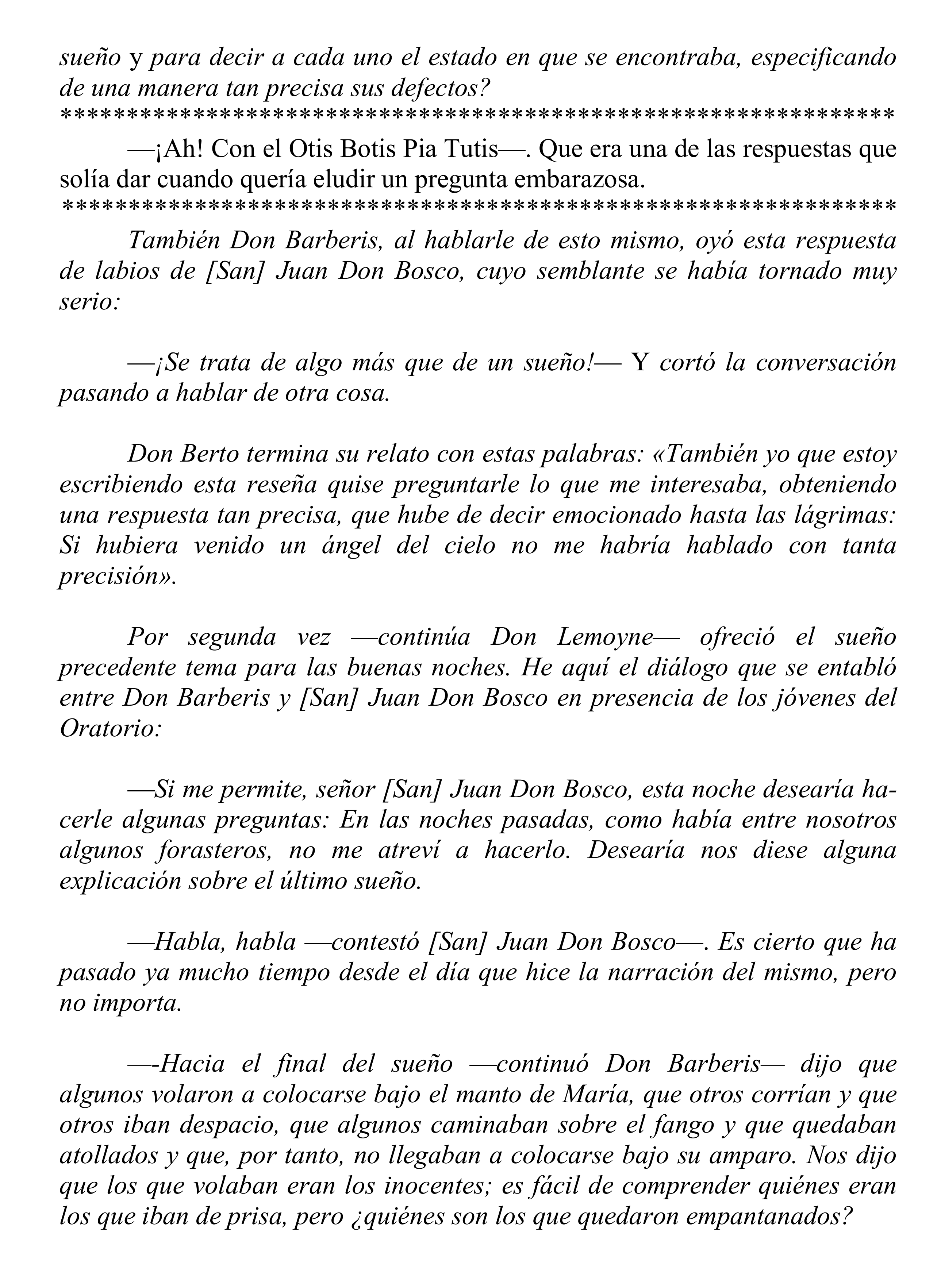
Por el motivo que dirá más adelante, volvió sobre el argumento el seis de mayo, fiesta de ¡a Ascensión. Habiendo dispuesto que se reunieran estudiantes y artesanos, después de las oraciones de la noche, les habló de esta manera:

«La otra noche no se lo pude decir todo porque estaba presente un forastero. Estas cosas deben quedar entre nosotros, y no se deben escribir ni a los padres ni a los amigos. Yo se lo digo todo a vosotros, incluso mis pecados: aquel valle, aquel país de prueba, es el mundo. La semi -oscuridad es el lugar de perdición; las colinas, los mandamientos de la ley de Dios y de la Santa iglesia, las serpientes, los demonios; ¡os monstruos, las malas tentaciones. Aquel caballo creo que representaba al caballo que hirió a Heliodoro y es la confianza en Dios; los que pasaban sobre las rosas y caían muertos, son los que se entregan a los placeres de este mundo que ocasionan la muerte al alma. Los que pisotean las rosas son los que desprecian los placeres del mundo y *salen vencedores. Los que vuelan a colocarse bajo el manto de la Señora, son los inocentes.*

Ahora, los que deseen saber qué arma tenían, si fueron vencedores o vencidos, muertos o heridos, que vengan a mí que se lo comunicaré poco a poco. Si bien no conocí a todos aquellos jóvenes, pude identificar a los que se encuentran aún en el Oratorio. Y otros que tal vez vendrán con el tiempo, si los llegase a ver, me recordaría perfectamente de su fisonomía». \

El secretario Don Berto —continúa Don Lemoyne—, qué escribió este relato, añade que hay muchas cosas que [San] Juan Don Bosco explicó de una manera prolija pero que él no recuerda. En la mañana del siete le preguntó en su habitación:

—¿Cómo Vos hacéis para acordarse de todos los jóvenes que vio en el



sueño y *para decir a cada uno el estado en que se encontraba, especificando de una manera tan precisa sus defectos?*
****

—¡Ah! Con el Otis Botis Pia Tutis—. Que era una de las respuestas que solía dar cuando quería eludir un pregunta embarazosa.
****

También Don Barberis, al hablarle de esto mismo, oyó esta respuesta de labios de [San] Juan Don Bosco, cuyo semblante se había tornado muy serio:

—¡Se trata de algo más que de un sueño!— Y *cortó la conversación pasando a hablar de otra cosa.*

Don Berto termina su relato con estas palabras: «También yo que estoy escribiendo esta reseña quise preguntarle lo que me interesaba, obteniendo una respuesta tan precisa, que hube de decir emocionado hasta las lágrimas: Si hubiera venido un ángel del cielo no me habría hablado con tanta precisión».

Por segunda vez —continúa Don Lemoyne— ofreció el sueño precedente tema para las buenas noches. He aquí el diálogo que se entabló entre Don Barberis y [San] Juan Don Bosco en presencia de los jóvenes del Oratorio:

—Si me permite, señor [San] Juan Don Bosco, esta noche desearía hacerle algunas preguntas: En las noches pasadas, como había entre nosotros algunos forasteros, no me atreví a hacerlo. Desearía nos diese alguna explicación sobre el último sueño.

—Habla, habla —contestó [San] Juan Don Bosco—. Es cierto que ha pasado ya mucho tiempo desde el día que hice la narración del mismo, pero no importa.

—-Hacia el final del sueño —continuó Don Barberis— dijo que algunos volaron a colocarse bajo el manto de María, que otros corrían y que otros iban despacio, que algunos caminaban sobre el fango y que quedaban atollados y que, por tanto, no llegaban a colocarse bajo su amparo. Nos dijo que los que volaban eran los inocentes; es fácil de comprender quiénes eran los que iban de prisa, pero ¿quiénes son los que quedaron empantanados?

—Estos últimos —replicó [San] Juan bDon Bosco—, que por lo general no llegan a colocarse bajo el manto de María, son aquellos que están apegados a los bienes de la tierra. El egoísmo no les hace pensar más que en sí mismos; ellos mismos se llenan de fango y no son capaces de hacer un esfuerzo para conseguir las cosas del cielo. Ven que la Virgen María les llama, querrían ir, dan algunos pasos, pero el fango les atrae. Y así sucede una y otra vez. El Señor ha dicho: «Donde está tu tesoro allí está tu corazón». Los que no se elevan a los tesoros de la gracia, ponen su corazón en las cosas de la tierra y *no piensan más que en los goces terrenales, en enriquecerse, en prosperar en los negocios y adquirir fama. Y para el Paraíso, nada.*

—Hay otra cosa —prosiguió Don Barberis—que Vos, señor [San] Juan Don Bosco no nos ha contado al narrarnos el sueño, pero que la ha dicho a alguno en particular y que desearía diese de ella una explicación, y es lo siguiente:

Alguno le preguntó sobre su estado, a saber, si corría o si iba despacio, si se había puesto bajo el manto de la Virgen; si tenía el arma rota o carcomida. Y Vos contestastéis que no lo pudo ver bien porque se interponía entre Vos y el joven que le hacía la pregunta una nube.

—Tú eres teólogo y lo debes saber —contestó [San] Juan Don Bosco— . Cierto. Había varios jóvenes, por cierto no muy numerosos, a los cuales no pude ver bien. Los observaba, los reconocía, pero no podía ver nada más. Y los tales, queridos míos, son aquellos que permanecen cerrados para con los superiores, los que no le abren su corazón, los que no son sinceros. Si ven un superior por una parte, en vez de hacerse encontradizo con él, evitan el encuentro. De éstos algunos vinieron a preguntarme el estado en que los vi, pero ¿qué quieren que les responda? Podía decirles: Tú no tienes confianza con los superiores, tú no les abres tu corazón. Por eso no olviden lo que les voy a decir: una de las cosas que mayor bien les puede hacer es esta: manifiéstense a sus superiores, tengan mucha confianza en ellos, sean abiertamente sinceros.

—Aun desearía preguntarle una cosa —prosiguió Don Barberis— pero me temo que me tache de demasiado curioso.

—¿Quién no sabe que eres curioso?, —le contestó [San] Juan Don Bosco—. (Risas generales). Pero afortunadamente tu curiosidad es buena. Cuando un jovencito pregunta siempre esto o aquello a quien lo puede saber,

para instruirse, hace bien. En cambio, hay algunos que están siempre como las lechuzas, jamás preguntan nada, al contrario. Esto no es buena señal.

—¡Ahí Entonces no quiero ser de éstos —dijo Don Barberis—. La pregunta que hace mucho tiempo quería hacerle es la siguiente: En aquel célebre sueño, ¿vio solamente las cosas pasadas de los jóvenes, o también el porvenir, lo que cada uno hará y lo que llegará a conseguir?

—Sí, sí—- respondió [San] Juan Don Bosco—. No vi solamente las cosas pasadas, sino el porvenir que se presenta ante los jóvenes. Cada joven tenía delante de sí varios caminos, unos estrechos y espinosos y *otros cubiertos de clavos de puntas afiladas. Pero todas estas sendas estaban cubiertas también de gracias del Señor, e iban a parar a un jardín amenísimo, en el que se disfrutaba de toda suerte de delicias.*

—¿Con esto nos quiere decir —prosiguió Don Barberis— que sabría indicar a cada uno el camino que debe seguir, esto es, cuál es su propia vocación, adonde irá a parar y qué derroteros seguirá?

—Respecto al camino que ha de seguir cada uno —dijo el [Santo]—y al fin que ha de conseguir, no es el caso hablar ahora de ello. El decirle a un joven: Tú seguirás por el camino de la impiedad, es cosa que no le hace bien; sólo lograría llenarte el corazón de pavor. Lo que sí puedo decir es esto: que si el tal emprende tal camino, puede tener la seguridad de que sigue la senda del cielo, que es aquella para la que es llamado; y que quien no sigue este camino, no va por un sendero derecho. Algunos caminos son estrechos, Henos de guijarros y *recubiertos de espinas, pero tengan buen ánimo, mis queridos hijos; junto a las espinas está también ¡a gracia de Dios; y, por otra parte, es tan grande el bien que nos aguarda al final, que pronto se olvidarán las heridas.*

Lo que deseo que no olviden es que todo esto fue un sueño y *nada más que un sueño, en el que nadie está obligado a creer. He comprobado que todos los que me piden explicaciones, echan mis avisos a buena parte; con todo hagan lo que recomienda San Pablo: Probate spiritus et quod bonum est tenete. Otra cosa que desearía que no olviden es que recuerden al pobre [San] Juan Don BOSCO en sus oraciones, a fin de que no me suceda lo que dice San Pablo: Cum aliis predicaverim, ego reprobus efficiar, que mientras os predico a vosotros no me suceda que me condene yo. Yo procuro avisarles, pienso en vosotros, os aconsejo, pero temo hacer como la clueca, que va*

buscando insectos, gusanillos, semillas y toda clase de alimentos, pero todo para sus pollitos, y si no tienen otra comida abundante preparada para ella, se muere de hambre. Recen, pues, por mí al Señor, para que no me suceda esto, sino que yo también consiga adornar mi corazón con muchas virtudes, de forma que pueda agradar a Dios y podamos todos juntos ir a gozar de El y a glorificarlo en el Paraíso. Buenas noches.

LA PALABRA DE DIOS Y LA MURMURACIÓN

SUEÑO 95. AÑO DE 1876.

(M. B. Tomo XII, pág.41)

En ¡a segunda mitad de enero el [Santo] tuvo un sueño simbólico al que hizo referencia hablando con algunos salesianos. Don Barberis le pidió que lo contase en público, pues sus sueños agradaban mucho a los jóvenes, les hacían un gran bien y con ello cobraban un gran cariño al Oratorio.

—Sí, *eso es cierto —replicó el siervo de Dios*—; *hacen bien y son escuchados con avidez; el único que salgo perjudicado soy yo, pues necesitaría tener pulmones de hierro. Se puede decir que en el Oratorio no hay uno solo que no se sienta movido al oír semejantes narraciones; pues, por regla general estos sueños se refieren a todos y cada uno quiere saber el estado en el cual ha sido visto y que es lo que debe hacer, qué significado tenga esto o aquello; y yo me siento atormentado día y noche. Si deseo despertar el afán de las confesiones generales, no tengo más que contar un sueño... Escucha, vamos a hacer una cosa. El domingo le hablaré a los jóvenes y tú me preguntarás públicamente. Yo entonces contaré el sueño.*

El 23 de enero, después de las oraciones de la noche, [San] Juan Don Bosco subió a su cátedra. Su rostro radiante de alegría manifestaba como siempre el gozo que sentía al encontrarse entre sus hijos. Después de hacerse un poco de silencio Don Barberis manifestó deseos de hablar y dijo:

—Perdone señor [San] Juan Don Bosco, ¿me permite que le haga una pregunta?

—Habla, habla replicó el [Santo].

—He oído decir que en estas noches pasadas ha tenido un sueño sobre

sementera, sembrador, gallinas... y que se lo ha contado ya al Clérigo Calvi. ¿Sería tan amable que nos lo quisiera contar también a nosotros? Crea que nos proporcionaría un gran placer.

—¡Qué curioso!—, dijo [San] Juan Don Bosco en tono de chanza. Y la risa fue general.

—No me importa que me llame curioso, con tal de que nos cuente el sueño. Y con estas palabras creo interpretar la voluntad de todos los jóvenes, los cuales ciertamente le escucharán con sumo gusto.

—Sí es así se lo contaré. No quería decir nada, porque hay cosas que se refieren a algunos de vosotros en particular, y algunas otras que te interesan también a ti, y que hacen que las orejas se pongan calientes; pero como me lo has pedido, las contaré.

—Pero, señor [San] Juan Don Bosco, por favor, si hay algún palo para mí, no me lo vaya a dar aquí en público.

—Yo contaré las cosas como las soñé; que cada uno tome lo que le corresponde. Pero antes que nada es necesario que cada uno recuerde bien, que los sueños se tienen durmiendo y durmiendo no se razona; por eso, si en lo que les voy a contar hay alguna cosa buena, alguna amonestación provechosa, acéptese. Por lo demás que nadie pierda la serenidad. Ya les he dicho que al soñar por la noche yo estaba durmiendo, pues hay algunos que sueñan también de día y algunas veces estando despiertos, con lo que causan verdaderos disgustos a sus profesores convirtiéndose en alumnos un tanto fastidiosos.
****

Me pareció encontrarme lejos de aquí, cerca de Castelnuovo de Asti, mi pueblo. Tenía ante mí una gran extensión de terreno, situada en una amplia y bella llanura; pero aquellas tierras no eran nuestras, ni yo sabia de quién fuesen.

En aquel campo vi a muchos trabajando con azadas, con palos, con rastrillos y con otras herramientas diversas. Quiénes araban, quiénes sembraban, quiénes allanaban la tierra, quiénes se entretenían en otros diversos menesteres. Veían acá y acullá los capataces dirigiendo los trabajos y entre estos últimos me pareció encontrarme también yo. Diversos coros de labradores estaban en otra parte cantando. Yo lo observaba todo maravillado y

no sabía identificar aquel lugar para mí desconocido, mientras me decía a mí mismo: —Pero ¿por qué trabajan estos tanto?

Y me contestaba:

—Para proporcionar el pan a mis jóvenes.

Y era verdaderamente admirable el ver cómo aquellos buenos agricultores no interrumpían ni por un instante su labor, aplicados constantemente a sus tareas con un ardor creciente y con una diligencia similar. Sólo algunos reían y bromeaban entre sí.

Mientras yo contemplaba tan hermoso espectáculo, dirijo la vista a mi alrededor y compruebo que me rodeaban algunos sacerdotes y muchos de mis clérigos, unos muy próximos a mí y otros un poco más distantes.

Yo me decía a mí mismo:

—Debo de estar soñando; mis clérigos están en Turín; aquí, en cambio, estamos en Castelnuovo. Y además, ¿cómo puede ser esto? Yo estoy vestido de invierno desde los pies a la cabeza; ayer mismo sentí un frío intensísimo y, en cambio, aquí están sembrando el trigo.

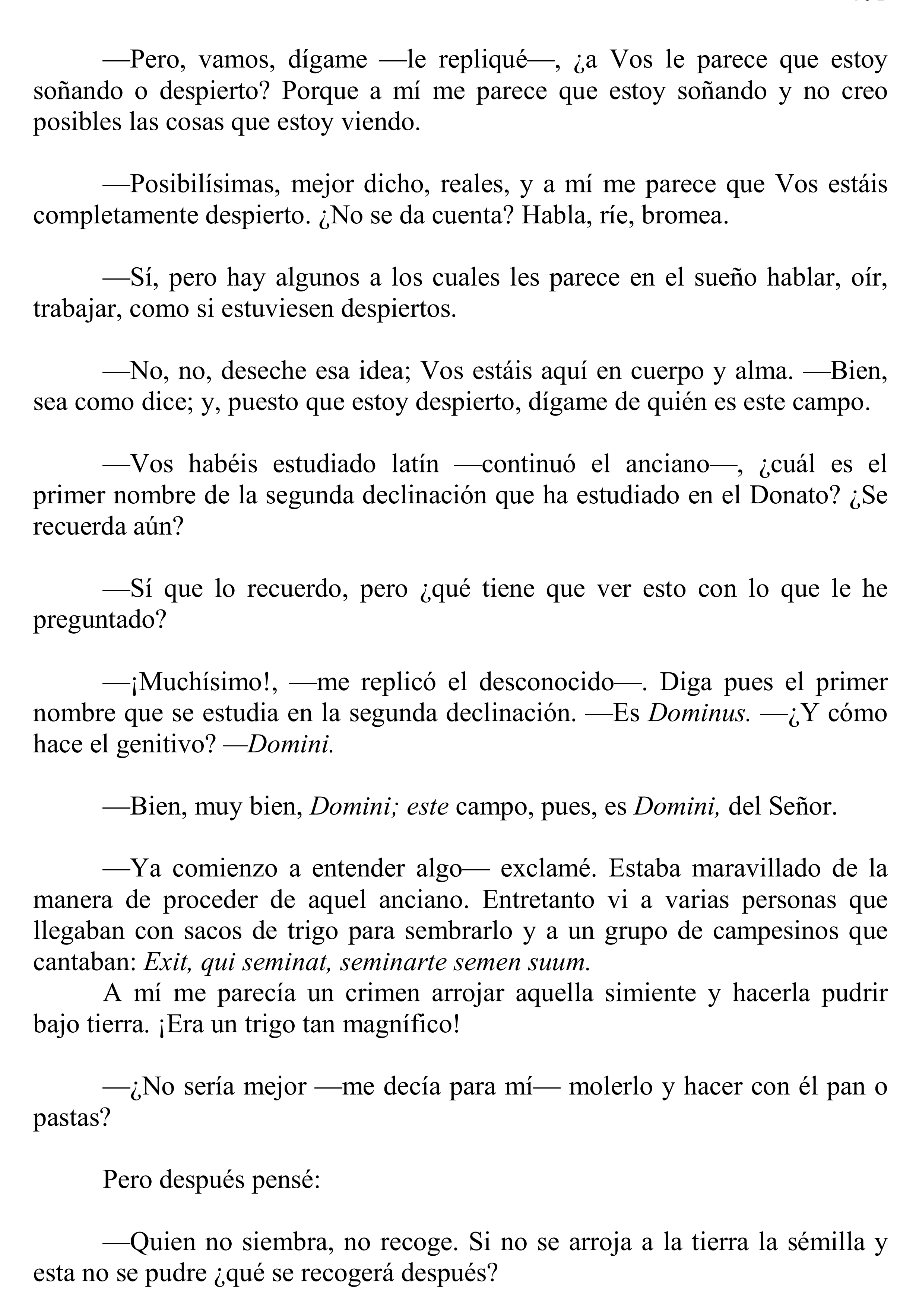
Y me tocaba las manos y continuaba caminando mientras me decía:

—Pero no, no debe ser un sueño, porque esto que estoy viendo es un campo; este clérigo es el clérigo A... en persona, y aquel otro el clérigo B... además, en el sueño ¿cómo iba a poder ver esto y lo otro?

Entretanto vi allí cerca, aunque aparte, un anciano que por su aspecto parecía muy benévolo y sensato, entretenido en observarme a mí y a los demás. Me acerqué a él y le pregunté:

—Dígame, buen hombre, ¿qué es lo que estoy viendo?, porque no entiendo nada de esto. ¿Dónde estamos? ¿Quiénes son esos trabajadores? ¿De quién es este campo?

—¡Oh!, —me respondió el desconocido—; ¡vaya unas preguntas que me ha hecho! ¿Usted es sacerdote y desconoce estas cosas?



—Pero, vamos, dígame —le repliqué—, ¿a Vos le parece que estoy soñando o despierto? Porque a mí me parece que estoy soñando y no creo posibles las cosas que estoy viendo.

—Posibilísimas, mejor dicho, reales, y a mí me parece que Vos estáis completamente despierto. ¿No se da cuenta? Habla, ríe, bromea.

—Sí, pero hay algunos a los cuales les parece en el sueño hablar, oír, trabajar, como si estuviesen despiertos.

—No, no, deseche esa idea; Vos estáis aquí en cuerpo y alma. —Bien, sea como dice; y, puesto que estoy despierto, dígame de quién es este campo.

—Vos habéis estudiado latín —continuó el anciano—, ¿cuál es el primer nombre de la segunda declinación que ha estudiado en el Donato? ¿Se recuerda aún?

—Sí que lo recuerdo, pero ¿qué tiene que ver esto con lo que le he preguntado?

—¡Muchísimo!, —me replicó el desconocido—. Diga pues el primer nombre que se estudia en la segunda declinación. —Es *Dominus.* —¿Y cómo hace el genitivo? *—Domini.*

—Bien, muy bien, *Domini; este* campo, pues, es *Domini,* del Señor.

—Ya comienzo a entender algo— exclamé. Estaba maravillado de la manera de proceder de aquel anciano. Entretanto vi a varias personas que llegaban con sacos de trigo para sembrarlo y a un grupo de campesinos que cantaban: *Exit, qui seminat, seminarte semen suum.*
A mí me parecía un crimen arrojar aquella simiente y hacerla pudrir bajo tierra. ¡Era un trigo tan magnífico!

—¿No sería mejor —me decía para mí— molerlo y hacer con él pan o pastas?

Pero después pensé:

—Quien no siembra, no recoge. Si no se arroja a la tierra la sémilla y esta no se pudre ¿qué se recogerá después?

Mientras tanto vi salir de todas partes una cantidad extraordinaria de gallinas que se metían en el sembrado para comerse él trigo que los otros habían arrojado como simiente.

Y el grupo de los cantores prosiguió cantando: *Venerunt aves caeli, sustulerunt frumentum et reliquerunt zizaniam.*

Yo di una mirada a mi alrededor y observé a mis clérigos que estaban conmigo. Uno con los brazos cruzados miraba a los demás con fría indiferencia; otros charlaban con los compañeros; otros se encogían de hombros, quiénes miraban al cielo, quiénes se reían al contemplar aquel espectáculo, otros proseguían tranquilamente sus recreos y sus juegos, otros desempeñaban alguna de sus ocupaciones; pero ninguno hacía por espantar las gallinas y echarlas fuera. Yo me volví entonces a ellos muy disgustado y llamando a cada uno por su nombre, les dije:

—Pero ¿qué hacen? ¿No ven que las gallinas se están comiendo todo el trigo? ¿No ven que están destruyendo toda la buena simiente, haciendo desvanecerse todas las buenas esperanzas de estos agricultores? ¿Qué recogeremos después? ¿Por qué permanecen ahí mudos? ¿Por qué no gritan? ¿Por qué no las espantan?

Pero los clérigos se encogían de hombros, me miraban y no decían nada.

Algunos ni se volvieron a escucharme; ni se habían fijado en el campo, ni se preocuparon de hacerlo después que yo les hube reprendido.

—¡Qué necios son!, —continué—. Las gallinas tienen ya el buche lleno. ¿No pueden dar unas palmadas, así?

Y al decir esto comencé a palmotear, encontrándome verdaderamente embrollado, pues mis palabras no servían para nada. Entonces algunos comenzaron a espantar a las gallinas, pero yo me decía para mí:

—¡Sí, sí! Ahora que se han comido todo el trigo van a echar a las gallinas.

Y, mientras tanto, llegó hasta mi el canto del grupo de los campesinos,

cuya letra decía: *Canes muti nescientes latrare.*

Entonces me dirigí a aquel buen anciano y entre estupefacto e indignado, le dije:

—¡Vamos! Déme una explicación de cuanto estoy viendo; que no entiendo nada. ¿Qué representa esa semilla arrojada a la tierra?

—¡Esta sí que es buena!, —replicó el anciano—. *Semen est verbum Dei.*
—¿Y qué quiere decir el hecho de que las gallinas se lo coman como acabo de ver?

El viejo, cambiando de tono de voz, prosiguió: —¡Oh! Sí quiere una explicación más completa se la daré. El campo es la viña del Señor, de que nos habla el Evangelio, y puede también representar el corazón del hombre. Los agricultores son los obreros evangélicos, que siembran la palabra de Dios especialmente con la predicación. Esta palabra podría producir mucho fruto en el corazón que fuese un terreno bien preparado. Pero ¿qué sucede? Que vienen las aves del cielo y se llevan la semilla. —¿Qué representan estos animales?

—¿Quiere que se lo diga? Simbolizan las murmuraciones. Después de oír una plática que podría producir su efecto, comienzan los comentarios con los compañeros. Uno ridiculizan un gesto, otro la voz, otro la palabra del predicador y he aquí que el fruto del sermón desaparece. Otro acusa al predicador de un defecto físico o intelectual; un tercero se ríe de su forma de expresión y el fruto de la plática cae por tierra. Lo mismo habría que decir de una buena lectura, cuyo bien queda obstaculizado por la murmuración. Las murmuraciones son tanto más malas en cuanto que generalmente son secretas, escondidas y viven y crecen donde menos sospechamos. El trigo, aunque caiga en un terreno no muy bien cultivado, nace, crece, alcanza una altura bastante considerable y produce fruto. Cuando sobre un campo recién sembrado se abate la tempestad, el campo queda asolado y no produce mucho fruto, pero algo produce. La mies no será muy vistosa, pero las plantas crecerán; darán poco fruto, pero alguno darán... En cambio, cuando las gallinas o los pájaros picotean la simiente, ya no hay nada que hacer: el campo no producirá ni poco ni mucho; no producirá fruto de ninguna clase. De la misma manera si las pláticas, si las exhortaciones, si los buenos propósitos son seguidos de una distracción, de una tentación, etc., darán menos fruto; en cambio, si se sigue la murmuración, el hablar mal o cosas semejantes, no se pierde algo, sino todo por completo. ¿Y a quién le corresponde palmotear,

insistir, gritar, vigilar, para que estas murmuraciones, para que estas malas conversaciones no se produzcan¡ Vos lo sabéis!

—Pero, ¿qué es lo que hacían aquellos clérigos?, —le pregunté—. ¿Acaso no podían ellos impedir tan gran mal?

—Nada impidieron —prosiguió el anciano—. Unos estaban observando como estatuas mudas; otros no se fijaban, no pensaban, no veían o estaban con los brazos cruzados; otros no tenían valor para impedir tal mal; algunos, aunque pocos, se unían a los murmuradores, tomando parte en su maledicencias y haciendo el oficio de destructores de la palabra de Dios. Tú que eres sacerdote, insiste sobre esto: predica, exhorta, habla, no tengas nunca miedo de decir demasiado; todos saben que el poner en ridículo a quien predica, a quien exhorta, a quien da buenos consejos es una de las cosas que pueden ocasionar mayor mal. Y el permanecer mudo cuando se ve algún desorden y el no impedirlo, especialmente si se puede y se debe, es hacerse cómplice del mal de los demás.

Yo, impresionado al oír estas palabras, quería seguir mirando, observando esto y aquello, amonestar a los clérigos y animarlos a cumplir con sus deberes. Pero vi que se aprestaban ya a poner en fuga a las gallinas. Al avanzar unos pasos, tropecé con un rastrillo de los de extender la tierra, que había sido dejado allí, y me desperté.
****

Y prosiguió:
Ahora dejémoslo todo a un lado y saquemos alguna moraleja.

—Don Barberis, ¿qué te parece de este sueño?

Que es un garrotazo con todas las de la ley y que al que le coge de lleno no lo deja bien parado.

—Cierto —replicó [San] Juan Don Bosco—, es *una lección de la cual hemos de sacar provecho. No lo olviden, mis queridos jóvenes; eviten entre vosotros toda suerte de murmuración, considerándola como el mayor de los males; huyan de ella como se huye de la peste y no sólo procuren evitarla vosotros, sino haced que los demás también la eviten. Algunas veces, unos consejos santos, unas obras extraordinariamente buenas, no hacen tanto bien como el que consigue impedir una murmuración o una palabra que pueda dañar a los demás. Armémonos de valor y combatámosla valientemente. No*

hay peor desgracia que hacer perder su eficacia a la palabra de Dios. Y a veces basta una palabra, basta una broma.

ANUNCIO DE TRES MUERTES

SUEÑO 96.—AÑO DE 1876.

(M. B. Tomo XII, págs. 45-48)

La misma noche que [San] Juan Don Bosco narraba a los jóvenes el sueño precedente, continuó:
****

Les he contado un sueño que tuve hace varias noches, pero la noche pasada soñé algo que deseo también narrarles. No es aún muy tarde, son apenas las nueve y, por tanto, tengo tiempo de exponérselos. Por lo demás procuraré no ser muy largo.

Me pareció, pues, encontrarme en un lugar que ahora no sabría decir qué lugar fuese; ciertamente que no era Castelnuovo y creo que tampoco el Oratorio. Y llegó uno a toda prisa a llamarme:

—¡[San] Juan Don Bosco, venga! ¡[San] Juan Don Bosco, venga!

—¿Por qué tanta prisa?—.pregunté.

—¿No sabe lo que ha sucedido?

—■No sé lo que quieres decirme- explícate mejor— repliqué con cierta inquietud.

—¿No sabe que el tal joven, tan bueno, tan lleno de brío está gravemente enfermo; mejor dicho, moribundo?

—No creo que quieras burlarte de mí —le dije—, porque precisamente esta mañana he estado hablando y paseando con ese muchacho del cual me dices ahora que está moribundo.

—¡Ah! [San] Juan Don Bosco, yo no quiero engañarle y me creo en la obligación de decirle toda la verdad. El joven en cuestión necesita urgentemente de su presencia y desea verle y hablarle por última vez. Venga,

venga pronto, porque de otra manera no tendrá ya tiempo.

Yo, sin saber dónde, marché a toda prisa detrás de aquél. Llego a cierto lugar y veo a alguna gente triste y llorosa que me dice:

—Pronto, pronto, que está en las últimas.

—Pero ¿qué es lo que ha sucedido?—, pregunté.

Y me introdujeron en una habitación, en la que vi a un joven acostado, con el rostro descompuesto, de un color cadavérico y con una vos y una respiración y un ronquido que lo ahogaba y que apenas le permitía hablar.

—Pero ¿no eres tú fulano de tal?—, le dije.

—Sí, yo soy.

—¿Cómo te encuentras?

—Muy mal.

—¿Y cómo es que te veo en tal estado? ¿Ayer y esta misma mañana, no paseabas tranquilamente debajo de los pórticos?

—Sí —replicó el joven—, ayer y ésta mañana paseábamos debajo de los pórticos; pero ahora dése prisa que necesito confesarme; me queda muy poco tiempo.

—Calma, calma; hace pocos días que te has confesado.

—Es cierto, y no creo tener culpa alguna grave en mi corazón; pero a pesar de ello quiero recibir por última vez la santa absolución antes de presentarme al Divino Juez.

Yo escuché su confesión. Y entretanto observé que iba empeorando visiblemente y que la tos estaba a punto de ahogarlo.

Aquí es necesario proceder a toda prisa —me dije para mí— si quiero que reciba aún el Santo Viático y la Extremaunción. El Viático no lo podrá recibir porque no podría tragar la forma. ¡Pronto, los Santos Óleos!

Y diciendo esto salgo de la habitación y mando inmediatamente a un individuo por la bolsa de los Santos Óleos. Los jóvenes que se hallaban presentes me preguntaron:

—Pero ¿está realmente en peligro? ¿Está en las últimas como dicen?

—Seguro —les respondí—, ¿no ven cómo tiene la respiración cada vez más difícil y cómo la tos le sofoca?

—Pero sería mejor traerle el Viático y así fortalecido enviarlo a los brazos de María.

Y mientras yo me afanaba en preparar lo necesario, oigo una voz que dice:

—¡Ya expiró!

Vuelvo a entrar en la habitación y me encuentro al enfermo con los ojos extraviados, sin respiración, muerto.

—¿Ha muerto?—, pregunté a los que lo asistían.

—¡Ha muerto —me respondieron—, ha muerto!

—¿En tan poco tiempo? Díganme: ¿no es éste fulano?

---Sí, es fulano.

—No puedo dar crédito a mis ojos. Ayer mismo estaba paseando conmigo debajo de los pórticos.

—Ayer paseaba y hoy está muerto— me replicaron. —

Por suerte era un joven bueno— exclamé. Y proseguí diciendo a los jóvenes que estaban a mi alrededor: —¿Ven, ven? Este no ha podido ni siquiera recibir el Viático, ni la Extremaunción. Demos con todo gracias al Señor que le dio tiempo para que se confesase. Este joven era muy bueno, se acercaba a menudo a los Santos Sacramentos y esperamos que esté gozando ya de la felicidad de la gloria, o al menos, que esté en el Purgatorio. Pero si les hubiese sucedido a otros lo mismo ¿qué sería ahora de ellos?

Dicho esto nos pusimos todos de rodillas y rezamos el *De profundis* por el alma del pobre difunto.

Entretanto iba yo a mi habitación cuando me veo llegar a Ferraris de la librería, el cual, todo afanoso, me dice: —[San] Juan Don Bosco, ¿sabe lo que ha sucedido? —

Claro que lo sé. Que ha muerto fulano. —No es esto lo que quiero decirle: hay otros dos muertos. —¿Cómo? ¿Qué? —Fulano y fulano.

—Pero ¿cuándo han muerto? No te entiendo. —Sí, otros dos, que han muerto antes de que usted llegase. —¡Y por qué no me han llamado?

—No hubo tiempo. ¿Vos sabéis decirme cuándo ha muerto este de aquí?

—Ahora mismo— le respondí.

—¿Vos sabéis en qué día y en qué mes estamos —prosiguió Ferraris.

—Sí que lo sé; estamos a 22 de enero, segundo día de la novena de San Francisco de Sales.

—No —dijo Ferraris—, vos se equivocáis, señor [San] Juan Don Bosco; fíjese bien.

Levanté los ojos al calendario y leí: 26 de mayo.

—¡Esto sí que es grande!, —exclamé—.Estamos en enero y bien me lo dice la ropa que llevo puesta; nadie se viste en mayo de esta manera; en mayo no estaría la calefacción encendida.

—Yo no sé qué decirle, ni qué razón darle, pero estamos a 26 de mayo.

—Pero si ayer mismo murió este nuestro compañero y estábamos en enero.

—Se equivoca —insistió Ferraris—, estábamos en tiempo de Pascua.

—Esta es más gorda que la anterior.

—Sí, señor, seguro, en tiempo de Pascua; estábamos en tiempo de Pascua y fue más dichoso por morir en tiempo de Pascua que los otros dos que murieron en el mes de María.

—Tú te burlas —le dije—, explícate mejor, de otra manera no comprendo nada.

Abrió los brazos, golpeó las manos la una contra la otra, fuerte, muy fuerte: Chiac, chiac. Y yo me desperté. Entonces exclamé:

—Oh, afortunadamente se trata de un sueño y no de una realidad. ¡Qué miedo he tenido!
****

Tal es el sueño que tuve la noche pasada. Vosotros denle la importancia que quieran. Yo mismo no quiero prestarle enteramente fe. Con todo, hoy he querido comprobar si los que vi muertos en el sueño estaban aún vivos y *he constatado que están sanos y robustos. Ciertamente, que no es conveniente que manifieste y no lo diré quiénes son los tales. Con todo vigilaré a aquéllos y sí fuese necesario les daré algún consejo para que vivan bien y los prepararé de forma que no se den cuenta; para que si en realidad tuvieran que morir, la muerte no les sorprenda sin estar preparados. Pero que nadie comience a decir: ¿Será éste, será el otro? Sino que cada uno piense en sí mismo.*

Que nada de esto los intranquilice. El efecto que este relato debe causar en vosotros es sencillamente el que nos sugirió el Divino Salvador en el Evangelio: Estote parati, quia, qua hora non putatis, filius hominis veniet. Es *ésta una gran advertencia, mis queridos jóvenes, que nos hace el Señor. Estemos preparados siempre, porque en la hora en que menos lo pensemos puede llegar la muerte* y *el que no está preparado para morir bien, corre grave peligro de morir mal. Yo me prepararé lo mejor que pueda y vosotros debéis hacer lo mismo, a fin de que a cualquier hora que al Señor le plazca llamarnos, podamos estar dispuestos a pasar a la feliz eternidad. Buenas noches.*

Las palabras de [San] Juan Don Bosco se escuchaban siempre en medio de un religioso silencio; pero cuando contaba cosas extraordinarias, entre los centenares de jóvenes que le escuchaban, no se sentía ni una tos ni el

más leve ruido con los pies. La impresión causada duraba semanas y meses y tras la impresión se producían los cambios radicales de conducta en algunos díscolos. Después aumentaba la clientela alrededor del confesionario del [Santo]. El suponer que él inventaba aquellos relatos para asustar y hacer cambiar de vida a los jóvenes, a nadie se le ocurría, pues los vaticinios de muertes próximas se cumplían siempre y ciertos estados de conciencia vistos en los sueños respondían a la realidad.

¿Pero el temor producido por tan lúgubres predicciones no era una pesadilla opresora? No es creíble. Numerosas eran las posibilidades y soluciones que se ofrecían ante una multitud de más de ochocientos muchachos, para que cada uno de ellos se sintiese preocupado. Por otra parte, la creencia generalmente admitida de que quien moría en el Oratorio iba al Paraíso y el hecho de que [San] Juan Don Bosco preparaba a los designados sin que se diesen cuenta, contribuía a desterrar de los ánimos todo temor. Además sabemos cuan grande es la volubilidad juvenil, de momento la fantasía sé siente herida e impresionada, pero el recuerdo que tal efecto produce pronto se borra. A sí nos lo aseguran numerosos testigos de aquellos tiempos.

Una vez que los jóvenes marcharon a dormir, algunos hermanos que rodeaban al [Santo], lo abrumaron a preguntas para saber si alguno de ellos eran los que debían morir. [San] Juan Don Bosco, sonriendo según su costumbre y *moviendo la cabeza, les decía:*

—¡Ya! ¡Ya! ¿Quieren que les diga quién es, para hacer morir a alguno antes de tiempo?—.

Viendo *que no conseguían nada, le preguntaron si en el primer sueño vio también a algún clérigo haciendo el oficio de las gallinas, esto es, entregado a la murmuración.*

[San] Juan Don Bosco, que estaba paseando, se detuvo, observó a sus interlocutores y con una sonrisa muy significativa a flor de labios, añadió:

—Alguno, alguno había —parecía que quiso significar—, eran pocos, pero no digo más.

Entonces le preguntaron que les dijese si ellos estaban entre los perros mudos.

El [Santo] respondió de una manera muy genérica, haciendo observar que era necesario estar sobre aviso para evitar las murmuraciones y, en general, todos los desórdenes y *sobre podo las malas conversaciones.*

—¡Ay del sacerdote y del clérigo —dijo— que estando encargado de la vigilancia ve los desórdenes y no los impide! Deseo que todos sepan y entiendan que con la palabra «murmuraciones» yo no entiendo indicar solamente a los que cortan trajes, sino que me refiero a toda palabra, a todo mote, a toda conversación que pueda hacer frustrar en un compañero el fruto de la palabra de Dios. Además, quiero hacer constar que es un gran mal el permanecer mano sobre mano cuando se conoce algún desorden, sin hacer nada para impedirlo o no procurando que lo ataje quien debe y puede nacerlo.

Uno de los más inquietos dirigió al [Santo] una pregunta bastante atrevida:

—¿Y Don Barberis, por qué entra en el sueño? Vos dijisteis que había algo para él y el mismo Don Barberis parece que se esperaba un buen estacazo...

El propio Don Barberis estaba presente y, al principio, parecía que [San] Juan Don Bosco se resistía a contestar. Pero después, habiendo quedado con el [Santo] algunos sacerdotes nada más, y como por otra parte el interesado mostrase su conformidad, el [Santo] manifestó el secreto:

—Es que Don Barberis —dijo— no predica bastante sobre este punto, no insiste sobre esto cuanto fuera de desear.

Don Barberis manifestó que ni en el año pasado, ni durante el año en curso había tratado con detención estas materias en sus conferencias a los novicios; se sintió, pues, complacido al recibir esta observación y la tuvo presente para el porvenir.

Dicho esto subieron todos las escaleras y después de besar la mano a [San] Juan Don Bosco cada uno se retiró a descansar. Todos, menos Don Barberis, que según lo acostumbrado acompañó al [Santo] hasta la puerta de su habitación. [San] Juan Don Bosco al comprobar que estaba aún preocupado y que no habría podido dormir por la impresión recibida por las cosas expuestas, le hizo entrar en su despacho, cosa desacostumbrada en él,

diciéndole:

—Ya que tenemos todavía tiempo, demos algunos paseos por la habitación.

Y así continuó hablando con él por espacio de media hora.

Entre otras cosas le *dijo:*

—En el sueño los he visto a todos y en el estado en que cada uno se encontraba: si hacía las veces de gallina, de perro mudo, si estaba en el número de aquellos que después de ser avisados comenzaron a trabajar o entre los que no se movieron. De todos estos datos yo me sirvo en las confesiones, para exhortar en público y en privado, siempre que veo que mis palabras pueden hacer algún bien. Al principio no hacía gran caso de estos sueños, pero después me di cuenta que causan mayor efecto que muchos sermones, incluso para algunos son más eficaces que una tanda de ejercicios espirituales, por esto me sirvo de ellos. ¿Y por qué no? En la Sagrada Escritura se lee: Probate spiritus; quod bonum est tenete. Veo *que ayudan a hacer el bien, veo que agradan, ¿por qué mantenerlos secretos? Incluso he podido observar que contribuyen a aficionar a muchos a la Congregación.*

*— Yo mismo he comprobado —*le *interrumpió Don Barberis— de cuánta utilidad han sido estos sueños y cuan saludables. Incluso narrados en otra parte, hacen mucho bien. Donde [San] Juan Don Bosco es conocido este puede decir que son sueños suyos; donde no es conocido se pueden presentar como especie de parábolas. ¡Oh si se pudiese hacer una recopilación exponiéndolos en forma de parábolas! Serían leídos por grandes y pequeños, en ventaja de sus almas.*

—Sí, sí; harían mucho bien, estoy convencido de ello.

—Pero, tal vez —se lamentó Don Barberis— ninguno los ha recogido por escrito.

—Yo— replicó el [Santo], no tengo tiempo de hacerlo y de muchos no me recuerdo ya.

—Los que yo recuerdo —continuó Don Barberis—, son *los que se refieren al progreso de la Congregación y a la dilatación del manto de la*

Virgen...

—¡Ah, si!—, exclamó [San] Juan Don Bosco.

E hizo referencia a varias visiones de esta clase. Adoptando después un aire más grave y un tanto turbado, prosiguió:

—Cuando pienso en la responsabilidad que pesa sobre mí en la posición en que me encuentro, tiemblo de pies a cabeza... ¡Qué cuenta tan tremenda tendré que dar a Dios de todas las gracias que nos ha concedido para la buena marcha de nuestra Congregación!

EL AUXILIO DEL CIELO

SUEÑO 97.—AÑO DE 1876.

(M. B. Tomo XII, págs. 187-188)

En abril de 1876 [San] Juan Don Bosco contó a su secretario dos sueños o amonestaciones que Don Berto se apresuró more sólito *a poner por escrito.*

El velo que encubre su *significado íntimo es tan transparente que creemos no necesitan mayor explicación.*

En la noche del siete de abril, Don Berto oyó gritar a [San] Juan Don Bosco mientras dormía:

—¡Antonio, Antonio!

Por la mañana le preguntó si había dormido e hizo referencia al grito que había oído. Entonces el [Santo] le contó lo siguiente:

****

Me pareció estar en el último tramo de una escalera, en un lugar estrecho, cuando se paró delante de mí una hiena que no me dejaba dar un paso. No sabiendo cómo librarme de ella, pedí auxilio a mi hermano Antonio, que hacía ya muchos años que había muerto. Finalmente la hiena avanzó hacia mí con las fauces abiertas y yo, no viendo otro medio de salvación le eché las manos al pescuezo. Me sentí angustiado ante tamaño peligro y más al comprobar que nadie acudía en mi socorro. Mas he aquí que al fin vi descender de la altura de los montes un pastor que me dijo:

—El auxilio tiene que venir de lo alto; perorara conseguirlo hay que descender muy bajo. Cuanto más bajo se está, de tanta mayor altura vendrá el auxilio. Este animal Solamente causa daño al que le hace caso y a quien busca el peligro. Y seguidamente me desperté.

BEATO PAPA PIÓ IX

SUEÑO 98.—AÑO DE 1876.

(M. B. Tomo XII, pág. 188)

Una noche —escribe Don Berto, [San] Juan Don Bosco tuvo un sueño del que el mismo [Santo] hizo el relato siguiente:
****

Me pareció encontrarme en mi pueblo y a él vi llegar al Papa [Beato] Pio IX. Yo no me podía convencer de que en efecto fuese el Pontífice en persona, por lo que le pregunté:
—¿Cómo? ¿No tiene la carroza, Santo Padre?

—Si, sí, ya he pensado en ello. Mi carroza es la fidelidad, la fortaleza y la dulzura.

Pero estaba exhausto de fuerzas y dijo:

—Yo ya he llegado al fin.

—No, no, Santo Padre —le dije yo—-: Hasta que los asuntos relacionados con la Congregación no terminen, no puede morir.

Entonces apareció una carroza, pero sin caballos. ¿Y quién la pondría en movimiento? Y he aquí que vi tres animales: un perro, una cabra y una oveja tirando del carruaje del Pontífice. Pero, al llegar a cierto punto, aquellos animales no la podían mover y el Papa se encontraba cada vez más agotado. Yo estaba arrepentido de haberlo invitado a venir a mi casa y de no haberme preocupado de hacerle descansar un poco. Pero me decía a mí mismo:

---Apenas lleguemos a la casa del Capellán de Murialdo, lo arreglaremos todo. Entretanto la carroza seguía parada. Entonces levanté una especie de eje que por la parte de atrás tocaba el suelo. El Papa al ver esto,

comenzó a decir:

—Si estuvieras en Roma y lo vieran realizar ese trabajo, sería objeto de risa.

Y mientras estaba entregado a mi tarea me desperté.

LA FE, NUESTRO ESCUDO Y NUESTRO TRIUNFO
SUEÑO 99.—AÑO DE 1876.

(M. B. Tomo XII, págs. 349-356)

En la noche del 27 de junio de 1876, [San] Juan Don Bosco, después de las oraciones dijo a los jóvenes del Oratorio, entre otras cosas, lo siguiente:

Me he olvidado de una cosa, esto es, de contarles un sueño. Me hubiera gustado narrárselos esta misma noche, pero son ya las nueve y *tendría que resumirlo demasiado: (Gritos generales: Cuéntelo, cuéntelo). Es un poco complicado* y *bastante largo y es necesario que se lo narre detenidamente y con todos sus detalles. Esta noche he hablado ya demasiado y por eso mañana por la noche, sin detenerme en otros asuntos, trataré solamente del sueño. Les hará reír un poco y les causará también un poco de miedo: lo mismo que me ha sucedido a mí. Por lo demás deseo que lo consideren como lo que es, como un sueño. Dejémoslo, pues, para mañana. Entretanto les deseo muy buenas noches.*

Los jóvenes, y no solamente ellos, esperaban con ansiedad el relato del sueño; [San] Juan Don Bosco mantuvo su promesa, pero con un día de retraso, en las buenas noches del 30 de junio, festividad del Corpus Christi.

Comenzó de esta manera:

«Me alegro de volveros a ver. ¡Oh cuántos rostros angelicales tengo vueltos hacia mí! (Risas generales). He pensado que si les cuento el sueño de que les hable les causaría un poco de miedo. Si yo tuviera un rostro angelical les podría decir: ¡Mírenme! Y entonces se disiparía todo temor. Pero desgraciadamente no soy más que un poco de barro, como todos vosotros. Sin embargo, somos obra de Dios y *puedo decir con San Pablo que sois* gaudium meum et corona mea.--- *vosotros sois mi alegría* y *mi corona. Mas no hay que extrañarse si en la corona hay algún Gloria Patri un poco mohoso. Pero*

volvamos al sueño. Yo no les lo quería contar por miedo a atemorizarlos; pero después pensé:

Un padre no debe ocultar nada a sus hijos, tanto más si éstos tienen interés por conocer lo que el padre sabe; bueno es, pues, que los hijos sepan lo que el padre hace y conoce. Por eso me he decidido a contárselos con todos sus detalles; pero les ruego que le den simplemente la importancia que se suele dar a los sueños y que cada uno lo tome cómo más le agrade y de la forma más beneficiosa. Tengan entendido, pues, que los sueños se tienen durmiendo (risas generales); pero sepan, además, qué este sueño no lo he tenido ahora, sino hace quince días, precisamente cuando estaban terminando sus ejercicios. Hacía mucho tiempo que yo pedía al Señor que me hiciese conocer el estado de alma de mis hijos y *qué podía yo hacer para su progreso en la virtud* y para *desarraigar de sus corazones ciertos vicios. Estos eran los pensamientos que me preocupaban durante estos ejercicios. Demos gracias al Señor porque los ejercicios, tanto por parte de los estudiantes como de los artesanos, han resultado* muy *bien. Pero no terminaron con ellos las misericordias divinas; Dios quiso favorecerme de manera que pudiese leer en las conciencias de los jóvenes, como se lee en un libro; y lo que es aún más admirable, vi no solamente el estado actual de cada uno, sino lo que a cada uno le sucederá en el porvenir. Y esto fue también para mí algo inusitado; pues no me podía convencer de que pudiese ver de una manera semejante, tan bien y con tanta claridad, tan al descubierto las* cosas *futuras* y *las conciencias juveniles. Es la primera vez que me sucedía esto. También pedí mucho a la Santísima Virgen, que se dignase concederme la gracia de que ninguno de vosotros tuviese el demonio en el corazón y abrigo la esperanza de que también esto me haya sido concedido; pues tengo motivos suficientes para creer que todos vosotros habéis manifestado sus conciencias. Estando, pues, ocupado en estos pensamientos* y *rogando al Señor me mostrara qué es lo que puede favorecer y perjudicar la salud de las almas de mis queridos jóvenes, me fui a descansar* y *he aquí que comencé a soñar lo que seguidamente les voy a contar».*

El preámbulo del sueño —continúa Don Lemoyne— está *saturado del acostumbrado sentido de humildad profunda; pero en esta ocasión termina con una afirmación de tal naturaleza, que excluye toda duda acerca del carácter sobrenatural del fenómeno.*

El sueño se podría titular así: La fe, nuestro escudo y *nuestra victoria.*
****

Me pareció —comenzó diciendo [San] Juan Don Bosco— encontrarme con mis queridos jóvenes en el Oratorio. Era hacia el atardecer, ese momento en que las sombras comienzan a oscurecer el cielo. Aun se veía, pero no con mucha claridad. Yo, saliendo de los pórticos, me dirigí a la portería; pero me rodeaba un número inmenso de jóvenes, como suelen hacer vosotros, como prueba de amistad. Unos se habían acercado a saludarme, otros para comunicarme algo. Yo dirigía una palabra, ahora a uno ya a otro. Así llegué al patio muy lentamente, cuando he aquí que oigo unos lamentos prolongados y un ruido grandísimo, unido a las voces de los muchachos y a una gritería feroz que procedía de la portería. Los estudiantes, al escuchar aquel insólito tumulto se acercaron a ver; pero bien pronto los vi huir precipitadamente en unión de los artesanos también asustados, gritando y corriendo hacia nosotros. Muchos de éstos se habían salido por la puerta que está al fondo del patio.

Pero al crecer cada vez más el griterío y los acentos de dolor y de desesperación, yo preguntaba a todos con ansiedad qué era lo que había sucedido y procuraba avanzar para prestar mi auxilio donde hubiera sido necesario. Pero los jóvenes, agrupados a mi alrededor, me lo impedían. Yo entonces les dije:

—Pero déjenme andar; permítanme que vaya a ver qué es lo que produce un espanto tal.

—No, no, por caridad, me decían todos; no siga adelante; quédese, quédese aquí; hay un monstruo que lo devorará; huya, huya con nosotros; no intente seguir adelante.

Con todo quise ver qué era lo que pasaba y deshaciéndome de los jóvenes avancé un poco por el patio de los artesanos, mientras todos los jóvenes gritaban: —

¡Mire, mire! —¿Qué hay? —¡ Mire allá al fondo !

Dirigí la vista hacia la parte indicada y vi a un monstruo que al primer golpe me pareció un león gigantesco, tan grande que no creo exista uno igual en la tierra. Lo observé atentamente; era repulsivo; tenía el aspecto de un oso, pero aun más horrible y feroz que éste. La parte de atrás no guardaba relación con los otros miembros siendo más bien pequeña; pero las extremidades anteriores, como también el cuerpo, los tenía grandísimos. Su cabeza era enorme y la boca tan desproporcionada y abierta, que parecía hecha como para devorar a la gente de un solo bocado; de ella salían dos grandes, agudos y

larguísimos dientes a guisa de tajantes espadas.

Yo me retiré inmediatamente donde estaban los jóvenes, los cuales me pedían consejo ansiosamente; pero ni yo mismo me veía libre del espanto y me encontraba sin saber qué partido tomar. Con todo les dije:

—Me gustaría decirles qué es lo que tienen que hacer; pero no lo sé. Por lo pronto concentrémonos debajo de los pórticos.

Los jóvenes se habían estrechado alrededor de mi persona. Todos los ojos estaban fijos en mí:

—[San] Juan Don Bosco: ¿qué es lo que hemos de hacer?—, me decían.

Y yo también miraba a los jóvenes, pero en silencio, no sabiendo qué hacer.

Finalmente exclamé:

—Volvámonos hacia el fondo del pórtico, hacia la imagen de la Virgen, pongámonos de rodillas, invoquémosla con más devoción que nunca, para que ella nos diga qué es lo que tenemos que hacer en estos momentos para que venga en nuestro auxilio y nos libre de este peligro. Si se trata de un animal feroz, entre todos creo que lograremos matarlo; y si es un demonio, María nos protegerá. ¡No teman! La Madre celestial se cuidará de nuestra salvación.

Entretanto el oso continuaba acercándose lentamente, casi arrastrándose por el suelo en actitud de preparar el salto para arrojarse sobre nosotros.

Nos arrodillamos y comenzamos a rezar. Pasaron unos minutos de verdadero espanto. La fiera había llegado ya tan cerca que de un salto habría caído sobre nosotros. Cuando he aquí que, no sé cómo ni cuándo nos vimos trasladados todos del lado allá de la pared encontrándonos en el comedor de los clérigos.

En el centro del mismo estaba la Virgen, que se asemejaba, no a la estatua que está bajo los pórticos o a la del mismo comedor, o a la de la cúpula o también a la que está en la iglesia. Mas, sea como fuese, el hecho es que estaba radiante de una luz vivísima que iluminaba todo el comedor, cuyas dimensiones en todo sentido habían aumentado cien veces más, apareciendo esplendoroso como un sol al mediodía. Estaba rodeada de bienaventurados y

de ángeles, de forma que el salón parecía un paraíso.

Los labios de la Virgen se movían como si quisiese hablar, para decirnos algo.

Los que estábamos en aquel refectorio éramos muchísimos. Al espanto que había invadido nuestros corazones sucedió un sentimiento de estupor. Los ojos de todos estaban fijos en la imagen, la cual con voz suavísima nos tranquilizó diciéndonos:

—No teman; tengan fe; esta es solamente una prueba a la cual les quiere someter mi Divino Hijo.

Observé entonces a los que fulgurantes de gloria hacían corona a la Santísima Virgen y reconocí a Don Alasonatti, a Don Ruffino, a un tal Miguel, hermano de las escuelas cristianas, a quien algunos de vosotros han conocido y a mi hermano José; y a otros que estuvieron en otro tiempo en el Oratorio y que pertenecieron a la Congregación y que ahora están en el Paraíso. En compañía de éstos vi también a otros que viven actualmente.

Cuando he aquí que uno de los que formaban en el cortejo de la Virgen dijo en alta voz:

—*Surgamus!*

Nosotros estábamos de pie y no entendíamos qué era lo que nos quería decir con aquella orden y nos preguntábamos:

—Pero ¿cómo *surgamus?* Si estamos todos de pie.

—*Surgamus!*—, repitió más fuerte la misma voz.

Los jóvenes, de pie y atónitos, se habían vuelto hacia mí, esperando que yo les hiciese alguna señal, sin saber entretanto qué hacer.

Yo me volví hacia el lugar de donde había salido aquella voz y dije:

—Pero ¿qué es lo que tenemos que hacer? ¿Qué quiere decir *surgamus,* si estamos todos de pie?

Y la voz me respondió con mayor fuerza:

—*Surgamus!*

Yo no conseguía explicarme este mandato que no entendía.

Entonces otro de los que estaban con la Virgen se dirigió a mí, que me había subido a una mesa para poder dominar a aquella multitud y comenzó a decir con voz robusta y bien timbrada, mientras los jóvenes escuchaban:

—Tú que eres sacerdote debes comprender qué quiere decir *surgamus.* ¿Cuando celebras la Misa no dices todos los días *sursum corda?* ¿Con esto entiendes elevarte materialmente o levantar los afectos del corazón al cielo, a Dios?

Yo inmediatamente dije a voz en cuello a los jóvenes:

—Arriba, arriba hijos, reavivemos, fortifiquemos nuestra fe, elevemos nuestros corazones a Dios, hagamos un acto de amor y de arrepentimiento; hagamos un esfuerzo de voluntad para orar con vivo fervor; confiemos en Dios. Y hecha una señal, todos se pusieron de rodillas.

Un momento después, mientras rezábamos en voz baja llenos de confianza, se dejó oír de nuevo una voz que dijo:

—*Surgite!* Y nos pusimos todos de pie y sentimos que una fuerza sobrenatural nos elevaba sensiblemente sobre la tierra y subimos, no sabría precisar cuánto, pero puedo asegurar que todos nos encontrábamos; muy alto. Tampoco sabría decir dónde descansaban nuestros pies. Recuerdo que yo estaba agarrado a la cortina o al repecho de una ventana. Los jóvenes se sujetaban, quiénes a las puertas, quiénes a las ventanas, quién se agarraba acá, quién allá; quien a unos garfios de hierro, quién a unos gruesos clavos, quién a la cornisa de la bóveda. Todos estábamos en el aire y yo me sentía maravillado de que no cayésemos al suelo.

Y he aquí que el monstruo que habíamos visto en el patio, penetra en la sala seguido de una innumerable cantidad de fieras de diversas clases, todas dispuestas al ataque. Corrían de acá para allá por el comedor, lanzaban horribles rugidos, parecían deseosas de combatir y que de un momento a otro se habían de lanzar de un salto sobre nosotros. Pero por entonces nada

intentaron. Nos miraban, levantaban el hocico y mostraban sus ojos inyectados en sangre. Nosotros lo contemplábamos todo desde arriba, y yo, muy agarradito a aquella ventana, me decía:

—Si me cayese, ¡qué horrible destrozo harían de mi persona! Mientras continuábamos en aquella extraña postura, salió una voz de la imagen de la Virgen que cantaba las palabras de San Pablo:

—*Sumite ergo scutum fidei inexpugnabile.*

Era un canto tan armonioso, tan acorde, de tan sublime melodía, que nosotros estábamos como estáticos. Se percibían todas las notas desde la más grave a la más alta y parecía como si cien voces cantasen al unísono.

Nosotros escuchábamos aquel canto de paraíso, cuando vimos partir de los flancos de la Virgen numerosos alígeros jovencitos que habían caído del cielo. Se acercaron a nosotros llevando escudos en sus manos y colocaban uno sobre el corazón de cada uno de nuestros jóvenes. Todos los escudos eran grandes, hermosos, resplandecientes. Se reflejaba en ellos la luz que procedía de la Virgen, pareciendo una cosa celestial. Cada escudo en el centro parecía de hierro, teniendo alrededor un círculo de diamantes y su borde era de oro finísimo. Este escudo representaba la fe. Cuando todos estuvimos armados, los que estaban alrededor de la Virgen entonaron un dúo y cantaron de una manera tan armoniosa, que no sabría qué palabras emplear para expresar semejante dulzura. Era cuanto se puede imaginar de más bello, de más suave, de más melodioso.

Mientras yo contemplaba aquel espectáculo y estaba absorto escuchando aquella música, me sentí estremecido por una voz potente que gritaba:

—*Ad pugnam!*

Entonces todas aquellas fieras comenzaron a agitarse furiosamente. En un momento caímos todos, quedando de pie en el suelo y he aquí que cada uno luchaba con las fieras, protegido por el escudo divino. No sabría decir si la batalla se entabló en el comedor o en el patio. El coro celestial continuaba sus armonías. Aquellos monstruos lanzaban contra nosotros, con los vapores que salían de sus fauces, bolas de plomo, lanzas, saetas y toda suerte de proyectiles; pero aquellas armas o no llegaban hasta nosotros o daban sobre

nuestros escudos rebotando hacia atrás. Pero el enemigo quería herirnos a toda costa y matarnos y reanudaba sus asaltos, pero no nos podía producir herida alguna. Todos sus golpes daban con fuerza en los escudos y los monstruos se rompían los dientes y huían. Como las olas, se sucedían aquellas masas asaltantes, pero todos hallaban la misma suerte.

Larga fue la lucha. Al fin se dejó sentir la voz de la Virgen que decía:

—*Haéc est victoria vestra, quae vincit mundum, fides vestra.*

Al oír tales palabras aquella multitud de fieras espantosas se dio a una precipitada fuga y desapareció. Nosotros quedamos libres, a salvo, victoriosos en aquella sala inmensa del refectorio, siempre iluminada por la luz viva que emanaba de la Virgen.

Entonces me fijé con toda atención en los que llevaban el escudo. Eran muchos millares. Entre otros vi a Don Alasonatti, a Don Ruffino, mi hermano José, al Hermano de las Escuelas Cristianas, los cuales habían combatido con nosotros.

Pero las miradas de todos los jóvenes no podían apartarse de la Santísima Virgen. Ella entonó un cántico de acción de gracias, que despertaba en nosotros nuevos sentimientos de alegría y nuevos éxtasis indescriptibles. No sé si en el Paraíso se puede oír algo superior.

Pero nuestra alegría se vio turbada de improviso por gritos y gemidos desgarradores mezclados con rugidos de fieras. Parecía como si nuestros jóvenes hubiesen sido asaltados por aquellos animales, que poco antes habíamos visto huir de aquel lugar. Yo quise salir fuera inmediatamente para ver lo que sucedía y prestar auxilio a mis hijos; pero no lo podía hacer porque los jóvenes estaban en la puerta por la que yo tenía que pasar y no me dejaban salir en manera alguna. Yo hacía toda clase de esfuerzos por librarme de ellos, diciéndoles:

—Pero déjenme ir en auxilio de los que gritan. Quiero ver a mis jóvenes y si ellos sufren algún daño o están en peligro de muerte, quiero morir con ellos. Quiero ir aunque me cueste la vida.

Y escapándome de sus manos me encontré inmediatamente debajo de los pórticos. Y ¡oh, horrible espectáculo! El patio estaba cubierto de muertos,

de moribundos y de heridos.

Los jóvenes, llenos de espanto, intentaban huir hacia una y otra parte perseguidos por aquellos monstruos que les clavaban los dientes en sus miembros, dejándoles cubiertos de heridas. A cada momento había jóvenes que caían y morían, lanzando los ayes más lastimeros.

Pero quien hacía la más espantosa mortandad era aquel oso que había sido el primero en aparecer en el patio de los artesanos. Con sus dientes semejantes a dos tajantes espadas, traspasaba el pecho de los jóvenes de derecha a izquierda y de izquierda a derecha y sus víctimas con las dos heridas en el corazón caían miserablemente muertas.

Yo me puse a gritar resueltamente:

—¡Animo, mis queridos jóvenes!

Muchos se refugiaron junto a mí. Pero él oso al verme corrió a mi encuentro. Yo, haciéndome el valiente, avancé algunos pasos hacia él. Entretanto algunos jóvenes de los que estaban en el refectorio y que habían vencido ya a las bestias, salieron y se unieron a mí. Aquel príncipe de los demonios se arrojó contra mí y contra ellos, pero no nos pudo herir porque estábamos defendidos por los escudos. Ni siquiera llegó a tocarnos, porque a la vista de los recién llegados, como espantado y lleno de respeto huía hacia atrás. Entonces fue cuando mirando con fijeza aquellos sus dos largos dientes en forma de espada, vi escritas dos palabras en gruesos caracteres. Sobre uno se leía: *Otium;* y sobre el otro: *Gula.*

Quedé estupefacto y me decía para mí:

—¿Es posible que en nuestra casa, donde todos están tan ocupados, donde hay tanto que hacer, que no se sabe por dónde empezar para librarnos de nuestras ocupaciones, haya quien peque de ocio? Respecto a los jóvenes, me parece que trabajan, que estudian y que en el recreo no pierden el tiempo. Y no sabía explicarme aquello.

Pero me fue respondido:

—Y con todo, se pierden muchas medias horas.

—¿Y de la gula?, —me decía yo—. Parece que entre nosotros no se

pueden cometer pecados de gula aunque uno quiera. No tenemos ocasión de faltar a la templanza. Los alimentos no son rebuscados ni tampoco las bebidas. Apenas si se proporciona lo necesario. ¿Cómo pueden darse en casa casos de intemperancia que conduzcan al infierno?

De nuevo me fue respondido:

—¡Oh, sacerdote! Tú crees que tus conocimientos sobre la moral son profundos y que tienes mucha experiencia; pero de esto no sabes nada; todo constituye para ti una novedad. ¿No sabes que se puede faltar contra la templanza incluso bebiendo inmoderadamente agua?

Yo, no contento con esto, quise que se me diese una explicación más clara y como estaba el refectorio aún iluminado por la Virgen, me dirigí lleno de tristeza al Hermano Miguel para que me aclarase mi duda.

Miguel me respondió:

—¡Ah, querido, en esto eres aún novicio! Te explicaré, pues, lo que me preguntas.

—Respecto de la gula, has de saber que se puede pecar de intemperancia, cuando incluso en la mesa se come o se bebe más de lo necesario; se puede cometer intemperancia en el dormir o cuando se hace algo relacionado con el cuerpo, que no sea necesario, que sea superfluo.

Respecto al ocio has de saber que esta palabra no indica solamente no trabajar u ocupar o no el tiempo de recreo en jugar, sino también el dejar libre la imaginación durante este tiempo para que piense en cosas peligrosas. El ocio tiene lugar también cuando en el estudio uno se entretiene en otra cosa, cuando se emplea cierto tiempo en lecturas frívolas o permaneciendo con los brazos cruzados contemplando a los demás; dejándose vencer por la desgana y especialmente cuando en la iglesia no se reza o se siente fastidio en los actos de piedad. El ocio es el padre, el manantial, la causa de muchas malas tentaciones y de múltiples males. Tú, que eres director de estos jóvenes, debes procurar alejar de ellos estos dos pecados, procurando avivar en ellos la fe. Si llegas a conseguir de tus muchachos que sean temperantes en las pequeñas cosas que te he indicado, vencerán siempre al demonio y con esta virtud alcanzarán la humildad, la castidad y las demás virtudes. Y si ocupan el tiempo en el cumplimiento de sus deberes, no caerán jamás en la tentación del

enemigo infernal y vivirán y morirán como cristianos santos.

Después de haber oído todas estas cosas, le di las gracias por una tan bella instrucción, y después, para cerciorarme de si era realidad o simple sueño todo aquello, intenté tocarle la mano; pero no lo pude conseguir. Lo intenté por segunda vez y por tercera, pero todo fue inútil: sólo tocaba el aire. Con todo yo veía a todas aquellas personas, las oía hablar, parecían vivas. Me acerqué a Don Alasonatti, a Don Ruffino, a mi hermano, pero no me fue posible tocar la mano a ninguno de ellos.

Yo estaba fuera de mí y exclamé:

—Pero ¿es cierto o no es cierto todo lo que estoy viendo? ¿Acaso no son estas personas? ¿No los he oído hablar a todos ellos?

El Hermano Miguel me respondió:

—Has de saber, puesto que lo has estudiado, que hasta que el alma no se reúna con el cuerpo, es inútil el que intentes tocarme. No se puede tocar a los simples espíritus. Sólo para que los mortales nos puedan ver debemos adoptar la forma humana. Pero cuando todos resucitemos para el Juicio, entonces tomaremos nuevamente nuestros cuerpos inmortales, espiritualizados.

Entonces quise acercarme a la Virgen que parecía tener algo que decirme. Estaba muy próximo a Ella, cuando llegó hasta mis oídos un nuevo ruido y nuevos gritos que procedían del exterior. Inmediatamente quise salir por segunda vez del comedor; pero al intentar hacerlo, me desperté.
****

Una vez que hubo terminado su relato ---continúa Don Lemoyne— el [Santo] añadió estas observaciones y recomendaciones:

—Sea lo que fuere de este sueño de una tan variada estructura, el hecho es que en él se explican algunas palabras de San Pablo. Pero era tal el abatimiento y la postración de fuerzas que él me produjo, que pedí al Señor no se ofreciese a mi mente nunca más un sueno semejante; pero he aquí que a la noche siguiente hube de contemplar las mismas escenas y el final que no había visto la noche precedente. Y comencé a gritar de tal manera que Don Berto, que me oyó, vino a preguntarme por la mañana la razón de mis gritos y si había pasado la noche sin dormir. Estos sueños me han causado mayor

cansancio que si hubiese pasado toda la noche en vela y escribiendo.

Como ven, esto es un sueño y yo no quiero concederle importancia alguna, sino hacerle solamente el caso que se puede hacer a un sueño.

Desearía que no escribiesen a casa nada sobre esto, ni que se hablase de él aquí o allá, a fin de que los extraños al Oratorio, que nada conocen de nuestras cosas, no vayan a decir, como ya lo han dicho, que [San] Juan Don Bosco hace vivir a sus jóvenes de sueños. Esto desde luego no importa mucho; que digan lo que quieran. Que cada uno saque del sueño lo que se pueda interesar. Por ahora no les daré explicación alguna, puesto que todos lo pueden comprender fácilmente. Lo que les recomiendo muchísimo es que reaviven su fe, la cual se conserva especialmente con la templanza y con la fuga del ocio.

Sean enemigos de este y amigos de aquélla. En otra ocasión volveré a tratar este argumento, entretanto les deseo buenas noches.

LAS OVEJAS FIELES Y LAS DESERTORAS

SUEÑO 100.—AÑO DE 1876.

(M. B. Tomo XII, pág. 387)

En una carta escrita por el [Santo] a Don Barberis, a la sazón Maestro de Novicios en Lanzo, le decía entre otras cosas:
****

Ahora quiero contarte un sueño o fábula o historia que forjó mi mente la noche de la festividad de Santa Ana.

Vi un pastor que trabajaba por alimentar, proporcionar buenos pastos y alejar el peligro de sus ovejas. Hacía un año que estaba empeñado en aquel trabajo y había sudado mucho; y estaba contento de sus fatigas porque las ovejas estaban muy gordas y bien cargadas de lana, produciéndole abundante leche.

Cuando llegó el tiempo del esquileo, señaló el día e invitó a algunos amigos para hacer un poco de fiesta.

El buen pastor penetró muy temprano en el redil y se dio cuenta de que

faltaban algunas ovejas. ¿Dónde han ido a parar las ovejas que faltan?, —preguntó—

Y se le respondió:

—Vino un hombre, les propuso pastos mejores y así ilusionadas se marcharon con él. Es todo lo que sabemos.

—¡Pobre de mí!, —dijo el pastor lleno de aflicción—. De aquellas ovejas por las que trabajé y derramé tantos sudores pensaba sacar un poco de lana y también un poco de queso y ahora me doy cuenta de que trabajé en vano.

Opera et impensa periit.

—No— replicaron las ovejas con un lenguaje por todos entendido, no; algunas ovejas se llevan la lana, pero nosotras te compensaremos no sólo con la nuestra, sino hasta con nuestra piel.

El pastor se sintió contento e hizo mil caricias a las ovejas que permanecieron fieles en el redil y a los pastos, sin dejarse seducir por las lisonjas.

****

Un buen premio a quien me dé la explicación de cuanto acabo de exponer.

Dios les bendiga a todos y *recen por quien se profesa, su afectísimo amigo en J. C., Sac. Juan Bosco.*

TRABAJO Y TEMPLANZA

SUEÑO 101 .—AÑO DE 1876.

(M. B. Tomo XII, págs. 463-472)

Como clausura y *recuerdo de los ejercicios espirituales de aquel año. [San] Juan Don Bosco contó un sueño simbólico, que es uno de los más instructivos de cuantos hasta entonces había tenido. Don Lemoyne tomó apuntes del mismo mientras el [Santo] hablaba; después lo puso todo por escrito* y se *lo dio a leer al buen padre que hizo algunas leves modificaciones.*

Para mayor claridad dividiremos la narración en cuatro partes.

PRIMERA PARTE

«Dícese —comenzó el [Santo]— que no se debe hacer caso de los sueños: les aseguro que en la mayor parte de los casos también yo soy de este mismo parecer. Con todo, algunas veces, aunque no nos revelan cosas futuras, nos sirven para hacernos conocer cómo hemos de resolver asuntos intrincadísimos y la prudencia con que hemos de solventar algunas cuestiones. Entonces se les puede hacer caso, por el bien que nos proporcionan.

Deseo contarles ahora un sueño que me ocupó, se puede decir, todo el tiempo de estos ejercicios y *que me tuvo agitado particularmente la noche pasada. Se los voy a contar tal y como lo tuve, resumiéndolo acá y allá un poco para no ser demasiado largo, pues me parece rico de muchas importantes enseñanzas.*
****

Me pareció, pues, que estábamos todos reunidos y que nos dirigíamos de Lanzo a Turín. Íbamos montados en cierto vehículo, pero no sabría decirles si viajábamos en ferrocarril o en ómnibus; lo seguro es que no lo hacíamos a pie. Al llegar a un punto del camino, no recuerdo dónde, el vehículo se detuvo. Yo descendí de él para ver qué era lo que sucedía, cuando se me presentó un personaje que no sabría describir. Me parecía de alta y de baja estatura al mismo tiempo; grueso y delgado; blanco y rojo; caminaba por la tierra y por el aire. Me sentí lleno de estupefacción, pues no sabia darme razón de todo aquello, cuando dándome ánimos a mí mismo, le pregunté:

—¿Quién eres?

Y él sin más me respondió:

—Ven.

Yo quería saber antes quién fuese, qué es lo que quería, pero el repitió:

—Ven pronto; hagamos girar los vehículos hacia este campo.

Lo más admirable era que hablaba bajo y alto al mismo tiempo y a varias voces, por lo que yo me sentía extraordinariamente maravillado.

El campo era extensísimo, aun a simple vista, y muy llano; no había en él surcos y estaba apisonado como si fuera una era. No sabiendo qué decir y viendo a aquel personaje tan resuelto, hicimos volver a los vehículos, los cuales entraron en aquel campo y después les ordenamos a todos los que iban dentro que bajasen. Todos lo hicieron en un santiamén, y he aquí que apenas echaron pie a tierra desaparecieron los carruajes sin saber donde irían a parar.

—Ya que hemos bajado, me dirás..., me dirá..., me dirás... dije yo en tono vacilante, al no saber cómo tratar a aquel personaje ¿por qué nos has hecho parar en este lugar?

Entonces me respondió:

—Por una razón muy grave; para librarnos de un grandísimo peligro.

—¿Qué peligro?

—El de un toro furioso que no deja pasar a una persona viva por el lugar en que se encuentra. *Taurus rugiens quaerens quem devoret.*

—Despacio, querido, tú atribuyes al toro lo que en la Sagrada Escritura el Apóstol San Pedro dice del *león: leo rugiens!*

—No importa,, allí era *leo rugiens* y aquí es *taurus rugiens.* El hecho es que tienes que estar alerta. Llámalos a todos que se congreguen a tu alrededor. Anúnciales con toda solemnidad y premura que estén atentos, muy atentos y que apenas sientan el mugido del toro, que es extraordinario e inmenso, que se arrojen inmediatamente al suelo y que permanezcan así boca abajo con la cara vuelta a la tierra hasta que el toro haya pasado. ¡Ay de aquel que no escuche y no siga tu consejo; y no se postre boca abajo de la manera que te he dicho! Está irremisiblemente perdido, pues se lee en las Sagradas Escrituras que quien se humilla será ensalzado y el que se ensalza será humillado: *quí se humiliat exaltabitur, et qui se exaltat humiliabitur.*

Después me añadió de nuevo:

—¡Pronto, pronto! El toro está para llegar; grita, grita fuerte que se tiren al suelo.

Yo gritaba y él me decía:

—¡Más, más! Grita aún más fuerte, más fuerte.

Yo lo hice tan fuerte que creo que asusté a Don Lemoyne que dormía en la habitación contigua a la mía; más no podía gritar.

Y he aquí que, de pronto, se siente el mugido del toro.

—¡Atención! ¡Atención! Que se pongan formando una línea recta, próximos los unos a los otros en una y otra parte dejando un pasillo en medio para que el toro pueda pasar.

Esto me gritó el personaje. Yo, a mi vez, a voz en cuello di esta orden a los jóvenes y en un abrir y cerrar de ojos todos se postraron en tierra y nosotros comenzamos a ver al toro que desde muy lejos llegaba lleno de furor. Si bien la gran mayoría de los muchachos estaban echados en el suelo, con todo había algunos empeñados en ver al toro y no se postraban en tierra por completo; afortunadamente eran pocos.

Entonces aquel individuo me dijo:

—Ahora verás lo que les va a suceder a éstos; ya verás la suerte que les va a caber por no querer abajarse.

Yo quise avisarles gritar aun, correr adonde estaban; pero el otro se negaba; yo insistí que me dejara. Pero me contestó secamente:

—Tú también tienes que abajarte, ¡obedece!

No me había aún tirado al suelo, cuando un terrible mugido, espantoso, tremendo, se dejó sentir. El toro estaba ya próximo a nosotros. Todos temblábamos y nos preguntábamos:

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

—No teman; pegúense al suelo— les gritaba yo.

Y el desconocido continuaba diciendo en alta voz:

Qui se humiliat, exaltabitur, et qui se exaltat, humiliabitur... qui se humiliat... qui se humiliat...

Una cosa extraña que me llenó de estupor fue la siguiente: que a pesar de que yo tenía la cabeza pegada al suelo y de estar completamente con los ojos pegados al polvo, veía perfectamente todo cuanto a mi alrededor sucedía. El toro tenia siete cuernos en forma de círculo, dos los tenía situados sobre la nariz, dos en el lugar de los ojos, dos en el sitio corriente de los cuernos y uno encima. Y ¡cosa maravillosa! Dichos cuernos eran fortísimos, movibles, se los podía volver hacia donde quería, de manera que para echar por tierra a uno, al correr, no tenía que volverse de un lado o de otro, sino que bastaba con que prosiguiese adelante, sin retroceder, para abatir a quien encontraba. Los cuernos más largos eran los que tenía sobre el hocico, con los que causaba estragos verdaderamente espantosos.

Ya estaba el animal muy cerca. Entonces el personaje comenzó gritar:

—Ahora se verá el efecto de la humildad. Y ¡oh maravilla!, en un instante todos nosotros nos vimos levantados en el aire, a una considerable altura, de modo que era imposible que el toro nos pudiese alcanzar. Los que no se habían bajado no fueron levantados. Y al llegar el toro los destrozó en un momento. Ni uno solo se salvó. Nosotros entretanto, elevados de aquella manera en el aire, teníamos miedo y decíamos:

—Si caemos desde aquí arriba sí que estamos perdidos. ¡Pobres de nosotros, entonces! ¿Qué será de nosotros?

Entretanto veíamos al toro que intentaba alcanzarnos; daba saltos terribles para darnos cornadas; pero no nos pudo hacer ningún mal.

Entonces, más furioso que nunca, hace ademán de ir en busca de algunos compañeros, como diciendo:

—Entonces nos ayudaremos los unos a los otros y formaremos una escalera...,

Y así, *habens iram magnam,* se fue.
Entonces nos encontramos nuevamente tendidos en el suelo y el personaje aquel comenzó a gritar: —Volvamos hacia el mediodía.

SEGUNDA PARTE

Y he aquí que, sin comprender cómo sucedía aquello, la escena cambió por completo delante de nosotros. Dirigiendo nuestra mirada hacia el mediodía, vimos expuesto el Santísimo Sacramento; había muchas velas encendidas en una y otra parte y ya no se veía el prado, sino que nos parecía encontrarnos en una iglesia inmensa, muy bien adornada.

Mientras estábamos todos postrados en adoración delante del Santísimo, he aquí que vinieron muchos toros furiosos, todos dotados de cuernos horribles y espantosos. Al llegar, como todos estábamos en acto de adoración delante del Santísimo Sacramento, no nos pudieron hacer ningún mal. Nosotros entretanto habíamos comenzado a rezar la Corona en honor del Santísimo Corazón de Jesús. Poco después, no sé cómo, miramos y los toros no estaban ya. Dirigiendo nuestra vista a la parte del altar, comprobamos que las luces habían desaparecido, que el Sacramento no estaba ya expuesto; desapareció la iglesia; pero ¿dónde estábamos? Nos encontrábamos en el campo donde habíamos estado primeramente.

Vosotros comprenderáis perfectamente que el toro es el enemigo de las almas, él demonio, que siente una gran ira hacia nosotros y que busca continuamente hacernos mal. Los siete cuernos son los siete pecados capitales. Lo que nos puede librar de los cuernos de este toro, esto es, de los asaltos del demonio, del caer en los vicios, es principalmente la humildad, base y fundamento de las virtudes.

TERCERA PARTE

Nosotros entretanto, estupefactos y maravillados nos mirábamos los unos a los otros; ninguno hablaba, no sabíamos qué decir. Se esperaba que [San] Juan Don Bosco hablase o que aquel personaje dijese alguna cosa. Cuando he aquí que, tomándome aparte aquel desconocido, me dijo:

—Ven, que te voy a hacer ver el triunfo de la Congregación de San Francisco de Sales. Súbete sobre esta roca y verás.

Era una gran peña que sobresalía en medió de aquella llanura inconmensurable y yo me subí a ella. ¡Oh, qué inmensidad se extendía ante mis ojos! Aquel campo que jamás habría imaginado tan vasto, me pareció que ocupase toda la tierra.

Hombres de todos los colores, vestidos de las formas más diversas, de todas las nacionalidades, estaban allí reunidos. Vi tanta gente que no sabría decir si en el mundo existe una población semejante. Comencé a observar a los primeros que se ofrecían a nuestra vista. Estaban vestidos como nosotros los italianos. Yo conocía a los de las primeras filas y había numerosísimos Salesianos que conducían como de la mano a multitud de escuadrones de niños y de niñas. Después les seguían otros con varios grupos; y después otros muchos a los cuales no conocía y a los que no podía distinguir, formando un número indescriptible.

Hacia el mediodía aparecieron ante mis ojos, sicilianos, africanos y un pueblo integrado por un número incontable de gente desconocida para mí. Todos eran conducidos por los Salesianos, de los cuales sólo conocía a los que iban en las primeras filas.

—¡Vuélvete!—, me dijo aquel desconocido.

Y he aquí que vi ante mí a otros pueblos de gente incalculable por su número, vestida de una manera diversa que nosotros; llevaban pieles y una especie de capas que parecían de terciopelo, todas de distintos colores. Aquel personaje me hizo dirigir la mirada hacia los cuatro puntos cardinales. Entre otras cosas, hacia la parte de oriente vi una mujeres con los pies tan pequeños que apenas si podían estar de pie y que casi no podían caminar. Lo más maravilloso era que por todas partes veía Salesianos que conducían falanges y falanges de niños y de niñas y, al mismo tiempo, un concurso inmenso de pueblo. Siempre me eran conocidos los que iban en primera fila; pero a los que venían detrás los desconocía por completo, lo mismo a los misioneros. Muchas cosas no las puedo contar con todos sus pormenores porque me haría interminable.

Entonces el desconocido que me había guiado y me había aconsejado lo que tenía que hacer, tomó de nuevo la palabra y me dijo:

—Mira, observa; ahora de momento no comprenderás todo cuanto te voy a decir, pero, presta atención: todo cuanto has visto es la mies preparada para los Salesianos. ¿Has visto qué campo tan inmenso por cultivar? Pues esta extensión sin límites ante la cual te encuentras es el campo reservado a tus hijos. Los Salesianos que has visto son los operarios de esta porción de la viña del Señor. Muchos de los que trabajan en ella te son conocidos. El horizonte

se dilata ante tu vista y has visto aparecer ante ti mucha gente para ti desconocida; esto quiere decir que no solamente en este siglo, sino también en el próximo y en los siglos futuros, los Salesianos continuarán trabajando en su campo. Pero ¿sabes con qué condiciones se podrá conseguir lo que has visto? Te lo voy a decir. Mira, es necesario que hagas imprimir estas palabras que serán como su lema, como su palabra de orden, su distintivo. Nótalo bien: El trabajo y la templanza harán florecer a la Congregación Salesiana. Harás explicar estas palabras, las repetirás continuamente, insistirás en su significado. Harás imprimir un manual que las explique y haga comprender bien que el trabajo y la templanza son la herencia que dejas a la Congregación y al mismo tiempo su gloria.

Yo le respondí:

—Lo haré de mil amores; todo esto está muy de acuerdo con el fin que nos hemos propuesto; es lo mismo que recomiendo a mis hijos día a día y siempre que se me presenta la ocasión.

—¿Estás, pues, bien persuadido de ello? ¿Me has comprendido bien? Esta es la herencia que les dejarás y di con toda claridad a ellos que mientras sepan corresponder tendrás seguidores al mediodía, al norte, al oriente y al occidente. Ahora termina los ejercicios y encamínalos a su destino. Estos serán los modelos, después vendrán los otros.

Y he aquí que aparecieron nuevamente los ómnibus para conducirnos a todos a Turín. Yo observaba atentamente y pude ver que eran unos vehículos *sui generis,* extraños a más no poder. Los nuestros comenzaron a subir a ellos; mas aquellos ómnibus no se apoyaban en ninguna parte y ya me temía que los jóvenes se cayesen de ellos y no quería dejarlos partir. Pero el guía me dijo:

—Deja, deja que marchen; no necesitan apoyo, basta con que cumplan bien aquella máxima: *Sobrii estote et vigilate.* Si se pone bien en práctica esto no hay peligro de caer aunque no estén apoyados en nada y la carroza siga su marcha.

CUARTA PARTE

Partieron, pues, y yo me quedé solo con el desconocido.

—Ven —me dijo inmediatamente—; ven, que quiero que veas lo más

importante; ¡Oh! Tendrás que aprenderlo bien. ¿Ves allá aquel carro?

—Sí que lo veo.

—¿Sabes qué es?

—No lo veo bien.

—Si quieres verlo bien, acércate. ¿Ves aquel cartelón? Acércate, obsérvalo bien; sobre él aparece un emblema; esto te lo explicará todo. Yo me acerqué y vi pintado en aquel cartelón cuatro clavos muy gruesos. Entonces me volví al guía para decirle:

—Si no me lo explica, no entiendo nada.

—¿No ves esos cuatro clavos? Obsérvalos bien. Son los cuatro clavos que desgarraron y atormentaron de una forma tan cruel la persona del Divino Salvador.

—¿Y qué me quieres decir con eso?

—Son los cuatro clavos que atormentan a las Congregaciones religiosas. Si te libras de esos cuatro clavos, esto es, si procuras que tu Congregación no sea atormentada por ello, o sea, si sabes tenerlos alejados de vosotros, entonces las cosas marcharán bien y se salvarán.

—Pero, te vuelvo a decir que no sé qué es lo que significan esos clavos— repliqué.

—Si quieres tener una explicación más clara, observa detenidamente este carruaje que lleva los clavos por emblema. Mira: este vehículo tiene cuatro departamentos, cada uno de los cuales corresponde a un clavo.

—¿Y qué significan los departamentos?

—Observa el primero.

Observé y leí sobre el cartel: *Quorum Deus venter est.*

—¡Oh! Ahora comienzo a comprender algo.

Entonces el desconocido me respondió:

—Este es el primer clavo que atormenta y arruina a las Congregaciones religiosas. Hará también grandes estragos entre vosotros, si no estás atento. Combate contra él y verás cómo todas tus cosas proceden bien. Ahora pasemos al segundo departamento; lee la inscripción correspondiente al segundo clavo: *Quaerunt quae sua sunt, non quae Jesu Christi.* Estos son los que buscan las propias comodidades, su bienestar, y trabajan en ventaja propia o de sus parientes, sin buscar el bien de la Congregación que es el que forma parte de la porción de Jesucristo. Presta, pues, atención; aleja de ti este flagelo y verás prosperar a tu Congregación.

Tercer departamento: Observé la inscripción del tercer clavo y era la siguiente: *Aspidis lingua eorum.*

—Clavo fatal para las Congregaciones son los murmuradores, los chismosos; los que siempre están criticando con razón o sin ella.

Cuarto departamento: *Cubiculum otiositatis.*

—A esta porción pertenecen los ociosos, muy numerosos por cierto. Cuando en una Congregación comienza a introducirse el ocio, la comunidad queda completamente arruinada; en cambio, mientras abunda el trabajo, no existe peligro alguno de ruina. Ahora observa otra cosa que podrás ver en este carruaje y de la que muchísimas veces no se hace caso y que yo quiero que consideres con especial atención. ¿Ves aquel escondrijo que no forma parte de ningún departamento, pero que afecta a todos? Diríamos que es como un medio departamento o apartado.

—Sí que lo veo; pero no hay en él más que hojarasca, unos matojos altos y alguna hierba toda enmarañada.

—Bien, bien: esto es lo que quería que observaras.
—¿Y qué puedo deducir de todo esto?

—Observa la inscripción que aparece medio escondida.

Me fijé bien y leí: *Latet anguis ín herba.*

—¿Y qué quiere decir esto?

—Mira, hay ciertos individuos que están escondidos, que no hablan, que jamás abren el corazón a los superiores, que rumian sus secretos en sus corazones, mucha atención: *latet anguis in herba.* Los tales son verdaderos flagelos, verdadera peste para las Congregaciones. Los malos, si se les tiene al descubierto pueden ser corregidos, pero si están escondidos no, porque no nos damos cuenta del mal que hacen y de cómo se multiplica el veneno en sus corazones y cuando se les descubre apenas si hay ya tiempo para remediar el mal que han ocasionado. Apréndete, pues, bien las cosas que has de tener alejadas de la Congregación, no olvides cuanto has oído, ordena que se expliquen estas cosas y que sean largamente comentadas. Si lo haces así, puedes estar tranquilo sobre el porvenir de tu Congregación, que las cosas prosperaran de día en día.

Entonces le pedí a aquel personaje que para no olvidar nada de cuanto me había dicho me dejase un poco de tiempo para poder escribir.

—Si quieres escribirlo —me dijo—, inténtalo; pero me temo que te falte el tiempo. Presta mucha atención.

Mientras me decía estas cosas y yo me disponía a escribir, me pareció oír un rumor confuso, una agitación a mi alrededor. El suelo firme de aquel campo parecía moverse. Entonces yo dirigí la vista a mi alrededor para comprobar si había alguna novedad y vi que los jóvenes que habían partido poco antes volvían de todas partes hacia mí llenos de espanto; e inmediatamente después percibí el mugido del toro y vi al mismo toro que los perseguía. Al aparecer el animal fue tal mi terror que al verlo me desperté.

****

Les he referido este sueño antes de separarnos porque estoy *bien persuadido de que sería una excelente conclusión de ejercicios el que nosotros permaneciéramos fieles a nuestro lema: Trabajo y templanza;* y *que procurásemos evitar a todo trance los cuatro clavos que causan las ruinas de ¡as Congregaciones: El vicio de la gula, el buscar las propias comodidades, entregarse a las murmuraciones y al ocio, a lo que habría que añadir que cada uno se muestre siempre abierto, claro, sincero con los propios superiores. De esta manera proporcionaremos un gran bien a nuestras almas y al mismo tiempo podremos salvar aquellas otras que la Divina Providencia confíe a nuestros cuidados.*

[San] Juan Don Bosco había anunciado —escribe Don Lemoyne— y prometido en el curso de la narración que explicaría mejor el último punto referente a la templanza contando una especie de apéndice o complementó del sueño; pero después, al pasar a la segunda parte de su relato, se olvidó de hacerlo. Al despertarse, como dijo, impresionado por la súbita y nueva aparición de la fiera, sintió deseos de conocer alguna cosa más y *logró su deseo apenas se quedó otra vez dormido.*

Lo que vio entonces lo contó más tarde a los clérigos. Don Berto, que estaba presente, lo escribió y se lo mandó a Don Lemoyne, el cual le dio publicidad.
****

Estaba deseoso de conocer los efectos de la templanza —dijo [San] Juan Don Bosco— y de la intemperancia y con este pensamiento me fui a dormir; pero he aquí que apenas me quedo dormido apareció de nuevo nuestro personaje invitándome a seguirlo y a ver los efectos de la templanza. Me condujo, pues, a un amenísimo jardín, lleno de delicias y de flores de todo género y especie. En él observé una gran cantidad de rosas, las más espléndidas, símbolo de la caridad: jazmines, claveles, lirios, violetas, siemprevivas, girasoles y un sinnúmero de flores representando cada una virtud. ■, —Ahora, presta atención— me dijo el guía.

Y desapareció el jardín y sentí un fuerte ruido.

—¿Qué sucede? ¿De dónde viene ese ruido?

—Vuélvete y observa.

Me volví, y ¡oh espectáculo inaudito!, vi un carro de forma cuadrada tirado por un cerdo y por un sapo de enorme tamaño.

—Acércate y mira dentro.

Me adelanté para examinar el contenido del carro. Estaba lleno hasta rebosar de los animales más asquerosos: cuervos, serpientes, escorpiones, basiliscos, babosas, murciélagos, cocodrilos, salamandras. Yo no pude soportar aquel espectáculo y mientras, horrorizado, volví la mirada, por el mal olor que despedían todos aquellos bichos asquerosísimos, sentí como un estremecimiento y me desperté, percibiendo aún durante un buen espacio de tiempo aquel mismo hedor; y mi imaginación estaba aún tan turbada por

cuanto había visto, que pareciéndome que todavía tenía delante de los ojos aquellas alimañas, no pude descansar en toda la noche.

LOS SUEÑOS PROFÉTICOS DE SAN JUAN BOSCO

Parte III
SUEÑOS 102>153

LA FILOXERA

SUEÑO 102.—AÑO DE 1876.

(M. B. Tomo XII. pág: 475-479)

La tercera tanda de Ejercicios Espirituales se celebró aquel año del uno al siete de octubre, siendo predicada por el Padre Bruno, Filipense del Oratorio turinés y gran director de almas.

Tomaron parte en ella solamente sacerdotes y *algunos clérigos más antiguos. [San] Juan Don Bosco no se movió de Lanzo ni durante los breves intervalos de tiempo existentes entre una y otra tanda. Las noticias sobre esta última son más escasas que las de las tandas anteriores; lo único que perdura es un sueño que el [Santo] contó al final de la misma. En las memorias de aquel tiempo aparece bajo el título de: La filoxera. Helo aquí:*
****

Le pareció a [San] Juan Don Bosco encontrarse en una amplísima sala en el Barrio San Salvario, de Turín. Religiosos y religiosas en gran número pertenecientes a diversas Ordenes y Congregaciones, estaban en ella reunidos; al entrar [San] Juan Don Bosco, todas las miradas se dirigieron a él, como si todos lo aguardasen. En medio de los allí congregados vio el [Santo] a un hombre de aspecto extraño, con la cabeza cubierta con una venda blanca y el cuerpo envuelto en una especie de sábana, a guisa de manteo o capa. [San] Juan Don Bosco quiso saber quién fuese aquel individuo y le fue respondido que era él, el mismo [San] Juan Don Bosco... Tal vez era una representación

de [San] Juan Don Bosco soñador.

Se adelantó, pues, entre aquella muchedumbre de personas religiosas que le hacían corona alrededor, sonriéndole; pero nadie hablaba. El [Santo] observaba aquella reunión sorprendido, pero todos continuaban mirándole y sonriendo sin decir palabra. Finalmente, [San] Juan Don Bosco rompió el silencio y dijo:

—¿Por qué se ríen de esa manera? Parece que se quieren burlar de mí.

—¿Burlarnos de ti? Te engañas; nos reímos porque hemos adivinado el motivo que te ha traído aquí.

—¿Cómo lo pueden adivinar si yo mismo no lo sé? Les aseguro que sus risas me sorprenden.

—La causa que te ha traído aquí —dijeron los religiosos— es esta. Tú has predicado los ejercicios a tus clérigos en Lanzo.

---¿Y qué?

—Ahora vienes a indagar qué es lo que les tienes qué decir en la plática de los recuerdos.

—Será como dices. Sugiéreme, pues, qué es lo que les debo decir; algún aviso que haga florecer cada vez más la Congregación de San Francisco de Sales. Se lo agradecería mucho.

—Solamente una cosa te aconsejamos: di a tus hijos que se guarden de la filoxera.

—¿De la filoxera? Pero ¿qué tiene que ver la filoxera?

—Si tienes alejada de tu Congregación la filoxera, conservará una vida larga y florecerá y hará un grandísimo bien a las almas.

—Yo no entiendo lo que quieres decir.

—¡Cómo! ¿Qué no entiendes? La filoxera es el flagelo que ha llevado a la ruina a tantas órdenes religiosas y fue la causa por la que aún hoy muchos

no consiguen su fin altísimo.

—Sería un aviso inútil, si no nos explicas mejor. Yo no comprendo nada.

—Entonces no vale la pena haber estudiado tanta teología.

—Sobre este punto me parece haber cumplido con mi deber; pero, en los tratados de teología no he visto que se hable de la filoxera.

—Pues a pesar de ello, se habla. Busca el sentido moral y espiritual de esta palabra.

—En la etimología de la palabra filoxera no veo ni el más remoto significado que pueda tomarse en sentido espiritual.

—Ya que no eres capaz de explicarte este misterio, ahí viene uno que te puede sacar de tu ignorancia.

Entonces [San] Juan Don Bosco notó cierto movimiento entre la turba como para dejar paso libre a alguien que vio avanzar hacia él; era un nuevo personaje. Se fijó bien en él, pero le pareció no haberlo visto nunca, aunque con sus maneras afables daba a entender que era un antiguo conocido suyo. Apenas lo tuvo cerca, [San] JuanDon Bosco le dijo:

—Llegas muy a tiempo para sacarme del embrollo en que me encuentro gracias a estos señores. Pretenden hacerme creer que la filoxera amenaza con destruir las casas religiosas y quieren que tome a este animal como tema de los recuerdos de nuestros ejercicios espirituales.

—¿[San] Juan Don Bosco que se cree tan sabio, desconoce estas cosas? Es cierto que si combates con todas tus fuerzas la filoxera y enseñas a tus hijos la manera de combatirla a conciencia, tu Sociedad no dejará de florecer. ¿Sabes qué es la filoxera?

—Sé que es una enfermedad que ataca a las plantas causando grandes estragos, hasta destruirlas.

—¿Y esta enfermedad de qué proviene?

—Es originada por una multitud infinita de animaluchos que se adueñan de ella.

—¿Qué hay que hacer para salvar a las plantas próximas de la destrucción?

—De esto no te sé decir nada.

—Escucha, pues, lo que te voy a decir. La filoxera comienza a aparecer sobre una sola planta y no pasa mucho tiempo cuando todas las plantas próximas a ésta aparecen atacadas del mismo mal, aún encontrándose a bastante distancia; ahora bien, cuando en una viña, o en un huerto, o en un jardín aparece la enfermedad, la infección se extiende rápidamente y la belleza y los frutos que se esperaban quedan arruinados. ¿Sabes cómo se extiende el mal? No por contacto, porque la distancia lo impide; no porque los animalitos bajen al suelo y atraviesen el espacio que separa a las plantas; la experiencia lo confirma: es el viento el que levanta esta maldición y la desparrama sobre las plantas aún sanas. Es una desgracia que se propaga en un abrir y cerrar de ojos. Pues bien, has de saber que el viento de la murmuración lleva muy lejos la filoxera de la desobediencia. ¿Comprendes?

—Comienzo a comprender.

—Ahora bien, los daños que ocasiona esta filoxera impulsada por un viento semejante, son incalculables. En las casas más florecientes hace marchitar, en primer lugar, la mutua caridad; después, el celo por la salvación de las almas; después engendra el ocio; después agosta todas las demás virtudes religiosas y, finalmente, el escándalo las hace objeto de reprobación por parte de Dios y por parte de los hombres. No es necesario que uno de los depravados pase de un colegio a otro: basta con que este viento sople desde lejos. ¡Convéncete! Esta fue la causa que llevó a la destrucción a ciertas Ordenes religiosas.

—Tienes razón. Reconozco la verdad de cuanto me dices. Pero ¿cómo poner remedio a tan gran desgracia?

—No bastan los paños calientes, hay que tomar medidas extremas. Para atajar el mal que produce la filoxera se pensó en sulfatar las plantas atacadas, se recurrió al agua de cal, se inventaron otros remedios; pero todo ello no sirvió de nada, porque una sola planta atacada por la filoxera arruina a toda una viña. Después, de una viña se extiende a las viñas más próximas y de éstas

a otras, de forma que de una región pasa a una provincia y de esta a un reino y así sucesivamente. ¿Quieres saber, pues, la única manera que hay para cortar el mal en su principio? Apenas aparece la filoxera sobre una planta, hay que arrancarla con precaución y cortar todas aquellas otras que la rodean y arrojarlas todas a las llamas. Si la infección fuese general en toda la viña, hay que arrancar todas las plantas y reducirlas a cenizas para salvar las viñas próximas. Sólo el fuego puede acabar con semejante enfermedad. Por eso, cuando en una casa se manifieste la filoxera de la oposición a la voluntad de los superiores, el descuido altanero de las santas Reglas, el desprecio a las obligaciones impuestas por la vida común, tú no debes contemporizar; no dejes ni siquiera los cimientos de aquella casa; rechaza a sus miembros, sin dejarte vencer por una perniciosa tolerancia. Lo mismo harás con los individuos. A veces te parecerá que un individuo aislado pueda sanar y volver de nuevo al buen sendero; o tal vez sentirás castigarlo por el amor que le profesas o por alguna especial habilidad que posee o por su ciencia que te parece prestigiar a la Congregación. No te dejes llevar de semejantes reflexiones. Personas de esta índole, difícilmente cambiarán de manera de ser. No digo que su conversión sea imposible; pero me atrevo a sostener que es muy rara una rectificación, tan rara que esta posibilidad no debe ser suficiente para inclinar a los superiores a una sentencia benigna. Algunos, se dirá, se conducirán aún peor en medio del mundo. Allá ellos; que carguen con el peso de su manera de proceder, pero que no sea tu Congregación la que sufra las consecuencias de su conducta.

—¿Y si en realidad, conservándolos en la Sociedad, se pudiera atraerlos al bien con la tolerancia?

—Esta suposición es falsa. Es mejor despedir a uno de estos soberbios que retenerlo con la duda de que pueda continuar sembrando cizaña en la viña del Señor. No olvides esta máxima; ponía decididamente en práctica siempre que sea necesario; habla de esto a tus directores en tus conferencias y que este sea el tema que comentes en la clausura de los ejercicios.

—Sí, lo haré. Gracias por tus avisos. Pero ahora, dime: ¿quién eres tú?

—¿No me conoces ya? ¿No recuerdas cuántas veces nos hemos visto?

Mientras el desconocido hablaba de esta manera, todos los presentes sonreían.

Entretanto sonó la señal para levantarse y [San] Juan Don Bosco se despertó.
****

El [Santo] añadió que este sueño le había durado tres noches consecutivas; detalle que hace desechar toda idea de que este relato sea una especie de parábola por él ideada para expresar de una manera fantástica su pensamiento.

APARICIÓN DE SANTO DOMINGO SAVIO

SUEÑO 103.—AÑO DE 1876.

(M. B. Tomo XII. págs. 586-595)

La noche del 22 de diciembre fue memorable en los anales del Oratorio. Se anticiparon un poco las oraciones de la noche. En la sala de visitas de los estudiantes se congregaron también los artesanos y *todo el personal de la casa. El día antes, [San] Juuan Don Bosco había prometido a todos contarles un sueño, pero ocupaciones urgentes le impidieron cumplir su promesa. Es, pues, de imaginar la expectación general. Subió a su cátedra, siendo recibido con entusiastas aplausos, como sucedía siempre que daba las buenas noches a toda la comunidad con aquella solemnidad. Apenas indicó que iba a comenzar a hablar se hizo un silencio profundo.*

La noche que pasé en Lanzo —comenzó diciendo— al llegar la hora del descanso mi imaginación se sintió completamente absorbida por el siguiente sueño. Se trata de un sueño que no tiene relación alguna con los demás. Les he contado ya uno bastante parecido a este durante los ejercicios espirituales, pero o porque no estaban presentes todos vosotros, o porque difiere bastante de aquél, he decidido contarles este. Hay en él cosas muy extrañas. Pero vosotros sabéis que a mis hijos yo siempre les hablo con el corazón abierto; para vosotros yo no tengo secretos. Hagan de él el caso que quieran, pero, como dice el apóstol San Pablo: quod bonum est tenete; *si encuentran en este sueño algo que pueda servir de provecho para sus almas, no ¡a desperdicien. El que no quiera creer en él, que no crea, esto nada importa; pero que ninguno ponga en ridículo las cosas que les voy a decir. Les ruego una vez más que no cuenten lo que les voy a narrar a nadie que no sea de la casa y que mucho menos lo comuniquen por escrito fuera de aquí. A los sueños se les puede dar la importancia que los sueños se merecen y los que no conocen nuestras cosas íntimas, podrían pronunciar un juicio erróneo*

y dar a las cosas unos apelativos que no les corresponden. No sabéis que sois mis hijos y que yo os digo todo cuanto sé y a veces incluso lo que no sé. (Risas generales). Pero lo que un padre manifiesta a sus hijos para su bien, debe quedar entre padre e hijos y nada más. Y, además, por otra razón. Por lo común, si el sueño se cuenta a los de fuera, o se tergiversan los hechos o se expone lo que menos interesa y de esto se origina siempre algún daño y el mundo despreciaría lo que no debe ser despreciado.

Es necesario sepáis que ordinariamente los sueños se tienen durmiendo. Ahora bien, la noche del seis de diciembre, mientras estaba en mi habitación sin saber positivamente si estaba leyendo o paseando por la misma, o si estaba en el lecho, comencé a soñar...

****

De pronto me pareció encontrarme sobre una pequeña prominencia de terreno, al borde de una inmensa llanura cuyos confines no se llegaban a alcanzar con la vista. Aquella planicie se perdía en la inmensidad; era azulada como el mar en plena calma, aunque lo que yo contemplaba no era agua precisamente.

Parecía como un terso cristal luciente. Bajo mis pies, detrás de mí y a los lados, veía una región a la manera de una playa a orillas del océano.

Anchos y enormes paseos dividían la llanura en vastísimos jardines de inenarrable belleza, todos repartidos en bosquecillos, prados y parterres de flores, de formas y colores variados. Ninguna de nuestras plantas puede darnos una idea de aquellas otras, aunque guardaban con ellas alguna semejanza. Las hierbas, las flores, los árboles, las frutas eran vistosísimas y de bellísimo aspecto. Las hojas eran de oro, los troncos y ramas de diamante y lo restante hacia juego con esta, riqueza. Imposible contar las diferentes especies, y cada especie y cada flor resplandecía con luz propia. En medio de aquellos jardines y en toda la extensión de la llanura contemplaba yo innumerables edificios de un orden, belleza y armonía, de tal magnificencia y de tan extraordinarias proporciones que para la construcción de uno solo de ellos parecía que no habrían bastado todos los tesoros de la tierra. Al contemplar aquello me decía yo a mí mismo:

—Si mis jóvenes tuvieran una sola de estas casas, ¡oh, cómo gozarían!, ¡qué felices serían!, ¡con cuánto gusto vivirían en ellas!

Y así pensaba con sólo ver aquellos palacios por fuera.

¡Cuál no debería ser su magnificencia interior!

Mientras contemplaba extasiado tan estupendas maravillas y el ornato de aquellos jardines, hirió mis oídos una música dulcísima y de tan grata armonía que no les podría dar una idea de ella. En su comparación, nada tienen que ver las de Cagliero y Dogliani. Eran cien mil instrumentos que producían cada uno un sonido distinto del otro, mientras todos los sonidos posibles difundían por el aire su sonoridad. A estos se les unían los coros de los cantores.

Vi entonces una multitud de gentes dispersas por aquellos jardines que se divertía en medio de la mayor alegría. Quién tocaba, quién cantaba. Cada voz, cada nota hacía el efecto de mil instrumentos reunidos, todos diversos entre sí. Al mismo tiempo se oían los diversos grados de la escala armónica, desde el más alto al más bajo que se puede imaginar, pero todos en perfecto acorde. ¡Ah! Para describir esta armonía no bastan las comparaciones humanas.

En el rostro de aquellos felices moradores del jardín se veía que los cantores no sólo experimentaban extraordinario placer en cantar, sino que al mismo tiempo sentían un inmenso gozo al oír cantar a los demás. Y cuanto más cantaba uno, más se le encendía el deseo de cantar, cuanto más escuchaba, más deseaba escuchar. Su canto era éste:

Salus, honor, gloria Deo Patri Omnipotentil... Auctor saeculi, qui erat, qui est, qui venturus est judicare vivos et mortuos in saecula saeculorum.

Mientras escuchaba atónito estas celestes armonías vi aparecer una multitud de jóvenes, muchos de los cuales habían estado en el Oratorio y en algunos otros colegios; a muchos, por consiguiente, los conocía, aunque la mayor parte me era desconocida. Aquella muchedumbre incontable se dirigía hacia mí. A su cabeza venía [Santo] Domingo Savio, y detrás de él Don Alasonatti, Don Chiala, Don Giulitto y muchos, muchos otros sacerdotes y clérigos, cada uno de ellos al frente de una sección de niños. Entonces me pregunté a mí mismo: —¿Duermo o estoy despierto?

Y daba palmadas y me tocaba el pecho para cerciorarme de que era realidad cuanto veía.

Al llegar toda aquella turba delante de mí, se detuvo a una distancia de unos ocho o diez pasos. Entonces brilló un relámpago de luz más viva, cesó la música y siguió un profundo silencio. Aquellos jóvenes estaban inundados de una grandísima alegría que se reflejaba en sus ojos y sus rostros eran como un trasunto de la paz interior que reinaba en sus espíritus. Me miraban con una dulce sonrisa en sus labios y parecía como si quisieran hablar, pero permanecieron en silencio.

[Santo] Domingo Savio se adelantó solo, dando unos pasos hacia mí y se detuvo tan cerca de donde yo estaba que si hubiese extendido la mano, ciertamente le habría tocado. Callaba y me miraba también él sonriente. ¡Qué hermoso estaba! Su vestido era realmente singular. Le caía hasta los pies una túnica blanquísima cuajada de diamantes y toda ella tejida de oro. Ceñía su cintura con una amplia faja roja recamada de tal modo de piedras preciosas que las unas casi tocaban a las otras, entrelazándose en un dibujo tan maravilloso que ofrecían una belleza tal de colorido que yo, al contemplarla, me sentía lleno de admiración. Le pendía del cuello un collar de peregrinas flores, no naturales, las hojas parecían de diamantes unidas entre sí sobre tallos de oro y así todo lo demás. Estas flores refulgían con una luz sobrehumana más viva que la del sol, que en aquel instante brillaba en todo su esplendor primaveral, proyectando sus rayos sobre aquel rostro candido y rubicundo de una manera indescriptible e iluminándolo de tal forma que no era posible distinguir cada uno de sus rasgos. Llevaba sobre la cabeza, [Santo] Domingo [Savio], una corona de rosas; le caía sobre los hombros en ondulantes bucles la hermosa cabellera, dándole un aire tan bello, tan amable, tan encantador, que parecía... parecía ¡un ángel!

No menos resplandecientes de luz estaban los que le acompañaban. Vestían todos de diversa manera, pero siempre bellísima; más o menos rica; quién de una forma, quién de otra, y cada una de aquellas vestiduras tenía un significado que nadie sabría comprender. Pero todos llevaban la cintura ceñida por una faja roja igual a la que llevaba [Santo] Domingo [Savio].

Yo seguía contemplando absorto todo aquello y pensaba:

—¿Qué significa esto?... ¿Cómo he venido a parar a este sitio?

Y no sabía explicarme dónde me encontraba.

Fuera de mí, tembloroso por la reverencia que aquello me inspiraba, no

me atrevía a decir palabra. También los demás continuaban silenciosos.

Finalmente, [Santo] Domingo [Savio] despegó los labios para decir: —¿Por qué estás aquí mudo y como anonadado? ¿No eres el hombre que en otro tiempo de nada se amedrentaba? ¿Que arrostraba intrépido las calumnias, las persecuciones, las maquinaciones de los enemigos, y las angustias y los peligros de toda suerte? ¿Dónde está tu valor? ¿Por qué no hablas?

Y contesté a duras penas, balbuceando las palabras:

—Yo no sé qué decir... Pero, ¿no eres tú [Santo] Domingo Savio?

—Sí, lo soy, ¿ya no me reconoces?

—¿Y cómo te encuentras aquí?—, añadí confuso.

[Santo] Domingo [Savio] entonces, afectuosamente me dijo:
—He venido para hablar contigo. ¡Cuántas veces hemos conversado juntos en la tierra! ¿No recuerdas cuánto me amabas, cuántas pruebas de estima y de afecto me diste? ¿Y yo no correspondí acaso a tus desvelos? ¡Qué grande confianza puse en ti! ¿Por qué, pues, temes? ¡Ea! Pregúntame algo.

Entonces, cobrando un poco de ánimo, le dije:

—Es que... no sé dónde me encuentro, por eso estoy temblando.

—Estás en una mansión de felicidad— me respondió [Santo] Domingo [Savio]—, en donde se gozan todas las dichas, todas las delicias. —¿Es este, pues, el premio de los justos? —No, por cierto. Aquí no se gozan los bienes eternos, sino sólo, aunque en grado sumo, los temporales.

—Entonces, ¿todas éstas son cosas naturales? —Sí; aunque embellecidas por el poder de Dios. —¡Y a mi que me parecía que esto era el Paraíso!—, exclamé. —¡No, no, no!, —repuso [Santo Domingo] Savio—. No hay ojo mortal que pueda ver las bellezas eternas.

—¿Y estas músicas —seguí preguntando— son las armonías de que gozáis en el Paraíso?

—¡No, no, ya te he dicho que no! —¿Son armonías naturales?

—Sí, son sonidos naturales perfeccionados por la omnipotencia de Dios.

—Y esta luz que sobrepuja a la luz del sol ¿es luz sobrenatural? ¿Es luz del Paraíso?
—Es luz natural aunque reavivada y perfeccionada por la omnipotencia divina.

—¿Y no se podría ver un poco de luz sobrenatural? —

Nadie puede gozar de ella hasta que no llegue a ver a Dios *sicut est.* El más ínfimo rayo de esa luz quitaría al instante la vida a un hombre, porque no hay fuerzas humanas que la puedan resistir. —¿No puede haber una luz natural más hermosa que esta? —¡Si supieras! Si vieras solamente un rayo de sol, llevado a un grado superior a este, quedarías fuera de ti.

—¿Y no se puede ver al menos una partícula de esa luz que dices?

—Sí que se puede ver y tendrás la prueba de lo que digo. Abre los ojos.

—Ya los tengo abierto— contesté.

—Pues fíjate bien y mira allá al fondo de ese mar de cristal. Tendí la vista y al mismo tiempo apareció de improviso, en el cielo y a una distancia inmensa, una fugaz centella de luz, sutilísima como un hilo, pero tan brillante, tan penetrante que di un grito que despertó a Don Lemoyne, aquí presente, que dormía en una habitación próxima a la mía. Aquel destello de luz era cien millones de veces más clara que la del sol y su fulgor bastaría para iluminar el universo entero.

Un instante después abrí los ojos y pregunté a [Santo] Domingo [Savio]:

—¿Qué es esto? ¿Tal vez un rayo divino?
[Santo Domingo] Savio contestó:

—No es luz sobrenatural, si bien, comparada con la terrestre, le supera mucho en fulgor. No es más que la luz natural elevada a un mayor esplendor por la omnipotencia divina. Y aunque imaginaras una inmensa zona de luz

semejante a la centellita que acabas de ver al fondo de esta llanura, rodeando todo el universo, no por eso llegarías a formarte una idea de los esplendores del Paraíso.

—Y Vosotros, ¿qué gozan en el Paraíso?

—¡Ah! Es imposible el querértelo explicar; lo que se goza en el Paraíso no hay mortal alguno que pueda saberlo mientras no abandone esta vida y se reúna con su Creador. Lo único que se puede decir es que se goza de Dios; y esto es todo.

Entretanto, recobrado ya plenamente de mi primer aturdimiento, contemplaba absorto la hermosura de [Santo] Domingo Savio cuando le pregunté en el tono de la mayor confianza:

—¿Por qué llevas ese vestido tan blanco y reluciente?

Calló [Santo] Domingo [Savio], sin dar muestras de querer contestar a mi pregunta y el coro comenzó a cantar armoniosamente acompañado de todos los instrumentos:

Ipsi habuerunt lumbos praecinctos et dealbaverunt stolas suas in sanguine Agni.

Cuando cesó el canto volví a preguntar:

—¿Y por qué llevas a la cintura esa faja de color rojo?

Tampoco esta vez quiso [Santo Domingo] Savio responder a mi pregunta y mientras hacía un gesto como de rehusar la contestación, Don Alasonatti cantó solo:

—*Vírgenes enim sunt, et sequuntur Agnum, quocumque fuerit.*

Comprendí entonces que la faja de color de sangre, era símbolo de los grandes sacrificios hechos, de los violentos esfuerzos y casi del martirio sufrido por conservar la virtud de la pureza; y que, para mantenerse casto en la presencia del Señor, hubiera estado pronto a dar la vida, si las circunstancias así lo hubiesen exigido; y que al mismo tiempo simbolizaba las penitencias que libran al alma de la mancha de la culpa. La blancura y esplendor de la túnica representaban la

conservación de la inocencia bautismal.

Yo, entretanto, atraído por aquellos cantos y al contemplar todas aquellas falanges de jóvenes celestiales que seguían a [Santo] Domingo Savio, pregunté a éste:

—¿Y quiénes son ésos que te siguen?

Y dirigiéndome a ellos les dije:

—¿Cómo es que tienen ese aspecto tan refulgente?

[Santo Domingo] Savio continuó callado mientras todos aquellos jóvenes comenzaron a cantar:

—Hi sunt sicut Angelí Dei in coelo.

Por mi parte me di cuenta de que [Santo] Domingo [Savio] gozaba de cierta preeminencia entre los demás, que se mantenían a respetuosa distancia detrás de él, como a unos diez pasos; por eso le dije:

—Dime, [Santo] Domingo [Savio], siendo tú el más joven de los que veo aquí y de los que han muerto en nuestras casas, ¿por qué vas delante de ellos y les precedes? ¿Por qué eres tú quien hablas, mientras ellos callan?

—Yo soy el más viejo de todos—me contestó.

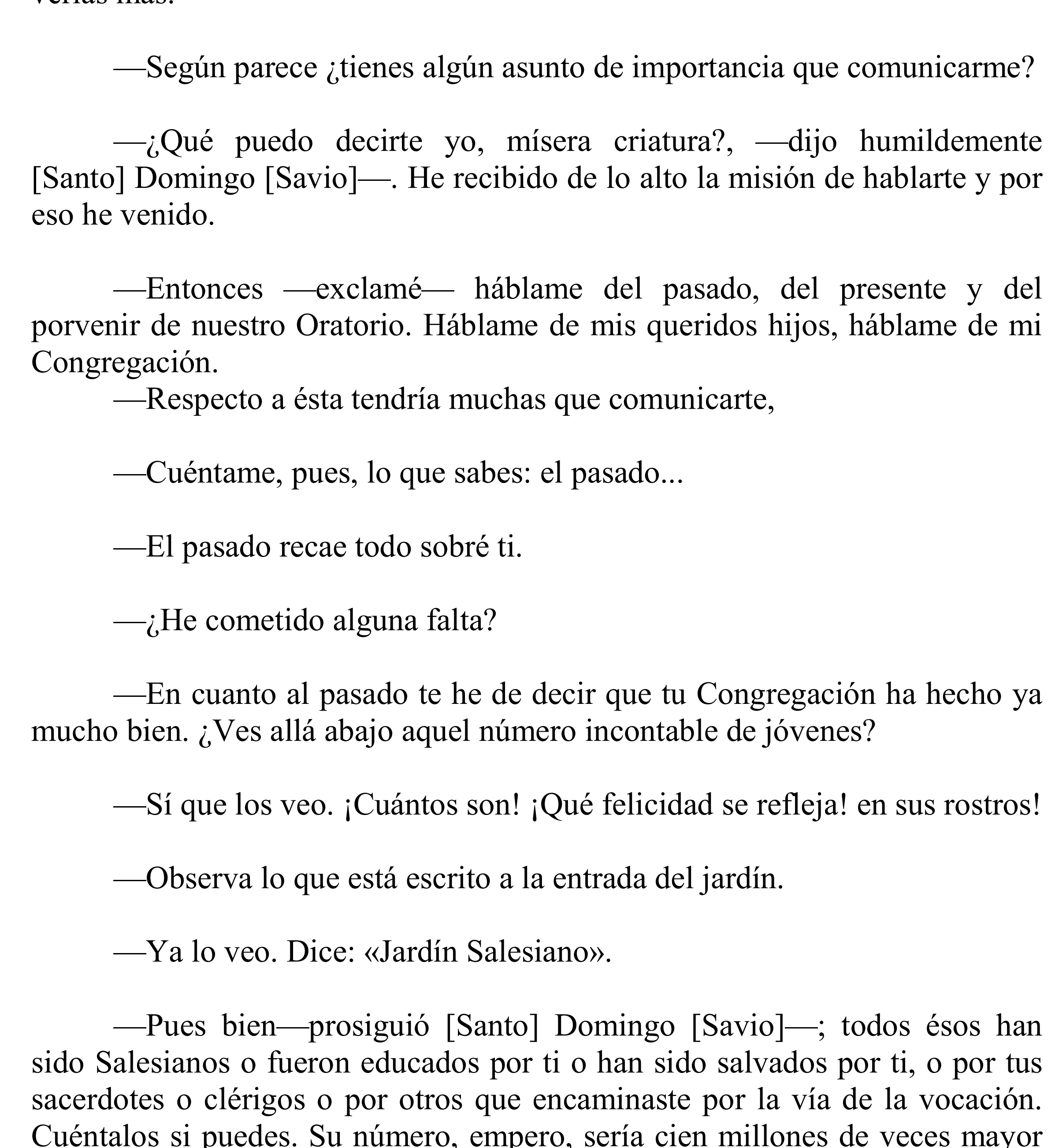
—No—le repliqué—, muchos te aventajan en edad.

—Yo soy el más antiguo del Oratorio—replicó [Santo] Domingo [Savio]—porque he sido el primero en dejar el mundo para ir a la otra vida. Además: Legatione Dei fungor.
Esta respuesta me indicaba el motivo de la visión. [Santo] Domingo Savio hacía las veces del embajador de Dios.

—Entonces —le dije— hablemos de lo que en este instante más me importa.

—Sí y pregúntame pronto lo que deseas saber. Las horas pasan y se podría acabar el tiempo que se me ha concedido para hablarte y después no me

verías más.



—Según parece ¿tienes algún asunto de importancia que comunicarme?

—¿Qué puedo decirte yo, mísera criatura?, —dijo humildemente [Santo] Domingo [Savio]—. He recibido de lo alto la misión de hablarte y por eso he venido.

—Entonces —exclamé— háblame del pasado, del presente y del porvenir de nuestro Oratorio. Háblame de mis queridos hijos, háblame de mi Congregación.
—Respecto a ésta tendría muchas que comunicarte,

—Cuéntame, pues, lo que sabes: el pasado...

—El pasado recae todo sobré ti.

—¿He cometido alguna falta?

—En cuanto al pasado te he de decir que tu Congregación ha hecho ya mucho bien. ¿Ves allá abajo aquel número incontable de jóvenes?

—Sí que los veo. ¡Cuántos son! ¡Qué felicidad se refleja! en sus rostros!

—Observa lo que está escrito a la entrada del jardín.

—Ya lo veo. Dice: «Jardín Salesiano».

—Pues bien—prosiguió [Santo] Domingo [Savio]—; todos ésos han sido Salesianos o fueron educados por ti o han sido salvados por ti, o por tus sacerdotes o clérigos o por otros que encaminaste por la vía de la vocación. Cuéntalos si puedes. Su número, empero, sería cien millones de veces mayor si mayor hubiera sido tu fe y confianza en el Señor.

Lancé un suspiro, sin saber qué responder al escuchar semejante reproche; sin embargo, me dije para mis adentros: En lo sucesivo procuraré tener más fe y más confianza en la Providencia. Después añadí:

—¿Y el presente, qué me dices del presente?

[Santo] Domingo [Savio] me presentó un magnífico ramillete que tenía en la mano. Había en él rosas, violetas, girasoles, gencianas, lirios, siempre-vivas, y entre las flores, espigas de trigo. Me lo ofreció diciéndome:

—¡Mira!

—Ya veo, pero no entiendo lo que me quieres decir.

—Entrega este ramillete a tus hijos, para que puedan ofrecérselo al Señor cuando llegue el momento; procura que todos lo tengan, que a ninguno le falte ni se lo deje arrebatar. Ten la seguridad de que si lo conservan, esto será suficiente para que se sientan felices.

—Pero ¿qué significa este ramillete de flores?

—Consulta la Teología; ella te lo dirá y te dará la explicación.

—La Teología la he estudiado, pero no sabría encontrar en ella el significado del ramo que me ofreces.

—Pues estás obligado a saber todo esto.

—Vamos; calma mi ansiedad; explícamelo.

—¿Ves estas flores? Representan las virtudes que más agradan al Señor.

—¿Y cuáles son?

—La rosa es símbolo de la caridad; la violeta, de la humildad; el girasol, de la obediencia; la genciana, de la penitencia y de la mortificación; las espigas, de la Comunión frecuente; el lirio simboliza la bella virtud de la cual está escrito: *Erunt sicut Angelí Dei in cáelo:* la castidad. La siempreviva quiere indicar que estas virtudes han de ser perennes, simbolizando la perseverancia.

—Bien, [Santo] Domingo [Savio], tú que durante tu vida practicaste todas estas virtudes, dime: ¿qué fue lo que más te consoló a la hora de la muerte?

—¿Qué crees tú que pudo ser?—, contestó [Santo] Domingo [Savio].

—¿Fue tal vez el haber conservado la bella virtud de la pureza?

—No, eso solo, no.

—¿Quizás la tranquilidad de conciencia?

—Cosa buena es esa, pero no la mejor.

—¿Acaso fue la esperarla del Paraíso?

—Tampoco.

—Pues ¿qué entonces? ¿El haber hecho muchas buenas obras?

—¡No,no!

—¿Cuál fue, pues, tu mayor consuelo en aquella última hora?—, le insistí confuso y suplicante, al ver que no lograba adivinarlo.

—Lo que más me confortó en el trance de la muerte fue la asistencia de la potente y bondadosa Madre de Dios. Dilo a tus hijos; que no se olviden de invocarla en todos los momentos de la vida. *Pero...* habla pronto, si quieres que te responda.

—En cuanto al porvenir, ¿qué me dices?

—Que el año venidero de 1877 tendrás que sufrir un gran dolor, seis hijos de los que te son más queridos serán llamados por Dios a la eternidad. Pero consuélate, pues han de ser trasplantados del erial de este mundo a los jardines del Paraíso. No temas: serán coronados. El Señor te ayudará y te mandará otros hijos igualmente buenos.

—¡Paciencia!, —exclamé—. ¿Y por lo que se refiere a la Congregación?

—Por lo que respecta a la Congregación has de saber que Dios le prepara grandes acontecimientos. El año venidero surgirá para ella una aurora de gloria tan espléndida que iluminará cual relámpago los cuatro ángulos del orbe, de Oriente al Ocaso y del Mediodía al Septentrión: una gran gloria le

está reservada. Tú debes procurar que el carro en el que va el Señor no sea por los tuyos apartado de sus directrices ni de su sendero. Si tus sacerdotes lo conducen bien y saben hacerse dignos de la alta misión que se les ha confiado, el porvenir será espléndido e infinitas las personas que se salvarán, a condición empero de que tus hijos sean devotos de la Santísima Virgen y conserven la virtud de la castidad, que tan grata es a los ojos de Dios, cuantos viven en tu casa.

—Ahora desearía que me dijeses algo sobre la Iglesia en general.

—Los destinos de la Iglesia están en manos del Creador. Lo que ha determinado en sus infinitos decretos, no lo puedo revelar. Tales arcanos se los reserva El exclusivamente para sí y de ellos no participa ninguno de los espíritus creados.

—¿Y [Beato] Pío Pp. IX?

—Lo único que puedo decirte es que el Pastor de la Iglesia tendrá que sostener aún duras batallas sobre esta tierra. Pocas son las que le quedan por vencer. Dentro de poco será arrebatado de su trono y el Señor le dará la merecida merced. Lo demás ya es sabido de todos: la Iglesia no puede perecer... ¿Tienes aún algo más que preguntar?

—Y de mí, ¿qué me dices de mí?

—¡Oh, si supieras por cuántas vicisitudes tendrás todavía que pasar! Pero date prisa, pues apenas me queda tiempo para hablar contigo—. Entonces extendí anhelante las manos para tocar a aquel mi querido hijo, pero sus manos parecían inmateriales y nada pude asir.

—¿Qué haces, loquillo?—, me dijo [Santo] Domingo [Savio] sonriendo. —Es que temo que te vayas —exclamé—. ¿No estás aquí con el cuerpo?

—Con el cuerpo no; lo recobraré un día. —¿Y qué es, pues, este tu parecido? Yo veo en ti la fisonomía de [Santo] Domingo Savio.

—Mira: cuando por permisión divina se les aparece algún alma separada del cuerpo, presenta a su vista la forma exterior del cuerpo al que en vida estuvo unido con todos sus rasgos exteriores, si bien grandemente

embellecidos y así los conserva mientras con él no vuelva a reunirse en el día del juicio universal. Entonces se lo llevara consigo al Paraíso. Por eso te parece que tengo manos, pies y cabeza; en cambio no puedes tocarme porque soy espíritu puro. Esta es sólo una forma externa por la que me puedes conocer.

Comprendo —contesté—; pero escucha. Una palabra más. ¿Mis jóvenes están todos en el recto camino de la salvación? Dime alguna cosa para que pueda dirigirlos con acierto.

—-Los hijos que la Divina Providencia te ha confiado pueden dividirse en tres clases. ¿Ves estas tres listas? Y me entregó una. —¡Examínala!

Observé la primera; estaba encabezada por la palabra: *Invulnerati* y contenía los nombres de aquellos a quienes el demonio no había podido herir: los que no habían mancillado su inocencia con culpa alguna. Eran muchos y los vi a todos. A muchos de ellos los conocía, a otros no los había visto nunca y seguramente vendrán al Oratorio en años sucesivos. Marchaban rectamente por un estrecho sendero, a pesar de que eran el blanco de las flechas, sablazos y lanzadas que por todas partes les llovían. Dichas armas formaban como un seto a ambos lados del camino y los hostigaban y molestaban sin herirlos.
Entonces [Santo] Domingo [Savio] me dio la segunda lista, cuyo título era: *Vulnerati,* esto es, los que habían estado en desgracia de Dios; pero una vez puestos en pie, ya se habían curado de sus heridas arrepintiéndose y confesándose. Eran más numerosos que los primeros y habían sido heridos en el sendero de su vida por los enemigos que le asediaban durante el viaje. Leí la lista y los vi a todos. Muchos marchaban encorvados y desalentados.

Domingo tenía aun en la mano la tercera lista. Era su epígrafe. *Lassati* in *via iniquitatis* y contenía los nombres de los que estaban en desgracia de Dios. Estaba yo impaciente por conocer aquel secreto; por lo que extendí la mano, pero [Santo Domingo] Savio me interrumpió con presteza:

—No; aguarda un momento y escucha. Si abres esta hoja saldrá dé ella un hedor tal, que ni tú ni yo lo podríamos resistir. Los ángeles tienen que retirarse asqueados y horrorizados, y el mismo Espíritu Santo siente náuseas ante la horrible hediondez del pecado.

—¿Y cómo puede ser eso —le interrumpí— siendo Dios y los ángeles impasibles? ¿Cómo pueden sentir el hedor de la materia?

—Sí; porque cuanto mejores y más puras son las criaturas, tanto más se asemejan a los espíritus celestiales; y por el contrario, cuanto peor y más deshonesto y soez es uno, tanto más se aleja de Dios y de sus Ángeles, quienes a su vez se apartan del pecador convertido en objeto de náusea y de repulsión.

Entonces me dio la tercera lista.

—Tómala —me dijo—, ábrela y aprovéchate de ella en bien de tus hijos; pero no te olvides del ramillete que te he dado: que todos los tengan y conserven.

Dicho esto y después de entregarme la lista, retiróse en medio de sus compañeros como en actitud de marcha.

Abrí entonces la lista; no vi nombre alguno, pero al instante se me presentaron de golpe todos los individuos en ella escritos, como si en realidad estuviera contemplando sus personas. ¡Con cuánta amargura los observé! A la mayor parte de ellos los conocía; pertenecen al Oratorio y a otros Colegios. ¡Cuántos de ellos parecen buenos, e incluso los mejores de entre los compañeros, y, sin embargo, no lo son!
Mas apenas abrí la lista, esparcióse en derredor de mí un hedor tan insoportable, que al punto me vi aquejado de acerbísimos dolores de cabeza y de unas ansias tales de vomitar que creía morirme.

Entretanto oscurecióse el aire; desapareció la visión y nada más vi de tan hermoso espectáculo; al mismo tiempo un rayo iluminó la estancia y un trueno retumbó en el espacio, tan fuerte y terrible que me desperté sobresaltado.
****

Aquel hedor penetró en las paredes, infiltrándose en mis vestidos, de tal forma que muchos días después aún parecía percibir aquella pestilencia. Ahora mismo, con sólo recordarlo, me vienen náuseas, me siento como ahogado y *se me revuelve el estómago.*

En Lanzo, donde me encontraba, comencé a preguntar a unos y a *otros; hablé con varios* y *pude cerciorarme de que el sueño no me había engañado.*

Es, pues, una gracia del Señor, que me ha dado a conocer el estado del alma de cada uno de vosotros; pero de esto me guardaré de decir nada en

público. Ahora no me queda más que augurarles buenas noches.

El ver en el sueño —continúa Don Lemoyne— que eran considerados como malos ciertos jóvenes que pasaban en la casa por los mejores, hizo sospechar a [San] Juan Don Bosco que se trataba de una ilusión. He aquí el motivo por el cual había llamado precedentemente a algunos ad audiendum verbum: *quería asegurarse bien sobre la naturaleza del sueño. Por el mismo motivo retrasó en quince días su relato. Cuando tuvo la seguridad de que la cosa procedía de lo alto, habló. El tiempo vendría a confirmar la realidad de otras muchas cosas que vio en el mismo* y *que llegaron a cumplirse.*

La primera predicción, la más importante, se refería al número de sus queridos hijos que morirían en 1877, divididos en dos grupos: seis más dos. En la actualidad los registros del Oratorio ofrecen la cruz, señal tradicional de defunción junto a los nombres de seis jóvenes y de dos clérigos. Estaba al frente de la comisaría de seguridad pública en el distrito Dora un señor que tenía algunos conocidos en el Oratorio. Este tal oyó el sueño y le impresionó el vaticinio de las ocho muertes. Estuvo atento todo el 1877, para comprobar la realidad del mismo. Al enterarse del último caso de muerte, que tuvo lugar precisamente el último día del año dijo adiós al mundo, se hizo salesiano y trabajó mucho no sólo en Italia, sino también en América. Fue Don Ángel Piccono de imperecedera memoria.

La segunda predicción anunciaba una aurora esplendorosa para la Sociedad Salesiana en 1877, que iluminaría los cuatro ángulos del mundo; en efecto, aquel año apareció en el horizonte de la Iglesia la Asociación de los Cooperadores Salesianos y comenzó a publicarse el Boletín Salesiano, *dos instituciones que debían llevar de un extremo a otro de la tierra el conocimiento y la práctica del espíritu de [San] Juan Don Bosco.*

La tercera predicción se refería al fin próximo del Papa [Beato] Pío IX, que, en efecto, murió catorce meses después del sueño.

La última predicción fue muy amarga para el siervo de Dios: "¡Oh, si supieses cuántas dificultades tienes aún que vencer!"

Y en efecto, en el resto de su vida, que duró aún once años y *dos meses, luchas y fatigas y sacrificios se sucedieron sin tregua hasta el fin de su existencia.*

LA MUERTE DEL PAPA BEATO PIÓ IX

SUEÑO 104.—AÑO DE 1877.

(M. B. Tomo XIII, págs. 42-44)

El 1 de febrero de 1877, a su regreso de Roma, se despidió de los hermanos y amigos de Magliano, partiendo para Florencia. En esta ciudad se detuvo hasta el día tres del mismo mes, hospedándose en casa de la piadosa y caritativa Marquesa Uguccioni, aun profundamente afligida por la muerte reciente del esposo.

En ¡a mañana del cuatro se encontraba en Turín, donde fue recibido en el Oratorio, como de costumbre, en medio del mayor júbilo.

Dos días después de su llegada, el [Santo] volvía a Roma en sueños; sueño profético que contó privadamente a los directores reunidos para las conferencias anuales.

Ofreceremos el relato del mismo, tal como lo escribieron inmediatamente después de oírlo, Don Barberis y Don Lemoyne.

Hay que hacer notar que *el Eminentísimo Cardenal Monaco La Valetta, Vicario de Su Santidad, después de la muerte del Cardenal Patrizi, había rogado a [San] Juan Don Bosco que enviase algunos salesianos a dirigir el Hospital de la* «Cosolazione» *que surge a poca distancia del Foro Romano. Aunque la escasez de personal era grande, [San] Juan Don Bosco, siendo la primera vez que el nuevo Cardenal Vicario pedía un favor a la Congregación, deseaba ardientemente complacerlo. La noche del siete de febrero, habiéndose retirado a descansar el [Santo] obsesionado con este pensamiento, soñó que se encontraba en Roma.*

****

Me pareció —dijo a sus oyentes— que me encontraba de nuevo en Roma; me dirigí inmediatamente al Vaticano sin acordarme del almuerzo, ni de pedir audiencia, ni de otra cosa alguna. Mientras me encontraba en una sala he aquí que llega [Beato] Papa Pío IX y se sienta a la buena de Dios y en plan de amigo en un sillón o canapé que estaba junto a mí. Yo, maravillado, intento ponerme de pie y rendirle los homenajes consiguientes; pero él no me lo permitió, sino que con la mayor premura me obligó a que me sentase a su lado, comenzando inmediatamente el siguiente diálogo:

—Hace poco que nos hemos visto.

—En efecto; hace pocos días— le contesté.

—De ahora en adelante nos veremos con más frecuencia —continuó el Vicario de Cristo— porque hay muchas cosas que tratar. Entretanto, dígame: ¿Qué ha hecho ya desde que partió de Roma?

—Ha habido poco tiempo —le contesté—; se han reanudado varios asuntos que quedaron interrumpidos a causa de mi ausencia y después se pensó en lo que se podría hacer en favor de los Conceptinos. Mas he aquí que me llega una petición del Cardenal Vicario, rogándome que nos encarguemos de la dirección del Hospital de la *Cosolazione.* Es la primera petición que nos hace dicho Cardenal y querríamos complacerle; pero al mismo tiempo nos sentimos abrumados por la falta de personal.

—¿Cuántos sacerdotes ha mandado ya a los Conceptinos?—, me preguntó [Beato] Papa Pío IX. Y entretanto me hizo pasear con él teniéndome de la mano.

—Hemos enviado uno solo —le dije—, y estamos estudiando la manera de poder mandar algunos más, pero no sabemos de dónde sacarlos.

—Antes de atender a otra cosa —prosigue el Papa— procura atender a *Santo Spirito.* Poco después el Santo Padre, erguido sobre su persona, con la cara levantada y como radiante de luz, clavó su mirada en mí.

—¡Oh, Santo Padre!, —le dije—; ¡si mis jóvenes pudiesen contemplar el rostro de Su Santidad! Yo creo que quedarían fuera de sí por el consuelo. ¡Le aman tanto!

—Eso no sería imposible —me replicó [Beato] Papa Pío IX—. A lo mejor pueden ver realizado este deseo.

Pero de pronto, como si se sintiese mal, apoyándose en una parte y otra se dirigió a sentarse en un canapé y después de haberlo hecho se tendió en él a lo largo. Yo creí que estuviese cansado y quisiera acomodarse para descansar un poco; por eso busqué la manera de colocarle un almohadón un poco elevado para mantenerle la cabeza en alto: pero él no quiso, sino que extendiendo también las piernas, me dijo:

—Hace falta una sábana blanca para cubrirme de la cabeza a los pies.

Yo lo miraba atónito y estupefacto; no sabía qué decirle, ni qué hacer. No entendía nada de cuanto sucedía.
Entonces el Santo Padre se levantó y dijo:

—¡Vamos!

Al llegar a una sala donde había muchos dignatarios eclesiásticos, el Santo Padre, sin que los demás se diesen cuenta se dirigió a una puerta cerrada. Yo abrí la puerta inmediatamente, para que [Beato] Papa Pío IX, que estaba ya cerca, pudiese pasar, Al ver esto, uno de los prelados comenzó a mover la cabeza y a decir entre dientes:

—Esto no le corresponde a [San] Juan Don Bosco; hay personas indicadas para que realicen estos menesteres.

Me excusé de la mejor manera posible, haciendo observar que yo no usurpaba ningún derecho, sino que había abierto la puerta porque ningún otro lo había hecho para que el Papa no se incomodara y tropezara.

Cuando el Santo Padre oyó mis palabras, se volvió hacia atrás sonriendo y dijo:

—Déjenlo en paz; soy yo quien lo quiero.

Y el Papa, una vez que hubo transpuesto la puerta, no apareció más.

Yo me encontré, pues, allí completamente solo sin saber dónde estaba.

Al volverme a un lado y a otro para orientarme, vi por allí a Buzzetti. Esto me causó grande alegría. Yo quería decirle algo, cuando él, acercándose a mí, me dijo:

—Mire que tiene los zapatos viejos y rotos.

—Ya lo sé —le dije—■; ¿qué quieres? Han recorrido ya mucho terreno estos zapatos, son los mismos que tenía cuando estaba en Lanzo; aquí en Roma han estado ya dos veces; también estuvieron en Francia y ahora están

otra vez aquí. Es natural que estén en tan mal estado.

—Pero ahora —replicó Buzzetti— es tiempo de que los deje; ¿no ve que los talones están completamente rotos y que lleva los pies por los suelos?

—No te digo que no lleves razón —contesté—, pero, dime: ¿sabes tú dónde nos encontramos? ¿Sabes qué es lo que hacemos aquí? ¿Sabes por qué estamos aquí?

—Sí, que lo sé— me contestó Buzzetti.

—Dime, pues —proseguí yo—; ¿estoy soñando o es realidad lo que veo? Dime pronto algo.

—Esté tranquilo —replicó Buzzetti— que no sueña. Todo cuanto ve es realidad. Estamos en Roma, en él Vaticano: El Papa ha muerto. Y tanto es verdad esto que cuando quiera salir de aquí encontrará grandes dificultades para lograrlo y no dará con la escalera.

Entonces yo me asomé a las puertas, a las ventanas y vi por todas partes casas en ruina y destruidas y las escaleras deshechas y escombros por doquier.

—Ahora sí que me convenzo de que estoy soñando —dije—; hace poco he estado en el Vaticano con el Papa y no había nada de todo esto.

—Estas ruinas —dijo Buzzetti—- fueron producidas por un terremoto repentino que tendrá lugar después de la muerte del Papa, pues toda la Iglesia se sentirá sacudida de una manera terrible al producirse su fallecimiento.

Yo no sabía ni qué decir, ni qué hacer. Quería bajar a toda costa del lugar donde me encontraba; hice la prueba pero temí rodar a un precipicio.

Con todo intentaba descender, pero unos me sujetaban por los brazos, otros por la ropa y un tal por los cabellos con tanta fuerza que no me permitía dar un paso. Yo entonces comencé a gritar:■

—¡Ay, que me hace daño!

Y tan grande fue el dolor que sentí, que me desperté encontrándome en el lecho, en mi habitación.

****

El [Santo], aunque no se reservó para sí este sueño, prohibió a los Directores que hablasen de él, expresando así su parecer de que por de pronto no se le debía dar importancia alguna. Pero luego se comprobó de allí a un año, que no se trataba de un sueño ordinario, en efecto, en las primeras horas de la noche del seis al siete de febrero, el gran Pontífice [Beato] Pío IX, después de una rápida enfermedad, entregó su bella alma al Señor.

LA SEÑORA Y LOS CONFITES

SUEÑO 105.—AÑO DE 1877.

(M. B. Tomo XIII, págs. 302-303)

Tras los ejercicios espirituales celebrados por el personal salesiano en Lanzo, en el año de 1877 y precisamente en el sermón llamado de los Recuerdos, [San] Juan Don Bosco contó el siguiente sueño:

He venido a decirles cuatro palabras sustituyendo al predicador habitual de los ejercicios. Comenzaré comunicándoles que se han recibido hace poco, buenas noticias de América, que oirán leer en el comedor o en otro lugar. Ahora yo, en vez de darles una plática les voy a contar una historieta. La pueden llamar como quieran: fábula, sueño, historia; pueden darle mucha o poca importancia. Júzguenla como quieran; mas tengo la seguridad de que lo que les voy a contar les enseñará alguna cosa.

****

Me parecía transitar por las calles de Porta Susa y delante del cuartel de los soldados vi a una mujer que me pareció una vendedora de castañas asadas, pues sobre el fuego hacía girar una especie de cilindro, metálico dentro del cual me parecía que estuviese cociendo castañas. Admirado al ver aquel nuevo sistema de cocer castañas, me acerqué y observé cómo giraba aquel cilindro. Pregunté a la mujer qué estaba preparando en aquel extraño artefacto. Y ella me dijo:

—Estoy haciendo confituras para los Salesianos.

—¡Cómo!, —le dije—. ¿Confituras para los Salesianos?

—Sí —me respondió—. Y diciendo esto abre el cilindro y me lo enseña. Yo entonces pude ver dentro de aquel cilindro confituras de diversos colores, divididas y separadas las unas de las otras por una tela; unas eran

blancas, otras rosas, otras negras. Sobre ellas vi una especie de azúcar pastoso o almíbar semejante a gotas de lluvia o de rocío recientemente caído, dicha lluvia se veía salpicada en algunos sitios de manchas rojas.

Yo entonces le pregunté a la mujer:

—¿Se pueden comer estos confites? —Sí— me dijo; y me ofreció de ellos.

Y yo:

—¿Cómo es que algunas de estas confituras son rojas, otras negras y otras blancas?

Y la mujer me contestó:

—Las blancas cuestan poco trabajo, pero se pueden manchar fácilmente; las rojas cuestan sangre; las negras cuestan la propia vida. El que gusta de éstas no conoce las fatigas, no conoce la muerte.

—¿Y el almíbar qué significa?

—Es símbolo de la dulzura del Santo que han tomado como modelo. Esa especie de rocío quiere decir que hay que sudar muchísimo para conservar esta dulzura y que tal vez sea necesario derramar la propia sangre para no perderla.

Grandemente maravillado quise continuar haciendo preguntas, pero ella no me respondió más, y sin decir esta boca es mía continué mi camino, preocupado por las cosas que había oído. Mas he aquí que apenas di unos pasos, me encuentro con Don Picco y con otros sacerdotes nuestros, aturdidos, amedrentados y con el cabello erizado en la cabeza.

—¿Qué ha sucedido?—, les pregunté.

—¡Si usted supiera!... ¡Si usted supiera!...

Y yo insistía preguntando qué novedad había; y Don Picco: —¡Si supiera!... ¿Ha visto a la mujer de las confituras?

—¡Sí! ¿Y qué?

—Pues bien —continuó lleno de espanto—, me ha recomendado que le diga que hagáis Vos de manera que sus hijos trabajen, que trabajen. Y añadió: Encontrarán muchas espinas, pero también muchas rosas; que le diga que la vida es breve y la mies es mucha; se entiende que la vida es breve comparada con Dios, pues comparado con su eternidad todo es como un instante, como nada.

—Pero... ¿acaso no se trabaja?—, dije yo.

Y él:

—Se trabaja, pero me dijo que se trabaje.

Y dicho esto ni lo vi a él más ni a los otros y más admirado que antes continué mi camino hacia el Oratorio, y al llegar a él me desperté.
****
Esta es la historieta que les quería contar. Llámenla apólogo, parábola, fantasía, esto poco importa; lo que desearía es que quedase bien grabado en la memoria lo que dijo aquella mujer a Don Picco y a los demás: o sea, que practiquemos la mansedumbre de nuestro San Francisco y *que trabajemos mucho y siempre.*

Después [San] Juan Don Bosco continuó explicando cuanto la mujer había dicho, sacando de, sus palabras argumentos de estímulo para practicar cuanto había sido recomendado. Habló extensamente también de lo mucho que había que hacer, de la necesidad de trabajar, concluyendo con estas palabras:

Procuremos ser amables con todos, recemos los unos por los otros a fin de que no sé falte a la moralidad; hagamos el propósito de ayudarnos mutuamente. Que el honor de uñó sea el honor del otro, la defensa de uno, la defensa de todos, todos debernos esforzarnos por honrar y defender a la Congregación en la persona de cada uno de sus componentes, porque el honor y la deshonra no caen sobre uno, sino sobre todos y sobre la Congregación entera. Por eso procedamos con el mayor celo para que esta nuestra buena madre no sufra el menor menoscabó en su reputación. Procuremos todos defenderla y honrarla con denuedo.

Y prosiguió exponiendo y comentando este concepto hasta finalizar con las siguientes palabras:

—Seamos animosos, mis queridos hijos; encontraremos muchas espinas, pero recuerden que tampoco faltarán las rosas. No nos desanimemos ante los peligros y las dificultades; recemos con confianza y Dios nos prestará el auxilio prometido a quien trabaja por su santa causa. Permanezcamos todos unidos formando lo que dice lo Sagrada Escritura de los primeros cristianos: cor unum et anima una.

UNA ESCUELA AGRÍCOLA

SUEÑO 106.—AÑO DE 1877.

(M. B. Tomo XIII, págs 534-536)

Encontrándose [San] Juan Don Bosco de viaje por Francia se personó en Fréjus, donde se tomaron los primeros acuerdos para la próxima apertura de una casa en la Navarre. Constaba la nueva fundación de una extensión de terreno de unas 233 hectáreas de superficie, perteneciente al municipio de Grau, departamento del Var. Con todas aquellas tierras de labor se había formado una Colonia Agrícola que llevaba él nombre de Orfanatorio de San José. Había sido fundada en 1863 por el Padre Santiago Vincent, gracios a la caridad del señor Roujou, propietario de la finca, el cual la entregó con el único objeto de que sirviese para poner en marcha una obra de beneficencia. Diez años después aquel edificio, con los terrenos anexos, fue cedido en enfiteusis durante noventa y nueve años por el Padre Vincent a tres sacerdotes del clero secular que acariciaban la idea de hacer resurgir la Orden Tercera de los religiosos Trinitarios, respetando siempre las condiciones impuestas por el donante de los terrenos. Pero pasados apenas cinco años, los arrendatarios se encontraron abrumados de deudas, de tal manera, que no sabían cómo salir a flote y secundando los consejos del Obispo, determinaron cederlo todo a [San] Juan Don Bosco, con la condición de que el [Santo] les pagase veinte mil francos por las mejoras introducidas por ellos en el edificio y en los terrenos y se hiciese cargo de una deuda de siete mil francos que era el total de la suma que los dichos padres habían recibido como empréstito de varios bienhechores de la obra.

Iniciador y entusiasta partidario de esta cesión fue el Obispo de Fréjus y Toulon, monseñor Fernando Terris, convertido en instrumento inconsciente

en manos de la Providencia. Su primera carta relacionada con el asunto de la colonia agrícola llegó a manos de [San] Juan Don Bosco en agosto de 1877. En este hecho hemos de notar dos cosas: primeramente, que la invitación llegó de improviso, esto es, sin que hubiese existido, no ya propuesta remota alguna, pero ni la más pequeña probabilidad de tal propuesta; por otra parte, [San] Juan Don Bosco se había mostrado siempre contrario a la fundación de colonias agrícolas, pues a su manera de ver no ofrecían garantías suficientes para la conducta moral de los alumnos. Pues bien; la noche precedente a la llegada de la carta de Monseñor Terris, el [Santo] tuvo un sueño, que hizo se desvaneciera en él aquel prejuicio, disponiéndolo a aceptar complacido la propuesta.

En el mes de septiembre, durante los ejercicios de Lanzo, contó lo que había visto; estuvieron presentes a la narración, entre otros, el Conde Cays, clérigo a la sazón; Don Barberis y *Don Lemoyne, de quien es el relato siguiente:*
****

Me vi en sueños ante una amplísima zona de terreno que no parecía ciertamente los alrededores de Turín. Una casa rústica que tenía delante una pequeña era parecía brindarme hospedaje. Esta vivienda, como en general la de los campesinos, estaba desprovista de todo ornato y la habitación en la cual yo me encontraba tenía varias puertas que ponían en comunicación con otras habitaciones, mas éstas no estaban al mismo nivel que la primera. Para llegar a unas había que subir y en cambio para entrar en otras era necesario bajar algunos escalones. Todo alrededor se veía una rastrillera en la que estaban colocadas diversas herramientas de labranza. Yo dirigí mi vista a una y otra parte, pero no vi a nadie. Comencé a dar vueltas por las habitaciones, pero todas estaban vacías. La casa estaba desierta. Cuando he aquí que llega a mis oídos la voz de un muchachito que cantaba; aquel canto venía de fuera de la casa. Salí y pude comprobar que el cantor era un niño como de unos diez a doce años, de buen aspecto, robusto, vestido de artesano. Su voz era bien timbrada. Estaba de pie, derecho, con la mirada clavada en mí. Cerca de él una mujer limpiamente vestida, con aspecto de campesina, en actitud de acompañar al muchacho. El joven cantó en lengua francesa:

Ami respectable,
Soyez notre pére aimable.

Yo, que me había detenido en el umbral de la puerta, le dije: —Ven, acércate, ¿quién eres?

Y el niño, mirándome, volvía a repetir la misma canción. Yo entonces añadí:

—¿Qué quieres de mí?

Y el pequeño comenzó de nuevo a entonar su cancioncilla. Yo insistí:

—Pero explícate claramente. ¿Quieres que te reciba en casa? ¿Tienes algo que decirme? ¿Deseas algún regalo; tal vez una medalla? ¿O es que esperas un socorro en dinero?

Entonces el jovencito, sin hacer caso de mis preguntas, dirigió la mirada a su alrededor y cambiando la letra comenzó a cantar nuevamente:

Voilá mes compagnons.
Qui diront ce que nous voulons.

Y he aquí que veo una gran muchedumbre de jovencitos que se acercaban hacia el lugar donde yo me encontraba caminando sobre aquellos terrenos incultos. Todos ellos cantaban a pleno pulmón:

Notre pére du Chemin,
Guidez-nous dans le Chemin
Guidez-nous au jardín,
Non au jardín des fleurs,
Mais au jardín des bonnes moeurs.

—¿Pero quiénes sois vosotros?—, pregunté yo maravillado, mientras me adelantaba saliendo al encuentro de aquella muchedumbre infantil. Y el pequeño que había cantado solo primeramente, continuó el canto solo también, diciendo:

Notre Patrie
C'est le pays de Marie.

---Y yo le respondí:

—¡No comprendo! ¿Qué haces aquí? ¿Qué quieres de mí?

Y todos respondieron a coro:

Nous attendons I'ami
Qui nous guide au Paradis.

—Estamos de acuerdo, añadí. ¿Quieres venir a mis colegios? ¡Son demasiados!, —pero ya nos arreglaremos—.

¿Quieren aprender el catecismo? Yo se lo enseñaré.

¿Quieren confesarse? Estoy a su disposición. ¿Quieren que los enseñe a cantar, que les dé clase o que les haga una plática?

Y todos respondieron graciosamente a coro:

Notre Patrie
C'est le pays de Marie.

Yo callé entonces y pensaba para mí: ¿Dónde estoy? ¿En Turín o tal vez en Francia? ¡Qué cosa tan extraña! No soy capaz de salir de este embrollo.

Y mientras pensaba así y reflexionaba, aquella buena mujer tomó de la mano a aquel niño y con la otra indicó a los jóvenes que se reuniesen y se encaminasen a una era mayor que la primera que no estaba a mucha distancia:

—*Venez avec moi*— dijo, y se puso en camino.

Todos los jóvenes que me habían rodeado se pusieron en marcha hacia la segunda era. Mientras yo también me encaminaba con ellos, nuevas falanges de jovencitos se agregaban a la primera. Muchos de ellos llevaban hoces, otros azadas y otros instrumentos de los oficios más diversos. Yo contemplaba a aquellos muchachos cada vez con mayor admiración y me daba cuenta de que no estaba en el Oratorio ni en Sampierdarena. Y me decía entre mí:

—Pues no debo estar soñando porque camino.

Entretanto la muchedumbre de jóvenes que me rodeaba, si alguna vez yo retrasaba el paso, me empujaba obligándome a seguir hacia la era más grande.

Al mismo tiempo, no perdía de vista a la mujer que nos precedía y que había despertado en mí una viva curiosidad. Con su modesto vestido de campesina o pastorcilla, con su pañuelo rojo al cuello y con su corpiño blanco, me parecía un ser misterioso, aunque nada ofreciese de sorprendente en su exterior. Sobre la segunda era se levantaba una rústica casa y cerca de ella un edificio de bello aspecto.

Cuando todos los jóvenes estuvieron concentrados en la era, la mujer se volvió hacia mí y me dijo:

—Contempla estos campos, mira esta casa y estos jóvenes.

Así lo hice y pude comprobar que el número de los muchachos era incontable; eran mil veces más que cuando salieron de la primera era: La mujer continuó:

—Estos jóvenes son todos tuyos.

—¿Míos?, —repliqué yo—. ¿Y qué autoridad tienes tú para entregarme estos muchachitos? No son ni tuyos ni míos, son del Señor.

—¿Que con qué autoridad?, —respondió la campesina—. Son mis hijos y yo te los confío.

—Pero ¿cómo podré hacer yo para vigilar a una juventud tan inquieta, tan numerosa? ¿No ves aquellos muchachos que corretean locamente por los campos perseguidos por otros? ¿Aquellos otros que saltan los fosos, los que suben a los árboles? ¿Aquellos de allá que se están peleando? ¿Cómo va a ser posible que yo consiga imponer entre ellos orden y disciplina?

—¿Me preguntas qué es lo que tienes que hacer? ¡Mira!, — exclamó la mujer—.

Miré hacia atrás y vi que avanzaba hacia mí un numeroso escuadrón de otros jóvenes y que la mujer alargaba y extendía un gran velo sobre ellos cubriéndolos a todos. No pude ver de dónde sacó el velo. Después de unos instantes, lo recogió. Aquellos jovencitos estaban transformados. Todos se habían convertido en hombres, en sacerdotes y en clérigos.

—¿Y estos sacerdotes y estos clérigos, son también míos?—, pregunté a

la mujer.

Ella me respondió:

—Serán tuyos si tú consigues hacértelos tuyos. Ahora, si quieres saber alguna cosa más, ven aquí.

E hizo que me aproximase un poco más a ella.

—Pero, dime, buena mujer, dime; ¿qué lugar es este?, ¿dónde me encuentro?

La mujer no respondió, sino que hizo una señal con la mano a todos los muchachos que se congregaron a su alrededor. Entonces ella comenzó a cantar:

---Attention, garçons, silence. Ouvriers, Ataliers, chantez tous ensemble.

E hizo una señal con las manos dando una palmada.

Entonces los jóvenes comenzaron a cantar a pleno pulmón.

---Gloria, honor, gratiarum actio Domino Deo Sabaoth.

Todos juntos formaban un coro de extraordinaria armonía. Era una serie de voces que iban desde las más bajas notas hasta las más altas y brillantes, combinadas de tal forma que las primeras parecían partir de la tierra, mientras que las otras semejaban perderse en lo más alto de los cielos. Terminado de cantar este himno, todos gritaron cantando:

—*Ainsi sois-il!*

Y entonces me desperté.
****

Es sumamente interesante la respuesta enviada por [San] Juan Don Bosco al Obispo, toda ella inspirada en la casi seguridad de poderle atender, a pesar de que el [Santo] no solía escribir en estos términos cuando se trataba de los comienzos de aceptación de una nueva fundación. Tal vez el padre Guiol conocía las intenciones de Monseñor y por eso, sin advertir nada

a [San] Juan Don Bosco, había procurado preparar la entrevista a que hace referencia el exordio de la siguiente carta:
****
Excelencia Rvdma.

No podía recibir una carta que me fuese más grata que la que su Excia. Rdma. se dignó enviarme. Si a mi paso por Marsella no me hubiera sentido un tanto perturbado en mi salud, ciertamente que me habría detenido con el Padre Guiol a saludarle personalmente.

Hablando ahora de los Orfanatorios que V. E. me propone, los acepto en principio, y como tengo plena confianza en V. E. me pongo enteramente en sus santas manos para la realización de esta obra. A fin de que yo pueda seguir mejor sus venerados deseos y V. E. pueda conocer el fin de nuestra Institución mandaré al Padre José Ronchan, Director del Patronato Saint Pierre-Nice, a que se entreviste con Su Excia. Va revestido de plenos poderes y tratará y hará cuanto V. E. juzgue de la mayor gloria de Dios.
****
La clave del sueño hay que buscarla, pues, en las noticias que le llegaron pocas horas después de Francia, y no hay que indagar otra explicación; todo fue más tarde confirmado por los hechos. Don Lemoyne, visitando la nueva casa poco después de su apertura, encontró una nueva prueba de cuanto decimos. Al entrar donde estaba la dirección, vio en el plano o piso superior una habitación con la rastrillera alrededor de las paredes y con las puertas por las que se llegaba bajando o subiendo algunos escalones a las demás habitaciones; he aquí que además había delante de aquella casa una pequeña era y un anchísimo prado abandonado, rodeado de una corona de árboles y, más allá, no muy lejos, una segunda era mucho mayor, donde estuvo la morada de los primeros jovencitos acogidos. Era el sueño ad litteram. *Don Lemoyne, que no esperaba semejante sorpresa, escribió inmediatamente a [San] Juan Don Bosco. Pero algo aún más maravilloso le estaba reservado al mismo [San] Juan Don Bosco, cuando fue allá para hacer una segunda visita. Al recorrer el [Santo] aquel terreno, los jóvenes le salieron al encuentro precedidos por un compañero que llevaba un ramo de flores. [San] Juan Don Bosco, al llegar a poca distancia de este, cambió de color por la emoción: el jovencito tenía la misma talla y las mismas facciones que el que había visto en el sueño. Era Miguelito Blain, que se hizo salesiano y vive todavía —escribe Don Lemoyne— en nuestra casa de Nizza Marítima.* [Murió en París el 7-VIII-1947 a los ochenta y dos años de edad].

Por la noche, durante la academia celebrada en honor de [San] Juan Don Bosco, mientras los cantores interpretaban un himno y Blain cantaba como solista, el [Santo], indicándoselo al Director, Don Perrot, le dijo:

—Me parece el mismo del sueño.

En los sueños de [San] Juan Don Bosco hay a veces indicaciones proféticas; con todo, hay que desconfiar de las interpretaciones apresuradas, ya que a veces las cosas predichas se realizan en un plazo largo. ¿Si ¡os mismos profetas no comprenden siempre todo e¡ significado de las propias profecías, qué diremos de sus comentaristas? En la última parte de nuestro relato quedó en el misterio hasta hace pocos años aquel escuadrón de jovencitos que manejaban instrumentos de labranza y que se transformaron en clérigos y sacerdotes; esto no dejaba de ser un enigma. Hubo varias tentativas de explicación, al decir que [San] Juan Don Bosco vio bajo este simbolismo las vocaciones que habrían de salir de entre aquellos muchachos; pero esta aclaración no era muy satisfactoria, por ser poco precisa ante la realidad de la representación. En cambio, cuando sin que nadie pensase en el sueño, se determinó instituir en la Navarre los Hijos de María y después el Noviciado, entonces convenzo a perfilarse el significado auténtico de esta parte del seuño. El primero en llamar la atención sobre esta circunstancia fue Don Candela, Consejero del Capítulo Superior, en el año de 1929, cuando, al imponer el hábito talar a un grupo de veinte aspirantes allí preparados o concentrados de otros puntos, señaló el grupo de los muchachos y la consiguiente transformación prevista por [San] Juan Don Bosco más de cincuenta años

LOS PERROS Y EL GATO

SUEÑO 107.—AÑO DE 1878.

(M. B. Tomo XIII, págs. 548-549)

Hacía cuatro meses que [San] Juan Don Bosco no salía en busca de socorros y las necesidades se hacían sentir por todas partes; pero la mano de la Providencia acudió a reponer la falta de medios. Un día el [Santo] dijo a Enria:

—¡Cuánto nos quiere la Virgen! Atravesábamos por graves dificultades

y *nos era difícil contar con el dinero que necesitábamos y, poco a poco, la Providencia nos ha provisto de todo. ¡Démosle gracias de todo corazón!*

En una de aquellas noches de mayores apuros, [San] Juan Don Bosco tuvo uno de sus sueños acostumbrados. Enria estuvo presente en el relato, pero Don Lemoyne también lo oyó en otra ocasión de labios del [Santo], según la siguiente versión conservada en su memoria personal;

«En la noche del Viernes Santo estuve velando al lado de [San] Juan Don Bosco casi hasta las dos de la noche, retirándome a la habitación próxima para descansar, habiendo acudido para sustituirme Pedro Enria, continuando la vela junto al padre enfermo. Al darme cuenta de los gritos ahogados del [Santo], deduje que estaba soñando con cosas poco agradables y por la mañana le pregunté al respecto y tuve la siguiente contestación:
****

Me pareció encontrarme en medio de una familia, cuyos miembros habían decidido dar muerte a un gato. El juicio y la sentencia habían sido puestos en manos de Mons. Manacorda, pero este se negaba a hacerlo, diciendo:

—¿Qué tengo yo que ver en su asunto? Eso a mí no me interesa nada.

Y en aquella casa reinaba una gran confusión.

Yo estaba apoyado en un bastoncillo y mientras observaba cuanto sucedía, cuando he aquí que, de pronto, aparece un gato negruzco con los pelos erizados qué se precipitó corriendo hacía donde yo me encontraba. Detrás venían persiguiéndole dos perrazos que parecía darían alcance inmediatamente a aquel pobre animal, presa del mayor espanto. Yo, al verle pasar cerca dé mí, lo llamé; el bicho pareció dudar un poco, pero habiendo yo repetido la llamada y levantado un poco el borde de mi sotana, el gato acudió a agazaparse a mis pies.

Aquellos dos perrazos se detuvieron delante de mí ladrando horriblemente.

—Fuera de aquí —les dije—, dejen en paz a este pobre gato.

Entonces, con gran Sorpresa por mi parte, aquellos animales abrieron la boca y dando rienda suelta a sus lenguas comenzaron a hablar como las

personas.

—No podemos marcharnos; tenemos que obedecer a nuestro dueño, y hemos recibido orden de él de matar a ese gato.

—¿Y con qué derecho?

—El se ofreció voluntariamente a servir a nuestro dueño. El amo puede disponer de la vida de sus esclavos de una manera absoluta. Por tanto, nosotros hemos recibido orden de matarlo y lo mataremos.

—El amo —les repliqué yo—, tiene derecho sobre las acciones de su siervo y no sobre su vida y yo no consentiré nunca que maten a este animal.

— ¿Que tú no lo permitirás? ¿Tú?

Y dicho esto los dos animales se lanzaron furiosamente para atrapar al gato. Yo levanté el bastón y comencé a lanzar golpes desesperados contra los asaltantes.

—¡Ea! ¡Quietos! ¡Atrás!—, les gritaba.

Pero ellos unas veces avanzaban y otras retrocedían y así la lucha se prolongó durante mucho tiempo, de forma que yo estaba rendido de cansancio. Habiéndome dejado aquellos animales un momento de tregua, quise observar a aquel pobre gato que continuaba a mis pies, pero con gran estupor hube de comprobar que se había trocado en un corderillo. Mientras reflexionaba sobre aquel fenómeno, dirijo la vista a los dos perros. También éstos habían cambiado de forma, se habían convertido en dos osos feroces y seguidamente, mudando una y otra vez de aspecto, los veía transformados en tigres, en leones, en monos espantosos, adoptando formas cada vez más horribles. Finalmente, se trocaron en dos demonios horribles.

—Lucifer es nuestro dueño —gritaban aquellos demonios—, aquél a quien tú defiendes ha estado con él y, por tanto, debemos arrastrarlo hasta donde está él, quitándole la vida.

Entonces me volví al corderillo, pero no lo vi; en su lugar había un pobre jovencito que fuera de sí por el espanto, repetía con acento suplicante:

—¡[San] Juan Don Bosco, sálveme! ¡[San] Juan Don Bosco, sálveme!

—No tengas miedo —le dije—. ¿Estás decidido a ser bueno?

—Sí, sí, [San] Juan Don Bosco; pero ¿qué tengo que hacer para salvarme?

—No temas; arrodíllate, toma en tus manos la medalla de la Virgen. Vamos, reza conmigo.

Y el jovencito se arrodilló. Los demonios deseaban acercarse, pero yo permanecía en guardia con el bastón levantado, cuando Enria, al verme tan agitado me despertó, Impidiéndome ver el final de aquella escena.
****

El jovencito era uno de los que yo conozco.

LAS VACACIONES

SUEÑO 108.—AÑO DE 1878.

(M. B. Tomo XIII, págs. 761-764)

Sobre la salida de los jóvenes para las vacaciones de este año y *sobre el regreso, no quedó consignada noticia alguna, a excepción de un sueño relacionado con los efectos que este tiempo de asueto suele acarrear.*

[San] Juan Don Bosco lo contó en la noche del 24 de octubre. Apenas anunció que iba a proceder a su narración, las manifestaciones de satisfacción.

Estoy muy contento —comenzó diciendo— de volver a ver al ejército de mis hijos armados contra diabolum. *Esta expresión, aunque latina, la comprende hasta el mismo Cottino.*

Era el tal Cottino un criado del comedor que se las daba de poeta.

Tendría que decirles tantas cosas, pues es la primera vez que les hablo después de las vacaciones; pero ahora les quiero contar un sueño. Vosotros sabéis que los sueños se tienen durmiendo y que no hay que hacerles mucho caso, pero si no hay mal ninguno en no creer en ellos, tal vez tampoco hay mal alguno en creer en ellos, pudiéndonos servir a veces de lección, como por

ejemplo este.
****

Me encontraba en Lanzo durante la primera tanda de ejercicios y estaba durmiendo, cuando, como les he dicho, tuve un sueño. Me pareció estar en un lugar que no sabría identificar, pero se hallaba próximo a un pueblo en el que se veía un jardín y junto a éste un amplísimo prado. Estaba en compañía de algunos amigos que me invitaron a entrar en el jardín. Penetré en él y vi una gran multitud de corderillos que saltaban, corrían y hacían mil cabriolas según su costumbre. Cuando he aquí que se abre una puerta que ponía en comunicación con el prado y los corderillos corrieron a él para pastar. Muchos, sin embargo, no se preocuparon de salir, sino que se quedaron en el jardín, e iban de un lado para otro despuntando algunas hierbecillas alimentándose de esta manera, puesto que no había hierba en tanta abundancia como en el prado, al que había salido el mayor número de aquellos animales.

—Voy a ver qué es lo que hacen estos animales ahí fuera— me dije.

Fuimos al prado y los vi paciendo tranquilamente. Mas he aquí que de pronto se oscurece el cielo, brillan los relámpagos, retumba el trueno y se aproxima una tempestad.

—¿Qué será de estos animales si les coge la tormenta?, -—me decía yo—. Vamos a ponerlos a salvo.

Y comencé a llamarlos. Después, yo por una parte y mis compañeros repartidos por otras, procurábamos llevarlos hacia la entrada del jardín. Pero ellos no querían entrar; uno corría por aquí, otro escapaba por allá, y nosotros intentábamos perseguirlos, pero ¡que si quieres!, ellos eran más veloces que nuestras piernas. Entretanto comenzaron a caer densas gotas, después a llover más intensamente y yo no conseguía reunir el ganado. Una o dos ovejas entraron afortunadamente en el jardín, pero todas las demás, y eran muchísimas, continuaron en el prado.

—Bien, si no quieren entrar en el jardín, peor para ellas—dije yo—. Vamos a retiramos nosotros.

Y así lo hicimos.

En el jardín había una fuente sobre la cual se veía escrito con caracteres cubitales: *Fons signatus,* fuente sellada. Estaba cerrada, pero de pronto se

abre, el agua sube hacia la altura y se divide y forma un arco iris, pero a semejanza de una bóveda, como este pórtico.

Entretanto menudeaban cada vez más los relámpagos, seguidos de fragorosos truenos, comenzando a caer el granizo. Nosotros, con todos los corderillos que estaban en el jardín, nos amparamos y cobijamos bajo aquella bóveda maravillosa donde no penetraba el agua ni el granizo.

—Pero ¿qué es esto?,—preguntaba yo a los amigos—. ¿Qué será de los pobrecillos que han quedado fuera?

—Ya verás—me dijeron—. Mira las frentes de estos corderos, ¿qué observas?

Me fijé y vi que sobre la frente de cada uno estaba escrito el nombre de un joven del Oratorio.

—¿Qué es esto?—, pregunté.

—¡Verás, verás!

Entretanto, yo no podía detenerme más y quise salir para ver qué había sucedido a los pobres corderillos que estaban en el prado. —Recogeré a los que hayan muerto y los enviaré al Oratorio— pensaba entre mí.

Pero al salir de debajo de aquel arco la lluvia caía sobre mí y vi a aquellas pobres bestezuelas tendidas en tierra, moviendo las patas intentando levantarse y dirigirse hacia el jardín: pero no podían andar. Abrí la puerta, levanté la voz, pero sus esfuerzos eran inútiles. La lluvia y el granizo continuaban azotándolas de tal manera que infundían lástima; una era herida en la cabeza; otra en la quijada, otra en un ojo, otra en una pata, otras en diversas partes del cuerpo.

Después de algún tiempo, la tempestad había cesado por completo.

—Observa —me dijo el que estaba a mi lado—, la frente de estos corderos.

Y vi escrito en el lugar indicado el nombre de cada uno de los jóvenes del Oratorio.

—Conozco al joven que lleva este nombre —me dije—, y no me parece precisamente un corderillo.

—Verás, verás— me fue respondido.

Seguidamente me presentaron un vaso de oro con tapadera de plata y al mismo tiempo escuché estas palabras:

—Toca con tu mano untada con este bálsamo las heridas de estos animales y curarán inmediatamente.

Yo, entonces, comencé a llamarlos:

—¡Brrr, brrr!

Pero no se movían. Repito la llamada y nada; intento acercarme a uno y se me retira arrastrándose. Yo les seguía, pero el juego volvía a repetirse.
—¿No quiere? ¡Peor para él!, —exclamé—. Iré en busca de otro.

Y así lo hice, pero también éste escapó. A cuantos me aproximaba para ungirles y curarlos, emprendían la fuga. Yo los perseguía, pero todo inútil. Al fin alcancé a uno, ¡pobrecillo!, que tenía los ojos fuera de las órbitas y en tan mal estado que daba compasión. Yo se los toqué con la mano, curó y saltando corrió al jardín.

Entonces, otras muchas ovejas, al ver esto, no manifestaron repugnancia y se dejaron tocar y curar y entraron en el jardín. Pero eran muchas las que quedaban fuera, especialmente las más llagadas, a las cuales no me fue posible acercarme.

—¡Si no quieren curar, peor para ellas! Pero no sé cómo podré hacer para que entren en el jardín.

—Déjalo por mi cuenta— me dijo uno de los amigos que estaban conmigo; Ya vendrán, ya vendrán.

—¡Ya veremos!—, dije; coloqué el vaso donde había estado primeramente y volví al jardín.

Este había cambiado de aspecto por completo, y pude leer a su entrada: Oratorio. Apenas penetré en él, he aquí que aquellos corderillos que no habían querido venir, *se* acercan, entran apresuradamente y corren a echarse por un lado y por otro; pero tampoco entonces pude acercarme a ellos. Hubo varios que no queriendo recibir el ungüento consiguieron que este se convirtiera para ellos en veneno que en lugar de curarles las llagas se las irritaba aún mas.

—¡Mira!, —me dijo un amigo—. ¿Ves aquel estandarte? Me volví y vi tremolar al viento un gran estandarte en el que se leía escrito en grandes caracteres: «Vacaciones». —Sí, lo veo— repliqué.

—Ahí tienes el efecto de las vacaciones-— añadió uno de los que me acompañaban, mientras yo me sentía abrumado de dolor al contemplar aquel espectáculo.

—Tus jóvenes —continuó el tal—, salen del Oratorio para ir a pasar las vacaciones, decididos a alimentarse de la palabra de Dios y a conservarse buenos; pero después sobreviene el temporal, que son las tentaciones; seguidamente la lluvia, que son los asaltos del demonio; después cae el granizo, que representa las caídas en el pecado. Algunos recobran la salud con la confesión, pero otros no usan bien de este Sacramento, o no se acercan a él en absoluto.

No lo olvides y no te canses jamás de repetirlo a tus jóvenes: que las vacaciones son como una gran tempestad para sus almas.

Observaba yo a aquellos corderos descubriendo en algunos de ellos heridas mortales estaba buscando la manera de curarlos, cuando Don Scappini, que había hecho ruido en la habitación próxima, me despertó.
****

Este es el sueño, y *aunque es un sueño tiene un significado que no le hará mal al que le preste fe. Puedo decirles que anoté algunos nombres de los muchos que vi en las frentes de los corderos y confrontándolos con los jóvenes, comprobé que se conducían como indicaba el sueño.*

Sea como fuere, debemos en esta Novena de los Santos corresponder a la bondad de Dios, que quiere usar su misericordia con nosotros, y *mediante una buena confesión curar las heridas de nuestra conciencia. Debemos, además, ponernos todos de acuerdo para combatir al demonio* y *con el auxilio del cielo saldremos victoriosos de esta lucha* y *conseguiremos recibir*

el premio de la victoria en el Paraíso.

Este sueño —dice Don Lemoyne—, hubo de influir grandemente en la buena marcha del nuevo curso escolar: en efecto, en la Novena de la Inmaculada las cosas procedían tan bien, que [San] Juan Don Bosco manifestó su satisfacción diciendo:

—Los jóvenes se encuentran actualmente en un punto, tanto por aplicación como por conducta, al que en años anteriores apenas habían llegado en el mes de febrero.

LAS TRES PALOMAS

SUEÑO 109.—AÑO DE 1878.

(M. B Tomo XIII, págs. 811, 812)

El 13 de diciembre, después del almuerzo, [San] Juan Don Bosco contó á Don Barberis y a otros cuatro jóvenes que le rodeaban el siguiente sueño sobre las vocaciones:
****

Me pareció encontrarme en Becchi, delante de mi casa, cuando he aquí que me fue presentado un gracioso canasto. Miro en su interior y compruebo que contenía algunas palomas, pero pequeñas y sin plumas. Vuelvo a mirar y me doy cuenta de que en poco tiempo le han crecido las plumas, cambiando por completo de aspecto. A tres de ellas les habían salido unas plumas tan negras que parecían cuervos. Maravillado me dije a mí mismo:

---Aquí hay alguna brujería.

Y miraba a mi alrededor para ver si había por allí algún hechicero.

Entretanto, me percaté de que las palomas habían levantado el vuelo y las vi alejarse por los aires. Mas uno que estaba allí cerca, toma una escopeta, apunta y dispara. Dos de las palomas cayeron a tierra, pero la tercera se alejó. Yo sentí una gran pena y, acariciándolas, decia:

—¡Pobres animalitos!

Mientras las examinaba, he aquí que de repente, no sé cómo, se

convierten en clérigos. Aún más maravillado, vuelvo a temer que se trate de un efecto de brujería y miro por una y otra parte. Pero, entonces, no sé bien si fue el párroco de Buttigliera o el de Castelnuovo, quien me tocó en el brazo y me dijo:

—¿Has comprendido? De tres, dos; dilo a Don Barberis.

En el cestillo había más de tres palomas, pero de las otras no hice caso.

Así terminó el sueño.

****

♦ *Fue siempre mi intención el contártelo —dijo a Don Barberis—, mas me olvidaba de hacerlo cuando estabas presente y me acordaba cuando ya te habías marchado. Ahora te voy a dar a ti y a los demás la explicación del mismo.*

Entre otros, se encontraban presentes Monseñor Scotton, Don Antonio Fusconi de Bologna y el Conde Cays.

Los comentarios fueron diversos, pero [San] Juan Don Bosco sacó esta conclusión;

—El cestillo conteniendo numerosas palomas implumes representa el Oratorio. De los que llegan a ser clérigos en el cestillo, esto es, en el Oratorio, de tres, perseveran dos. No hay que hacerse ilusiones; se abrigan esperanzas de todos, pero uno por enfermedad, otro por fallecimiento, quién por oposición de los padres, quién por pérdida de la vocación, se producen siempre las bajas y ya es una gran cosa que de tres que comienzan lleguen al sacerdocio dos, permaneciendo en la Congregación.

UNA RECETA CONTRA EL MAL DE OJOS

SUEÑO 110.—AÑO DE 1879.

(M. B. Tomo XIV, pág. 122)

[San] Juan Don Bosco sufría grandemente de la vista. Unos temían se le formasen cataratas, no faltando quien estuviera convencido de que se trataba de una irremediable ceguera progresiva. El doctor Reynaud, oftálmico de renombrada fama, dijo escueta y claramente que no había nada

que esperar. Por su parte, [San] JuanDon Bosco venía practicando un tratamiento del cual había hablado a Don Berto yendo de Florencia a Bologna.

****

El 31 de marzo, cuando estaba para llegar & Pistoia, el [Santo] contó a su secretario que algunas noches atrás se le había aparecido en sueño una misteriosa Señora, llevando en la mano un frasquito con un líquido verde oscuro y le había dicho: ■

—Mira, si quieres sanar de la dolencia de los ojos, toma todas las mañanas un poco de este jugo de achicoria durante cincuenta días y curarás.

****

[San] Juan Don Bosco, al llegar a Turín, se olvidó del sueño, como también Don Berto. Pero en los comienzos de mayo, una noche, en el comedor, estando presentes [Beato] Miguel Don Rúa y Don Berto, preguntó a quemarropa a Don Lago, que había sido farmacéutico:

—Dime, Don Lago, ¿el jugo de achicoria hace bien a los ojos?

—Es uno de los medicamentos indicados— contestó este.

—Pues bien, prepárame un poco.

Don Lago obedeció con la mayor solicitud. Desde que comenzó él tratamiento, el [Santo] advirtió una notable mejoría. El 22 de mayo manifestó que su vista había mejorado sensiblemente. Pasados los cincuenta días, a pesar de seguir escribiendo durante el día y durante la noche, el mal, notablemente disminuido, se estacionó; lo que no fue óbice para que de allí a dos años perdiese por completo el ojo izquierdo.

LA GRAN BATALLA

SUEÑO 111 .—AÑO DE 1879.

(M. B. Tomo XIV, págs. 123-125)

[San] Juan Don Bosco contó este sueño el nueve de mayo. En él asistió a las encarnizadas luchas que habrían de afrontar los individuos llamados a la Congregación, recibiendo en él uña serie de avisos útiles para todos, y *algunos saludables consejos para el porvenir.*

****

Grande y prolongada fue la batalla entablada entre los jovencitos y unos guerreros ataviados de diversas maneras y dotados de armas extrañas. Al final quedaron pocos supervivientes.

Otra batalla más horrible y encarnizada fue la que tuvo lugar entre unos monstruos de formas gigantescas contra hombres de elevada estatura, bien armados y mejor adiestrados. Estos tenían un estandarte muy alto y muy ancho, en el centro del cual se veían dibujadas en oro estas palabras: *María Auxilium Christianorum.* El combate fue largo y sangriento. Pero los que seguían esta enseña eran como invulnerables, quedando dueños de una amplia zona de terreno. A éstos se unieron los jovencitos supervivientes de la batalla precedente y entre unos y otros formaron una especie de ejército llevando como armas, a la derecha, el Crucificado, y en la mano izquierda un pequeño estandarte de María Auxiliadora, semejante al que hemos dicho anteriormente.

Los nuevos soldados hicieron muchas maniobras en aquella extensa llanura, después se dividieron y partieron los unos hacia Oriente, unos cuantos hacia el Norte y muchos hacia el Mediodía.

Cuando desaparecieron éstos, se reanudaron las mismas batallas, las mismas maniobras e idénticas expediciones en idénticas direcciones.

Conocí a algunos de los que participaron en las primeras escaramuzas; los que le siguieron me eran desconocidos, pero daban a entender que me conocían y me hacían muchas preguntas.

Sobrevino poco después una lluvia de llamitas resplandecientes que parecían de fuego de color vario. Resonó el trueno y después se serenó el cielo y me encontré en un jardín amenísimo. Un hombre que se parecía a San Francisco de Sales, me ofreció un librito sin decirme palabra. Le pregunté quién era:

—Lee en el libro— me respondió.

Lo abrí, pero apenas si podía leer. Mas al fin pude comprender estas precisas palabras:

A los Novicios: Obediencia en todo. Con la obediencia merecerán las bendiciones del Señor y la benevolencia de los hombres. Con la diligencia

combatirán y vencerán las insidias de los enemigos espirituales.

A los Profesos: Guarden celosamente la virtud de la castidad. Amen el buen nombre de los hermanos y promuevan el decoro de la Congregación.

A los Directores: Todo cuidado, todo esfuerzo para hacer observar y observar las reglas con las que cada uno se ha consagrado a Dios.

Al Superior: Holocausto absoluto para ganarse a sí mismo y a los propios súbditos para Dios.

Muchas otras cosas estaban estampadas en aquel libro, pero no pude leer más, porque el papel parecía azul como la tinta.

—¿Quién sois Vos?—, pregunté de nuevo a aquel hombre que me miraba serenamente.

—Mi nombre es conocido de todos los buenos y he sido enviado para comunicarte algunas cosas futuras.

—¿Qué cosas?

—Las expuestas y las que preguntes.

—¿Qué debo hacer para promover las vocaciones?

—Los salesianos tendrán muchas vocaciones con su ejemplar conducta, tratando con suma caridad a los alumnos e insistiendo sobre la frecuencia de la Comunión.

—¿Qué norma he de seguir en la aceptación de los Novicios?

—Excluir a los perezosos y a los golosos.

—¿Y al aceptar los votos?

—Vigila si ofrecen garantía sobre la castidad.

—¿Cuál será la mejor manera de conservar el buen espíritu en nuestras casas?

—Escribir, visitar, recibir y tratar con benevolencia; y esto muy frecuentemente por parte de los Superiores.

—¿Cómo hemos de Conducirnos en las Misiones?

—Enviando a ellas individuos de moralidad segura; haciendo volver a los dudosos; estudiando y cultivando las vocaciones indígenas.

—¿Marcha bien nuestra Congregación?

—*Qui justus est, justificetur adhuc. Non progredi, est regredi. Qui perseveraverit, salvus erit.*

—¿Se extenderá mucho?

—Mientras los superiores cumplan con su deber, se extenderá y nada podrá oponerse a su propagación.

—¿Durará mucho tiempo?

---Tu Congregación durará mientras sus socios amen el trabajo y la templanza. Si llega a faltar una de estas dos columnas, tu edificio se convertirá en minas, aplastando a los superiores, a los inferiores y a sus secuaces.

En aquel momento aparecieron cuatro individuos llevando una caja mortuoria. Se dirigieron hacia mí.

—¿Para quién es esto?—, pregunté yo.

—¡Para ti!

—¿Pronto?

—No lo preguntes; piensa solamente en que eres mortal.

—¿Qué me quieres decir con este ataúd?

—Que debes predicar en vida lo que deseas que tus hijos practiquen después de ti. Esta es la herencia, el testamento que debes dejar a tus hijos;

pero has de prepararlo y dejarlo cumplido y practicado a la perfección.

—¿Abundarán más las flores o las espinas?

—Les aguardan muchas flores, muchas rosas, muchos consuelos; pero también es inminente la aparición de agudísimas espinas que causarán a todos grande amargura y pesar. Es necesario rezar mucho.

—¿Iremos a Roma?

—Sí, pero despacio, con la máxima prudencia y con extremada cautela.

—¿Es inminente el fin de mi vida mortal?

—No te preocupes de eso. Tienes las reglas, tienes los libros, práctica lo que enseñas a los demás. Vigila.

Quise hacer otras preguntas, pero estalló un trueno horrible acompañado de relámpagos y de rayos, mientras algunos hombres, mejor dicho, algunos monstruos horrendos, se arrojaron sobre mí para desbrozarme. En aquel momento una densa oscuridad me privó de la visión de todo. Me creí morir y comencé a gritar frenéticamente. Pero me desperté encontrándome vivo. Eran las cuatro y tres cuartos de la mañana.
****

Y concluyó:

Si hay algo en todo esto que pueda servir de provecho para nuestras almas, aceptémoslo.
Y en todo se dé gloria y *honor a Dios por los siglos de los siglos.*

UNA LLUVIA MISTERIOSA

SUEÑO 112.—AÑO DE 1880.

(M. B. Tomo XIV, pág. 538)

En el verano de 1880, [San] Juan Don Bosco tuvo un sueño en el cual, bajo las apariencias de simbólicas apariciones, se le mostraban hechos futuros. Lo tuvo en la noche del nueve de julio.

He aquí, pues, lo que soñó:
****

Le pareció estar con su Capítulo en la habitación contigua a la suya, llamada la habitación del Obispo, celebrando conferencia. Mientras hablaba de nuestras cosas, se dio cuenta de que el cielo se nublaba; después se desencadenó una tempestad con rayos, relámpagos y truenos que infundían espanto. Un trueno más fuerte que los precedentes hizo temblar la casa, Don Bonetti se levantó y fue a la galería inmediata y después de unos instantes, comenzó a gritar:

—¡Una lluvia de espinas!

En efecto, caían espinas en tal cantidad, como las gotas de agua en una lluvia torrencial.

Después se oyó un segundo trueno, fortísimo como el primero, y pareció que el temporal amainara un tanto. Entonces Don Bonetti, desde la galería, volvió a gritar:

—¡Oh, qué hermosura! Una lluvia de capullos.

Y por los aires descendía tal cantidad de capullos de flores que pronto se formo en el suelo una gruesa capa de ellos.

Al estallar un tercer trueno se dejaron ver algunos trozos de cielo sereno y haces de luz solar.

Y Don Bonetti volvió a exclamar: —¡Una lluvia de flores!

Todo el espacio aparecía lleno de flores de diversos colores, formas y calidades, que en un abrir y cerrar de ojos cubrieron el suelo y los tejados de las casas, ofreciendo un panorama de variadísimos matices.

Un cuarto trueno vino a resonar en los espacios. El cielo estaba completamente sereno y brillaba en él un sol esplendente. Y Don Bonetti grito:

—Vengan, vengan a ver; llueven rosas.

En efecto, de lo alto descendían verdaderas nubes de rosas

fragantísimas.

—¡Oh, por fin!—, exclamó entonces Don Bonetti.
****

[San] Juan Don Bosco, a la mañana siguiente, reunió de propósito el Capitulo Superior para contarle cuanto había visto en el sueño. Dando una rápida mirada ala sucesión de los acontecimientos, nos parece descubrir en él fases distintas de los difíciles momentos por los que hubo de atravesar el naciente Instituto en aquella ocasión. Hasta entonces las espinas habían sido abundantes; pero después las cosas, aunque lentamente, comenzaron a desenvolverse mejor. Dos sentencias de Roma resultaron favorables al [Santo]. León XIII tomó el asunto como suyo, señalando las condiciones para un arreglo entre Mons. Gástaldi y [San] Juan Don Bosco, el cual, con su humildad, edificó a los prelados romanos.

Pronto la venida del Cardenal Alimonda a Turín fue para el [Santo] una bendición del cielo. El día de la Anunciación del 1884 el Cardenal Ferrieri, asaltado por un fuerte ataque nervioso, se mostró dispuesto a conceder los privilegios solicitados por [San] Juan Don Bosco desde hacía tantos años. Finalmente, el 9 de julio siguiente y en circunstancias singulares, llegó al Oratorio el anhelado Decreto. Desde aquel momento comenzó para el [Santo] un período de tranquilidad que duró hasta el no lejano fin de sus días.

UN BANQUETE MISTERIOSO

SUEÑO 113.—AÑO DE 1880.

(M. B. Tomo XIV, págs. 552-555)

Relacionado con la juventud, esperanza de la Congregación, [San] Juan Don Bosco tuvo un sueño en la noche del ocho al nueve de agosto que contó el día 10 durante los ejercicios espirituales a los novicios en San Benigno Canavese. Existen dos versiones de este sueño; una de Don Barberis, hecha un poco de prisa, la otra es una traducción del francés, también defectuosa; aquel año había en San Benigno varios franceses. Nos serviremos de ambas completando la primera con datos de la segunda. El sueño se podría titular: «Un banquete misterioso». [San] Juan Don Bosco se expresó más o menos en estos términos:

Antes que nada han de saber que los sueños se tienen durmiendo.

****

Soñé, pues, que me encontraba en San Benigno, cosa extraña pues casi siempre sueña uno que se encuentra en lugares y circunstancias distintos de la realidad, y que estaba precisamente en un salón semejante a nuestro comedor, mejor dicho, un poco más grande.

Este salón tan grande estaba completamente iluminado y yo pensaba para mí:

—¿Es posible que Don Barberis haya hecho este disparate? Pero ¿dónde habrá podido encontrar tanto dinero?

Vi en él a muchos jóvenes sentados a la mesa. Pero no comían. Cuando entré yo en el local acompañado de otro, tomaron el pan corno para empezar a comer.

El salón estaba elegantísimamente iluminado, pero con una luz que no dejaba ver de dónde procedía. Los cubiertos, las servilletas, los manteles eran tan blancos que los más blancos de los nuestros en su comparación parecerían sucios. Cubiertos, vasos, botellas, platos, eran tan brillantes y hermosos que yo me sospeché que estaba soñando y me dije:

—¡Debo de estar soñando! ¡Nunca vi en San Benigno tanta riqueza. Con todo; estoy aquí y bien despierto.

Entretanto observé a aquellos jóvenes que estaban allí, sin comer. Entonces pregunté:

—¿Pero qué hacen ahí que no comen?

Y mientras yo decía esto todos se pusieron a comer.

Al fijarme en los comensales reconocí a muchos jóvenes de nuestras casas y a muchos otros que no están aquí haciendo ejercicios. No sabía qué decirme y pregunté a mi compañero sobre el significado de todo aquello, el cual me respondió:

—Presta atención un momento y comprenderás todo este misterio.

Mientras profería estas palabras, la luz que iluminaba el salón se trocó por otra más resplandeciente aún y al intentar ver mejor he aquí que apareció

una legión de bellísimos jovencitos de aspecto angelical, que llevaban en la mano un lirio, los cuales se pusieron a pasear sobre la mesa sin tocarlas con los pies. Los comensales se levantaron y con la sonrisa en los labios observaban cuanto sucedía. Aquellos ángeles comenzaron a repartir lirios acá y acullá y los que los recibían se elevaban también de la tierra, como si fuesen espíritus. Me fijé en los jóvenes que recibían los lirios y los reconocí a todos; pero se tornaban tan bellos y resplandecientes que no creo se pudiese contemplar una cosa superior en el Paraíso. Pregunté qué significaban aquellos jóvenes que llevaban aquella flor y me fue respondido:

—¿No has predicado tantas veces sobre la bella virtud de la pureza?

—Sí —dije—; he predicado sobre ella y la he inculcado insistentemente hasta hacerla amar por mis jovencitos.

---Pues bien —continuó el compañero—, esos que ves con el lirio en la mano son precisamente los que han sabido conservarla.

No sabia, pues, qué decirme y con gran maravilla vi amanecer un nuevo escuadrón de jóvenes que pasaban sobre las mesas sin tocarlas y que comenzaron a repartir las rosas que llevaban en las manos y que los que las recibían, en el mismo momento comenzaban a despedir un bellísimo resplandor.

Pregunté a mi compañero qué significaba aquella nueva falange de jóvenes portadores de rosas, y me dijo:

—Son los que tienen el corazón inflamado en el amor de Dios.

Vi entonces que todos llevaban sobre las frentes el propio nombre escrito con caracteres de oro, y me acerqué un poco más para poderlos ver mejor e incluso hice por tomar nota dé ellos, pero desaparecieron de pronto.

Al desaparecer ellos, desapareció también la luz, de forma que yo quedé rodeado de una oscuridad, entre la cual se podía distinguir algo.

Vi unos rostros encendidos como ascuas; eran aquellos que no habían recibido ni el lirio ni la rosa. Vi también á algunos que hacían esfuerzo en torno de una cuerda recubierta de fango, pendiente de lo alto, por la que intentaban trepar, pero ésta cedía siempre y aquéllos pobrecillos estaban

continuamente en el suelo con las manos y las ropas enfangadas.

Sorprendido de cuanto contemplaba, pregunté con insistencia qué significaba lo que veía y se me respondió:

—La cuerda es, según tú has predicado muchas veces, la confesión, quien sabe agarrarse bien a ella, ciertamente llegará al cielo; y esos jóvenes que acabas de ver son los que se confiesan con frecuencia y se asen a esta cuerda para poder levantarse; pero lo hacen sin las disposiciones debidas, con poco dolor y falta de propósito y por eso no pueden trepar por ella; la cuerda cede siempre por lo queden lugar de elevarse, caen una y otra vez, encontrándose siempre en el mismo sitio.

Yo quise anotar también el nombre de éstos, pero apenas había escrito dos o tres cuando desaparecieron de mi vista. Al desaparecer ellos también desapareció la poca luz que había, quedando yo envuelto en una completa oscuridad. En medio de aquellas tinieblas pude contemplar un espectáculo aún más desolador. Ciertos jóvenes, de aspecto tétrico, tenían enredada al cuello una enorme serpiente con la cola clavada en el corazón de sus víctimas y con la cabeza junto a la boca, como dispuesta a morderles la lengua apenas abriesen los labios. El rostro de aquellos jóvenes era tan horrible que me infundían espanto; tenían la vista extraviada, la boca torcida, asumiendo expresiones que causaban pavor.

Temblando de pies a cabeza pregunté nuevamente qué significaba aquello y se me respondió:

—¿No lo ves? La serpiente antigua oprime la garganta con una doble vuelta para no dejar hablar en la confesión a esos infelices y con su lengua venenosa está al acecho para morderlos si abren la boca. ¡Pobrecillos! Si hablasen harían una buena confesión y el demonio nada podría contra ellos. Pero no hablan por respeto humano, permanecen con la conciencia cargada de pecados, van a confesarse una y otra vez sin determinarse a arrojar fuera el veneno que llevan en el corazón.

Entonces dije a mi compañero:

—Dame los nombres de todos estos para que yo pueda recordarlos.

—Bien, bien —me dijo—; escribe.

—Pero es que no hay tiempo— le contesté.

—Vamos, vamos, escribe.

Comencé a hacer lo que me había ordenado, pero pocos nombres pude escribir, pues todos desaparecieron de mi vista. Y mi compañero añadió:

—Ve y di a tus jóvenes que estén alerta y cuéntales cuanto has visto.

Dame una prueba —añadí— para que me pueda persuadir de que esto no es un sueño simplemente sino una advertencia del cielo en favor de mis muchachos.

—Bien —me dijo—, pues presta atención.

Entonces apareció la luz que aumentaba cada vez más y volví a ver a los jóvenes que llevaban el lirio y la rosa. La luz seguía creciendo por instantes, de forma que pude apreciar que aquellos muchachos estaban contentos; una alegría angelical se reflejaba en sus rostros.

Yo seguía observando la escena lleno de admiración, mientras la luz aumentaba de intensidad más y más, llegando a tal punto que se oyó una terrible detonación. Al producirse aquel ruido me desperté y me encontré en mi lecho tan cansado que aún ahora me siento falto de fuerzas.
****

Ahora vosotros den a este sueño el crédito que se puede prestar a los sueños; por mi parte les he de decir que también hay en él algo de realidad. Ayer por la noche y hoy he querido hacer algunas experiencias y como fruto de ellas debo asegurarles que no se trata simplemente de un sueño, sino también de una prueba de la gran misericordia del Señor que quiere salvar a algunos desgraciados.

LAS CASAS SALESIANAS DE FRANCIA

SUEÑO 114.—AÑO DE 1,880.

(M. B. Tomo XIV. págs. 608-609)

En el año de 1858 —dijo [San] Juan Don Bosco—, cuando estuve en

Roma por primera vez y luego en otras ocasiones, [Beato] Papa Pío IX me mandó que *contase o escribiese todo aquello que tuviese, aunque sólo fuese una lejana apariencia de sobrenatural; este es el motivo de que cuente algunas cosas* y *escriba otras y me satisface el que se sepan, pues siempre redundan en mayor gloria de Dios y bien de las almas.*

Este sueño lo tuve cerca de la fiesta de ¡a Natividad de ¡a Virgen; no lo conté entonces porque no le di importancia alguna y quería ver antes algunos acontecimientos, pero después de observar algunas cosas he comprobado que lo que soñé tiene su importancia y por eso lo contaré.

Estábamos en el tiempo en que tanto se temía en Francia por la supresión de las Congregaciones religiosas; aun más, habían sido ya expulsados los jesuitas y parecía que los demás religiosos iban a correr la misma suerte, y temiendo yo por nuestras casas, rezaba y hacía rezar por esta intención.
****

Cuando he aquí que una noche mientras dormía me vi delante de la Santísima Virgen colocada en alto tal y como se encuentra María Auxiliadora sobre la cúpula. Tenía un gran manto que se extendía a su alrededor formando como un salón inmenso, y debajo de él vi a todas nuestras casas de Francia: la Virgen miraba con expresión sonriente dichas casas, cuando he aquí que se desencadenó un temporal tan horrible, o mejor un terremoto con rayos, granizos, monstruos horribles de las más diversas formas, disparos, cañonazos que llenaron a todos del mayor espanto.

Todos aquellos monstruos, los rayos, los proyectiles iban dirigidos contra los nuestros, que se habían cobijado bajo el manto de María; pero ninguno de ellos sufrió daño alguno, quedando ilesos cuantos se acogieron a la protección de tan poderosa defensora: todos los dardos perdían su eficacia al chocar contra el manto de María, cayendo despuntados al suelo.

La Santísima Virgen, en un mar de luces, con el rostro radiante y una sonrisa de Paraíso, dijo repetidas veces: *Ego diligentes me, diligo:* Yo amo a los que me aman. Poco a poco fue cesando aquélla borrasca y de los nuestros ninguno fue víctima de aquel temporal o tempestad o terremoto, como quieran llamarlo.
****

Yo no quise hacer gran caso de este sueño; pero escribí inmediatamente a todas las casas de Francia diciendo que estuviesen

tranquilos.

Algunos me preguntaban:

—¿Cómo es que todos están preocupadísimos y solamente Vos permanecéis tranquilo en medio de tantos peligros y de tantas amenazas?

Yo les respondía simplemente que confiasen en la protección de la Virgen. Pero no se hizo caso. Escribí al Padre Guiol, párroco de San José, que no temiese, que las cosas se orientarían favorablemente; y él me respondió como quién no hubiese entendido mi carta. Y en realidad, al considerar las cosas ahora que la borrasca ha pasado, se ve que lo sucedido tiene mucho de extraordinario. Ver expulsadas y dispersas a todas las Congregaciones francesas que desde hacía mucho tiempo se dedicaban a hacer el bien en Francia y después comprobar cómo la nuestra, que es extranjera, que vive del pan recogido entre los franceses... ante un periodismo desatado que grita contra el Gobierno porque no nos expulsa, y nosotros tan tranquilos, es cosa maravillosa. Que esto nos sirva de estímulo para depositar siempre nuestra confianza en ¡a Santísima Virgen. Pero no nos enso-berbezcamos, pues bastaría un simple acto de vanagloria para que la Virgen se sintiese descontenta de nosotros y permitiese la victoria de los malos.

—Pero también otras Congregaciones habrán sido muy devotas de la Virgen dijo [Beato] Miguel Don Rúa—; ¿cómo es que...?

—La Virgen hace lo que quiere— contestó [San] Juan Don Bosco. Por otra parte, nuestras cosas comenzaron de esta forma extraordinaria desde que yo tenía nueve años o diez. ¡Me pareció ver en la era de casa a tantos y tantos niños! Entonces una persona me dijo:
—¿Por qué no los instruyes?

—Porque no sé— le repliqué.

—Ponte a instruirlos; yo te lo ordeno.

Y yo estaba tan contento por aquel mandato que todos se dieron cuenta de mi alegría.

Históricamente hablando —escribe Don Lemoyne— las cosas sucedieron de una manera muy sencilla. El Comisario encargado de proceder

a la ejecución del decreto hubo de luchar hasta las diez de la noche para echar abajo las puertas y deshacer las barricadas del Convento de los Dominicos de la calle de Monteaux, de forma que lo avanzado de la hora le impidió dar el asalto a San León, que era la última casa religiosa que quedaba por cerrar. Después, durante la noche le llegó al Prefecto una orden del Ministerio comunicándole que suspendiese las ejecuciones; motivos de política ministerial aconsejaban cierta moderación.

Mucho se equivocaría quien quisiera argumentar de esto, que [San] Juan Don Bosco no se preocupaba de recurrir a las providencias humanas aptas para conjurar el peligro. En efecto, se interesó vivamente por apelar al Cónsul de Italia en Marsella, Aníbal Strambio, que fue condiscípulo suyo en Chieri. Por consejo de dicho señor y con la aprobación del [Santo], el Padre Mendre redactó un memorial justificativo para ser presentado a la autoridad contra las acusaciones de la prensa; y el documento surtió su efecto, pues los artículos difamatorios cesaron ante la intervención de la Prefectura.

[San] Juan Don Bosco no sólo obraba él mismo según los dictámenes de la prudencia humana, sino que no quería que los suyos se abandonasen a una imprudente confianza basados en las palabras de aliento por él enviadas. El 16 de noviembre en una carta que no poseemos, expresando la propia satisfacción por la plausible situación momentánea y al exponer los acostumbrados pensamientos de confiada esperanza en el futuro, recomendaba que aun después de cantado el Te Deum, se continuara rezando, porque el huracán se había amansado pero no se había alejado del todo. En efecto, algunas semanas después, fue presentada a la Cámara francesa un proyecto de ley encaminado a la destrucción de las casas religiosas y de los centros de beneficencia aún existentes, por medio de gravámenes fiscales que les hiciesen la existencia imposible. En la misma carta, después de comunicar que había escrito al respecto al Santo Padre y que si las cosas no continuaban muy mal haría una visita a Francia en enero, respondía a la pregunta que se le había hecho sobre si procedía que las Hijas de María Auxiliadora que tenían que *ir a Marsella fuesen vestidas de seglar, dando su consentimiento, aceptándola como medida de prudencia en semejantes circunstancias y remitiendo al juicio del párroco que determinase el momento oportuno de la partida.*

UNA CASA DE MARSELLA

SUEÑO 115.—AÑO DE 1880.

(M. B. Tomo XV, págs. 53-55)

Durante su permanencia en Marsella [San] Juan Don Bosco habló al canónigo Guiol entre broma y serio de algo que había visto en sueño poco antes de venir a Francia, tal vez en el otoño de 1880.

El canónigo Guiol estaba persuadido de que era necesario contar con una casa en el campo a la cual enviar a los jóvenes de San León durante los meses más calurosos. El [Santo] estaba de acuerdo con él; e incluso añadió que era conveniente preparar el lugar para que sirviese también de Noviciado.

—En cuanto a la casa —continuó--- la tengo ya a mi disposición. Es un edificio espacioso situado en una posición muy amena, rodeado de un gran pinar, al cual se llega por unas grandes avenidas de plátanos; una abundante acequia de agua atraviesa de parte a parte toda la finca.

El párroco sabía que [San] Juan Don Bosco no poseía nada en Marsella y que no contaba con otro inmueble más que con el colegio; faltó poco para que pensase que el [Santo] era víctima de un desequilibrio mental; por lo que un poco desconcertado le preguntó dónde estaba aquella quinta.

—Dónde esté, no sabría decirlo —replicó [San] Juan Don Bosco—, pero sé que existe y que se encuentra en los alrededores de Marsella.

—Esta sí que es buena —prosiguió el párroco—. ¿Y cómo puede saber que existe esa casa y que está destinada a Vos?

—Lo sé, porque lo he soñado— añadió [San] Juan Don Bosco.

—¿Y cómo lo ha soñado?
****

—Vi la casa, los árboles, la finca, el agua, todo tal cual yo se lo he descrito y además los jóvenes que correteaban y se divertían por los paseos.
****

El Padre Guiol, que cuando [San] Juan Don Bosco hablaba de sueños, no lo creía un iluso, no tomó a la ligera aquellas palabras, sino que las tuvo muy presentes y permaneció a la expectativa. No mucho tiempo después algunos bienhechores ofrecieron una casa para el fin que se deseaba; pero el

[Santo] la rechazó, diciendo que no era aquélla. Entretanto los años pasaban y el vaticinio no se cumplía. En todas las entrevistas los dos amigos volvían a hablar de la famosa finca que se había de trocar en Noviciado y el abate reía de buena gana.

Pero [San] Juan Don Bosco trató también del mismo asunto con otros. En efecto en septiembre de 1882 habló de ello al clérigo Cartier. Este, yendo de Marsella a San Benigno para recibir el subdiaconado, se detuvo en Niza, donde el [Santo] presidía los ejercicios espirituales de los Salesianos y celebró con él una prolongada entrevista, en la que le dijo:

—Nosotros llegaremos a tener en los alrededores de Marsella una gran casa, en la que pondremos el noviciado y *el estudiantado filosófico. Tú serás destinado a ella, no el primer año, pues te necesitarán en San León para las clases; con todo irás allá para dar algunas lecciones hasta que al fin fijarás en ella tu residencia.*

En Marsella algunos creían que la casa del sueño era la quinta de la señora Broquier, a poca distancia de Aubagne; incluso inducido a error por ciertas descripciones inexactas, [San] Juan Don Bosco llegó también a creerlo, escribiendo a su dueña para que le cediese la propiedad o el uso de la misma. Envió la carta a Don Bologna para que le diese curso; pero como el [Santo] hacía la descripción de la finca que había visto en el sueño, la señora no se dio por enterada y Don Bologna se dio cuenta de que [San] Juan Don Bosco estaba en un error.

Otra oferta se la hizo en 1883 la señora Postré, opulenta viuda parisiense a la que el [Santo] había curado una hija. Se trataba del uso de una quinta junto a Santa Margarita, a poca distancia de Marsella; mas [San] Juan Don Bosco, por motivos de ciertos reparos personales, sin averiguar las condiciones de la casa, declinó la oferta. Pasados algunos meses Don Bologna le escribió diciéndole que la señora insistía en su propuesta rogando que la aceptara. El [Santo] contestó que si en la finca existían los pinos, los plátanos y *la acequia del agua, que sí; de lo contrario no le interesaba. El Director, habiendo ido a visitar la quinta, le notificó que en ella había centenares de pinos, avenidas de plátanos, y, al fondo, abundancia de agua corriente. Entonces fue aceptada la casa de Santa Margarita en usufructo por quince años y en ella se estableció el Noviciado en el otoño de 1883, bajo la denominación de La Providencia. El abate Guiol, habiéndose presentado en ella en 1884, observó con estupor que todo respondía exactamente a cuanto el*

[Santo] le había dicho repetidas veces que había visto en el sueño.

LUIS COLLE

SUEÑO 116.—AÑO DE 1881.

(M. B. Tomo XV. pág. 80)

El Conde Colle, insigne cooperador salesiano, merece párrafo aparte; el conjunto de sus relaciones con [San] Juan Don Bosco constituyó un capítulo no poco interesante de la vida del [Santo]. [San] Juan Don Bosco, después de una visita que el matrimonio Colle le hiciera en Turín, le escribía el 5 de julio de 1882:

«En Turín, en nuestro Colegio de Lanzo, de San Benigno y de Valsalice, se ha hablado y se habla mucho de V. S. y de la señora Colle. Todos han quedado edificados de la afabilidad y del espíritu de piedad de ambos. Nos han hecho mucho bien espiritual y material. Todos me aseguran que rezan mucho por tan ilustres bienhechores». Si bien la serie de los beneficios de los señores Colle estuviesen apenas comenzando en favor de la Obra Salesiana, ya el nombre del Conde Colle gozaba en las Casas Salesionas de honda simpatía, que fue aumentando de año en año, como nosotros mismos pudimos comprobar. Para la historia que estamos escribiendo, la realidad más palpable es que Luis Antonio Fleury Colle y su noble consorte María Sofía baronesa Buchet, amaron verdaderamente a [San] Juan Don Bosco y amaron a todas sus obras, ya se desenvolviesen en Francia o en Italia o en América, y demostraron con los hechos estar animados por la caridad que no dice basta, siempre que se trató de ayudar al [Santo], confortándolo en sus angustias de los años extremos.

La Providencia dispuso que los Colle se entrevistasen con [San] Juan Don Bosco en víspera de un grave luto familiar. En febrero de 1881, mientras el [Santo] se encontraba en Marsella, llegó de Tolón el párroco de Santa María a suplicarle que se dignase ir a aquella ciudad para bendecir al hijo único de los señores Colle, reducido a los últimos extremos a la temprana edad de diecisiete años. El buen sacerdote describió la desolación de los padres, cuyas virtudes exaltaba, añadiendo que tenía gran esperanza de que el enfermo sanase después de recibida la bendición de [San] Juan Don Bosco.

El [Santo] contestó que no podía ir a Tolón pero que rezaría por el

enfermo, y a pesar de todas las instancias que se le hicieron no se consiguió de él que accediese a aquella demanda. Una semana después el párroco volvió a comparecer ante [San] Juan Don Bosco, resuelto a no moverse de allí hasta que su súplica fuese atendida. [San] Juan Don Bosco no persistió en su negativa, pero no ocultó que le contrariaba ir a Tolón para sanar a un enfermo; añadiendo que iría a dicha ciudad para dar una Conferencia a los Cooperadores. Y así quedaron de acuerdo en que para el 1 de marzo cumpliría lo prometido.

Al llegar a Tolón, el [Santo] fue a casa del enfermo, que lo esperaba con los brazos abiertos, pero sin dar señal alguna de impaciencia. Lo encontró consumido por la tisis. Cuando estuvieron solos, [San] Juan Don Bosco quedó admirado de la sencillez y del candor de aquella alma: le pareció un San Luis de nombre y de hecho. Viéndole maduro para el Paraíso, lo dispuso a que hiciese voluntariamente el sacrificio de su vida al Señor; y entonces tocó con mano cómo se mostraba dócil a los movimientos de la gracia, aceptando pronto los pensamientos que le eran sugeridos, abandonándose por completo en los brazos de Dios. A pesar de ello no le disuadió de que no rezase por su curación, al menos en consideración de la situación angustiosa de los padres; sólo le exhortó a que pusiese la condición de si era ventajoso para el bien de su alma.

Dios lo llamó a sí el tres de abril siguiente. Después de recibir los últimos Sacramentos, dijo a los suyos:

—Me voy al Paraíso; me lo ha dicho [San] Juan Don Bosco.

El recuerdo de este joven quedó grabado indeleblemente en el corazón del [Santo], que concibió de inmediato la idea de escribir su biografía, y así lo hizo en efecto con la mayor solicitud.

Seguidamente y bajo el título de Luis Colle, vamos a ofrecer al lector una serie de sueños de [San] Juan Don Bosco relacionados con este santo jovencito.

Ciertamente que una visita a Turín para ver a [San] Juan Don Bosco y rezar ante la imagen de María Auxiliadora, era lo que más podía satisfacer a aquellos afligidos esposos deseosos de mitigar el gran dolor que embargaba sus almas; accediendo, pues, a una invitación del [Santo], se personaron en la capital piamontesa. De este hecho existe constancia en una carta escrita

por [San] Juan Don Bosco a la Condesa en fecha tres de julio, de la cual entresacamos el párrafo siguiente: «Mi manera de proceder habrá inducido sin duda a V. S. a creer que yo haya olvidado su visita, atenciones y caritativas liberalidades. Pero, le ruego sepa excusar mi situación. He estado como asediado por los asuntos, que han agotado todo el tiempo de que dispongo. Pero a pesar de mi tardanza en escribir, he tenido todas las mañanas un particular recuerdo por V. S., por el señor Colle y por aquel que les dejó para ir al Paraíso».

Ahora bien: esto era lo que deseaba saber la madre, la suerte de su Luis en la eternidad. Y preguntó con insistencia a [San] Juan Don Bosco, el cual le escribió y le habló repetidas veces sobre el asunto.

Aquí entramos en un mundo de fenómenos, que sobrepasan a lo natural y que vamos a exponer bajo el título genérico que le hemos dado a este sueño.

El [Santo] por primera vez manifestó algo a la señora en una carta fechada el cuatro de mayo de 1881: «Esté tranquila -—le decía—-, nuestro querido Luis está ciertamente en el Paraíso y le pide dos cosas: que se prepare seriamente para ir con él, cuando Dios lo disponga, y que rece mucho por las animas en el purgatorio---, él en cambio le alcanzaría gracias especiales».

No juzgó oportuno el [Santo] decir más por escrito; pero le manifestó más tarde a viva voz lo que entonces no había dejado salir de la pluma.
****

I

El tres de abril, mientras estaba confesando, le vino, como él decía, una distracción: vio a Luis en un jardín, donde se divertía con algunos compañeros; parecía completamente feliz.
****

La visión duró un instante. Luis no le dijo nada, pero sólo el verle infundió en el corazón de [San] Juan Don Bosco la persuasión de que el joven Colle se encontraba en el Paraíso. Con todo, continuó rezando por él, pidiendo a Dios que le diese a conocer algo más, esperando de su infinita misericordia este favor, pues deseaba ardientemente en el limite de lo posible consolar a un padre y a una madre sumergidos en la desolación por la pérdida del único hijo.

Dios lo escuchó aún mucho más de lo que se podría haber imaginado.

II

(M. B. Tomo XV, págs. 80-81)

El 27 de mayo, festividad de la Ascensión, el [Santo] celebraba la Misa en la iglesia de María Auxiliadora, ofreciendo el Santo Sacrificio según la intención de los padres de Luis, que asistían a él, cuando en el momento de la consagración vio al joven en un mar de luz, de bellísimo aspecto, muy alegre, grueso y rubicundo, con vestidos blancos y rosa y sobre el pecho algunos bordados de oro.

[San] Juan Don Bosco le preguntó:

—¿Para qué vienes ahora, querido Luis?

—No es necesario que vaya a parte alguna —respondió—. En el estado en que me encuentro no necesito caminar.

—¿Eres feliz, querido Luis?

—Gozo de la más perfecta felicidad.

—¿No te falta nada?

—Sólo me falta la compañía de mis padres.

—¿Por qué no haces de manera que ellos te vean?

—Porque sería para ellos motivo de grave pena.

Y dicho esto, desapareció.

Pero durante las últimas oraciones se hizo ver nuevamente y después en la sacristía, esta vez acompañado de algunos jóvenes del Oratorio fallecidos durante la ausencia de [San] Juan Don Bosco, que se sintió consolado ante esta aparición.

—Luis —le preguntó [San] juan Don Bosco—, ¿qué debo decir a tus

padres para mitigar su aflicción?

—Que se hagan preceder de la luz y que consigan amigos para el cielo.
****

Todo esto lo contó [San] Juan Don Bosco a los señores Colle durante la permanencia de ambos en Turín. Pasado poco menos de un mes, tuvo otra visión, por él descrita en la citada carta a la madre, de fecha tres de julio. [San] Juan Don Bosco había continuado pidiendo al Señor que le diese a conocer algo más preciso. Desde mayo a julio tuvo una sola vez el consuelo de ver al joven y de oír su voz.

III

(M. B. Tomo XV, pág. 81)

El 21 de junio pasado —escribe [San] Juan Don Bosco— durante la Misa, poco antes de la consagración, lo vi con su rostro sonrosado y de una belleza y de una encarnadura resplandeciente como el sol. Inmediatamente le pregunté si tenia algo que decirnos y me respondió simplemente:

—San Luis me ha protegido y me ha colmado de beneficios.

Entonces yo repliqué:

—¿Hay algo que hacer?

Y repitiendo la misma respuesta, desapareció.
****

Desde entonces hasta ahora no he visto ni oído nada más. Si Dios en su infinita misericordia se dignase manifestarme algo más, yo se lo comunicaría inmediatamente.

Casi un par de meses después, he aquí una nueva aparición. Se la narra [San] Juan Don Bosco a la señora Condesa el 30 de agosto en los siguientes términos:

IV

(M. B. Tomo XV, pág 82)

Durante la octava de la Asunción de la Santísima Virgen y más aún el 25 de este mes, he rezado y he hecho rezar por nuestro querido Luis. Precisamente el 25, en el momento de la consagración de la Hostia, tuve el gran consuelo de verlo vestido de la manera más esplendorosa. Estaba como en un jardín, por el que paseaba con algunos compañeros. Todos juntos cantaban: *Jesu corona virginum,* pero con voces tan acordes y con tal armonía que no es posible expresarlo ni describirlo. En medio de ellos se levantaba un alto pabellón o tienda. Yo deseaba ver aquello y escuchar aquella armonía, pero al instante una luz vivísima como un relámpago me obligó a cerrar los ojos.

****

Después me encontré en el altar diciendo Misa. El rostro de Luis era bellísimo; parecía muy contento o mejor plenamente contento. Durante la Misa quise rezar por Vos, para que el Señor nos conceda la gracia singular de encontrarnos un día todos juntos en el Paraíso.

Esta carta fue escrita en San Benigno, donde volvió a ver a Luis como contó más tarde en Tolón.

V

(M. B. Tomo XV, pág. 82)

Un día, estando en su habitación preparándose para predicar, le pareció tener a alguien a su lado. Se volvió hacia aquella parte y, al hacerlo, la persona que fuese se pasó al otro lado. Fue cosa de un instante. Mientras se preguntaba qué pudiese ser aquello.

—¿No me conoces?— oyó decir.

—¡Oh, Luis!—, exclamó el [Santo]. ¿Cómo es que te encuentras en San Benigno?

—Para mí es tan fácil estar en San Benigno, como en la Farléde o en Turín o donde quiera.

—¿Por qué no te dejas ver de tus padres que tanto te aman?

—Sí, sé que me aman, pero para que me puedan ver hace falta el consentimiento de Dios. Si yo les hablase a ellos mis palabras no conseguirían

el mismo resultado. Es necesario que éstas pasen por Vos.
****

El argumento de las apariciones vuelve a ser otras dos veces objeto de las cartas de [San] Juan Don Bosco durante el año 1882. El 30 de julio escribe a la señora Colle:

VI

(M. B. Tomo XV, pág. 83)

Tengo la satisfacción de comunicarle que he tenido el consuelo de ver a nuestro siempre querido y amable Luis. Hay muchos detalles que espero poderle comunicar personalmente. Una vez lo vi jugando en un jardín con algunos compañeros, iba ricamente vestido, de una manera que no sabría describir. Otra vez lo vi en otro jardín, donde cogía flores que llevaba a un rico salón, colocándolas sobre una mesa. Le pregunté:

—¿Para quién son esas flores?

—Me han encargado de recoger estas flores —me respondió— y con ellas haré una corona para mi madre y para mi padre que han trabajado mucho por mi felicidad.
****

El cuatro de diciembre escribía a la misma señora:

VII

(M. B. Tomo XV, pág. 83)

He visto varias veces a nuestro amado Luis, a nuestro queridísimo amigo, siempre glorioso, rodeado de luz, vestido de una manera esplendorosa que era para verlo más que para describirlo.
****

«Espero hacerle una visita en Tolón en el mes de febrero próximo y *poder pasar unos días en compañía de usted* y *del señor Conde, su amadísimo esposo* y *gran bienhechor de las obras salesianas».*

[San] Juan Don Bosco hizo a los señores Colle la visita anunciada, pero en el mes de marzo, en cuya ocasión explicó mejor lo relacionado con

Luis. Habló entonces de una aparición que tuvo en Roma el 30 de abril del año anterior, 1882.

VIII

(M. B Tomo XV, págs. 83-84)

Era la festividad del Patrocinio de San José, tercera dominica después de Pascua. Estando en la sacristía de la capilla existente junto a la iglesia en construcción del Sagrado Corazón, vio a Luis sacando agua de un pozo.

—¿Para quién sacas tanta agua?—, le preguntó el [Santo].

—Para mí y para mis padres.

—¿Y por qué en tanta cantidad?

—¿No comprendes? ¿No ves que se trata del Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo? Cuanto más tesoros de gracia y de misericordia salen de El, tanto más quedan.

—¿Y cómo es que te encuentras aquí?

—He venido a hacerle una visita y a decirle que soy feliz.
****

En aquella ocasión permaneció en Tolón del 5 al 14 de marzo y *contó otras muchas cosas que no todas ellas fueron escritas. Entre otros detalles afirmó que Luis, en sus diversas apariciones, se le presentaba siempre vestido distintamente y que interrogado por él sobre la causa de esta variedad, le contestó:*

—Esto es solamente paro satisfacción de su vista.

Conservaba siempre en el rostro ¡os mismos rasgos que cuando vivía, pero sus mejillas estaban llenas y *su expresión alegre; de su persona salían ciertos reflejos dorados* y sus *vestidos eran del color del lirio y de la rosa* y *aún más espléndidos; su mirada era radiante y de una luminosidad que iba en aumento por momentos hasta deslumbrar al que se fijaba en ella. Refiriéndose a las apariciones durante la Misa, dijo que duraban apenas un minuto o minuto y medio* y *que si se hubiesen prolongado un poquito más, habría caído al suelo, al no poder soportar aquel contacto con el mundo sobrenatural.*

En cuanto al valor de las apariciones, la Condesa, que-estaba dotada de una esclarecida inteligencia, preguntó a [San] Juan Don Bosco sobre el particular; el cual, como ella escribe, se expresó en estos términos: «Reflexionando sobre estas apariciones y estudiando el carácter de las mismas, estoy convencido de que no se trata de un engaño o ilusión, sino de una auténtica realidad. Todo cuanto contemplo es claro y conforme con el espíritu de Dios. Luis está gozando sin duda alguna de las delicias del Paraíso. Respecto a la frecuencia de tales visiones, ignoro cuál sea el fin secreto que se propone la Providencia; creo que se me aparece para instruirme enseñándome muchas cosas de ciencia y de *teología para mí antes completamente desconocidas».*

Volvamos a los hechos por el [Santo] narrados en aquella circunstancia.

IX

(M. B. Tomo XV, págs. 84-85)

Un día Luis le presentó una rosa, diciéndole:

—¿Quiere saber qué diferencia hay entre lo natural y sobrenatural? Mire esta rosa. Obsérvela ahora.

Inmediatamente la rosa se tornó tan esplendorosa que adquirió el brillo del diamante herido por los rayos del sol.

—Ahora, mire este monte— volvió a decirle.

Y he aquí que un monte al principio de piedra y con grandes concavidades llenas de fango, de horrible aspecto, trocóse en una maravillosa, montaña apareciendo en lugar de los socavones llenos de fango, multitud de piedras preciosas.

X

En otra ocasión, estando [San] Juan Don Bosco en Hyéres y habiendo sido invitado a un banquete, se vio no en la mesa, sino en una especie de

amplia galería, en la que Luis, saliéndole al encuentro, le dijo:

—¡Mire qué banquete tan lujoso y qué manjares tan exquisitos! ¡Es demasiado! Y entretanto hay tanta gente muriendo de hambre. ¡Son gastos excesivos! Hay que combatir este lamentable derroche en el comer.

Entretanto los convidados dirigían la palabra a [San] Juan Don Bosco y creyendo que estuviese distraído le decían:

—¡[San] Juan Don Bosco, [San] Juan Don Bosco!

XI

Una vez entre [San] Juan Don Bosco y Luis se entabló este interesante diálogo:

—Mi querido Luis, ¿eres feliz?

—Felicísimo.

—¿Estás muerto o vivo?

—Estoy vivo.

—Y, sin embargo, has muerto.

—Mi cuerpo fue sepultado, pero yo estoy vivo.

—Pero ¿no es tu cuerpo lo que veo ?

—No es mi cuerpo, no.

—¿Es tu espíritu?

—No es mi espíritu.

—¿Es tu alma?

—No es mi alma.

—¿Qué es, pues, lo que veo?

—Es mi sombra.

—Pero ¿una sombra cómo puede hablar?

—Porque Dios lo permite.

—¿Y tu alma, dónde está?

—Mi alma está junto a Dios, está en Dios y Vos no la podéis ver.

—¿Y tú cómo nos puedes ver a nosotros?

—En Dios se ven todas las cosas; el pasado, el presente, el futuro, como en un espejo.

—¿Qué haces en el cielo?

—En el cielo repito siempre: ¡Gloria a Dios! ¡Sean dadas gracias a Dios! Gracias a Aquel que nos ha creado; a Aquel que es el dueño de la vida y de la muerte. ¡Gracias! ¡Alabanzas! ¡Alleluia! ¡Alleluia!

—¿Y tus padres? ¿Qué me dices para ellos? ■

—Que pido por ellos continuamente y así les correspondo. Los espero aquí en el Paraíso.

XII

(M. B. Tomo XV, pág. 86)

En una nueva aparición, [San] Juan Don Bosco le preguntó nuevamente sobre el asunto de la sombra.

—Me has dicho que yo veo solamente tu sombra, porque tu alma está en Dios. ¿Cómo puede tener una sombra apariencia de cuerpo vivo?

—Pronto lo verás; presto lo podrás comprobar— respondió.

[San] Juan Don Bosco estuvo esperando esta prueba.

Algún tiempo después, como él contó, se le apareció una noche el difunto párroco de Castelnuovo, paseando bajo los pórticos del Oratorio. Parecía muy saludable y contento.

—¡Oh, señor párroco!, exclamó [San] Juan Don Bosco—.

¿Vos aquí? ¿Cómo está?

—Soy feliz, felicísimo. Pasee conmigo. <■

—¿No desea nada?

—En el cielo tiene uno todo cuanto desea. Pero pasee: vamos hablar.

—¿Me reconoce bien?

—¡Oh, maravillosamente!

—Míreme atentamente. ¿No ve que estoy en plena juventud y lleno de la más perfecta alegría?

—Sí, señor párroco, es Vos, no lo puedo poner en duda.

Después de haber paseado un rato, como solían hacer en otro tiempo el aparecido le dijo:

—¿Qué?, ¿ha aprendido la lección?

Y al decir esto desapareció.
****

Entonces [San] Juan Don Bosco comprendió que Luis se las había entendido con aquel sacerdote. Y después de contar esto, dijo a los señores Colle:
—Semejantes favores son tan extraordinarios, que aterran por la responsabilidad que recae sobre quien tiene la obligación de corresponder a tantas gracias.

Durante el viaje del [Santo] por Francia, en 1883, las apariciones se multiplicaron.

XIII

La dominica de Laetare, cuatro de marzo, desde las cuatro a las seis de la tarde, en el trayecto de Cannes a Tolón, Luis le hizo compañía en el tren desde la primera a la última estación. Le hablaba en latín, alabando las grandezas de las obras de Dios: Entre otras cosas le llamó la atención sobre las nebulosas y le dio lecciones de astronomía, para él completamente nuevas.

—Si tuviese que ir —le dijo— en tren de la tierra al sol, se emplearían no menos de trescientos cincuenta años. Y para llegar a la parte opuesta de este astro, habría que recorrer una distancia igual; empleándose en todo setecientos años. Ahora bien, cada nebulosa es cincuenta millones veces mayor que el sol y su luz para llegar a la tierra tarda diez millones de años. La luz del sol recorre trescientos cincuenta mil kilómetros por segundo...

Al llegar aquí, viendo que continuaba con semejantes cálculos astronómicos:

¡Basta, basta!, —le dijo el [Santo]—. Mi mente no te puede seguir. Me canso tanto que no puedo resistir.

—Y con todo, este es solamente el principio de la grandeza de las obras de Dios.

—¿Cómo es que estás en el cielo y aquí?

—Más veloz que la luz y con la rapidez del pensamiento puedo llegar aquí, a la casa de mis padres y a cualquier otro lugar.

XIV

(M. B. Tomo XV, págs. 87-88)

Algunos días después en Hyéres, durante la Misa, he aquí que se le aparece nuevamente Luis.

—¿Qué hay de nuevo, Luis? Le preguntó [San] Juan Don Bosco.

Luis le señaló una región de América del Sur, donde era necesario enviar Misioneros y le mostró en las Cordilleras las fuentes del Chubut.

—Ahora —le dijo [San] Juan Don Bosco— déjame decir Misa. De otra manera las distracciones no me dejarán proseguir.

—Es necesario —continuó Luis-— que los niños comulguen con frecuencia. Debes admitirlos muy pronto a la santa comunión. Dios quiere que se alimenten de la Sagrada Eucaristía.

—Pero ¿cómo se les va a dar la comunión cuando son tan pequeños?

—Cuando tienen cuatro o cinco años se les debe enseñar la Hostia Santa y a que recen con la vista fija en Ella; esto será una especie de comunión. Los niños deben estar convencidos de tres cosas: de que han de amar a Dios, de que han de comulgar frecuentemente y de que han de profesar una sincera devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Pero esta última encierra las otras dos primeras.

XV

(M. B. Tomo XV, pág. 88)

En una visión precedente Luis le había señalado un pozo en medio del mar, diciendo:

—Mire aquel pozo. Las aguas del mar penetran en él continuamente y el mar no disminuye nunca. Lo mismo sucede con las gracias contenidas en el Sagrado Corazón de Jesús. Es fácil recibirlas: basta con pedírselas.

XVI

(M. B. Tomo XV, pág. 88)

En abril del mismo año celebraba la Misa en París en la iglesia de Nuestra Señora de las Victorias. Luis se le apareció, mientras el [Santo] distribuía la Comunión. Lo vio, como siempre, circundado de gloria y llevando al pecho un collar de diversos colores, blanco, negro, rojo; pero además de estos tres había otros innumerables que no se podrían describir, La

impresión subitánea experimentada por [San] Juan Don Bosco le detuvo la mano impidiéndole continuar distribuyendo las formas. Los coadjutores de la iglesia, creyendo que fuese cansancio, comenzaron a dar ellos la Comunión.

El [Santo] dijo a Luis:

—¿Cómo es que estás aquí? ¿Por qué has venido mientras doy la Comunión? ¿Ves cómo he quedado perplejo?

—Esta es —respondió— la casa de las gracias y de las bendiciones.

—Pero ¿dónde están los demás? No veo a nadie. ¿Qué debo hacer?

—Distribuya la Santa Comunión.

—¿Dónde están los que estaban al pie del altar?

—Distribuya la Sagrada Comunión. He ahí a los que quería ver.

Luis entonces desapareció y [San] Juan Don Bosco se encontró en el altar terminando la Misa.

XVII

(M. B Tomo XV, págs. 80-89)

En París se le apareció por segunda vez, de allí a pocos días, en la iglesia de Santa Clotilde. Habiendo venido [San] Juan Don Bosco a celebrar en ella, intentaba inútilmente librarse de la multitud para hacer la acción de gracias. En la sacristía le asediaban por todas partes.

—Déjenme un momento —decía—, déjenme que rece al menos un Pater.

Pero nadie le hacía caso. Al ver esto el párroco lo llevó a un cuartito contiguo.

Apenas hubo entrado en él, aquél se iluminó de luz celestial y vio a Luis ir de una a otra parte sin hacer ruido.

—¡Oh, Luis!, —exclamó [San] Juan Don Bosco—. ¿Por qué paseas de

esa manera sin decirme nada?

—No es tiempo de hablar, sino de rezar.

—¡Oh!, habíame; dime algo, como lo has hecho siempre.

—Tengo algo importante que comunicarle pero no ha llegado el tiempo de hacerlo todavía.

—Pues, es necesario que me hables. Tengo que ver a tus padres, ¿y qué consuelos les puedo proporcionar?

—Consuelos, los tendrán. Que continúen rezando, sirviendo a Dios y a la Virgen María. Yo estoy preparando la felicidad de entrambos.

—¡Rezar! Ya no hay necesidad de hacerlo por ti. Sabemos que eres feliz. ¿Por qué quieres que tus padres continúen hasta cansarse haciendo oración?

—Con la oración damos gloria a Dios.

—¿Por qué no haces una visita a tus padres que tanto te aman?

—¿Por qué quiere saber lo que Dios se ha reservado para sí?

Dicho esto desapareció. [San] Juan Don Bosco hizo resaltar que Luis permaneció todo el tiempo con la cabeza descubierta.

XVIII

(M. B. Tomo XV. págs. 89-90)

En el año de 1883, en la noche del 30 de agosto, [San] Juan Don Bosco tuvo un gran sueño que reseñaremos a su tiempo. Le pareció encontrarse en una espaciosa sala entre numerosos amigos que habían pasado ya a la eternidad. Uno de ellos como de unos quince años, de celestial belleza y más resplandeciente que el sol, se le acercó: era Luis. En un viaje rapidísimo le hizo ver al [Santo] la herencia espiritual reservada a los Salesianos de América; los sudores y sangre con que fecundarían aquellas tierras y la prosperidad material de las mismas.

****

El 15 de octubre pidió a Don Lemoyne una copia para enviarla a Tolón. «Ten la bondad —le decía— de ultimar el sueño de América y envíamelo inmediatamente. El Conde Colle está deseoso de leerlo, pero lo quiere traducido al francés, lo que procuraré hacer inmediatamente».

Escribiendo después al Conde el 11 de febrero de 1884, le decía: «El viaje realizado por mí con nuestro querido Luis se explica cada vez más. En estos momentos parece que se haya convertido en el centro de todos los asuntos. Se habla, se escribe, se publica mucho para explicar y *poner en práctica nuestros proyectos. Si el Señor nos concede la gracia de una entrevista, tendremos muchas cosas qué contarnos».*

Es interesante lo que en 1884 le sucedió al [Santo] en Orte.

Regresando de Roma el 14 de mayo, hubo de parar en aquella estación unas cuatro horas.

XIX

(M. B. Tomo XV. págs. 90-91)

Era de noche; en la sala de espera intentó dormir en un sillón, pero no lo conseguía. Y he aquí que ve delante de sí a Luis mientras desaparecían de su vista todos los demás objetos. [San] Juan Don Bosco se levantó y fue a su encuentro diciéndole:

—¿Eres tú, Luis?

—¿No me conoce? ¿No se recuerda ya del viaje que hemos hecho juntos?

—¡Oh, sí, me recuerdo muy bien! ¿Pero cómo se podrán realizar todas aquellas cosas? Yo estoy cansado y mi salud va de mal en peor.

—¿Su salud va mal? No es cierto... Mañana me dará la respuesta. La visión desapareció á la hora de la partida.

****

El día siguiente era el primero de la novena a María Auxiliadora. [San]

Juan Don Bosco, que desde su regreso de Francia había ido siempre de mal en peor, experimentó improvisadamente una sensible mejoría, que de día en día se fue acentuando.

Cuando salió de la estación de Orte, eran las dos de la madrugada. Don Lemoyne, que acompañaba a [San] Juan Don Bosco, quedó impresionado al ver en su manera de proceder algo fuera de lo ordinario. En efecto, habiéndose encontrado con el jefe del tren que le invitaba a subir al coche, le dijo:

—¿Sabe quién soy yo?

—No lo sé replicó aquél.

—Soy [San] Juan Don Bosco.

—¿Y qué?

—Soy [San] Juan Don Bosco, de Turín.

El diálogo quedó interrumpido, porque el tren se puso en marcha.

En estas palabras y en la manera de proferirlas se adivinaba algo de singular, que Don Lemoyne no había advertido jamás en él; por lo que buscando una explicación e ignorando lo sucedido, llegó a hacer mil suposiciones, no comprobadas ni por él ni por nadie. El hecho de esta aparición fue narrado por el [Santo] a los esposos Colle el 1 de junio de 1885 en Turín.

Un segundo sueño, que tuvo el 1 de febrero de 1885, hizo ver a [San] Juan Don Bosco el porvenir de sus Misiones.

El 10 de agosto el [Santo] escribía al Conde:

XX

(M. B. Tomo XV, págs. 91 -92)

Nuestro amigo Luis me condujo a dar un paseo por Centro América, tierra de Cam, la llamaba él, y por las tierras de Arfaxad o de la China. Si Dios

nos concede que nos veamos hablaremos largamente.
****

Esto nos aclara quién fuese el personaje que en cierto momento se le puso al lado, cuando desde América se encontró de pronto trasladado a África, de cuyo personaje había dicho al narrar el sueño: «Yo reconocí en él a mi intérprete».

Del mismo sueño encontramos también una alusión en otra carta fechada el 15 de enero de 1886: «Recibirán noticias —dice el [Santo]— del paseo realizado por la China con nuestro Luis. Cuando Dios nos conceda la gracia de encontrarnos juntos, tendremos muchas cosas que decirnos». De cuanto precede se deduce que en junio de 1885, no había dicho aún nada a los Condes Colle.

La última aparición de la cual hayamos tenido noticias tuvo lugar en la noche del 10 de marzo de 1885.

XXI

(M. B. Tomo XV, págs. 91 -92)

[San] Juan Don Bosco insistía a Luis para que le dijese alguna palabra y éste le respondió:

—En la sacristía de la Catedral de Tolón Vos rezasteis para que yo sanase.

—Sí, pedí por tu curación.

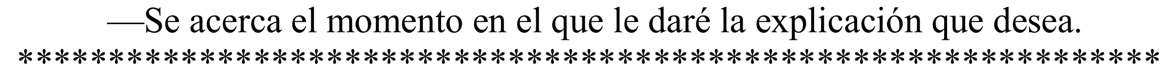
—Pues bien, fue mejor que yo no sanase.

—¿Cómo es posible? Habrías hecho muchas obras buenas, habrías proporcionado muchos consuelos a tus padres, te habrías dedicado enteramente a glorificar a Dios...

—¿Está seguro de ello? Vos mismo ha pronunciado una sentencia amarga para mí, amarga para mis padres; pero fue por mi bien. Cuando Vos pedisteis por mi salud, la Santísima Virgen decía a Nuestro Señor Jesucristo: Ahora es mi hijo; me lo quiero llevar ahora que es mío.

—¿Cuándo nos debemos preparar para ir al cielo?

—Se acerca el momento en el que le daré la explicación que desea.



[San] Juan Don Bosco contó a los Condes todo esto en la galería junto a su habitación el 1 de junio de 1885, vigilia aquel año de la festividad de María Auxiliadora. Terminado su relato, observó:

—Indecible era la belleza de los ornamentos que cubrían la persona de nuestro querido Luis. Solamente la corona que le ceñía la frente, habría requerido no días o meses, sino años para examinarla detenidamente, tal variedad de adornos ofrecía a la vista, haciéndose cada vez más brillante y haciéndose mayor a medida que se la contemplaba.

Los padres, antes de conocer todas las cosas sucedidas después del mes de marzo de 1883 y *que les fueron contadas en el 1885, no estaban muy tranquilos sobre la suerte del hijo, por lo cual pedían a [San] Juan Don Bosco hiciese oraciones especiales en sufragio del alma del difunto. El [Santo] les respondió una vez:*

—He comenzado ya la novena de Misas, comuniones, oraciones especiales por nuestro Luis, que creo se reirá de nosotros, porque rezamos por él para sufragar su alma, cuando, en realidad, es ya nuestro protector en el paraíso y continuará protegiéndonos hasta que nos acoja en la felicidad eterna.

La Condesa, al cerrar sus apuntes, anotaba: «Al confiar a dos corazones afligidos para su mayor consuelo estas sus comunicaciones con el mundo sobrenatural, [San] Juan Don Bosco parecía tan feliz que llegaba a decir que veía la Jerusalén celestial. La emoción le vencía y sus ojos se llenaban de lágrimas cuando repetía las acciones de gracias que Luis daba a Dios en el cielo».

LA SOCIEDAD SALESIANA

SUEÑO 117.—AÑO DE 1881.

(M. B. Tomo XV, págs. 183-187)

Como para levantar el ánimo de [San] Juan Don Bosco, de manera que

el peso de las numerosas contrariedades grandes y pequeñas no le abrumasen, el cielo, diremos así, descendía de tiempo en tiempo hasta él en forma de ilustraciones de orden superior que le confirmaban en la realidad de la misión que le había sido confiada por Dos.

En el mes de septiembre tuvo uno de sus sueños más importantes, en el que se le presentó el porvenir de la Congregación y su extraordinario desarrollo; al mismo tiempo se le daban a conocer los peligros que amenazarían destruirla si no se procedía con prudencia a la conjura de los mismos. Las cosas que vio y que oyó le impresionaron de tal manera, que no se contentó con exponerlas de palabra, sino que también las consignó por escrito.

El original se perdió, pero han ¡legado hasta nosotros numerosas copias que concuerdan maravillosamente.

He aquí el texto del sueño:

Spiritus Sancti gratia illuminet sensus et corda nostra. Amen.
****

La gracia del Espíritu Santo ilumine nuestros sentidos y nuestros corazones. Así sea.

Para enseñanza de la Pía Sociedad Salesiana.

El 10 de septiembre del corriente año de 1881, día que la Iglesia consagra al glorioso nombre de María, estaban los Salesianos de Ejercicios Espirituales, en San Benigno Canavese.

En la noche del 10 al 11, mientras dormía, creí hallarme paseando en una gran sala, magníficamente adornada, con los Directores de nuestras casas, cuando apareció entre nosotros un hombre de tan majestuoso aspecto que no podíamos fijar en él la mirada.

Habiéndonos observado en silencio, se puso a caminar a poca distancia nuestra. El personaje estaba vestido de la siguiente manera: Un rico manto le cubría el cuerpo a manera de capa.

En la parte más cercana al cuello llevaba una banda anudada por delante, con una cinta que le caía sobre el pecho.

En la banda se leía escrito con brillantes caracteres: *Salesianorum Societas,* y en la cinta: *Qualis esse debet.*

Lo que apenas nos permitía mirar al Augusto personaje, eran diez diamantes de tamaño y esplendor extraordinarios.

Tres de estos diamantes los tenía sobre el pecho.

En uno estaba escrito: Fe; en otro: Esperanza; y en el tercero, colocado sobre el corazón: Caridad.

Sobre los hombros llevaba otros dos diamantes.

En el hombro derecho se leía: Trabajo, y en el izquierdo: Templanza.

Los cinco diamantes restantes adornaban la parte posterior del manto dispuestos en el siguiente orden:

Uno, el más grande y refulgente, estaba en medio, como centro de un cuadrilátero y tenía escrito: Obediencia.

Sobre el primero, colocado a la derecha, se leía: Voto de pobreza.

Sobre el segundo, puesto en el mismo lado, pero más abajo: Premio.

En el tercero, colocado a la izquierda: Voto de castidad. El resplandor que irradiaba este diamante era tal que fascinaba y atraía la vista como el imán al hierro.

El cuarto, colocado también a la izquierda, pero más abajo, llevaba grabada esta palabra: Ayuno.
Estos cuatro diamantes dirigían sus rayos luminosos hacia el diamante del centro.

Todos estos diamantes despedían rayos que se elevaban a manera de pequeñas llamas en las que se leían diversas sentencias.

En los rayos del diamante de la Fe, estaba escrito:

Sumite scutum fidei, ut adversus insidias diaboli, certare positis.

Ármense con el escudo de la fe, para que puedan combatir contra las asechanzas del diablo.

Fides sine operibus mortua est.

La fe sin obras es muerta.

Non auditores, sed factores legis regnum Dei possidebunt.

No los que oyen la ley de Dios poseerán su reino, sino los que la cumplen.

En los rayos de la Esperanza:

Sperate in Domino, non in hominibus.

Confiad en Dios, no en los hombres.

Semper vestra fixa sint corda ubi vera sunt gaudia.

Estén sus corazones siempre fijos donde existen los verdaderos goces.
En los rayos de la Caridad:

Alter alterius onera pórtate, si vultis adimplere legem meam.

Si quieren cumplir la ley divina, ayúdense los unos a los otros.

Diligite et diligemini. Sed diligite animas vestras et vestrorum.

Amen y serán amados. Pero amen sus almas y las de los suyos.

Devote divinum officium persolvatur; Missa atiente celebretur; sanctum sanctorum peramanter visitetur.

Récese devotamente el Oficio divino. Celébrese atentamente la Santa Misa. Visítese amantísimamente a Jesús Sacramentado.

En el diamante del Trabajo:

Remedium concupiscentiae.

Remedio de la concupiscencia.

Arma potens contra omnes insidias diaboli.

Arma poderosa contra todas las insidias del diablo.

En el diamante de la Templanza:

Si ligna tollis, ignis extinguitur.

Si quitas la leña se acaba el fuego.

Pactum constituite cum oculis vestris, cum gula, cum somno, ne hujusmodi inimici depraedentur animas vestras.

Hagan pacto con los ojos, con la gula y con el sueño, para que estos enemigos no perjudiquen a sus almas.

Intemperantia et castitas non possunt simul cohabitare.

La intemperancia y la castidad no pueden vivir juntas.

El diamante de la Obediencia:

Totius aedificii fundamentum, et sanctitatis compendium.

Fundamento del edificio espiritual y compendio de santidad.

En los rayos de la Pobreza:

Ipsorum est regnum coelorum.

De los pobres es el reino de los cielos.

Divitiae spinae sunt.

Las riquezas son espinas.

Paupertas non verbis, sed corde et opere conficitur. Ipsa coeli ianuam aperiet et introibit.

La pobreza no consiste en palabras sino en afectos y obras. Ella nos abrirá el reino de los cielos y entraremos en él.

En los rayos de la Castidad:

Omnes virtutes veniunt pariter cum illa.

Todas las virtudes vienen juntamente con ella.

Qui mundo sunt corde Dei arcana vident, et Deum ipsum videbunt.

Los limpios de corazón comprenden los arcanos divinos y verán al mismo Dios.

En los rayos del Premio:

Si dilectat magnitudo praemiorum, non deterreat multitudo laborum.

Si te deleita la grandeza del premio, que no te espante la multitud del trabajo.

Qui mecum patitur, mecum gaudebit.

El que conmigo padece, conmigo gozará.

Momentaneum est quod patimur in terra, aeternum est quod delectabitur in coelo amicos meos.

Momentáneo es lo que padecemos en la tierra y eterno lo que deleitará a mis amigos en el cielo.

En los rayos del Ayuno:

Arma potentissima adversus insidias inimici.

Arma potentísima contra las asechanzas del enemigo.

Omnium virtutum custos.

Custodio de todas las virtudes.

Omne genus daemoniorum per ipsum ejicietur.

Con el ayuno se vencen todo género de demonios.

La orla del manto era una ancha franja rosada, en la que se leían estas palabras:

Argumentum praedicationis mane, meridie et vespere.

Argumento de predicación por la mañana, al mediodía, por la tarde.

Colligite fragmenta virtutum et magnum aedificium constituetis.

Recojan los fragmentos de las virtudes y se harán un gran edificio de santidad.

Vae vobis qui módica spernitis. Paulatim vos decidetis.

¡Ay de vosotros si despreciáis las cosas pequeñas, poco a poco caeréis!

Hasta entonces los Directores habían estado, quién de pie, quién de rodillas, pero todos atónitos y silenciosos. Entonces [Beato] Miguel Don Rúa, como fuera de sí, dijo:

—Es necesario tomar apuntes para no olvidarse.

Buscó una pluma pero en vano; sacó la cartera y no halló el lápiz.

—Yo me recordaré de todo— dijo Don Celestino Durando.

—Me gustaría tomar nota de todo —añadió Don José Fagnano— y se puso a escribir con el tallo de una rosa.

Todos miraron y comprendían lo que iba escribiendo.
Cuando Don Fagnano hubo terminado de escribir, Don Santiago Costamagna

continuó dictando:

La caridad lo comprende todo, lo sobrelleva todo, lo vence todo: prediquémosla con la palabra y con los hechos.
Mientras Don José Fagnano escribía, desapareció la luz y densas tinieblas invadieron el salón.

—¡Silencio!—, exclamó Don Carlos Ghivarello. Arrodillémonos y vendrá la luz.

Don Luis Lasagna comenzó el *Veni Creator Spiritus,* después el *De profundis,* la jaculatoria *Maria Auxilium Christianorum,* siguiéndole todos.

Al responder los circunstantes: *Ora pro nobis,* apareció una luz rodeando un cartel en el que se leía: *Salesianorum Societas quomodo esse periclitatur.* Cómo corre peligro de ser la Sociedad Salesiana.

La luz se hizo un poco más viva de modo que todos nos podíamos ver y conocer.

En medio de aquel resplandor reapareció el Personaje, pero con aspecto melancólico y como quien está a punto de comenzar a llorar.

El hermoso manto que antes le cubría estaba ahora descolorido, apolillado y roto. En el sitio de los diamantes sólo había, debido a la polilla y a otros insectos, un gran rasgón.

—*Respicite et intelligite.* Miren y entiendan— nos dijo.

Y vi que los diez diamantes se habían convertido en otras tantas polillas que roían furiosamente el manto.

El diamante de la Fe había sido sustituido por esta frase: *Somnum et accedía.* Sueño y pereza.

El de la Esperanza: *Risus et scurrilitas.* Risas y chacota.

El de la Caridad: *Negligentia in Divinis perficiendis. Amant et quaerunt quae sua sunt, non quae Jesu Christi.*

Negligencia en los divinos oficios. Aman y buscan sus cosas y no las de Jesucristo.

El de la Templanza: *Gula et quorum Deus venter est.*

Gula y aquellos cuyo Dios es el vientre.

El del Trabajo: *Somnum, furtum et otiositas.* Sueño, hurto y ociosidad.

En el lugar de la Obediencia había un gran desgarrón.

El diamante de la Castidad había sido sustituido por la frase: *Concupiscentia oculorum et superbia vitae.*

Concupisencia de los ojos y soberbia de la vida.

El de la Pobreza: *Lectum, hábitus, potus et pecunia.*

Lecho, hábito, vino y dinero.

El del Premio: *Pars nostra erunt quae sunt super terram.* Nuestra recompensa serán las cosas de la tierra.

En el sitio del Ayuno no había nada escrito, sólo un rasgón.

Ante espectáculo tan desolador quedamos todos aterrados.

Don Luis Lasagna cayó desvanecido al suelo. Don Juan Cagliero palideció como la cera y apoyándose en una silla, exclamó:

—¿Es posible que las cosas hayan llegado ya a este punto?

Don José Lazzero y Don Pedro Guidazio estaban como fuera de sí y se dieron la mano para no caer. Don Juan Francesia, el Conde Cays, Don Julio Barberis y Don José Leverattó estaban arrodillados rezando el Rosario.

De pronto se oyó una voz potente que decía:

—¡Ha desaparecido tanta belleza! *Quo modo mutatus est color optimus.* Repentinamente nos volvimos a encontrar rodeados de densas tinieblas en

medio de las cuales apareció una luz vivísima en forma de cuerpo humano.

No pudimos fijar la mirada, pero nos fue dado a conocer que se trataba de un jovencito vestido de blanca túnica bordada en plata y oro. Alrededor de la túnica llevaba una orla de luminosísimos diamantes.

El jovencito de blanca túnica se adelantó un poco hacia nosotros y con majestuoso aspecto, dulce y amable al mismo tiempo, nos dirigió estas textuales palabras:

Serví et instrumenta Dei omnipotentis, attendite et intelligite.

Siervos e instrumentos del Dios Omnipotente, atiendan y recuérdenlo bien.

Confortamini et estote robusti.

Anímense y permanezcan firmes.

Quod vidistis et audistis, est coelestis admonitio quae nunc vobis et fratribus vestris facta est: animadvertite et intelligite sermónem.

Lo que acaban de ver y de oír es un aviso celestial hecho a vosotros y a sus hermanos. Estén atentos y comprendan mis palabras.

Jacula praevisa minus feriunt, et praeveniri possunt. Quot sunt verba signata, tot sint argumenta praedicationis.

Los dardos que se ven venir hieren menos y se pueden prevenir. Cuantas son las palabras señaladas, otros tantos sean los argumentos de predicación.

Indesinenter praedicate, opportune et importune: sed quae praedicatis constanter facite, adeo ut opera vestra sint velut lux, quae secuti tuta traditio ad fratres et filios pertranseat de generatione in generationem.

Prediquen sin cesar; oportuna e importunamente. Pero lo que prediquen predíquenlo constantemente de tal manera que sus obras sean como la luz, que, cual segura tradición pase de generación en generación a vuestros hermanos e hijos.

Attendite et intelligite. Estote oculati in tironibus acceptandis: fortes in colendis: prudentes in admittendis. Omnes probate: sed tantum quod bonum est tenete. Leves et mobiles dimittite.

Oigan y recuérdenlo bien. Sean cautos en la aceptación de los novicios; fuertes en probarlos; prudentes en admitirlos a la profesión. Prueben a todos: pero, quédense sólo con los buenos. Despidan a los ligeros y volubles.

Attendite et intelligite: Meditatio matutina et vespertina sit indesinenter de observantia Constitutionum. Si haec feceritis nunquam vobis deficiet Omnipotentis Auxilium. Spectaculum facti eritis mundo et angelis et tunc gloria vestra erit gloria Dei.

Oigan y recuérdenlo bien: Su meditación de la mañana y de la noche, sea sobre la exacta observancia de las Constituciones. Si lo hacéis así no os faltará nunca el auxilio del Omnipotente. Serán la admiración del mundo y de los ángeles y entonces su gloria será la gloria de Dios.

Qui videbunt saeculum hoc exiens et alterum incipiens, ipsi dicent de vobis: A Domino factum est istud; et est mirabile in oculis nostris. Tunc omnes fratres vestri et fiiii vestri una voce cantabunt: Non nobis, Domine, non nobis; sed nomini tuo da gloriam...

Los que vivan al fin de este siglo y al comienzo del otro, dirán de vosotros: El Señor ha hecho todo esto y es admirable a nuestros ojos. Entonces todos sus hermanos e hijos cantarán al unísono: No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre da gloria.

Estas últimas palabras las cantó el jovencito de la blanca túnica y a su voz se unió multitud de voces tan armoniosas y sonoras que todos quedamos extasiados y para no caer desvanecidos nos unimos a los demás en el canto.

Cuando este se hubo terminado, se oscureció la luz. Después me desperté y observé que comenzaba a amanecer.
****

El sueño duró casi toda la noche y por la mañana me encontré extenuado de fuerzas. Sin embargo, por temor a olvidarme de algo, me levanté en seguida y tomé algunos apuntes que me han servido para recordar cuanto he referido hoy, día de la Presentación de la Santísima Virgen en el templo.

No me ha sido posible recordarlo todo. Pero entre otras muchas cosas he podido conocer, con certeza, que el Señor usa de gran misericordia para con nosotros.

Nuestra Sociedad es bendecida por el cielo, pero Dios quiere nuestra cooperación.

Los males que nos amenazan se podrán evitar si predicamos sobre las virtudes y combatimos los vicios arriba indicados, y si esto que predicamos lo practicamos y lo legamos a nuestros hermanos como práctica tradicional de cuanto se ha hecho y se hace.

He podido conocer también que nos aguardan próximamente muchas espinas, muchos trabajos, a los que seguirán grandes consuelos. El año de 1890 será fecha de temer y el 1895 año de grandes triunfos. María Auxilium Christianorum, ora pro nobis.

Don [Beato] Miguel Rúa puso inmediatamente en práctica —continúa Don Ceria— la amonestación del Personaje, sobre que de las cosas reveladas se tomara materia para la predicación; pues él mismo dio a los Hermanos del Oratorio una serie de conferencias, en las que les comentó detalladamente las dos partes del sueño.

El tiempo en el cual [San] Juan Don Bosco encuadraba la doble eventualidad de los triunfos y de las derrotas, corresponde en la Congregación al período que en la vida humana se relaciona con la adolescencia, momento delicado y peligroso, del cual depende después todo el porvenir. En el último decenio del siglo pasado, el multiplicarse de las casas y de los socios en tantas y tan diferentes naciones podían dar sin duda lugar a una de esas desviaciones de la línea recta, que si no se corrigen prontamente, llevan a una separación del camino principal. Pero al desaparecer [San] Juan Don Bosco, la Providencia nos hizo encontrar en su sucesor la mente iluminada, la voluntad enérgica necesarias en aquella fase crítica. [Beato] Miguel Don Rúa, que se podía llamar perfectamente la personificación viviente de todo lo bello y lo bueno contenido en la primera parte del sueño, fue en efecto el centinela vigilante, el jefe incansable y autorizado que supo disciplinar y guiar las nuevas generaciones por el camino recto.

El contenido del sueño es para todos los tiempos. [San] Juan Don

Bosco dio la voz de alarma para el período preciso que había de seguir a su muerte; pero el qualis esse debet *y el* qualis esse periclitatur *contienen una amonestación que jamás perderá su valor, de forma* que *siempre será una realidad la declaración hecha por [San] Juan Don Bosco a los Superiores: «Los males que nos amenazan se podrán evitar si predicamos sobre las virtudes y los vicios en el sueño indicados».*

LAS CASTAÑAS

SUEÑO 118.—AÑO DE 1881.

(M. B. Tomo XV, págs 364-365)

El año de 1881 se clausuró con un hermoso regaló del cielo a las Hijas de María Auxiliadora.

[San] Juan Don Bosco, a finales de diciembre, tuvo un sueño relacionado con su Instituto, sueño que contó a Don Lemoyne, el cual, como hacía con todo lo relacionado con la venerada persona del [Santo], tomó nota inmediatamente.

Al exponerlo seguiremos sus apuntes.
****
Le pareció a [San] Juan Don Bosco que estaba recogiendo castañas en un castañar próximo a Castelnuovo. Había muchas, hermosas y grandes, esparcidas por el suelo cubierto de hierba. Mientras él no pensaba en otra cosa, he aquí que se aparece una mujer que se le fue acercando mientras ella también recogía castañas y las echaba en una canasta. [San] Juan Don Bosco se sintió mortificado al ver cómo aquella mujer se había tomado la libertad de coger castañas en aquel lugar y le preguntó:

—¿Con qué derecho habéis venido Vos aquí? No comprendo cómo se atreve a venir a coger castañas en mi terreno.

—¿Cómo?, ---respondió ella—. ¿Acaso no tengo derecho a hacerlo?

—Yo creo que aquí el dueño soy yo y que, por tanto, esto es mío.

—Bien —replicó ella—; pero es qué yo estoy cogiendo castañas también para ti.

Aquella mujer hablaba con acento tan resuelto y sin cejar en su labor, de forma que [San] Juan Don Bosco no juzgó oportuno insistir, y, por su parte, siguió también él recogiendo castañas. Cuando ambos tuvieron la cesta llena, la mujer llamó a [San] Juan Don Bosco y le dijo:

—¿Sabes cuántas castañas hay aquí dentro?

—¡A fe que es bien extraña la pregunta que me hace!

—Vamos, responde: ¿lo sabes, sí o no?

—Pues no lo sé; no soy ningún adivino.

—Entonces, te lo diré yo.

—Bien, ¿cuántas?

—Quinientas cuatro.

—¿Quinientas cuatro?

—Exactas. ¿Y sabes qué simbolizan estas castañas?

—¿Qué?

—Las casas de las Hijas de María Auxiliadora. Tantos serán los colegios fundados por tus hijas.

Mientras estábamos en esta conversación, se levantó un clamor de hombrachos furiosos; eran unas voces semejantes a las de los borrachos. Se notaba que los que vociferaban avanzaban entre los árboles.

[San] Juan Don Bosco, atemorizado, huyó y la mujer corrió detrás de él hasta que llegaron a la orilla de una playa. Seguir adelante no se podía y no había que pensar en volver atrás. [San] Juan Don Bosco estaba sobre ascuas. Entretanto aquellos individuos se acercaban alborotando y pisoteando con despecho las castañas que habían quedado en el suelo.

Aquí comenta Don Lémoyne: «Tal vez se trata de las vocaciones

contrariadas, a causa principalmente de las luchas contra las casas de nuestras hermanas, o mejor la suerte de las, que quedan en medio del mundo». [San] Juan Don Bosco, al escuchar semejante ruido, se despertó, pero poco después concilio el sueño y volvió a soñar.

Le parecía estar sentado al borde de un ribazo; a poca distancia estaba también sentada la mujer con su canasto lleno de castañas. En la lejanía resonaban aún los gritos de aquellos energúmenos; pareció que se perdiesen detrás de una colina, pero fue cosa de breves instantes.

[San] Juan Don Bosco tenía la mirada fija en aquellas castañas, que eran gruesas y hermosas sobre manera. Más al fijarse bien notó que tenían el agujero hecho por el gusano.

—¡Oh! Mira— dijo entonces a la mujer... ¿Qué haremos con estas castañas?; están agusanadas.

—Es necesario escogerlas para que no echen a perder a las sanas. Hay que despedir a aquellas hijas qué no son buenas y no tienen el espíritu de la casa, pues, el gusano de la soberbia o de otros vicios las corroe: especialmente si se trata de postulantes.

Don Lemoyrie comenta: «Las castañas en la segunda parte del sueño representan a las Hijas de María Auxiliadora».

[San] Juan Don Bosco, que continuaba contemplando aquellas castañas, cogió algunas y al comprobar que las podridas no eran tantas, se lo hizo notar a la mujer, la cual dijo:

—¿Crees tú que las que quedan ahí están todas buenas? ¿No tendrán el gusano dentro sin que se note por fuera?

—¿Y cómo se podrá descubrir si están buenas o malas?

—¡Ah! La cosa es difícil. Algunas saben fingir tan bien que parece imposible el conseguir conocerlas.

—¿Y entonces?
—Mira; hay un medio. Sométela a la prueba de las reglas, y no las pierdas de vista. Así verás quién tiene o no el espíritu de Dios. Es una prueba

ésta, mediante la cual difícilmente se equivoca un atento observador.

[San] Juan Don Bosco continuaba pensando en las castañas sin dejar de mirarlas, hasta que se despertó imprevistamente. Comenzaba a amanecer.
****

Después dijo a Don Lemoyne que durante semanas enteras este sueño se había repetido durante noches y *noches; bastaba que se durmiese para que inmediatamente se presentase a su imaginación la escena de la mujer* y *las castañas.*

Una vez la mujer le habló así:
****

—Está atento con las castañas podridas y con las vacías. Pruébalas metiéndolas en el agua dentro de la olla. La prueba es la obediencia... Cuécelas. Las podridas si se aprietan entre los dedos, sueltan inmediatamente el humor que tienen dentro. Estas tíralas. Las vanas, o sea, las que están vacías suben a flote. No se quedan abajo con las otras, sino que quieren sobresalir de alguna manera. Tómalas con la espumadera y tíralas. No olvides que las buenas, cuando están cocidas, no se mondan fácilmente. Hay que quitar primero la corteza y luego la piel. Entonces te parecerán blancas, muy blancas, algunas son dobles; ábrelas y verás en medio una película, allí escondido hay un jugo amargo.
****

No se podría imaginar una comparación más exacta para señalar las diversas calidades de personas que conviven en una casa religiosa y *cuan difícil sea escudriñar el corazón de ciertas personas a pesar de su bondad.*

EL MENSAJE DE DON PROVERA

SUEÑO 119.—AÑO DE 1883.

(M. B. Tomo XVI, págs. 15-16)

El presente sueño está tomado de un autógrafo de [San] Juan Don Bosco conservado en el Archivo de Turín. Dice así:
****

La noche del 17, al 18 de enero de 1883, soñé que salía del comedor con otros sacerdotes de la Congregación. Cuando estuve en la puerta, me di cuenta que junto a mí venía un sacerdote desconocido, pero al fijarme bien en él, me di cuenta de que era Don Próvera, nuestro antiguo hermano. Era un poco más elevado de estatura que cuando estaba en esta vida mortal. Estaba

vestido de nuevo con cara fresca y sonriente, despidiendo una especie de claridad, parecía querer seguir adelante. ■

—Don Provera —le dije—: ¿Eres realmente Don Provera?

—Sí, que soy Don Provera —respondió—. Y al decir esto su rostro, se tornó tan hermoso y tan resplandeciente que difícilmente se podían fijar los ojos en él.

—Si eres verdaderamente Don Provera, no huyas de mí; espera un momento. Pero por favor, no me dejes tu sombra en las manos y desaparezcas, sino permite que te hable.

—Sí, si; hable que le escucharé.

—¿Te has salvado?
—Sí que me he salvado; me he salvado por la misericordia de Dios.

—¿Qué es lo que gozas en la otra vida?

—Todo cuanto el corazón puede imaginar y la mente es capaz de concebir, el ojo ver y la lengua expresar.

Dicho esto, hizo ademán como de quererse marchar y su mano que yo tenía estrechada se iba tornando casi insensible.

—No, le dije, no te vayas, sino háblame y dime algo que me interese.

—Continúe trabajando. Le aguardan muchas cosas.

—¿Aún por mucho tiempo?

—No mucho. Pero trabaje haciendo todos los esfuerzos posibles, como si tuviese que vivir siempre, pero... esté siempre bien preparado.

—¿Y páralos hermanos de la Congregación?

—A los hermanos de la Congregación recomiéndoles una y otra vez el fervor.

—¿Cómo hacer para conseguirlo?

—Nos lo dice el jefe supremo de los maestros. Tome una podadera bien afilada y proceda como un buen viñador; corté tos sarmientos secos o inútiles para la vid. Entonces se tomará vigorosa y producirá copiosos frutos, y lo que más importa: dará frutos durante mucho tiempo.

—¿Y a nuestros hermanos qué debo decirles?

A mis amigos —añadió con voz más fuerte—, a mis hermanos, dígales que les está reservado un gran premio, pero que Dios lo otorga solamente a los que perseveraran en las batallas del Señor.

—¿Qué me recomiendas para nuestros jóvenes?

—Con nuestros jóvenes se debe emplear trabajo y vigilancia.

—¿Y qué más?

—Vigilancia y trabajo, trabajo y vigilancia.

—¿Qué han de practicar nuestros jóvenes para asegurarse la salvación eterna?

—Que se alimenten con frecuencia con el manjar de los fuertes y hagan propósitos firmes en la confesión.

—Dime algo que deban hacer preferentemente en este mundo.

En aquel momento un vivísimo resplandor revistió toda su persona y yo tuve que bajar los ojos, porque la mirada no podía resistir, como cuando se observa fijamente la luz eléctrica, aunque aquélla era mucho más viva que la que vemos ordinariamente. Seguidamente comenzó a hablar de forma que parecía que cantara:

—Gloria a Dios Padre, gloria a Dios Hijo, gloria a Dios Espíritu Santo. A Dios que era, es y será el juez de vivos y muertos.

Yo quise hablar, pero Don Provera, con la voz más hermosa y sonora que se pueda imaginar, comenzó a entonar solemnemente:

—*Laudate Dominum omnes gentes,* etc.

Un coro de millares de voces provenientes de los pórticos respondieron, o mejor dicho se unieron a él cantando:

—*Quoniam confirmata est,* etc., hasta el Gloria, inclusive.

Varias veces hice un esfuerzo para abrir los, ojos y ver quiénes cantaban, pero todo fue inútil porque la intensidad y la viveza de la luz obstaculizaba la visibilidad.

Finalmente se oyó cantar: Amén.

Terminado el canto cada cosa volvió a su estado normal; pero no vi más a Don Provera, sino simplemente a su sombra, que desapareció inmediatamente.

Me dirigí entonces a los pórticos donde estaban los sacerdotes, los clérigos y los jóvenes. Les pregunté si habían visto a Don Provéra. Y todos me respondieron que no. Les pregunté también si habían oído cantar y me contestaron igualmente que no.

Al escuchar tales respuestas quedé un poco mortificado y dije: Lo que he oído de labios de Don Provera y el canto que he escuchado es todo un sueño. Vengan, pues, a escucharlo que les voy a contar. Y lo conté como lo acabó de hacer. [Beato] Miguel Don Rúa, Don Cagliero y otros sacerdotes me hicieron numerosas preguntas a las que di las consiguientes respuestas.

Pero me encontraba tan cansado que apenas si podía respirar y así me desperté. En aquel momento sonaron los cuartos de hora y después las dos de la madrugada.

A TRAVÉS DE LA AMERICA DEL SUR

SUEÑO 120.—AÑO DE 1883.

(M. B. Tomo XVI, págs. 385-394)

En la posdata de la carta escrita por [San] Juan Don Bosco desde Turín a Don Costamagna, a la sazón misionero en la República Argentina, le dice: «El sueño tiene que ser aún corregido por Don Lemoyne en algunos

detalles y seguidamente te lo enviaré».

Aludía aquí el [Santo] a una representación dramático-alegórica de las Misiones Salesianas de toda la América del Sur: porvenir de una grandiosidad épica, adivinado ya por aquellos que leían en la Obra de [San] Juan Don Bosco algo, que no era solamente humano. Un periódico francés, por ejemplo, en un artículo sobre la propagación de la fe, escribía: "La Patagonia, todavía por civilizar e idólatra, se muestra refractaria a la civilización cristiana, pero los hijos de [San] Juan Don Bosco han comenzado a sembrar en aquella tierra salvaje los granos de mostaza, que bajó el influjo del rocío celestial, se convertirán en un árbol grande cuyas ramas se extenderán por todo el país".

[San] Juan Don Bosco contó este sueño en la sesión matinal celebrada por el Capítulo General. Don Lemoyne lo puso inmediatamente por escrito, añadiendo y modificando algo. Nosotros ofrecemos el relato completo hecho por el [Santo] y ampliado posteriormente por su biógrafo siguiendo ulteriores explicaciones que le diera el buen padre.
****

Era la noche que precedía a la fiesta de Santa Rosa de Lima, 30 de agosto, y yo tuve un sueño. Me parecía estar durmiendo y al mismo tiempo que corría a gran velocidad, por lo que me sentía cansado no sólo de correr, sino también de escribir y como consecuencia del trabajo propio de mis habituales ocupaciones. Mientras pensaba si se trataba de un sueño o de una realidad, me pareció entrar en una sala de estar donde había numerosas personas hablando de cosas diversas.

Se entabló una larga conversación sobre la multitud de salvajes que en Australia, en las Indias, en la China, en África y más particularmente en América, viven aún en número extraordinario sepultados en las sombras de la muerte.

Europa —dijo con seriedad uno de aquellos pensadores—, la cristiana Europa, la gran maestra de la civilización, parece que se deja llevar de la apatía respecto a las misiones extranjeras. Pocos son los que se sienten animados a emprender largos viajes hacia países desconocidos para salvar las almas de millones de criaturas que también fueron redimidas por el Hijo de Dios, por Cristo Jesús.

Otro dijo: ¡Qué enorme cantidad de idólatras viven fuera de la Iglesia,

lejos del conocimiento del Evangelio, solamente en América! Los hombres piensan y los geógrafos se engañan al creer que las Cordilleras de América son como una gran muralla que nos separa de aquella parte del mundo. Y no es así. Aquellas extensísimas cadenas de montañas tienen muchas sinuosidades de mil y más kilómetros de longitud. En ellas hay selvas inexploradas, bosques, animales, piedras que por otra parte escasean en aquellas latitudes. Carbón mineral, petróleo, cobre, hierro, plata y oro escondidos en aquellas montañas, en el lugar donde fueron colocados por la mano omnipotente del Creador en beneficio de los hombres., ¡Oh, Cordilleras, Cordilleras, cuan rica es tu zona oriental!

En aquel momento me sentí presa del deseo de pedir explicaciones sobre muchas cosas y de saber quiénes fuesen aquellas personas allí reunidas y en qué lugar me encontraba. Pero me dije para mí:

—Antes de hablar es necesario que observe qué clase de gente es ésta.

Y dirigí la mirada a mi alrededor y pude comprobar que todos aquellos personajes me eran desconocidos. Ellos entretanto, como si sólo en aquel momento me hubiesen conocido, me invitaron a pasar y me acogieron bondadosamente.

Yo pregunté entonces:

—Díganme, por favor: ¿Estamos en Turín, en Londres, en Madrid o en París? ¿Dónde estamos? ¿Y vosotros, quiénes sois? ¿Con quién tengo el gusto de hablar?

Pero todos aquellos señores contestaban de una manera vaga hablando siempre de las misiones.

Inmediatamente después se acercó a mí un joven de unos dieciséis años, de amable expresión y de sobrehumana belleza, cuyo cuerpo despedía una luz más radiante que la del sol. Su vestido estaba tejido con celestial hermosura y en la cabeza llevaba un gorro a manera de corona recamado de vivísimas piedras preciosas. Mirándome con ojos de bondad, mostró hacia mí un interés especial. Su sonrisa expresaba un afecto atrayente en extremo. Me llamó por mi nombre, me tomó de la mano y comenzó a hablarme de la Congregación Salesiana.

Yo me sentía encantado sólo de escuchar su voz. A cierto punto lo interrumpí diciéndole:

—¿Con quién tengo el honor de hablar? Haga el favor de decirme su nombre.

Y el joven:

—¡No temas! Habla con toda confianza, que estás con un amigo. —Pero ¿y su nombre?

—Te lo diría si hicieras caso, pero no hace falta, porque me debes conocer.

Y mientras decía esto sonreía.

Me fijé mejor en aquella fisonomía rodeada de luz. ¡Cuan hermosa era! Entonces reconocí en él al hijo del Conde Fiorito Colle de Tolón, insigne bienhechor de nuestra casa y especialmente de las Misiones de América. Este jovencito había muerto poco tiempo antes.

—¿Oh, tú?, —exclamé llamándole por su nombre—. ¡Luis! ¿Y todos estos quienes son?

—Son amigos de tus Salesianos y yo como amigo tuyo y de los Salesianos, en nombre de Dios, quería darte un poco de trabajo.

—Veamos de qué se trata. ¿Qué trabajo es ese?

—Siéntate aquí a esta mesa y después tira de esta cuerda.

En medio de aquella gran sala había una mesa sobre la que estaba enrollada una cuerda y vi que la cuerda estaba marcada como el metro con rayas y números. Más tarde me di cuenta también de que aquella sala estaba colocada en América del Sur, precisamente sobre la línea del Ecuador y que los números grabados en la cuerda correspondían a los grados geográficos de latitud.

Yo tomé, pues, un extremo de la cuerda, lo examiné y vi que al principio tenía señalado el número cero.

Yo reía.

Y aquel joven angelical, me dijo:

—No es tiempo de reír. ¡Observa! ¿Qué es lo que hay escrito sobre la cuerda?

—El número cero.

—Tira un poco.

Tiré un poco de la cuerda y apareció el número 1.

—Tira aún un poco más y haz un gran rollo con la cuerda.

Así lo hice y aparecieron los números 2, 3, 4, hasta el 20.

—¿Basta ya?, —pregunté.

—No; más, más. Sigue tirando hasta que encuentres un nudo— me replicó el jovencito.

Continué tirando hasta el 47, donde encontré un grueso nudo. Desde aquí la cuerda seguía pero dividida en numerosas cuerdecillas que se dirigían hacia Oriente, Occidente y Mediodía.

—¿Basta ya?—, pregunté.

—¿Qué número es?—, preguntó a su vez el jovencito.

—El número 47. .

—¿Cuánto hacen 47 más 3?

—¡Cincuenta!

—¿Más 5?

—¡Cincuenta y cinco!

—No lo olvides: ¡Cincuenta y cinco!

Después me dijo;

—Sigue tirando.

—Ya he llegado al final— le dije.

—Entonces vuelve hacia atrás y tira de la cuerda por la otra parte.

Tiré de la cuerda por la parte opuesta hasta llegar al número 10.

Aquel joven dijo entonces:

—¡Tira más!

—Ya no se puede más. No hay más.

—¡Cómo! ¿Que no hay más? ¡Observa bien! ¿Qué hay?

—Hay agua— respondí.

En efecto: en aquel momento se operó un fenómeno extraordinario que sería imposible describir. Yo me encontraba en aquella habitación y al tirar de aquella cuerda, ante mi vista se ofrecía la perspectiva de un país inmenso que yo dominaba como a vista de pájaro y que se extendía cada vez más según se iba alargando la cuerda.

Desde el primer cero hasta el número 55 era una extensión de tierra inmensa que después de un estrecho mar, al fondo se dividía en multitud de islas habitadas por numerosos salvajes.

Parece ser que el nudo colocado sobre el número o grado 47 representara el lugar de partida, el centro salesiano, la misión principal donde los misioneros después de concentrados salieron hacia las islas Malvinas. Tierra del Fuego y otras islas de aquellas regiones de América.

Por la parte opuesta, esto es, del 0 al 10 continuaba la misma tierra terminando en aquella agua que ya había visto últimamente. Me pareció que

aquella agua era el Mar de las Antillas, que contemplaba entonces de manera tan sorprendente que no me sería posible expresar con palabras tal visión.

Cuando yo dije: Hay agua, aquel jovencito me respondió:

—Ahora sume 55 más 10. ¿Cuánto hacen?

Y yo:

—Suman 65.

—Ahora ponlo todo junto y formarás una sola cuerda.

—¿Y después?

—¿Hacia esta parte qué es lo que hay? Y me señalaba un punto en el panorama.

—Hacia el Occidente veo altísimas montañas y al Oriente el mar.

He de hacer notar que yo lo veía todo en conjunto, como en miniatura, lo mismo que después, como diré, vi en su grandiosa realidad y en toda su extensión, y los grados señalados en la cuerda y que correspondían con exactitud a los grados geográficos de latitud, fueron los que me permitieron retener en la memoria durante varios años los puntos sucesivos que visité al hacer el viaje en la segunda parte del sueño.

Mi joven amigo prosiguió:

—Pues bien, estas montañas son como una orilla, como un confín. Desde aquí hasta allá se extiende la mies ofrecida a los salesianos. Son millares y millones de habitantes que esperan su auxilio, que aguardan la fe.

Dichas montañas eran las cordilleras de los Andes de América del Sur y aquel mar el Océano Atlántico.

—Y ¿cómo hacer?, —repliqué yo—; ¿cómo conseguir conducir tantos pueblos al redil de Jesucristo?

—¿Cómo hacer? ¡Mirad!

Y he aquí que llega Don Lago que traía una canasta de higos pequeños y verdes, el cual me dijo:

—¡Tome, [San] Juan Don Bosco!

—¿Qué me traes?—, pregunté yo mientras me fijaba en el contenido del canasto.

—Me han dicho que se los traiga a Vos.

—Pero, estos higos no son comestibles; no están maduros.

Entonces, mi joven amigo tomó aquel canasto, que era muy ancho, pero que tenía muy poco fondo, y me lo presentó diciendo:

—¡He aquí el regalo que te hago!

—¿Y qué debo hacer con estos higos?

—Estos higos no están maduros, pero pertenecen a la gran higuera de la vida. Debes buscar la manera de hacerlos madurar.

—¿Y cómo? Si fuera más grandes... se podrían hacer madurar con paja, como se suele hacer con los demás frutos pero tan pequeños... tan verdes... Es imposible.

—Muy al contrario; has de saber que para hacer madurar estos higos es necesario que todos ellos se unan de nuevo a la planta.

—¡Eso es increíble! ¿Cómo hacer?

—¡Mira!

Y tomando uno de aquellos frutos lo introdujo en un vaso lleno de sangre, después en otro vaso de agua y dijo:

—Con el sudor y con la sangre los salvajes quedarán de nuevo Unidos a la planta y serán gratos al dueño de la vida. Yo pensaba: —Pero para conseguir esto se necesita mucho tiempo.

Y seguidamente dije en alta voz: —Yo no sé qué decir.
Pero aquel joven para mí tan querido, Leyendo mis pensamientos, prosiguió:

—Esto se conseguirá antes de que se cumpla la segunda generación.

—¿Y cuál será la segunda generación?

—La presente no se cuenta. Habrá una y después otra.

Yo hablaba confusamente, aturrullado y como balbuceando al escuchar los magníficos destinos reservados a nuestra Congregación y pregunté:

—Pero, cada una de estas generaciones, ¿cuántos años comprende?
—¡Sesenta años!

—¿Y después?

—¿Quieres ver lo que sucederá después? ¡Ven!

Y sin saber cómo me encontré en una estación de ferrocarril. En ella había reunida mucha gente. Subimos al tren.

Yo pregunté dónde estábamos. Aquel joven me respondió:

—¡Nótalo bien! ¡Mira! Vamos de viaje a lo largo de la Cordillera.

Tienes el camino abierto también hacia Oriente hasta el mar. Es otro regalo del Señor.

—¿Y a Boston, donde nos aguardan, Cuándo iremos? —

Cada cosa a su tiempo.

Y así diciendo saco un mapa donde se destacaba en grande la diócesis de Cartagena (Colombia). Este era el punto de partida.

Mientras yo examinaba aquel mapa, la máquina silbó y el tren se puso en movimiento. Durante el viaje, mi amigo hablaba mucho, pero yo no lo podía oír por el ruido que hacía el tren. Con todo aprendí cosas hermosísimas

y nuevas sobre astronomía, náutica, meteorología, sobre la fauna y la flora, sobre la topografía de aquellas regiones que él me explicaba con maravillosa precisión. Salpimentaba entretanto sus palabras con una digna y al mismo tiempo tierna familiaridad, demostrando el afecto que me profesaba. Desde un principio me había tomado de la mano y así me tuvo afectuosamente sujeto hasta el fin del sueño. Yo llevaba a veces la otra mano que me quedaba libre sobre la suya, pero ésta parecía escapar de la mía como si se evaporase y solamente su izquierda estrechaba mi derecha. El jovencito sonreía ante mi inútil tentativa.

Yo al mismo tiempo miraba a través de las ventanillas del vagón y veía desfilar ante mí diversas y estupendas regiones. Bosques, montañas, llanuras, ríos larguísimos y majestuosos que jamás pensé existiesen en regiones tan distantes de sus fuentes. Por un espacio de más de mil millas costeamos el borde de una floresta virgen, hoy día aún sin explorar. Mi mirada adquiría una visibilidad asombrosa. No encontraba obstáculos para llegar hasta el límite de aquellas regiones. No sé explicar cómo se verificase en mi vista tan extraordinario fenómeno. Yo estaba como quien desde lo alto de una colina, al ver extendida a sus pies una gran región, se coloca delante dejos ojos a pequeña distancia una estrecha tira de papel y no ve nada o muy poco; mas si se quita aquel papel o lo levanta o lo baja un poco, la vista puede extenderse hasta el extremo horizonte. Así me sucedió a mí durante aquella intuición adquisitiva; pero con esta diferencia: a medida que yo me fijaba en un punto y este punto pasaba delante de mí, era algo así como si se fuesen, levantando sucesivamente diversos telones tras los cuales yo contemplaba distancias incalculables. No sólo veía las Cordilleras cuando estaban lejos, sino también las cadenas de montañas, aisladas en aquellas llanuras inconmensurables, a las cuales veía en sus más pequeños detalles. Las de Nueva Granada, de Venezuela, de las tres Guayanas, las del Brasil y de Bolivia hasta los últimos confines.

Pude, pues, comprobar la exactitud de aquellas frases oídas al principio del sueño en la gran sala situada bajo el grado cero. Veía las entrañas de las montañas y los profundos senos de las llanuras. Tenía ante mi vista las riquezas incomparables de aquellos países, riquezas que un día serían descubiertas. Vi innumerables minas de metales preciosos, galerías interminables de carbón mineral, depósitos de petróleo tan abundantes como hasta ahora no se han encontrado en otros lugares. Pero esto no era todo. Entre el grado 15 y el 20 había una sinuosidad tan larga y tan estrecha que partía de un punto donde se formaba un lago. Entonces una voz dijo repetidas veces:

—Cuando se comiencen a explotar las minas escondidas en aquellos montes, aparecerá aquí fa tierra prometida que mana leche y miel. Será una riqueza inconcebible.

Pero tampoco esto era todo. Lo que mayormente me sorprendió fue el ver que en varios lugares en los que las Cordilleras replegándose sobre sí mismas formaban valles, de los cuales los actuales geógrafos ni siquiera sospechan la existencia, imaginándose que en aquellas partes las faldas de las montañas están como cortadas a pico. En estos valles y en estas sinuosidades que tal vez se extendían millares y millares de kilómetros, habitan densas poblaciones, que aún no han entrado en contacto con los europeos, pueblos que son aún completamente desconocidos.

El convoy continuaba entretanto a toda marcha y después de girar hacia un lado y hacía otro, se detuvo. Allí bajó una gran parte de los viajeros que pasando bajo las Cordilleras se dirigió a Occidente ([San] Juan Don Bosco se refería a Bolivia). La estación era tal vez La Paz, donde una galería, al abrir el paso hacia el litoral del Pacífico, puede poner en comunicación el Brasil con Lima por medio de otro ferrocarril.

El tren se puso nuevamente en movimiento, siguiendo siempre hacia adelante. Como en la primera parte del viaje atravesamos florestas, penetramos en algunos túneles, pasamos sobre gigantescos viaductos, nos internamos entre las gargantas de las montañas, costeamos lagos y lagunas, sobre enormes puentes cruzamos ríos anchísimos, recorrimos inmensas llanuras y praderas. Bordeamos el Uruguay. Creí que fuese un río poco caudaloso, pero es anchísimo. En un punto vi el río Paraná que se acerca al Uruguay como si viniese a ofrecerle el tributo de sus aguas, mas, después de discurrir durante un buen trecho paralelamente, se alejan haciendo un ancho recodo. Ambos ríos eran caudalosos.

Según estos pocos datos parece que esta futura línea de ferrocarriles, saliendo de La Paz, llegaría a Santa Cruz, pasando por la única abertura que existe en los montes llamados Cruz de la Sierra, que es atravesada por el río Cuapay; bordearía el río Parapiti en la provincia de Chiquitos, en Bolivia: tocaría el extremo norte de la República del Paraguay; entraría después en la provincia de San Pablo, en el Brasil, llegando a Río de Janeiro. De una estación intermedia, en la provincia de San Pablo, partiría tal vez la línea ferroviaria que pasando entre los ríos Paraná y Uruguay, uniría la capital del Brasil con las Repúblicas del Uruguay y Argentina.

El tren continuaba en marcha, y girando hacia una parte y hacia la otra, después de un largo espacio de tiempo, se detuvo por segunda vez.

Aquí descendió también del convoy mucha gente que pasando bajo las Cordilleras se dirigió hacia Occidente.

([San] Juan Don Bosco indicó en la República Argentina la provincia de Mendoza).

Por tanto, la estación era tal vez la de Mendoza y el túnel el que ponía en comunicación con Santiago, capital de la República de Chile.

El tren reemprendió la marcha a través de las Pampas y de la Patagonja. Los campos cultivados y las casas esparcidas por una parte y otra, indicaban que la civilización tomaba posesión de aquellos desiertos.

Al comenzar a recorrer la Patagonia pasamos junto a una ramificación del Río Colorado o del Chubut o tal vez del Río Negro. No podía comprobar si su corriente iba hacia el Atlántico o hacia las Cordilleras. Quería resolver este problema pero no lo lograba, no siendo posible el orientarme.

Finalmente llegamos al Estrecho de Magallanes. Yo miraba. Bajamos. Ante mí veía Puntarenas. El suelo por espacio de varias millas estaba todo recubierto de yacimientos de carbón, de tablas, de travesaños, de madera, de inmensos montones de metal, parte en bruto, parte trabajado. Largas filas de vagones de mercancías ocupaban las vías.

Mi amigo me señaló todas estas cosas.

Entonces le pregunté: —¿Y qué quiere decir todo esto?

El me respondió:
—Lo que ahora es sólo un proyecto, un día será realidad. Estos salvajes en el futuro serán tan dóciles que ellos mismos acudirán a instruirse, rindiendo su tributo a la religión, a la civilización y al comercio. Lo que en otras partes es motivo de admiración, aquí lo será hasta el punto de superar a cuanto causa estupor entre otros pueblos.

—Ya he visto bastante -—repliqué—; ahora llévame a ver a mis

Salesianos de la Patagonia.

Volvimos a la estación y subimos al tren para el regreso. Después de haber recorrido un gran trecho de camino, la máquina se detuvo junto a un pueblo bastante grande.

Situado tal vez en el grado 47, donde al principio del sueño había visto aquel grueso nudo de la cuerda.

En la estación no había nadie esperándome. Bajé del tren y me encontré inmediatamente con los Salesianos. Había allí muchas casas y gran número de habitantes; varias iglesias, escuelas, varios colegios para jovencitos, internados para adultos, artesanos y agricultores y un dispensario de religiosas que se dedicaban a labores diversas. Nuestros misioneros se encargaban al mismo tiempo de los jovencitos y de los adultos.

Yo me mezclé entre ellos. Eran muchos, pero yo no los conocía y entre ellos no vi a ninguno de mis primeros hijos. Todos me contemplaban maravillados, como si fuese una persona desconocida y yo les decía:

—¿No me conocen? ¿No conocen a [San] Juan Don Bosco?

—¡Oh, [San] Juan Don Bosco! Nosotros le conocemos de fama, pero le hemos visto solamente en las fotografías. ¡En persona no le conocemos!

—¿Y Don Fagnano, Don Costamagna, Don Lasagna, Don Milanesio, dónde están?

—Nosotros no los hemos conocido. Son los que vinieron aquí en tiempos pasados: los primeros Salesianos que llegaron de Europa a estos países. Pero ¡han pasado ya tantos años después de su muerte!

Al oír esta respuesta pensé maravillado:

—Pero ¿esto es un sueño o una realidad?

Y golpeaba las manos una contra la otra, me tocaba los brazos y me movía oyendo el palmoteo, y me sentía a mí mismo y me persuadía de que no estaba dormido.

Esta visión fue cosa de un instante. Después de contemplar el progreso maravilloso de la Iglesia Católica, de la Congregación y de la civilización en aquellas regiones, yo daba gracias a la Providencia por haberse dignado servirse de mí como instrumento de su gloria y de la salvación de las almas.

El jovencito Colle, entretanto, me dio a entender que era hora de volver atrás: por tanto, después de saludar a mis Salesianos, volvimos a la estación, donde el convoy estaba preparado para la partida. Subimos, silbó la máquina y nos dirigimos hacia el Norte.

Me causó gran maravilla una novedad que pude contemplar. El territorio de la Patagonia en su parte más próxima al Estrecho de Magallanes; entre las Cordilleras y el Océano Atlántico, era menos ancho de lo que ordinariamente creen los geógrafos.

El tren avanzaba velozmente y me pareció que recorría las provincias hoy ya civilizadas de la República Argentina.

En nuestra marcha penetramos en una floresta virgen, muy ancha, larguísima, interminable. A cierto punto la máquina se detuvo y ante mi vista apareció un doloroso espectáculo. Una turba inmensa de salvajes se había concentrado en un espacio despejado de la floresta. Sus rostros eran deformes y repugnantes; estaban vestidos al parecer con pieles de animales, cosidas las unas a las otras. Rodeaban a un hombre amarrado que estaba sentado sobre una piedra. El prisionero era muy grueso, porque los salvajes le habían alimentado bien. Aquel pobrecillo había sido capturado y parecía pertenecer a una nación extranjera por la regularidad de sus facciones. Los salvajes lo habían sometido a un interrogatorio y él les contestaba narrándoles sus diversas aventuras, fruto de sus viajes. De pronto un salvaje se levantó y blandiendo un grueso hierro que no era una espada, pero mucho más afilado, se lanzó sobre el prisionero y de un solo golpe le cortó la cabeza. Todos los viajeros del ferrocarril estábamos asomados a las puertas y ventanillas observando la escena y mudos de espanto. El mismo Colle miraba y callaba. La víctima lanzó un grito desgarrador al ser herida. Sobre el cadáver, que yacía en un lago de sangre, se lanzaron aquellos caníbales y haciéndolo pedazos colocaron aquellas carnes aún calientes y palpitantes sobre un fuego encendido de propósito y después de asarlas un poco, comenzaron a comérselas medio crudas. Al grito de aquel desgraciado la máquina se puso en movimiento y poco a poco adquirió su velocidad vertiginosa.

Durante larguísimas horas avanzamos a lo largo de las orillas de un río interminable. Y el tren unas veces discurría por la orilla derecha y a veces por la izquierda. Yo no me fijé mucho por la ventanilla en los puentes sobre los cuales hacíamos estos cambios. Entretanto, sobre aquellas orillas aparecían de cuando en cuando numerosas tribus de salvajes, siempre que veíamos aquellas turbas el jovencito Colle repetía:

—¡He ahí la mies de los Salesianos! ¡He ahí la mies de los Salesianos!

Entramos después en una región llena de animales feroces y de reptiles venenosos, de formas extrañas y horribles. Hormigueaban por las faldas de los montes, por los senos de las colinas, por los salientes de aquellos montes y de aquellas colinas cubiertas de sombra, por las orillas de los lagos, por las márgenes de los ríos, por las llanuras, por los declives, por las playas. Los unos parecían perros con alas y eran extraordinariamente gordos, de abultado abdomen, símbolo de la gula de la lujuria, de la soberbia. Otros eran sapos grandísimos que se alimentaban de ranas. Se veían ciertos escondrijos llenos de animales de formas diversas de los que nosotros conocemos. Estas tres especies de alimañas estaban mezcladas y gruñían sordamente como si quisieran morderse. Se veían también tigres, hienas, leones, pero diferentes de las especies comunes de Asia y África. Mi compañero me dirigió entonces la palabra diciéndome mientras me señalaba aquellas fieras: —Los Salesianos las amansarán.

El tren, entretanto, se acercaba al lugar de donde habíamos salido, del cual estábamos ya poco distante. El joven Colle sacó entonces un mapa topográfico de una belleza extraordinaria y me dijo:

—¿Quieres ver el viaje que has hecho? ¿Las regiones que hemos recorrido?

—Con mucho gusto—le respondí.

El entonces extendió aquel mapa en el cual estaba dibujada con maravillosa exactitud toda la América del Sur. Aún más, allí estaba representado todo lo que fue, todo lo que es, todo lo que serán aquellas regiones, sin confusión alguna, sino con una claridad tal que de un solo golpe de vista se veía todo.

Yo lo comprendí inmediatamente, pero como los detalles eran tantos, la

clara visión de aquellas cosas me duró apenas una hora, y en la actualidad en mi mente reina una gran confusión.

Mientras contemplaba aquel mapa a la espera de que el jovencito añadiera alguna explicación, emocionado por la sorpresa de lo que tenía ante mis ojos, me pareció que Quirino tocase el *Ave María* del alba, pero me desperté y me di cuenta que eran las campanas de la parroquia de San Benigno. El sueño había durado toda la noche.

****

[San] Juan Don Bosco puso término a su relato con estas palabras:

—Con la dulzura de San Francisco de Sales, los Salesianos atraerán hacia Cristo los pueblos de América. Será empresa dificilísima el moralizar a los salvajes; pero sus hijos obedecerán con toda facilidad las consignas de los misioneros y se fundarán colonias y la civilización suplantará a la barbarie y así muchos salvajes entrarán en el redil de Cristo.

Como confirmación de estas extraordinarias visiones, apenas habían pasado unos días, cuando el Obispo de San José de *Costa Rica, Monseñor Bernardo Augusto Thiel, y algunos señores de la Misión, escribían una carta a [San] Juan Don Bosco pidiéndole algunos Misioneros salesianos. A hora bien, esta ciudad* se *encuentra precisamente bajo el grado 10, mencionado en el sueño.*

El Santo mismo, escribiendo al Conde Colle el 11 de febrero de 1884, dirá: «El viaje realizado con nuestro querido Luis se va cumpliendo cada vez más. En este momento se ha convertido en el punto central de nuestras empresas. Mucho se habla, se escribe, se publica para explicar y poner en práctica nuestros planes.

Siempre en relación con el sueño de la Patágonia, Don Lemoyne recogió de labios de [San] Juan Don Bosco estas palabras:

—Cuando se lleguen a conocer las inmensas riquezas que encierra la Patágonia, este territorio tendrá un desarrollo comercial extraordinario. En las entrañas de los montes se ocultan minas preciosas; en la cadena de los Andes, entre los grados 10 y 20, hay minas de plomo, de oro y de materiales más preciosos aún que el oro.

Para que se tenga una idea del valor de este sueño, añadiremos

algunos datos de mayor relieve. El [Santo] nos ofrece una serie de noticias positivas de las que él no podía tener conocimiento ni por los geógrafos ni por los viajeros, pues aquellas latitudes estaban aún por explorar, siendo aún desconocidas al turismo y a las expediciones científicas. A estos elementos hay que añadir datos de naturaleza profética, referentes a un porvenir más o menos lejano. Pasando por encima de estos últimos, nos limitaremos a cuatro particularidades del primer género apoyados en las preciosas informaciones que nos han sido suministradas por Don De Agostini, el salesiano explorador de las tierras australes.

Ante todo, consideremos la descripción que [San] Juan Don Bosco hace de las Cordilleras. Todos creían que este accidente geográfico era como una muralla divisoria, esto es, una cadena homogénea que se extendía de Norte a Sur por más de 30 grados de latitud, formando un cordón único en elevación y dirección. En cambio, las exploraciones y los estudios realizados durante algunos decenios han demostrado que los Andes, como, observa justamente [San] Juan Don Bosco, se encuentran seccionados por numerosas y profundas depresiones en forma de sinuosidades, valles, pasajes lacustres y subdivididos en grupos o nudos de cadenas que se presentan en direcciones opuestas, ofreciendo grandes diferencias en sus caracteres geológicos y orográficos. Nos encontramos, pues, en los antípodas de la representación primitiva de una cadena integrada por una unidad geográfica. En la descripción de [San] Juan Don Bosco, que representa la configuración vertical de los Andes y los accidentes que modifican su estructura orográfica, hallamos en verdad una impresionante exactitud. Ni el más autorizado estudioso de estos temas geográficos habría podido publicar en aquel tiempo una afirmación tan precisa y detallada como él; una visión tan clara y *exacta de aquellos lugares es debida sin duda a un poder que sobrepasa los limites humanos.*

Que en efecto, entonces se ignorara la existencia de tantas sinuosidades y de tantos extensísimos valles, lo proclaman los mapas de aquella época: es el argumento más convincente. A los canales patagónicos, por ejemplo, se habían hecho numerosas expediciones hidrográficas, debidas a los célebres expedicionarios de los buques ingleses "Adventure" y *"Beagle", al mando de Parker King y de Fitz Roy, entre el 1826* y *el 1836, hasta llegar a las de los chilenos Simpson, Valverde, Roguera* y *Serrano en los años comprendidos entre el 1874* y *1889; pues bien, a excepción de un pequeño trecho seguido por los vapores de gran tonelaje, que desde Puerto Monti se dirigían al Estrecho de Magallanes a través de una intrincada red de islas y canales, casi*

toda la costa externa del Occidente de la Cordillera Patagónica estaba envuelta en el más profundo misterio.

Un hecho elocuente lo confirma. El señor Baker, el más grande y más extenso de los fiordos patagónicos, cuyas ramificaciones continentales formadas por profundas depresiones, valles y *cuencas lacustres cortan la Cordillera patagónica entra los grados 46 y el 52 de latitud Sur, no llegó a conocimiento del mundo sino hasta el 1898, después de los viajes de exploración realizados por el célebre explorador y geógrafo Juan Steffen, cuando se organizaron respectivamente en Chile y Argentina viajes científicos para determinar los límites de la Cordillera de los Andes.*

En segundo lugar, [San] Juan Don Bosco describe ferrocarriles fantásticos donde entonces reinaba el desierto y la soledad. Hoy las redes ferroviarias en las repúblicas del Centro y de Sudamérica han alcanzado un desarrollo prodigioso y atraviesan ya por muchos puntos la Cordillera de los Andes. Algunas líneas fueron construidas a lo largo de la Cadena Andina y no está muy lejano el día, en el que, convirtiéndose en realidad el sueno de nuestro Santo, estas líneas lleguen a unir el Norte de América con el Estrecho de Magallanes, atravesando toda la Patagonia.

En tercer lugar, [San] Juan Don Bosco asegura que yacimientos de carbón mineral, de petróleo, de plomo y de metales aun más preciosos están escondidos en las entrañas de aquellas montañas, colocadas allí por la mano del Creador Omnipotente en beneficio de los hombres. ¿Quien ignora que de año en año se están descubriendo continuamente nuevos depósitos de minerales en toda la zona de la cordillera y a lo largo de la costa atlántica?

Particular importancia tuvo el descubrimiento de petróleo en Comodoro Rivadavia, en el Chubut, él 13 de noviembre de 1907, cuando la Dirección General de Minas procedía a una perforación del terreno en busca de agua potable. Existen actualmente en Comodoro novecientos pozos petrolíferos. Otras fuentes de petróleo fueron descubiertas en años sucesivos junto a los contrafuertes subandinos de Salta, Juyuy y a lo largo del Neuquén, para citar solamente los de Argentina. Exploraciones y sondeos se siguen realizando de un extremo a otro de la Patagonia, apareciendo indicios ciertos de la presencia de este mineral. Potentes industrias petrolíferas han sido montadas también en Bolivia, en el Brasil, Colombia y Venezuela. Importantes yacimientos de carbón mineral se han encontrado bajo ¡a cordillera cerca de Epuyen en el Chubut y en Puntarenés.

El plomo constituye hoy en la Argentina la producción metálica más sobresaliente, obteniéndose unas diez mil toneladas anuales.

Finalmente, [San] Juan Don Bosco dijo, refiriéndose al Archipiélago fueguino. «Algunas de estas islas estaban habitadas por indígenas bastante numerosos; otras, de aspecto estéril, desnudas, rocosas, se hallaban deshabitadas; otras estaban cubiertas por completo de hielo y de nieve. Al Occidente, algunos grupos de islas se hallaban habitadas por numerosos salvajes».

Quien ha leído el libro de Don De Agostini, «Mis recientes viajes por la Tierra del Fuego» *admira la realidad específica contenida en esta descripción. Son estos los tres aspectos del paisaje fueguino: la zona de la Hanura* y *esteparia habitada por los Onas; después, la zona de la cordillera insular cubierta de nieves perpetuas y de témpanos inmensos; los numerosos grupos de islas del Occidente, estériles, desnudas, rocosas, donde viven ¡os indios Alacalufes y Vagan. Aun aquí se ve uno obligado a reconocer que tal precisión no era humanamente posible sino a una persona que hubiese contemplado con los propios ojos, aquel paisaje tan característico y de tan difícil acceso.*

Creemos que este breve resumen sea suficiente para hacer comprender la importancia de este sueño; ulteriores desarrollos de las Misiones Salesianas y de las obras civilizadoras harán cada vez más evidente la realidad de su contenido.

EL NICHO EN SAN PEDRO

SUEÑO 121. --- AÑO DE (?)

(M. B, Tomó XVII, pág. 11)

Hay ciertos sueños —dice Don Ceria en el prólogo del tomo XVII de las Memorias Biográficas— que cuando [San] Juan Don Bosco los contó parecían sueños y nada más que sueños; en cambio, el que ha podido esperar se ha tenido que convencer de que encerraban el anuncio de hechos futuros. Valga por todos el siguiente:
****

Una vez, no sabemos en qué año, el [Santo] soñó que se encontraba en

San Pedro, dentro del nicho que se abre bajo la cornisa á la derecha de la nave central, sobre la estatua de bronce del Príncipe de los Apóstoles y el medallón en forma de mosaico del [Beato] Papa Pío IX. El no sabía cómo había llegado hasta allí y estaba intranquilo. Miró a su alrededor para ver si había forma de bajar y no vio nada. Llamó, grito; pero nadie le respondió. Finalmente, vencido por la angustia, se despertó.
****

Ahora bien, si alguien al oír este sueño, hubiese creído descubrir en él algo de carácter profético, se habría dicho que el Santo era un soñador con los ojos abiertos. Por él contrario, mientras estas páginas pasan bajo la mirada del lector, [San] Juan Don Bosco sonríe desde la hornacina de San Pedro levado ya al honor de los altares.

SAN PEDRO Y SAN PABLO

SUEÑO 122.—AÑO DE 1884.

(M. B. Tomo XW; págs. 27-29)

La salud de [San] Juan Don Bosco iba de mal en peor. En primer lugar, una extraordinaria postración de fuerzas había sido la causa de que el mismo hablar en voz alta le perjudicase el estómago; le aquejó además un principio de bronquitis con tos y esputos sanguinolentos. En la noche del 10 de febrero llenó de sangre el escupidor. La hinchazón de las piernas que lo atormentaba desde hacía años le llegó hasta las caderas. El día 12 fue a visitar al doctor Albertotti que lo obligó a guardar cama. Aquella noche una consulta celebrada por los doctores Albertótti y *Fissore diagnosticaron síntomas de extrema debilidad: el latido del corazón era apenas perceptible. El Cardenal Alimonda, lleno de ansiedad, enviaba dos veces al día a preguntar por el paciente.*

En tal estado el [Santo] tuvo un sueño que se aprestó a contar cuando estuvo algo repuesto:
****

Le pareció hallarse en una casa donde se encontró con San Pedro y con San Pablo. Vestían unas túnicas que les llegaban hasta las rodillas y llevaban en la cabeza unos gorros estilo oriental. Ambos sonreían a [San] Juan Don Bosco. Habiéndoles preguntado si tenían alguna misión que encomendarle o algo que comunicarle, no respondieron a su pregunta, sino que comenzaron a hablar del Oratorio y de los jóvenes. Entretanto he aquí que llega un amigo de

[San] Juan Don Bosco, muy conocido entre los Salesianos, pero que el [Santo] no recordaba después quién fuese.

—Mire estas dos personas— dijo al recién llegado.
El amigo las miró y dijo:

—¿Qué veo? ¿Posible? ¿San Pedro y San Pablo aquí?

[San] Juan Don Bosco repitió la pregunta que había hecho poco antes a los dos Apóstoles, que, a pesar de mostrarse amabilísimos continuaron hablando de otra cosa.

De pronto San Pedro le preguntó:

—¿Y la vida de San Pedro?

Y el otro:

—¿Y la vida de San Pablo?

—¡Es cierto!—, replicó [San] Juan Don Bosco en actitud de humilde excusa.

En efecto, había tenido en proyecto hacer imprimir aquellas dos vidas, pero después se había olvidado de hacerlo por completo.

—Si no lo haces pronto después no tendrás tiempo—le advirtió San Pablo.

Entretanto habiéndose San Pedro descubierto la cabeza, apareció su cabeza calva con los mechones de pelo sobre las sienes: tenía todo el aspecto de un anciano fuerte y simpático. Y habiéndose apartado un poco se puso en actitud de orar.

—¡Déjalo que rece!—, añadió San Pablo.

[San] Juan Don Bosco replicó:

—Quisiera saber delante de qué objeto se ha arrodillado.

Fue pues junto a él y vio que estaba delante de una especie de altar, aunque no era tal y preguntó a San Pablo:

—¿Pero no hay candeleros?

—No hacen falta donde está el eterno sol— le replicó el Apóstol.

—Tampoco veo la mesa.

—La víctima no se sacrifica sino que vive eternamente.

—Pero en suma, ¿el altar no es el Calvario?

Entonces San Pedro, con voz elevada y armoniosa, pero sin llegar a cantar hizo esta oración:

—Gloria a Dios Padre Creador, a Dios Hijo Redentor, gloria a Dios Espíritu Santo Santificador. A Dios solo sea el honor y la gloria por todos los siglos de los siglos. A ti sea alabanza, oh María. El cielo y la tierra te proclaman su Reina. María… María... María.

Pronunciaba este nombre haciendo una pausa entre una y otra exclamación y con tal expresión de afecto y con tan creciente emoción, que sería imposible describir, de forma que todos lloraban de ternura. Cuando se hubo levantado San Pedro, fue a arrodillarse en el mismo lugar San Pablo, y que con voz clara comenzó a rezar así:

—¡Oh profundidad de los arcanos divinos! Gran Dios, tus secretos son inaccesibles a los mortales. Solamente en el cielo podrán penetrar la profundidad y la majestad, únicamente al alcance de los bienaventurados. ¡Oh Dios uno y trino! A ti sea dado el honor, la salud, la acción de gracias desde todos los puntos del universo. Que tu nombre, oh María, sea de todos alabado y bendecido. Los cielos cantan tu gloria, y que sobre la tierra seas Tú siempre el auxilio, la Salvación. *Regina Sanctorum omnium, alleluia, alleluia.*
****

[San] Juan Don Bosco al contar el sueño concluyó:

—Esta oración por la manera de proferir las palabras produjo en mí tal emoción, que comencé a llorar y me desperté. Después sentí en mi alma un consuelo indecible.

¿Fue efecto de la fiebre? La costumbre de celebrar en el altar de San Pedro contribuyó también acaso al desarrollo de esta representación de la fantasía. Por lo demás se trata de un sueño que revela cuáles fuesen habitualmente los pensamientos y los sentimientos que le llenaban el alma.

UNA PLATICA Y UNA MISA

SUEÑO 123.—AÑO DE 1884.

(M. B. Tomo XVII, págs 37-38)

En aquellos días [San] Juan Don Bosco se disponía a partir para Francia dejando en todos los corazones un sentimiento de acentuada tristeza, que su habitual jovialidad intentaba atenuar sin conseguirlo. Era en realidad una escena conmovedora que infundía compasión, verlo tan achacoso salir del Oratorio e ir por el mundo para implorar la caridad.

Rezar y hacer rezar fue desde aquel momento la palabra de orden en toda la casa. En el último decenio de su vida una corona de jovencitos, durante el recreo de la merienda, se reunían en la antesala de su habitación, junto a un altarcito con una estatuita de la Virgen, para rezar algunas oraciones por su padre y bienhechor. Cuando se hubo marchado, esta piadosa práctica se prosiguió con mayor fervor.

Le acompañaron hasta Alassio Don Julio Barberis y Don Ángel Savio. Los superiores de aquel colegio, que lo esperaban en la estación, lo encontraron muy alegre, aunque hasta allí había sufrido un intenso dolor de cabeza y malestar de estómago. En el atrio del Instituto los alumnos le saludaron con un himno expresamente compuesto en su honor por Don Baratta. Para dar facilidad a todos de besarle la mano, empleó un buen cuarto de hora en atravesar la turba juvenil. Se fue inmediatamente a descansar, haciendo que le pusieran una campanilla junto al lecho y advirtiendo a Don Barberis que si oía llamar acudiese inmediatamente.

Durmió bastante bien y tuvo uno de sus sueños acostumbrados que contó a Don Cerrutti.

****

Le pareció encontrarse en la plazuela existente al comienzo de la calle de San Máximo, bajando hacia el edificio Defilippi. En ella había concentrado

un grupo de personas que le rodeó diciéndole:

—[San] Juan Don Bosco, le estábamos esperando.

—¿Y qué quieren de mí? —Que venga con nosotros. —Vamos; es cosa fácil el contentarlos.

Le condujeron al lugar ocupado, entonces por el taller de fundición, en la planta baja situada bajo sus habitaciones, y antes parte del prado donde había comenzado la gesta del Oratorio. [San] Juan Don Bosco entró con ellos por una puerta, pero en lugar de penetrar en el taller de fundición se encontró en una hermosísima iglesia.

—Vos ahora, señor [San] Juan Don Bosco; nos debéis hacer una plática— le dijeron.

—¡Pero yo no estoy preparado!
—No importa. Díganos lo que se le ocurra.

—Bien, prediquemos, pues.

Subí al pulpito donde comencé a razonar sobre las malas costumbres. Describí el diluvio universal y la destrucción de Sodoma, continuando con tal orden en la distribución de los puntos que al despertarme me recordaba perfectamente de todo. Hecho el sermón, la gente me dijo: —Ahora debe celebrar la Santa Misa. —No tengo dificultad alguna —repliqué— ahora mismo. Fue, pues, a la sacristía. Pero faltaba todo. Tuvo gran dificultad en encontrar el misal, después no hallaba el cáliz, seguidamente tuvo que buscar la patena; por último, no había ni hostias ni vinajeras; registra aquí, busca allá, lo encontró todo, se revistió y salió al altar. Al llegar a la comunión, algunas personas se acercaron a comulgar. Apartó el Misal pero no estaba la llave del sagrario. Angustiado la busca por el altar sin encontrarla. Nadie se movió para ir por ella. Entonces baja él mismo del altar, se quita la casulla y revestido con el alba comienza a buscar a alguien que le ayudase a encontrar la llave. De la iglesia pasa al edificio contiguo donde entonces vivían las Hermanas; pero no encuentra alma viviente. Finalmente oye reír. Era la voz de Don Notario. Entra en aquella habitación y se encuentra con el mismo hablando y riendo con un jovencito.

—Sabe —se dice para sí [san] Juan Don Bosco— que en la iglesia lo

necesitamos y que falta la llave del sagrario y está aquí riendo.

Una vez que hubo entrado, pidió la llave del tabernáculo y obtenida volvió al altar.

[San] Juan Don Bosco, al recorrer la Casa de las Hermanas, no encontró ni a una sola. Cuando llegó de nuevo al altar prosiguió y terminó la misa. El sueño duró toda la noche.

DESDE ROMA

SUEÑO 124.—AÑO DE 1884.

(M. B. Tomo XVII. págs. 108-112)

Próximo a partir de Roma para Turín [San] Juan Don Bosco hizo escribir al Oratorio en forma de carta la narración de un sueño de máxima importancia. Lo había tenido una de aquellas noches, en las cuales se sentía mal. Lo contó por partes a Don Lemoyne indicándole que lo desarrollase; hecho lo cual se lo hizo leer haciendo algunas correcciones. El seis de mayo hizo que le escribiesen a [Beato] Miguel Don Rúa: «[San] Juan Don Bosco está preparando una carta que desea enviar a los jóvenes y en la que les quiere decir cosas muy bellas a sus amadísimos hijos».

La carta fue expedida el 10 de mayo, *pero [Beato] Miguel Don Rúa, no juzgando conveniente leerla en público toda entera, rogó que se le enviase una copia adaptada a los jóvenes. Don Lemoyne eliminó la parte que interesaba sólo a los superiores. La lectura hecha por [Beato] Miguel Don Rúa en la noche después de las oraciones fue acogida por los muchachos con temor, máxime porque el [Santo] decía en ella que había conocido el estado de muchas conciencias.*

Al regreso del buen Padre fue una continua peregrinación de jovencitos a su habitación para saber el estado en que los había visto. De todo esto se derivaron dos efectos principales: un principio de reforma en la vida del Oratorio y el alejamiento de algunos, que parecían buenísimos. He aquí el texto completo del sueño:
****

Mis queridos hijos en J. C:

Cerca o lejos yo pienso siempre en vosotros. Uno sólo es mi deseo, el que seáis felices en el tiempo y en la eternidad. Este pensamiento, este deseo me han impulsado a escribirles esta carta. Siento, queridos míos, el peso de la distancia a que me encuentro de vosotros y el no verlos y el no oírlos me causa una pena, como no pueden imaginar. Por eso habría deseado escribir estas líneas hace ya una semana, pero las continuas ocupaciones me lo impidieron. Con todo, aunque faltan pocos días para mi regreso, quiero anticipar mi llegada entre vosotros, al menos por medio de una carta, ya que no puedo hacerlo con la persona. Son las palabras de quien les ama tiernamente en Jesucristo y tiene el deber de hablarles con la libertad de un padre. Y vosotros me permitiréis que así lo haga ¿no es cierto? Y prestarán atención y pondrán en práctica lo que les voy a decir.

Os he afirmado una y otra vez que sois el único y continuo pensamiento de mi mente. Ahora bien, en una de las noches pasadas yo me había retirado a mi habitación y mientras me disponía a entregarme al descanso, comencé a rezar las oraciones que me enseñó mi buena madre y en aquel momento, no sé bien si víctima del sueño o fuera de mí por alguna distracción, me pareció que se presentaban delante de mí dos antiguos alumnos del Oratorio.

Uno de ellos se me acercó y saludándome afectuosamente me dijo:
—¡Oh, [San] Juan Don Bosco! ¿Me conoce?

—Sí que te conozco—, le respondí.

—¿Y se acuerda aún de mí?—, añadió.

—De ti y de los demás. Tu eres Valfré y estabas en el Oratorio antes del 1870.

—Diga —continuó aquel hombre—, ¿quiere ver a los jóvenes que estaban en el Oratorio en mis tiempos?

—Sí, házmelos ver —le contesté—, eso me proporcionará una gran alegría.

Entontes Valfré me mostró todos los jovencitos con el mismo semblante y con la misma edad y estatura de aquel tiempo. Me parecía estar en el antiguo Oratorio en tiempo de recreo. Era una escena llena de vida, de movimiento y de alegría. Quién corría, quién saltaba, quién hacía saltar a los demás; quién

jugaba a la rana, quién a bandera, quién a la pelota. En un sitio había reunido un corrillo de muchachos pendientes de los labios de un sacerdote que les contaba una historia. En otro lado había un clérigo con otro grupo jugando al «burro vuela» o a los oficios. Se cantaba, se reía por todas partes y por doquier sacerdotes y clérigos y alrededor de ellos jovencitos que alborotaban alegremente. Entre jóvenes y superiores reinaba la mayor cordialidad y confianza. Yo estaba encantado al contemplar este espectáculo y Valfré me dijo:

—Vea, la familiaridad engendra afecto y el afecto confianza. Esto es: lo que abre los corazones y los jóvenes lo manifiestan todo sin temor a los maestros, a los asistentes y a los superiores. Son sinceros en la Confesión y fuera de ella y se prestan con docilidad a todo lo que les quiere mandar aquel que saben que les ama.

En tanto se acercó a mí otro antiguo alumno que tenía la barba completamente blanca y me dijo:

—[San] Juan Don Bosco ¿quiere ver ahora los jóvenes que están actualmente en el Oratorio? Este era José Buzzetti.

—Sí, respondí; pues hace un mes que no los veo. Y me los señaló: vi el Oratorio y a todos vosotros que estabais en recreo. Pero no oía ya gritos de alegría y canciones, no contemplaba aquel movimiento, aquella vida que vi en la primera escena. En los ademanes y en el rostro de algunos jóvenes se notaba una tristeza, una desgana, un disgusto, una desconfianza que causaba gran pena a mi corazón. Vi, es cierto, a muchos que corrían, que jugaban, que se movían con dichosa despreocupación; pero otros, y eran bastantes, estaban solos, apoyados en las columnas, presa de pensamientos desalentadores; otros estaban en las escaleras y en los corredores o en los poyetes que dan a la pared del jardín para no tomar parte en el recreo común; otros paseaban lentamente formando grupos y hablando en voz baja entre ellos, lanzando a una y otra parte miradas sospechosas y mal intencionadas; quiénes sonreían, pero con una sonrisa acompañada de gestos que hacían no solamente sospechar, sino creer que San Luis habría sentido sonrojo si se hubiese encontrado en compañía de los tales; incluso entre los que jugaban había algunos tan desganados que daban a entender a las claras que no encontraban gusto alguno en el recreo.

—¿Ha visto a sus jóvenes?— me dijo aquel antiguo alumno.

—Sí que los veo— le contesté suspirando.

—¡Qué diferentes son de lo que éramos nosotros!—, exclamó.

—¡Mucho! ¡Qué desgana en este recreo!

—Y de aquí proviene la frialdad de muchos para acercarse a los Santos Sacramentos, el descuido de las prácticas de piedad en la iglesia y en otros lugares; el estar de mala gana en un lugar donde la Divina Providencia los colma de todo bien corporal, espiritual e intelectual. De aquí el no corresponder de muchos a la vocación; de aquí la ingratitud para con los superiores; de aquí los secretitos y las murmuraciones con todas las demás deplorables consecuencias.

---Comprendo, entiendo —respondí yo—. Pero ¿cómo animar a estos jóvenes para que practiquen la antigua vivacidad, alegría, y expansión?

—Con la caridad.

—¿Con la caridad? Pero ¿es que mis jóvenes no son bastante amados? Tú sabes cuánto los amo. Tú sabes cuánto he sufrido por ellos y cuánto he tolerado en el transcurso de cuarenta años y cuánto tolero y sufro en la actualidad. Cuántos trabajos, cuántas humillaciones, cuántos obstáculos, cuántas persecuciones para proporcionarles pan, albergue, maestros y especialmente para buscar la salvación de sus almas. He hecho cuanto he podido y sabido por ellos que son el afecto de toda mi vida.

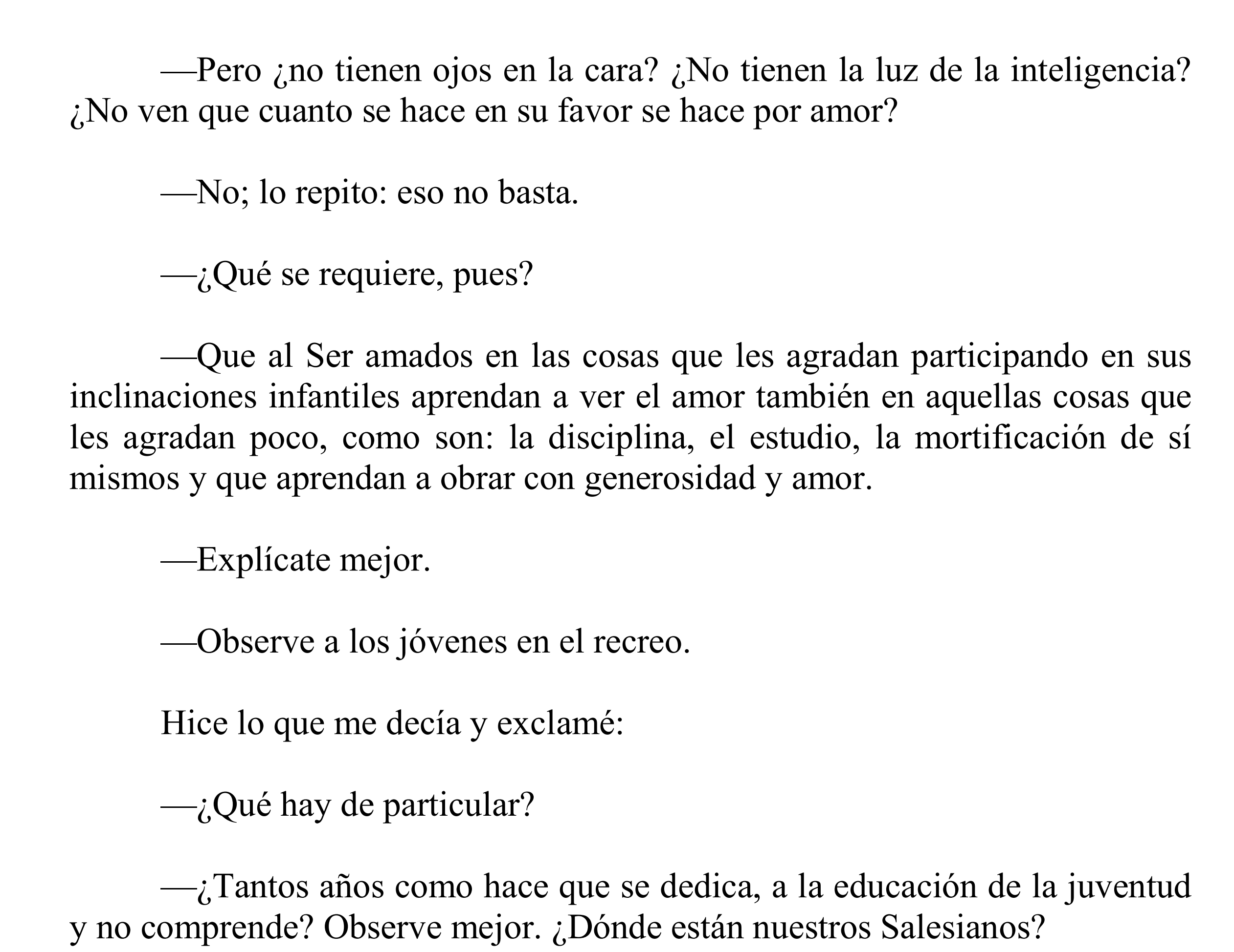
—No me refiero a Vos.

—¿De quién hablas, pues? ¿De los que hacen mis veces? ¿De los Directores, de los prefectos, de los maestros, de los asistentes? ¿No ves que son mártires del estudio y del trabajo? ¿Cómo consumen los años de su juventud en favor de ellos que son como un legado de la Providencia?

—Lo veo y lo sé; pero eso no basta; falta lo mejor.

—¿Qué falta, pues?

—Que los jóvenes no sean solamente amados, sino que se den cuenta de que se les ama.



—Pero ¿no tienen ojos en la cara? ¿No tienen la luz de la inteligencia? ¿No ven que cuanto se hace en su favor se hace por amor?

—No; lo repito: eso no basta.

—¿Qué se requiere, pues?

—Que al Ser amados en las cosas que les agradan participando en sus inclinaciones infantiles aprendan a ver el amor también en aquellas cosas que les agradan poco, como son: la disciplina, el estudio, la mortificación de sí mismos y que aprendan a obrar con generosidad y amor.

—Explícate mejor.

—Observe a los jóvenes en el recreo.

Hice lo que me decía y exclamé:

—¿Qué hay de particular?

—¿Tantos años como hace que se dedica, a la educación de la juventud y no comprende? Observe mejor. ¿Dónde están nuestros Salesianos?

Me fijé y vi que eran muy pocos los sacerdotes y los clérigos que estaban mezclados entre los jóvenes y muchos menos eran los que tomaban parte de sus juegos. Los Superiores no eran ya el alma de los recreos. La mayor parte de ellos paseaban hablando entre sí, sin preocuparse de lo que hacían los alumnos; otros jugaban pero sin pensar para nada en los jóvenes; otros vigilaban a la buena sin advertir las faltas que se cometían; alguno que otro corregía a los infractores pero con amenazas y esto raramente. Había algún Salesiano que deseaba introducirse en algún grupo de jóvenes, pero vi que los muchachos buscaban la manera de alejarse de sus maestros y Superiores.

Entonces mi amigo me dijo:

—En los primitivos tiempos del Oratorio ¿Vos no estabais siempre en medio de los jóvenes, especialmente en tiempo de recreo? ¿Recuerda aquéllos hermosos años? Era una alegría de Paraíso, una época que recordamos

siempre con emoción, porque el amor lo regulaba todo y nosotros no teníamos secretos para [San] Juan Don Bosco.

—¡Cierto! Entonces todo era para mí motivo de alegría y los jóvenes iban a porfía por acercarse a mí, por hablarme y existía una verdadera ansiedad por escuchar mis consejos y ponerlos en práctica. Ahora, en cambio, las continuas audiencias, mis múltiples ocupaciones y la falta de salud me lo impiden.

—Bien, bien; pero si Vos no podéis, ¿por qué sus Salesianos no se convierten en sus imitadores? ¿Por qué no insistís, no les exiges que traten a los jóvenes como Vos los tratabais?

—Yo les hablo e insisto hasta cansarme, pero muchos no están decididos a tomarse el trabajo que la educación requiere.

—Y así, descuidando lo menos, pierden lo más y este más es el fruto de sus fatigas. Que amen lo que agrada a los jóvenes y los jóvenes amarán lo que es del gusto de los Superiores. De esta manera el trabajo les será muy llevadero. La causa del cambio presente del Oratorio es que un buen número de jóvenes no tiene confianza con los Superiores. Antiguamente los corazones todos estaban abiertos a los Superiores, por lo que los jóvenes amaban y obedecían prontamente. Pero ahora los Superiores son considerados sólo como tales y no como padres, hermanos y amigos; por tanto, son más temidos que amados. Por eso, si se quiere hacer un solo corazón y una sola alma, por amor a Jesús se debe romper esa barrera fatal de la desconfianza que ha de ser suplantada por la confianza más cordial. Es decir: que la obediencia ha de guiar al alumno como la madre a su hijito; entonces reinarán en el Oratorio la paz y la antigua alegría.

—¿Cómo hacer, pues, para romper esta barrera?

—Familiaridad con los jóvenes, especialmente en el recreo. Sin la familiaridad no se puede demostrar el afecto y sin esta demostración no puede haber confianza. El que quiere ser amado es menester que demuestre que ama a Jesucristo que se hizo pequeño con los pequeños y cargó con nuestras enfermedades. ¡He aquí el Maestro de la familiaridad!

El maestro al cual sólo se le ve en la cátedra, es solamente maestro y nada más, pero si participa del recreo de los jóvenes se convierte también en hermano.

Si a uno se le ve en el pulpito predicando se dirá que cumple con su deber, pero si se le ve diciendo en el recreo una buena palabra habrá que reconocer que esa palabra proviene de una persona que ama.

¡Cuántas conversiones no fueron, efecto de alguna de sus palabras pronunciadas improvisadamente al oído de un jovencito mientras se divertía! El que sabe que es amado, ama y el que es amado lo consigue todo, especialmente de los jóvenes. Esta confianza establece como una corriente eléctrica entre jóvenes y Superiores. Los corazones se abren y dan a conocer sus necesidades y manifiestan sus defectos. Este amor hace que los Superiores puedan soportar las fatigas, los disgustos, las ingratitudes, las faltas de disciplina, las ligerezas, las negligencias de los jóvenes. Jesucristo no rompió la caña ya rota, ni apagó la mecha humeante. He aquí vuestro modelo. Entonces no habrá quien trabaje por vanagloria, ni quien castigue por vengar su amor propio ofendido; ni quien se retire del campo de la asistencia por celo a una temida preponderancia de otros; ni quien murmure de los otros para ser amado y estimado de los jóvenes con exclusión de todos los demás superiores, mientras en cambio no cosecha más que desprecio e hipócritas zalamerías; ni quien se deje robar el corazón por una criatura y para agasajar a ésta descuide a todos los demás jovencitos; ni quienes por amor a la propia comodidad menosprecien el deber de la asistencia; ni quienes por falso respeto humano se abstengan de amonestar a quien necesite ser amonestado. Si existe este amor efectivo no se buscará otra cosa más que la gloria de Dios y el bien de las almas. Cuando languidece este amor, entonces es que las cosas no marchan bien. ¿Por qué se quiere sustituir la caridad por la frialdad de un reglamento? ¿Por qué los Superiores dejan a un lado la observancia de aquellas reglas de educación que [San] Juan Don Bosco les dictó? Porque al sistema de prevenir, de vigilar y corregir amorosamente los desórdenes, se le quiere reemplazar por aquel otro más fácil y más cómodo para el que manda, de promulgar la ley y hacerla cumplir mediante los castigos que encienden odios y acarrean disgustos; si se descuida el hacerlas observar son causa de desprecio para los Superiores y de desordenes gravísimos. Y esto sucede necesariamente si falta la familiaridad. Si, por tanto, se desea que en el Oratorio reine la antigua felicidad, hay que poner en vigor el antiguo sistema: el Superior sea todo para todos, siempre dispuesto a escuchar toda duda o lamentación de los jóvenes, todo ojos para vigilar paternalmente su conducta, todo corazón para buscar el bien espiritual de sus subalternos y el bienestar temporal de aquellos a quienes la Providencia ha confiado a sus cuidados.

Entonces los corazones no permanecerán cerrados y no se ocultarán ciertas cosas que causan la muerte de las almas. Sólo en caso de inmoralidad sean los Superiores inflexibles. Es mejor correr el peligro de alejar de casa a un inocente que hacer que permanezca en ella un escandaloso. Los asistentes consideren como un estrechísimo deber de conciencia el referir a los Superiores todas aquellas cosas que crean puede constituir ofensa de Dios.

Entonces yo le pregunté:

—¿Y cuál es el medio principal para que triunfe semejante familiaridad y ese amor y confianza?
—La observancia exacta del Reglamento de la Casa.

—¿Y nada más?

—El mejor plato en una comida es la buena cara.

Mientras mi antiguo alumno terminaba de hablar con estas palabras yo continué contemplando con verdadero disgusto el recreo y poco a poco me sentí oprimido por un gran cansancio que iba en aumento. Esta opresión llegó a tal punto, que no pudiendo resistirla más me estremecí, despertándome a renglón seguido.
****
Me *encontré de pie junto a mi lecho. Mis piernas estaban tan hinchadas y me dolían tanto que no podía estar de pié. Era ya muy tarde; por tanto, me fui a la cama decidido a escribir estos renglones a mis queridos hijos.*

Yo *deseo no tener estos sueños porque me producen un cansancio enorme.*

Al día siguiente sentía aún un gran dolor en todos mis huesos y *no veía la hora de poder descansar. Pero he aquí que llegada la noche, apenas estuve en el lecho comencé a soñar nuevamente.*
****
Tenía ante mi vista el patio ocupado por los jóvenes que están actualmente en el Oratorio y junto a mí el mismo antiguo alumno.

Yo entonces comencé a preguntarle

—Lo que me has dicho se lo haré saber a mis Salesianos, pero ¿qué

debo decir a los jóvenes del Oratorio?

El me respondió:

—Que reconozcan los trabajos que se imponen los Superiores, los maestros y los asistentes por amor a ellos, pues si no fuese por labrar su bien no se impondrían tantos sacrificios; que recuerden que la humildad es la fuente de toda tranquilidad; que sepan soportar los defectos de los demás, pues la perfección no se encuentra en el mundo sino solamente en el Paraíso; que dejen de murmurar, pues la murmuración enfría los corazones; y sobre todo que procuren vivir en gracia de Dios. Quien no vive en paz con Dios, no puede tener paz consigo mismo ni con los demás.

—¿Me has dicho, pues, que hay entre mis jóvenes quienes no están en paz con Dios?

Esta es, entre otras, la primera causa del malestar reinante, a la que debe poner remedio y que no es necesario que yo enumere. En efecto, sólo desconfía quien tiene secretos que ocultar, quien teme que estos secretos sean descubiertos, pues sabe que de ponerse de manifiesto se derivaría de ellos una gran vergüenza y no pocas desgracias. Al mismo tiempo, si el corazón no está en paz con Dios, vive angustiado, inquieto, rebelde a toda obediencia, se irrita por nada, le parece que todo marcha mal y como él no ama, juzga que los Superiores tampoco aman.

—Pues con todo, ¿no ves, querido mío, la frecuencia de confesiones y comuniones existentes en el Oratorio?

—Es cierto que la frecuencia de confesiones es grande, pero lo que falta en absoluto en muchísimos jóvenes que se confiesan es la estabilidad o firmeza en los propósitos. Se confiesan, pero siempre de las mismas faltas, de las mismas ocasiones próximas, de las mismas malas costumbres, de las mismas desobediencias, de las mismas negligencias en el cumplimiento de los deberes. Así siguen adelante durante meses y años y algunos llegan hasta el final de los estudios.

Tales confesiones valen poco o nada; por tanto, no proporcionan la paz y si un jovencito fuese llamado en tal estado ante el tribunal de Dios se vería en un aprieto.

—¿Y de estos hay muchos en el Oratorio?

—En relación con el gran número de jóvenes que hay en la casa, afortunadamente son pocos. Mira.

Y al decir esto me los señalaba.

Yo los observé uno a uno. Pero en esos pocos vi cosas que amargaron grandemente mi corazón. No quiero ponerlas por escrito, pero cuando esté de regreso quiero comunicarlas a cada uno de los interesados. Ahora les diré solamente que es tiempo de rezar y de tomar firmes resoluciones; de cumplir no de palabra sino de hecho y demostrar que los Comollo, los [Santo] Domingo Savio, los Besucco y los Saccardi, viven aún entre nosotros.

Por último pregunté a aquel amigo:

—¿Tienes algo más que decirme?

—Predica a todos, grandes y pequeños, que recuerden siempre que son hijos de María Santísima Auxiliadora. Que Ella los ha reunido aquí para librarlos de los peligros del mundo, para que se amen como hermanos y para que den gloria a Dios y a Ella con su buena conducta; que es la Virgen quien les provee de pan y de cuanto necesitan para estudiar, obrando infinitos portentos y concediendo innumerables gracias. Que se recuerden que están en vísperas de la fiesta de su Santísima Madre y que con su auxilio debe caer la barrera de la desconfianza que el demonio ha sabido levantar entre los jóvenes y los Superiores y de la cual sabe servirse para ruina de las almas.

—¿Y conseguiremos derribar esa barrera?

—Sí, ciertamente, con tal de que grandes y pequeños estén dispuestos a sufrir alguna pequeña mortificación por amor a María y pongan en práctica cuanto he dicho.

Entretanto yo continuaba observando a los jovencitos y ante el espectáculo de los que veía encaminarse a su perdición eterna, sentí tal angustia en el corazón que me desperté.
****

Quisiera contarles otras muchas cosas importantísimas que vi en este sueño, pero el tiempo y las circunstancias no me lo permiten.

Concluyo: ¿Saben qué es lo que desea de vosotros este pobre anciano que ha consumido toda su vida buscando el bien de los queridos jóvenes?

Nada más que, observadas las debidas proporciones, florezcan los días felices del antiguo Oratorio. Las jornadas del afecto y de la confianza cristiana entre los jóvenes y los Superiores; los días del espíritu de condescendencia y de mutua tolerancia por amor a Jesucristo; los días de los corazones abiertos a la sencillez y al candor; los días de la caridad y *de la verdadera alegría para todos. Necesito que me consuelen haciendo renacer en mí la esperanza* y *prometiéndome que harán todo lo que deseo para el bien de sus almas. Vosotros no sabéis apreciar la suerte que han tenido al estar recogidos en el Oratorio. Les aseguro delante de Dios que basta que un joven entre en una Casa Salesiana, para que la Santísima Virgen lo tome enseguida bajo su celestial protección. Pongámonos, pues, todos de acuerdo. La caridad de los que mandan, la caridad de los que deben obedecer haga reinar entre nosotros el espíritu de San Francisco de Sales. ¡Oh, mis queridos hijos, se acerca el tiempo en que me tendré que separar de vosotros y partir para mi eternidad! (Nota del secretario). Al llegar aquí [San] Juan Don Bosco dejó de dictar; sus ojos estaban llenos de lágrimas, no a causa del disgusto sino por la inefable ternura que se reflejaba en su rostro y en sus palabras; unos instantes después, continuó: Por tanto, mi mayor deseo, queridos sacerdotes, clérigos y jóvenes, es dejarlos encaminados por la senda que el Señor desea que marchen.*

Con éste fin, el Santo Padre [Leon Pp. XIII] al cual he visto el viernes nueve de mayo, les envía de todo corazón su bendición. El día de María Auxiliadora me encontraré en su compañía ante la imagen de nuestra amantísima Madre. Deseo que su *fiesta se celebre con toda solemnidad y Don Lazzero y Don Marchisio se preocuparán de que la alegría reine también en el comedor. La festividad de María Auxiliadora debe ser el preludio de la fiesta eterna que hemos de celebrar todos juntos un día en el Paraíso.*

Roma, 10 de mayo de 1884.

Su afectísimo en J. C. Sacerdote Juan Bosco

Esta carta es un verdadero tesoro que con el tratadito sobre el Sistema Preventivo y con el Reglamento para las Casas, forma la trilogía pedagógica dejada por [San] Juan Don Bosco, como herencia, a sus hijos. Pedagogía humilde y elevada, que donde sea entendida y puesta en práctica, puede

convertir a los institutos educativos en remansos de paz, asilos de inocencia, hogar de virtudes, palestra de estudio, viveros en suma de óptimos cristianos, de honrados ciudadanos y dignos eclesiásticos. Pero todo ello ha de conseguirse con la buena voluntad y el espíritu de sacrificio.

LA INOCENCIA

SUEÑO 125. AÑO DE 1884.

(M. B. Tomo XVII, págs. 722-730)

Este sueño lo tuvo [San] Juan Don Bosco en el mes de julio de 1884, cuando el [Santo] se mostraba preocupado por la conducta de algunos alumnos estudiantes.

He aquí el texto del mismo tal como nos lo ofrece el Apéndice del Volumen XVII de las Memorias Biográficas en las páginas anteriormente citadas.
****

A [San] Juan Don Bosco le pareció tener delante de si un inmenso y encantador collado cubierto de verdor, en suave pendiente y completamente llano. En las faldas del mismo se formaba un escalón más bien bajo desde el cual se subía a la vereda donde estaba [San] Juan Don Bosco. Aquello parecía el Paraíso terrenal iluminado por una luz más pura y más viva que la del sol. Estaba todo cubierto de verde hierba esmaltada de multitud de bellas y variadas flores y sombreado por un ingente número de árboles que entrelazando las ramas entre sí, las extendían a guisa de amplios pabellones.

En medio del vergel y hasta el límite del mismo se extendía una alfombra de mágico candor, tan luciente, que deslumbraba la vista. Tenía una longitud de muchas millas. Ofrecía toda la magnificencia de un regio estrado. Como ornato, sobre la franja que corría a lo largo de su borde, se veían varias inscripciones en caracteres dorados.

Por un lado se leía: *Beati immaculati qui ambulant in lege Domini.*

Bienaventurados los puros que andan por los caminos de la ley del Señor.

Y en el otro: *Non privaba bonis eos, qui ambulant in innocentia.* No

dajará sin bienes a los que viven en la inocencia.

En el tercer lado: *Non confundentur in tempore malo: in diebus famis saturabuntur.* No se sentirán confundidos en el tiempo de la adversidad: y en los días del hambre serán saturados.

En el cuarto: *Novit Dominus dies immaculatorum et haereditas eorum in aeternum erit.* Conoció el Señor los días de los inocentes y la herencia de ellos será eterna.

En las cuatro esquinas del estrado; en torno de un magnífico rosetón, se veían estas cuatro inscripciones:

Cum simplicibus sermocinatio ejus: Su conversación será con los sencillos.

Proteget gradientes simpliciter: Protege a los que andan con humildad.

Qui *ambulant simpliciter, ambulant confidenter.* Los que caminan con sencillez, proceden confiadamente.

Voluntas eius in iis, qui simpliciter ambulant: Su voluntad se manifiesta a los que viven sencillamente.

En mitad del estrado había esta última inscripción: *Qui ambulat simpliciter, salvus erit:* El que procede con sencillez será salvo.

En el centro de la pradera, sobre el borde superior de aquella blanca alfombra, se levantaba un estandarte blanquísimo sobre el cual se leía también escritos con caracteres de oro: *Fili mi, tu semper mecum es et omnia mea tua sunt:* Hijo mío, tu siempre has estado conmigo y todo lo mío te pertenece.

Si [San] Juan Don Bosco se sentía maravillado a la vista del jardín, más le llamaron la atención dos hermosas jovencitas como de doce años que estaban sentadas al borde de la alfombra donde el terreno formaba el escalón. Una celestial modestia se reflejaba en todo su gracioso continente. De sus ojos, constantemente fijos en la altura, fluía no solamente una ingenua sencillez de paloma, sino que también brillaba en ellos la luz de un amor purísimo y de un gozo verdaderamente celestial. Sus frentes despejadas y serenas parecían el asiento del candor y de la sinceridad; sobre sus labios

florecía una alegre y encantadora sonrisa. Los rasgos de sus rostros denotaban un corazón tierno y amante. Los graciosos movimientos de la persona les comunicaba un aire tal de sobrehumana grandeza y de nobleza que contrastaba con su juventud.

Una vestidura blanca les bajaba hasta los pies, sobre la cual no se distinguía ni mancha, ni arruga, y ni siquiera un granito de polvo. Tenían ceñidos los costados con una faja bordada de lirios, de violetas y de rosas. Un adorno semejante, en forma de collar rodeaba su cuello compuesto de las mismas flores, pero de forma diversa.

Como brazaletes llevaban en las muñecas un hacecillo de margaritas blancas.

Todos estos adornos y flores tenían formas, colores, de una belleza tal, imposibles de describir. Todas las piedras más preciosas del mundo, engarzadas con la más exquisita de las artes, parecerían un poco de fango en su comparación.

Sus blanquísimas sandalias estaban adornadas con una cinta blanca de bordes dorados con una graciosa lazada en el centro. Blanco también, con pequeños hilos de oro, era el cordoncillo con que estaban atadas. Su larga cabellera estaba sujeta con una corona que les ceñía la frente y era tan abundante que al salir de la corona formaba exuberantes bucles, cayendo después por la espalda a guisa de abundantes y menudos rizos.

Ambas habían comenzado un diálogo: unas veces alternaban en el hablar, otras, se hacían preguntas o bien prorrumpían en exclamaciones. A veces, las dos permanecían sentadas; otras, una estaba sentada y la otra de pie o bien paseaban. Pero nunca salían de la superficie de aquella blanca alfombra y jamás tocaban ni las hierbas ni las flores. [San] Juan Don Bosco, en su sueño, permanecía a manera de espectador. Ni él dirigió palabra alguna a las jovencitas ni las jovencitas a él, pues ni se dieron cuenta de su presencia; la una decía a la otra con suavísimo acento:

—¿Qué es la inocencia? El estado afortunado de la gracia santificante conservado merced a la constante y exacta observancia de la ley divina.

Y la otra doncella, con voz no menos dulce:

—La conservación de la pureza, de la inocencia, es fuente y origen de

toda ciencia y de toda virtud.

Y la primera:

—¡Qué brillo, qué gloria, qué esplendor de virtud vivir bien entre los malos y entre los malignos y malvados, conservar el candor de la inocencia y la pureza de las costumbres!

La segunda se puso de pie y deteniéndose junto a la compañera:

—Bienaventurado el jovencito que no va detrás de los consejos de los impíos y no sigue el camino de los pecadores, sino que su complacencia es la ley del Señor, la cual medita día y noche. Y será como el árbol plantado a lo largo de las corrientes de las aguas de la gracia del Señor, el cual le dará a su tiempo fruto copioso de buenas obras: aunque sople el viento no caerán de él las hojas de las santas intenciones y del mérito y todo cuanto haga tendrá un próspero efecto y cada circunstancia de su vida cooperará a acrecentar su premio.

Y así diciendo señalaba los árboles del jardín cargados de frutos bellísimos que esparcían por el aire un perfume delicioso, mientras unos arroyuelos de aguas limpísimas, que unas veces discurrían por dos orillas floridas, otras caían formando pequeñas cascadas o formaban pequeños lagos, bañaban sus pies, con un murmullo que parecía el sonido misterioso de una música lejana.

La primera doncella replicó:

—Es como un lirio entre las espinas que Dios acoge en su jardín y después lo toma para ornamento de su corazón; y puede decir a su Señor: Mi Amado para mí y yo para mi amado, pues se apacienta en medio de lirios.

Y al decir esto indicaba un gran número de lirios hermosísimos que alzaban su blanca corola entre las hierbas y las demás flores, mientras señalaba en la lejanía un altísimo valladar verde que rodeaba todo el jardín. Este valladar estaba todo cuajado de espinas y detrás de él vagaban unos monstruos asquerosos que intentaban penetrar en el jardín, pero se lo impedían las espinas del seto.

—¡Es cierto! ¡Cuánta verdad encierran tus palabras! —añadió la

segunda—. ¡Bienaventurado el jovencito que sea hallado sin culpa! ¿Pero quién será el tal y qué alabanzas diremos en su honor? Pues ha obrado cosas admirables en su vida. Fue encontrado perfecto y tendrá la gloria eterna; pudo haber pecado y no pecó; hacer el mal y no lo hizo. Por esto sus bienes han sido establecidos por el Señor y sus obras buenas serán celebradas por todas las congregaciones de los Santos.

—Y en la tierra, ¡qué gloria les está reservada! Los llamará, les señalará un lugar en su santuario, los hará ministros de sus misterios y les dará un nombre sempiterno que jamás perecerá— concluyó la primera.

La segunda se puso de pie y exclamó:

—¿Quién puede describir la belleza de un inocente? Tal alma está espléndidamente vestida, como una de nosotras, adornada de la blanca estola del Santo Bautismo. Su cuello, sus brazos resplandecen de gemas divinas, lleva en su dedo el anillo de la alianza con Dios. Camina velozmente en su viaje hacia la eternidad. Se abre delante de sus ojos un sendero sembrado de estrellas... Es tabernáculo viviente del Espíritu Santo. Con la sangre de Jesús que corre por sus venas y tiñe sus mejillas y sus labios, con la Santísima Trinidad en el corazón inmaculado despide a su alrededor torrentes de luz que le resisten de un esplendor mayor que el del sol. Desde lo alto llueven pétalos de flores celestes que llenan el aire. Todo el ambiente se puebla de las suaves armonías de los ángeles que hacen eco a sus plegarias. María Santísima está a su lado pronta a defenderla. El cielo está abierto para ella. Se ha convertido en espectáculo para las inmensas legiones de los Santos y de los Espíritus bienaventurados que le invitan agitando sus palmas. Dios, entre los inaccesibles fulgores de su trono de gloria, le señala con la diestra el lugar que le tiene destinado, mientras que con la izquierda sostiene la espléndida corona con que le ha de coronar para siempre. El inocente es el deseo, la alegría, el aplauso del Paraíso. Y sobre su rostro está esculpida una alegría inefable. Es hijo de Dios. Dios es su Padre. El Paraíso es su herencia. Está continuamente con Dios. Lo ve, lo ama, lo sirve, lo posee, lo goza, posee un rayo de las delicias celestiales; está en posesión de todos los tesoros, de todas las gracias, de todos los secretos, de todos los dones, de todas sus perfecciones y de Dios mismo.

—Es por esto por lo que la inocencia en los Santos del Antiguo Testamento y en los del Nuevo, y especialmente en los Mártires, se presenta tan gloriosa. ¡Oh, Inocencia, cuan bella eres! Tentada, creces en perfección;

humillada, te levantas más sublime; combatida, sales triunfante; sacrificada, vuelas a recibir la corona. Tú eres libre en la esclavitud, tranquila y segura en los peligros, alegre entre las cadenas. Los poderosos se inclinan ante ti, los príncipes te acogen, los grandes te buscan. Los buenos te obedecen, los malos te envidian, los rivales te emulan, los adversarios sucumben ante ti. Y tú saldrás siempre victoriosa, incluso cuando los hombres te condenen injustamente.

Las dos doncellas hicieron una pequeña pausa, como para tomar un poco de aliento después de haber desahogado tan encendidos anhelos y luego se tomaron de la mano y se miraron una a otra.

—¡Oh, si los jóvenes conocieran qué precioso tesoro es la inocencia, cómo cuidarían desde el principio de su vida celosamente la estola del santo bautismo! Mas, por el contrario, no reflexionan, no piensan lo que quiere decir mancillarla. La inocencia es un licor preciosísimo.

—Pero está encerrado en un frágil vaso de barro y si no se le lleva con cautela se rompe con la mayor facilidad.

—La inocencia es una piedra preciosa.

—Pero no se conoce su valor, se pierde y fácilmente se la cambia por un objeto vil.

—La inocencia es un espejo de oro que refleja la imagen de Dios.

—Pero basta un poco de aire húmedo para empañarlo y hay que conservarlo envuelto en un velo.

—La inocencia es un lirio.

—Pero el solo contacto de una mano poco delicada puede marchitarlo.

—La inocencia es una blanca vestidura. *Omni tempore sint vestimenta tua candida.*

—Pero basta una sola mancha para hacerla perder su valor, por eso es necesario caminar con mucha precaución.

—La inocencia y la integridad queda violada si es afeada por una sola

mancha y pierde el tesoro de su gracia.

—Basta un solo pecado mortal.

—Y perdida una vez queda perdida para siempre.

—¡Qué desgracia la de tantas inocencias que se pierden cada día! Cuando un jovencito cae en el pecado el Paraíso se le cierra; la Virgen Santísima y el Ángel de la Guarda desaparecen, cesan las músicas y se eclipsa la luz. Dios no está ya en su corazón, desaparece el camino de estrellas que antes recorría, cae y queda al momento solo como una isla en medio del mar, de un mar de fuego que se extiende hasta el extremo horizonte de la eternidad, abismándose hasta la profundidad del caos... Sobre su cabeza brillan en el cielo amenazantes los rayos de la divina justicia. Satanás se ha convertido en su compañero, lo ha cargado de cadenas, le ha puesto un pie en el cuello y con el bidente levantado en alto ha exclamado:

—¡He vencido! Tu hijo es mi esclavo. Ya no te pertenece. Para él se ha terminado la alegría. Si la justicia de Dios le priva en aquel momento del único punto de apoyo con que cuenta, está perdido para siempre.

—¡Y puede levantarse! La misericordia de Dios es infinita. Una buena confesión le puede devolver la gracia y el título de hijo de Dios adoptivo. \

—Pero la inocencia, jamás. ¡Y qué consecuencias se originarán del primer pecado! Conoce el mal que antes no conocía; sentirá terriblemente el influjo de las malas inclinaciones; con la deuda enorme que ha contraído con la divina justicia, se sentirá más débil en los combates espirituales. Sentirá lo que antes no sentía, los efectos de la vergüenza, de la tristeza, del remordimiento.

—Y pensar que antes se había dicho de él: De que los niños se acerquen a Mí. Ellos serán como los ángeles de Dios en el cielo. Hijo mío, dame tu corazón.

—¡Ah qué delito tan espantoso cometen aquellos desgraciados que son culpables de que un niño pierda la inocencia! Jesús ha dicho: El que escandalizara a uno de estos pequeñuelos que creen en Mí, mejor le fuera que le atasen una piedra de molino al cuello y lo arrojasen a lo más profundo del

mar. ¡Ay del mundo a causa de los escándalos! No es posible impedir los escándalos, pero ¡ay de aquellos que escandalizan! Guárdense de despreciar a uno de estos pequeños que creen en Mí, porque les aseguro que sus ángeles en el cielo ven perpetuamente, el rostro de mi Padre que está en los cielos y piden venganza.

—¡Desgraciados! Pero no menos infelices son los que se dejan robar la inocencia.

Y aquí las dos jovencitas comenzaron a pasear; el tema de su conversación era sobre cuál fuese el medio para conservar la inocencia.

Una decía:

—Es un gran error el de los jóvenes al creer que la penitencia la debe practicar solamente quien ha pecado. La penitencia es también necesaria para conservar la inocencia. Si San Luis no hubiese hecho penitencia, habría caído sin duda en pecado mortal. Esto se debería predicar, inculcar, enseñar continuamente a los jóvenes. ¡Cuántos más numerosos serían los que conservarían la inocencia, mientras que ahora son tan pocos!

—Lo dice el Apóstol: Hemos de llevar siempre, por todas partes, en nuestro cuerpo, la mortificación de Jesucristo, a fin de que la vida de Jesús se manifieste en nosotros.

—Y Jesús santo, inmaculado, inocente, pasó una vida de privaciones y dolores.

—Así también María y todos los Santos.

—Y fue para dar ejemplo a todos los jóvenes. Dice San Pablo: «Si vives según la carne, morirás; si con el espíritu das muerte a las acciones de la carne, vivirás».

—Por tanto, sin la penitencia no se puede conservar la inocencia.

—Y con todo, muchos querrían conservar la inocencia viviendo libremente.

—¡Necios! ¿Acaso no está escrito: Fue arrebatado para que la malicia

no alterara su espíritu y la seducción no indujera su alma a error? Mas la ofuscación de la vanidad oscurece el bien y el vértigo de la concupiscencia pervierte al alma inocente. Por tanto, dos enemigos tienen los inocentes: las máximas perversas y las malas conversaciones de los malvados y la concupiscencia. ¿No dice el Señor que la muerte en plena juventud es un premio que evita al inocente los combates? «Porque agradó al Señor, fue por El amado y porque vivía entre los pecadores fue llevado a otro lugar. Habiendo muerto en edad temprana recorrió un largo camino. Porque Dios amaba su alma lo sacó de en medio de la iniquidad. Fue arrebatado para que la malicia no alterase su espíritu y la seducción no indujese su alma a error».

—Afortunados los niños que abrazan la cruz de la penitencia y con firme propósito dicen con Job: *Donec deficiam, non recedam ab innocentia mea.* Hasta que muera no me apartaré del camino de la inocencia.

—Por tanto, mortificación para superar el fastidio que sienten en la oración.

—Está escrito: *Psallam et intelligam in via immaculata. Quando venies ad me? Petite et accipietis. Pater noster!*

—Mortificación de la inteligencia mediante la humildad, obedecer a los Superiores y a los reglamentos.

—También está escrito: *Si mei non fuerint dominati, tunc immaculatus ero et emundabor a delicto máximo.* Y este es la soberbia. Dios resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes. El que se humilla será exaltado y el que se exalta será humillado. Obedezcan a sus Superiores.

—Mortificación en decir siempre la verdad, en manifestar los propios defectos y los peligros en los cuales puede uno encontrarse. Entonces recibirá siempre consejo, especialmente del confesor. *i*

Pro anima tua ne confundaris dicere verum: Por amor de tu alma no tengas vergüenza de decir la verdad. Porque hay una vergüenza que trae consigo el pecado y hay otra vergüenza que trae consigo la gloria y la gracia.

—Mortificación del corazón frenando sus movimientos desordenados, amando a todos por amor a Dios y apartándonos resueltamente de aquellos que pretenden mancillar nuestra inocencia.

—Lo ha dicho Jesús: Si tu mano o tu pie te sirven de escándalo, córtalos y arrójalos lejos de ti; es mejor para ti llegar a la vida con una mano o con un pie de menos, que con ambas manos o con ambos pies ser precipitado al fuego eterno. Y si tu ojo te sirve de escándalo, sácatelo y arrójalo lejos de ti; es mejor entrar en la vida eterna con un solo ojo que con los dos ser arrojado al fuego del infierno.

—Mortificación en soportar valientemente y con franqueza las burlas del respeto humano. *Exacuerunt, ut gladium, linguas suas: intenderunt arcum, rem amaram, ut saggitent in occuítis immaculatum.*

—Y vencerán estas mofas malignas temiendo ser descubiertos por los superiores, pensando en las terribles palabras de Jesús: El que se avergonzare de Mí y de mis palabras, se avergonzará de él el Hijo del hombre cuando venga con toda su majestad y con la del Padre y de los santos Ángeles.

—Mortificación de los ojos, al mirar, al leer, apartándose de toda lectura mala e inoportuna.

—Un punto esencial. He hecho pacto con mis ojos de no pensar ni siquiera en una virgen. Y en los salmos: Guarda tus ojos para que no vean la vanidad.

—Mortificación del oído y no escuchar malas conversaciones, palabras hirientes o impías.

—Se lee en el Eclesiástico: *Saepi aures tuas spinis, linguam nequam noli audire.* Rodea con un seto de espinas tus oídos y no escuches a la mala lengua.

—Mortificación en el hablar: no dejarse vencer de la curiosidad.

—También está escrito: Coloca una puerta y un candado a tu boca. Ten cuidado de no pecar con la lengua, no sea que seas derribado a vista de los enemigos que te insidian y tu caída llegue a ser incurable y mortal.

—Mortificación del gusto: no comer, no beber demasiado.

—El demasiado comer y el demasiado beber fue causa del diluvio

universal y del fuego sobre Sodoma y Gomorra y de los mil castigos que cayeron sobre el pueblo hebreo.

—Mortificarse, en suma, sufriendo cuanto nos sucede a lo largo del día, el frío, el calor y no buscar nuestras satisfacciones. Mortifiquen sus miembros terrenos, dice San Pablo.

—Recuerden el dicho de Jesús: *Sí quis vult post me venire, abneget semetipsum et tollat crucem suam quotidie et sequatur me.*

—Dios mismo con su próvida mano rodea de espinas y de cruces a sus inocentes, como hizo con Job, con José, con Tobías y con otros Santos. *Quia acceptus eras Deo, necesse fuit, ut tentatio probaret te.*

—El camino del inocente tiene sus pruebas, sus sacrificios, pero recibe fuerza en la Comunión, porque quien comulga frecuentemente tiene la vida eterna, está en Jesús y Jesús en él. Vive la misma vida de Jesús y El lo resucitará en el último día. Es éste el trigo de los elegidos y el vino que engendra vírgenes. *Parasti in conspectu meo mensam adversus eos, qui tribulant me. Cadent a latere tuo mille et decem milia a dextris tuis, ad te autem non appropinquabunt.*

—La Virgen Santísima a quien tanto ama es su Madre. *Ego mater pulchrae dilectionis et timoris et agnitionis et sanctae spei. In me gratia omnis (para conocer) viae et veritatis; in me omnis spes vitae et virtutis. Ego diligentes me diligo. Qui elucidant me, vitam aeternam habebunt. Terribilis, ut castrorum acies ordinata.*

Las dos doncellas se volvieron entonces y comenzaron a subir lentamente la pendiente.

Y la una exclamó:

—La salud de los justos viene del Señor: El es su protector en el tiempo de la tribulación. El Señor los ayudará y los liberará; El los librará de las manos de los pecadores y los salvará porque esperaron en El.

Y la otra prosiguió:

—Dios me dotó de fortaleza y el camino que recorro es inmaculado.

Al llegar ambas doncellas al centro de aquella alfombra, se volvieron.

—Sí —gritó una de ellas—, la inocencia coronada por la penitencia es la reina de todas las virtudes.

Y la otra exclamó también:

—¡Cuan gloriosa y bella es la generación de los castos! Su memoria es inmortal y admirable a los ojos de Dios y de los hombres. La gente la imita cuando está presente y la desea cuando ha partido para el cielo, y coronada triunfa en la eternidad después de vencer los combates de la castidad. ¡Y qué triunfo! ¡Qué gozo! Qué gloria al presentar a Dios inmaculada la estola del santo Bautismo después de tantos combates entre los aplausos, los cánticos, el fulgor de los ejércitos celestiales.

Mientras hablaban de esta manera del premio reservado a la inocencia conservada mediante la penitencia, [San] Juan Don Bosco vio aparecer legiones de ángeles que bajando del cielo se asentaban sobre el blanco tapiz. Y se unían a aquellas dos doncellas conservando ellas el puesto del centro. Formaban una gran multitud que cantaba: *Benedictus Deus et Pater Domini Nostri Jesu Christi, qui benedixit nos in omni benedictione spirituali in coelestibus in Christo; qui elegit nos in ipso ante mundi constitutionem, ut essemus sancti et immaculati in conspectu eius in charitate et praedestinavit nos in adoptionem per Jesum Christum.*

Los dos niñas se pusieron entonces a cantar un himno maravilloso, pero con tales palabras y tales notas que sólo los Ángeles que estaban más próximos al centro podían modular. Los otros también cantaban, pero [San] Juan Don Bosco no podía oír sus voces, observando sólo los gestos y el movimiento de los labios al adaptar la boca al canto.

Las dos niñas cantaban: *Me propter innocentiam suscepisti et confirmasti me in conspectu tuo in aeternum. Benedictus Dominus Deus a saeculo et usque in saeculum; fiat, fiat!*

Entretanto, a las primeras escuadras de ángeles se añadieron otras y otras. Su vestido era de varios colores y adornos, diversos los unos de los otros y especialmente diferente del de las doncellas. Pero la riqueza y magnificencia de los mismos era divina. La belleza de cada uno era tal que la mente humana no la podría concebir en manera alguna, ni formarse la más remota idea de

ellos. El espectáculo que ofrecía esta escena era indescriptible, pero sólo a fuerza de añadir palabras a palabras se podría explicar en cierta manera el concepto.

Terminado el canto de las dos niñas, entonaron todos juntos un himno inmenso y tan armonioso que jamás se oyó cosa igual ni se oirá sobre la tierra.

He aquí lo que cantaban: *Ei, qui potens est vos conservare sine peccato et constituere ante conspectum gloriae suae immaculatos in exultatione, in adventu Domini nostri Jesu Christi: Soli Deo Salvatori nostro, per Jesum Christum Dominum nostrum, gloria et magnificentia, imperium et potestas ante omne saeculum, et nunc et in omnia saecula saeculorum. Amen.*

Mientras cantaban iban llegando nuevas escuadras de ángeles y cuando el canto hubo terminado, poco a poco, todos se elevaron en el aire y desaparecieron al mismo tiempo que aquella visión.

Y [San] Juan Don Bosco se despertó.

LOS JÓVENES Y LA NIEBLA

SUEÑO 126.—AÑO DE 1884.

(M. B. Tomo XVII, págs. 203-204)

Reunido el Capítulo Superior de la Congregación Salesiana en Valsálice, presidido por [San] Juan Don Bosco en ocasión de que se celebraban en aquella Casa los ejercicios espirituales el [Santo] contó el siguiente sueño, en presencia algunos sacerdotes, entre los cuales se encontraba Don Notario.

****

Le pareció encontrarse a la puerta del Oratorio en actitud de entrar, viéndose rodeado improvisamente de algunos de los suyos que permanecían a poca distancia pero a los cuales no podía reconocer porque estaban envueltos en una densa niebla. Al acercarse a ellos para intentar identificarlos pudo comprobar que éstos se esforzaban por no ser reconocidos; pero habiéndolos llamado consiguió verlos de cerca. Tenían el pecho descubierto y en el lado del corazón llevaban una mancha en forma de tumor pestilente sobre el cual se descubrían tres colores: negro, rojo intenso y amarillo.

Habiéndose despertado por la impresión, hacía todo lo posible para desechar aquellas imágenes, pero todo era inútil, pues aquellas desagradables figuras volvían a aparecer delante de él mientras permanecía sentado en el lecho. Pudo notar entonces que la niebla era aún más densa en torno a la cabeza, de manera que a duras penas se podían leer ciertas palabras escritas sobre las frentes de aquellos infelices, pues las letras aparecían además al revés.
****

Entonces se levantó y escribió los nombres de todos los jóvenes que vio en el sueño. De su manera de expresarse se podía colegir que se dieron ciertas circunstancias en el sueño que no habría sido oportuno ponerlas de manifiesto.

UNA VISITA A LEÓN XIII

SUEÑO 127.—AÑO DE 1884.

(M. B. Tomo XVII, págs. 273-274)

León Pp. XIII, preocupado por el porvenir de ¡a Congregación Salesiana si por acaso llegaba a faltar el fundador, hizo una propuesta que venía a modificar el régimen de la misma y también las normas establecidas para lo sucesivo.

Entretanto es curioso comprobar que mientras el Papa se interesaba de una manera positiva de nuestro Santo, [San] Juan Don Bosco, en la noche del 9 al 10 de octubre tuvo un sueño que le ocupó todas las horas del descanso hasta el amanecer.
****

Apenas se hubo quedado dormido le pareció salir del Oratorio, atravesar el patio, recorrer las calles de Turín encontrándose con muchos conocidos y llegando finalmente a la estación central del ferrocarril. Subió al tren y se dirigió a Roma, encaminándose inmediatamente al Vaticano. Iba pensando para sí que le sería muy difícil poderse entrevistar con el Santo Padre, porque Monseñor Macchi pondría un mundo de dificultades para impedir la audiencia. Con todo, se presentó a dicho prelado, que estuvo amabilísimo con él; al pedirle una audiencia con Su Santidad, le contestó que tratándose de asuntos de tanta importancia, habría que pasar necesariamente sobre las formalidades de rigor, y sin más, le hizo entrar a ver al Papa. La entrevista duró dos horas. El Pontífice se entretuvo con [San] Juan Don Bosco en

prolongados y variados coloquios y entre otras cosas le dijo:

—Tenga cuidado de que los que piden formar parte de la Congregación sean: 1º de carácter dócil; 2º que estén dotados de espíritu de sacrificio, que no estén apegados a la patria, a los parientes; a los amigos y que renuncien incluso al regreso a la patria; 3º que sean de moralidad segura.

Este fue el argumento principal que ocupó la mayor parte del coloquio de la audiencia. Terminada ésta, [San] Juan Don Bosco volvió a la estación, tomó el billete para Turín y cuando estaba a punto de llegar, se despertó.
****

Pues bien; en el mismo tren de aquella noche, de Roma a Turín iba una carta escrita por voluntad del Papa y dirigida a [San] Juan Don Bosco. Servía de intermediario el Cardenal Alimonda. En ella, Monseñor Jacobini, secretario de Propaganda, decía entre otras cosas: «Su Santidad me ha ordenado en esta ocasión que le escriba sobre otro punto interesantísimo. El ve que la salud de [San] Juan Don Bosco desmejora de día en día y teme por el porvenir de su Instituto. Quiere, pues, que Vuestra Eminencia Reverendísima, de la forma que lo sabe hacer, hable a [San] Juan Don Bosco inculcándole la idea de designar la persona que él creyese idónea para sucederle, o para que desempeñase el cargo de vicario con derecho a sucesión. El Santo Padre se reservaría el proveer de uno u otro modo, según creyese más prudente. Desea, pues, que Su Eminencia haga esto que se relaciona tan de cerca con el bien del Instituto».

En la posdata rogaba al Cardenal le diese una inmediata respuesta.

Recibida esta carta, el Cardenal Alimonda, la misma noche del 10 de octubre, acudió a hablar con [San] Juan Don Bosco, deteniéndose a cambiar impresiones con él por espacio de una hora. El Santo acogió con muestras de vivo agradecimiento la invitación que se le hacía en nombre del Papa y prometió que informaría del caso lo más pronto posible a los Capitulares y una vez formulada la respuesta sería enviada a Roma. Por tanto, en la primera reunión celebrada por el Capítulo Superior, el 24 de octubre, al final de la misma se dio conocimiento de los deseos de Su Santidad y el mismo [Saanto] pidió el parecer de los presentes sobre la elección de la persona que le había de suceder, con estas palabras:

—Tengo que exponer aún una cosa de gravísima importancia. El Santo Padre me ha comunicado que es deseo suyo que [San] Juan Don Bosco se

elija un Vicario con derecho a sucesión y administración. Con esto el Vicario de Cristo demuestra el gran amor e interés que profesa a nuestra Congregación, siendo también una prueba de benevolencia al mismo [San] Juan Don Bosco, queriendo que dependa de él la elección de su sucesor. Yo habría deseado que, después de mi muerte, los Hermanos, según las reglas, usasen de su derecho eligiendo el sucesor; pero después de la carta del Papa no sabría decir nada que no estuviese de acuerdo con ella. Desde que estuve este año en Roma, Su Santidad me dio a entender esta idea suya diciéndome:

«Su salud no es buena; tiene necesidad de ayuda, de ser asistido; es conveniente que tenga a su lado una persona que recoja sus tradiciones, que pueda hacer revivir tantas cosas que no están escritas y que si lo están no se interpretan en su justo sentido».

He meditado mucho sobre esto, por eso pido al Capítulo me indique qué es lo que debo responder al Santo Padre. El Capítulo contestó que [San] Juan Don Bosco escogiese a quien le pareciese mejor y todo se daría por bien hecho.

El preguntó que si antes de presentar al Papa el nombre de quién sería elegido, convendría consultar el voto de los Hermanos. La respuesta fue que esto no era necesario, que [San] Juan Don Bosco nombrase su Vicario administrador con derecho a sucesión y enviase el nombre del designado al Papa, el cual ciertamente lo aprobaría. Don Lemoyne, que fue testigo presencial de esta reunión, escribe: «Hubo un momento de solemne silencio, pues todos comprendían la importancia de esta decisión del Papa. Un sentido de ternura profunda invadió todos los corazones, porque parecía que los acontecimientos de cada día nos anunciaban cada vez con más precisión que [San] Juan Don Bosco se aprestaba a abandonarnos».

LAS MISIONES SALESIANAS EN AMERICA MERIDIONAL

SUEÑO 128.—AÑO DE 1885.

(M. B. Tomo XVII, págs. 299-305)

Se *preparaba una nueva expedición de misioneros y [San] Juan Don Bosco, ante la idea de no poderlos acompañar hasta el puerto de embarque e incluso ante la imposibilidad de no poderles dar el adiós en la iglesia de*

María Auxiliadora, se sentía hondamente emocionado, hasta tal punto que en ciertos momentos experimentaba un verdadero abatimiento.

En estas circunstancias, he aquí que en la noche del 31 al 1 de febrero tuvo un sueño semejante a aquel de 1883 sobre las Misiones. Lo contó a Don Lemoyne, que inmediatamente lo puso por escrito.

Es el siguiente:
****

Me pareció acompañar a los misioneros en su viaje. Hablamos durante unos momentos antes de partir del Oratorio. Todos estaban a mi alrededor y me pedían consejo y me pareció que les decía:

—No con la ciencia, no con la salud, no con las riquezas, sino con el celo y la piedad, harán mucho bien, promoviendo la gloria de Dios y la salvación de las almas.

Poco antes estábamos en el Oratorio y después, sin saber qué camino habíamos seguido y de qué medios habíamos usado, nos encontramos inmediatamente en América. Al llegar al final del viaje me vi sólo en medio de una extensísima llanura, colocada entre Chile y la República Argentina. Mis queridos misioneros se habían dispersado tanto por aquel espacio sin límites que apenas si los distinguía. Yo, al contemplarlos, quedé maravillado, pues me parecían muy pocos. Después de haber mandado tantos Salesianos a América, pensaba que vería un mayor número de misioneros. Pero seguidamente, reflexionando, comprendí que si el número era pequeño era porque se habían distribuido por muchos sitios, como simiente que debía ser transportada a otro lugar para ser cultivada y para que se multiplicase.

En aquella llanura aparecían muchas y numerosas calles formadas por casas levantadas a lo largo de las mismas. Estas calles no eran como las de esta tierra, ni las casas como las de este mundo. Eran objetos misteriosos y diría casi espirituales. Las calles se veían recorridas por vehículos o por otros medios de locomoción que al correr adoptaban mil aspectos fantásticos y mil formas diversas, aunque todas magníficas y estupendas, tanto que yo no seria capaz de describir ni una sola de ellas. Observé con estupor que los vehículos al llegar junto a los grupos de las casas, a los pueblos, a las ciudades, pasaban por encima, de manera que el que en ellos viajaba veía al mirar hacia abajo los tejados de las casas, las cuales, aunque eran muy elevadas, estaban muy por debajo de aquellos caminos, que mientras atravesaban el desierto estaban

adheridos al suelo y al llegar a los lugares habitados se convertían en caminos aéreos, como formando un mágico puente. Desde allá arriba se veían los habitantes en las casas, en los patios, en las calles, en los campos ocupados en labrar sus tierras.

Cada una de aquellas calles conducía a una de nuestras Misiones. Al fondo de un camino larguísimo que se dirigía hacia Chile vi una casa con muchos hermanos Salesianos, los cuales se ejercitaban en la ciencia, en la piedad, en los diferentes artes y oficios y en la agricultura. Hacia el mediodía estaba la Patagonia. En la parte opuesta, de una sola ojeada pude ver todas las casas nuestras de la República Argentina. Las del Uruguay, Paysandú, Las Piedras, Villa Colón; en el Brasil pude ver el Colegio de Nictheroy y muchos otros institutos esparcidos por las provincias de aquel imperio. Hacia Occidente se abría una última y larguísima avenida que atravesando ríos, mares y lagos conducía a países desconocidos. En esta región vi pocos salesianos. Observé con atención y pude descubrir solamente a dos.

En aquel momento apareció junto a mí un personaje de noble aspecto, un poco pálido, grueso, de barba rala y de edad madura. Iba vestido de blanco, con una especie de capa color rosa bordada con hilos de oro. Resplandecía en toda su persona. Reconocí en él a mi intérprete.

—¿Dónde nos encontramos?—, le pregunté señalándole aquel último país.

—Estamos en la Mesopotamia— me replicó.

—¿En la Mesopotamia?, —le repliqué—. Pero, si ésta es la Patagonia.

—Te repito —me replicó— que ésta es la Mesopotamia.

—Pues a pesar de ello... no logro convencerme.

—Pues así es: Esta es la Me-so-po-ta-mia— concluyó el intérprete silabeando la palabra, para que me quedase bien impresa en la memoria.

—¿Y por qué los Salesianos que veo aquí son tan pocos?

—Lo que ahora no hay, lo habrá con el tiempo— contestó mi intérprete.

Yo, entretanto, siempre de pie en aquella llanura, recorría con la vista aquellos caminos interminables y contemplaba con toda claridad, pero de manera inexplicable, los lugares que están y estarán ocupados por los Salesianos. ¡Cuántas cosas magníficas vi! ¡Vi todos y cada uno de los colegios! Vi como en un solo punto el pasado, el presenté y el porvenir de nuestras misiones. De la misma manera que lo contemplé todo en conjunto de una ola mirada, lo vi también particularmente, siéndome imposible dar una idea, aunque somera, de aquel espectáculo. Solamente lo que pude contemplar en aquella llanura de Chile, del Paraguay, del Brasil, de la República Argentina, sería suficiente para llenar un grueso volumen, si quisiese dar alguna breve noticia de todo ello. Vi también en aquella amplia extensión, la gran cantidad de salvajes que están esparcidos por el Pacífico hasta el golfo de Ancud, por el Estrecho de Magallanes, Cabo de Hornos, Islas de San Diego, en las islas Malvinas. Toda la mies destinada a los Salesianos. Vi que entonces los Salesianos sembraban solamente, pero que nuestros seguidores cosecharían. Hombres y mujeres vendrán a reforzarnos y se convertirán en predicadores. Sus mismos hijos que parece imposible puedan ser ganados para la fe, se convertirán en evangelizadores de sus padres y de sus amigos. Los Salesianos lo conseguirán todo con la humildad, con el trabajo, con la templanza. Todas las cosas que yo contemplaba en aquel momento y que vi seguidamente, se referían a los Salesianos, su regular establecimiento en aquellos países, su maravilloso aumento, la Conversión de tantos indígenas y de tantos europeos allí establecidos. Europa se volcará hacia América del Sur. Desde el momento en que en Europa se empezó a despojar a las iglesias de sus bienes, comenzó a disminuir el florecimiento del comercio, el cual fue e irá cada vez mas de capa caída. Por lo que los obreros y sus familias, impulsados por la miseria, irán a buscar un refugio en aquellas nuevas tierras hospitalarias.

Una vez contemplado el campo que el Señor nos tiene destinado y el porvenir glorioso de la Congregación Salesiana, me pareció que me ponía en viaje para regresar a Italia. Yo era llevado a gran velocidad por un camino extraño, altísimo, y de esa manera llegué al Oratorio. Toda la ciudad de Turín estaba bajo mis pies y las casas, los palacios, las torres me parecían bajas casuchas: tan alto me encontraba. Plazas calles, jardines, avenidas, ferrocarriles, los muros que rodean la ciudad, los campos, las colinas circundantes, las ciudades, los pueblos de la provincia, la gigantesca cadena de los Alpes cubierta de nieve estaban bajo mis pies y ofrecían a mis ojos un espectáculo maravilloso. Veía a los jóvenes, allá en el Oratorio, tan pequeños que parecían ratoncitos Pero su número era extraordinariamente grande; sacerdotes, clérigos, estudiantes, maestros de talleres lo llenaban todo; muchos

partían en procesión y otros llegaban a ocupar las vacantes dejadas por los que se marchaban. Era un ir y venir continuo.

Todos iban a concentrarse en aquella extensísima llanura entre Chile y la República Argentina, a la cual yo había vuelto en un abrir y cerrar de ojos. Yo lo contemplaba todo. Un joven sacerdote, parecido a nuestro Don Pavía, pero que no lo era, con aire afable, palabra cortés y de candido aspecto y de encarnadura de niño, se acercó a mí y me dijo:

—He aquí las almas y los países destinados a los hijos de San Francisco de Sales.

Yo estaba maravillado al ver la inmensa multitud que se había concentrado allá en un momento, desapareciendo seguidamente sin que se distinguiese apenas en la lejanía la dirección que había tomado.

Ahora noto que al contar mi sueño lo hago a grandes rasgos, no siéndome posible precisar la sucesión exacta de los magníficos espectáculos que se me ofrecían a la vista y las varias circunstancias accesorias. El ánimo desfallece, la memoria flaquea, la palabra es insuficiente. Además del misterio que envolvía aquellas escenas, estas se alternaban, se mezclaban, se repetían según diversas concentraciones y divisiones de los misioneros y el acercarse o alejarse de ellos a aquellos pueblos llamados a la fe y a la conversión.

Lo repito: veía en un solo punto el presente, el pasado y el futuro de aquellas misiones, con todas sus fases, peligros, éxitos, contrariedades y desengaños momentáneos que acompañaban a este apostolado. Entonces lo comprendía claramente todo, pero ahora es imposible deshacer esta intriga de hechos, de ideas, de personajes. Sería como quien quisiese condensar en un solo capítulo y reducir a un solo hecho y a una unidad el espectáculo del firmamento, describiendo el movimiento, el esplendor, las propiedades de todos los astros con sus relaciones y leyes particulares y recíprocas; mientras que un solo astro proporcionaría materia suficiente para ocupar la atención estudiosa de la mente mejor dotada. Y he de hacer notar que aquí se trata de cosas que no tienen relación con los objetos materiales.

Reanudemos, pues, el relato: dije que quedé maravillado al ver desaparecer tan inmensa multitud. Monseñor Cagliero estaba en aquel momento a mi lado. Algunos misioneros permanecían a cierta distancia. Otros estaban a mi alrededor en compañía de un buen número de Cooperadores Salesianos, entre los cuales distinguí a Monseñor Espinosa al Doctor Torrero,

al Doctor Carranza y al Vicario General de Chile.

Entonces el intérprete de siempre vino hacia mí mientras yo hablaba con Monseñor Cagliero y con muchos otros intentando aclarar si aquel hecho encerraba algún significado. De la manera más cortés, el intérprete me dijo:

—Escucha y verás.

Y he aquí que, al instante, aquella extensa llanura se convierte en un gran salón. Yo no sería capaz de describir su magnificencia y riqueza. Solamente diré que si alguien intentase dar una idea de ella y lo consiguiera, ningún hombre podría soportar su esplendor ni aún con la imaginación. Su amplitud era tal que no se podía abarcar con la vista ni se podían ver sus muros laterales. Su altura era inconmensurable. Su bóveda terminaba en arcos altísimos, amplios y resplandecientes en sumo grado sin que se distinguiese el lugar sobre el que se apoyaban. No existían ni pilastras ni columnas. En general, parecía que la, cúpula de aquella gran sala fuese de candidísimo lino a guisa de tapiz. Lo mismo habría que decir del pavimento. No había luces, ni sol, ni luna, ni estrellas, pero sí un resplandor general que se difundía igualmente por todas partes.

La misma blancura del lino resplandecía y hacía visible y amena cada una de las partes del salón, su ornamentación, ¡as ventanas, la entrada, la salida. Se sentía en todo el ambiente una suave fragancia mezclada con todos los olores más gratos.

Un fenómeno se produjo en aquel momento. Una serie de pequeñas mesas formaban una de una longitud extraordinaria. Las había dispuestas en todas las direcciones y todas convergían en un único centro. Estaban cubiertas de elegantísimos manteles y sobre ellas se veían colocados hermosísimos floreros con multiformes y variadas flores.

La primera cosa que notó Monseñor Cagliero fue:

—Las mesas están aquí, pero ¿y los manjares?

En efecto, no había preparada comida alguna, ni bebida de ninguna especie, ni había tampoco platos, ni copas ni otros recipientes en los cuales se pudiesen colocar los manjares.

El intérprete replicó entonces:

—Los que vienen aquí *neque sitient, neque esurient amplius.*

Dicho esto, comenzó a entrar gente, vestida de blanco, con una sencilla cinta a manera de collar, de color de rosa recamada de hilos de oro que les ceñía el cuello y las espaldas. Los primeros en entrar formaban un número limitado, sólo un pequeño grupo. Apenas penetraban en aquella gran sala se iban sentando en torno a la mesa para ellos preparada, cantando: ¡Viva! ¡Triunfo! Y entonces comenzó a aparecer una variedad de personas, grandes y pequeños, hombres y mujeres, de todo género, de diversos colores, formas y actitudes, resonando los cánticos por todas partes. Los que estaban ya colocados en sus puestos cantaban: ¡Viva! Y los que iban entrando: ¡Triunfo! Cada turba que penetraba en aquel local representaba a una nación o sector de nación que sería convertida por los misioneros.

Di una ojeada a aquellas mesas interminables y comprobé que había sentadas junto a ellas muchas hermanas nuestras y gran número de nuestros hermanos. Estos no llevaban distintivo alguno que proclamase su calidad de sacerdotes, clérigos o religiosas, sino que, al igual de los demás, tenían la vestidura blanca y el manto color de rosa.

Pero mi admiración creció de pronto cuando vi a unos hombres de aspecto tosco, con el mismo vestido que los demás, cantando: ¡Viva! ¡Triunfo!

Entonces nuestro intérprete dijo:

—Los extranjeros y los salvajes que bebieron la leche de la palabra divina de sus educadores, se hicieron propagandistas de la palabra de Dios.

Vi en medio de la multitud grupos de muchachos con aspecto rudo y extraño, y pregunté:

—¿Y estos niños que tienen una piel tan áspera que parece la de los sapos, pero tan bella y de un color tan resplandeciente? ¿Quiénes son?

El intérprete respondió:

—Son los hijos de Cam que no han renunciado a la herencia de Leví. Estos reforzarán los ejércitos para defender el reino de Dios que ha llegado finalmente entre nosotros. Su número era reducido, pero los hijos de sus hijos

lo han acrecentado. Ahora escucha y ve, pero no podrás entender los misterios que contemplarás.

Aquellos jovencitos pertenecían a la Patagonia y al África Meridional.

Entretanto aumentaron tanto las filas de los que penetraron en aquella sala extraordinaria, que todos los asientos aparecían ocupados. Sillas y escaños no tenían una forma determinada, sino que tomaban la que cada uno quería. Cada uno estaba contento del lugar que ocupaba y del que ocupaban los demás. Y he aquí que, mientras de todas partes salían voces de: ¡Viva! ¡Triunfo!, llegó finalmente una gran turba que en actitud festiva venía al encuentro de los que ya habían entrado, cantando: ¡Alleluia, gloria, triunfo!

Cuando la sala apareció completamente llena y los millares de reunidos eran incontables, se hizo un profundo silencio y, seguidamente, aquella multitud comenzó a cantar dividida en coros diversos:

El primer coro: *Appropinquavit in nos regnum Dei; laetentur Coeli et exultet térra; Dominus regnavit super nos; alleluia.*

El segundo coro: *Vicerunt; et ipse Dominus dabit edere de ligno vitae et non esurient in aeternum: alleluia.*

Y un tercer coro: *Laúdate Dominum omnes gentes, laúdate eum omnes populi.*

Mientras estas y otras cosas cantaban, alternando los unos con los otros, de pronto se hizo por segunda vez un profundo silencio.

Después comenzaron a resonar voces que procedían de lo alto y de lejos. El sentido del cántico era este y la armonía que le acompañaba era difícil de expresar: *Soli Deo honor et gloria in saecula saeculorum.*

Otros coros que resonaban siempre en la altura y desde muy lejos, respondían a estas voces: *Semper gratiarum actio illi qui erat, est, et venturus est. Illi eucharistia, illi soli honor sempiternus.*

Pero en aquel momento los coros bajaron y se acercaron. Entre aquellos músicos celestes estaba Luis Colle. Los que estaban en la sala comenzaron entonces a cantar y se unieron, mezclándose las voces de manera que

semejaban instrumentos músicos maravillosos, con unos sonidos cuya extensión no tenía límites. Aquella música parecía compuesta al mismo tiempo de mil notas y de mil grados de elevación que se unían formando un solo acorde. Las voces altas subían de una manera imposible de imaginar.

Las voces de los que estaban en la sala bajaban sonoras y alcanzaban escalas difícil de expresar. Todos formaban un coro único, una sola armonía, pero tanto los bajos como los contraltos eran de tal gusto y belleza y penetraban en los sentidos produciendo tal efecto, que el hombre se olvidaba de su propia existencia y yo caí de rodillas a los pies de Monseñor Cagliero exclamando:

—¡Oh, Cagliero! ¡Estamos en el Paraíso!

Monseñor Cagliero me tomó por la mano y me dijo:

—No es el Paraíso, es una sencilla, una débil figura de lo que en realidad será el Paraíso.

Entretanto las voces humanas de los dos grandiosos coros proseguían y cantaban con indecible armonía: *Soli Deo honor et gloria et triumphus alleluia, in aeternum, in aeternum!*

Aquí me olvidé de mí mismo y no sé qué fue de mí.

****

Por la mañana a duras penas me podía levantar del lecho: apenas me daba cuenta de lo que hacia cuando me dirigí a celebrar la Santa Misas.

El pensamiento principal que me quedó grabado después de este sueño, fue el de dar a Monseñor Cagliero y *a mis queridos misioneros una aviso de suma importancia relacionado con la suerte futura de nuestras Misiones:*

---Todas las solicitudes de ¡os Salesianos y *de las Hijas de María Auxiliadora han de encaminarse a promover vocaciones eclesiásticas y religiosas.*

Cada vez que al contar este sueño repetía las palabras: ¡Viva! ¡Triunfo!, la voz de [San] Juan Don Bosco, como nos asegura Don Lemoyne, asumía un acento tan vibrante qué hacía temblar. Cuando al final nombró a su querido Monseñor Cagliero, suspendió por unos instantes la narración, un sollozo le truncó la palabra y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Don Costamagna, al darle las graciosa Don Lemovne que le había enviado copia de éste y de otro sueño, le decía: «Diga también a [San] Juan Don Bosco que no obedeceremos las palabras que nos escribió en su última carta: "No crean todo lo que expresan mis sueños", pues nosotros, contentos de hacer la profesión de fe de Urbano VIII, creemos en las visiones de nuestro Padre, el cual, nunca lo olvidaré, me dijo un día:

—Entre tantas Congregaciones y Ordenes religiosas, tal vez la nuestra fue la que recibió con más frecuencia la palabra de Dios».

¡TRABAJO! ¡TRABAJO! ¡TRABAJO!

SUEÑO 129—AÑO DE 1885.

(M. B. Tomo XVII, págs. 383-384)

Ricos en enseñanzas son dos sueños que tuvo el [Santo] en los meses de septiembre y diciembre respectivamente. El "primero, en la noche del 29 al 30 de aquel mes, es una lección para los sacerdotes.
****

Le pareció dirigirse hacia Castelnuovo a través de una llanura; junto a él iba un venerado sacerdote, cuyo nombre dijo que no recordaba. Comenzaron a hablar sobre los sacerdotes:

—¡Trabajo, trabajo, trabajo!, —decían—. Este debe ser el objetivo y la gloria de los sacerdotes. No cejar jamás en el trabajo. De esta manera ¡cuántas almas se salvarían! ¡Cuántas cosas se harían para gloria de Dios! ¡Oh, si el misionero cumpliese en verdad con su papel de misionero, si el párroco cumpliese con su misión de párroco, cuántos prodigios de santidad resplandecerían por todas partes! Pero, desgraciadamente, muchos tienen miedo al trabajo y prefieren las propias comodidades.

Razonando de esta manera entre sí, llegaron a un lugar llamado Filipelli. Entonces, [San] Juan Don Bosco comenzó a lamentarse de la falta de sacerdotes.

—Es cierto —asintió el otro—, los sacerdotes escasean, pero si todos los sacerdotes cumpliesen con su oficio de sacerdote haría bastantes¡ Cuántos sacerdotes hay que no hacen nada por el ministerio ¡Algunos no son más que el sacerdote de la familia; otros, por timidez, permanecen ociosos; mientras

que si, por el contrario, se dedicasen al ministerio, si diesen examen de confesión, llenarían un gran vacío en las filas de la Iglesia... Dios proporciona las vocaciones según las necesidades. Cuando se impuso el servicio militar a los clérigos, todos estaban asustados, como si ya nadie pudiese llegar a ser sacerdote; pero cuando los ánimos se serenaron se comprobó que las vocaciones, en lugar de disminuir, aumentaron.

—¿Y ahora —preguntó [San] Juan Don Bosco—, qué es lo que hay que hacer para promover las vocación es en medio de la juventud?

—Ninguna otra cosa —respondió el compañero de viaje—, más que cultivar celosamente entre ellos la moralidad. La moralidad es el semillero de las vocaciones.

—¿Y qué es lo que deben hacer especialmente los sacerdotes para obtener que la propia vocación produzca frutos?

—*Presbyter discat domum suam regere et sanctificare.* Que cada uno sea ejemplo de santidad en la propia familia y en la propia parroquia. Que no se entregue a los desórdenes de la gula, que no se engolfe en las cosas temporales... Que sean, ante todo, modelo en su propia casa y después lo serán fuera de ella.

A cierto punto, aquel sacerdote le preguntó a [San] Juan Don Bosco dónde se dirigía y [San] Juan Don Bosco le indicó Castelnuovo. El compañero, entonces, dejándole proseguir, se quedó con un grupo de personas que le precedían. Después de dar algunos pasos, el [Santo] se despertó.
****

En este sueño podemos ver como un recuerdo de los antiguos paseos que solía organizar [San] Juan Don Bosco con sus jóvenes por aquellos lugares.

EL PORVENIR DE IA CONGREGACIÓN

SUEÑO 130.—AÑO DE 1885.

(M. B. Tomo XVII, págs. 384-385)

El segundo sueño al que hemos aludido en el anterior se refiere a la Congregación y pone en guardia contra los peligros que podrían amenazar su

existencia. En realidad, más que un sueño es un argumento que se va desenvolviendo en sueños sucesivos.
****

En la noche del 1 de diciembre, el clérigo Viglietti se despertó sobresaltado al oír los gritos desgarradores que partían de la habitación de [San] Juan Don Bosco. Se arrojó del lecho y se puso a escuchar. El [Santo], con voz sofocada por los sollozos, gritaba:

—¡Ay de mí! ¡Ay de mí! ¡Auxilio! ¡Auxilio!

Viglietti, sin más, entró en la habitación y:

—¡Oh, [San] Juan Don Bosco! ¿Se siente mal?

—¡Oh, Viglietti!, —respondió el [Santo] despertándose—. No, no me siento mal, pero no podía respirar, sabes. Pero ya pasó; vuelve tranquilo a la cama y duerme.

Por la mañana, cuando Viglietti, según lo acostumbrado, le llevó el café después de la Misa, [San] Juan Don Bosco comenzó a decir:

—¡Oh, Viglietti, no puedo más, tengo los pulmones deshechos de los gritos de esta noche! Son cuatro noches consecutivas que sueño cosas que me obligan a gritar y me fatigan demasiado. Hace cuatro noches que veo una larga fila de salesianos, unos detrás de otros, llevando cada uno una lanza en cuya parte superior había un cartel y en el cartel un número estampado. En uno se leía 73, en otro 30, en un tercero 62 y así sucesivamente. Después que desfilaron numerosos carteles, apareció la luna en el cielo, en la cual, a medida que iban apareciendo los salesianos, se veía una cifra no superior a 12 y detrás numerosos puntos negros. Todos los salesianos que yo veía iban a sentarse, cada uno sobre una tumba preparada.
****

He aquí la explicación dada a aquel espectáculo. El número que aparecía sobre los carteles era el tiempo de vida asignado a cada uno; la aparición de la luna en distintas formas y fases, representaba el último mes de vida: los puntos negros significaban los días del mes en los cuales morirían. A algunos los veía reunidos en grupos eran los que habían de morir juntos, en un mismo día. Si hubiese querido narrar minuciosamente todas las cosas y las circunstancias accesorias, aseguró que habría necesitado emplear al menos diez días completos.

EL CONGRESO DE LOS DIABLOS

SUEÑO 131.—AÑO DE 1885.
(M. B. Tomo XVII. págs. 385-387)

En la entrevista con Viglietti a que hemos aludido anteriormente. [San] Juan Don Bosco continuó:

Hace tres noches soñé de nuevo. Te contaré lo que vi en pocas palabras.
****

Me pareció estar en una gran sala, donde un gran número de diablos celebraban un congreso tratando del modo de exterminar a la Congregación Salesiana. Parecían leones, tigres, serpientes y otras diversas clases de animales; pero tenían una forma indeterminada, más bien semejante a la figura humana. Semejaban sombras, que unas veces crecían y otras menguaban, que se estilizaban o se ensanchaban como sucedería con los cuerpos que tuviesen detrás de sí una luz que fuese llevada de una parte a otra, o colocada a ras del suelo o levantada.

Y he aquí que uno de los demonios se adelantó y abrió la sesión. Para destruir a la Sociedad Salesiana propuso un único medio: la gula. Hizo ver las consecuencias de este vicio: inercia para el bien, corrupción de costumbres, escándalo, falta de espíritu de sacrificio, descuido de los jóvenes... Pero otro diablo replicó:

—El medio que propones no es general ni eficaz, ni se puede asaltar con él todos los miembros en conjunto, pues la mesa de los religiosos será siempre parca y el vino se servirá en medida discreta; las reglas señalan su comida ordinaria: los Superiores vigilan para que no entren desórdenes. Quien se excediese en la comida o en la bebida, en vez de escandalizar causaría desprecio. No es esta el arma que se ha de emplear para combatir a los Salesianos; yo propondría otro medio, que será más eficaz y con el que se podrá lograr mejor nuestro intento: el amor a las riquezas.

En una Congregación religiosa, cuando entra el amor a las riquezas, penetra también en ella el amor a las comodidades, se busca la manera de disponer de peculio, se rompe el vínculo de la caridad, pensando cada uno nada más que en sí mismo; se echan en olvido los pobres para atender

únicamente a los que tienen bienes de fortuna, se roba a la Congregación...

Aquél quiso continuar, pero surgió un tercero que exclamó:

—Pero, ¡qué gula, ni qué riquezas! Entre los Salesianos el amor a las riquezas puede subyugar a pocos. Los Salesianos son todos pobres, tienen pocas ocasiones de procurarse un peculio. Además, en general, están constituidos de tal forma y son tantas sus necesidades por los muchos jóvenes que atienden y las casas que tienen que abastecer, que cualquier suma por gruesa que fuese sería inmediatamente empleada. No es posible que atesoren dinero. Pero yo tengo un medio infalible para poder ganar para nuestra causa a la Sociedad Salesiana, y este es la libertad. Inducir, pues a los Salesianos a despreciar las Reglas, a rechazar ciertas ocupaciones por pesadas y poco honoríficas, a producir cismas entre los Superiores con opiniones diversas, a ir a visitar a los parientes so pretexto de invitaciones, y cosas semejantes.

Mientras los demonios parlamentaban, [San] Juan Don Bosco pensaba: —Ya, ya me percato de todo cuanto estan diciendo. Hablen, hablen, pues que así podré frustrar sus tramas:

Entretanto se adelantó un cuarto demonio que dijo: —Pero qué, esas armas que proponen son inútiles. Los Superiores sabrán poner freno a esa libertad, despidiendo de casa a los que se muestren rebeldes contra las Reglas. Alguno será tal vez deslumbrado por el deseo de la libertad, pero la gran mayoría se mantendrá en el cumplimiento de su deber. Yo tengo un medio para poder arruinarlo todo desde sus cimientos: un medio tal que a duras penas los Salesianos podrán precaverse de él. Escúchenme con atención. Persuadirlos de que la ciencia debe ser su gloria principal. Por tanto, inducirlos a estudiar mucho para sí, para adquirir fama, y no para practicar lo que aprenden, no para usufructuar la ciencia en ventaja del prójimo. Así, procurar que traten con desprecio a los pobres e ignorantes y que no atiendan en absoluto el sagrado ministerio. Nada de oratorios festivos, ni de catecismo a los niños; nada de clases primarias para instruir a los pobres niños abandonados; nada de largas horas de confesionario. Atenderán sólo a la predicación, pero raras veces y de una forma medida y estéril, pues en ella buscarán solamente un desahogo de la soberbia con el fin de alcanzar las alabanzas de los hombres y no la salvación de las almas.

Esta propuesta fue recibida con aplausos generales. Entonces [San] Juan Don Bosco entrevió el día en el que los salesianos podrían llegar a creer que el

bien de la Congregación y su honra tenía que consistir en el saber y se sintió lleno de espanto al sólo pensar que sus hijos llegasen a proceder según esta idea proclamando a voz en cuello que éste debería ser el programa a seguir.

También en esta ocasión el [Santo] permanecía en un rincón de la sala escuchándolo y observándolo todo; cuando uno de los demonios lo descubrió y gritando lo señaló a los demás. Al oír aquel grito, todos se arrojaron contra él vociferando:

—¡Acabemos de una vez!

Era una danza infernal de espectros que lo empujaban, lo cogían por los brazos y por la persona, mientras el [Santo] decía a gritos:

—¡Déjenme! ¡Auxilio!

Finalmente se despertó, con los pulmones desechos de tanto gritar.

La noche siguiente se dio cuenta de que el demonio había atacado a los Salesianos en la parte más esencial, induciéndoles a las transgresiones de las Reglas y a convertir los medios (como es la ciencia) en fines. Entre ellos se le presentaba delante distintamente quién las observaba y quién las quebrantaba.

LAS FIERAS CON PIEL DE CORDERO

SUEÑO 132.—AÑO DE 1884.

(M. B Tomo XVII, págs. 388-389)

El sueño de la última noche fue espantoso.
****

[San] Juan Don Bosco vio un gran rebaño de corderos y de ovejas que representaban a otros tantos Salesianos. El [Santo] se acercó para acariciar a los corderos, pero se dio cuenta de que su piel, en vez de ser lana de cordero, era solamente una especie de cobertura que escondía u ocultaba a otros tantos tigres, leones, perros rabiosos, cerdos, panteras, osos y que cada uno tenía a su lado a un monstruo horrible y feroz. En medio del rebaño "había algunos reunidos en consejo. [San] Juan Don Bosco, sin ser visto, se acercó a estos para oír lo que decían; estaban concertando la manera de destruir la Congregación Salesiana. Uno decía:

—¡Hay que desollar a los Salesianos!

Y otro guiñando siniestramente:

—¡Hay que estrangularlos!

Pero, cuando menos se esperaba, uno de ellos vio al [Santo] que estaba allí cerca escuchando. Dio la voz de alarma y todos a una comenzaron a gritar que había que comenzar por [San] Juan Don Bosco. Dicho esto se dirigieron hacia él como para destrozarlo.

Entonces fue cuando lanzó el grito que despertó a Viglietti.
****

Además de las violencias diabólicas había otra cosa que oprimía el espíritu del buen Padre: había visto desplegada sobre aquel rebaño una gran enseña que llevaba escritas estas palabras: Bestiis comparati sunt. *Al contar esto, inclinó la cabeza* y *lloró.*

Viglietti le tomó la mano y estrechándosela contra el corazón:

—¡Ah!, Don Bosco —le dijo—, nosotros con el auxilio de Dios le seremos siempre fieles y nos comportaremos como buenos hijos, ¿no es cierto?

—Querido Viglietti —respondió el [Santo]—, sé bueno y prepárate a ver grandes acontecimientos. A penas si te he esbozado estos sueños; pues si hubiese tenido que contar todos los detalles tendría aún para mucho tiempo. ¡Cuántas cosas vi! Hay algunos en nuestras casas que no llegarán a celebrar la Novena de Navidad. ¡Oh!, si pudiese hablar a los jóvenes, si dispusiese de fuerzas suficientes para poderme entretener con ellos, si pudiese dar vueltas por las casas como lo hacía en otro tiempo y revelar a algunos el estado de su conciencia, como lo vi en los sueños y *decir a otros: Rompe el hielo, haz de una vez una buena confesión. Los tales me contestarían: Pero, si me he confesado bien. En cambio yo les podría replicar diciéndoles que han callado y lo que han callado, de forma que no se atreverían a negármelo. También algunos Salesianos, si pudiese hacer llegar hasta ellos una palabra mía, verían la necesidad que tienen de ajustar las propias cuentas repitiendo sus confesiones. Vi a los que observan las Reglas ya los que no las observan. Vi a muchos jóvenes que irán a San Benigno y se harán Salesianos y después*

desertarán de nuestras filas. También nos abandonarán algunos que al presente son Salesianos. Habrá otros que desearán solamente la ciencia que hincha, que les proporciona las alabanzas de los hombres y que les hace despreciar los consejos de aquellos a los que consideran menos que ellos en el saber.

LA DONCELLA VESTIDA DE BLANCO

SUEÑO 133.—AÑO DE 1885.

(M. B. Tomo XVII, págs. 433-434)

En la noche del seis de abril [San] Juan Don Bosco tuvo un sueño.
****

Le pareció estar conversando con un grupo de Salesianos cuando he aquí que se acercó y se introdujo en el corro una hermosísima doncella vestida de blanco y de singular modestia. Al verla, [San] Juan Don Bosco se turbó; después, dirigiéndose a ella le hizo comprender que aquel no era su sitio y que, por tanto, debía alejarse de allí. Ella, riendo y bromeando se alejó para reaparecer de allí a poco. Entonces [San] Juan Don Bosco, acercándose a ella, le ordenó imperiosamente que se marchase. Y dicho esto se despertó.

La noche siguiente, apenas se hubo dormido se encontró delante de un campo sin cultivar. Al encaminarse por él volvió a ver a la doncella que le entregó una sierra, diciéndole que para dejar expedito el sendero había que cortar la hierba que dificultaba el paso. El, cogiendo aquel instrumento, lo empleaba riendo, pero el camino continuaba en igual estado.

La tercera noche se le presentó la doncella que le dijo:

—Los Superiores deben estar de acuerdo siempre entre sí y no diferir nunca la corrección cuando la crean necesaria.
****

El santo contó inmediatamente a Viglietti este triple sueño, dándole la explicación algunos días después. La hierba que ocupaba el sendero eran los libros malos, las malas conversaciones y todo aquello que puede servir de obstáculo al servicio de Dios y a la salvación de ¡as almas. En esto —dijo—, estriba la ciencia del Director y de los demás Superiores: en saber quitar de delante de los jóvenes estas hierbas venenosas. Y no es cosa tan fácil prevenir, descubrir y cortar. Es un trabajo de sierra y no de hoz, pues se

encuentran con frecuencia grandes zarzales y troncos disecados. La unión, pues, entre los Superiores y las correcciones hechas a tiempo, si no consiguen impedir todo el mal, evitarán que el campo se llene de abrojos.

EL DEMONIO EN MARSELLA

SUEÑO 134.—AÑO DE 1885.

(M. B. Tomo XVII, pág. 448)

No hay colegio cristiano, por disciplinado que sea, donde el inimicus homo *no intente arrojar su zizaña.*

En Marsella un sueño revelador puso a [San] Juan Don Bosco sobre aviso. No encontramos registrada la fecha en que tuvo lugar, pero por ello no hemos de dudar de su certeza, pues en los procesos existen declaraciones juradas de quien tuvo de él directa y segura noticia.

Era cerca de ¡a medianoche. Don Cerrutti estaba para irse a acostar, cuando oyó un grito. Al principio creyó que se trataba de un sacerdote forastero que estaba algo enfermo y hospedado en la casa. Lo volvió a oír aún más fuerte a modo de alarido; poco después, todavía más fuerte. Indudablemente partía de la habitación de [San] Juan Don Bosco separada de la de Don Cerrutti por un débil tabique y una puerta de comunicación. Don Cerrutti se puso la sotana, fue a la puerta y al abrir encuentra a [San] Juan Don Bosco sentado en el lecho y despierto. Entonces le preguntó con inquietud:

—[San] Juan Don Bosco, ¿se siente mal?

—-No, no —respondió con tranquilidad—. Está tranquilo; vete a dormir.

Por la mañana, apenas se hubo levantado, fue a visitarlo. Estaba sentado en el sofá en un estado dé grandísima postración.

—[San] Juan Don Bosco, ¿ha sido usted quien ha gritado esta noche?—, le preguntó Don Cerrutti.

—Sí, he sido yo— replicó con el rostro aun demudado.

—¿Y qué le ha sucedido? Viendo que dudaba aún, le pidió que, por favor, se lo dijese:
****

—He visto —le dijo muy serio— al demonio que entraba en esta casa. Estaba en un dormitorio y pasaba de una cama a otra diciendo de vez en cuando:

—¡Este es mío!

Yo protestaba. De pronto se precipita sobre uno de aquellos jóvenes para llevárselo. Yo comencé a gritar y él se arrojó contra mí, como para estrangularme.
****

Dicho esto, el [Santo], conmovido y derramando lágrimas continuó:

—Querido Don Cerrutti, ayúdame. He venido a Francia a buscar dinero para nuestros jóvenes y para la iglesia del Sagrado Corazón, pero aquí existe ahora una necesidad más grave. Hay que salvar a estos pobres jóvenes. Lo dejaré todo y pensaré en ellos. Hagamos un buen ejercicio de la buena muerte.

Aquella noche el Director de la casa anunció el ejercicio de la buena muerte, añadiendo también que [San] Juan Don Bosco confesaría a quienes lo deseasen. Confesó, en efecto, en su habitación, sentado en el sofá, porque la postración de fuerzas que sufría no le permitían usar la silla.

Todo procedió tan bien que [San] Juan Don Bosco dijo después bromeando:

—Mira, el demonio me ha hecho perder una noche, pero ha recibido un buen estacazo.

También Don Albera, al tener noticias por Don Cerrutti del sueño de [San] Juan Don Bosco, confirmó lo dicho por el Santo, añadiendo:

—[San] Juan Don Bosco tiene razón. Hay algunos jóvenes que me hacen llorar por su mala conducta.

Más tarde Don Cerrutti quiso saber de labios del [Santo], si había visto

entrar al demonio en otras casas y respondió que sí, señalando algunas.

—Pero ¿los jóvenes que el demonio se quería llevar consigo, son aquellos que no se confiesan?

—No —respondió el Santo—. Son especialmente los que se confiesan mal, los que cometen sacrilegios en ¡as confesiones. No lo olvides: cuando prediques, especialmente a la juventud, insiste mucho sobre la necesidad de hacer buenas confesiones y especialmente sobre la contrición.

UN ORATORIO PARA JOVENCITAS

SUEÑO 135.—AÑO DE 1885.

(M. B. Tomo XVII, págs. 486-487)

En la noche del 17 de julio —nos narran las Memorias Biográficas—el [Santo] no pudo descansar; desde que cerró los ojos una representación de la fantasía lo tuvo ocupado hasta el amanecer.
****

—No sé —dijo a la mañana siguiente, hablando con algunos Salesianos— si estaba despierto o dormido, pues me parecía estar en contacto con la realidad.

Le pareció salir del Oratorio con su madre y con su hermano José encaminándose hacia la calle Dora Grossa, hoy Garibaldi, dirigiéndose después a San Felipe, donde entraron para rezar. A la salida le aguardaba una gran muchedumbre de gente y cada uno de los presentes le invitaba a que pasara a su casa; pero él les decía que no podía, porque tenía que hacer algunas visitas. Un buen obrero que descollaba entre todos le dijo:

—Pero deténgase un momento a hacer la primera visita en mi casa.

[San] Juan Don Bosco accedió.
Después continuaron el camino en compañía de aquel obrero hacia el Po. Al llegar cerca de la gran plaza Vittorio Emmanuel, vio en una plazuela próxima un grupo de niñas que se divertían y el obrero señalándole el lugar:

—He aquí —le dijo— que en estos terrenos Vos tenéis que fundar un Oratorio.

—¡Oh, por caridad!, —exclamó [San] Juan Don Bosco—. No me digas eso. Tenemos ya demasiados Oratorios, tantos que no podemos proveerlos de personal.

—Pues aquí se necesita un Oratorio para las niñas. Para ellas hay solamente oratorios privados, pero un verdadero oratorio público hasta ahora no se ha visto.

Continuando el camino hacia el Po, junto a los soportales de la plaza, a mano derecha, he aquí que todas aquellas niñas, suspendiendo los juegos se agruparon en torno de él gritando:

—¡Oh, [San] Juan Don Bosco, acójanos en un Oratorio! Nosotras estamos en las manos del demonio que hace de nosotras lo que quiere. ¡Vamos! Socórranos; abra también para nosotras un arca de salvación, abra un Oratorio.

—Pero, hijas mías, miren, ahora no puedo; me encuentro en una edad en la que no me es posible ocuparme de semejantes cosas. Pero, recen al Señor, sí, recen y El proveerá.

—Sí, rezaremos, rezaremos, pero Vos debéis ayudarnos, cobíjenos bajo el manto de María Auxiliadora.

—Sí, recen. Pero díganme, ¿cómo quieren que yo haga para abrir aquí un Oratorio?

—Mire, señor [San] Juan Don Bosco, dijo la que parecía más decidida: ¿ve esta calle que corre a lo largo del Po? Pues, vaya al número cuatro. Es una casa donde ahora hay militares. Al frente de ellos está un tal señor Burlezza, que está dispuesto a vender dicho local; se lo cederá, pues, de buena gana.

—Bien, bien, veré de hacer algo; ustedes, entretanto, recen.

—Sí, sí, rezaremos —respondieron a coro las niñas—; pero Vos recuérdese de nosotras y de nuestras necesidades.

El [Santo] entonces se alejó, quiso observar el local, encontró los militares, pero al señor Burlezza no. Después de esto, dirigióse al Oratorio y al llegar a él se despertó.

****

Una vez que hubo contado el sueño, ordenó a Viglletti que tomara nota y que comprobase si en realidad existía aquel local, pues él no había visto nunca el número cuatro a lo largo del Po, y si existía el señor Burlezza. Viglietti rogó inmediatamente a Don Bonara que se dirigiese al sitio indicado e hiciese las consiguientes averiguaciones. Don Bonara encontró las cosas como [San] Juan Don Bosco las había soñado, pero al parecer, según hace notar Don Lemoyne, el local en cuestión no estaba en venta.

MUERTE DE UN CLÉRIGO Y DE UN ALUMNO DEL ORATORIO

SUEÑO 136.—AÑO DE 1885.

(M. B. Tomo XVI), págs. 505-506)

Hacía pocos días que [San] Juan Don Bosco había regresado definitivamente al Oratorio, cuando tuvo un sueño en el que pudo ver la suerte diversa de dos de la casa. Yacía en la enfermería y en graves condiciones el clérigo irlandés Francisco O'Donnellan. La noche del 19 de octubre el Santo fue a visitarlo y lo encontró en las últimas, pero muy tranquilo. Aunque oprimido por el mal, el enfermo se sintió grandemente aliviado por la presencia de [San] Juan Don Bosco, que le preguntó:

—Y bien, ¿no tienes ningún encargo que hacerme para esta tierra?... ¿Recibirías alguno que yo te hiciera para el Paraíso?

—Estoy tranquilo —respondió el paciente—. Para este mundo no tengo encargo alguno. En cuanto al otro, Vos me diréis.

—Nosotros rezaremos por ti, a fin de que puedas estar pronto en el Paraíso y allí le dirás a la Virgen que nosotros la amamos mucho.

Murió en la noche del día siguiente y fue enterrado en la mañana del 22, día en el que hizo también el ejercicio de la buena muerte.

Pues bien, [San] Juan Don Bosco tuvo la noche siguiente un sueño que contó a sus hijos, expresándose en los siguientes términos:

****

Fui a acostarme obsesionado con el pensamiento de O'Donnellan, de su

tranquilidad, de la esperanza dé que iría al Paraíso, del deseo de saber algo de él, y yendo de imaginación en imaginación, mi mente se detuvo a considerar un segundo individuo, de personalidad incierta, confusa, desconocida, que se iba perfilando cada vez con mayor claridad. Cuando estuve completamente dormido, comencé a soñar: me pareció caminar llevando a mi lado a O'Donnellan, tan bello que parecía un ángel, su sonrisa era de paraíso y su persona resplandecía toda de luz. Yo no me saciaba de contemplarlo. A mi izquierda caminaba un joven con la cabeza gacha, de forma que no podía distinguir su fisonomía: parecía como desesperado.

Yo entonces le dirigí la palabra:
—¿Quién eres?—, le pregunté.

Pero él no me contestó.

Volví a insistir y él permaneció en silencio, como quien se obstina en no querer hablar.

Después de un largo viaje llegué ante un palacio estupendo, cuyas puertas estaban abiertas de par en par, distinguiéndose en el interior un pórtico inmenso recubierto al parecer por una cúpula muy alta, de la cual descendían torrentes de luz tan viva que no se podría comparar a la del sol, ni a la producida por la electricidad, ni a ninguna otra de este mundo. También los pórticos resplandecían, pero la luz de éstos era un reflejo de la que provenía de lo alto.

Una gran multitud de personas, todas resplandecientes, estaban reunidas en el interior del palacio y en medio de ellas había una Señora vestida con mucha sencillez; cada punto de su vestido brillaba con multitud de rayos que destacaban de una manera muy notable entre todos los demás resplandores.

Toda aquella asamblea parecía estar a la espera de alguien. Entretanto me di cuenta de que el joven que me acompañaba buscaba siempre la manera de esconderse detrás de mí.

Yo entonces comencé a repetir mis preguntas:

—Pero dime, ¿quién eres? ¿Cuál es tu nombre?

El joven me respondió:

---Muy pronto lo sabrás.
—Pero ¿qué tienes que estás tan triste?—, insistí.

—Lo sabrás.

—Dime al menos tu nombre.

—Muy pronto lo sabrás.

Su voz tenia un tono iracundo.

Entretanto, al acercarse O'Donnellan a la puerta de aquel gran palacio, la bella Señora que yo había visto le salió al encuentro y con Ella toda aquélla muchedumbre que la rodeaba. La Señora, vuelta a O'Donnellan, exclamó con armoniosa voz:

—*Hic est filius meus dilectus, qui fulgebit tamquam sol in perpetuas aeternitates!*

Y después, como si hubiese entonado un cántico, toda aquella muchedumbre comenzó a cantar aquellas mismas palabras. No se oían voces humanas ni instrumentos musicales, sino una armonía tan suave, tan distinta, tan inenarrable, que no sólo el oído, sino toda la persona notaba su influjo.

O'Donnellan penetró en el palacio.

Entonces, de un foso de aquella llanura salieron dos monstruos espantosos. Eran de cuerpo largo y muy abultado y se lanzaron contra el joven que estaba escondido detrás de mí. Toda la luz había desaparecido, sólo se veían a mi alrededor los rayos que emanaban del cuerpo de la Señora.

—¿Que es esto?, —dije yo—; ¿quiénes son estos monstruos?

Y detrás de mí la voz oscura y airada:

—Dentro de poco lo sabrás, dentro de poco lo sabrás.
Aquella Señora exclamó:

—*Filium enutrivi et educavi, ipse autem factus est tamquam iumentum*

insipiens.

Y detrás de mí la voz continuaba:

—Dentro de poco lo sabrás, dentro de poco lo sabrás.

Inmediatamente aquellos dos monstruos se lanzaron sobre aquel joven, uno le mordió en un hombro y el otro en la nuca y el cuello. Los huesos crujieron como si hubiesen sido molidos en un mortero.

Yo miraba a mi alrededor y buscaba gente que viniese en mi auxilio y no viendo a nadie me lancé contra aquellos dos monstruos diciendo:

—Ya que no hay nadie acudiré yo en su socorro.

Pero los dos monstruos se revolvieron contra mí abriendo sus fauces. Aún veo el blanquear de sus dientes y el rojo fuego de sus encías.

Mi espanto fue tal que me desperté. .
****

El secretario, que dormía en la habitación contigua, se despertó al oír los gritos de auxilio y acudió en defensa de [San] Juan Don Bosco, al cual encontró como quien desea sacudir el sueño para verse libre de una pesadilla. Movía los brazos, hacía esfuerzos para sentarse, tocaba el lecho y tiraba de la ropa, como para comprobar si en realidad estaba despierto o dormido.

El sueño entero lo contó el [Santo] a los Capitulares durante la cena del 25; y a los Superiores principales de la casa les dio a conocer la segunda parte, causando en ellos la más honda impresión. El Director, Don Francesia, dio unas "buenas noches" que llenó de terror a los jóvenes, de forma que los pocos que no se habían confesado en la reciente jornada de las Cuarenta Horas o durante el ejercicio de la buena muerte, lo hicieron en la mañana del 24, siendo también muchos de los que ya se habían confesado, los que repitieron la Confesión.

Entretanto el Director no perdía de vista a uno que no quería saber nada de recibir Sacramentos. En la duda de que fuese el indicado por [San] Juan Don Bosco, lo llamo a su habitación antes de que se fuese a descansar, lo amonestó y se *hizo prometer por parte del muchacho que al día siguiente se iría a confesar. En efecto, así lo hizo, pero como habían sido muchos los que*

estuvieran delante de él y como, por otra parte, ya no tendría tiempo para hacer la Comunión, el mismo Director le dijo que aguardase y que volviese a la mañana siguiente.

¡Ay si hubiese esperado tanto tiempo! Pero su suerte estaba en buenas manos. Don Trione, Catequista de los estudiantes, que todas las noches, después de recorrer los dormitorios, solía ir al comedor del Capítulo para buscar a [San] Juan Don Bosco y acompañarlo a su habitación, pudo enterarse aquella noche, según él mismo contaba, del nombre del desgraciado al que había visto en el sueño al borde del infierno. Se llamaba Arquímedes Acconero, alumno del segundo año, el mismo al que había amonestado Don Francesia. Ya el año anterior su conducta había sido tan poco laudable que los Superiores habían determinado dejarlo en su casa después de las vacaciones. Mas, lo volvieron a admitir, pero no dio muestras de quererse corregir. El incomparable catequista, pues, lo estuvo observando por la mañana y al darse cuenta de que no se había confesado, lo llamó aparte y le hizo tales razonamientos que lo indujo a no salir de la iglesia sin haberlo hecho.

Fue algo providencial. Por la tarde el pobre joven jugaba subiendo a unas camas de hierro que estaban bajo los pórticos, cuando el montón cedió cogiéndole debajo. Librado inmediatamente de aquel peso, fue llevado a la enfermería, permaneciendo sin sentido durante varias horas, quejándose de fuertes dolores. A las cuatro había perdido el conocimiento por completo, muriendo hacia la medianoche. Su madre, que había sido llamada con toda urgencia, apenas llegó al Oratorio, preguntó si su hijo se había suicidado. ¡Tan convencida estaba ella misma de que el joven iba por mal camino!

Este trágico fin señaló la realización de la predicción hecha por nuestro Santo.

Don Calogero Gusmano, secretario del Capítulo Superiojr y a la sazón estudiante en el Oratorio, recordaba que [San] Juan Don Bosco, al dar el aguinaldo para el año 1885 había anunciado que durante el próximo año morirían seis de los allí presentes; recordaba perfectamente que entre sus compañeros se decía en el mes de octubre:

LAS MISIONES SALESIANAS DE ASIA, ÁFRICA Y OCEANIA

SUEÑO 137.—AÑO DE 1885.

(M. B. Tomo XVII, págs. 643-645)

La Providencia divina no cesaba de descorrer de vez en cuando delante de los ojos de [San] Juan Don Bosco el velo de la suerte futura de la Sociedad Salesiana en el campo sin límites de las Misiones.

También en 1885 un sueño revelador vino a manifestarle cuáles eran los designios de Dios para un porvenir remoto.

[San] Juan Don Bosco Lo contó y comentó en presencia de todo el Capítulo Superior la noche del dos de julio; Don Lemoyne se apresuró a tomar nota.
****
Me pareció —dijo el [Santo]— estar delante de una montaña elevadísima, sobre cuya cumbre estaba un Ángel resplandeciente de luz que iluminaba las regiones más apartadas. Alrededor de la montaña había un extenso reino de gente desconocida.

El Ángel tenía una espada en su diestra que mantenía levantada, espada que brillaba como una llama vivísima y con la izquierda señalaba las regiones circundantes. Entonces me dijo:
****
—Ángelus Arfaxad vocat vos ad praelianda bella Domini et ad congregandos populas in horrea Domini. El Ángel de Arfaxad te llama a combatir las batallas del Señor y a reunir a los pueblos en los graneros del Señor.

Su palabra no tenía como otras veces forma de mandato, sino que parecía una propuesta.

Una turba maravillosa de Ángeles, de los cuales no supe ni pude, retener el nombre, lo rodeaba. Entre ellos estaba Luis Colle, al cual hacían corona una multitud de jovencitos, a los que enseñaba a cantar alabanzas a Dios y él mismo también las cantaba.

Alrededor de la montaña, a los pies de la misma y en sus laderas habitaba multitud de gentes. Todos hablaban entre sí, pero su lenguaje era desconocido, ininteligible. Yo sólo comprendía lo que decía el Ángel. Me sería imposible describir lo que vi. Veía al mismo tiempo objetos separados, simultáneos, los cuales transfiguraban el espectáculo que se ofrecía a mi vista.

Por tanto, aquello unas veces me parecía la llanura de la Mesopotamia, otra un monte altísimo, y aquella misma montaña sobre la cual estaba el Ángel de Arfaxad a cada momento tomaba mil aspectos diferentes, hasta convertirse en una serie de sombras vaporosas, pues tales parecían los habitantes que la poblaban.

Delante de este monte y durante todo este viaje me parecía estar elevado a una altura grandísima, como si me encontrase sobre las nubes circundado de un espacio inmenso. ¿Quién podrá expresar con palabras aquella altura, aquella anchura, aquella luz, aquella claridad, en suma, un espectáculo semejante? Se puede gozar de él, pero no se le puede describir.

En este y en otros recorridos había muchos que me acompañaban y que me animaban y animaban también a los Salesianos para que no se detuviesen en su camino. Entre los que me llevaban de la mano y me obligaban, por así decirlo, a seguir adelante, estaba el querido Luis Colle y muchos escuadrones de ángeles, los cuales hacían eco a los cánticos de los jovencitos que estaban alrededor de él.

Me pareció, pues, estar en el centro del África en un extensísimo desierto viendo escrito en el suelo con grandes caracteres: «Negros». En medio estaba el Ángel de Cam, el cual decía:

—*Cessabit maledictum* y la bendición del Creador descenderá sobre sus hijos réprobos y la miel y el bálsamo curarán las mordeduras causadas por las serpientes; después serán cubiertas las torpezas de los hijos de Cam.

Todos aquellos pueblos estaban desnudos.

Finalmente me pareció estar en Australia.

Aquí había también un Ángel, pero no tenía nombre alguno. El guiaba, caminaba y hacía caminar a la gente hacia el mediodía. Australia no era un continente sino un conjunto de numerosas islas cuyos habitantes diferían en carácter y formas externas. Una multitud de niños que vivían allá intentaban venir hacia nosotros, pero se lo impedía la distancia y las aguas que nos separaban.

Tendían las manos hacia [San] Juan Don Bosco y hacia los Salesianos, diciendo:

—¡Vengan en nuestro auxilio! ¿Por qué no continúan la obra que sus padres han comenzado?

Muchos se detuvieron; otros, haciendo mil esfuerzos, pasaron en medio de los animales feroces y vinieron a mezclarse con los Salesianos, a los cuales yo no conocía y comenzaron a cantar:

—*Benedictus qui venit in nomine Domini.*

A cierta distancia se veían grupos de innumerables islas, pero yo no podía distinguir sus características. Me pareció que todo aquel conjunto indicaba que la Divina Providencia ofrecía una porción del campo evangélico a los Salesianos, pero para un futuro lejano. Sus fatigas darán su fruto, porque la mano del Señor será constante con ellos, si saben agradecer sus favores.
****

Si pudiera embalsamar y conservar vivos a unos cincuenta Salesianos de los que ahora están entre nosotros, de aquí a quinientos años verían qué destino tan estupendo nos reserva la Providencia, si somos fieles.

De aquí a ciento cincuenta o doscientos años los Salesianos serán dueños de todo el mundo.

Nosotros seremos bien vistos siempre, aun de los malos, porque nuestro campo especial es de tal naturaleza que se atrae las simpatías de todos, buenos y malos. Habrá alguna mala cabeza que nos quiera destruir, pero serán proyectos aislados que no tendrán el apoyo de tos demás.

Todo estriba en que los Salesianos no se dejen llevar del amor y *las comodidades y de la desgana en el trabajo. Manteniendo solamente nuestras obras ya existentes y evitando el vicio de la gula, la Congregación Salesiana ha asegurado su porvenir.*

La Congregación prosperará aún materialmente si procuramos sostener y extender el Boletín, la obra de los Hijos de María Auxiliadora, y la extenderemos. ¡Son tan buenos muchos de estos hijos! Su institución nos dará Hermanos decididos a mantenerse en su vocación.

Estas son las tres cosas que [San] Juan Don Bosco vio más claramente y que mejor recordó y narró la primera vez; pero como expuso sucesivamente a Don Lemoyne, vio mucho más. Vio todos los países, a los que serían

llamados los Salesianos con el tiempo, pero en una visión fugaz, haciendo un viaje rapidísimo, en el que saliendo de un punto volvía al mismo. Decía que había sido algo así como un relámpago; con todo, al recorrer aquel inmenso espacio había distinguido en un momento las regiones las ciudades, los habitantes, los mares, los ríos, las islas, las costumbres y mil hechos que se entremezclaban y un sinfín de espectáculos simultáneos imposible de describir. Por eso, de todo aquel viaje fantástico conservaba un recuerdo poco preciso, no pudiendo hacer de él una descripción detallada. Le había parecido que junto a sí estaban muchos que le animaban a él y a los Salesianos a no detenerse en el camino. Entre los más decididos a estimular a los demás a proseguir adelante, estaba el joven Luis Colle del cual escribía el Padre el 10 de agosto: «Nuestro amigo Luis me ha llevado a dar un paseo por el centro del África, tierra de Cam, decía él, y por las tierras de Arfaxad, esto es por la China. Si el Señor nos permite una entrevista, tendremos muchas cosas de qué hablar».

Recorrió una zona circular alrededor de la parte meridional de la esfera terrestre. He aquí la descripción del viaje, según asegura Don Lemoyne haberla oído de sus labios. Partió de Santiago de Chile y vio Buenos Aires, San Pablo [Paolo], en el Brasil, Río de Janeiro, Cabo de Buena Esperanza, Madagascar, Golfo Pérsico, orillas del Mar Caspio, Sennaar, Monte Ararat, Senegal, Ceylán, Hong-Kong, Macao a la entrada de un mar sin límites y ante la alta montaña desde la cual se descubría la China; después, el Celeste Imperio, Australia, las islas Diego Ramírez, terminando el recorrido con la vuelta a Santiago de Chile. En aquel rapidísimo viaje [San] Juan Don Bosco distinguió islas, tierras y naciones esparcidas por todos los grados y otras muchas regiones poco habitadas y desconocidas. De muchas de las localidades que había contemplado en el sueño no recordaba los nombres; Macao, por ejemplo, la llamada Meaco.

De las regiones más meridionales de América habló con el capitán Bove; pero éste, no habiendo pasado del cabo de Magallanes por falta de medios y por haberse visto obligado a volver atrás por varias circunstancias, no lo pudo dar alguna aclaración.

Hemos de decir algo de aquel enigmático Arfaxad. Antes del sueño [San] Juan Don Bosco desconocía quién fuese; después de él, hablaba en cambio de este personaje con bastante frecuencia. Encargó al clérigo Festa de buscar en diccionarios bíblicos, en historias y geografías, en periódicos con qué pueblos de ¡a tierra había tenido relación aquel supuesto personaje.

Al fin se creyó haber dado con la clave del misterio en el primer volumen de Rohrbacher, el cual asegura que de Arfaxad descienden los chinos.

Su nombre aparece en el capítulo décimo del Génesis, donde consta la genealogía de los hijos de Noé, que se repartieron el mundo después del Diluvio. En el versículo 22 se lee: [22] Filii Sem : Ælam, et Assur, et Arphaxad, et Lud, et Aram. *Aquí, como en otras partes del gran cuadro etnográfico, los nombres propios designan individuos que fueron padres de pueblos relacionados también con las extensas regiones que ocuparon. Así, por ejemplo, Aelam, que significa país alto, indica la Elimaida, que, con la Susiana, fueron después provincias de Persia: Assur es el padre de los Asirios. Sobre el tercer nombre los exegetas no están acordes al afirmar el pueblo a que se refiere. Algunos, como Vigouroux, señalan a Arfaxad la Mesopotamia. De todas formas, estando considerado como uno de los progenitores de pueblos asiáticos, siendo nombrado precisamente de dos de ellos que poblaron la costa más oriental de la tierra descrita en el documento mosaico, se puede asegurar que también Arfaxad indique una población que ha de colocarse seguidamente detrás de las precedentes, que se extendió cada vez más hacia el Oriente. No sería, pues, improbable que el Ángel de Arfaxad sea el de la India o el de la China.*

[San] Juan Don Bosco se fijó de una manera más particular en la China, diciendo que en dicho territorio trabajarían de allí a poco los Salesianos; y otra vez dijo:

—Si yo tuviese Veinte Misioneros para enviarlos a China, es cierto que serían recibidos triunfalmente a pesar de la persecución.

Por eso, desde entonces se preocupó grandemente de todo lo relacionado con el Celeste Imperio.

En este sueño pensaba con frecuencia, hablaba de él con cierta satisfacción y veía en él como una confirmación de los otros sueños que había tenido sobre las Misiones.

EL RAMILLETE DE FLORES

SUEÑO 138.—AÑO DE 1886.

(M. B. Tomo XVIII, pág. 21)

En el mes de septiembre de 1885, la noche del 30 para ser más precisos, ¡os jóvenes rodearon a [San] Juan Don Bosco, diciéndole: —Cuéntenos algún sueño que se refiera a nosotros. Y él les contestó: —Si que se los contaré.
****

Hace algunos años soñé que después de la Misa de la Comunidad estaba paseando entre los jóvenes. Todos me rodeaban y me miraban escuchando mis palabras. Pero había uno que estaba delante de mí volviéndome las espaldas. Cuando [San] Juan Don Bosco paseaba en el patio con los alumnos, los que iban andando delante de él haciéndole corona, lo hacían de espaldas dándole siempre la cara. El tal llevaba en la mano un hermoso ramillete de flores de variados colores, blancas, rojas, amarillas, verdes, violetas... Yo le dije que se diera la vuelta y me mirara a mí; él entonces se volvió durante unos momentos, pero seguidamente me tornó a dar las espaldas. Yo le afeé esta manera de proceder y él me contestó:

—Dux aliorum hic similis campanae, quae vocat alios ad templum Domini, ipsa autem non intrat in ecclesiam Dei. El que hace de guía de los demás es como la campana, que llama a los otros a la casa del Señor, pero ella no entra en la Iglesia.

Al oír estas palabras todo desapareció y yo me olvidé pronto de lo que había soñado.
****

Pero hace unos días vi entre vosotros al joven con el que había soñado; es bastante mayor, pero es el mismo.

Los jóvenes preguntaron inmediatamente:

—¿Está aquí entre nosotros? ¿Quién es?

—Sí —replicó [San] Juan Don Bosco—, está aquí entre vosotros, pero no es conveniente decir quién es; más que yo mismo no sabría qué interpretación dar al sueño.

Dicho esto se hizo traer un saquito de nueces conocido de los alumnos. Las nueces habían disminuido bastante en aquellos días en que más de una

mano piadosamente furtiva debía de haber substraído algunas en diversas ocasiones. Como era natural, durante la distribución los jóvenes permanecían con los ojos muy abiertos para observar bien lo que sucedía. En aquella ocasión el saquito se vaciaba cada vez más. Con todo hubo nueces para todos a excepción de uno de los dos que sostenían el saco; de éstos uno sostenía el saquillo y el otro mantenía la boca del mismo abierta. [San] Juan Don Bosco, metiendo la mano bien adentro y *rebuscando, exclamó:*

—¡Ahí, todavía hay una aquí.

Después siguió buscando y *con aire sonriente sacó un puñado que dio al muchacho, diciendo:*

—Tómalas, son riquísimas.

Después llamó al catequista Don Trione, que estaba detrás de los jóvenes y *también le dio a él; seguidamente a Don Durando, Prefecto general que tenía su despacho allí cerca y también para él encontró.*

—También quiero darle a Mazzola y a Bassignana dijo.

Y ambos recibieron un puñado cada uno. Los jóvenes, más que admirados, contemplaban la escena llenos de sagrado terror.

Al fin, introduciendo nuevamente la mano en el saquito, sacó de él otras cinco nueces y enseñándolas a todos manifestó su contrariedad porque faltaban allí algunos jóvenes. En efecto, no estaban precisamente cinco, de los cuales tres habían ido a Valsalice y *dos se había quedado en el estudio. Es cierto que en aquella semioscuridad y dada la mala vista del [Santo], él no había podido notar con sus propios ojos aquellas ausencias.*

Mientras salían, el alumno Barassi, acercándose a [San] Juan Don Bosco, le preguntó:

-—¿El del ramo de flores provocará algún cisma, no es cierto?

—Sí, sí, dará mucho que pensar— respondió el Santo. Pero no sabemos más sobre esto.

Antes de entrar en la antesala de su habitación, detuvo y tomó por la

mano a Calzinari, jovencito piadoso, pero que no se dejaba ver nunca de [San] Juan Don Bosco y le habló al oído. El muchacho palideció y le dijo:

—Está bien.

Al quedarse solo con sus secretarios, el Santo les dijo:

—Al joven del ramo de flores lo he invitado y lo he llamado y me prometió que vendría, pero aún no lo ha hecho. Y con todo es necesario que yo hable con él.

¡Cuánto provecho para sus almas recavaban todos aquellos que se acercaban con toda confianza a [San] Juan Don Bosco, especialmente en el sacramento de la Confesión!

UN JOVEN EXTRAÑO
SUEÑO 139.—AÑO DE 1886.

(M. B. Tomo XVffl, pág. 25)

En carta de Don Lazzero escrita en fecha tres de febrero, dice entre otras cosas, refiriéndose a la fiesta de San Francisco de Sales, celebrada en el Oratorio: «[San] Juan Don Bosco pasó muy bien ese día, tomando parte con nosotros en todos los actos».

La noche precedente había dormido mal, despertando con sus gritos a Viglietti que le preguntó a la mañana siguiente sobre la causa de los mismos:
****

—Vi —le contestó— a un joven grueso, de cabeza alargada y de frente deprimida, pequeño, de miembros robustos que daba vueltas alrededor de mi lecho. Yo procuraba por todos los medios alejarlo; pero cuando lo echaba de una parte se iba a la otra y así no cesaba en sus molestas maniobras. Yo le reprochaba su proceder, quería golpearle, pero me era imposible quitarme aquel fastidio de encima.

Finalmente le dije:

—Mira que si no te marchas te voy a decir una palabra que no he dicho jamás en mi vida.

Y como el joven continuase dando vueltas alrededor de mi cama, le dije en voz alta:

—¡Carroña!

Y me desperté.
****
Terminó su relato [San] Juan Don Bosco poniéndose encendido y añadiendo:

—Jamás había dicho semejante palabra en mi vida y al fin la tuve que decir en sueño.

Y sonreía.

EL RESPETO AL TEMPLO

SUEÑO 140.—AÑO DE 1886.

(M. B. Tomo XVIII, pág. 26)

El 25 de febrero de 1886, [San] Juan Don Bosco contó a sus secretarios el siguiente sueño:
****
Me pareció entrar en la Catedral de San Juan, de Turín, cuando vi a dos sacerdotes, uno de los cuales estaba apoyado en la pila del agua bendita, y el otro en una columna, teniendo ambos con indiferencia el sombrero puesto. Quise llamarles la atención, pero no me atrevía a hacerlo pues descubrí en su semblante una expresión del más cínico desprecio.

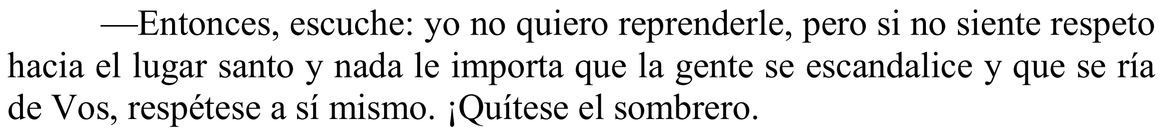
Con todo, haciéndome violencia a mí mismo, dije al primero:

—Perdone, ¿de dónde estáis Vos?

—¿Qué le importa?—, me replicó bruscamente.

—Es que quería decirle algo que tengo interés en hacerle saber.

—¡Y yo qué tengo que ver con Vos!



—Entonces, escuche: yo no quiero reprenderle, pero si no siente respeto hacia el lugar santo y nada le importa que la gente se escandalice y que se ría de Vos, respétese a sí mismo. ¡Quítese el sombrero.

****

—Es cierto, tiene razón— dijo el sacerdote y *se descubrió. Después me dirigí al otro y le hice la misma advertencia. El aludido se quitó también el sombrero. [San] Juan Don Bosco, entonces, riendo satisfecho, se despertó.*

EL VIA CRUCIS

SUEÑO 141.—AÑO DE 1886.

(M. B. Tomo XVII, págs. 26-27)

En la misma fecha del 26 de febrero el [Santo] contó a sus secretarios lo siguiente:

****

Le pareció encontrarse con un individuo que le instaba a que se presentase al público y predicase sobre el *Via Crucis.*

—¿Predicar sobre el Via *Crucis?,* —replicó el [Santo]—. Querrá decir sobre la Pasión del Señor.

—No, no —repetía el otro—, sobre el Via *Crucis.*

Y así diciendo lo condujo por una larga calle, que llevaba a una plaza inmensa, y lo hizo subir sobre un pedestal. La plaza estaba desierta, por lo que [San] Juan Don Bosco objetó:

—Pero ¿a quién le voy a predicar si aquí no hay nadie?

Mas he aquí que, de pronto, la plaza se vio abarrotada de gente. El entonces habló del *Via Crucis,* explicó el significado de la palabra, enumeró las ventajas de esta práctica, piadosa y cuando hubo terminado de hablar todos le suplicaban que continuase explicando cada una de las estaciones. [San] Juan Don Bosco se excusaba afirmando que no sabía qué decir más, pero ante las insistencias de la multitud hubo de tomar nuevamente la palabra y siguió hablando sin interrupción, diciendo que el *Via Crucis* es la vía del Calvario, el camino de los padecimientos, que Jesucristo fue el primero en recorrer y que nos propone a nosotros imitarle con estas palabras: *Qui vult post me venire,*

abneget semetipsum, tollat crucem suam quotidie et sequatur me. Finalmente, en el ardor de la plática, se despertó.

Sobre el Via Crucis había contado otro sueño el 16 de noviembre del año anterior. Le pareció estar rodeado de una muchedumbre de gente que le decía:

—¡Haga un *Via Crucis* con ejemplos! ¡Hágalo, hágalo!

—Pero ¿qué ejemplos quieres que te cuente?, —respondió él—. El *Via Crucis* es en sí mismo un continuo ejemplo de los padecimientos de Nuestro Señor.

—No, no; queremos un nuevo trabajo.

[San] Juan Don Bosco se encontró inmediatamente con la obra compuesta; incluso tenía ya las pruebas de la imprenta en la mano y buscaba a Don Bonetti y a Don Lemoyne o Don Francesia, para que las corrigiesen, pues él se encontraba muy cansado.

Mientras los buscaba afanosamente, se despertó.

****

El Santo debía, en realidad, reproducir en sí el ejemplo de la pasión de Jesucristo, soportando en unión del Señor las dolorosos enfermedades que le acompañarían hasta la muerte y ofreciéndose a sí como modelo de paciencia a sus hijos.

CON MARGARITA, EN BECCHI

SUEÑO 142.—AÑO DE 1886.

(M. B. Tomo XVII, págs. 27-28)

He aquí un sueño en el que existe ciertamente algún elemento profético. El [Santo] se lo contó a Don Lemoyne y al clérigo Festa el 1 de marzo de 1886.

****

Le pareció estar en Becchi. Su madre, con una vasija en la mano estaba junto a la fuente y sacaba el agua sucia echándola en un barreño.

Aquella fuente había dado siempre agua purísima; por tanto, Margarita

se sentía llena de admiración no sabiendo explicar aquel fenómeno.

—*Aquam nostram pretio bibimus*— dijo entonces la madre.

—¡Siempre con tu latín!, —le replicó [San] Juan Don Bosco—. Ese no es un texto de la Escritura.

—No importa; di tú otras palabras si te sientes capaz de hacerlo. En éstas está comprendido todo; basta estudiarlas bien. *Iniquitates eorum porta...* Ahora puedes añadir lo que quieras.

—*Portavimus? portamus?*

—Lo que quieras: *portavimus, portamus, portavimus.* Piensa bien en estas palabras, estudíalas y hazlas estudiar a todos tus sacerdotes y te darás cuenta de todo lo que tiene que suceder.

Después lo condujo detrás de la fuente a un lugar elevado, desde donde se distinguía Capriglio y sus caseríos y los caseríos de Butigliera y también Butigliera y otros esparcidos por acá y por allá, y señalándolos le dijo:

—¿Qué diferencia hay entre estos pueblos y los de la Patagonia? —Pero es que -—le respondí—, yo querría hacer el bien aquí y allá.

—Si és así, conforme—replicó mamá Margarita.

Entonces le pareció que su madre se iba a marchar y como su fantasía estuviese muy cansada, se despertó.
****

Después del relato hizo esta observación:

—El lugar al cual me condujo mi madre es muy a propósito para levantar alguna obra, pues es como el centro de muchos caseríos que no tienen iglesia.

Hoy el sueño está cumplido. Debido a la magnífica generosidad de Don Bernardo Semería, se levanta allí un gran instituto de enseñanza profesional, y el agua se le compra al acueducto provincial.

DE VALPARAÍSO A PEKÍN

SUEÑO 143.—AÑO DE 1886.

(M. B. Tomo XVIII, págs. 72-74)

En la noche del 9 al 10 de abril, encontrándose [San] Juan Don Bosco en Barcelona, tuvo un sueño misionero que contó a [Beato] Miguel Don Rúa, a Don Branda y *a Viglietti con la voz entrecortada por los sollozos.*

Viglietti lo escribió inmediatamente y por orden del [Santo] envió una copia a Don Lemoyne para que lo leyese a todos los Superiores del Oratorio y les sirviese de estímulo.

«La copia adjunta —advertía el secretario— no es más que un esbozo de una magnífica y amplísima visión».

El texto que damos a la publicidad es el de Viglietti, un poco retocado por Don Lemoyne.
****

Don Bosco se encontraba en las proximidades de Castelnuovo, sobre él cerro denominado Bricco del Pino, cerca del valle Sbarnau. Dirigía a todas partes su mirada, pero lo único que distinguía era una densa espesura de bosque que lo cubría todo recubierta al mismo tiempo de una cantidad innumerable de hongos.

—Este —decía [San] Juan Don Bosco—, debe ser el Condado de José Rossi, o al menos merecería serlo.

([San] Juan Don Bosco, para despertar la hilaridad entre los alumnos, había nombrado conde de aquellas tierras al coadjutor José Rossi).

Y en efecto, después de algún tiempo descubrió a Rossi que, muy serio, contemplaba desde un cerro los valles que se extendían a sus pies. El [Santo] lo llamó, pero él no respondió más que con una mirada, como quien está preocupado.

[San] Juan Don Bosco, volviéndose hacia otra parte, vio a [Beato] Miguel Don Rúa, el cual, de la misma manera que Rossi, permanecía con toda seriedad sentado, descansando.

[San] Juan Don Bosco los llamó a ambos, pero ellos continuaron

silenciosos y no respondieron ni con un ademán.

Entonces descendió de aquel montículo y después de caminar un rato llegó a otro desde cuya altura descubrió una selva, pero cultivada y atravesada por caminos y senderos. Desde allí dirigió su mirada alrededor, proyectándola hasta el horizonte, pero, antes que la retina, quedó impresionado su oído por el alboroto que hacía una turba incontable de niños.

Á pesar de cuanto hacía por descubrir de dónde procedía aquel ruido, no veía nada; después, a aquel rumor sucedió un griterío como el que estalla al producirse alguna catástrofe. Finalmente vio una inmensa cantidad de jovencitos, los cuales, corriendo a su alrededor, le decían:

—¡Te hemos esperado, te hemos esperado tanto tiempo, pero finalmente estás aquí; ahora estás entre nosotros y no te dejaremos escapar!

[San] Juan Don Bosco no comprendía nada y pensaba qué querrían de él aquellos niños; pero mientras permanecía como atónito en medio de ellos, vio un inmenso rebaño de corderos conducidos por una pastorcilla, la cual, una vez que hubo separado los jóvenes y las ovejas y de colocar a los unos en una parte y a las ovejas en otra, se detuvo junto a él y le dijo:

—¿Ves todo lo que tienes delante?

—Sí que lo veo— replicó el [Santo].

—Pues bien, ¿te acuerdas del sueño que tuviste a la edad de diez años?

—¡Oh, es muy difícil recordarlo! Tengo la mente cansada, no lo recuerdo bien ahora.

—Bien, bien; reflexiona y lo recordarás.

Después, haciendo que los jóvenes se acercasen a [San] Juan Don Bosco, le dijo:

—Mira ahora hacia esa parte, dirige allá tu mirada, y vosotros hagan lo mismo y lean lo que vean escrito... Y bien, ¿qué ven?

—Veo —contestó el [Santo]— montañas, colinas, y más allá más

montañas y mares.

Un niño dijo:

—Yo leo: Valparaíso.

—Yo: Santiago— dijo otro.

—Yo —añadió un tercero— leo las dos cosas.

—Pues bien —continuó la pastorcilla—, parte ahora hacia aquel punto y sabrás la norma que han de seguir los Salesianos en el porvenir. Vuélvete ahora hacia esta parte, tira una línea visual y mira.

—Veo montañas, colinas, mares...

Y los jóvenes afinaban la vista exclamando a coro:

—Leemos Pekín.

[San] Juan Don Bosco vio entonces una gran ciudad. Estaba atravesada por un río muy ancho sobre el cual había construidos algunos puentes muy grandes.

—Bien —dijo la doncella que, parecía su Maestra—, ahora tira una línea desde una extremidad a la otra, desde Pekín a Santiago, haz centro en el corazón de África y tendrás una idea exacta de cuánto deben hacer los Salesianos.

—Pero ¿cómo hacer todo esto?, —exclamó [San] Juan Don Bosco—. Las distancias son inmensas, los lugares difíciles y los Salesianos pocos.

—No te preocupes. ¿No ves allá cincuenta misioneros preparados? ¿Y más allá no ves más y muchos más aún? Traza una línea desde Santiago al África Central. ¿Qué ves?

—Diez centros de misión.

—Bien; estos centros que ves serán casas de estudio y de noviciado que se dedicarán a la formación de los misioneros que han de trabajar en estas

regiones. Y ahora vuélvete hacia esta parte. Aquí verás otros diez centros desde el corazón del África a Pekín. También estas casas proporcionarán misioneros a todas estas otras regiones. Allá está Hong-Kong, allí Calcuta, más allá Madagascar. En todas estas ciudades en otras más habrá numerosas casas, colegios y noviciados.

[San] Juan Don Bosco escuchaba mientras observaba detenidamente todo aquello, después dijo:

—¿Y dónde encontrar tanta gente y cómo enviar misioneros a esos lugares? En esos países existen salvajes que se alimentan de carne humana; hay herejes y perseguidores de la Iglesia: ¿cómo hacer?

—Mira —replicó la pastorcilla—, es menester que emplees toda tu buena voluntad. Sólo tienes que hacer una cosa: recomendar que mis hijos cultiven constantemente la virtud de María.

—Bien, sí; me parece haber entendido. Repetiré a todos tus palabras.

—Y guárdate del error actual, o sea el mezclar a los que estudian las artes humanas con los que se dedican al estudio de las artes divinas, pues la ciencia del cielo no quiere estar unida a las cosas de la tierra.

[San] Juan Don Bosco quería continuar hablando, pero la visión desapareció; el sueño había terminado.
****

Mientras [San] Juan Don Bosco contaba este sueño, sus tres oyentes exclamaron repetidas veces: —¡Oh, María, María!

Cuando el Santo hubo terminado, dijo:
—¡Cuánto nos ama María!

Hablando después dé este mismo sueño en Turín con Don Lemoyne, comenzó a decir con acento sereno y persuasivo:

—Cuando los Salesianos estén en China y se *encuentren en las dos orillas del río que pasa por las cercanías de Pekín... Unos se establecerán en la orilla izquierda correspondiente al Celeste Imperio y los otros en la derecha, perteneciente a la Tartaria. ¡Oh, cuando los unos vayan al encuentro de los otros para estrecharse las manos!... ¡Qué gloria para nuestra*

Congregación!... ¡Pero el tiempo está en las manos de Dios!

El mismo Don Lemoyne al enviar una copia del sueño a Mons. Cagliero, escribía el 23 de abril a propósito de la parte en él representada por [Beato] Miguel Don Rúa, Vicario de [San] Juan Don Bosco y por José Rossi, proveedor general: «Yo, como intérprete, haré notar: [Beato] Miguel Don Rúa es la parte espiritual, la más importante; José Rossi es la parte material un tanto embrollada. El porvenir ha de poner de acuerdo la una con la otra». Y así fue en realidad.

Un buen comentario a aquel pasaje del sueño en el que se habla de Chile, se destaca de cuanto se refiere en el Boletín de septiembre de 1887. En la crónica de un viaje realizado por Mons. Cagliero en compañía de Monseñor Fagnano a la república transandina, se cuenta que en Santiago el senador Valledor rogaba a los Salesianos que aceptasen la dirección del Orfelinato del gobierno, constituyéndose en padres de tantos niños de los seis a los diez años y *que habiendo ido dichos señores a visitar el instituto, oyeron leer a un huerfanito estas palabras en una academia:*

—Hace dos años que lloramos y rezamos para que [San] Juan Don Bosco nos de un padre.

No sólo esto. Monseñor Fagnano, entreteniéndose con los niños, les oyó decir a algunos más sencillos:

—Las niñas tienen madre (aludiendo a ¡as Hermanas), pero nosotros no podemos tener un padre. Nuestro padre es [San] Juan Don Bosco pero hasta ahora no ha llegado.

Además, en Valparaíso, en el día de su llegada, más de doscientos niños corrieron detrás de ellos gritando:

—¡Finalmente han llegado nuestros padres! Manaría podremos ir al colegio. ¡Oh, qué placer!

Al ver y al oír estas cosas, los dos Obispos pensaban en cuanto habían leído en el sueño, pues de tal forma correspondían los hechos a la predicción.

SOÑANDO CON EL ORATORIO

SUEÑO 144.--AÑO DE 1886.

(M. B. Tomo XVIII, pág. 94)

Hasta en sueños veía [San] Juan Don Bosco el Oratorio.
****

En la noche del 25 de abril se pareció estar presente a una conferencia dada por Don Lemoyne a los alumnos de cuarto y de quinto notando cómo faltaban muchos a ella; habiendo bajado después a la iglesia de María Auxiliadora durante la Misa de comunidad, observó que habían disminuido notablemente las comuniones; seguidamente al recibir a dichos jóvenes, también se percató de que muchos de ellos no se habían presentado.
****

Inmediatamente dio orden de que se comunicasen todas estas cosas a Turín, haciendo saber al mismo tiempo que a su regreso manifestaría a cada uno la parte que representaba en el sueño.

EN UNA SANGRIENTA BATALLA

SUEÑO 145.—AÑO DE 1886.

(M.B. Tomo XVIII, pág. 161)

Encontrábase [San] Juan Don Bosco de viaje hacia Pinerolo en compañía de Don Lemoyne y de Viglietti. Le salió al encuentro para recibirle el Rector del Seminario. A su llegada le aguardaba el Obispo con una carroza prestada por un señor de la ciudad.

Monseñor, muy contento de tener con él al [Santo], había hecho preparar en la residencia episcopal de San Mauricio alojamiento para [San] Juan Don Bosco y para sus dos secretarios. Aquel cambio de lecho le hizo pasar una noche agitada.
****

Y tuvo un sueño muy largo del cual solamente recordaba por la mañana que había sido llamado a toda prisa al tren y que había llegado apenas con tiempo de subir a él; arribando a un lugar donde se reñía una gran batalla, encontrándose de improviso en medio de la refriega.
****

No dio explicación del sueño.

RICOS Y POBRES

SUEÑO 146.—AÑO DE 1806.

(M. B. Tomo XVIII, págs. 169-170)

De ahora en adelante —dicen las Memorias Biográficas— no tendremos sueños importantes que narrar. El sueño de Barcelona fue el último de los grandes sueños de [San] Juan Don Bosco. Posteriormente contó otros, pero de orden meramente natural y como por pasatiempo. He aquí uno que expuso a sus oyentes el día nueve de agosto.
****

Vio a numerosos labradores que subían a un henar mirando por una y otra parte si había heno, pero sin hallarlo. Bajaron a la cuadra, registraron los pesebres y encontraron algunos residuos.

—Pero ¿cómo haremos?, —se decían entre sí—. La primavera toca su fin y estamos sin heno.

—No nos queda otra solución —murmuraba uno de ellos— que matar las vacas y comernos la carne.

—¿Y después?, —replicó otro—. Haremos nosotros como las vacas de Faraón que se comieron entre sí.

—¿Qué quiere decir esto?—, preguntó el [Santo] a su guía.

—Los ricos —le contestó éste— tendrán estas monedas, y los diamantes, el oro, la plata, las piedras preciosas, todo pasará a manos de los pobres. Los ricos perderán su poder y serán expoliados.

¿No se está cumpliendo esto al pie de la letra?

LUDOVICO OLIVE

SUEÑO 147.—AÑO DE 1887.

(M. B. Tomo XVIII, pág. 253)

En la vestición clerical celebrada el cuatro de noviembre recibió la sotana de [San] Juan Don Bosco, entre otros, el joven marsellés Ludovico

Olive. Pues bien, en diciembre enfermó gravemente de tifus. Como el mal despertaba seria inquietud, fue advertido Don Albera que se presentó en Marsella y para mayor seguridad hizo trasladar al enfermo al Oratorio. La víspera de Navidad [San] Juan Don Bosco fue a visitar al paciente y en presencia del salesiano Don Roussin le dijo:

—Te aseguro que la Virgen te sanará.

Los médicos, por su parte, daban pocas esperanzas de curación.

El 28 llegó el padre de Olive, que edificó a todos con su ejemplo de resignación a la voluntad de Dios y con su plena confianza en ¡a bondad divina. De la bondad divina había tenido una prueba reciente en su familia: Una hijita parecía encontrarse al borde del sepulcro. El nueve de diciembre la muchachita, sintiendo que las fuerzas le abandonaban, pidió que se le pusiese un bonete de [San] Juan Don Bosco que se conservaba en casa. Doblado éste se lo colocaron sobre la cabeza. Pocos minutos después la niña decía a la madre, que se encontraba mejor, que ya se lo podía quitar. En efecto: se quedó dormida, descansando algunas horas, cosa que no había logrado desde que guardaba cama. El día 18 el padre telegrafiaba a [San] Juan Don Bosco para darle las gracias por las oraciones hechas, añadiendo: «Clara, desde hace algunos días, se encuentra mucho mejor. Pedimos oraciones para que tenga una buena convalecencia».

Cuando el padre de la enferma salía para Turín, la niña hacía casi su vida normal. Ya en el Oratorio, almorzando con [San] Juan Don Bosco, al fin le repitió unas palabras de agradecimiento a las que el [Santo] contestó con estas otras:

—Brindaremos en Marsella, cuando tengamos con nosotros sentado a la mesa sano y fuerte a Ludovico.

No es para decir el consuelo que estas palabras proporcionaron al corazón del padre del enfermo. Con todo, los doctores Vignolo, Gallenga, Fissore, Albertotti y otros declararon a su hijo desahuciado. Pero lo que no podían los médicos, lo pudo Aquella que es salus infirmorum. *En la noche del tres al cuatro de enero [San] Juan Don Bosco tuvo un sueño que fue contado por él mismo de la forma siguiente:*

****

No sé si fue soñando o despierto, ni tampoco pude darme cuenta en qué

habitación me encontraba, cuando una luz ordinaria comenzó a iluminar aquel lugar.

Después se dejó oír una especie de ruido prolongado y apareció una persona rodeada de muchas otras que se iban acercando. Aquellas personas, llevaban adornos tan luminosos que toda la luz anterior quedó como convertida en tinieblas, siendo imposible mantener la vista fija en los presentes.

Entonces la persona que parecía servir a las demás de guía se adelantó un poco y comenzó a hablar en latín de esta manera:
****

—Ego sum humilis ancilla quam Dominus misit ad sanandum Ludovicum tuum infirmum. Ad réquiem ille iam erat vocatus; nunc vero ut gloria Dei manifestetur in eo, ipse animae suae et suorum curam adhuc habebit. Ego sum ancilla cui fecit magna qui potens est et sanctum nomen eius. Hoc diligenter perpende et quod futurum est intelliges. Amen.

Yo soy la humilde esclava mandada por el Señor para curar a tu enfermo Ludovico. Era ya llamado al descanso; pero ahora, en cambio, a fin de que se manifieste en él la gloria de Dios, tendrá que pensar aún en su alma y en las de los suyos. Yo soy la esclava, con la cual ha hecho cosas grandes aquel que es poderoso y su nombre es santo. Reflexiona atentamente sobre esto y comprenderás lo que debe suceder. Amén.

La noche siguiente vio la misma aparición que le dio en latín algunos avisos para bien de los jóvenes y de la Congregación.

Helos aquí:

—Continuatio verborum illius, quae dixerat anciliam Domini:

—Ego in altissimis habito ut ditem filios diligentes me et thesauros eorum repleam. Thesauri adolescentiae sunt castimoniae sermonum et actionum. Ideo vos ministri Dei clámate nec umquam cesate clamare: Fugite partes adversas, sive malas conversationes. Corrumpunt bonos mores colloquia prava, stulta et lubrica dicentes difficillime corriguntur. Si vultis mihi rem pergratam facere custodite bonos sermones inter vos et praebete ad invicem exemplum bonorum operum. Multi ex vobis promittunt flores et prorrigunt spinas mihi et Filio meo.

Cur saepissime confitemini peccata vestra et cor vestrum semper longe est a me? Dicite et operamini iustitiam et non iniquitatem. Ego sum mater quae diligo filios meos et eorum iniquitates detestor. Iterum veniam ad vos ut nonnullos ad veram réquiem mecum deducam. Curam eorum geram uti gallina custodit pullos suos.

Vos autem, opifices, estote operarii bonorum operum et non iniquitatis. Colloquia prava sunt pestis quae serpit inter vos. Vos qui in sortem Domini vocati estis, clámate, ne cessetis clamare, donec veniat qui vocabit vos ad reddendam rationem villicationis vestrae. Deliciae meae esse cum filiis hominum, sed omne tempus breve est: agite ergo viriliter dum tempus habetis, etc.

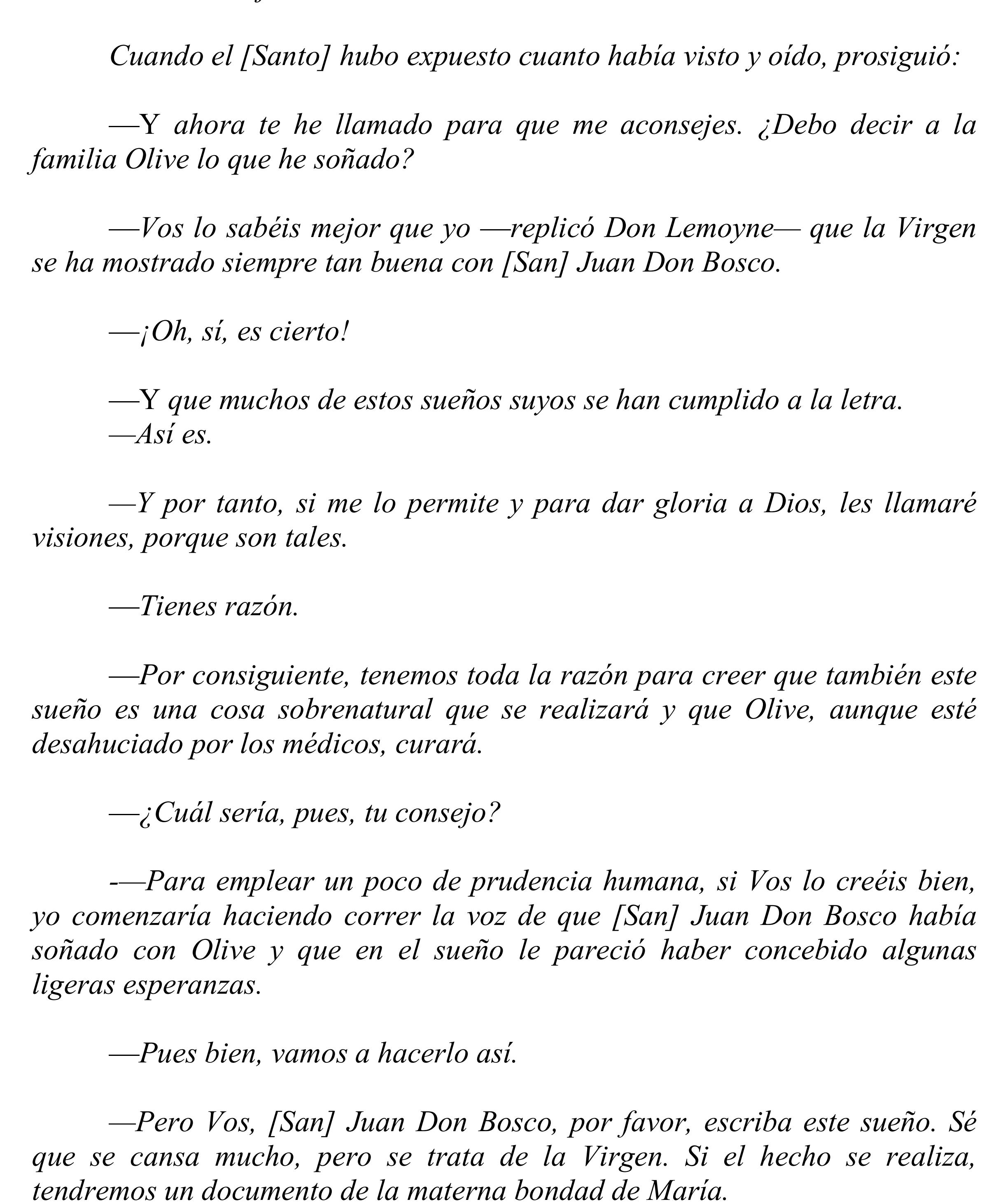
Continuación de las palabras de Aquella que se llamó a sí misma esclava del Señor: Yo tengo mi morada en lo más alto de los cielos para hacer ricos a los que me aman y llenar sus tesoros. Tesoros de los jóvenes son las palabras castas y las acciones puras. Por eso, vosotros, ministros de Dios, levanten la voz y no se cansen jamás de gritar: Huyan de las cosas contrarias, o sea de las malas conversaciones. Las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres. Los que hablan insensatamente y de manera obscena, difícilmente se corregirán. Si quieren hacer cosa a mí muy agradable, procuren tener buenas conversaciones entre vosotros y dense mutuamente ejemplos de bien obrar. Muchos de vosotros prometen flores y sólo ofrecen espinas a mí y a mi Hijo.

¿Por qué haciendo confesiones tan frecuentes sus corazónes está tan distante de mí? Digan y hagan el bien y no el mal. Yo soy una madre que amo a mis hijos y detesto sus culpas. Volveré entre vosotros para llevar a algunos al verdadero reposo. Me cuidaré de ellos como la gallina cuida a sus polluelos.

Y vosotros, artesanos, sean artífices de obras buenas y no de iniquidad. Las malas conversaciones son como una peste que se infiltra entre vosotros. Vosotros los llamados a administrar la heredad del Señor, levanten la voz, no se cansen de gritar hasta que venga Aquel que les llamará a dar cuenta de su administración. Mi delicia estriba en estar con los hijos de los hombres. Pero el tiempo es breve; por tanto, mientras tengan tiempo, trabajen con ánimo esforzado.

****

En la mañana del cinco [San] Juan Don Bosco hizo llamar a Don Lemoyne y se lo manifestó todo, dando lugar a un diálogo del cual su



interlocutor nos dejó memoria.

Cuando el [Santo] hubo expuesto cuanto había visto y oído, prosiguió:

—Y ahora te he llamado para que me aconsejes. ¿Debo decir a la familia Olive lo que he soñado?

—Vos lo sabéis mejor que yo —replicó Don Lemoyne— que la Virgen se ha mostrado siempre tan buena con [San] Juan Don Bosco.

—¡Oh, sí, es cierto!

—Y que muchos de estos sueños suyos se han cumplido a la letra.
—Así es.

—Y por tanto, si me lo permite y para dar gloria a Dios, les llamaré visiones, porque son tales.

—Tienes razón.

—Por consiguiente, tenemos toda la razón para creer que también este sueño es una cosa sobrenatural que se realizará y que Olive, aunque esté desahuciado por los médicos, curará.

—¿Cuál sería, pues, tu consejo?

-—Para emplear un poco de prudencia humana, si Vos lo creéis bien, yo comenzaría haciendo correr la voz de que [San] Juan Don Bosco había soñado con Olive y que en el sueño le pareció haber concebido algunas ligeras esperanzas.

—Pues bien, vamos a hacerlo así.

—Pero Vos, [San] Juan Don Bosco, por favor, escriba este sueño. Sé que se cansa mucho, pero se trata de la Virgen. Si el hecho se realiza, tendremos un documento de la materna bondad de María.

—Pues bien, lo escribiré.

Y en efecto, escribió cuanto más arriba hemos referido.

Creemos que no hemos de callar otra circunstancia.

En una de aquellas noches el clérigo Olive, estando malísimo, soñó que [San] Juan Don Bosco había entrado en su habitación a visitarlo, diciéndole:

Está tranquilo, dentro de diez días vendrás a verme a mi habitación.

La viveza del sueño dejó en el enfermo la persuasión de qué [San] Juan Don Bosco en persona había estado con él; negándose a prestar fe a quien aseguraba lo contrario.

El 10 de enero las cosas iban tan bien que el padre volvió a Francia. El 12 Ludovico se levantó; el 24 compareció en el comedor del Capítulo durante el almuerzo, siendo recibido por los Superiores con grandes muestras de alegría. Restablecido completamente en su salud, no volvió más a Foglizzo, sino que, por voluntad de [San] Juan Don Bosco, regresó a su patria para continuar su noviciado. Su salud se mantuvo en tal estado que le permitió en 1906 tomar parte en la primera expedición de Misioneros Salesianos que salía para la China, donde hasta el 1921, año de su muerte, ejerció un fecundo apostolado.

LAS CEREZAS

SUEÑO 148.—AÑO DE 1887.

(M. B. Tomo XVIII, pág. 283)

Con frecuencia [San] Juan Don Bosco al soñar prorrumpía en gritos agudos que despertaban y atemorizaban a Viglietti.

Así sucedió en la noche del dos al tres de marzo. El secretario le preguntó a la mañana siguiente qué había soñado.
****

El [Santo] respondió que se trataba de un verdadero lío, al cual no daba importancia alguna y del que sólo recordaba un detalle.

Le pareció estar recorriendo un terreno inculto y que una persona le decía:

—Tú te afanas en cultivar unas tierras a las orillas del Río Negro, mientras que tienes aquí campos sin cultivar.

—Oh —replicó [San] Juan Don Bosco—, dejaré crecer en éstos la hierba convirtiéndolos en pastos, en prados que servirán de alimento a los animales.

Entretanto vio un hermoso cerezo cargado de frutos y pidió permiso al agricultor para coger algunos. Aquel accedió a lo que se le pedía y el [Santo] pudo darse cuenta de que aquellas cerezas estaban secas y podridas.

LA VENDIMIA

SUEÑO 149.—AÑO DE 1887.

(M. B. Tomo XVIII, pág. 283)

En la noche del 24 de marzo [San] Juan Don Bosco soñó: ♦
****
Que se encontraba en medio de una viña en la cual se vendimiaba.

—¿Cómo es esto?, —se decía el [Santo]—. ¿Estamos en primavera y ya están vendimiando? ¡Y con todo, qué hermosos racimos! ¡Qué buena uva! ¡Oh, este año tendremos una buena cosecha!

—Sí, sí —le respondieron su hermano José y Buzzetti que se encontraban entre los vendimiadores—. Es necesario recoger mucho, mientras hay, porque a este año de abundancia sucederán años de carestía.

—¿Y por qué habrá carestía?—, preguntó [San] Juan Don Bosco.

—Porque el Señor quiere castigar a los hombres por el abuso que hacen del vino.

—Es necesario —continuó el [Santo]— hacer, pues, abundante provisión para nuestros jóvenes.
****
Cuando hubo terminado el relato pareció no darle importancia, diciendo:

¡Es un sueño!

LAS PENAS DEL INFIERNO

SUEÑO 150.—AÑO DE 1887.

(M. B. Tomo XVIII, págs. 284-285)

En la mañana del tres de abril [San] Juan Don Bosco dijo a Viglietti que en la noche precedente no había podido descansar, pensando en un sueño espantoso que había tenido durante la noche del dos. Todo ello produjo en su organismo un verdadero agotamiento de fuerzas.

—Si los jóvenes —le decía— oyesen el relato de lo que oí, o se darían a una vida santa o huirían espantados para no escucharlo hasta el fin. Por lo demás, no me es posible describirlo todo, pues sería muy difícil representar en su realidad los castigos reservados a los pecadores réprobos en impenitencia final después de la muerte.

****

El [Santo] vio las penas del infierno. Oyó primero un gran ruido, como de un terremoto. Por el momento no hizo caso, pero el rumor fue creciendo gradualmente, hasta que oyó un estruendo horroroso y prolongadísimo, mezclado con gritos de horror y espanto, con voces humanas inarticuladas que, confundidas con el fragor general, producían un estrépito espantoso.

Desconcertado observó alrededor de sí para averiguar cuál pudiera ser la causa de aquel *finis mundi*, pero no vio nada de particular. El rumor, cada vez más ensordecedor, se iba acercando, y ni con los ojos ni con los oídos se podía precisar lo que sucedía.

[San] Juan Don Bosco continuó así su relato:

—Vi primeramente una masa informe que poco a poco fue tomando la figura de una formidable cuba de fabulosas dimensiones: de ella salían los gritos de dolor. Pregunté espantado qué era aquello y qué significaba lo que estaba viendo. Entonces los gritos, hasta allí inarticulados, se intensificaron más haciéndose más precisos, de forma que pude oír estas palabras:

—Multi gloriantur in terris et cremantur in igne.

Después vi dentro de aquella cuba ingente, personas indescriptible-

mente deformes. Los ojos se les salían de las órbitas; las orejas, casi separadas de la cabeza, colgaban hacia abajo; los brazos y las piernas estaban dislocadas de un modo fantástico. A los gemidos humanos se unían angustiosos maullidos de gatos, rugidos de leones, aullidos de lobos y alaridos de tigres, de osos y de otros animales. Observé mejor y entre aquellos desventurados reconocí a algunos. Entonces, cada vez más aterrado, pregunté nuevamente qué significaba tan extraordinario espectáculo. Se me respondió:

—*Gemitibus inenarrabilibus famen patientur ut canes.*

Entretanto, con el aumento del ruido se hacía ante él más viva y más precisa la vista de las cosas; conocía mejor a aquellos infelices, le llegaban más claramente sus gritos, y su terror era cada vez más opresor.

Entonces preguntó en voz alta:

—Pero ¿no será posible poner remedio o aliviar tanta desventura? ¿Todos estos horrores y estos castigos están preparados para nosotros? ¿Qué debo hacer yo?

—Si —replicó una voz—, hay un remedio; sólo un remedio. Apresurarse a pagar las propias deudas con oro o con plata.

—Pero estas son cosas materiales.

—No; *aurum et thus.* Con la oración incesante y con la frecuente comunión se podrá remediar tanto mal.

Durante este diálogo los gritos se hicieron más estridentes y el aspecto de los que los emitían era más monstruoso, de forma que, preso de mortal terror, se despertó.

****

Eran las tres de la mañana y *no le fue posible cerrar más un ojo.*
En el curso de su relato, un temblor le agitaba todos los miembros, su respiración era afanosa y sus ojos derramaban abundantes lágrimas.

SOBRE IA OBLIGACIÓN DE LA LIMOSNA

SUEÑO 151.—AÑO DE 1887.

(M. B. Tomo XVIII, pág. 361)

A principios de junio [San] Juan Don Bosco contó un sueño que había tenido.

Hacía varios años que el [Santo] insistía sobre la necesidad de imprimir un pequeño opúsculo sobre el empleo que los ricos deben hacer de sus riquezas. Incluso algunos Salesianos tachaban de atrevido el lenguaje de [San] Juan Don Bosco en ciertos casos en que hablaba sobre esta materia con personas dotadas de medios, se expresaba de manera que parecía descartar las opiniones más benignas de los teólogos sobre el uso de los bienes superfluos. Al comprobar que no se secundaban sus ideas cesó de insistir sobre la publicación del susodicho librito, pero este pensamiento permanecía fijo en su mente sin querer abandonarle.

Y así el cuatro de junio contó lo siguiente:
****

—Hace algunas noches soñé que veía a la Virgen, que me reprochaba mi silencio sobre la obligación de la limosna. Me dijo que muchos sacerdotes se condenaban, porque faltaban a los deberes impuestos por el sexto y el séptimo mandamiento, pero insistió de una manera especial sobre el mal uso de las riquezas.

—*Si superfluum daretur orphanis* —decía— *maior esset numerus electorum: sed multi venenóse conservant,* etc.

Y se lamentaba de que el sacerdote tuviese miedo de hablar desde el pulpito sobre la necesidad de dar lo superfluo a los pobres y de que los ricos acumulen el oro en sus arcas.

EN COMPAÑÍA DE [SAN] JOSÉ DON CAFASSO

SUEÑO 152.—AÑO DE 1887.

(M.B. Tomo XVIII, pág. 463)

A finales de octubre [San] Juan Don Bosco regresaba de Foglizzo, donde había asistido a la toma de sotana de los novicios. Era el último viaje que había de hacer por ferrocarril. Llegó a Turín postrado de fuerzas y el 24 contó que:

****

Había visto en el sueño a [San] José Don Cafasso en compañía del cual visitó todas las casas de la Congregación comprendidas las de América; observó las condiciones en que se encontraba cada una de ellas y el estado de sus individuos. Desgraciadamente le faltaron las fuerzas para contar los detalles de cuanto había visto.

LA MODESTIA CRISTIANA

SUEÑO 153.—AÑO DE 1887.

(M. B. Tomo XVIII, pág. 465)

Hacia fines de noviembre, una tarde Don Lemoyne fue a visitar a [San] Juan Don Bosco a su habitación; hablando con él de la disciplina entre los jóvenes, le preguntó cuál será el medio mejor para hacer fructuosas las confesiones. El [Santo] que hablaba con dificultad v con respiración afanosa, le dijo:

—La noche pasada he tenido un sueño.

—Querrá decir que ha tenido una visión.

—Llámala como quieras, pero estas cosas hacen aumentar de una manera espantosa la responsabilidad de [San] Juan Don Bosco ante Dios. Es cierto que Dios es muy bueno.

Y al decir esto, lloraba.

—¿Qué vio en ese sueño?—, preguntó Don Lemoyne.

****

—Vi la manera de avisar a los estudiantes y a los artesanos; los medios para conservar la virtud de la castidad; y los daños reservados a los que violan esta virtud. Se encuentran bien y de pronto mueren. ¡Ah, la muerte como consecuencia del vicio!

Fue un sueño —continuó— en el que dominaba solamente una idea pero ¡cuan grande y espléndida! Mas yo no me encuentro en condiciones de hablar mucho sobre esto, me faltan las fuerzas para exponer cuanto vi...

—Bien —replicó Don Lemoyne—, no se canse. Tomaré nota de cuanto me ha dicho y en ocasiones sucesivas me irá explicando lo que recuerde de su sueño.

—Hazlo así. El tema es muy importante y lo que he visto podrá servir de norma en muchas circunstancias.
****

Desgraciadamente, Don Lemoyne, no creyendo tan próxima la muerte del [Santo] y encontrándolo siempre cansado u ocupado en algún trabajo, no se atrevía a preguntarle sobre este sueño y el buen Padre partió para la eternidad sin haber hecho manifestación alguna sobre este último sueño de su vida.

FIN

INDICE DE MATERIAS DE LOS SUEÑOS DE SAN JUAN BOSCO

[PARTE I: SUEÑOS 1>49 // PARTE II: SUEÑOS 50>101 // PARTE III: SUEÑOS 102>153]

A

B

C

D

E

F

G

H

I

J

L

LL

M

N

O

P

R

S

T

U

V

X